LIBRARY OF PRINCETON
SEP 30 1908
THEOLOGICAL SEMINARY.

Division BV825
Section .B873

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/enciclopediadela07burg

ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA

1500

ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA

ESTUDIOS, DISCURSOS, MATERIAS PREDICABLES
Y CONSIDERACIONES
SOBRE EL GRAN MISTERIO DE LA FE

DESDE LOS PUNTOS DE VISTA

EXPOSITIVO-EXEGÉTICO-FILOSÓFICO-TEOLÓGICO-CIENTÍFICO
HISTÓRICO-CRÍTICO-ARTÍSTICO
MORAL-JURÍDICO-LITÚRGICO-CEREMONIAL
ORATORIO-ASCÉTICO Y MÍSTICO

EN PARTICULAR CON RELACIÓN AL MOVIMIENTO CATÓLICO INTELECTUAL Y SOCIAL DE NUESTROS DÍAS

MONUMENTO Á JESUCRISTO SACRAMENTADO

NOTABLEMENTE ILUSTRADA EN SU PARTE HISTÓRICA

CON 130 HERMOSOS FOTOGRABADOS DE LOS MÁS IMPORTANTES Y RENOMBRADOS
OBJETOS Y MONUMENTOS ARTÍSTICOS,
ANTIGUOS Y MODERNOS, QUE CONSTITUYEN UN

MUSEO ARTÍSTICO EUCARÍSTICO MANUAL

POR EL

RDO. P. FR. AMADO DE CRISTO BURGUERA Y SERRANO

DEL COLEGIO DE MISIONEROS FRANCISCANOS PARA TIERRA SANTA Y MARRUECOS
(CHIPIONA-CÁDIZ)

Notas facite in populis adinventiones ejus.
I PARALIP., XVI, 8.
Haced notorias en los pueblos las invenciones de Dios.
LIB. I DE LOS PARALIPÓMENOS, CAP. 16, V. 8.

TOMO SÉPTIMO

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS Y LA BENDICIÓN DE SU SANTIDAD

ESTEPA
IMPRENTA DE ANTONIO HERMOSO
1906

ES PROPIEDAD

ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA

PARTE IV

ORATORIO-ASCÉTICO-MÍSTICA DE LA EUCARISTÍA

TRATADO V

BELLEZAS DE LA SANTA EUCARISTÍA

(CONTINUACIÓN)

SECCIÓN III

I

PROPIEDADES Y EFECTOS DE LA SANTA EUCARISTÍA CONSIDERADA COMO SACRAMENTO

ASUNTOS PREDICABLES Y DE AMENA LECTURA EN FORMA DE DISCURSOS

PRELIMINAR

Instrucción.—Predicación.—Misiones eucarísticas.

I. *Nihil volitum quin præcognitum:* he aquí un feliz axioma que han repetido en todos los tiempos las escuelas filosóficas, para consignar en verdad que no pueden ser amadas las cosas desconocidas. Precisamente, si en nuestros días hay errores que espantan y libertinaje que enerva, es porque á pesar de la ilustración popular cacareada hay en

la masa social una punible ignorancia en materias religiosas. ¿Cómo se van á apreciar debidamente los asuntos católicos, si la inmensa mayoría del pueblo los ignora, y la mitad de la parte restante los conoce incompleta y monstruosamente? Y cómo se va á amar á Dios si no se tiene exacta noticia de Él? De qué manera se apetecerá el Misterio de la Eucaristía, trono del Eterno hecho hombre, y en el que todas las cosas se compendian, si apenas se sabe lo que es?

He ahí por qué urge sobremanera que este Sacramento admirable sea perfectamente conocido del pueblo ignorante ó que se ha entibiado en los fervores de la piedad cristiana. Los sacerdotes, y de un modo especial los señores párrocos á quienes bajo penas eternas compete el magisterio católico, y aun los seglares celosos ó catequistas, no deben perdonar fatigas, ni desechar medios aptísimos para ofrecer á sus feligreses y hermanos respectivamente el pan saludable de la doctrina eucarística. Las labores catequísticas en forma privada ú oficial, según quiere y exige el Padre común de los fieles, llenarán este fin, necesario á la sociedad actual.

II. Pero no basta la razonada instrucción eucarística. Precisa también que el ministro de Dios, en uso de uno de los mejores medios de salvación que posee, dé á conocer desde el púlpito la doctrina de la Eucaristía. Se predica con frecuencia de los diversos misterios y sacramentos del Catolicismo y de los variados puntos de moral; se panegirizan las virtudes del Señor, de la Virgen y de los santos, y hasta se desarrollan temas católico-sociales; mas, si bien se advierte, la Divina Eucaristía no es predicada en general, ni con la extensión que requiere asunto tan vasto, importante y preciso, ni aún con la imprescindible del caso. Pueblos hay donde se les pasa todo el año sin oir una palabra sobre este respecto; pues, á excepción del Corpus, ni se celebran fiestas del Santísimo Sacramento, ni se predican las preparaciones para la Comunión primera de los niños; en otros pueblos, gracias que se oiga algo de la Sagrada Comunión el Jueves Santo y alguna plática cuaresmal sobre el propio

asunto. Los pocos fieles, no obstante, que oyen Misa y comulgan, no pueden practicar dichos santos ejercicios con el gusto y fruto debidos, porque se les ha olvidado lo que deben y conviene hacer para semejantes casos, ó no lo han aprendido jamás. ¿Cómo se quiere de este modo que el pueblo adelante en piedad y religión, siendo así que por otra parte respira una atmósfera social fría y de muerte? He ahí por qué débense aprovechar todas las ocasiones que nos ofrece la Iglesia para predicar solemnemente sobre el Divino Sacramento. Desde Pascua de Resurrección hasta la de Pentecostés, el día y durante toda la octava del Corpus, el triduo de preparación para la primera comunión, la cuaresma, etc., son otras tantas ocasiones favorabilísimas para dar desde el púlpito un curso completo de doctrina eucarística.

III. Sin embargo, hay todavía más. Se predican novenas en honor de la Pasión, del Sagrado Corazón, de la Virgen y de los santos. Se dirige la divina palabra durante todo el mes de Mayo sobre las excelencias de la Reina de las flores, y el mes de Noviembre sobre el purgatorio. ¿Y por qué no se ha de consagrar una novena, y hasta un mes entero, si preciso fuere, para predicar con esmero y extensión sobre el Sacramento Santísimo hacia el que converge todo lo demás? Se dan varios días de conferencias católico-sociales; ¿y por qué no se han de dar conferencias sobre la Eucaristía, considerada como centro de todas las bellezas y remedio de los males actuales? Se celebran misiones de ocho ó quince días para despertar y mover los pueblos hacia Dios; ¿y por qué no se han de celebrar misiones formales sobre la Eucaristía, que es el mejor despertador de las almas y el conductor soberano de las conciencias al cielo? Los grandes santos, en las misiones que daban á los pueblos, jamás omitían varias pláticas y sermones eucarísticos. San Leonardo de Porto Mauricio durante la misión, que entonces duraba 15 días, predicaba una plática diaria sobre el Sacramento del Altar y lograba encender las almas en amor á Dios. Hoy se ha iniciado una costumbre semejante en

varios puntos de la Cristiandad, y el erudito franciscano P. Sderci propuso, con aplauso de todos, al Congreso eucarístico de Roma la renovación cristiana social por medio de las *Misiones Eucarísticas*.

En efecto; no hay para qué hablar de la utilidad de semejantes misiones, celebradas en la forma conveniente. Ocho ó diez días de Misión en que se prediquen por la mañana pláticas sobre la esencia y pruebas de la Eucaristía en general; sobre sus efectos; su necesidad perentoria; disposiciones para recibirla y acciones de gracias; frecuencia de la Comunión; Sta. Misa; obligación y modo de oirla; Sto. Viático; deber de recibirlo; visitas y adoración privada y pública al Señor; y por la tarde, ó bien sobre los vicios opuestos á este Sacramento, como la indiferencia religiosa, el egoísmo, la deshonestidad, el sacrilegio, el incumplimiento dominical, la falta de respeto á los sacerdotes y á los templos, ó bien las virtudes y propiedades de la Santísima Eucaristía, sin omitir el ejercicio diario predicado de preparación para la 1.ª Comunión de los niños, darán eficaz resultado. Respecto de todos los asuntos apuntados ofrezco abundante materia en este tomo y en el anterior, para cuya elección no hay más que ojear el índice de los mencionados volúmenes: pláticas y sermones ó discursos que podrán ampliarse, reforzarse y amenizarse con datos y ejemplos tomados de nuestra Historia de la Eucaristía contenida en los volúmenes III, IV y V de esta ENCICLOPEDIA.

Si á esto se añade Misa cantada diaria con Manifiesto y plática en la Misa, (que puede ser la de la mañana); y por la tarde Manifiesto, cantos eucarísticos, sermón, habiendo el último día Comunión y procesión general con el Santísimo Sacramento (esta última donde se pueda) á la que sin ostentación ni gastos se invite al pueblo para que tome parte, entonces hallaremos que los resultados no podrán ser más prácticos ni más consoladores. Una Mision eucarística puede conseguir no sólo los bienes de las misiones de penitencia, sino doblados, por cuanto que en aquélla se recibe directamente la influencia divina del Sacramento y sus actos

son más simpáticos que los de éstas. Ánimo, pues, y no se descanse hasta que sean un hecho en nuestra patria las *Misiones eucarísticas*. Las sacramentales están en el caso de solicitarlas.

I

Inmenso amor de N. S. Jesucristo en la institución de la Santa Eucaristía

Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

JOAN. XIII, 1.

Habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.

1. Con profunda sabiduría trazó sobre dispuesto lienzo, un desconocido autor, magnífico trono, y sentada sobre él una rutilante doncella, vestida de grana, que, puestos los ojos en el cielo y vuelto el índice de la mano derecha hacia Dios, bajaba el de la izquierda en dirección á los hombres, y lo volvía á fijar en el Autor de lo existente en quien finalmente paraba. He aquí el bello emblema del puro y ferviente amor que, teniendo por objeto á Dios y á los hombres, no se detiene en éstos sino que termina en Aquél.

Pero, ¿qué es el amor? cuál su naturaleza? qué tendencias tiene? qué efectos produce? qué fin se propone? Asuntos tan difíciles de explicar como los misterios, el amor se siente más que se expresa, ya que su fuerza no puede medirse, ni aun sus límites señalarse. Nos consta sin embargo que el amor por su naturaleza es omnipotente, y sus propiedades se traducen por la eternidad, la invencibilidad, el desinterés, la heroicidad y el ardor. Sus tendencias son atraer al objeto amado, unir las dos voluntades, fundir si fuese posible todo el compuesto de los dos seres, y establecer

eléctrica corriente de afectos que despierten, que conserven y que fomenten el amor. Cuando una de las dos voluntades es superior en poder, en bondad ó en belleza, es ley del amor que la mayor esclavice á la compañera, que se apodere de sus tesoros y que resulte por dominar y ser árbitra de ese ser moral producido por la fusión. Sus efectos se confunden con sus propiedades, ya que el amor lo puede todo, relativamente si es humano y absolutamente si es divino; todo lo vence, todo lo allana, no hay dificultades para el amor, pues las salva todas; no hay hielo para el amor, pues lo liquida al momento. El fin del amor es procurar el bien mutuo, es gozarse en ese bien, es eternizarse en ese dulce gozo.

2. Si fuera suficiente lo expuesto para comenzar á tratar del amor que profesa Dios á la racional criatura, de ese amor divino que se ha manifestado desde el comienzo del mundo hasta la Encarnación del Verbo eterno, me contentaría con las ideas precedentes, porque grande es mi insuficiencia; pero anhelando ocuparme de un amor singular, de un amor peregrino, de un amor inaudito, que el Verbo encarnado ha demostrado al hombre, dándole á comer su misma Carne y á beber su propia Sangre, mi inteligencia se anubla, mi imaginación se agota, mis facultades se esterilizan. El amor de Jesucristo en la Eucaristía es tal, que Nuestro Señor, para instituir este bello Sacramento, ha puesto en actividad todo el divino mecanismo de sus fuerzas infinitas y se ha esforzado en abrillantar sus hermosas perfecciones, por lo cual se afirma con toda verdad que el Omnipotente arrojó sobre el Sacramento del altar el resto de sus riquezas; y por esto mismo podemos sostener también nosotros que el amor de Dios en la Eucaristía toca sus términos.

3. Y ¿quién podrá sondear este amor infinito? ¿Quién explicar su fuerza, sus propiedades, sus efectos? ¡Pobre inteligencia humana! Lo que sabes tú del amor de Cristo Sacramentado, comparado con su realidad, es como leve gota de agua comparada con la que encierran los inmensos

mares; es como diminuto grano de arena parangonado con toda la materia del universo; es como pequeña chispa equiparada con el fuego del sol. ¿Y qué? he dicho algo que pueda rastrear el amor de Jesús en la institución de la Eucaristía? Mejor será que confiese que nada sé decir de este infinito amor.

Mas es preciso bosquejarlo; al efecto divido la materia en dos partes: 1.ª *De qué manera nos ha amado Jesucristo en la institución del Santísimo Sacramento;* 2.ª *Cuánto nos ha amado.*

§. I.

1. Al modo que el soberbio templo de Jerusalén fué denominado con toda propiedad templo de Salomón, por más que contribuyeran á edificarlo aventajadísimos maestros en el arte, así la Sagrada Eucaristía es apellidada Sacramento de caridad, aun cuando todas las demás perfecciones divinas contribuyan á formarla y engrandecerla. En efecto: todas las virtudes infinitas descuellan en este Santísimo Sacramento, pero ninguna de ellas lleva ventajas á la caridad; y es porque el móvil de la institución eucarística fué el amor. S. Agustín le llama lazo de amor (1), *vinculum charitatis;* los demás santos le denominan Sacramento de amor, y el inmortal León XIII le reconoce por signo perfecto de amor (2).

Si, pues, no solamente es prenda de amor, sino el amor mismo; y la causa eficiente de este gran Sacramento fué el amor y se conserva por el amor, ¿de qué manera nos amó Jesús al instituirlo? Categóricamente podíamos responder á esta pregunta diciendo que nos amó primeramente con un amor eterno. «Te amé con amor perpetuo (3),» con un amor que tuvo sus principios en la eternidad. Fué la Eucaristía una donación perpetua, irrevocable en cuanto á su designio, añade Tertuliano.

(1) Tract. 26 in Joan., cap. 6.
(2) Respuesta á la carta del Sr. Obispo de Lugo, D. Benito Murúa, en la que bendecía el futuro congreso eucarístico.
(3) Jerem. XXXI, 3.

3. Semejante caridad la demostró el Eterno desde un principio; el amor le llevó á obrar prodigios á favor del hombre y condescendencias con el ser privilegiado. Remontándonos á los principios de la creación, veremos al amor de Dios, incipiente respecto de la criatura, crecer paulatinamente hasta llegar al extremo de no poder pasar adelante sin la institución de la Eucaristía. Contemplad á ese eterno Ser, infinito, omnipotente, que, siendo glorioso en sí mismo y sin tener necesidad de nadie, saca del caos al universo, y le puebla de provechosas bestias, de exquisitas plantas, de canoras aves; le enriquece con deliciosas fuentes y con ricos minerales; le adorna con esas esferas luminosas que gravitan sobre nuestras cabezas; y cuando tiene dispuesta la habitación, y cuando la ha hermoseado, forma al hombre del polvo, y le otorga la imagen de sí mismo, la vida, fuente del conocimiento y del amor, principio de felicidad y de gozo; y le constituye rey de la creación, dueño de ese palacio inmenso, tan perfectamente armonizado, tan sumamente delicioso. Prevarica el hombre; pero Nuestro Señor le ama con caridad perpetua, y no le arroja al averno como á Luzbel, y no le destruye, ni le aniquila, sino que en medio de la hecatombe universal, en medio del horroroso diluvio, le preserva en Noé y su familia. Se contamina de nuevo la especie humana; mas Dios la aprecia, y para no destruírla como merecía, segrega de la sociedad corrompida hombres particulares que constituyan un pueblo escogido, segregación que fué completamente gratuíta y fundada en el amor (1).

Sí; ésta fué obra del amor divino, y en ella afianza más el Eterno su caridad para con su privilegiada criatura; la libra de todos sus enemigos, no sin obrar antes y después innumerables portentos; la cede una tierra de la que mana miel y leche; la promete finalmente un Libertador, hijo de su descendencia. ¡Qué pruebas! ¿Será posible que prosigamos refiriendo los prodigios del amor de Dios sin omitirlos casi

(1) Deut. VII, 8.

todos? Omitiéndolos, empero, y volviendo nuestra mirada á los más visibles, ¿á qué no fuerza el amor? Ved al Hijo de Dios cómo baja de su solio y se une á la criatura; pero, ¿fué por librarla solamente del pecado, ó por gozarse con ella? ¡Ah! yo reservo para el mismo Dios este ideal sin segundo, y me limito á decir que vino á librar al hombre; mas vino por amor y le libró amando, y porque tuvo deseos de amarle más, se quedó en su compañía, amándole. Enseña el Angélico tres clases de amor, á saber: unión de semejanza, unión de afición y unión de substancia. La unión de semejanza, causa y efecto del amor, se realizó en la creación del hombre; la unión de afición en la Redención, y la unión de substancia en la Eucaristía. Ved, por lo tanto, á Dios que, por estar aficionado al hombre, toma su naturaleza y aparece en el mundo vestido de carne; aquí realizó la unión de afición. Jesucristo amó á la racional criatura hasta el punto de que el mundo pensara que Jesús no podía excederse en su amor. Con efecto, el Salvador no hizo otra cosa en su vida mortal que amar al hombre, porque amar es ejecutar todo lo que practicó Cristo por amor al hombre: amar es nacer en un establo; amar es sufrir persecuciones; amar es trabajar corporalmente en un pobre taller; amar es experimentar hambre, sed, cansancio, frío, calor, las molestias del cuerpo y las inclemencias del tiempo; amar es ser maldecido, escarnecido y despreciado; amar es ser tratado de loco, de embustero, de infame, de ladrón y de endemoniado; amar es ser maniatado, azotado y coronado de espinas; amar es ser crucificado, derramar toda la sangre y expirar en un patíbulo por salvar al amado: todo por el hombre.

6. ¿Queréis todavía más pruebas de amor? No podía el hombre solicitar más; todo estaba cumplido, hasta el hombre quedaba satisfecho; mas el amor del Eterno quedaba por satisfacer aún. Cristo había amado á los suyos hasta la hora de morir por ellos, y les había dado demostraciones suficientes; pero un amor perfecto es eterno, y Jesucristo, según su infalible promesa, amaba al hombre eternamente. «Como amase á los suyos que estaban en el mundo les amó

hasta el fin». Y este fin, ¿cuál era? ¿sería el término de la vida mortal de Jesús? Sí; porque simplemente el término de la vida del Salvador no podía ser, ya que Cristo vive siempre, vive eternamente y con él vive su amor; por manera que, antes de morir, reconcentra su caridad: era la última demostración de cariño que daba á sus discípulos en vida; quería otorgar su eterno testamento; quería dejarles un memorial de su vida, de sus trabajos, de su pasión, una prenda de su amor, y ¿qué es lo que hace? Era preciso que la prenda sobrepujase en mérito y en valor á todas las que había regalado hasta entonces, porque nada menos que ella debía ser la causa impulsiva del amor de correspondencia que los discípulos debían mostrar en lo sucesivo á su Maestro.

3. Jesucristo, pues, tenía reservado en su corazón el Memorial referido; había deseado, hasta con santo delirio, que llegase la hora de comer la última pascua con sus discípulos; y entonces, según frase del Apóstol, vese á la «caridad de Cristo sobrepujar todo entendimiento (1)». El Verbo era fuego consumidor (2), pero hasta entonces no lo había completamente manifestado; consumido por el amor, quiere abrasar á los demás en la misma caridad, y pronuncia sobre el pan y el vino las sagradas y omnipotentes palabras, y, efecto de ellas, Cristo se da en comida y bebida á los suyos; el amor que tenía reservado en su pecho lo transfiere á sus hijos; se alimentan con la carne de su Padre y quedan al propio tiempo inflamados de su caridad. ¡Qué amor el de Jesucristo! Todo lo había dado sin reservarse nada, dice el Crisóstomo. Tanto fué, añade un autor, lo que nos dió entonces que si la criatura le pidiese aun más en esta vida mortal, se vería obligado el Señor á responderle: Habiéndote dado mi Cuerpo bajo las especies de pan y mi Sangre bajo las de vino ¿qué más puedo ya darte? No hay ya don en los inexhaustos erarios de mi infinita beneficencia

(1) Efes. III, 19.
(2) Deut. IV, 24.

y de mi poder inmenso, como que se ha agotado y no tiene que dar sobre la tierra una cosa de mayor aprecio (1).

Fijaos bien, espíritus indiferentes: vosotros que jamás apreciáis los dones del Excelso; fijaos en esta cualidad que en la institución de la Eucaristía tiene el Amor divino encarnado, y veréis cómo es eterno; ya os he explicado que su origen data de la eternidad; pero he ahí que la Eucaristía es el gran medio de esa eternidad; el amor demostrado por Jesucristo en dicha institución sube hasta perderse en el principio de ella, y baja hasta el fin del mundo para eternizarse otra vez en Jesucristo. Porque este amor debía ser eterno, Jesucristo, al separarse de la vista de los hombres, lo conservó en la Eucaristía, debiendo la Eucaristía transmitirlo y perpetuarlo hasta el fin de los tiempos. «Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.»

8. Vista la eternidad de este amor, corresponde estudiar las demás propiedades que le caracterizan.

Primeramente es invencible. «Todo cuanto existe, dice resueltamente un Padre de la Iglesia, se sujeta á las leyes del poder divino, pero Dios se sujeta á las leyes del amor.» ¿Y cómo no, si Dios es el bello ejemplar de la caridad perfecta? Pero al amor nada le arredra, todo lo allana, se le sujeta todo; es preciso para amar mucho tener fuerza omnipotente; por esto dice S. Bernardo «que la naturaleza de Dios consiste en amar, pero ama con tal vehemencia que no tanto puede decirse que ama como que es el mismo amor». En el Sacramento del Altar es donde el amor de Jesús tiene tal vehemencia que, á más de superar los montes de dificultades y resistencias de sus enemigos, varía ó suspende las leyes de la naturaleza únicamente por llevar á cabo su amor. La Eucaristía es una serie de estupendos milagros, y cada milagro prueba que el amor de Jesucristo en este Sacramento es invencible. ¿Quiere inmolarse en el altar? se inmola, en efecto, y no muere. ¿Pretende estar realmente presente bajo las especies de pan y vino? se está y aparece in-

(1) P. Juan Bta. Pagani, tom. I, cons. II del alma devota.

visible. ¿Apetece ser comido de los hombres? todos participamos corporalmente de Él y no es dividido ni consumido. ¿Anhela morar en todas las almas? va á las mismas por la Comunión y sin embargo permanece indiviso. ¡Qué prodigios! todos los obra el amor de Jesús; para él nada hay difícil: es invencible.

9. Empero, también es desinteresado. Celebraron los dos Tobías la generosidad del arcángel S. Rafael, al no querer tomar ninguna recompensa por el viaje hecho á Gabelo: no tuvo en ello el enviado de Dios ningún interés humano; pero si nosotros debiéramos celebrar con justicia la generosidad de Nuestro Señor en la institución de la Eucaristía veríamos que el don fué inmensamente mayor, que los trabajos fueron mucho más insuperables, y que las criaturas á quienes se concedía eran ingratas y no obstante nos le concedió. Jesús no ignoraba que después de la institución de este Divino Sacramento habían de surgir á la manera de reptiles de la tierra hombres malvados, como Arrio, que negarían su omnipotencia para obrar el Misterio de la Eucaristía; como Berengario y Calvino, que rechazarían su presencia real; como Lutero, que admitiría la impanación; como Jansenio, que apartaría á los fieles de la frecuencia de la comunión; como los francmasones, que atentarían contra la augusta Persona de Jesucristo en la Hostia, y como miles de perversos cristianos, que le profanarían y le tratarían con indiferencia y se olvidarían de tan grande beneficio. Todo esto lo sabía Jesús; y sin embargo, nos regaló su Cuerpo y su Sangre preciosos. Él se dirige sacramentado á todas partes y se deja colocar en muchos lugares, sólo por afecto al hombre. Y ¿qué puede esperar de éste? qué beneficios le puede reportar? qué necesita de él? nada, absolutamente nada. Empero Jesús pasa por encima de todo, y como si el hombre fuera un ser necesario para el Salvador, todos los días está á su lado rogándole y pidiéndole la limosna de su gratitud. ¿Puede ser el amor de Cristo Sacramentado más desinteresado?

Todavía va más adelante su caridad. Si una persona que

ama con amor verdadero, intentase dar al amado un bien que costase infinitos sudores, crecidas sumas, vencer mil dificultades, haber expuesto su propia salud y hasta su misma vida, y le fuese revelado que esa persona tan amada, á la que nada absolutamente debía, le había de agradecer el beneficio con olvidarle, retribuirselo con desprecios, afrentas y persecuciones, ¿lo hubiera concedido? Ya que no; y ¿por qué razón? porque su honor no lo hubiera permitido. Pues Jesús hizo menos caso de la gloria que podía reportar en esta parte, aun cuando el que se burla del Sacramento lo pagará con creces en el juicio, el Salvador quería tener sus finas delicias con los hombres y por más que algunas veces es hecho juguete de los mismos, al amor, ¿qué le importa?

10. Si es, por lo tanto, el amor de Jesucristo desinteresado, también es heroico. Jesucristo abrigaba un entusiasmo tal al instituir la Sagrada Eucaristía que los días le parecían eternidades; no se crea que es esto exageración, porque como el Hijo de Dios sabe pesar con equidad las cosas, conocía perfectamente hasta dónde llegaba su amor, y en el deseo de exteriorizarlo con la Institución eucarística, padecía lo indecible hasta el extremo de exclamar: «Con ansia inexplicable he deseado que llegase la hora de daros mi Cuerpo y mi Sangre». ¿Y qué entusiasmo no tuvo al prometer á los cafarnaítas el Misterio de la Eucaristía? ¿cuánto no bregó con estos incrédulos? ¿de cuántas palabras no se valió para declarar el Misterio? Si todos los beneficios con que Dios favoreció al hombre no fueron más que una simple preparación para concedernos la preciosa dádiva de la Eucaristía, y antes de otorgar aquéllos usaba de frases que admiraban; ¿qué palabras no emplearía para disponer á su pueblo al beneficio del Sacramento Santísimo? con qué gusto y con qué pasión divina no las revelaría? Todos los dones que el Omnipotente ha otorgado al mundo fueron limitados, pero el de la Eucaristía es infinito; y para realizarlo fué necesario singular esfuerzo de parte de la Divinidad; por esta razón asegura el abad Gué-

rrico que Nuestro Señor Jesucristo obró en este Sacramento el último esfuerzo de su amor; pensamiento muy conforme con el de S. Bernardino de Sena, el cual afirma que «la suma intensidad del amor de Jesús le obligó á consumar la obra mayor que jamás hubiese hecho cual fué la de darnos su Cuerpo en alimento». El Tridentino enseña que el Señor derramó en el Santísimo Sacramento las riquezas de su amor; y los santos Agustino y Tomás de Aquino fueron más adelante todavía, afirmando que en la Eucaristía agotó Dios todas, absolutamente todas sus riquezas; de ahí aquellas tan celebradas frases del Águila de Hipona: Con ser Dios infinitamente poderoso no puede darnos más de lo que por esta Soberana Mesa nos comunica; y con ser infinitamente sabio no sabe legarnos más de lo que en este Sacramento nos franquea. Si, pues, en la S. Eucaristía nos dió todo cuanto supo y pudo ¿no llegó su amor al heroísmo?

11. La última propiedad del amor es ser inextinguible. El reposo del amor es no tenerlo, dice S. Agustín. Y por cierto: el verdadero amor anhela siempre aumentar el afecto hacia el amado; corre y desea volar; vuela y quisiera hallarse en el término de su descanso, en los límites de lo imposible. Mas lo que no es dable al amor humano lo es al divino, ya que es infinito; por manera que, siendo abrasador, consume hasta lo posible, término que en el Sacramento del Altar lo es infinitamente. Jesucristo Sacramentado es fuego consumidor, no como en otro tiempo que en castigo de los pecados de Coré Datán y Abirón abrasó á éstos en voraces llamas, sino que consume en amor espiritual á las almas fieles, haciéndolas semejantes á sí en el amor. No cesa de obrar el amor de Cristo; está constantemente en acción, porque ésta es su propiedad, y así dice S. Dionisio que semejante afecto no sólo es fervoroso, antes bien, su ardor va hasta el exceso, resultando siempre admirable. El adorable Salvador, en expresión del melífluo S. Bernardo, quiso por el amor conseguir lo que no le resultó por el temor; deseó mediante el afecto que cifró en la Eucaristía obtener del hombre la adhesión á sí y la obediencia perfecta á sus man-

datos que no consiguió con los castigos sensibles que le impusiera en la ley antigua. Para eso fué necesario que el amor del Sacramento abrasara, á fin de que las almas se liquidasen en la consideración de las perfecciones divinas, y en efecto, la prueba dió perfecto resultado. ¡Oh! y qué propiedades tiene el amor de Cristo en la Eucaristía! ¡Qué medios discurrió para atraernos á su amor!

§. II.

12. Ahondemos algo más en el asunto. La medida del amor de Dios, ha dicho el santo abad de Claraval, es no tener medida; y la razón es clarísima, porque la caridad del Hijo de Dios participa de la infinidad; no tiene límites su amor y por consiguiente no puede medirse. No es cuestión ahora de saber solamente si el amor que depositó Cristo en el Sacramento del Altar es omnipotente, eterno, invencible, heroico é inextinguible, sino que es preciso investigar además si es infinito, para poder asegurar con S. Bernardo que no tiene medida.

In finem dilexit eos; Jesucristo amó á sus discípulos hasta el morir; pero antes de llegar á este acto heroico, llevado de amor les dió cuanto podía darles, y para esto era preciso que el afecto que le impulsó á darlo fuese al menos tan poderoso como su omnipotencia, la cual siendo infinita, lo es también su amor. El evangelista S. Juan, aquél que recostó su cabeza sobre el amoroso pecho del Salvador en la última cena, y bebió de las suaves dulzuras del amor divino, puede darnos una idea bellísima de la medida de un amor semejante. Enseña que Dios es caridad (1); esto es: que la esencia ó naturaleza moral del Hijo de Dios es el amor y no respira sino amor, y como su naturaleza es infinita, resulta que su amor es infinito. Usé de la frase *naturaleza moral* para hacer distinción de la naturaleza íntima de Dios, pues consiste ésta en ser infinito en toda suerte de perfecciones, y en ellas entra también la caridad; mas al afirmar

(1) I Epist. S. Joan. IV, 16.

simplemente S. Juan que Dios es caridad, parece querer demostrar que lo que constituye la esencia de Dios es el amor, aunque sin exclusión de los demás atributos. Es, pues, el amor de Dios infinito, y este mismo amor manifestó depositarlo en la Sagrada Eucaristía. «La caridad de Dios (1), añade el citado evangelista, fué consumada en nosotros» mediante este Santísimo Sacramento.

13. Es verdad, por consiguiente, que el amor de Cristo Sacramentado es infinito; pero yo quisiera detenerme algo más en esta materia, particularizándola, á fin de que sean conocidos todos los tesoros de la Eucaristía escondidos en su amor infinito. S. Pablo dice de sí mismo, que rogaba al Padre de las luces para que los de Éfeso pudiesen comprender cuál es la altura (2), la longitud, la latitud y la profundidad del amor de Jesucristo Sacramentado. Y estas dimensiones, que sin duda las tomó el Apóstol de las que tiene un cuerpo en general, quiso aplicarlas al Cuerpo eucarístico del Salvador, para considerar á nuestro modo limitado la caridad de Jesús.

Pues bien; veamos cuál sea la altura ó sublimidad del amor de Cristo en el Sacramento. El grado de amor se aprecia, no sólo por la voluntad que demuestra el dante, sino particularmente por la grandeza del don, por su más ó menos valor intrínseco; porque la voluntad, como es potencia interna apenas nos es conocida, mientras que la dádiva es cosa exterior que podemos apreciar perfectamente por lo que vale. No digamos una palabra, pues, del grado de voluntad que abrigaba Jesús al dar en comida su sagrado Cuerpo, sino consideremos la sublimidad de esa comida, de ese don. Grande fué, por cierto, el afecto de Elías á Eliseo, al dejarle su capa en su ascensión al paraíso; mas si Cristo nos hubiera dejado en prenda su manto, nos hubiera regalado lo que no merecíamos. Excesivo fué el amor de Jacob á Raquel, al quedar esclavo catorce años por amor de ésta en casa de Labán; pero si Jesús hubiera estado sirvién-

(1) I Epist. S. Joan. IV, 17.
(2) Ad Ephes. cap. III, 18.

donos á nuestro gusto tanto tiempo, hubiéramos quedado admirados. Extraño fué el amor que David tuvo á Mifiboset, nieto de Saul, haciéndole comer todos los días en la mesa real y colmándole de mercedes; mas si Jesús mostrara semejante fineza á los hombres, ¿quién no vería en ello un prodigio de amor?

El Salvador nos ha dado algo más, mucho más, todo cuanto es posible; no sólo nos ha legado en prenda su divino manto; no sólo nos ha servido catorce años; no sólo nos convida todos los días á su mesa; antes bien, se nos ha dado á sí propio en prenda, nos sirve hasta el fin de los tiempos y se nos da Él mismo en comida. ¡Oh qué fineza tan singular! ¡Oh qué amor tan inconcebible! Si la caridad se conoce por el don, Dios se nos ha dado á sí mismo; no tenía que darnos más. Luego la medida del amor de Dios no tiene medida; su sublimidad ó su altura es indecible.

14. Guarde profundo silencio la historia sagrada cuando narra que el rey Asuero dispuso un banquete que duró ciento y ochenta días, donde ostentó sus poderosas riquezas y su real magnificencia, y al que invitó á los príncipes y caballeros de Persia. Cesen las crónicas profanas de ostentar en sus páginas que el emperador Galba, en un convite que preparó á los grandes de su imperio, dispuso se sirvieran á la mesa dos mil platos de pescados exquisitos, y siete mil de diversas carnes y aves. Bórrense de los anales civiles las leyendas de esos opíparos banquetes, donde se ha hecho ridícula ostensión del poder y del gusto y de la magnificencia; porque al cabo, los príncipes que los ofrecieron, á medida que más gastaron más se empobrecieron; pero Jesucristo da en la Eucaristía un convite que vale inmensamente más que todo lo creado y millares de creaciones más que hubiera, pues se da á sí propio; así que Él solo constituye el ser, el alpha y la omega de todos los seres; y este Señor, al dar todas sus riquezas, no se empobrece en lo más mínimo, y, entregándose todo en comida y bebida, queda tan entero como antes.

15. Si de la sublimidad pasamos á estudiar la longitud

del amor de Jesús Sacramentado, observamos que este amor durará hasta el fin de los siglos. El Eterno prometió que la ofrenda pura que había de ofrecerse en todo el mundo, se perpetuaría hasta el ocaso de los tiempos; y efectivamente, semejante ofrenda presentada todos los días, hace veinte siglos, sobre los altares de la Iglesia, es la divina Eucaristía. Por espacio de cuarenta años asistió el Señor á los ingratos hebreos peregrinantes, mediante la columna de luz que les iluminaba de noche; pero la Sagrada Eucaristía será compañera del cristiano, no ya durante cuarenta años solamente, sino mientras el mundo exista; aquel espacio de tiempo era adecuado símbolo de la peregrinación del hombre sobre la tierra, pues, así como al cabo de ese tiempo entraron los israelitas en la tierra prometida, de esa manera la Eucaristía conducirá á la humanidad cristiana por entre las escabrosidades de la vida hasta introducirla en la verdadera tierra de promisión. ¡Qué amor el de Cristo Sacramentado! si nos hiciera favor semejante una vez cada año ¿qué frases no emplearíamos para celebrarlo? ¡Mas ay! una vez cada año y una vez á la semana es muy poco para Jesús; quiere estar juntamente con nosotros todos los días y en todos sus instantes.

16. La latitud del amor de Cristo en la Eucaristía se prueba por su universalidad. Se extiende á todos los hombres que deseen sentir el calor divino. Para la Eucaristía no hay distinción de sexos, ni de edad, ni de condición; abarca todos los pueblos, todas las regiones, todas las razas; se goza en los grandes como en los pequeños; goza en darse á todos.

Lo mismo recibe á los opulentos, como á Zaqueo, que á los miserables, como al paralítico de la piscina; si se esmera con los propios, como con la suegra de S. Pedro, también lo efectúa con los extraños, como con el ciego de nacimiento; el mismo afecto manifiesta á sus discípulos, como á la Magdalena, que á los ingratos y perseguidores suyos, como á Malco. Todo el mundo es objeto de sus finezas. Á las bodas que celebrara el padre de familias fueron invitadas cuan-

tas personas halladas fueron en el camino, incluso los pobres, los cojos, los lisiados y los ciegos; y la Eucaristía, que es realidad exacta de la parábola de las bodas, admite á todos los cristianos, rechazando únicamente á los que no entran con el nupcial vestido.

17. Pero ¿qué diré de la profundidad del amor de Jesús Sacramentado? Siendo el Señor inmenso, y no pudiendo ser contenido por los espacios limitados, se reduce á estar presente en la más pequeña Hostia y en cualquier parte de la misma. ¡Milagro singular de la Omnipotencia divina! Jesucristo inmenso se hace tan humilde que no repara ni en los lugares, ni en sus estrecheces. ¿Y qué es lo que no obra una humildad semejante? Si un gran monarca, por entrar á ver un infeliz, hubiese de pasar por una puerta angosta, doblando el cuerpo ¿quién no admiraría la profunda humildad de ese príncipe? Pero ved á Jesús que se inclina por entrar en los copones, en los sagrarios, en la boca del que le recibe, en las cárceles y en las grutas. ¡Qué amor! Jesús en este acto hace lo que una madre, que para lactar mejor á un niño suyo se inclina ella misma y le ofrece benigna su amoroso pecho.

El Salvador, además, instituyó el Sacramento del Altar antes de morir para que entendiésemos el amor que nos tenía (1); por eso observa el Apóstol que Jesús entregó su Cuerpo y su Sangre á los apóstoles precisamente en la noche misma que había de incoar su dolorosa pasión, no en tiempo de los regocijos y aplausos, lo cual hace resaltar más el amor de Dios; porque si en la pena y en la tristeza se conocen los legítimos amigos; si, siendo objeto de la más atroz persecución, se dan pruebas de predilección por los mismos perseguidores, ved á Jesucristo que en el momento mismo en que el mundo era más digno de muerte le regala su propio Cuerpo.

18. Al terminar, nada más oportuno que reconocer y ser agradecidos á un beneficio tan inmenso como el del

(1) S. Lorenzo Justiniano.

amor de Jesucristo, manifestado en el Sacramento. La mejor gratitud es corresponder al Salvador con un amor semejante, con una caridad sin medida; y este amor ilimitado, y este amor infinito relativo que nosotros podemos profesar al Sacramento, lo debemos demostrar en la recepción frecuente del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, con cuya recepción aumentará nuestro amor á Jesús. Abriguemos inmensos deseos de servir cumplidamente á Cristo Sacramentado, ya que nos consta, según asegura S. Alfonso de Ligorio, que «Jesús en este Sacramento se hizo pobre en cierto modo por hacernos ricos; que allí está con las manos llenas de gracias, anhelando dispensarlas al que le visita, y que nos da su Cuerpo y Sangre, que es todo lo que tiene, para que entendamos que nada sabrá negarnos el que se nos da enteramente á sí mismo (1)».

¡Oh Señor Sacramentado! No sé qué decir á la vista de tanto amor. Quisiera tener miles de lenguas con que poder alabaros y bendeciros. Desearía poseer todos los corazones para poder agradeceros como corresponde. Por lo menos, que os tengamos un amor sin grados, sin límites para poder serviros perfectamente y recibir más tarde la recompensa en el cielo.

EJEMPLO

En confirmación del infinito amor que N. adorable Salvador en la Eucaristía profesa á las almas, refiere la Historia de la V. Orden de mi padre Sto. Domingo (2) que, estando para comulgar Sta. Catalina de Sena, como pronunciase juntamente con el sacerdote aquellas palabras preparatorias: Señor, yo no soy digna de que Vos entréis en mi pobre morada, oyó la voz del Salvador que desde la Hostia la decía:—Pues yo soy digno de que tú entres en mí.—Habiendo recibido el Santísimo Sacramento le parecía que su alma se entraba dentro del mismo Jesucristo y se transformaba en Él. Con efecto, la sierva de Dios, merced á esta perfecta comunicación con el Altísimo, comenzaba en este suelo á experimentar los inefables consuelos celestiales.

(1) Medit. del día 6.°.
(2) Castill. p. 2.

II

Inmenso amor de Jesucristo en la institución de la Santa Eucaristía

(CONTINUACIÓN)

Ignem veni mittere in terram, et ¿quid volo nisi ut accendatur?

Vine á poner fuego sobre la tierra y, ¿qué es lo que quiero sino que arda?

LUC. XII, 49.

1. ¿Quién jamás ha visto, exclama un autor (1), que un fiel amigo se sangre de la vena del corazón para recrear con ella á otro amigo cariñoso que se sofoca por el calor de las entrañas? Casos se han dado en que un amigo ha dado la vida por otro amigo; pero esto solamente ha tenido lugar cuando por precisión uno de los dos temía que morir; mas, que un amante se alancee el corazón, no ya por dar la vida, sino por recrear á su amado, esto raya en lo imposible, tratándose del amor humano, pero es la cosa más sencilla si se trata del divino. Madres ha habido que, por no verse en la terrible angustia de morir hambrientas, han comido á sus tristes hijos; pero que una madre haya cortado sus carnes por conservar la vida de sus hijos, no existe ningún probo historiador que lo haya sostenido. Jesucristo, empero, al objeto de conservar nuestra vida espiritual y de

(1) Luz de la Fe, lib. III, cap. 42, por el P. La Parra.

robustecerla indefinidamente, nos ha entregado sus propias carnes, diciéndonos al mismo tiempo: «Tomad y comed, porque éste es mi Cuerpo». Orígenes compara á Jesús con una tierna madre que, teniendo los pechos henchidos de leche, toma á su infante, le acaricia y le arrima á ellos. Ciertamente, Jesús en la Eucaristía, es el gran amigo que se ha sangrado de la vena de su tierno corazón por regalar á sus discípulos el vino delicioso que da la vida eterna y calma los ardores de la sensualidad; como es también la madre amante que, en vista del hambre de sus hijos, los cristianos, les alimenta con sus carnes delicadas; ella misma nos arrima á sus pechos místicos y nos dice: Tomad y bebed, porque esta es mi Sangre.

¿Fué sublime el amor de Jesús Sacramentado, ó rayó en locura divina? No sé qué responder á esta difícil pregunta: sólo diré, que el Salvador se enamoró tanto de los hombres, que pareció haberse olvidado de sí mismo. Pero todo amor tiene un fin; el hombre no ama inconsideradamente, algún fin pretende; y como el amor de Jesucristo es ordenadísimo, de ahí que haya tenido un fin perfecto al amar de tal manera á las criaturas. Ésta es la primera parte que desarrollaré en este discurso, á saber: I. *Fines especiales que el Señor se propuso al amarnos infinitamente en la Eucaristía.* II. *Género de gratitud que exige de nosotros por el amor que nos ha profesado.*

§. I.

El bien, considerado en general, no abraza un objeto solo, no se limita á tal ó cual punto de la simpática esfera del bienestar, porque entonces no sería bien general atractivo; por el contrario, abraza diversos objetos: tantos cuantos se relacionan con la vida, con el carácter, con la inclinación, con la necesidad de la persona á la que se desea el bien indicado. En este concepto, Jesucristo N. S., en la institución de la santa Eucaristía, no se propuso únicamente un fin, sino que, atendidas la naturaleza y propensión y demás circunstancias de la vida del hombre, manifestó tener varios

fines. Nos ha dado la Eucaristía, 1.°, para que nos alimentemos con su carne y su sangre: *caro mea est pro mundi vita;* 2.°, para que tengamos vida en nuestro espíritu: *Nisi manducaveritis non habebitis vitam in vobis;* 3.°, para que nos unamos perfectamente á Él: *in me manet et ego in illo;* 4.°, para ser germen de nuestra resurrección: *et ego resuscitabo eum in novissimo die;* 5.°, para tener luego eterna vida: *habet vitam æternam;* 6.°, para que celebremos este sacrificio y sacramento en su memoria: *hoc facite in meam commemorationem*; 7.°, para que le amemos: *deliciæ meæ cum filiis hominum;* 8.° y último, para que nos abrasemos en su amor: *et quid volo nisi ut accendatur?* Estos ocho fines son los que se propuso el Salvador al instituir el Divino Sacramento del Altar; algunos de ellos quedaron explicados ya, los demás serán materia de discursos posteriores; en el presente me ocuparé:

2. Que Jesucristo nos amó con objeto de hacernos partícipes de su gloria eterna. En efecto; para nada necesita Nuestro Señor de nosotros; feliz en sí mismo, sólo por un puro acto de amor quiere hacernos copartícipes de su felicidad. El hombre es asociado al gozo de Dios; es llamado para formar parte de su corte; es colocado junto al trono del Excelso. Nos hiciste reyes, dice el Apocalipsis. ¡Qué fin tan sublime! Si alguno comiere de este pan vivirá eternamente en la mansión feliz de los justos, que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni la lengua puede explicar, ni aun el entendimiento concebir cuál sea ni hasta dónde llega ese premio tan completo que Jesucristo depara á los que comulgan debidamente.

Mas esta felicidad sempiterna nos la hace gustar en cierto modo en este destierro, mediante la recepción de la Eucaristía, para que entendamos que la Eucaristía es prenda de la bienaventuranza eterna, y que allá gozaremos de esos celestiales deleites, puesto que aun en esta vida nos los permite gustar por medio del Sacramento Santísimo. En confirmación de esta indudable verdad no hay más que observar qué es lo que goza un alma cuando recibe con buenas disposiciones al Señor Sacramentado. Esos transportes de alegría,

esa paz deseada, esos incoados arrobamientos espirituales durante los cuales el Salvador se comunica inefablemente al comulgante, esos castos é inmaculados efectos que se transmiten á todos los órdenes de la vida, no son sino meros ensayos de la dicha eterna que, como esplendentes luces, acreditan que tras el negro velo de la muerte existen esos consuelos, de los cuales fueron positivas pruebas aquellos destellos hermosísimos. Ejemplos prácticos de este supremo gozo fueron N. P. S. Francisco, quien, al comulgar, quedaba como fuera de sí, bañado su rostro de celestial alegría; Sta. Francisca que, en el momento de recibir el Cuerpo del Señor, se llenaba el templo de divinos perfumes, que daban á conocer cuántos serían los favores que el Señor la dispensaba en aquellos momentos; la V. M. María de Agreda, que después de haber comulgado, insensible á todo, excepto á la obediencia, permanecía de dos á tres horas en dulces éxtasis, gozándose en los inefables carismas de la Eucaristía (1); y aun cuando todos los que se disponen convenientemente á la Comunión no suelen recibir el mismo número de gracias por ser extraordinarias, empero hay mercedes que se reciben ordinariamente con el Sacramento, como es una paz dulce, una tranquilidad suave, un gozo extrahumano y un deseo de servir mejor á Dios.

3. Jesús nos amó para que nosotros le paguemos con amor. Para que comprendáis una vez más la inefable caridad que nos profesa Jesús Sacramentado, recordad que en este Sacramento tiene todas sus delicias; y quien satisface todas sus aspiraciones con la compañía de una persona, claro es que la ama hasta el extremo. Mas, «¡oh hombres! exclama Sta. Teresa de Jesús; ¿cómo podéis ofender á un Dios el cual asegura que con nosotros tiene sus delicias? Jesús tiene sus delicias en estar con nosotros y ¿nosotros no las tendremos en estar con Jesús? Por eso Él, desde el Sacramento nos pide el corazón diciendo: Dame, hijo mío, tu corazón, sí: tu corazón que es el amor con que has de pagar el que te he tenido á ti».

(1) Vida de esta V. por el P. Samaniego.

Ved, por consiguiente, á Jesucristo requiriendo de nosotros un afecto semejante al suyo, que es otro de los fines para que instituyera el Sacramento del Altar. Y qué, ¿pide algo de más? ¿no merecerá nuestro corazón? Todo beneficio debe ser naturalmente correspondido, y la gratitud más natural que podemos profesar á Jesús es amarle de la misma manera que Él nos amó, si esto pudiera realizarse. Jesús exige que le amemos; ¿qué diríais de un hijo que no mostrara afecto á su padre? no aseguraríais que era no sólo ingrato, sino cruel?

4. Quisiera nuestro adorable Salvador que el amor que le profesamos no fuera sólo de concupiscencia, sino de puro afecto; y como prueba de este finísimo aprecio estimaría que le recibiésemos á menudo. Mas ¡ay! causa lástima ver que los hombres no se apliquen á secundar las intenciones del Salvador; y una ingratitud semejante la declaró el Señor á la beata Margarita de Alacoque, por estas sentidas palabras: «Al menos dame tú el consuelo de reparar en cuanto de ti dependa la ingratitud de los hombres; para esto me recibirás sacramentalmente cuantas veces puedas y te lo permita la obediencia». Y para que os persuadáis que la amargura que experimenta el Señor con tales desprecios es inmensa, y que por medio de las Comuniones sacramentales opta porque en parte sea reparada, he aquí las palabras que la referida bienaventurada escribió al P. Rolín. «Mi divino Salvador me mandó que comulgase todos los primeros viernes de mes á fin de reparar en lo posible los ultrajes que le han sido hechos el mes anterior en el Santísimo Sacramento». La comunión, bien sea sacramental, bien espiritual, pero particularmente la primera, será la señal de nuestro afecto á Jesucristo, será la prenda visible de nuestra gratitud.

5. Jesús, además, nos amó para que nos comunicásemos en su amor. Dios, según expresión suya, es fuego consumidor; mas en ninguna parte ha mostrado tanto su amor como en la Sagrada Eucaristía; luego la Eucaristía es el fuego consumidor que Jesús vino á poner sobre la tierra. El fuego, sin embargo, no está quedo, no puede estar sin

movimiento, y por eso añade Jesús que no quiere otra cosa sino que arda. Efectivamente, arde en sí mismo y para prender fuego en las almas que le reciben. Por esta razón decía el V. P. Francisco Olimpio, teatino, que no existe cosa alguna en la tierra que más vivamente encienda el fuego del amor divino en los corazones de los hombres como la Sagrada Eucaristía. Éste es el divino fuego que sólo de contemplarle el beato Nicolás Factor ardía en vivísimos incendios, quedando arrobado por tres horas consecutivas; éste es el fuego sagrado que á S. Francisco de Borja hacía arrojar de su rostro sensibles llamas; éste es el fuego sagrado que en el Sacrificio consumía á S. Ivo, de tal manera que le cubría el cuerpo á modo de un globo de fuego resplandeciente y le arrebataba hacia lo alto.

6. Pero, ¿cómo es, se preguntará, que no quema, que no abrasa á todos el fuego de la Eucaristía? Si Jesucristo es fuego consumidor, debería abrasar á todos los que le reciben en la Eucaristía. Acaso, exclama Salomón, puede el hombre esconder el fuego en su seno y que no ardan sus vestidos?

Mas, ¿puede, por ventura, un cristiano recibir á Cristo Sacramentado y no arder inmediatamente? ¡Ah! Si nadie podía sacar al Sabio de aquella suspensión, á nosotros nos saca por desgracia la experiencia, la cual acredita que son muchos más los que no arden al contacto de ese fuego Sacramentado que los que se dejan abrasar de Él; porque para que el fuego eucarístico no prenda en el alma es indispensable que el espíritu humano oponga fuerte resistencia, así como es preciso un milagro de la gracia divina para que el fuego natural no prenda en los vestidos. El pecado mortal, el hábito del pecado venial, la falta de preparación próxima, un fin profano: he aquí una serie de obstáculos que como fría nieve apaga los ardores del fuego divino.

§. II.

7. El seráfico S. Buenaventura (1), con aquella unción que le caracterizaba, enseñó que hay once grados ó pelda-

(1) De 7 itin. ætern.

ños espirituales por donde el alma, de un amor ordinario se eleva al amor sublime á que puede llegar en esta vida. El primer grado es el del justo incipiente, según el cual, el cristiano arrepentido y confesado de sus culpas está en amistad de Dios. El segundo grado es el de amor incontaminable, por el que á más de poseer la gracia divina aborrece todo pecado venial y pone de su parte los medios para evitarlo. El tercero es el amor infatigable, arraigado en las almas fervorosas. Á éste sigue el inseparable, que es elevado, y le gozan las almas contemplativas. Viene el quinto grado de amor, llamado insuperable, propio de los que sufren por Dios tribulaciones y tormentos. Á éste sigue el amor insaciable, por el que el alma busca en todo momento unirse á su Criador. El séptimo grado es el de amor violento, que se subdivide en otros tres grados, según los cuales el cristiano, unido fuertemente al Señor, no piensa, ni discurre, ni habla sino de Él, aborreciendo lo que á Él no tienda. Finalmente, el último de los grados consiste en un completo dominio de todo lo que aparta de Dios, pudiendo decirse aquí que el alma ha llegado á ser como inmortal.

8. Supuestos estos grados, correspóndenos saber cuál sea el que Jesús Sacramentado exige de nosotros. Una cosa es amar á Dios simplemente y otra cosa es amarle con perfección. Lo primero constituye un estricto deber, lo segundo un alto consejo, pero un consejo alto que tiene casi la fuerza de grave precepto. Para amar al Señor simplemente basta el primer grado referido; mas no nos hemos de contentar con sólo eso. Pensad seriamente que al ser preguntado Jesucristo por un doctor, sobre cuál es el primero y mayor precepto de la ley, respondió: «Amarás á tu Dios y Señor con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas». Atended que no dijo solamente: amarás á tu Dios; porque esto pudiéramos practicarlo imperfectamente; sino que añadió: *con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas*. Debemos amarle con todo nuestro corazón, ofreciéndolo todo á Él, sin reservar nada á la criatura de aquello que pueda disminuir nuestro amor á Dios; debe-

mos amarle con toda nuestra alma y nuestras fuerzas, empleando toda la facultad del propio ingenio, y hasta los haberes temporales cuando sean necesarios para servirle.

9. Al objeto de aclarar más las precedentes ideas, ved lo que dice el Señor: «No tendréis dioses ajenos delante de mí». En efecto; por este mandato exige Dios de nosotros que le adoremos únicamente á Él; mas esto es según el sentido propio, porque según el espiritual, pretende que no adoremos tantos gustos ilícitos, tantos vicios, tantas miserias, verdadera idolatría espiritual, pues quien tal hace antepone esos vicios y esos gustos al Señor, único ser al que debemos absolutamente el amor. Acaso me negaréis que cuando se disponen viandas y licores delicados, no ya por satisfacer el hambre y la sed, sino para gozarse en ellos; cuando el dinero y el placer sensual y la ambición son objetos exclusivos del corazón humano, ¿no se roba á Dios el honor debido, no se comete un acto de espiritual idolatría? Donde se halla el tesoro allí está el corazón del hombre; y esta verdad de origen divino, y este dogma confirmado con milagros sin cuento, es un hecho demasiado frecuente en nuestros días por desgracia. ¿Qué es lo que lisonjea á esa persona? qué es lo que le atrae? qué es lo que la esclaviza? Pues eso que la lisonjea, que la atrae, y que la esclaviza es propiamente su ídolo; en él tiene depositado su corazón. Dios ya no es el gran objeto de esa persona.

Debemos por consiguiente amar con orden; á Dios en primer lugar, con todo el corazón, con todas las fuerzas, con amor de preferencia, gozándonos en Él solo, por ser quien es, porque merece ser amado, porque desea ser amado de nosotros. Á las criaturas por Dios, esto es: amándolas en orden á Dios, en cuanto puedan contribuir á la propia salvación; lo demás es habernos extraviado.

10. Esto es lo que Dios Sacramentado exige de nosotros; ése, el grado de amor desinteresado, perfecto, sublime, con el cual espera le amenos.

En su confirmación, S. Francisco de Sales llama cobardes y perezosos á los espíritus que ponen límites á su amor, re-

duciéndose á ciertas reglas, y no queriendo extenderse más, como pretendiendo encerrar el espíritu de Dios en el corto recinto de sus manos. El obispo de Belley, (1) discípulo de aquel santo, añade á las palabras de su bienaventurado maestro: «Siendo Dios infinitamente mayor que nuestro corazón, ¿qué pretensión es querer reducirle á tan pequeño recinto? Si el amor de Jesucristo fué excesivo, como escribe S. Juan, ¿qué ruindad la nuestra en querer ceñir el nuestro á una medianía? Si ni el mar ni el infierno jamás dicen basta, ¿qué deberá decir el amor santo cuyas llamas se dice en los Cantares ser más ardientes que las del infierno?» (2). Grande, ciertamente, es el amor que Jesús Sacramentado exige de nosotros; mucho pide, pero más todavía le debemos por sus inmensos beneficios; nuestros únicos deseos deberían ser amar á Jesús, ya que Él tanto nos ama, ya que Él ha de ser nuestra recompensa. «Si reconociese en mi alma, decía San Francisco de Sales, un solo hilo de afición que no fuese de Dios, en Dios ó para Dios, al punto lo arrojaría de mí, queriendo más no ser que no ser enteramente de Dios, sin la menor excepción. Si supiese y conociese en mí algo, por poco que fuese, que no estuviese sellado con el sello de Jesucristo, al momento me desharía de ello, arrojándolo de mí, al modo que la Escritura enseña que conviene sacarse el ojo y cortar la mano ó el pie que nos escandalizan.»

11. Es indispensable, por lo visto, disminuir y arrancar los afectos terrenos para alcanzar el perfecto amor de Dios; es regla indefectible que cuantas menos aficiones profanas tengamos, tanto más amor á Jesucristo profesaremos. De ese fuego sacramentado es preciso que obtengamos el amor que debemos á Jesucristo; y á la manera que los ríos nacen de una fuente y ésta se forma del agua que envían las nubes, quienes la toman del mar, al cual vienen á parar los ríos, de mismo modo, esa especie de movimiento circular espiritual debe regir en los cristianos respecto al amor debido á Jesús Sacramentado. De Él se recibe el amor y á Él debe

(1) Espíritu de S. Francisco de Sales, Part. 13. cap. 4.
(2) Cant., VIII, 6.

volver, y es porque Jesús, á la manera del mar, es principio y fin del amor.

Efectos de nuestro amor hacia Jesús sería anhelar por estar siempre á su lado, pedirle perdón, darle gracias, alabarle y solicitar nuevas virtudes y dones para todos los hombres; quien se tomase el trabajo de practicar esto con asiduidad, dice la beata Margarita de Alacoque, Jesús Sacramentado intercederá por él á su Eterno Padre.

Tened ánimo para poder conseguir un amor perfecto al Santísimo Sacramento; trabajad sin descanso, porque no se concede el premio á los que comienzan con fervor, sino á los que acaban en caridad de Dios. Tened presente que aunque sois seglares os incumbe la misma obligación que á los religiosos, respecto al amor de Dios, y no olvidéis que dice el Apóstol que el que ama ya cumplió la ley de Jesucristo.

EJEMPLOS

La beata Jacinta de la Tercera Orden de Penitencia iba con frecuencia á media noche, acompañada de otra devota, á visitar el Santísimo Sacramento, y en su divina presencia, descalzada enteramente, convertida en un mar de lágrimas, y postrada en el suelo, repetía muchas veces: ¡Oh amor, oh amor, venid á mi corazón! Esta encendida llama de amor que profesaba á Jesús Sacramentado se manifestaba particularmente cuando comulgaba y oía Misa, pues quedaba en estos casos absorta y completamente inmóvil (1).

El V. Fr. Miguel Usanos, franciscano, pasaba la mayor parte de la noche arrobado y en cruz delante del Santísimo Sacramento. En semejante postura estaba hasta el alborear en que los religiosos le llevaban á la celda, tan inmóvil como si hubiese quedado muerto en aquella forma. Tantos eran los continuos éxtasis que padecía á causa del amor que profesaba á la Santa Eucaristía, que se vieron precisados los prelados á impedírselos, y ¡cosa singular! cuando éstos deseaban que le cesasen completamente, el siervo de Dios sin haberle comunicado la determinación persona humana, dejaba de tenerlos (2).

Extasiábase el P. Salesio y llenábase de indecible gozo cuando oía hablar del Santísimo Sacramento, y el Señor le premiaba las visitas fre-

---

(1) In ejus vita.
(2) P. González, P. 6, libro 3 cap. 32.

cuentes que le hacía, por cuyo motivo el siervo de Dios jamás se hartaba de visitarle; bien cuando era llamado á la portería, bien cuando regresaba á la celda, ora cuando pasaba por delante de la iglesia, siempre se valía de estas ocasiones para dirigir á su Amado una palabra de amor, un suspiro del corazón, de suerte que apenas pasaba hora del día que no le visitase (1).

---

(1) S. Ligorio. Visitas.

III

Inmenso amor de Jesucristo después de la institución de la Eucaristía.—Influencia de la Eucaristía en los órdenes religioso, intelectual, moral y social.

Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi.

Mirad que yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumación de los siglos.

MATH. XXVIII, 20.

1. En uno de esos conventos solitarios, levantados sobre pelada roca y rodeado de millares de fúnebres cipreses, cuyos silenciosos claustros y sepulcrales celdas preservadas fueron del golpe fatal de la piqueta demoledora, y cuyo modesto templo franciscano conservó el culto religioso á pesar del revolucionario entredicho: se destaca en una de las blancas paredes que miran á la huerta risueña un modesto reloj, movido por el astro del día, al pie del cual se lee la inscripción siguiente: «Sólo el sol, el ser me da». Con efecto; quien da el ser y el movimiento á semejantes rústicos horarios es ese globo de luz que presta la vida á todos los seres de la naturaleza; y si alguna vez la luminosa esfera es interceptada por nieblas densísimas, entonces, cuando deja de enviar á la tierra sus ardientes rayos, el horario de pared cesa de tener movimiento.

Cualquiera dirá que me he entretenido en hacer una des-

cripción de los relojes de sol; mas cuando afirme que esa sencilla descripción no es más que un perfecto símil de lo que podía suceder á la Iglesia si tuviera interceptados los esplendentes rayos del Sol divino, comprenderá que si la Iglesia posee espiritual y social movimiento, que si el mundo tiene vida sobrenatural es porque el Sacramento del Altar no cesa de enviarles continuamente su hermosa luz, y de calentarles para que conserven la vida que les es tan necesaria. Y cuando la Iglesia de Dios, y cuando la sociedad humana, después de tantos siglos de experiencia, han conocido que no es posible en el camino moral dar un paso sin la Eucaristía, y que no es menos posible que el orden intelectual, moral y social adelanten progresivamente hacia su perfección respectiva, sin la influencia benéfica de este Sacramento deífico, entonces, y cada vez que han sentido el poder y la virtud y la mano impulsora del Sol eucarístico, han esculpido en los mármoles, han pintado en los cuadros, han grabado en las conciencias, han podido proferir también esta frase:—Sólo el sol el ser me da.

2. Pero este Sol eucarístico despide bellos fulgores y ardientes rayos á causa del amor. Es principio de esos fenómenos sorprendentes que se experimentan en la vida religiosa y hasta en la sobrenatural, en la vida de la inteligencia y de las costumbres, en la vida de la sociedad y de sus productos mixtos. El amor de Cristo sacramentado es el que fecunda á la Iglesia y á cuanto con ella se relaciona; y sin este amor no se explica de ninguna manera cómo el Verbo, Ser infinito, haya querido bajar á la tierra y conversar y habitar con el hombre para atraerle á él y á todas sus cosas. «Cuando yo fuere levantado de la tierra, dijo el Salvador, cuando yo fuere inmolado en infame madero, atraeré á mí todas las cosas;» sacrificio cruento que fué la señal de atracción universal, que fué la causa de que los hombres fuesen llevados con lazos de amor á Jesucristo. Pero este sacrificio, incoado por fuerza de ese misterioso amor del Redentor, debía perpetuarse para acabar de atraer al hombre; y con efecto, perpetúase todos los días mediante el santo Sacrifi-

cio de la Misa. Si todos estos bellos efectos reconocen por causa el amor, también este amor es efecto necesario de la presencia habitual de Jesús Sacramentado en la tierra. Al asegurar el Salvador á sus discípulos que subsistiría en medio de ellos hasta el fin de los tiempos, mucho les prometía merced á su divina y corporal presencia; es como si les hubiera dicho: No temáis, pues yo estaré con vosotros para ayudaros, para defenderos y hasta para daros vida; por medio de este Sacramento seremos unos, así como yo soy uno con el Padre (1). He ahí por qué de esta unidad portentosa, los miembros participan de la vida de la cabeza, los agregados reciben la influencia omnipotente é infinita de Aquél á quien se agregan, resultando esta radical transformación de los hombres, observada en la historia de veinte siglos, y notada al presente por los que admiramos lo que la Iglesia y la sociedad humana deben á Cristo en la Eucaristía.

Ya podréis adivinar cuál sea el asunto que me propongo desarrollar. Vedlo aquí: *Influencia del Sacramento de la Eucaristía en los órdenes religioso, intelectual, moral y social.*

§. I.

3. Todas las bellezas del dogma católico se compendian en la Eucaristía. En efecto: por ser Misterio de la fe, la Eucaristía es afirmación de todas las verdades católicas; por estar en Ella corporalmente Jesucristo, en quien se compendia el plan divino, es el complemento de las mismas; por venir Nuestro Señor substancialmente á nuestras almas, es el término, es el resumen de los dogmas aludidos. Siendo evidente que en el Misterio de la Encarnación se sintetizan todos los dogmas católicos, por ser él la llave de todos los misterios de Jesucristo, y porque en consecuencia todos los demás dogmas se dirigían y tenían por término á la Encarnación, también no es menos evidente que el adorable Misterio de los altares es término del amor que tuvo

(1) Joan.

Dios, al decretar que encarnase su Hijo; como es asimismo perfeccionamiento de la Encarnación, ya que la Eucaristía perpetúa sus frutos saludables. Por consiguiente, en el Sacramento del Altar se sintetizan la Encarnación y los demás dogmas del Catolicismo.

4. Que la Divina Eucaristía sea término del amor que Dios tuvo al llevar á cabo el Misterio de la Encarnación, vémoslo en que no se satisfizo plenamente con la unión verificada por este misterio. Él, desde el principio del mundo, tendía á unirse al hombre con lazo estrecho, apretado, firme, con vínculo indisoluble, según lo manifestó por los profetas: «Yo pondré mi tabernáculo en medio de vosotros y andaré entre vosotros;» pero en la Encarnación, al tomar la naturaleza humana, sólo se unió á los hombres por gracia: unión que no le satisfacía bastante. Como su amor era más grande que el que había empleado en la Encarnación, deseaba patentizarlo, y de ahí que realizara, si la expresión es permitida, esa verdadera locura de amor, instituyendo la Eucaristía, por la cual, uniéndose á los hombres con el lazo más estrecho que caber puede, perfeccionó el amor que había significado al tomar la naturaleza humana. He aquí, pues, cómo Jesucristo completa su amor en la Eucaristía, y al propio tiempo cómo este Misterio es perfeccionamiento del amor manifestado en la Encarnación.

La Eucaristía, en efecto, eterniza los frutos de la Encarnación. Esta gran Obra tuvo lugar una vez solamente, y por ella derramó el Salvador sus gracias salvadoras; pero en la Eucaristía, considerada como Sacrificio, aplica continuamente esos dones benéficos y hace visible todos los días los Misterios de la Encarnación y Redención. El cristiano que no tuvo el inefable consuelo de contemplar á Cristo en carne mortal y recibir de Él las divinas lecciones, le adora siempre que lo pretende en la Eucaristía. Y no solamente, en este concepto, la Eucaristía eterniza los frutos de la Encarnación, sino que, considerada como Sacramento, los perfecciona también. Por la Encarnación unióse el Verbo divino á una sola naturaleza humana, y por la Eucaristía se une á cada uno de los

hombres, y les comunica realmente los tesoros de su gracia y su misma vida; por aquélla sólo los judíos y pueblos vecinos fueron testigos de su visita y de sus maravillas; mas por ésta los pueblos, aun los más incultos, son testigos de que Jesucristo ha venido al mundo en carne y espíritu humanos, y muchas veces testigos oculares de sus grandes prodigios; mediante la Eucaristía rogamos y obtenemos directamente de un Señor á quien poseemos en nuestras iglesias, lo que no podríamos efectuar de igual modo por la Encarnación solamente.

Ved, por lo tanto, á la santa Eucaristía ser complemento, perfección y perpetuidad de la Encarnación, y asimismo de los demás dogmas del Catolicismo, como también la bella cifra de los mismos y de todas sus bellezas.

5. Pero, la Eucaristía es, asimismo, vida del culto católico (1); ya que Ella es el alma nobilísima de toda la liturgia, y á la misma se dirigen y ordenan todas las ceremonias religiosas. Sin la Eucaristía no habría sacrificio perfecto, acto que constituye la hermosura de las mejores solemnidades católicas; es fuente purísima de piedad en los fieles, y dulce atractivo para que el pueblo cristiano frecuente diariamente nuestros templos. Por el Sacrificio de la Misa se ponen en activo movimiento los Sumos Pontífices, con sus decisiones litúrgicas; la Sagrada Congregación de Ritos, con sus respuestas sobre ceremonias y rúbricas; los venerables obispos, con sus decretos particulares respecto del buen orden y concierto en los templos; los reverendos sacerdotes, con la obediencia sumisa á aquéllos, y todo el pueblo católico en sus diversas categorías y dignidades, con la asistencia á esos actos bellísimos, que tan consoladores son. ¿Qué rúbricas, qué ritos, qué disposiciones, por insignificantes que sean, con tal que pertenezcan al orden religioso, no se ordenan á la sagrada Eucaristía? ¿Hay algo estético en la Iglesia de Jesucristo que no se dirija al culto del Sacramento Santísimo? Registrad todos los objetos que

(1) In 4 dist. 8, q. 1.

sirven al culto católico, no habrá uno siquiera que no se dirija al Dios del Tabernáculo. Desde la mejor custodia de oro, hasta la última candileja de cobre, todo tiende á honrar al Sacramento del Altar; todo se ha dispuesto en orden á Él; todo ha sido elaborado por causa de Él: el arte se perfeccionó á impulsos de la Eucaristía.

6. ¿No habéis visto una devota procesión del Santísimo? ¿habráse contemplado en la tierra espectáculo más solemne, ceremonia más tierna? Todo encanta, todo transporta: desde el aromático incienso en cuyas blancas espirales van mezcladas las fervientes plegarias de los fieles, hasta la tibia luz de la lámpara, centinela avanzado del Rey del sagrario, todo conmueve, todo arrebata. Para hacer resaltar más el punto que estamos tratando, suponed por un momento que no existiese la Divina Eucaristía. ¡Qué templos más tristes! de ellos habrían desaparecido con el Sacramento las mágicas bellezas que los ornaban; la poderosa fuerza de atracción eucarística, efecto de la cual los fieles corrían presurosos á buscar la fuente de aguas cristalinas, no existiría; los cristianos que, cual soldados veteranos de la santa milicia, hacían la guardia á Jesús Sacramentado, habrían desamparado los místicos lugares; las puras vírgenes, que se regalaban con el Cordero inmaculado, no se contarían; el culto, en consecuencia, dejaría de tener el sello que le caracteriza; sus ceremonias, á más de reducidas, no levantarían el ánimo á la contemplación de lo heróico, de lo sublime, de lo divino; los templos serían convertidos en moradas solitarias á donde el cristiano no entraría con aquella confianza y resolución de ánimo que ahora experimenta; en una palabra: la vida exterior de la Religión, de la cual constituye una gran parte el culto, sería una vida sin matices, sin belleza, sin energías.

7. No es, empero, intención mía afirmar que la Iglesia Católica, dado otro decreto divino, dejaría de subsistir sin el Misterio de la Eucaristía, porque lo contrario es evidente; lo que sí afirmo, con la común parte de los teólogos, es que dado el decreto presente, la Iglesia no puede subsistir sin

el Sacramento de los Altares; y no puede, porque de la Eucaristía recibe la vida. «El día que, como en Jerusalén abandonada, dice el Excmo. Sr. Murúa (1), dignísimo obispo de Lugo, faltase la Hostia y el sacrificio, cesaría el sacerdocio; ante el sagrario vacío enmudecería el oráculo infalible del que dijo: Yo soy la verdad; correría un frío glacial de muerte por los miembros que ahí reciben la vida y, al apagarse para siempre la lámpara del santuario, al nublarse la luz del universo, el príncipe de las tinieblas recobraría otra vez el primitivo dominio que sobre los entendimientos venía ejerciendo.» Ciertamente, si faltase la Eucaristía, y por lo tanto el Sacrificio, desaparecería el sacerdocio, ya que éste sin aquél no se concibe de ninguna manera; y faltando los sacerdotes, ¿quién habría que ministrase los demás sacramentos? quién dispensaría el pan de la divina palabra? quién sería mediador entre Cristo y los hombres? dónde se sentiría el influjo de los ministros de Dios? Es por consiguiente evidentísimo que, faltando el sacerdocio, desaparecería todo, incluso lo que restaría de Religión.

Es más; ¿dónde estarían, sin la Eucaristía, las sabias encíclicas de los Pontífices, que resuelven los problemas más importantes del tiempo y de la eternidad, esas profundas instrucciones emanadas de la Cátedra de Pedro, para el buen régimen de las sociedades? ¿De dónde adquirirían la fortaleza los valerosos mártires que vertieron su sangre en medio de tormentos horribles por la fe de Cristo? De qué parte tomarían fuerza y constancia los misioneros evangélicos para abandonar sus padres, su patria, sus bienes y honores, y pasar allende los mares, y recorrer las regiones inaccesibles, y habitar entre gentes desconocidas, muchas veces salvajes, y hacer prodigios de amor, y exponer sus vidas, y preferir la cruel muerte á la vil apostasía? ¿De qué medios se hubieran valido los penitentes ascetas y los solitarios anacoretas para llevar una vida tan pobre, pero dulce y alegre, exenta del comercio humano, y haber adoptado el

(1) Pastoral de convocación para el Congreso Euc. de Lugo.

trabajo forzado, aunque impuesto por ellos mismos? ¿Quién, finalmente, hubiera infundido la virtud de la fe y de la caridad admirables á los santos fundadores de las Órdenes religiosas, para llevar adelante un pensamiento que anonada, ya que habían de arrostrar millares de dificultades y peligros sin cuento? Sólo con la Eucaristía se explica perfectamente la existencia de semejantes hombres, verdaderos prodigios de la Religión y de la sociedad; y de Aquélla, en efecto, tomaron la fortaleza, el valor, la constancia y la abnegación para superar todo inconveniente humano; la Eucaristía es el muro inexpugnable que los defendía de todos los enemigos, la ciencia divina que les alumbraba continuamente, la vida sobreabundante que les fortalecía y les daba constancia insuperable. La Eucaristía es, por lo tanto, la causa eficiente del sostenimiento del Catolicismo, porque Ella le proporciona la vida, que le es necesaria.

8. Echad ahora una rápida ojeada sobre las religiones falsas y sobre las sectas heterodoxas, y notaréis que su culto carece de vital energía, porque también ellas carecen de vida. Aquí, todo es triste y sombrío; sus cuadros no inspiran; sus imágenes no conmueven; hasta el supuesto altar es mirado con indiferencia por sus adoradores; los sectarios entran en sus templos y no sienten el calor santo que vigoriza el espíritu y que se nota en los nuestros; experimentan que el corazón permanece insensible, porque ni se ablanda á las frías palabras del ministro, ni á las obscuras ideas de sus libros sagrados. Efecto de todo esto, los prosélitos de esas apócrifas religiones, á excepción de algunos ignorantes, no creen en su dogma, ni practican lo que prescribe su moral. ¡Ah! que la vida es necesaria para la existencia de la realidad, y en estas supuestas religiones no hay vida, porque cuanto poseen son apariencias de ella: sombras y accidentes solamente.

No digo yo que sucediese otro tanto á la Iglesia Católica sin la S. Eucaristía; pero repito, que dado el actual decreto divino le acontecería una cosa semejante; porque desde el momento en que la Eucaristía es el alma del culto católico y

la vida de la Iglesia, según he demostrado, ningún ente puede existir sin vida, y por consiguiente el Catolicismo, sin el Sacramento del Altar, quedaría en las sombras de la muerte.

9 Ante el poderoso calor del sol, pronto ó tarde, pero siempre, se disipan las nieblas. Ved aquí la historia de las sectas pérfidas ante el Augusto Sacramento: no pudieron sufrir los abrasadores rayos del foco divino sacramentado y fueron desapareciendo paulatinamente: unas veces disipadas como las nieblas; como el carbón consumidas otras veces. Levantad vuestra vista y fijadla en la parte más alta de ese cuadro histórico de la Religión. Ved, qué se hicieron los nicolaítas, los milenarios y los gnósticos; observad qué fin tuvieron los maniqueos y los arrianos; considerad á dónde fueron á parar los pelagianos, los nestorianos y los iconoclastas; todos, como grandes nubarrones que acompañan á ruidosa tormenta, fueron disipados por el sol de la Iglesia. ¿Dónde están aquellos famosos albigenses y sacramentarios que invadían las comarcas francesas? Dónde los protestantes según salieron de manos del impío Lutero? Estudiad á esta secta, la más perniciosa que ha habido en el mundo por sus irracionales principios, y funestísima por sus consecuencias fatales, y veréis cómo va fraccionándose en luteranos, calvinistas, zuinglianos, evangélicos, etc., quienes á su vez se dividen y vuelven á subdividirse, intentando cada sectario erigirse en caudillo de una nueva reforma: todas desaparecieron, como nubes de verano, al calor del sol divino sacramentado; y hoy ¿qué es lo que resta de los principios de Lutero? Todo, menos la primitiva reforma; de ella sólo ha quedado la indiferencia en materia de Religión, el libre pensamiento, el socialismo, la masonería, el anarquismo, el ateísmo, en una palabra. No creyó Lutero haber hecho tanto daño al Catolicismo y á la Sociedad. Pero todas estas evoluciones de los novadores desaparecerán al influjo de Cristo Sacramentado, como se han hundido ya en los sepulcros de a nada y del olvido docenas de fracciones de reformas contemporáneas.

§. II.

10. «Así como el génesis de la ignorancia y de las sombras que entenebrecen nuestra razón, dice el Sr. Murúa (1), fué el comer de un fruto prohibido, que llevó al hombre al absurdo de querer igualarse á Dios, el génesis de la iluminación espiritual es comer obedientes un manjar que nos regenera y une íntimamente con Cristo.» Á la verdad: la Comunión del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo viene á ser áurea llave que abre los ojos del alma para que vea los rectos senderos que Dios le traza, á fin de que asegure su salvación; y no solamente la Comunión es la que causa semejantes efectos, es también la Eucaristía considerada en sí misma. Por cierto: Jesucristo es la verdad por esencia; y esta verdad primera, que subsiste en el Sacramento deífico, esparce admirablemente luz al entendimiento, disipando sus penumbras y quizá las negras sombras que le ofuscaban. Nosotros no vemos con los ojos del cuerpo los bellos resplandores de esa luz divina, porque Jesús se encuentra velado con los accidentes de pan y vino; mas estamos firmemente persuadidos que la verdad por esencia brilla tras los cendales eucarísticos; y á la manera que la nube iluminaba á los israelitas en el desierto, así la luz de la Eucaristía, aunque misteriosamente cubierta, es como aquella nube que al través de sus grandes claros, despide rayos potentísimos á la luz de los cuales el cristiano camina con fe y confianza.

11. Llama la atención Sto. Tomás sobre aquellas palabras del Apóstol cuando habla del tiempo en que se instituyó la Eucaristía: *In qua nocte tradebatur;* y las comenta de este modo: «Fué conveniente que Cristo instituyera de noche el Santísimo Sacramento, porque el alma queda iluminada con la virtud de este Sacramento.» El Salvador, que practicaba todas sus obras con un fin sapientísimo, por la particular circunstancia de haber instituído la Eucaristía de noche, dió á entender que nos dió este Sacramento para

(1) Lugar cit.

alumbrar las tinieblas del espíritu; por eso el Sabio apellida á la Eucaristía: «Pan del entendimiento». Pan dispuesto para nutrir, para vigorizar, para ilustrar la inteligencia del hombre; y ¿qué cristiano, habiéndose llegado al Sagrario no habrá experimentado la penetración de esa luz divina en su entendimiento, no habrá notado que los rayos de ambos focos divino y humano se han cruzado, pero que aquél obscurecía los de éste?

Mas, si la Eucaristía es propiamente pan del entendimiento, lo es más particularmente del espíritu, considerado de un modo general; en este concepto, cuando el católico recibe debidamente la Eucaristía conoce que la celestial Comida le ha comunicado un rayo de luz que, disipando las nieblas de la ignorancia, le muestra un camino expedito, por donde pueda y deba caminar sin tropiezos; la razón se funda en la perfecta unión, según la cual, Jesucristo y el alma se mezclan tan íntimamente como puede mezclarse una gota de agua con otra de vino; en este caso el entendimiento de Jesús se junta con el de la criatura; y ¿qué divinos fulgores no esclarecerán entonces la inteligencia de la criatura, estando tan perfectamente comunicados, la luz del que dijo: «Yo soy la luz» con las penumbras de la criatura? Al verificarse semejante unión, Jesucristo repite á su Eterno Padre aquellas frases que le dirigió en la noche de la cena: «Y yo, la claridad que me diste se la he comunicado para que sean uno, como uno somos nosotros (1).»

12. Siendo la Eucaristía luz del alma, indispensable es que robustezca la memoria; menester es que en cierto modo la divinice como lo efectuó con el entendimiento. No es necesario que el Sacramento del Altar conceda luz extraordinaria á la memoria para recordar mucha ciencia, como lo llevó á cabo con S. Alberto Magno, con Dunsio Escoto y con otros muchos siervos de Dios, sino que esta luz potente á que me refiero, sirve para vigorizar aquélla que ya tenía, conservándola y aumentándola, si fuere conveniente, para la salvación, ó si había de responder á fines altísimos.

(1) Joan., XVII, 22.

13. Fecundiza asimismo la fantasía. ¿Y cómo no, si este Sacramento es el más bello de todos los Misterios, es la hermosura por esencia? ¿Cómo no inspirará á la fantasía, sembrándola de especies castas, colmándola de gustos estéticos? Ojead las páginas de la historia, y veréis que los mejores artistas han frecuentado la Eucaristía, se han inspirado en Ella; volved vuestra mirada á los que, contemporáneos nuestros, participan á menudo y con limpieza del Pan de los fuertes, y notaréis que su imaginación es fecunda en ideas puras, delicada en gusto estético; y que todos estos dotes reconozcan por causa á la Eucaristía, no hay la menor duda, pues, vuelvo á repetir: la Eucaristía es luz del espíritu.

¿De dónde sino de la Comunión sacramental han cobrado vigor esos genios de ilustración y de saber, conocidos en la Iglesia con el nombre de Santos Padres? De dónde sino de la Comunión recibieron la doctrina purísima que nos legaron y que jamás acabamos de admirarla, esos otros fecundos talentos, denominados Doctores católicos? ¿De dónde sino de esta Divina fuente adquirieron tanta luz y penetración tanta esos héroes evangélicos que hoy predican á Jesucristo en apartadas regiones? ¡Ah! La Eucaristía ha perfeccionado el entendimiento humano, le ha elevado, le ha sublimado; y la faz del mundo intelectual tiene en verdad otro aspecto mucho más brillante que tenía en el mundo pagano y que el que tienen en la actualidad las naciones gentiles.

§. III.

14. La esfera de las costumbres humanas es la más importante después de la esfera de la fe; en ella la Eucaristía produce frutos propios y admirables, puesto que su principal efecto es, mediante la unión con Cristo, dar la vida al espíritu y por consiguiente ordenar y mejorar la vida del hombre. «Yo he venido á este mundo, dice el Señor, para que los hombres tengan vida y para que la disfruten con más abundancia (1)». Más adelante estudiaré este último

(1) Joan., VI.

punto con mayor difusión, por cuyo motivo observaré aquí solamente que el alma necesita de una vida, diversa enteramente de la en que viven los demás seres creados, puesto que se mueve dentro de una esfera superior á la de los demás seres, y necesita en consecuencia recibir alimento conforme á su naturaleza. Este manjar lo recibe, por cierto, del Creador, quien, para otorgar comida semejante al alma en su misma esencia, ordenó á su Hijo tomase naturaleza humana, disponiendo maravillosamente que este divino Manjar, sensible al supuesto humano, fuese su alimento espiritual ordinario, ya que tan conforme con su naturaleza ha sido instituído.

Jesucristo Sacramentado es, en efecto, vida del alma. Él es el que la sostiene en sus terribles combates. Él ha de ser también el que por consecuencia ha de disminuir sus defectos con la extracción de sus vicios; lo cual se consigue plenamente con la Comunión frecuente.

15. Si tantos bienes derrama en cada individuo, pondérese qué influencia habrá ejercido la Eucaristía en el orden de las familias y de las comunidades y de los pueblos. Siendo este Sacramento semilla de todas las virtudes lo es con más precisión de la castidad. Mirad cuantos jóvenes carcomidos por el placer, se acercan arrepentidos á la Santa Comunión; y les veréis que, aunque demacrados, lívidos y casi sin fuerzas, comienzan por no cometer el pecado tantas veces; y á medida que frecuentan más la Eucaristía, disminuye más la inhonesta costumbre, hasta quedar exentos de ella; volved vuestra mirada á tantas doncellitas seglares que jamás mancharon la virginidad y que, aunque acosadas por el aguijón de la carne y del mundo, supieron mantenerse firmes en la pureza: preguntadles, quién les da fuerzas para no sucumbir? y os contestarán que el Sacramento que engendra vírgenes y al que reciben con frecuencia. Contemplad, finalmente, á esos aguerridos escuadrones de vírgenes, á tantos religiosos de ambos sexos, que pueden desafiar á los enemigos del alma, contando con Jesús Sacramentado, y á pesar de todo, siempre ó casi siempre vencían en

el combate; ¿quién les sostiene en la pelea? quién les da la victoria ganada? ¡Ah! La Eucaristía, de la que participan diariamente. Esto no es extraño, estos efectos no son singulares; recordad los primitivos tiempos del Cristianismo, y observaréis que aquellos ascendientes nuestros en la fe comulgaban todos ó casi todos los días, y que las costumbres cristianas eran también más puras y por consiguiente más conformes con la ley de Dios.

§. IV.

16. Con mucho acierto dijo un amante del Misterio que nos ocupa, que «el egoísmo en todas sus fases es rémora de todo progreso individual y social y agente eficaz de retroceso en uno y otro orden; y que por el contrario, la Comunión inspira, nutre y fortalece el espíritu de caridad entre los hombres, y no sólo el espíritu de caridad sino el de abnegación y sacrificio (1)»... Efectivamente, si existe algo en esta vida que impida el verdadero progreso individual y social es el demasiado amor á sí propio con exclusión del amor debido á los demás; llevando este sistema á la práctica, todas las virtudes individuales y sociales desaparecen y el hombre se convierte en perseguidor de su semejante. Si reinando el egoísmo se hace imposible la vida de la sociedad, su virtud opuesta es la que, no sólo le nutrirá, si que además le hará rebosar de vida: es el amor en toda su extensión, desde la simple volición hasta el sacrificio heróico que sólo se fomenta en la Religión Cristiana. Religión producida por amor, ya que Ella tiene al amor por naturaleza y tiende á estrechar á todos los hombres, aun los de distintas razas en un solo ideal, en un solo espíritu!

17. Nada hay en esta Divina Religión que despierte y fomente el espíritu de caridad entre los hombres, tanto como la Santísima Eucaristía. Instituída por amor, teniendo por objeto el amor, siendo compendio de los demás misterios y sacramentos realizados por amor, la Eucaristía es

(1) D. Ignacio Valenti Forteza.—Discurso sobre la Eucaristía.

suma prodigiosa de amor. ¿Cómo no despertará y fomentará la caridad entre los hombres? ¿Cómo no les estrechará en perfecto lazo de unión para que todos sean una misma cosa?

«Quiero, dijo el Salvador á su Padre, en ocasión solemne, que todos mis discípulos sean una misma cosa, que tengan un mismo espíritu, así como Tú y yo somos una misma cosa»; y realmente, el Sacramento del Altar, cuando entra en el alma la atrae á sí para transformarla en sí mismo, para convertirla en el espíritu de Jesús; y lo que efectúa con un comulgante lo realiza con todos los demás que á Él se llegan con las debidas disposiciones, resultando que si todos los hombres comulgaran como es debido, el verdadero espíritu de amor se dejaría sentir en la generalidad de los individuos.

18. Pero la Eucaristía no solamente inspira, nutre y fortalece el espíritu de caridad, sino también el de abnegación y el de sacrificio. Cuando no hay egoísmo, cuando la caridad es perfecta y por consiguiente extensiva á los semejantes, entonces el que la posee obra prodigios. Para que un cristiano tenga el espíritu de sacrificio es preciso que no sienta sobre sí la carga del amor propio; que no tenga en cuenta sus enfermedades, ni adversidades, ni trabajos, y que sus haberes y facultades, tanto espirituales como materiales, las haya puesto al servicio de su prójimo.

Las producciones personales de la Iglesia Católica no hacen más que declarar prácticamente dos cosas: primera, que en la Iglesia existen individuos animados del heroísmo de la caridad; y segunda, que si lo han alcanzado es debido á la Sagrada Comunión. Tantos religiosos de ambos sexos consagrados especialmente á las dolencias humanas, que no descansan, que se fatigan y que padecen por sus prójimos, ¿no son un ejemplo palpable de esta hermosa realidad? Notaréis por el contrario, en esos pocos centros de filantrópica beneficencia, instituídos y regidos por legos descreídos, que sólo aspiran á una fama hueca, que, al apartarse de la Eucaristía, se ha apartado también de esas casas, pretendida-

mente benéficas, la caridad, cuyos asilados mueren entre el desconsuelo, el hambre y el mal tratamiento. Oh ¡cuánta falta hace la Eucaristía en el orden social!

19. Ved aquí demostrada la poderosa influencia que ejerce el adorable Sacramento en los órdenes explicados. Sólo el amor extremo de un Dios pudo ejecutar una obra tan bella; nada hay que no se mueva á impulso de Jesús Sacramentado; nada que no responda á su fina caridad; nada que tenga ser, que tenga sobreabundante vida, sin el Sacramento del amor. Todo lo bello, todo lo estético, todo lo sublime reconoce por causa á la Eucaristía. ¿Cómo? ¿será posible que nadie, ni nada de lo creado, dispute al Sacramento del Altar el dominio, y por consiguiente la influencia que ejerce en el espíritu y en el cuerpo? Si no es posible, sacad en consecuencia lógica lo que ha practicado el amor de Jesús Sacramentado después de la institución de este Divino Misterio; y demos, al propio tiempo, gracias infinitas á ese Dios del Sagrario, por quien somos algo, y por quien poseeremos un día el cielo, término de nuestras esperanzas y deseos.

EJEMPLO

«Luis XIV, que estimaba al vizconde de Turena como al mayor hombre de su siglo, al mismo tiempo que le amaba como al más ilustre de sus generales, sentía sobremanera verlo en el error, porque aquel caballero había nacido y sido educado en la religión que se decía reformada. Parecía que aquel gran capitán, tan famoso por su valor como por su humanidad, habría sido perfecto, si á todas sus excelentes cualidades hubiese añadido el mérito de la verdadera fe, sin la cual nada valen para el cielo nuestras obras.

El Rey le había manifestado muchas veces su deseo de verle entrar en el seno de la Iglesia Católica, y los deseos de Luis XIV se consideraban generalmente como órdenes; pero Turena era demasiado honrado para mostrarse cortesano á expensas de su codicia, pues no había aún reconocido los errores del protestantismo.

El gran Bossuet, aquel genio inmortal que brilla entre todos los de su siglo, tan fecundo en grandes hombres, quiso emprender el trabajo de demostrar á Turena la falsedad de su religión y la excelencia del culto católico. El Mariscal era hombre de demasiada buena fe para negarse al

examen que se le proponía; y después de algunas conferencias, el autor de las *Variaciones de las iglesias protestantes* había conseguido hacer dudar bastante en sus convicciones á su antagonista en la cuestión: la fuerza de su raciocinio, su lógica severa, la autoridad de su prodigiosa ciencia y aquella elocuencia que nos ha legado Bossuet en monumentos inmortales, no podían menos de hacer impresión en un corazón sincero y en un espíritu recto.

Pero las preocupaciones de la educación son tenaces: el don de la fe viene del cielo, y hay dogmas muy superiores á todos los raciocinios del entendimiento humano. El de la presencia real y múltiple de Jesucristo en la divina Eucaristía era para Turena el más difícil de admitir. «¡Oh! decía él, ¡eso sería demasiado hermoso! ¡Dios ha hecho tanto para el hombre! ¿No le ha favorecido todo lo imaginable al redimirle con su sangre y su muerte? ¡Ojalá, añadía, pudiera yo convencerme de la realidad de un dogma tan consolador! ¡Cuán felices son los católicos al creerlo! Pero entonces, ¿por qué no pasan toda su vida á los pies del santuario? En cuanto á mí si pudiera persuadirme de la presencia de Dios en la Eucaristía, le adoraría sin cesar prosternado en el polvo.»

No seguiremos á los ilustres interlocutores en una discusión que la buena voluntad por un lado, y por el otro un genio superior, y sobre todo la gracia, no podían menos de conducir á un buen fin. El Mariscal resumió todos sus sentimientos en esta breve y fervorosa oración pronunciada de todo corazón: *Señor, haced que yo vea.*

Las conferencias tenían lugar en el Louvre, donde la Corte residía algunas veces. Una de ellas fué interrumpida de repente por un gran alboroto; se oyeron muchos gritos confusos, entre los cuales se percibía el de *¡fuego, fuego!* Y en efecto, había fuego en la gran galería que une el Louvre á las Tullerías, y amenazaba propagarse por todas partes y devorar las preciosidades que allí se conservaban. Es verdad que el Sena no estaba lejos, pero un viento impetuoso excitaba la actividad de las llamas, y el esfuerzo de los hombres y las bombas no bastaba á dominar el terrible incendio.

Llegado al paraje el intrépido Mariscal, al que ningún peligro había hecho jamás retroceder, se metió entre los trabajadores, dirigiendo sus operarios y trabajando él mismo como el último obrero. El Obispo, cediendo y obedeciendo á una inspiración diferente, quiso recurrir á la intervención de *Aquél á quien los elementos obedecen.*

En medio de la confusión general, aparece de repente al fin de la galería una procesión improvisada: se oye el sonido de una campanilla que anuncia la marcha del Santísimo Sacramento, al cual la muchedumbre compacta se apresura á abrir paso, llena de fe y de respeto, al través del torbellino de llamas y de humo.

De repente, en presencia de Aquél que manda las tempestades, el viento cesa y el fuego se para. Todos los presentes reconocen la causa del

fenómeno y se arrodillan. El mismo Turena, dominado por una fuerza irresistible, somete su razón, se prosterna y adora.

Desde aquel momento es ya católico y acompaña al Santísimo Sacramento, cuando después de la augusta bendición se vuelve á llevar la sagrada Eucaristía al tabernáculo, cantándose el *Te Deum*. Este hecho, referido en una de las cartas de Madame de Maintenon, se verificó en 1667».—De la «Lámpara del Santuario.»

IV

La Sagrada Eucaristía es el Alimento por antonomasia de la Iglesia Católica.

Caro mea vere est cibus et sanguis meus vere est potus.

Mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente es bebida.

JOAN. VI, 56.

1. Refieren crónicas gentílicas que la desvanecida Cleopatra, en un solemne convite que dió á sus imperiales, puso en un plato, por comida, una perla desleída que valía veinticinco mil ducados; y que el funesto y orgulloso Calígula, en otro no menos opíparo banquete, colocó sobre la mesa, en lugar de viandas, panes de oro, perdices también de oro, y de este rico metal los demás platos; empero ni la perla desleída, ni los áureos manjares servían más que para sustentar la soberbia y fomentar la vanidad. Jesucristo no obstante, sin el refinado orgullo que caracterizaba á aquellos paganos, pero con un amor sin límites, y optando por el provecho de los convidados á su mesa espiritual, dispuso en ella un banquete riquísimo más duradero que el de Asuero, más inmenso que el de Wenceslao de Polonia y más espléndido sin comparación que los de Cleopatra y Calígula.

2. Con efecto: pan y vino, no de oro, que para nada sirven, sino *sobresubstanciales* para el sustento temporal y eterno del alma, es el que Jesús presta en el banquete euca-

rístico. «Yo soy el pan vivo que bajé del cielo, y quien lo come vivirá eternamente.» ¿Pero, ¿cuál es este pan y cuál es este vino? Estad atentos y asombraos, pero no os escandalicéis, como los cafarnaítas: es el cuerpo real y verdadero de Cristo; es su preciosa y divina Sangre. ¡Admirable prodigio, si es que todos los prodigios no son admirables! este Cuerpo nos lo da en comida; esta sangre nos la da en bebida; he ahí por qué la acción más propia de la Sagrada Eucaristía es ser alimento de las almas.

3. Á la verdad; diversas y excelentes propiedades, y diferentes y preciosos títulos son los que descubrimos en este Misterio de amor; pero ninguno de ellos nos le hace tan amable, tan familiar como ser Manjar del espíritu. Él constituye la base de todo el edificio eucarístico, y hasta lo esencial que se propuso el Salvador al instituir tan alto Sacramento. Comprendía el adorable Jesús que nada absolutamente existe en el orden material que satisfaga tanto á los hombres como el pan ordinario; sin él no se apetece nada sólido, y con él exclusivamente se pueden sobrellevar las perentorias necesidades de la naturaleza; con lo cual quiso el Eterno preparar el ánimo del hombre espiritual, y disponerle un perfecto emblema del alimento urgente al alma, que se lo había de dar en su Cuerpo y Sangre bajo los accidentes de pan y vino. Comprendía también que el pan es el alimento común; que de él se sirven los potentados como los miserables; y Jesús deseaba que el alimento que preparaba para el espíritu fuese también universal, que lo pudiesen tomar todos los hombres; y ¿qué cosa más natural que ocultara su precioso Cuerpo debajo de las leves apariencias del pan y su divina Sangre debajo de las del vino? Pero ¿qué alimento tan pingüe no deberá ser éste? ¡Ah! Quisiera yo poder enumerar los bienes que de Él nos vienen; pretendiera cantar sus grandezas, referir sus maravillas, describir sus portentos, aducir la autoridad de los Santos Padres y Doctores, declarar los efectos que produce en las almas; quisiera, en una palabra, proferir expresiones dignas y rasgos sublimes de este Sacramento deífico, en calidad de alimento nuestro; pero ni

mis fuerzas lo permiten, ni posible fuera en tan reducido espacio, como el presente discurso, manifestarlos detalladamente. No obstante, para decir algo, y fijando desde luego los puntos que hemos de estudiar, desarrollaré: *I Jesús Sacramentado es verdadera comida del alma. II Excelencias de este celestial alimento.*

§. I.

Antes que el Redentor de los hombres prometiese al mundo el adorable Sacramento de la Eucaristía, ofreció á los ciudadanos de Cafarnaum un pan realmente del cielo, puesto que el que Moisés había dado á Israel no era propiamente celestial. Luego que la astuta curiosidad y la refinada malicia hubieron hecho algunas interrogaciones al Salvador acerca de este pan privilegiado, respondió el Señor que Él mismo era el verdadero pan del cielo, el cual pan era su misma carne, que había de dar para la vida del mundo, y que esta carne debía ser precisamente comida para todos sus discípulos. Ved por qué el mismo Jesús denomina «Pan del cielo» á la Divina Eucaristía.

1. Con este motivo preguntan muchos autores por qué Jesús, Nuestro Señor, da tal nombre al Sacramento del Altar? Mas, una doble respuesta es la que satisface á pregunta semejante, á saber: Para dar exacto cumplimiento á los antiguos vaticinios, y porque, á consecuencia de éstos, la Eucaristía debía tener por materia al pan y al vino que por sus materiales efectos indican los espirituales que causan el Pan y el Vino eucarísticos. «Daré de comer á mi pueblo, dice el Altísimo, pan de vida y de inteligencia (1)». En efecto: este pan del entendimiento no podía ser de ninguna manera un pan material, ya que, como se dice en el Éxodo, había de causar en el alma todas las delicias (2). Las antiguas figuras se agolpaban á los ojos del pueblo escogido, y aquellos sagrados panes de la proposición, que debían estar junto al arca, que nadie, á excepción del sacerdote, podía tocar-

(1) Eccli. XV, 3.
(2) Omne delectamentum in se habentem.

los, que ninguno que no se hallase limpio podía comerlos, que eran pura ofrenda al Excelso, ¿no venían á simbolizar perfectamente al pan espiritual de que nos ocupamos? Jesucristo instituye la S. Eucaristía, nos da con Ella el Pan del espíritu, y las profecías se cumplen con todas sus circunstancias, y las figuras se dan por terminadas.

5. Mas he indicado que los materiales efectos del pan y del vino indican los espirituales que causa el Pan eucarístico, que también por esta razón fué instituído el Misterio del Altar bajo aquellas especies. Efectivamente; el pan ordinario sustenta el cuerpo, y le conserva la vida y la salud y hasta le da satisfacción que se traduce en espiritual alegría; así el pan del cielo sustenta el alma y le conserva la vida de la gracia y la impide que enferme y hásta la otorga dulzura indecible. El pan ordinario es un alimento común, de él se sustentan los ricos y los pobres; aquéllos podrían sustituirle de vez en cuando con otras viandas, pero á éstos les es difícil, por no decir imposible; por eso el Divino Salvador instituyó la Eucaristía bajo los accidentes de pan y vino, alimento y bebida usuales y comunes; si los delgados velos que cubren á este santo Sacramento hubiesen constado de materias más delicadas ó más ricas, ¿qué indigente se acercaría á la sagrada Mesa? ¿Cómo podría la Iglesia costear tantas Formas Sagradas para la Comunión? Se le pregunta á un operario por qué trabaja y se fatiga tanto, y contestará que por adquirir un pedazo de pan. ¿Nada más que un pedazo de pan? Sí: la respuesta está bien dada; mas el operario entiende que con este pan tiene lo suficiente para el sustento, para el vestido y para su casa; con él lo tiene todo. Pues he aquí lo que nos quiso manifestar el Señor al instituir la Eucaristía bajo los accidentes de pan y vino; con ellos posee el espíritu humano cuanto desea y anhela para sustentar la vida del alma. El pan ordinario contiene en sí mismo los gustos de los demás manjares, es una especie de maná, viene á ser el todo de una opípara comida; y si no, póngase en ésta cuantas viandas invente la delicadeza; compónganse como se quiera, si no hay pan ¿quién gustará esas

viandas? Por esta razón, pues, Nuestro Señor instituyó la Eucaristía en especie de pan, á fin de que entendiésemos que Ella contiene en sí las demás viandas espirituales. El pan del cuerpo, finalmente, tiene un carácter de bondad que es apreciado y gustado de todos, lo cual no sucede con los demás manjares; que por esto, dice Sta. Teresa, instituyó el Salvador la Eucaristía bajo la especie de pan, porque si en otra especie, v. g. bajo la forma de carne la hubiese instituído, ¿quién se hubiera atrevido comer sin repugnancia el Cuerpo de Cristo?

6. Dos cosas excelentísimas, por lo tanto, hemos de admirar en estas consideraciones: primera; que Jesús Nuestro Señor nos ha dado su propio Cuerpo y Sangre por comida y bebida de nuestro espíritu; segunda, que ha dispuesto esta comida y esta bebida de tal manera que á todos guste y de todos pueda ser recibida. ¿En dónde, pues, encontraremos un alimento más sólido, más delicado, y más rico que éste? Id de un lugar á otro, corred, volad si queréis, subid á los cielos, bajad á los abismos, é indagad si existe en esos lugares un alimento más precioso que el de la Eucaristía. Este divino Pan, á la verdad, bajó del seno del Padre, pero fué elaborado en el seno virginal de María y cocido en los desprecios, en los tormentos y en la cruz. El Pan que nos dió Jesucristo no es como el maná que, aunque bajó del cielo, no procedía de Dios, sino de las regiones sidéreas, y, aunque providencial, aprovechaba solamente al cuerpo; aquél, empero, conserva la vida del alma. Por eso dijo el Salvador: «No os dió Moisés pan del cielo, sino que mi Padre os da el verdadero Pan del cielo.»

7. Tan necesitados estábamos de un fuerte espiritual alimento que, no pareciéndole suficiente á Nuestro Señor la gracia infusa que nos comunica mediante los demás Sacramentos, y no quedando satisfecho con otros medios de conservación del espíritu, como la oración y la divina palabra, nos regaló otra clase de alimento. *Vere cibus,* no porque los que hemos mencionado sean falsos, ni aun figurados, pues todos son alimentos sanos, sino porque el Cuer-

po y la Sangre del Salvador es la mejor comida del espíritu.

Á la verdad: dándonos Jesús su gracia, únicamente para nutrición de nuestras almas, nos concedía una merced divina, pero con ser un destello de su divino amor no nos daba todo cuanto podía darnos; y con la S. Eucaristía llenó este ardiente deseo, poseyéndolo todo en Ella. Las demás gracias vienen del cielo, cuando Dios gusta y, ¡cosa admirable! el Autor de esas gracias viene á nosotros cuando nosotros gustamos; de suerte que lo menos fué reservado para Dios mientras que lo más fué cedido á los hombres. ¿Podrémos quizá poseer cualquier objeto con más propiedad que la Divina Eucaristía cuando lá recibimos sacramentalmente? ¿Existe objeto respecto del cual se tenga más perfecto dominio que la comida que á uno le dan para comer? pues ese mismo dominio nos asiste para recibir á Cristo Sacramentado. «Yo no hallo en el mundo, decía San Francisco de Sales, cosa alguna sobre la cual tengamos tanto dominio y posesión como la comida, pues la aniquilamos para conservarnos, y Nuestro Señor vino á tal exceso de amor que se hizo comida para nosotros (1).» Al venir Jesús á nuestro corazón y derramar sobre él sus divinas influencias, Jesús nos posee y nosotros le poseemos enteramente. ¿Habrá alguno por osado que sea que pueda arrebatarnos un don semejante?

8. Tal posesión, única en su género, es la misma que disfrutan los ángeles en el cielo. «He aquí el pan de los ángeles, convertido en comida de los viadores» exclama la Iglesia; y el Espíritu Santo, muchos siglos antes de ser instituído el Divino Misterio, dirige proféticamente estas palabras á Jesucristo: «Con el manjar de los ángeles nutriste á tu pueblo y les diste sin trabajo alguno de su parte pan preparado del cielo que contiene en sí mismo todas las delicias y toda suavidad en el sabor (2).» S. Agustín y S. Clemente explican la manera de ser alimentados los ángeles y los hombres con este soberano Pan. Dicen que las madres alimentan á sus hijos con el pan que comen, mas á los niños

(1) Espíritu de S. Francisco de Sales, p. 15, cap. II.
(2) Sap., XVI, 20.

tiernecitos, no pudiéndoles dar el pan en su especie ordinaria, les dan la substancia de éste, mediante la dulce leche de sus pechos que consigue los mismos efectos que el pan; así pues el Señor alimenta á los ángeles de sí mismo, y siendo espíritu no necesita darse á ellos en otra especie, porque ellos son también espíritus; empero para darse en alimento á los cristianos, que somos como niños delicados, se nos prepara á sí mismo en la especie de pan, se nos da todo en la Eucaristía, la cual surte en nosotros los mismos efectos que en los celestiales espíritus. Jesucristo Señor Nuestro quería hacer de los hombres, ángeles, deseaba transformar la tierra en cielo, y para conseguirlo nos da el mismo manjar de que se nutren los ángeles. Bien estaba, Señor, todo esto si no hubiésemos contaminado nuestras almas con la culpa; pero habiendo tanta fealdad en ellas y tanta malicia en nuestras acciones no acabo de comprender cómo anheláis darnos el purísimo manjar del que se nutren vuestros cortesanos; pero si esto no comprendo, también sé, y esto me satisface, que vuestro amor hacia nosotros es infinito y que este amor produjo tal milagro...»

§. II.

9. El pueblo cristiano está convidado todos los días á la mesa del Rey de la gloria; y los asistentes no están flacos y macilentos, como aquellos jóvenes que comían las viandas de Nabuco, sino robustos y colorados, como Ananías, Misael y Azarías. ¡Qué felicidad, pues, la del pueblo cristiano estar persuadido que se alimenta del Manjar del Rey del cielo y que sus comensales son los ángeles! Consideremos atentamente la dignidad á que nos ha elevado el Señor, y cuánto más obligados que los ángeles le estamos, ya que ellos siempre le bendicen y dan gusto, mientras que nosotros, disfrutando de idénticos favores, no pensamos más que en ofenderle y provocarle á ira. «Piensa, dice el Crisóstomo, en qué privilegiado honor has sido constituído cuando gozas de tal Mesa que, viéndola los ángeles se ate-

morizan ni se atreven con libertad á mirarla por el resplandor que despide de sí misma (1).»

10. Con el manjar eucarístico nos vienen todos los bienes. Dijo el Apóstol que, habiéndonos dado el Eterno Padre á su Hijo Jesús, nos dió con Él todas las cosas. Efectivamente; el Padre entregó su Hijo á la fiereza de los hombres para que por éstos fuera inmolado; pero Jesús, á la manera que un padre cuando va á morir y deja un hijo á quien ama hasta el extremo, le cede todos sus bienes, así Él, antes de entregarse en manos de la muerte, nos dió con el Sacramento del Altar todo cuanto poseía; y ¿qué bienes sobrenaturales no otorgará Jesús á aquéllos á quienes cedió lo que tenía en su peregrinación sobre la tierra? De un amor infinito es dar lo que resta al amante, y lo que resta á Jesús es el cielo, es á sí mismo, ostentado de un modo visible. Ved, pues, que, como asegura S. Fulgencio de Ruspe, si Cristo es nuestro alimento, también será nuestro premio; que si es nuestra comida, también será nuestra consolación y nuestro descanso perpetuo (2).

11. La Eucaristía es, además, comida de grandes, alimento de príncipes. No es como las viandas corporales cuyas propiedades son asimiladas por el cuerpo que las recibe; antes bien, por ser comida privilegiada, atrae, une á sí á los que la comen. Por este motivo dijo un día el Señor al Agustino: *Cibus sum grandium, cresce et manducabis me, sed adverte quod non mutavero in te, sed tu mutaveris in me.* Yo soy comida de grandes, crece y me comerás, pero advierte que no me transformaré yo en ti, sino tú en mí.» Á la verdad, Jesucristo es comida de grandes, mas no de grandes en estatura ni en dignidad, sino en virtud; por esta razón dice al Agustino: Crece y me comerás, esto es: crece, adelanta en las virtudes, y así podrás recibirme Sacramentado. El recibir á Jesús con poca ó ninguna preparación indica poco amor, poco juicio y ninguna voluntad de adelantar en el camino de la virtud. Jesucristo, como he dicho, es

(1) Hom. 60 ad pop. Antioch.
(2) Sermo I, De dispensat. Domini.

comida de grandes, de seres robustos en la perfección cristiana; luego el que le recibe ha de ser grande en la fe y en la esperanza, grande en el amor y pureza, grande en los deseos é intención, grande en la paciencia, en la mansedumbre, en la templanza, y en todas las virtudes cristianas.

12. No demos por terminado este provechoso asunto sin meditar despacio las excelencias que las Sagradas Letras predican del Alimento eucarístico: «Les diste, dice la Sabiduría, sin que ellos trabajasen pan dispuesto en el cielo». Es tanto más de apreciar una dádiva cuanto se hace sin respecto á interés ó á gratitud de aquél á quien se concede, y Jesucristo nos da el Pan de la Eucaristía sin que de nuestra parte haya precedido mérito ninguno. Este Pan sobresubstancial, prosigue el citado libro contiene en sí mismo todas las delicias y toda la suavidad en el sabor.» Mas, no soy yo el llamado á parafrasear estas dulces expresiones; aquellas fervorosas almas que entran continuamente en el regalado Corazón del Salvador tienen derecho á comentarlas, ellas perciben sus delicias, ellas se embriagan todos los días en inefables consolaciones; pero mientras no despleguen sus puros labios para contarnos lo que sucede, aduzcamos á este lugar los sentimientos de las santas Escrituras. David cantaba proféticamente al son de su arpa las dulzuras del eucarístico Alimento, diciendo: «De la grosura del trigo les diste comida y les saciaste con miel sacada de la piedra;» por cuya razón dice la Esposa al Señor: «Tu vientre es como montón de trigo;» pues á la manera que del trigo se fabrica el pan, así de Jesucristo se confecciona el Pan riquísimo de la Eucaristía. «Les saciaste, añade, con miel sacada de la piedra.» Pero, ¿cuál es esta piedra sino Cristo Jesús, de la cual se saca la miel que nos refieren las Sagradas Letras? Luego la Sagrada Eucaristía es riquísima miel, dulzura inefable, gusto exquisito, deleite inexplicable; su dulzura, añade la Iglesia, es inenarrable, porque la suavidad de la Eucaristía se gusta en su misma fuente. En los otros Sacramentos bebemos como de arroyo que mana de la fuente, pero en éste bebemos en la propia fuen-

te y ¿cuánta no será en este caso la celestial dulzura que se experimenta? «Pingüe es el pan de Cristo, añade Sto. Tomás: es el privilegiado entre las delicias de los reyes;» se sabe que los monarcas tienen medios para gozarse lícitamente en suaves delicias, pero el Pan de la Eucaristía las aventaja á todas.

¡Oh Señor! Cuando entre sequedades, desconsuelos y arideces dejáis pasar al cristiano á fin de que se purifique, y le comunicáis luego vuestro Cuerpo y Sangre, ¡cómo le pagáis en un momento y con sola una gota de vuestro bálsamo inefable todos los trabajos que por Vos tomara! La Iglesia, embebida en sentimientos semejantes, exclama toda alborozada: «De tu altar, Señor, comemos á Jesucristo, en el cual se alegran, se satisfacen nuestro corazón y nuestra carne (1).» Sí por cierto; en Jesús se alegra el cristiano cuando comulga, ya que el rato que se pasa con Jesús no causa fastidio ni amargura, antes bien consolación y gozo cumplido (2). ¡Qué satisfacción, qué deleite no se experimenta con la participación de Jesús Sacramentado! Gustad y veréis cuán suave es el Señor, porque si no lo gustáis imposible será que conozcáis sus dulzuras.

13. Recopilemos y concluyamos con el V. Estella: «La mejor y mayor dádiva que diste jamás al mundo, oh Señor, fué darte á ti mismo en comida y entonces hiciste al mundo la mayor merced cuando era menos digno de recibirla. Estaba el mundo tratando tu muerte y tú estabas dándole el manjar de vida con que para siempre viviesen (3).» Con esta vianda sagrada se nutrían los santos. Como á sta. Catalina de Sena hubiese negado su confesor la Eucaristía, ella toda triste y acongojada,—Padre mío, exclamaba: dad á mi alma su alimento, dad á mi alma su alimento.—Sin esta comida eucarística no podía dar un paso en la vida espiritual santa Catalina de Génova; su ambición consistía en llegar á la más estrecha unión con su Criador, y comprendiendo que

(1) Ant. del oficio del Corpus.
(2) Sap.
(3) Medit. devotísimas del amor de Dios.

el mejor medio de conseguirla era la Comunión, por ella sola suspiraba. El solo pensamiento del Pan de los ángeles le atraía con tanta fuerza, que casi fisicamente no podía dejar de alimentarse de Él. Por urgentes que fuesen los negocios en que ordinariamente se hallaba ocupada, por graves que fuesen las enfermedades que de vez en cuando le acometían, no dejaba pasar un sólo día sin comulgar, y si alguna vez estaba obligada á abstenerse, padecía su corazón angustias tan mortales é intolerables, y hasta dolores tan agudos que le parecía morir sin remedio (1).

Vivamos de tal manera, observando los preceptos de Dios, que este Alimento Eucarístico nos sea absolutamente necesario, porque esto será una señal inequívoca de nuestra predestinación á la gloria.

EJEMPLO

Que Jesús Sacramentado sea alimento del alma y cuánto gusto demuestre en ser recibido, lo confirma el prodigio siguiente: Estaba cierto día Sta. Catalina de Sena en una iglesia de los Padres Predicadores, con vehementes deseos de comulgar, pero no tenía comodidad al efecto, porque su confesor le había denegado el permiso, y se hallaba en aquel momento celebrando el Sacrificio en un altar de la misma iglesia. Llegó la hora de la sunción, cuando de repente desapareció una parte de la Sta. Hostia; el buen presbítero comenzó á mirar debajo de la patena y de los corporales y hasta debajo de los manteles; pero, viendo que no estaba, miró al suelo y, no hallándola, perdió el sentido. Al recobrarlo, arregló el cáliz y regresó á la sacristía cuando al propio tiempo entró el prior de la Cartuja y se concertó con él para que le acompañase á la casa de Sta. Catalina, pues tenía que tratar con ella un negocio espiritual. No estaba la santa en casa; volvieron á la iglesia y hallaron á la sierva de Dios arrebatada en dulce éxtasis; despertóla de aquel delicioso rapto el padre cartujo, y, terminada la conferencia, se despidió de ella. No muy distante estaba sentado el padre Raimundo, que así se llamaba su confesor, pero cabizbajo y acongojado, refiriéndole el raro suceso que he contado; sonrióse la sierva de Dios, diciéndole con graccjo si había por ventura registrado bien los manteles. Sospechó el P. Raimundo si su penitente habria sido la

---

(1) De las letras de su canonizacion.

que hizo el hurto, pero ésta le manifestó que su Señor Jesucristo le había llevado la parte de la Hostia que á él le faltaba, y añadió: «De su mano la he recibido, porque mi Señor y dulcísimo Esposo, visto mi gran deseo de comulgar, me consoló, trayéndome por sus propias manos la Hostia y con Ella me comulgó (1).»

Semejante prodigio se repitió varias veces.

---

(1) S. Antonino de Florencia.

V

La Sagrada Eucaristía sustenta en el cristiano la vida de la Gracia divina; y por excepción milagrosa, la vida corporal.

Caro mea est pro mundi vita.
Doy mi carne para el sustento del mundo.
JOAN., VI, 52.

1. Pregúntase dónde el río Nilo será más prodigioso, ó en sus ocultos manantiales, ó en sus patentes avenidas, y se contesta que por escondido y manifiesto es igualmente admirable; pues siendo desconocido su origen, de él parte, no obstante, la impetuosa corriente que luego ha de llenar el hondo cauce; y siendo sus notorias avenidas tan inmensas, su cauce es estrecho para contener el beneficioso líquido.

¿Quién diría que la Divina Eucaristía es semejante en lo estupendo á este caudaloso río, que ocultando su bondad en su origen, en Dios mismo, sus efectos son tan inmensos, sus beneficios son tan infinitos que no caben en el corazón humano, cauce muy estrecho para estas celestiales avenidas? ¡Ah! El Sacramento del Altar parte del Eterno y se derrama por las siete bocas de los sacramentos; pero todos estos arroyuelos místicos vienen á juntarse en el caudaloso río de la Eucaristía, según aquello de la Sagrada Escritura: *Flumen Dei repletum est aquis, parasti cibum illorum* (1). El río

(1) Ps. LXIV, 10.

de Dios lleno está de celestiales aguas y les preparaste en ellas el manjar de los cristianos.

2. Estas divinas aguas, unas mismas en calidad, ya que proceden todas de idéntico principio, producen distintos efectos, según los espirituales vergeles que riegan y las diversas plantas que en ellos fecundan; he aquí la sencilla razón por qué son muchos los grandes efectos de la Eucaristía; todos vienen á ser afluencias de la misma, que reportan diversos beneficios, según bañen diversas necesidades del alma; empero el principal efecto, ya que en él se cifran todos los demás, es ser la Eucaristía sustento del espíritu. «Mi carne, dice el Señor, es para la vida del mundo (1),» para el sustento de los hombres; de suerte que sin la recepción de esta carne inmaculada, no podrá sustentar sus fuerzas el hombre, como tampoco podrá en consecuencia llevar la vida de los hijos de Dios.

3. ¿No recordáis que, desfallecido en el desierto el profeta Elías, un ángel tocó su hombro y le advirtió que tenía junto á su cabecera un tierno pan, cocido al rescoldo, y un vaso de agua cristalina para que los tomara?; y ¿no sabéis que, después de haber comido y bebido, caminó aquel santo profeta cuarenta días y otras tantas noches, sin desfallecer hasta llegar al monte de Dios? Pues ved aquí simbolizado el sustento que la Divina Eucaristía causa en el alma. Es el tierno pan cocido al fuego del amor divino; es el agua cristalina que mana hasta la vida eterna, y fortalece tanto al espíritu que, sin desfallecer, caminará durante la peregrinación de este mundo, siendo conducido á la encumbrada mansión de los cielos.

Si así es, ocupémonos del Sacramento Santísimo como sustento del cristiano, distribuyendo el asunto en dos partes: I. *La Eucaristía sustenta la vida de la gracia divina en el alma.* II. *Puede sustentar la del cuerpo, según lo ha evidenciado por determinado tiempo en almas privilegiadas.*

---

(1) Joan. VI, 52.

§. I.

4. La palabra sustentar denota la acción de sostener, conservar y mantener en un estado á una cosa; ahora bien, la Sagrada Eucaristía, según vimos en el capítulo anterior, es Manjar del alma; luego Ella es también su poderoso sustento. Empero la sostiene de dos modos: primero, dándola virtud y demás gracias necesarias para su conservación; segundo, impidiendo los obstáculos que podían destruirla.

Semejantes efectos se fundan en aquellas regaladas palabras del Salvador: «El que come mi cuerpo y bebe mi sangre en mí mora y yo en él (1).» Al penetrar Jesucristo en nuestra alma para comunicarnos su vida divina y sus perfecciones infinitas, la derrama sus dones, precisamente los necesarios para que se mantenga en lo sucesivo en esa vida divina, que es la gracia justificante; las mercedes de Cristo Sacramentado ennoblecen de una manera tal las potencias y las virtudes y el ser, en una palabra, de la persona comulgante que, á no impedirlo la humana flaqueza, pareceríamos físicamente otros cristos glorificados. Y no porque las miserias del hombre estén adheridas connaturalmente á su persona, por eso no pueda parecer otro Cristo en vida y costumbres, como lo han sido los justos, sino porque las más de las veces no corresponde como debe á las finezas del Sacramento Santísimo.

Entra Jesús en el alma que está en su amistad, y le aumenta inmediatamente la gracia santificante: don sobrenatural que concede el mérito de la eterna vida á las obras humanas; y este aumento de gracia divina hace que el alma adquiera nuevas fuerzas. Entra en el alma, y la otorga un don de fe, iluminándola con celestiales luces para que crea las verdades de nuestra Religión. Entra en el alma, y robustece su esperanza para que no desmaye á la violencia de los infernales dardos que le arrojan las potestades del abismo, y á los de una carne corrompida y de un mundo relajado. En-

(1) Joan. VI. 57.

tra en el alma, y produce el amor, encendiendo la llama de la caridad y devoción. Entra en el alma, y la infunde los dones del Espíritu Santo, no ya como lo efectúan los demás sacramentos, sino en más alto grado que ellos. Entra, finalmente, en el alma, y la hace crecer en buenos pensamientos y en virtudes, le da conformidad y gozo y entusiasmo por las prácticas del servicio divino, dejándola convertida en un ser muy semejante á Jesucristo: todo esto realiza la Eucaristía para conservar la vida de la gracia en el espíritu cristiano.

5. Es de fe, por declaración del Florentino, que todos los efectos que la comida y bebida materiales obran en el cuerpo, los obra asimismo la Eucaristía en el alma, y pone como primer efecto el sustentar, *sustentat*. El Agustino expone esta doctrina con una claridad incomparable y con una lógica inflexible. «El Hijo de Dios, dice, ha dejado á los fieles un pan material del que necesitamos para conservar la vida natural; un pan de caridad que nos sirve para sostener la vida civil entre nuestros hermanos; un pan evangélico que se nos ha dado para sostener la vida cristiana y que no es otro que la palabra divina como Dios lo enseña; un pan de gracia que nos es necesario para conservar la vida sobrenatural; empero ninguno hay entre todos más provechoso que el Pan eucarístico, pues se nos concede para conservar la vida divina». Y ¿cómo la Eucaristía no conservará la vida divina si, como bellamente expresa Tertuliano, nuestra carne se sustenta de la carne de Jesucristo y nuestra alma se engrasa de su divinidad; y como añade S. Francisco de Sales, el cristiano por este Sacramento se reviste del hombre nuevo, que es Jesucristo, para caminar por las sendas de la justicia (1)? ¿No recordáis que cuando caía el maná sobre el campo de Israel, caía también el suave rocío de la mañana? Pues siempre que recibimos debidamente al Sacramento del Altar baja sobre el alma el rocío de la gracia divina con tal abundancia que la fortalece y la sustenta poderosamente contra sus enemigos.

(1) Espíritu del Santo, part. XI, cap. 9.

¡Oh, exclamaba S. Alfonso de Ligorio, si los fieles comprendiesen el bien inmenso que hace al alma la Comunión! Jesús es el dueño de todas las riquezas, porque su Padre le hizo dueño de todo; cuando entra, pues, en una alma por la Comunión lleva consigo tesoros inmensos de gracias, y el alma afortunada que le recibe dignamente puede expresar con toda verdad que junto con la Sagrada Hostia le vienen todos los bienes (1).»

6. Corroboran nuestro asunto los efectos que este Divino Sacramento ha causado en los siervos de Dios. S. Félix de Cantalicio comulgó durante muchos años tres veces por semana; pero, viendo sus directores que no podía vivir sin recibir la Comunión más á menudo, le permitieron y hasta le rogaron que comulgase diariamente. Santa Catalina de Sena, el día que no comulgaba, creía que iba á espirar; y otros muchos siervos de Dios dieron á conocer que su vida espiritual quedaría aniquilada si la virtud de la Eucaristía no la sustentara.

7. Si alguna virtud heróica poseen los santos es debida al sustento que causa el más bello de los Sacramentos. Y si nosotros no fuéramos tardos en comulgar y tardos igualmente en prepararnos convenientemente, experimentaríamos sin duda los mencionados efectos. Nuestra voluntad, al recibir la divina Eucaristía, debería ser la de Dios; y si alguna voluntad propia quisiéramos llevar á cabo debería ser nuestra mayor santificación, dependiente hasta en el modo de ejecutarla de la voluntad del Altísimo. Creen muchos que con sólo desear hacer la voluntad de Dios ya está hecho todo; pero se engañan miserablemente, porque el deseo ha de ser vivo, y ha de estar por consiguiente en movimiento, el cual conduce á la acción que perfecciona el deseo. Nunca obtendremos del Sacramento del Altar virtudes grandes y extraordinarias, si en su recepción no ponemos en práctica el vivo deseo de cumplir la voluntad del Señor.

8. Hasta aquí he declarado cuáles sean las mercedes

(1) Prepar. para la muerte, consid. 34, p. 3.ª.

que el Señor derrama en el alma para sustentarla en la vida de la gracia divina; preciso es ahora que explique de qué manera la sustenta también, impidiendo los obstáculos que podían destruirla. Escribe Inocencio III que la Sagrada Eucaristía borra los pecados veniales y preserva de los mortales (1); y Sto. Tomás añade que (2), dándosenos este Sacramento en forma de comida, así como ésta repara las fuerzas del cuerpo, que se han gastado por el calor natural, así el manjar eucarístico repara los daños que las culpas veniales han causado en el alma; por esto asegura el Tridentino que la Sagrada Comunión es un antídoto con que nos libramos de las culpas diarias y nos preservamos de las mortales (3). De cuyos hermosos pensamientos se deduce que debiéramos acercarnos con frecuencia á la Comunión, no ya sólo por amor á Dios y por santificación de nuestra alma, sino por conveniencia propia; pues, sabiendo que estamos obligados á vivir libres de pecado, y comprendiendo que la Comunión libra de los veniales y preserva de los mortales, en nuestra mano está el hallarnos completamente limpios de las faltas y hasta de las imperfecciones ligeras. ¿Queréis vivir santamente? ¿queréis que no os muerda la conciencia? Comulgad á menudo. Recordad los primitivos tiempos del Cristianismo, días de oro para la Iglesia en que sus felices miembros se acercaban diariamente á la Sagrada Mesa; ¡cuántas virtudes poseían nuestros padres en la fe que ahora se ignoran, al menos casi en la totalidad de los cristianos! ¡cuántos pecados menos se cometían entonces que en nuestros tiempos, en que apenas se comulga!

9. Sobre las palabras del Redentor: *Hic est panis de cœlo descendens ut si quis ex ipso manducet non moriatur*, dice el Angélico (4), con todos los teólogos, que la muerte á que se refiere el Señor se entiende la muerte del alma; y prosigue el santo: El pecado es cierta muerte espiritual del

(1) Libr. 4 de Mister., cap. 44.
(2) Q. 77, a. 4.
(3) Sess. 13, cap. 2.
(4) Q. 79, art. 6.

alma, y alguno puede preservarse del pecado futuro al modo que se preserva al cuerpo de la muerte futura. Así pues, uno puede preservar al cuerpo de dos modos: 1.° en cuanto la naturaleza del hombre se fortalece contra lo que corrompe interiormente, lo cual se efectúa por medio de los alimentos y medicinas; y 2.°, fortificando la parte exterior por medio de armas, vestido, etc. para la defensa. Otro tanto sucede respecto del alma; por el primer modo, cuando Cristo se une al espíritu por la Comunión, la alimenta con manjar fuerte, según aquellas palabras del salmo: «El Pan confirma el corazón del hombre (1)» y lo de S. Agustín: «Llégate con entera confianza, pues es Pan y no veneno (2)»; y por el segundo modo le defiende de los espíritus infernales, según afirma el Crisóstomo.

10. Directamente confirma el corazón del hombre en el bien, por el cual es preservado del pecado futuro; y para que se observe una vez más cómo esta doctrina es comunísima, dice Inocencio III que Jesucristo nos libró con su Pasión de las penas del pecado, pero con la Eucaristía nos preserva de caer en él. Ved cuán excelente medio es la Divina Eucaristía para conservarnos puros.

Las tentaciones debilitan el alma y la ponen en peligro de caer en el pecado; por manera que, en tanto queda el alma más flaca en cuanto las tentaciones son más vehementes. Siendo por lo común más en número, aunque no las más terribles, las que nos sugiere el demonio, el divino Manjar obra poderosamente contra ellas y contra sus fautores. «Si la sangre del Cordero pascual, dice el Crisóstomo, que era figura de este Sacramento, puesta en los umbrales de las puertas, libraba del ángel exterminador á los que con ella habían rociado sus casas, ¿cuánto mejor obrará semejante prodigio el Santísimo Sacramento (3)? La Eucaristía disminuye la fuerza de la concupiscencia, pero esto no lo obra directamente, sino en cuanto aumenta la caridad; por este

(1) Ps. CIII, 15.
(2) Trac. 26 sup. Joan.
(3) Hom. 61 ad pop. Antioch.

motivo dijo el Agustino que el aumento de la caridad es disminución de la concupiscencia. Ved ahí por qué nuestra alma, después de haber comulgado, se encuentra en un estado de indecible paz y de tranquilidad completa, pues los sentidos, particularmente el del tacto, parece que están como adormecidos, lo cual es debido á la influencia que ha ejercido la carne purísima de Jesús en la nuestra. Dice á este propósito el P. Grasset que, la carne de Jesús comunica á la del cristiano toda su cualidad virginal, la purifica y santifica (1). Ciertamente; si de la conversación con una persona casta los sentidos se sienten como dormidos, aun algo después de la conversación misma, ¿qué es lo que no hará la participación del Salvador, ya que por este acto no sólo conversamos con Él, sino que nos nutrimos de sus divinas carnes? La Carne de Cristo produce hombres castos, y su sangre engendra puras vírgenes. Véis aquel jovén asaltado de lúbricos pensamientos, y atacado de sensaciones malas, casi irresistibles? Pues dejad que se acerque á menudo á la S. Eucaristía, y veréis cómo confiesa que el Sacramento disminuye como por encanto esos pensamientos y debilita ó apaga esos funestos movimientos. ¡Bendito mil veces sea el amor de Jesús que nos ha deparado un medio tan excelente!

Recordad que cuando el Arca de la alianza, llevada en hombros de levitas, pasó el Jordán, las impetuosas olas se detuvieron ante ella, formando paredes altísimas como de cristal; así la Sagrada Eucaristía detiene y resiste las fogosas olas de las pasiones en aquél que la lleva á su corazón. «Quien se alimenta con ese celestial Pan, dice un autor ilustre, bien puede decir que está con el Redentor, y de ese modo nada tiene que temer, pues la Eucaristía es mucho más segura que la torre de la que penden mil escudos y la armadura de los fuertes; es como el pan de Gedeón con el que ningún enemigo se resistirá, derribando las tiendas de los madianitas de un solo golpe.» (2) ¡Cuán confiado debe

(1) Medit.
(2) Sr. Yagüe, tomo 6.º, pag. 432.

estar el cristiano con la Santísima Eucaristía! con su posesión nada tiene que temer.

Terminaremos esta primera parte, cantando con la Iglesia: «No existe ningún sacramento más admirable que Éste por el cual se purguen los pecados, se aumenten las virtudes, se llene el entendimiento de la abundancia de todos los espirituales carismas (1);» se sustente, en una palabra, la vida de la gracia en el alma.

§. II.

Pero, Jesús Sacramentado puede sustentar la vida del cuerpo, como lo ha evidenciado por determinado tiempo en algunas almas privilegiadas.

No es semejante efecto, fruto inmediato de la santa Eucaristía, por tres razones principales. Primera; porque Nuestro Señor, á fin de sustentar la vida corporal nos dió medios materiales, y quiere que estos medios, apropiados á la naturaleza física del hombre, tengan su natural aplicación en el cuerpo humano. Segunda; porque la adorable Eucaristía se instituyó únicamente para mantener la vida espiritual. Tercera, legítima consecuencia de las dos anteriores; porque sería gran aberración querer aplicar un sacramento del orden espiritual para necesidades del orden material.

11. Sin embargo, la experiencia ha demostrado que el Santísimo Sacramento ha sustentado diversas veces el cuerpo humano; esta verdad práctica no deja de tener su fundamento sólido y su explicación sencilla. En efecto: hay santos Padres que afirman que el Sacramento de la Eucaristía ha sido instituído para la santificación del alma y del cuerpo; desde este punto de vista el cuerpo humano recibe inmediatamente de la Eucaristía divinos efluvios que en cierto modo le santifican y glorifican. Á la verdad; esas cualidades gloriosas en cuerpos mortales de los siervos de Dios; esos divinos éxtasis en que la materia, menos pesada que una ligera pluma, se eleva sobre las miradas de los circunstantes;

(1) In opus. 57 Sti. Thomæ Aquin.

esa doble ocupación de lugar á un propio tiempo; ese mantenimiento en cierto modo espiritual del cuerpo humano, no explican otra cosa que la actual posesión de gloriosas dotes que al cuerpo aun no le pertenecen, pero que las recibe por un acto de la bondad de Dios. Y pregunto ahora; si esto es así, ¿no podrá el cuerpo humano recibir inmediatamente del Cuerpo de Jesucristo el sustento corporal, cuando realmente aquellos efectos son sin duda alguna procedentes de la recepción de la Eucaristía? Otros Padres de la Iglesia opinan que la Comunión engendra entre el cuerpo del que comulga y el Cuerpo de Jesucristo una unión moral y física hasta cierto punto; por manera, que si el Redentor Sacramentado es sustento del alma, con razón semejante puede serlo también del cuerpo; y una unión tan estrecha é íntima entre ambos cuerpos divino y humano, ¿no hará que éste participe de la vida inmortal de Jesucristo, según la cual, el Señor no necesita alimentarse más que de la esencia del Padre? La curación de las llagas de la concupiscencia, esa perfecta castidad, esas pasiones mortificadas, ¿no son ópimos frutos, por ventura, de la Comunión eucarística? y qué ¿no pertenecen estas cosas al cuerpo? Finalmente, las relaciones necesarias entre el alma y el cuerpo humano no pueden ser más conocidas de todos: es herido el cuerpo y se entristece el alma; es ofendida el alma, es burlada, por ejemplo, y sufre el cuerpo hasta languidecerse. El manjar y bebida corporales hanse dispuesto para sólo el cuerpo; sin embargo, ¿quién no advierte que cuando el cuerpo está alimentado hasta la saciedad con opípara comida y generoso vino, el espíritu se alegra, se entusiasma y hasta puede enajenarse, por desgracia?

Mas, pregunto ahora, si el manjar corporal influye de este modo en el alma, de tal manera que la sustenta en cierto modo, pues la anima y presta la vida, ¿cómo no ha de realizar un efecto semejante el Manjar eucarístico en el cuerpo humano? Para mí esta razón es poderosísima, ya que explica suficientemente esos prodigiosos sucesos acaecidos á varones de Dios, según los cuales la Divina Eucaristía les ha sustentado el cuerpo por mucho tiempo.

12. No me importa que haya teólogos que no sean de parecer semejante; ni rebate la presente doctrina el que haya otros que afirmen que no son las especies sacramentales, sino otra substancia originada de ellas la que en estos casos sustenta el cuerpo, porque para el caso es lo mismo; el objeto es que la Santa Hostia conserva el cuerpo humano algunas veces sin necesidad de corporal alimento; por esto dice Tomás Waldense (1) que cuando á Dios le place, por alguna causa y razón que Él sabe, con una muy pequeña partícula consagrada sustenta más y mejor que con todos los regalos de la tierra.» ¿Qué mucho es, añade el P. Alonso Rivera (2) que Dios sustente el cuerpo con las Especies sacramentales, pues sin sustento alguno lo puede hacer hasta con los irracionales? Con elocuencia suma el Ilmo. Sr. Murúa (3) ha dejado escrito: «Dios ha querido hacer visibles á los ojos estas maravillosas ascensiones, y llenas están las vidas de los santos de esos celestiales episodios en que el espíritu, arrebatado por el éxtasis eucarístico, ascendía con la Hostia, arrebatando tras sí, como una nube de incienso, el cuerpo transfigurado. Entonces vióse al cuerpo levantarse en la oración con el alma, perder absolutamente el sentido, permanecer insensible lo mismo al cilicio de la penitencia que al azote del tirano, no necesitar para vivir otro pan que el de los ángeles, ni otro embalsamamiento para preservarse de la corrupción del sepulcro que el Viático...»

13. Ejemplos prácticos registran las historias eclesiásticas de personas devotísimas de la Eucaristía, por medio de la cual quiso el Señor sustentasen sus cuerpos, unas durante toda la vida, otras por espacio de muchos años, y algunas, días enteros sin tomar ninguno ó escasísimo alimento corporal. Cuenta Marco Marulo (4) que á S. Liberal, obispo Ateniense le fué concedido sustentar la vida corporal hasta el fin de sus días con sólo el Santísimo Sacramento que recibía todos los Domingos; y de Sta. Ángela de Mericis, ase-

(1) Tomo II, cap. 62.
(2) Trat. 6, § 8.
(3) Carta de invitación para el Cong. de Lugo.
(4) Lib. 4, cap. 1 y 12.

gura el Breviario (1) que únicamente con la Eucaristía que recibía todos los días, pasaba su bendita vida sin tomar corporal alimento.

Si hubiera de referir las prodigiosas y periódicas sustentaciones corporales realizadas en los siervos de Dios, sería cuestión de nunca acabar; mas por animar la devoción diré que, en el siglo IX una doncellita de doce años, después de comulgar por Pascua de Resurrección, estuvo dos años y medio sin comer ni tener apetito, efecto de la recepción del Santísimo Sacramento (2); que el emperador Ludovico Pío en su última enfermedad pasó cuarenta días enteros sin tomar otro alimento más que la Sagrada Eucaristía (3); que en el siglo XIII una doncella de la villa de Erekel en Alemania vivió más de treinta años sin comer ni beber, sustentada con el Pan de los fuertes (4). Y ¿qué diremos de Sta. Catalina de Sena que únicamente con la Eucaristía pasó desde el día de ceniza hasta el de la Ascensión (5)? y de Sta. Juliana de Falconeri que pasaba la semana solamente con el celeste Viático, excepto el sábado en que tomaba pan y agua (6)? y de un monje helvecio que no probó alimento corporal en 15 años, sustentándose tan sólo con la Eucaristía (7)? Tomás Waldense refiere de una virtuosa doncella de Inglaterra, llamada Juana Merles, que pudo pasar quince años sin alimento corporal, comulgando solamente los domingos (8); y no era esto lo más extraordinario, sino que sabía distinguir perfectamente entre una Hostia consagrada y otra que no lo estaba. Cuenta, asimismo, que Dilia, doncellita de Schilda, villa del condado de Holanda, hacía ya catorce años que se sustentaba exclusivamente con el alimento Eucarístico; probaba la leche, pero en los últimos ocho años dejó de tomarla, sustentándose meramente con la Eucaristía, que recibía todos

(1) 21 Febrero, lec. V.
(2) Crónica de Sigiberto, año de 823.
(3) Tomás Bocio, tom. II, lib. 15.
(4) Nauclero, año de 1288.
(5) Oficio de su fiesta.
(6) Brev. francis., 19 de Junio, lec V.
(7) P. Pagani.
(8) De sacram., tom. II, cap. 62.

los domingos. En Roma, según atestigua el citado P. Pagani, había una virgen llamada Felisa que pasó cinco cuaresmas sin otro alimento que el Sacramento Santísimo.

Muchos devotos de Jesús Sacramentado podían abstenerse de toda comida y bebida hasta llegada la noche en que tomaban alguna refección. La V. Sor María Jesús de Ágreda comulgaba todas la mañanas y se estaba dando gracias, puesta de rodillas, hasta venida la noche en que se desayunaba; y no hace muchos años el penitente, terciario franciscano, Casimiro Barello, pasaba todo el día, después de haber comulgado, en la presencia del Sacramento, sin probar otro bocado hasta la noche.

14. Mas, dirá algún atrevido, ¿cómo es que ahora no se descubren ejemplos semejantes? y yo le manifestaré que ahora como siempre se repiten estos maravillosos hechos; si quienes formulan tales preguntas fuesen buenos católicos y frecuentaran las iglesias y tuvieran amor á Cristo Sacramentado, verían cómo ellos mismos sin preguntar á nadie, hallarían la solución de sus enigmas.

Envidia santa debieran causarnos estas manifestaciones del poder y del amor de un Dios Sacramentado. Si no podemos imitar á los santos referidos, porque aquellas gracias fueron *gratis datas,* al menos no nos hagamos merecedores de la ira de Dios, dejando de frecuentar un Sacramento del que nos vienen los tesoros del Eterno.

15. ¡Oh Sacramento de maravillosa virtud! te diré con Fr. Luis de Granada, por ti se pueblan los cielos y se vencen los demonios y se reparan los hombres (1). Si todo cuanto he dicho de Ti demuestra el grande amor que nos tienes, ¿qué dijera yo de tu mismo amor? «Todo el amor que nos tuvisteis antes de quedarte sacramentado, fué poco, comparado con la merced que nos hiciste dándote á ti mismo á nosotros. ¡Oh dulce Jesús! que yo me mantenga á costa tuya y sea al propio tiempo un ingrato, eso lo reprueba el buen sentido. ¡Perdón, Señor, perdón! y concédeme tu gracia para que te ame firmemente para siempre.

(1) De oratione et medit.

EJEMPLO

Santa Rosa de Lima, á causa de sus terribles penitencias y prolongados ayunos, estaba completamente extenuada. Sin embargo, después que recibía la Sagrada Comunión se transformaba su rostro, pareciendo más bien un serafín. Cierta mañana regresaba con su madre á casa, después de haber comulgado en el convento de Sto. Domingo. Hacía fuerte viento y el velo que cubría su pudoroso rostro fué levantado hacia lo alto. Unos hombres, que la vieron, que por cierto no debían ser muy recatados, la dijeron:—Que colorada va la beatica: bien la habrán dado de almorzar los frailes.—Un cordero,—respondió la santa, dando con semejante respuesta una buena lección á los atrevidos, pues en verdad había recibido al Cordero divino.—*Parra, in vita ejus.*

VI

La Sagrada Eucaristía es Regalo dulcísimo del cristiano práctico.

Bibite amici et inebriamini charissimi.
Bebed amigos y embriagaos los muy amados.
CANT. V, 1.

1. En dorada copa brindó el mundo á los hombres beber sus dulzuras, y aquéllos que ávidos de placeres y no hastiados aún de goces sensuales aplicaron sus labios para probarlas, sintieron al punto satisfactorio deleite; pero luego que las apuraron, y antes de digerirlas, comprendieron que aquella engañosa sirena les había presentado dorado veneno del cual no tuvieron más remedio que arrepentirse para siempre. Ved aquí dibujados los regalos terrenos, los goces con que invita el mundo á los mortales; ellos tienen un lema impreso con caracteres indelebles cuyos términos son estos: —Todo lo que se goza del mundo es vanidad y aflicción de espíritu (1).

2. No así las dulzuras, no así los goces espirituales originados de la Divina Eucaristía y dados á beber en el cáliz del Testamento Nuevo, cuyo lema es el que sigue: ¡Cuán excelente es el cáliz que me embriaga (2)! ¿No recordáis aquel

(1) Eccles. II, 11.
(2) Ps. XXII, 5.

pasaje del Génesis (1) cuando Noé, después de exprimir el dulce mosto, bebió hasta el exceso de embriagarse, aunque sin culpa, y efecto de aquel enajenamiento quedó tendido en el suelo? Pues reflexionad que, siendo Noé figura de Jesucristo y el vino emblema de su amor, cifrado en el cáliz de la Eucaristía, quien le bebe con fervor queda enajenado en éxtasis divino. ¿No recordáis que cuando Jonatás, hijo de Saúl, probó una poca de rica miel que le alargaron con la punta de una vara se le esclarecieron los ojos, gozando su alma indeciblemente? Ved, pues, en este geroglífico á la santa Eucaristía que, quien la recibe abre los ojos á una vida sobrenatural, expansionándose su alma en aquellas celestiales regiones. ¿Cuán generoso no fué el vino que produjo Jesucristo en las bodas de Caná? Pero ¿cuánto más delicioso es el vino de la Eucaristía, pues es nada menos que la propia sangre del Salvador?

¡Amadores de placeres; sensualistas! yo os invito á que probéis la Sangre de Jesucristo, recogida y conservada en nuestros augustos cálices, y á que me digáis, después de haberla gustado con fe y amor, si por ventura los deleites profanos que habéis experimentado son más regalados que los de la Eucaristía. Mas si por desgracia no os queréis tomar este pequeño trabajo, escuchad al menos, fijándoos en las ideas que voy á exponer á continuación.

Puesto que el texto que encabeza el presente discurso tiene dos partes, hemos de estudiar en la 1.ª *Propiedades de la divina bebida eucarística;* y en la 2.ª *Inefables delicias que causa en los que la toman.*

§. I.

Es la bebida un refrigerio que se ofrece al cuerpo para que se satisfaga, y en cierto modo se regale; pero tanto más quedará recreado cuanto que el líquido sea de mejores calidades, sobre todo si está confeccionado según el gusto del que le bebe. Dios, en verdad, trata á los hombres con se-

(1) Gen., IX, 21.

vera justicia y al propio tiempo con bondadosa misericordia; pero mientras somos viadores derrama con más ostensible profusión los tesoros de la segunda. Contemplad la creación, y fijaos en todos sus hermosos encantos, ¡qué cuadros tan primorosos! Observad esa otra creación sobrenatural, la gracia divina, milagro potente de la misericordia, y notaréis que toda rebosa en amor; poned atención, finalmente, en el prodigio de los prodigios, en la Santa Eucaristía, y acabaréis de convenceros que la bondad del Eterno ha superado á su justicia.

Obra latente del amor es, en efecto, el Sacramento del Altar en quien el Señor ha querido cifrar, no ya su poder, su sabiduría y su amor, sino la quinta esencia de esta heroica virtud, porque, al darse en comida al hombre, no sólo pretendió sustentarle, sino más bien regalarle. Hasta aquí hemos visto crecer el amor de Jesucristo; pero cuando desea que su Sangre divina regale las almas creo que en este bellísimo ideal finó la nota de su caridad inextinguible.

3. El pueblo cristiano se queja demasiadas veces de que apura el cáliz del dolor y de la amargura hasta las heces, y en su triste languidez, exclama: ¿Quién nos diera á probar la felicidad? Tres días hacía que los hebreos caminaban por áridos desiertos buscando cómo satisfacer su ardiente sed, y no hallando de ninguna manera el potable líquido, murmuraban contra Moisés, diciendo: ¿Qué es lo que beberemos? mas éste les mostró un madero, el cual, arrojado á las aguas de Mara, se endulzaron (1). Comenta S. Agustín (2) este significativo pasaje, y advierte que el madero bíblico es figura de la cruz de Jesucristo, quien, siendo arrojado en las aguas de los tormentos, produjo su dulzura, obteniendo los sacramentos, principalmente el de la Eucaristía, que conforta y recrea el corazón humano.

4. Esta preciosa sangre eucarística posee varias excelentes propiedades, en razón á que se aplica á diversas necesidades del alma. Es verdadera y divina; nutre, fortalece y

(1) Exod. XV, 24, 25.
(2) In Exod. q. 57.

embriaga. *Vere potus*. Así lo expresa terminantemente el divino Salvador: Mi sangre es verdadera bebida (1). Á la manera que en el orden material existen bebidas verdaderas y falsas, siendo las primeras aquéllas que son necesarias al estómago, como el agua; ó ayudan á su digestión, como el vino; ó pueden ser útiles, como el café; y formando parte de las segundas aquéllas que, ó bien irritan ó enferman el estómago, como el alcohol, ó le destruyen, como el veneno, de la propia manera, hay también en el mundo espiritual bebidas verdaderas y falsas. Mientras que la lectura santa es bebida espiritual útil, y la audición de la palabra divina ayuda á la santificación del alma, la oración y los sacramentos son bebidas espirituales necesarias. Ahora ¿quién no descubre que la Eucaristía, aunque no sea precisa con necesidad de medio para salvarse, lo es de precepto, y también con necesidad de medio en cuanto que para salvarnos debemos estar unidos con Cristo?

Ved, pues, cómo la sangre de Jesús Sacramentado es verdadera bebida, puesto que tonifica el alma y la devuelve sana y vigorosa.

Pero esta rica sangre es también bebida divina. *Hic est sanguis meus*. «Esta es mi sangre del Nuevo Testamento (2)» afirma el Hombre-Dios: sangre por cierto inapreciable y de un valor infinito, puesto que con Ella se redimió el mundo, y hubieran podido ser redimidos millares de mundos que hubiera; sangre que es lluvia divina que entra suavemente en el alma, y la riega y la fecundiza con virtudes celestiales, para que produzca obras meritorias en el tiempo á fin de que sean recompensadas en la eternidad.

5. *Qui bibit meum sanguinem habet vitam* (3). Quien bebe la sangre de Jesucristo tiene vida, pero no una vida cualquiera, no una vida espiritual meramente, sino una vida sobrenatural y divina, que le transforma en un ser más apreciable que los ángeles; que le endiosa, en una palabra. Lue-

(1) Joan. VI, 56.
(2) Math., XXVI, 28.
(3) Joan. VI, 55.

go si se obtiene vida, bebiendo el precioso líquido que brota del costado de Cristo, es porque nutre, es porque vivifica.

Fortalece igualmente. *Concupiscite lac sine dolo ut in eo crescatis in salutem* (1). Desead la leche purísima y verdadera, dice S. Pedro, para que con ella adelantéis en el camino de vuestra salvación. Pero ¿cuál es esta purísima leche, sino la de la Eucaristía, según exponen los santos? Algunos contemplativos vieron á Jesús en el Sacramento como tierna madre que muestra ambos pechos henchidos de néctar riquísimo, y busca, ansiosa, almas que le aligeren de aquel peso. No á otro sentido se refieren aquellas palabras de la Esposa de los Cantares. «Bebí mi vino con leche (2)», ya que la sangre de Jesús Sacramentado, figurada por el vino, tiene las propiedades de la leche, que nutre y fortalece. Y ¿cómo no ha de fortalecer si con esta sangre hemos de arribar llenos de vida exuberante á la eternidad de los justos?

La última de las propiedades de esta divina sangre consiste en embriagar. *Bibite amici, et inebriamini charissimi.* Bebed amigos y embriagaos los muy amados. He aquí cómo la Iglesia, simbolizada por la Esposa de los Cantares, invita á sus fieles para que beban de la sangre de Cristo á fin de que se conforten con Ella; mas á los muy queridos, á las almas fervorosas las dice: embriagaos; como si dijera: Puesto que esta dulce bebida enajena en las delicias inefables del amor santo, aceptadla vosotros también, con objeto de que, aumentéis el número de los convidados á las bodas del Cordero.

Pero nos corresponde estudiar todavía las inefables delicias que causa esta divina Sangre en los que la toman.

§. II.

6. El Excelso prohibía absolutamente á los nazareos la ingestión de licor alguno que embriagase; pero en la ley de gracia, manda positivamente á las almas, que se consagran á Él en la Religión Católica, que beban el vino de su Sangre,

(1) I Pets. II, 2.
(2) Cant. V, 1.

vertido en el cáliz de nuestros altares. ¡Admirable contraste, pero cierto sin duda (1)! «Bebed de mi sangre todos vosotros» dice á los apóstoles; y antes de esta ocasión había amenazado con la muerte eterna á todos aquéllos que no la probasen: Si no bebiereis la sangre del Hijo del Hombre, dice, no tendréis vida en vosotros (2).

Dios se vale ordinariamente del temor para que el hombre observe sus mandatos; pero, cuando ha notado que éste hace poco caso de las órdenes excelsas, adopta el medio del amor, consiguiendo generalmente lo que por el temor no obtuviera. En la ley antigua intima con dureza sus preceptos, y toda carne corrompe sus caminos y los hombres se apartan de la eterna vida; en la ley de gracia ordena con cariño, y alcanza que el hombre le ame debidamente; mas, cuando pretende que los hombres le reciban sacramentado, intima con temor: «Si no bebierais la sangre del Hijo del Hombre no tendréis vida»; pero, al observar que el hombre de su natural, humilla más su cabeza al amor que al temor, deja vencerse de esta dulce inclinación, y entonces ya no le manda, sino que le dice con ternura: «Si alguno tiene sed venga á mí y beba» (3).

3. Columbrando en espíritu el profeta Isaías la divina Eucaristía, dijo que los siervos de Dios beberían, y que efecto de esta santa bebida prorrumpirían en cánticos de alabanzas; pero, ¿cuál es esta rica bebida sino la sangre del Redentor que había de enajenar y producir en los siervos de Dios el deseo de cantar las salmodias de la gratitud? De conformidad con las frases del mayor de los profetas, asegura David que los que tomaban el vino eucarístico cantaban salmos en acción de gracias (4); por este motivo exclama entusiasmado: *Et calix meus inebrians ¡quam præclarus est!* Y ¡cuán excelente es el cáliz que me embriaga! Si David, en aquella ley de las sombras, vislumbra el efecto de enajenar que había de causar la sangre de Cristo, qué os parece

(1) Math. XXVI, 27.
(2) Joan. VI, 54.
(3) Joan. VII, 37.
(4) Ps. LXVIII, 13.

la causará en efecto? S. Cipriano, sobre aquellas palabras dice, que así como la embriaguez hace que el hombre pierda su sentido, así la Eucaristía hace que el fiel, de un hombre terreno pase á ser celestial (1). Es vino, dice el profeta Zacarías, que engendra vírgenes; y así, añade S. Jerónimo, el vino eucarístico lo beben las vírgenes santas de cuerpo y espíritu para que se embriaguen de amor, y puedan en su alegría santa ser presentadas por la Iglesia al divino Esposo que las espera en su templo.

8. También la sangre de Jesucristo alegra el corazón del cristiano, dejándole tranquilo y en un mar de dulzuras, según aquello del profeta: «Sacarás de la tierra el vino que alegra el corazón del hombre» (2). ¿Cuál es este vino, sino el contenido en el cáliz de la Nueva alianza que, consagrado por el sacerdote, se convierte verdaderamente en la sangre del Inmaculado Cordero? Pues esta sangre, asegura el profeta coronado, alegra el corazón del que la bebe, pero del que la bebe con deseos de que produzca en él estos saludables y santos efectos. ¡Oh, qué dulzura adquiere un católico después de comulgar con fervor! Si todos los que se acercan á la sagrada Mesa consiguieran experimentar placer semejante, qué pronto abandonarían los deleites de la tierra y se apresurarían á recibir todos los días la sangre del Redentor! Y qué tesoros tan escondidos teníais, Señor, en vuestro seno antes de morir; pero ahora que nos los descubrís en vuestros templos ¡cómo sabéis ocultarlos á los que no desean verlos con ojos castos y percibirlos con entrañas de amor! por cierto, escrito está, que sólo serán bienaventurados y verán á Dios los limpios de corazón.

Dije anteriormente que la bebida en general tanto más recrea y regala el sabor cuanto mejor esté confeccionada al paladar del que la gusta; pero en la bebida de la Eucaristía sucede lo contrario; contiene en sí todas las delicias espirituales, de modo que puede adaptarse perfectamente al gusto de cada uno; el hecho es que el que la percibe ha

(1) Epist. 2 ad Cecilium.
(2) Ps. CIII, 15.

de disponer el paladar espiritual de tal manera que la sangre divina produzca en él los frutos mencionados. El Apóstol propone un medio para conseguirlos, y hasta lo exige como condición necesaria para recibir fructuosamente el Santísimo Sacramento. «Pruébese el hombre á sí mismo, dice. Examínese, y vea si su espiritual paladar está dispuesto convenientemente para percibir el Sacramento del Señor.

9. Mientras que el hombre no pruebe de este modo la Santa Eucaristía no conocerá su suavidad. «Gustad y veréis entonces cuán suave es el Señor.» S. Gregorio Magno (1) hace un parangón entre las delicias corporales y espirituales, de esta manera: «Suele haber gran diferencia entre los deleites del cuerpo y los del espíritu; cuando no se poseen los del cuerpo encienden en el apetito un enfadoso deseo, y cuando llegan á gustarse con avidez, después de haber sido saciado, fastidian al que los ha percibido. No así sucede con los deleites espirituales, que mientras no se poseen, causan hastío, pero cuando se llegan á poseer, abren el espiritual apetito... En aquéllos el apetito agrada, pero la experiencia desplace; en éstos el apetito es despreciado, pero cada vez gusta más su uso. En aquéllos el apetito engendra hartura, y la hartura causa fastidio; mas en éstos el apetito engendra también saciedad, pero ésta produce el apetito. Por lo tanto, el deseo de las delicias espirituales se aumenta en el ánimo mientras sacian, porque cuando más sabor se percibe de ellas otro tanto se conoce que se aman con más avidez, y por lo mismo, no percibiéndolas, no pueden ser apreciadas, porque se ignora su sabor. ¿Quién, pues, podrá amar lo que ignora? por esta razón nos avisa el salmista, diciendo: Gustad y ved porque suave es el Señor; como si claramente dijera: no podréis conocer su suavidad si no la gustáis; tocad la comida de vida (eucarística) con el paladar del corazón, á fin de que probando su dulzura la podáis amar.» ¡Cuán excelente debe ser, pues, al paladar del espíritu la Eucaristía! Á que la probemos nos invita el Salvador, cuando por boca del Espí-

(1) Hom. 36 Dom. infraoct. del Corpus.

ritu Santo nos dice: «Venid, comed mi pan y bebed mi vino que os he preparado»; y por si no tenemos bastante con esta invitación, asegura que la Sabiduría divina edificó un templo para sí y mezcló el vino con una poca de agua para los convidados. ¡Precioso emblema de la sangre de Jesús Sacramentado!

10. La arqueología cristiana, ese gran recurso apologético de la Religión, que exhibe materialmente el dogma, la moral y la disciplina católica, con más clarividencia que demostrarlo pueden los largos cursos de la carrera eclesiástica, dándose la mano con el arte moderno, ha venido á corroborarnos las precedentes ideas. Si es cierto que la paloma, coronada con una cruz, simbolizaba en la antigüedad cristiana á Jesucristo, y con más propiedad aún al Paracleto; pero no hay duda que era también figurada por el alma pura, que se deja nutrir de Jesucristo Sacramentado. En un sello cristiano de una antigüedad respetable (1) se muestra en su centro una paloma y una inscripción á su al rededor que dice: *Veni si amas:* ven si amas. Es el Salvador que llama al alma devota, figurada en la blanca paloma, para otorgarla su amor. Y en Lión se patentizan, asimismo, dos hermosas palomas que llevan en el pico un grano de trigo: símbolo perfectísimo de las almas felices, alimentándose con el Pan de los ángeles (2).

Pero hay más. La dulzura percibida por las almas comulgantes viene á sensibilizarse de una manera encantadora en una pintura de un *arcosolium* del cementerio de Pretextato. Consiste en un vaso de gran tamaño y dos palomas una á cada lado del vaso, mirándose de frente, en una actitud dulcísima, como que han gustado el contenido del recipiente. Hay la particularidad de que entre éste y las dos avecillas se hierguen dos copudos arbustos, que semejan perfectamente á dos grandes cepas, que vienen á servir de pabellón al vaso. Ahora bien; ¿quién no descubre en este hermoso simbolismo al cáliz eucarístico, gustado por las almas san-

(1) Macarius. *Hagioglypta,* pag. 239.
(2) De Boissieu. *Inscr. de Lyon,* pag. 581.

tas (1)? ¿quién no lee, además, en un mosaico de Rávena del siglo V, en el que se ven palomas apagando su sed en una fuente, á la fuente eucarística de la que se sacian los cristianos (2)? ¿quién no admira, por último, en un sarcófago de S. Ambrosio de Milán, en el que se destaca un cáliz, y bebiendo en él dos hermosas palomas, al divino sangüis, que conforta las almas cristianas (3)?

Nuestros más renombrados artistas supieron reflejar en los venerables rostros del apostolado, en actitud de estar sentados á la última Cena con Jesucristo, después de haber comulgado, las impresiones más dulces y divinas que podemos imaginar. Del siglo XIII ó XIV es un misal que se muestra en una de las elegantes vitrinas de la Colombina de Sevilla, cuyo apostolado, sentado á la Mesa eucarística, manifiesta un aspecto apacible y extático. En el facistol de la excolegial de Osuna hay un precioso cantoral magno, cuyo apostolado tiene impreso en el rostro la imágen del candor y de la satisfacción íntima. Leonardo de Vinci supo imprimir al discípulo amado una actitud sublime, difícil de imitar. Claudio Coello reflejó en el mismo apóstol satisfacción inmensa. Rubens comunicó el más acentuado éxtasis á todos los apóstoles; y Owerbech los pintó de rodillas, al rededor de Jesucristo y de su mesa, juntas las manos, modestos los ojos, alegre y transformado el semblante. ¡Copia fiel de las dulzuras internas que el alma experimenta con la participación eucarística!

II. Los santos que intentaron expresar alguna cosa de la suavidad eucarística quedaron exteriormente mudos, pero anegados interiormente en un mar de consuelos. Respondiendo el V. Estella (4) á las palabras de los cafarnaítas, ¿Cómo puede darnos Jesús á comer sus carnes?, dice: «Si quieren saber el cómo, lo sabrán comiendo; dejen la infidelidad y dejen los pecados y verán que, llegándose con pureza de conciencia á este fuego de excelentísima caridad, se en-

(1) Perret, I, c. p. LXIV.
(2) Ciamp. *Vet. mon.*, tab. LXV.
(3) *Mon. Christ. di Mil.*, tav. VI, 2.
(4) Medit. 33.

cenderán sus corazones en Divino amor y sabrán lo que ahora no saben». Dispóngase, pues, nuestro corazón con una buena confesión sacramental, con un despego total á los pecados veniales, con un ardiente deseo de santificarnos con la santa Eucaristía y comulguemos; participemos de la sangre divina con esas disposiciones, y experimentaremos que Jesús nos anega en un océano de inmensas felicidades; porque asegura Sta. Teresa que cuando Dios introduce á una alma en su regalada despensa, la embriaga de felicidad en tanto grado que pierde la afición á las cosas terrenas.

12. ¡Qué lástima causa observar á muchas almas sumergidas en el pecado, y encenagadas en el material deleite de los vicios sensuales, cuando si hubiesen gustado por una vez sola la suavidad del Señor los hubieran abandonado, y hubiesen corrido como ciervos sedientos á la fuente del Sacramento! Pero mucha más compasión inspiran otras personas que, reacias al amor de Dios, á sus inmensos beneficios y á sus repetidos llamamientos, quizá después de haber gustado sus delicias, no atreviéndose por respetos humanos ó por malicia á levantarse del cieno, viven revolcadas en él por muchos años. Compadezcámonos de estas almas, y roguemos á Dios por ellas; pero estemos alerta nosotros no nos acontezca otro tanto. Acudamos á la Eucaristía y procuremos ser sus favorecidos, imitando á los bienaventurados que tan dulces regalos obtuvieron de este Sacramento altísimo. El siervo de Dios Fr. Rufino de Cerezano, de la Orden de Menores, profesaba tal amor al Sacramento de Altar que, estando orando en la iglesia delante del Santísimo, arrojó en una ocasión tales llamas, que no sólo llenaron el templo, sino que, saliendo impetuosamente por la ventana, llegaron hasta el pueblo vecino, y pensando sus moradores que fuese algún incendio, corrieron á apagarlo; mas ¿cuál no sería su asombro al ver en la iglesia al bendito religioso del cual brotaban aquellos vivos fulgores (1)? La V. M. Sor María de Jesús de Ágreda, siempre que estaba en la presen-

(1) Crónica Seráf.

cia del Santísimo Sacramento tenía las rodillas desnudas y en esta posición rezaba sus obligaciones (1); y la Bta. Josefa María de Sta. Inés de Beniganim profesaba tal devoción al Señor Sacramentado que, cierto día en que estaba ocupada por la obediencia y no podía personarse en la Iglesia, donde se estaba exponiendo á su divina Majestad, quiso el Redentor que las paredes que le impedían la vista se transformasen en delgadas superficies de cristal por entre las cuales adoró el Sacramento.

¡Oh Jesús: celestial bebida que confortas y embriagas al alma! Confortadnos en vuestro servicio y embriagadnos en vuestro amor purísimo, á fin de que no apetezcamos de hoy en adelante los deleites de la tierra. Los renunciamos para siempre y protestamos que queremos serviros á Vos sólo y beber de esas celestiales dulzuras vuestras que nos preparan las que nos tenéis reservadas en la eternidad.

EJEMPLO

Jacobo de Vorágine (2) refiere que S. Hilario confesaba á una doncellita de vida enteramente angelical. Frecuentaba esta niña la Santísima Eucaristía, y el mencionado Padre la alentaba á esta santa devoción, diciéndola al propio tiempo que él conocía á un esposo castísimo en cuya compañía se había de alentar mucho en las virtudes. Tanto se lo alababa y en tal manera encomiaba sus excelencias que, movida la doncellita del natural deseo de conocerlo, le pidió que se lo mostrase, á lo cual accedió el santo Padre, asegurándole que, si se preparaba con exquisita diligencia para recibir el cuerpo santísimo del Señor, él se lo mostraría. Con sencillez de paloma y con ferviente amor preparóse la bendita niña para comulgar; mas al llegar al Altar, y luego que S. Hilario hubo sacado del sagrario la Santa Hostia se la enseño, diciéndola: Hija, éste es tu Esposo, y con éste se ha de unir íntimamente tu alma, sin tener ya voluntad ni afición á cosa alguna de la tierra. Encendióse el rostro y ardió el corazón de la doncellita en obsequio de aquel Santísimo Esposo, y al comulgar, en medio de indecibles suavidades y de inexplicables dulzuras en que fué enajenada su alma, exhaló su último suspiro, enviando su espíritu al divino Esposo, entre armonías dulcísonas y alegres cánticos que entonaron los célicos espíritus.

---

(1) De su vida por el P. Jiménez Samaniego, § V.
(2) Sermo de Eucharist.

VII

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es nuestro Abogado.

Advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum.
Tenemos por abogado con el Padre, á Jesucristo.
I JOAN. II, I.

1. Si el hombre no tuviera motivos suficientes para humillarse profundamente, bastábale el pensamiento de que necesita de otro ser. Suponed un individuo que no tenga apoyo en ningún semejante, ó bien que no esté en disposición de valerse de él para cubrir sus perentorias indigencias, ó para llevar á feliz término sus ideas; ¡qué desdichado! exclamaréis. Ese individuo podrá tener elevados pensamientos, atrevidos proyectos, mas nunca podrá ver con satisfacción el resultado de los mismos. Imaginad por el contrario, á otra persona gozando de una grande protección, de una poderosa influencia, y notaréis que si antes su ánimo estaba abatido por la adversidad, se levanta ahora ufano, cual flor que, marchitada por las sombras de la noche, abre su cáliz al ser herida de los rayos del sol. El hombre, en efecto, no se basta á sí mismo; para él vale tanto el apoyo y la protección como la vida, ya que ésta sin aquéllos tiene menos de vida que de muerte; en este caso la melancolía y hasta la desesperación le rodearían por todas partes.

2. Podréis adivinar ya cuál será el firme apoyo moral á que me refiero. Un ser que se interese eficazmente por otro y que esté dispuesto á oirle y á librarle de sus graves apuros: he aquí el firme apoyo, he aquí la valiosa influencia. Mas, si al ciudadano le es indispensable este favor de parte de sus semejantes, al cristiano le precisa un Ser que le corresponda, que conozca á fondo su esencia, su vida íntima y que pueda llenar plausiblemente sus elevadas aspiraciones. El Verbo divino, por quien fueron hechas todas las cosas, es el Ser llamado para este elevado fin, y nadie como Él puede interesarse tanto por el hombre, porque nadie se interesa tanto por las obras como su mismo autor. Ved, pues, al Verbo del Padre conservar en todos momentos sus hermosas producciones; vedle cómo las libra de las terribles hecatombes que tuvieron lugar en la sucesión de los siglos; vedle mantener en toda su integridad á la especie humana que, aun cuando muy digna del olvido de su Autor, por haber desobedecido un precepto suyo, no obstante la perdona temporalmente, y le promete un Redentor para que le salve en la eternidad, y se humilla á conversar con ella, y la traza nuevos y claros horizontes por donde deba caminar, y la cede países que manan leche y miel, y la enriquece con frutos, con ganados, con ejército y comodidades, y desea se multiplique y forme un pueblo inmenso y fuerte á quien teman las naciones; vedle, finalmente, llevado del intenso amor que profesa al hombre, asociarse á su naturaleza y constituirse su protector, su defensor, su abogado; y en prueba de ello trabaja, sufre y muere por el hombre; le defiende de las iras de los elementos, le libra de las acechanzas de los hombres y le ampara bajo su divino manto.

Contemplad, pues, á Jesucristo, Hijo de Dios, convertido en abogado de los hombres. Tenemos por abogado con el Padre á Jesucristo, dice S. Pablo; y Jesús vive y vive para siempre: luego hoy, y particularmente en la Sagrada Eucaristía, donde continúa sus redentores ministerios, es nuestro poderoso abogado. Todos sabemos cuáles son los actos

que un abogado ejerce á favor de su defendido. Practica el oficio de intercesor; por eso estudiaremos en la primera parte que *Jesucristo, en el Sacramento, intercede por nosotros.* Defiende la causa ante el juez respectivo; de ahí que nos ocupemos en la 2.ª parte que *Jesucristo Sacramentado defiende nuestra causa ante su Padre.* Con razones sólidas y vehementes frases procura salvar al cliente; y en atención á este punto trataré en la parte 3.ª que *es tan eficaz la defensa hecha por Jesucristo Sacramentado que nos salva.*

§. I.

3. Es un hecho que Jesucristo en la divina Eucaristía perpetúa los benéficos frutos de su Encarnación y Redención; en estos misterios, Jesucristo adquirió sus infinitos méritos, pero los almacenó, si la frase me es permitida, en el Santísimo Sacramento. En Él depositó sus bienes todos, reunió todos sus méritos, juntó sus virtudes todas; y á la manera qué, fundidos en el disco del sol su fuego, su luz, su fuerza y su belleza, el astro del día los arroja dadivosamente sobre la tierra para comunicarla sus excelentes propiedades, de la misma manera Jesucristo fundió las grandezas inenarrables de su Divino Ser en el Misterio del amor, en ese bello disco eucarístico, y de Él se vale, y de su poderosa influencia se arbitra para comunicar sus divinas propiedades á los hombres. ¡Pensamiento feliz, idea sublime, si es que todos los pensamientos é ideas de Jesucristo no son felices, no son sublimes!

4. Al extender, pues, de esta manera los ópimos frutos de la Encarnación y Redención, al infundir sus eminentes gracias por medio de la S. Eucaristía, positivo es que Jesucristo, mediante este alto Misterio, intercede por nosotros. Pero ¿cómo y para qué intercede? me preguntaréis. Atended; el Salvador ruega á su Padre para que nos envíe toda suerte de bendiciones celestiales y temporal prosperidad, para que obtengamos la felicidad propia de los hijos de Dios, que consiste en la paz del corazón. Fijaos

en esa Hostia inmaculada, contemplad á Jesús por medio de la fe, y oiréis cómo no cesa de repetirnos lo que á sus queridos apóstoles: Yo rogaré por vosotros al Padre para que os envíe el Espíritu consolador. Volved á mirarle y notaréis que de esa silenciosa boca, al parecer, dirigiéndose á su Genitor, dice con férvido anhelo: «Yo ruego por ellos... para que los preserves del mal... para que los santifiques con tu verdad... para que sean unos en caridad, como lo somos nosotros dos por naturaleza... para que los salves y lleguen á gozar del eterno lugar donde yo estoy (1).» Y ¿qué oración no hará Jesús sacramentado por nosotros? Creemos por ventura que bastaban estos ruegos proferidos en la noche de la Cena? Él nos ha enseñado á orar sin intermisión; y qué, ¿no lo hará Jesucristo por nosotros, siendo nuestro ejemplar modelo, y sabiendo que diariamente necesitamos nuevas gracias á fin de sostenernos en la práctica del bien?

5. Pero Jesucristo Sacramentado intercede asimismo por nosotros, solicitando con particularidad que sean remediadas nuestras mayores indigencias y oídas nuestras fervorosas súplicas. ¿Quién nos condenará, exclama el Apóstol, si Cristo intercede realmente por nosotros (2)? Jesucristo recomienda ciertamente nuestra salvación al Padre, no humildemente y en forma suplicante, como antes lo ejecutaba, mientras peregrinaba por la tierra, sino que, estando ahora glorioso, y siendo igual á Él en poderío, le manifiesta como á un igual el deseo de nuestra salvación (3). Y con efecto lo consigue para con aquéllos que quiere ó que le aman con verdad. ¿No recordáis lo que hizo Abraham en favor de las ciudades nefandas, y cómo el Señor le otorgó cuanto le pedía hasta poder salvar á Lot y á su familia (4)? ¿Ignoráis, acaso, que mientras Josué peleaba con los amalecitas, Moisés tenía los brazos abiertos solicitando de Dios la victoria; y que mientras se mantenía en esta posición ganaban los hebreos, siendo así que cuando bajaba los brazos con-

(1) Joan., XVII.
(2) Ad Rom. VIII, 34.
(3) P. Calmet, coment. sup. Rom. VIII, 34.
(4) Genes. XVIII.

seguía la victoria el enemigo (1)? Habéis olvidado que al irritarse justamente el Señor contra el pueblo de Israel, porque se había prosternado ante los ídolos, é intentando exterminar á todos los idólatras, pónese Moisés en medio del pueblo y exige de Dios que perdone á los reos ó que borre á él del Libro de la vida (2)? Todo esto á la verdad, ejecuta el Salvador en el amoroso Misterio del Altar. Jesucristo pide cinco y más veces á su eterno Padre que no extermine á los malos por causa de los buenos, y su Padre se lo concede. Jesucristo se conserva más tiempo que el caudillo de Israel con los brazos abiertos en el Sacrificio de la Misa, solicitando la victoria de los justos contra sus enemigos, si es para bien de los mismos, y lo consigue. Jesucristo, antes que abandonar á sus hermanos, ha llegado á lo que jamás llegó el libertador de los hebreos, pues fué proscripto por su Padre y murió afrentosamente en un madero. ¿Qué no hará en el Sacramento del amor por sus amados? Jesucristo presenta en todo momento á su Genitor los propios méritos y su Sangre infinita; y para realzar, para consolidar sus razones le muestra el Sacramento eucarístico, donde Él mismo se ha reducido á la más estrecha prisión. ¡Ah! si el Salvador se halla á la diestra del Padre y si encarcelado está en el Sagrario, lo efectúa para interceder por los hombres (3).

6. También Jesús en el Sacramento intercede por nosotros, ofreciendo á su Padre nuestras particulares oraciones y las generales de la Iglesia á fin de conseguir la remisión de nuestros pecados. Enseña el Concilio Tridentino (4) que la Santa Misa se ofrece para remediar muchas necesidades; y ¿qué necesidad tan grande como la que Dios oiga nuestras fundadas súplicas y las despache favorablemente? Jesucristo se inmola incruentamente en la Santa Misa, y en esta sublime Acción presenta á su Padre las plegarias de sus hijos; y si en el sacrificio de la Cruz presentó la oración del

(1) Exod. XVII.
(2) Exod. XXXII.
(3) Heb. VII, 25.
(4) Sess. 23.

buen ladrón, ¿cómo no patentizará las de los fieles asociados al espíritu de la Iglesia, siendo así que la Misa es una continuación real de la crucifixión del Señor, y, como asegura el Tridentino, su virtud saludable se aplica por la remisión de aquellos pecados que cada día cometemos (1)? Pero hay más todavía. Jesucristo sacramentado escucha solícito nuestros ruegos y los representa á su Genitor á fin de que los despache cumplidamente, con particularidad los que se dirigen á obtener el perdón de los pecados; por eso, no sin motivo, dice: «Pedid y recibiréis; llamad y se os abrirá; buscad y encontraréis, porque todo el que pide recibe, el que busca encuentra y al que llama le abren;» por eso, no sin causa, vieron algunos santos á Jesús en el Sacramento con entrañables deseos de que los fieles acudiesen á pedirle mercedes; por eso, finalmente, no es de extrañar que el Apóstol, refiriéndose expresamente al Sacrificio de la Eucaristía, diga tres veces que Jesús es mediador, es abogado de un Testamento mejor que el Antiguo (2).

§. II.

3. Repetidas veces la sagrada Escritura presenta á Satanás como á terrible adversario nuestro, y al propio tiempo como á pertinaz acusador de nuestras faltas ante el Tribunal Divino; pero asimismo nos revela á Jesucristo que, tomando el oneroso cargo de abogado nuestro, rechaza y desbarata las astucias del infernal enemigo. La sublime tragedia del santo Job es suficiente para convencernos de estas grandes verdades. Mirad cómo el Señor, reconocido á los finos obsequios de aquel siervo suyo, declara que éste es hombre sencillo y recto, que se aparta del mal y que no hay en toda la tierra hombre semejante á él; pero Luzbel, envidioso de su felicidad y de la amistad estrecha que con el Ser supremo gozaba, comienza por acusarle de este modo: —¿Por ventura Job teme á Dios de balde? Extiende tu mano sobre él, dice al Señor, y verás si te bendice.—Con efec-

(1) Sess. 23.
(2) Heb. VII, 24 y 25.

to, el Eterno permite que Satanás desencadene sus furias contra todos los bienes que Job poseía, y en pocas horas perecen violentamente los bueyes y asnos, tres mil camellos, siete mil ovejas y diez hijos y criados pertenecientes al rico patrimonio del santo; y, después que todas estas horribles desgracias hubiese soportado con la más perfecta resignación, vuelve de nuevo el diablo á presentarse ante Dios y á denunciar á su siervo, de esta manera:—No es mucho haber perdido los bienes con tal de conservar sano el cuerpo, mas extiende tu mano sobre el de Job y verás como te maldice.—El Señor permite que su siervo aparezca cubierto de una asquerosísima llaga, que cubría todo su cuerpo; mas Job con suma paciencia se raía la podre que de ella manaba con un casco de teja, y bendecía á su Criador. Ved, pues, á la infernal serpiente constituída en acusadora de los hombres, particularmente de los justos; pero considerad, asimismo, á Jesucristo que aboga por ellos, defendiendo su causa ante el tribunal de su Padre; y en confirmación de esto enseña el discípulo amado que, si Satán, denunciador de nuestros hermanos, fué derribado para siempre del cielo, se debió á la poderosa intercesión de la sangre del Cordero (1), á la mediación de Jesucristo.

8. Á la verdad; uno es el medianero entre Dios y los hombres, dice S. Pablo, á saber: Jesucristo (2), á quien (3) Dios puso para propiciación de los pecados, no sólo nuestros sino de todo el mundo. Jesucristo es el único á quien el Padre Eterno constituyó por reconciliador de todas las cosas, pacificando por la sangre que derramó en el Gólgota tanto lo que existe en la tierra como lo que hay en el cielo (4). Por Jesucristo, ciertamente, tenemos entrada á la gracia de Dios (5). Así se expresa el Apóstol acerca de la abogacía del Redentor. Fijad, ahora, vuestra vista en Jesús Sacramentado: está colocado entre el Padre celestial y nos-

(1) Apoc. XII.
(2) I Timoth. VI. 5.
(3) Rom. III, 25.
(4) Coloss. I, 20.
(5) Rom. V, 2.

otros; es el centro á donde concurre la Omnipotencia para dispensar mercedes y la desvalida humanidad para solicitarlas. De ese círculo preciosísimo de la Eucaristía parten dos prodigiosas columnas de fuego, veladas por la nube de la fe, una que se dirige al cielo de donde recibe la vida, y otra que se encamina hacia los hombres á quienes otorga esa misma vida y les inflama en el amor de Jesucristo. Por manera que el hombre, si quiere algo en orden á su salvación, si pretende conseguir el único negocio positivo, tiene que acudir precisamente á Jesucristo Sacramentado para exponerle las propias necesidades, las propias quejas, á fin de que el Hombre-Dios interceda por él y le ponga en el camino de la felicidad, en el sendero del cielo.

9. Si Jesús es la verdad y el camino para ir al Padre; si nadie absolutamente puede llegarse á la primera Persona divina sino es por Jesucristo (1), ¿quién podrá eximirse de la mediación de Nuestro Señor? Esa mediación consoladora nos es además necesaria, considerada desde el punto de vista que se quiera; y si algo somos, y si algo valemos, y si podemos sostenernos en la justicia, lo es por el Sacrificio de la Cruz; mas también es cierto que mediante el Sacrificio de la Misa se nos aplican los méritos del de la Cruz, puesto que en esta cruenta oblación las gracias están como en arsenal depositadas, mientras que por la Oblación incruenta se nos reparten esas propias mercedes. La Santa Eucaristía es, pues, nuestra Mediación. Jesucristo Sacramentado, nuestro hábil abogado.

§. III.

10. La defensa, empero, ejecutada por Jesucristo Sacramentado es tan eficaz que nos salva.

En efecto; la razón que S. Pablo aduce para asegurar que Jesús puede salvar perpetuamente á los que por Él se acercan á Dios es que posee un sacerdocio eterno (2).—Tú eres sacerdote eternamente,—dijo el vate coronado. No digamos

(1) Joan. XIX, 6.
(2) Heb. VII, 24 y 25.

una palabra de que, á excepción de Jesucristo, no existe otro nombre debajo del cielo por el cual nos convenga ser salvos (1), porque esta doctrina la señalé anteriormente; en lo que sí insisto es que nuestra salvación se debe al sacerdocio eterno de Jesucristo, y que si Jesucristo es sacerdote visiblemente eterno, lo es mediante el Sacrificio del Altar; luego podemos afirmar que si nos salvamos ha de ser por medio de la Santa Eucaristía, debido á la brillante defensa que en favor nuestro practique Jesús Sacramentado.

Á la verdad; sin la mediación de Jesucristo no hay salvación posible; pero una mediación semejante la encontramos cifrada en el augusto Sacrificio de nuestros altares. Autores hay que afirman que la intercesión ó mediación de que nos ocupamos, no la practica el Salvador ante su Padre con palabras verbales y expresas, sino mediante el ofrecimiento de sus méritos, particularmente de su Divino Cuerpo llagado, entre éstos se hallan S. Gregorio (2), Ruperto (3) y Sto. Tomás (4). Otros con el Nacianceno (5) y Agustino (6) aseguran que Jesús ora é intercede ante su Padre con palabras expresas, del propio modo que oraba al peregrinar por el mundo; pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que de ambos modos, infaliblemente del modo primero, aboga en el Sacrificio de la Misa, y en él, Jesucristo ostenta á su Eterno Genitor su sangre y sus méritos, de la misma manera que lo verifica desde el cielo.

11. Para que tenga completo realce el asunto que estamos ventilando, debemos trasladarnos por unos momentos á la antigüedad cristiana, que tan bien supo traducir por medio del pincel y del buril sus profundos conocimientos sobre el dogma católico. En un sarcófago del Vaticano se distingue perfectamente en bajo relieve á los niños Ananías, Misael y Azarías hundidos en medio de las llamas del horno

(1) Act. IV. 12.
(2) Lib. 22 Moral. cap. 22.
(3) Lib. 9 de Divinis officiis.
(4) Id.
(5) Orat. 4 de Teolog.
(6) In Ps. XXIX.

babilónico. Están de pie, con los brazos extendidos en actitud de orar; llevan cubierta la cabeza con el gorro frigio y van vestidos con la túnica y clámide, según se describe en el libro sagrado de Daniel (1). Pero la circunstancia notable, que no se descubre por lo general en los monumentos similares de las catacumbas, y que es nuestro punto importante, consiste en un personaje que está de pie, fuera del horno, vestido con la túnica y el manto, que ostenta en la mano izquierda un volumen enrollado, y eleva la derecha en actitud de bendecir y animar á los tres jóvenes hebreos. El texto sagrado, al ocuparse de este conmovedor pasaje, asegura que el ángel del Señor bajó al horno; y podríase, en vista de esta aseveración dudar de si el personaje de referencia sería el ángel aludido; mas Nabucodonosor afirma que con aquellas sus tres víctimas veía un hombre semejante al Hijo de Dios. ¿Es, acaso, el personaje en cuestión el Hijo de Dios Padre? Todas las conjeturas más fundadas conviénense para responder en sentido afirmativo, ya que el personaje á que me refiero lleva en la mano el volumen enrollado, el cual no es atributo de ningún ángel; y los mejores testimonios del siglo IV, juntamente con el laureado vate Prudencio, quien lo afirma dos veces, se declaran por esto mismo. Del siglo V es un marfil, con el propio objeto, y el personaje á que me refiero está alado, y extiende una cruz sobre las llamas para apagarlas, lo cual viene sin duda á apoyar la afirmación anterior.

He aquí, pues, en toda su gran realidad y bello esplendor el ministerio de Abogado y medianero que Jesucristo ejerce desde la Santa Eucaristía. Los tres niños del horno figuran á los cristianos que, arrojados en medio del mar de las acechanzas del mundo, y de las ardientes llamas de la carne y de las tentaciones luciferianas, estamos sin embargo, de pie, tranquilos, alegres y sin ser devorados por dichos incendios, merced al celestial personaje que, puesto también de pie junto al peligro, con la fuerza de su mano

(1) Dani. III, 21.

bendita, nos recrea, nos anima, y nos defiende del voraz elemento. ¡Qué radiante de gloria se muestra en este caso Jesucristo Sacramentado! El bajo relieve descripto no es más que el tipo de los cuadros artísticos que más tarde, debido á la mediación eficaz del Sacramento, concibieran y trazaran los grandes genios del mundo cristiano.

12. Pero, ¿de qué modo nos salva Jesús Sacramentado? En primer lugar nos infunde el espíritu de penitencia. El Tridentino ha dicho que el Sacrificio de nuestros altares concede la gracia y el don de la penitencia. Y á la verdad; si Cristo Señor Nuestro, por el Sacrificio del Calvario nos abrió su Corazón bendito para que mediante los Sacramentos pudiésemos entrar en Él á fin de obtener su gracia santificante y oportunos auxilios para conservarnos en la misma; si lo que deseó por el cruento Sacrificio fué que nos moviésemos á penitencia, otorgándonos al propio tiempo excelentes medios para adquirirla, ¿qué no deseará por el de la Santa Misa, aplicación perfecta del de la Cruz?

Mas con semejante espíritu de penitencia nos conduce al Sacramento de la conciliación. Una vez que el Salvador eucarístico haya concedido la gracia referida, el alma cristiana, efecto de esa misma gracia, de esa suave moción divina, se acerca al Tribunal misericordioso del perdón, donde se lavan las negras manchas de la culpa; entonces, como asegura el Tridentino, el Sacrificio de la S. Misa ha completado la obra de la reconciliación del hombre con Dios (1).

Finalmente, Jesucristo Sacramentado nos salva, aplicándonos todo el mérito de su Pasión sagrada; y ved aquí expresados los tres principales modos que el Hombre-Dios emplea para que sea eficaz su hermosa defensa. ¡Bendita mil veces sea la Santa Eucaristía que tantos y tan grandes bienes nos reporta!

Este Sacramento de amor, efecto de su admirable abogacía, ha salvado prodigiosamente á muchos devotos suyos que solicitaron la gracia de morir bien, el día mismo en que

(1) Sess. 22. cap. 2.°.

fué instituído dicho Misterio. En comprobación de esta verdad, el V. P. franciscano Alonso Borox, que profesaba vehemente afecto al adorable Sacramento y le pedía morir en Jueves Santo, tuvo la felicidad de ver cumplidas sus fervorosas ansias (1). De lo cual hemos de gozarnos en gran manera, viendo á nuestro Señor que se toma el trabajo de rogar, de interceder por nosotros y de salvarnos. Aprovechémonos de la bondad de Jesucristo Sacramentado; acojámonos á su poderosa virtud, y en todos nuestros pleitos con el averno tomemos á Él por abogado nuestro.

EJEMPLO

Dije que Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar, siendo abogado nuestro, rechaza y desbarata las astucias de Lucifer. El caso que sigue lo pondrá en evidencia. El beato Francisco de Pavía, O. M., se hallaba una vez orando en coro, cuando se sintió horriblemente tentado contra la castidad. El espíritu del mal, para causarle más fuerte impresión, dispuso que se le apareciesen multitud de inhonestas bailarinas, las cuales, colocándose en derredor suyo, empezaron por armarle temibles lazos. En este grave conflicto, el beato acudió presuroso á Jesucristo Sacramentado, quien consoló á su siervo con estas palabras, salidas del fondo del sagrario:—Francisco, soldado de Cristo; pelea constante; no falte tu fe; batalla esforzadamente y vencerás.—Alentado con estas consoladoras frases luchó constantemente el religioso hasta que desapareció el inmundo escuadrón. De nuevo oyó la misma voz que decía:—Francisco, en premio de tu fidelidad y constancia se te concede libre y absoluto dominio sobre las potestades del infierno.—Á partir de este momento nada pudo ya el príncipe de las tinieblas contra el siervo de Dios, antes bien, cuando le armaba alguna tentación era completamente vencido con el auxilio de Jesús Sacramentado.

---

(1) Crónica Seráfica, p. 7, lib. 1.°, cap. 31.

VIII

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es nuestra Vida.

Et ipse vivet propter me.
Y él mismo vivirá por mí.
JOAN. VI, 58.

1. Un leve soplo divino infundido á una masa de inmundo cieno con figura humana: he aquí la esencia del hombre. Bien pueden los filósofos entretenerse en lo que es el alma y sus cualidades; bien pueden disputar sobre sus fenómenos íntimos; bien pueden discurrir acerca de sus estrechas relaciones con el cuerpo: lo indudable es que la vida humana es participación de la divina. No así el alma de los brutos que, siendo únicamente sensitiva, es producida por un acto externo de la omnipotencia; mientras que la vida del hombre, eso mismo que llamamos alma, aun cuando sea creada por un acto libre de la voluntad divina, como lo son los demás seres, empero es más bien una especie de dilatación de ese acto interno purísimo y único que constituye al Ser divino; es una extensión, aunque momentánea, de la vida divina en el hombre, y que se transmite por generación de un ser á otro ser, que por esto mismo el hombre es una fotografía bastante exacta del Creador.

Mas al modo que el cuerpo material del hombre necesita de un principio vital que le ponga en ordenado movimiento, así el alma, vida del cuerpo, necesita, para su movimiento propio, de otro principio vital superior; porque no hay que olvidar que el alma y el cuerpo pertenecen á distintos mundos; y como al cuerpo le precisa el alma, á ésta le es indispensable Dios.

2. Sí; Dios es quien da ser al alma; y no me refiero precisamente al ser natural que le confiere en el acto de la concepción humana, sino que, siendo ella para su Creador, me refiero exclusivamente al ser que necesita para llevar vida semejante á la de Dios, vida sobrenatural, vida de la gracia que le comunicó por la Redención y le aplica mediante los sacramentos de la Iglesia. «Yo vine, dijo el Salvador, para que los hombres tengan vida y para que la posean con más abundancia (1);» y Jesucristo, llevado de este amoroso pensamiento, quiere comunicar al alma su vida de acción divina, vida que no puede ser comunicada de un modo completo, íntimo y feliz sino por medio de la invención más prodigiosa que realizó el Redentor, por medio de la Santísima Eucaristía: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida en sí mismo (2).» Mas no está dicho todo; es preciso confesar que en el presente estado de cosas, después que Jesucristo ha instituído la Santa Eucaristía, el alma no puede gozar de la vida divina si no participa del Cuerpo y de la Sangre del Salvador: «Si no comiereis la Carne del Hijo del Hombre y bebiereis su Sangre no tendréis vida en vosotros (3).» Las palabras de Jesucristo son expresas, terminantes, preceptivas.

Estudiemos, pues, que *La percepción sacramental de la Eucaristía causa la vida de la gracia divina;* 1.° *en el tiempo* y 2.° *en la eternidad;* ó sea: que esta sacramental percepción es la vida temporal y la vida eterna de los cristianos.

---

(1) Joan. X, 10.
(2) Joan. VI. 54.
(3) Id.

§. I.

Al ocuparme de que Jesucristo en la bella Eucaristía es la vida temporal del católico, ó que causa en él la vida de la gracia en el tiempo, no es mi ánimo demostrar indirectamente esta proposición, como la traté en los títulos de «Padre,» «Alimento» y «Sustento,» no; mi deseo es probar directamente que la sagrada Comunión es la que da al alma el ser de Dios, la gracia de Dios, la vida divina; y que sin Ella, ó al menos, sin respecto á la misma, el humano espíritu no puede gozar absolutamente la vida sobrenatural de los hijos de Dios.

3. Con efecto: es indicado el nombre de pastos en las sagradas Letras por un lugar, no sólo necesario para sustentar la vida, sino además, abundante y pingüe para fortalecerla; y aunque algunas veces tiene un sentido material, según determina la letra, empero, convertido al espiritual sentido, según parecer de los Santos Padres, da á entender claramente que el alma necesita de estos pastos para vivir, pues son su vida. Expuestos estos preliminares, el profeta David, hablando en espíritu de la Santísima Eucaristía, dice estas memorables palabras: «El Señor me ha colocado en un lugar de pastos y convirtió mi alma (1).» Y ¿qué pastos son éstos que tienen la poderosa virtud de convertir el alma, siendo así que sólo Dios posee el secreto de la espiritual conversión? ¡Ah! sin disputa alguna deben ser los de la divina Eucaristía, la cual á más de sustentar el espíritu le convierte á la virtud y á la perfección cristiana, y puede transformarle completamente en ameno vergel donde el Señor se recree y tenga sus mejores delicias. En otro salmo, el citado vate, refiriéndose al propio asunto, dice proféticamente: «Nosotros somos un pueblo de su pasto (2).» Como si dijera: Los cristianos formarán un pueblo tan regalado que por alimento tomarán la Carne y la Sangre del Hijo de Dios.

Mas, sobre todas las precedentes autoridades, declara el

(1) Ps. XXII, 2 y 3.
(2) Ps. XXXVII, 7.

Espíritu Santo que la Eucaristía es el pan que sustenta el alma: «Les dió á comer, dice, del pan de la vida (1).» No solamente la Eucaristía es el pan de la inteligencia, si que también es el pan de la vida, ó que sin dicho Pan, el humano espíritu no puede subsistir en orden á su salvación eterna. Estas frases bíblicas comenta el Angélico (2), diciendo que, «siendo las cosas corporales ciertas semejanzas de las espirituales, convenía que los sacramentos se acomodasen á aquellas cosas que son necesarias para la vida corporal... y así como ésta necesita un alimento para sustentarse, también la espiritual necesita el de la Eucaristía, que es este Pan de vida de que habla el Espíritu Santo.»

4. Jesucristo Nuestro Señor indicó, asimismo, que la percepción de la Eucaristía es la vida temporal del cristiano. «Yo soy el pan de la vida,» dice. He de advertir, empero, que estas frases equivalen á estas otras: Yo soy el pan del alma, porque el alma es la vida del cuerpo; por lo tanto, si Jesucristo no intentara declarar que Él es el pan del alma no hubiera empleado la palabra *vida*. Tales frases fueron explicadas á continuación por el mismo Salvador, cuando dijo: «Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; mas éste es el pan que baja del cielo para que el que coma de Él no muera (3).» Ahora bien; todos estamos sujetos á la muerte; todos pagaremos este violento tributo á la naturaleza; por lo cual advierte el Señor que, siendo el maná, comida corporal, no pudo preservar de la muerte corporal á los israelitas, pero que, siendo el pan que Él daría el mismo Verbo, que bajaba del cielo, tenía que preservar de la muerte, y ¿qué género de muerte? La del alma, puesto que la del cuerpo estaba inviolablemente decretada. Y con efecto; declara el Hijo de Dios que el que comiere de este pan no morirá; luego este Pan es la vida del alma, vida que es indispensable recibir mediante la Comunión sacramental, ó

(1) Eccli. XV, 3.
(2) Comment. in D. Paul., epist.
(3) Joan. VI, 49 y 50.

al menos con el deseo de la misma, que es de la manera como Jesucristo comunica su vida al humano espíritu.

5. Explica el Salvador de qué modo el cristiano que le recibe adquiere esa vida divina. «Á la manera, dice, que me envió el Padre viviente y yo vivo por el Padre, así también el que me come, él mismo vivirá por mí (1).» Los santos Padres comentan admirablemente estas bellas frases. S. Juan Crisóstomo dice así: «Como yo vivo por la unión que tengo con mi Padre, que es el principio de mi vida divina, así el que me coma vivirá también una vida eterna, sobrenatural y divina, efecto de la unión que conmigo tiene (2)». Un celebrado autor moderno (3) añade: «Así como el Hijo de Dios, mediante la generación eterna, recibe de su Padre el ser y la vida de Dios y todas las virtudes, perfecciones y obras de Dios, de suerte que el Hijo por esta generación es un Dios con su Padre, vive en Él, y por Él, y es sabio, bueno, santo é infinito como Él y con Él tiene un mismo sentir, querer y obrar en todas las cosas, así también, el que dignamente come á Cristo Señor Nuestro, en este Sacramento, en virtud de esta Comida recibe por participación el ser y la vida de Cristo, sus perfecciones y virtudes y la conformidad con Cristo en el sentir, querer y obrar lo mismo que Cristo, de suerte que sea un espíritu con Él y pueda decir aquello de S. Pablo: Vivo yo, mas no yo, sino que Cristo vive en mí.» ¡Oh! qué elevación la del cristiano cuando llega á posesionarse de la Vida de Jesucristo! «¡Oh! sacramento de piedad, exclama lleno de gozo el Agustino, oh signo de unidad, oh vínculo de caridad; quien pretenda vivir tiene de donde obtener la vida. Lléguese, crea, incorpórese para quedar vivificado (4).» Es, pues, la Sagrada Eucaristía vida temporal del alma; de la Eucaristía ha de recibir el poderoso influjo si desea participar de la vida divina que es su única vida, puesto que ésta es su único centro y su descanso.

Á la manera que el fuego penetra en el hierro y le comu-

(1) Juan. VI, 58.
(2) In cod.
(3) V. P. Lapuente, Medit. P. VI, medit. 42.
(4) Tract. 26 in Joan. circa med.

nica sus propiedades, así Jesucristo, mediante la recepción eucarística, penetra en el alma y le presta sus excelencias y sus virtudes; y como el fuego es para el hierro su especie de vida, puesto que le comunica aptitud para ser maleado á voluntad del artífice, así Jesucristo Sacramentado, fuego consumidor, es vida para el alma, puesto que la presta idoneidad para ser labrada á disposición de su Creador.

¡Qué consuelo no es para el fiel católico llevar en este destierro, y en medio de tantas miserias, la vida, la propia vida del Hombre-Dios, cuando todas estas miserias quedan consumidas por el fuego abrasador del Sacramento? Consideración por cierto capaz de convertir un alma del estado de tibieza al de fervor y de transformarla en un ser divino, que deje tras sí huellas benditas, en pos de las cuales los hombres corran sedientos del agua de la eterna vida.

6. Díganlo si no los siervos de Dios, que experimentaron en sus hermosas almas la vital influencia de la Santa Eucaristía. Un S. Francisco Caracciolo, fundador de los Clérigos Regulares Menores, que no sólo mantenía su vida espiritual con el Santísimo Sacramento, sino que, en su corporal existencia, experimentaba las influencias eucarísticas pasando las noches enteras en vela junto al Sagrario (1). Un beato Rogerio, franciscano, que, efecto del fuego interior que le devoraba, se agitaba todo su cuerpo y le rechinaban sus dientes, apareciendo rubicundo su rostro no obstante las horribles mortificaciones con que castigaba su cuerpo (2). Un beato Gentil de Mathelica (3) y un beato Sanctes (4), que se extasiaban siempre que se hallaban ante el Dios de los altares. Un S. Leonardo de Porto Mauricio, que propagaba con ardor el culto eucarístico, mereciendo introducir en muchas partes la adoración continua á Jesús Sacramentado (5). ¿Quién, pregunto, movía á estos bienaventurados á que ejecutasen obras tan santas? ¿quién les impulsaba á pro-

(1) Brev. Rom. Francisc. 4 Junio, Lec. VI.
(2) Cronic. Seraf.
(3) Brev. Rom. Franc. 5 Septb., Lec. IV.
(4) Id. 14 Agosto, Lec. V.
(5) Id. 26 Noviemb. Lec. VI.

fesar un amor tan ardiente al Salvador? ¡Ah! Jesucristo, y sólo Jesucristo Sacramentado, que les había comunicado su vida divina y sus excelsas virtudes.

§. II.

Pero el Santísimo Sacramento del Altar, no sólo es vida temporal de las almas justas, según he declarado anteriormente, sino que también causa la vida eterna, y es asimismo la propia eterna vida. Si para algún objeto vino el Salvador al mundo, si para algo se fatigó y experimentó amargos sufrimientos, si para conseguirnos algún bien excelente instituyó los sacramentos, fué para otorgarnos en último término la eterna bienaventuranza. El Redentor quiso cifrar en la percepción eucarística una esforzadísima esperanza de conseguir el cielo, para cuyo fin ordenó que el mismo Sacramento fuese vida eterna, incoación feliz del premio que nos ha de conceder en la eternidad.

2. La Eucaristía es, en primer lugar, causa de la eterna vida. Dos veces el Salvador ha manifestado este hermoso dogma; aunque parece cosa extraña que, habiendo prometido al hombre ser salvo por el Bautismo y por la Penitencia, asegure ahora que no vivirá eternamente aquél que no participare del Pan sagrado. ¿Pero es que no poseerá la felicidad imperecedera quien no coma de la Carne sagrada de Jesucristo? Para salvarse, es indispensable absolutamente participar en realidad del Cuerpo del Salvador; mas no es preciso, al menos en los que no pueden ni deben, participar sacramentalmente del mismo Cuerpo y de la misma Sangre. Es indudable que semejante participación espiritual consiste, como enseña el Agustino (1), en estar unidos con Jesucristo mediante la gracia santificante; y los niños y los que por canónicos impedimentos no pueden percibir sacramentalmente al Salvador, pero que están en posesión de su gracia, alcanzarán la eterna recompensa, como afirma el Angélico, en orden al deseo de participar sacramental-

(1) Tract. 26 in Joan.

mente de la Eucaristía. Á los niños suple la Iglesia en el acto del Bautismo en cuanto que por este sacramento son hechos hijos de Jesucristo y aptos para recibir con el tiempo el Cuerpo adorable del Señor. Respecto de los demás, su misma contrición y penitencia contiene un deseo virtual de recibir sacramentalmente á Jesucristo. Por consiguiente, si se debe afirmar que la participación real espiritual del Cuerpo del Salvador es necesaria para obtener la vida eterna, y en este concepto las palabras de Jesucristo no pueden ser más concluyentes, también debe asegurarse que dicha participación espiritual es en orden á la sacramental, y desde este punto de vista las mencionadas palabras son todavía más concluyentes.

8. Pero la Santísima Eucaristía es, asimismo, la vida eterna. «El que come mi carne y bebe mi sangre, dice el Señor, tiene vida eterna (1).» Y, ¿qué es la vida eterna? Es la bienaventuranza de los elegidos; es el conocimiento de Jesucristo (2) que vino á redimir al mundo; es la Divina Eucaristía: tres acepciones, que si bien lo notamos, convergen todas á la última, que es causa de las demás. La Santa Eucaristía es, en efecto, prenda de la gloria futura, y Ella presta ciertamente la ciencia de conocer al Hijo de Dios, puesto que es por antonomasia Sacramento de la Fe; por manera que con toda propiedad podemos denominarla Vida eterna. De este bello compendio de prodigios habló el Salvador cuando dijo á la samaritana: «Quien bebiere del agua que yo le daré nunca jamás tendrá sed y en él se hará una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna (3).» Y Jesucristo Sacramentado es esa fuente de agua (4) riquísima que proporciona vida, no una vida mortal, sino perdurable; no triste, sino alegre con la alegría eterna de los escogidos.

9. ¡Qué dichoso es el católico que puede decir con satisfacción íntima: Poseo la vida eterna! Poder adquirir el premio en el tiempo de las pruebas, mientras aun se trabaja

(1) Joan. VI, 55.
(2) Id. XVII, 3.
(3) Id. IV, 13.
(4) Jerem. XII, 13.

por lograrle, es un privilegio muy raro, pero no otra cosa consigue quien recibe debidamente á Cristo Sacramentado. Y, ¿qué esperanza de salvación no causará la Eucaristía? ¡Ah! Ella es el norte de nuestras aspiraciones y el Viático que nos conduce á la Gloria.

Los que vegetáis por este mundo apeteciendo una vida regalada, exenta de quebrantos y sinsabores, y rodeada por otra parte de gozos y satisfacciones; los que os devanáis por alargarla con los adelantos de la medicina y de la higiene, sin conseguir jamás eternizarla, ni mucho menos librarla de la enfermedad y del dolor: decidme, ¿por qué, con mejor acuerdo, no apetecéis la hermosa Eucaristía, fuente de sabiduría (1), obradora de salud (2), vida de las almas (3), torrente de delicias (4) y la misma vida eterna (5)? Más confianza en la palabra de Dios y menos fe en nuestras temporales lucubraciones que, á más de ser estériles, muchas veces duran poco tiempo. Aspiremos por lo que nunca acaba y recibamos la Santa Eucaristía, principio de ese mundo eterno al cual anhelamos llegar.

¡Dulcísimo Jesús Sacramentado! Vuestros somos; á Vos caminamos; en Vos esperamos descansar. Haced que comencemos por apreciar la vida eterna con que nos enriquecéis mediante esa Hostia de amor, á fin de que, reconociendo beneficio tan inmenso, os demos gracias y os alabemos ahora entre las miserias del tiempo para bendeciros más tarde entre los amenos vergeles de la eternidad.

EJEMPLO

Sto. Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, cuenta un prodigioso hecho, por el que se deduce cuán necesaria es la Divina Eucaristía para las almas amantes de su salvación eterna. Lo referiré según el mismo bienaventurado lo escribe: Conocí una religiosa, beata agustina que, como el ciervo desea la fuente de las aguas, así ella apetecía recibir el

(1) Bar. III, 12.
(2) Ps. LXXIII, 12.
(3) Prov. III, 22.
(4) Ps. XXXV, 9.
(5) Loc. cit.

Cuerpo de Cristo Nuestro Señor. Se le hacía tan cuesta arriba dejar un solo día de comulgar, que si por ventura en el lugar donde moraba había entredicho ó cesación *a divinis*, partía á otra localidad, sólo por no perder la Sagrada Comunión. Llegó la solemnidad del Jueves Santo, en cuyo día, según costumbre eclesiástica, es colocado en el Monumento el Santísimo Sacramento, y el padre sacristán no reservó ninguna santa Partícula para que comulgase la sierva de Dios. Entonces, viendo ésta que en día tan solemne debía abstenerse de la percepción eucarística, comenzó á llorar con unas voces tan desgarradoras y á dar unos gritos tan lamentables como si llorase la muerte de algún querido hijo. En esta indecible amargura vió aparecer en el aire dos manos angélicas que conduciendo el Santísimo Sacramento lo depositaron en su boca, con lo cual fué trocado instantáneamente su inmenso dolor en desmedida alegría. Así premia Dios á los que en tanto aprecio tienen al Sacramento del Amor (1).

(1) Serm. II. Corp. Christi.

IX

Sobre la obligación de comulgar.

Suscipiens reverenter ad minus in Pascha Eucharistiæ Sacramentum.

Recíbase reverentemente, al menos en tiempo Pascual, el Sacramento de la Eucaristía.

CONC. LATER. IV, CAP. OMNIS.

1. Que Dios sea absolutamente necesario al hombre y que el hombre se aparte voluntariamente de Dios, es un formidable contraste; pero que Dios trabaje por atraer dulcemente al hombre para que experimente sus influencias benéficas y que el hombre desprecie estúpidamente los favores con que Dios le brinda, esto, á más de vergonzoso, es tristísimo en sumo grado. Peró he aquí retratada con fuertes tintas la historia de la conducta humana, en general, respecto del Criador. Dios amando al hombre, y éste ofendiendo á su Señor. Dios colmándole de riquezas infinitas, y el hombre escupiendo con desdén sobre unos beneficios tan insignes.

Es la Santa Eucaristía bellísimo trono donde el Altísimo se manifiesta como más indispensable á la racional criatura; es su vida temporal como también su vida eterna, según consigné en el discurso pasado. Por Ella quiere Dios atraer al hombre á su Corazón sagrado á fin de trazarle según su

divino gusto, y la Eucaristía es también la felicidad completa del cristiano mientras vive en el presente mundo. Pero el hombre, ciego con esa ceguera moral que le causan sus desordenadas pasiones, huye de su verdadera Vida, se aleja de su propia felicidad y corre desatinado en busca de satisfacciones efímeras que pronto ó tarde oprimen y desgarran el corazón. ¡Qué ingrato es el hombre; mas cuán desgraciado es al propio tiempo dejando caer neciamente de su mano el bien que le es necesario para sustentar su vida espiritual por alcanzar engañosas y ridículas sustentaciones de los sentidos! ¡Ay! exclama el Señor, cuántas veces quise allegaros como la cuidadosa gallina recoge á sus polluelos debajo de sus alas y no quisisteis; por esto quedará vuestro (corazón) desierto, y exhausto de todo género de satisfacciones, de bienes y de felicidad (1).

Persuadámonos de que tenemos necesidad del Augusto Sacramento del Altar, y que esta necesidad no es de cualquier manera, sino real, verdadera y absoluta en cuanto nos es indispensable participar de la vida de Jesucristo, en cuanto nos es preciso estar unidos íntimamente á Él. De aquí se desprende la obligación que se nos ha impuesto de recibir la Santísima Eucaristía. Por este motivo estudiaremos en el presente discurso: 1.º *Necesidad de recibir sacramentalmente la Santa Eucaristía.* 2.º *Hasta dónde se extiende la obligación de recibirla.* 3.º *Comunión de los niños.*

§. I.

2. Es indispensable, que antes de explicar el punto primero dé á conocer qué cosa sea necesidad de medio y qué necesidad de precepto. Necesidad de medio es la que obliga siempre y en todas ocasiones; necesidad de precepto es la que sólo obliga en pudiendo; aquélla precisa absolutamente; ésta en cuanto no se ponga involuntario óbice á lo que obliga. La fe, la esperanza y la caridad son virtudes que

(1) Math. XXIII, 37.

obligan con necesidad de medio; quien no las posee, sea culpable ó inculpablemente, jamás conseguirá la salvación eterna. La Sagrada Comunión, empero, obliga con necesidad de precepto. Jesucristo y la Iglèsia han ordenado bajo gravísimas penas su percepción sacramental; sólo aquéllos que no pueden en efecto recibirla sacramentalmente están desobligados de este doble precepto; pero nadie, absolutamente nadie está desobligado de recibirla con el deseo; de suerte que no podría salvarse, tanto el que rehusase recibirla realmente, pudiendo, como el que no pudiendo no la apeteciese en verdad. Quien tiene hastío de los manjares necesarios para la vida, indica que su estómago se encuentra enfermo: así el cristiano que, no pudiendo comulgar realmente, no apetece el Manjar divino, denota que su alma está indispuesta con el Creador.

3. Y entrando á ocuparme del formal precepto eucarístico, declaro que todos los preceptos divinos incluyen obligación perfecta y estrecha de obediencia, en tal manera que si los omitimos culpablemente somos reos de condenación eterna; mas existen unos preceptos divinos que tienen más fuerza que los demás, no porque emanando de un mismo Legislador no tenga Éste idéntica autoridad respecto de todos, y en este caso tengan todos ellos igual peso, sino porque los preceptos á que me refiero incluyen en sí, á más de la fuerza del mandato, suma necesidad de cumplirlo; por manera que, aun independientes del precepto, son ya indispensables, porque sin ellos sería difícil, imposible la existencia espiritual en orden al fin último. Ahora comprenderéis cuál sea la necesidad que nos constriñe á recibir el Manjar de los cielos, pues siendo Éste la vida del alma, y asegurando la Verdad suma que sin Él es imposible al alma gozar de la vida temporal en orden á la salvación, ni de la vida eterna, claro es, como la luz del día, que nos es necesario absolutamente, si lo consideramos en toda su extensión. Jesucristo, que penetra hasta los más menudos pliegues (1) del espíritu y conoce infaliblemente sus perento-

(1) Heb. IV.

rias necesidades, y sabe que el Pan de los ángeles es su propia vida, ¿no dispondrá que los que intenta hacer herederos suyos participen de esta Vida divina, de este bello Sacramento? ¿no ordenará con palabras expresas que los suyos se acerquen necesariamente á recibirle para que el precepto sirva de estímulo al ánimo? El amor de Jesucristo no tuvo límites siempre que se trató del bien del hombre, y el precepto de la Comunión, explicándose por el amor de Jesús, nos manifiesta la precisión absoluta que tenemos de participar de la Vida divino-eucarística. Sí; el precepto en cuestión es una consecuencia lógica de la necesidad que siente el hombre del alimento celestial; sin él, la vida humano-sobrenatural es imposible. «Si no comiereis la Carne del Hijo del Hombre y bebiereis su sangre no tendréis vida en vosotros, y si la comiereis y bebiereis respectivamente poseeréis la vida eterna.» Son palabras del Redentor (1).

4. Pero, ¿creerá, sin duda, alguno, que este precepto divino obliga solamente durante la vida una ó dos veces? ¿se persuadirá que el comulgar con frecuencia es práctica exclusiva de personas devotas ó religiosas? ¡Oh, qué engaño tan fatal! El precepto divino de la Comunión eucarística obliga á los que saben discernir entre el bien y el mal, entre el vicio y la virtud, muchas veces durante la vida y una vez en el serio trance de la muerte. En qué época de la vida pueden señalarse estas veces, es cosa algo difícil de averiguar, pero nos consta, sin género de duda, que el que cumple con el precepto anual de la pascual Comunión satisface al precepto divino, respecto á la obligación gravísima que tiene de comulgar durante la vida; empero, no sería asunto tan difícil, saber cuándo es voluntad de Jesucristo que comulguemos, ó para que mejor se entienda: cuándo tendrá el alma cristiana necesidad de participar del Maná celestial, si atendiésemos á los fines altísimos para que fué instituído el Santo Sacramento del Altar y á sus admirables efectos. La Eucaristía ha sido instituída para unirnos estrechamente con

(1) Joan. VI, 54.

el Hombre-Dios; luego si el mortal pecado nos aparta de esta dichosa unión, ¿por qué no se la ha de recibir cuantas veces la violenta concupiscencia nos arrastra al alejamiento de Dios? La Eucaristía ha sido instituída para enfrenar suavemente las humanas pasiones á fin de que no suman al hombre en el pecado, luego si el hombre peca muchas veces al año, ¿por qué no comulga otras tantas veces, y se disminuirían necesariamente sus notables extravíos? La Eucaristía ha sido instituída para producir la vida en él alma, luego el cristiano que tantas veces muere á la gracia divina, ¿por qué no comulga con alguna frecuencia á fin de permanecer siempre en la Vida? La Eucaristía ha sido instituída para sembrar la continencia; y qué, ¿se preferirá llevar costumbres bestiales por no frecuentar este Sacramento que neutraliza los furores de una carne indómita? La Eucaristía ha sido instituída, en una palabra, para mejorar al ser humano, conservándole en el bien, en la virtud, en la justicia, en la perfección; y, ciertamente de todos estos excelentes frutos se priva aquél que comulga en raras ocasiones. Nuestros mismos defectos, nuestro mismo hastío por la mundanal vida señalarán las veces que nos es preciso recibir el Pan de los ángeles.

§. II.

5. Mas, ¿hasta dónde se extiende la obligación que tiene el cristiano de recibir la S. Eucaristía? Solícita en todo tiempo nuestra Madre la Iglesia por el bien y perfección de sus amados hijos, no podía dejar al prudente arbitrio de éstos la frecuencia de la Comunión sagrada; porque ciertamente, al paso que algunos fieles, deseosos de su aprovechamiento espiritual, no descuidarían acercarse á menudo á esta Fuente de amor, empero habría otros muchos negligentes que, llevados de su habitual pereza, pocas veces ó nunca participarían del Pan angélico. Á esta dejadez tan espantosa, á este grave enfriamiento del fervor primitivo, que invadía todas las clases sociales, y que con él se acompañaba la muerte del alma, opuso la Iglesia de Jesucristo un estimu-

lante enérgico, preceptuando que todos los fieles de ambos sexos, después que hubiesen llegado á los años de la discreción, recibiesen con reverencia, todos los años, al menos en la Pascua, el Santísimo Sacramento del Altar, á no ser que por alguna razonable causa y de consejo del propio sacerdote, se hubieran de abstener de la Comunión; de lo contrario, quien no cumpliera con este precepto, mientras viviere, sería excluído del ingreso en la iglesia, y cuando muriese, carecería de sepultura eclesiástica (1).

6. El mandamiento estaba dado; como eficaz medicamento dió resultado bonísimo; en tiempo de fe, los que no se decidían á ponerlo en ejecución por amor, se resolvían por temor á la eclesiástica censura, que por cierto es gravísima aunque oportuna. Para más abundancia, y como consolidando el precepto referido, excomulga el Tridentino á todos los que negaren que el cristiano, entrado en uso perfecto de razón, está obligado á comulgar todos los años en tiempo pascual (2). Nadie se forje la ilusion tristísima de que se cumple con el pascual mandato, comulgando sacrílegamente, porque, á más del horrible pecado de sacrilegio que cometería practicándolo de esta manera, estaría obligado á comulgar de nuevo y á acusarse de ambos pecados en la confesión siguiente.

7. Reparad ahora, cuán poca cosa exige la Iglesia de sus queridos fieles; cuán benigna, cuán compasiva es. Sin embargo, observad á esos miserables que pasan años y más años sin acercarse á la Sagrada Mesa y les veréis llenos de culpas graves; atended á esos otros, mucho más infelices que los anteriores, que no sólo no comulgan en el tiempo señalado, sino que, desoyendo y despreciando altivamente los mandatos de su Madre la Iglesia, se pasan toda la vida sin saber quién es Dios, y les veréis atestados de pecados que han llegado por su número á encallecer el corazón de esos seculares réprobos. ¿Y no es esto una inmensa desgracia? ¡Ah! en verdad que lo es; pero mayor desdicha es todavía

(1) Conc. Lat. IV cap. Omnis Utriusque.
(2) Sess. 13 can. 9.

que no se pongan siempre en práctica las penas impuestas por la Esposa del Cordero á los transgresores del precepto pascual. Yo bien sé que si se arrojara de la Comunión de los fieles á los que voluntaria, reincidente y pertinazmente dejan de comulgar por la Pascua; que si se privara absolutamente de la sepultura eclesiástica á los que despreciaron ó rechazaron el santo Viático, habría quizá serios disgustos; pero también sé que somos discípulos de un Dios-Hombre, que nos ha puesto en su Iglesia para guardar y hacer guardar sus preceptos y para sufrir persecución de parte de todo el mundo, y que poco importa que se padezca, cuando por un lado es bienaventurado uno (1) en medio de la persecución, y por otro se tendrían que conseguir necesariamente muchos bienes á la Religión, al sacerdocio y á los fieles: á la Religión, propagándola; al sacerdocio, respetándolo, y á los fieles, confirmándolos en la fe que profesaron, y en el concepto que del Catolicismo tienen formado.

8. ¡Qué diferencia tan inmensa de nuestros tiempos á los de oro de la primitiva Iglesia! En aquella edad, por todos conceptos memorable y digna de la mayor recomendación, en que, según testifican las actas apostólicas (2), perseveraban todos los fieles en la fracción de la Comunión eucarística, recibiéndola diariamente; en aquella dichosa edad, las virtudes abundaban y la santa vida privada, familiar y social brillaba como brilla la luz solar en pleno mediodía. Un cristiano de aquellos bellos tiempos podría avergonzar con su recta conducta á los católicos en general de nuestra azarosa época. Á medida de la abnegación, era la caridad, y á medida de la caridad era el sacrificio llevado al heroísmo, y por eso no extraña, no puede extrañar que estuviesen dispuestos en todo momento al martirio quienes se ayudaban, se apoyaban y se defendían mutuamente con un amor santo extraído de la rica mina del Sagrario.

Varios teólogos aseguran, no sin fundamento, que la comunión diaria estaba prescripta en los primitivos tiempos

(1) Math. V, 11.
(2) Act., II, 42.

de la Iglesia; mas sea de esto lo que fuere, lo cierto es que nuestros primeros hermanos en la fe tomaban como precepto la frecuencia de la Comunión; y dice el eximio P. Suárez (1) que era tal el fervor y la devoción de aquellos fieles que sin tener necesidad de precepto lo prevenían. Resfriósc esta santa práctica, y con ella disminuyó también el fervor religioso, que ésta es la exacta medida del Cristianismo práctico: la más ó menos frecuencia de la Comunión; empero la Iglesia, prudente Madre, á fin de que sus espirituales hijos se animasen al digno uso de una Obra tan santa, fijó la obligación de comulgar cada ocho días. En su consecuencia, todos los domingos se acercaban los fieles á la Sagrada Mesa y participaban durante los Oficios solemnes del Pan de los fuertes; más tarde, merced al entibiamiento religioso, surgido en gran parte del menos recto uso de la Comunión, determinó la Iglesia que los cristianos comulgasen en las fiestas de Navidad, Resurrección y Pentecostés. Últimamente, habiendo crecido la desidia, cual perniciosa yerba, en el feraz campo de la Religión, ordenó esta misma Esposa de Cristo que al menos una vez al año se dispusiesen sus hijos para recibir ese Sacramento Santísimo, fuente de amor y de vida exuberante.

9. Semejante descenso en la participación de la Eucaristía prueba, como insinué anteriormente, el descenso en las virtudes cristianas. Á este propósito dice con mucha gracia el P. Martínez de la Parra (2): ¿«Quién no ve retratada en este cuadro la estatua de Nabuco? Contémplase á los primitivos fieles, comulgando todos los días, ser la vistosa cabeza de oro de la Iglesia; obsérvase luego á los posteriores cristianos, participando de la Eucaristía cada ocho días, tener el pecho y los brazos de plata; vése después á otros fieles, comulgando tres veces al año, representar los muslos de bronce. Y ¿qué nos queda? Las piernas y los pies de hierro y de barro. ¿Cuántos son los que frecuentan la Comunión? Son tan pocos, tan murmurados de los impíos, tan apunta-

(1) 3 pars. dist. 70, sect. 2.
(2) Pláticas sobre el Santísimo Sacramento.

dos de los escandalosos, y tantos y tan casi todos, todos tierra y todos polvo que se lleva el viento.»

§. III.

10. Estudiemos ahora un asunto de trascendencia general, relacionado íntimamente con la doctrina que vengo sustentando. Es la Comunión de los niños. Quien haya saludado la historia eclesiástica, quien haya ojeado con detención el Tratado III de nuestra Obra habrá observado que la primitiva Iglesia distribuía con sumo regocijo la Santa Comunión á los párvulos; que para el efecto tenía cánones, decisiones particulares, y una antigua y respetable costumbre; que en virtud de ellos, después que los niños pequeñitos eran bautizados y confirmados en la Fe, se les ministraba la Sagrada Eucaristía, unas veces en ambas especies de pan y vino, y otras, pero era lo menos general, en la de pan solo ó vino solo; y aquellos parvulillos destituídos de razón, amamantados con la leche purísima del Sacramento, abrían los ojos del alma á una vida inmaculada, que, si era santamente educada, producía muy pronto frutos excelentes. S. Cipriano refiere casos prodigiosos, en sentido favorable, sucedidos en una niña de corta edad á quien ofrecieron el sangüis del Señor. Como en edad tan tierna comenzaban ya los nuevos cristianos á percibir la regalada suavidad de la Eucaristía, no es extraño que las virtudes cristianas despidieran aromas más gratos que las que en general experimentamos en nuestros tiempos, tanto más, si á esta bella práctica acompañaba una esmerada educación religioso-social, como es de suponer. Pero bien; aquellos tiempos pasaron, quizá para no volver más, y la Iglesia cambió de disciplina en lo que respecta á este punto, ordenando que los niños percibieran la Santa Comunión una vez llegados á los años de la discreción verdadera; esto es, al uso de una razón, no tan perfecta como la de los adultos, sino perfecta relativamente al estado de niño.

11. Ejemplo, por cierto, digno de corrección es el que dan aquellos padres de familia que, ya por desidia, ya por

un falso celo, ó por una doctrina mal entendida, pero siempre responsables, dejan que sus niños reciban por vez primera el Sacramento del Altar, pasados los diez, catorce y más años. Esto, á la verdad, es querer privar á sus hijos de la Vida divina y de las sólidas virtudes que proporciona esta eterna Vida al individuo; esto significa no querer cumplir con el precepto de la Iglesia, que por el Tridentino manda que si es cierto que los niños que carecen del uso de razón no están por precisión ninguna obligados á la percepción de la Eucaristía (1), sin embargo, una vez que hayan llegado á este tiempo están gravemente constreñidos como los demás fieles á comulgar al menos una vez en el año (2); y si es evidente, añade, que los antiguos Padres dieron la Comunión á los niños desprovistos del uso de razón, cuya práctica se observó por mucho tiempo en algunos lugares, también es cierto que para conservar costumbre semejante tuvieron probable causa, aun cuando estaban en la persuasión de que no tenían necesidad de la percepción sacramental de la Eucaristía, porque ya estaban incorporados con Cristo, mediante el Bautismo (1).

12. Expuestos estos antecedentes, y no olvidando que el uso de la razón en los niños, tiene lugar por lo general á los siete años de edad próximamente, fácil es conjeturar que el niño, generalmente á los nueve ó diez años, no sólo distingue perfectamente entre el bien y el mal, sino que comprende muchas veces la razón de esa distinción; en esa época de la vida aprecia ya con algún fundamento las cosas; puede saber perfectamente el Catecismo de la Doctrina Cristiana, no ya en su texto solamente, sino en su explicación sencilla, si es que una educación esmerada ornó su espíritu; por consiguiente, el varón á los diez, y la hembra á los nueve años de edad, pueden, comúnmente hablando, recibir la Santísima Eucaristía, y aun antes del dicho tiempo tendrían los padres obligación de proporcionársela, si es que la discreta razón apuntó en ellos antes de la edad mencionada.

(1) Trid. Sess. 21, cap. 4.
(2) Lat. cap. Omnis utriusq.

13. Este Sacramento divinísimo es Pan de los niños, es Pan de los humildes. *Frumentum electorum;* y como leen todas las Versiones: *Frumentum juvenum, adolescentium, puerorum;* la Eucaristía es hermoso Trigo de los jóvenes, de los adolescentes, de los niños. Á estos últimos convoca Jesucristo para que le reciban sacramentado, diciendo (1): «Si alguno es niño, venga á mí.» ¡Oh, con qué amor entra el Salvador en el pecho de los párvulos, porque sabe que criará plantas tiernas que den excelentes frutos, azucenas candidísimas que exhalen esencias suaves, mucho mejor que en los cristianos avezados al pecado mortal! Negar la Comunión á los niños entrados en uso de razón es un crimen, es una especie de homicidio espiritual; estorbársela, ó no aconsejarla merece las iras divinas. «Un error grande es á mi parecer, dice S. Francisco de Sales, diferir este Bien en edad tan tierna, en la cual los niños tienen más discurso á los diez años que teníamos nosotros á los quince (2).» Niños de corta edad apetecieron ardientemente participar de la Santa Eucaristía. De la bienaventarada Imelda, niña de once años, refiere Paulo Barri, que estaba de rodillas en un coro de religiosas haciendo su oración; deseó comulgar con vehementes ansias mientras comulgaban las demás religiosas; pero negósele tan santo deseo, y en el momento mismo saltó una sagrada Forma de las manos del sacerdote y fué á parar á la boca de la santa niña, quien expiró pocas horas después.

14. Es una suma desgracia el que en varias localidades, el párroco, ó alguno de sus coadjutores no se tomen el pequeño trabajo, bien que ímprobo, pero de gran mérito é íntima satisfacción, de reunir á todos los niños de diez y once años de la población en un local, y á las niñas de nueve ó diez años en otro, con el objeto de instruirles en la Doctrina Cristiana, por medio de preguntas, diálogos, explicaciones breves, ejemplos oportunos, comparaciones escogidas etc., lo cual debiera verificarse,

(1) Prov. IX, 4.
(2) Lib. II, epist. 50.

no sólo por espacio de un mes ó dos, sino por cinco y seis meses, y en los últimos dos ó tres meses durante todas las tardes ó noches, á la hora en que más desocupados estuvieren los niños y fuera cómodo al sacerdote. De esta manera se lograría educar á los niños del mejor modo posible en la parte teórica del Cristianismo, paso avanzadísimo para que hubiese menos impedimentos cuando tuvieran que aplicar las santas teorías. Luego se les dispone con la preparación próxima, procurando que se confiesen varias veces antes de la Comunión general, que debería ser solemnísima en una de las festividades mayores del año, principalmente las de primavera, dentro del tiempo pascual, y acompañada al propio tiempo de una hermosa función con su correspondiente plática á fin de que los niños saliesen fuertemente impresionados de tan bello acto. Su recuerdo permanece indeleble en la memoria de los que esto han practicado, produciendo sin duda frutos al menos de simpatías por la Religión que les amamantara en la virtud. Los que digan que estas catequesis mencionadas no son necesarias, porque los maestros de las escuelas de enseñanza primaria instruyen suficientemente á los niños en él Catecismo, ¿ignoran quizá que en las tres cuartas partes de centros docentes no se enseña, y donde se enseña no se hace con la perfección y con el interés que las circunstancias reclaman? Hoy que ciertamente se procura apartar á los niños de la instrucción cristiana, como se trabaja por separar de los centros católicos á la juventud estudiosa, ¿no se animará el párroco á establecer semejantes catequismos? con ellos podría perfectamente dar un curso de Religión y Moral, no sólo á los niños si que también á las demás personas de ambos sexos que volutariamente quisieran asistir, é instruirlos en las verdades católicas y errores antirreligiosos de los presentes tiempos, para que profesen gustosamente las primeras y detesten con ánimo los segundos. De paso advierto que las Escuelas Dominicales no son suficientes para llenar el fin que se proponen los referidos Catequismos y exigen las circunstancias y primera Comunión de los niños.

Redactadas las precedentes instrucciones, cúmpleme manifestar con alborozo santo que Nuestro Smo. Padre el Papa Pío X, Q. D. G. no sólo las ha confirmado en el fondo, sino que, ampliándolas en la forma, y haciéndolas extensivas á todo el orbe, ha establecido, en virtud de su Autoridad suprema, y expresamente mandado, que todos los párrocos y en general cuantos ejercen cura de almas instruirán los domingos y fiestas del año, sin exceptuar ninguno, á los niños de ambos sexos en la Doctrina Cristiana. Que los mismos prepararán debidamente por espacio de varios días á dichos niños á fin de que reciban convenientemente los santos sacramentos de Penitencia, Confirmación y muy en especial la Sagrada Comunión, y finalmente: Que en cada una de las Parroquias se instituirá canónicamente la Congregación vulgarmente llamada de la Doctrina Cristiana.

Estas altas órdenes, á la verdad, han despertado á algunos fieles y estimulado á los Sres. curas de almas para emprender una obra tan santa. En Estepa tengo fundada la mencionada Congregación, en la que contamos 42 catequistas y cerca de 500 catequizados, la cual obra está produciendo frutos excelentes y aún extraordinarios.

Para terminar, recordemos cuál es la necesidad y por consiguiente el deber grave que tenemos de recibir el Santísimo Sacramento. Hagamos firme propósito, no sólo de satisfacer dicha obligación, sino de comulgar cuantas veces nos fuere posible, seguros que con esta santa práctica haríamos un finísimo obsequio al Señor y nos perfeccionaríamos en la virtud. No volvamos nuestra vista al *que dirán* de los mundanos, porque nos haremos peores que ellos; antes bien, oyendo á Jesucristo que dice: «Todos los que estéis sedientos venid á la Fuente del Sacramento,» bebamos de esas cristalinas aguas, que purificarán nuestro espíritu, lo sanarán y merecedor le harán de la eterna vida.

EJEMPLO

Para que se entienda la grave necesidad que tenemos de recibir la Divina Eucaristía en la hora de la muerte, y que el Salvador eucarístico oye benigno en todas ocasiones las fervorosas plegarias de los que le invo-

can, cuenta Cesario un caso milagroso acaecido en tiempo del Emperador Federico. Era un soldado de costumbres perversas. Acusado ante el referido monarca, ordenó éste fuese buscado y conducido al patíbulo. Ejecutóse la fatal sentencia según había decretado el soberano, siendo el infeliz reo suspendido de un árbol. Tres días transcurrieron desde que le aplicaron la última pena, y cuando todos le creían difunto, llegó á pasar por aquel lugar un caballero, que se apercibió de las voces que daba el presunto muerto; quiso el caballero retirarse por no verse comprometido con la justicia; mas el ahorcado, levantando más la voz, decía: —No temas, acércate, que soy cristiano y estoy vivo.—Aproximóse el sorprendido pasajero, á quien añadió el soldado:—Entre los muchos crímenes que he cometido en mi vida, tuve una devoción: la de rezar todos los días tres Padrenuestros y Ave Marías á la Santísima Trinidad; cinco á las llagas de mi Señor Jesucristo y un Padre y Ave María en honra del Santisimo Sacramento, que se consagra en todo el mundo, pidiéndole al propio tiempo que en el fin de mi vida no me privase de recibirlo; mas ahora su Divina Majestad quiere hacerme el favor inmenso de que le reciba sacramentado antes de morir; por tanto te ruego me bajes de aquí.—El buen caballero accedió á las reiteradas instancias del paciente, y después de haberle bajado del árbol, se personó, á ruegos del militar, en el pueblo más inmediato, y suplicó al párroco condujese el Santo Viático á un desgraciado que con fervor lo solicitaba. El sacerdote, en cuplimiento de su deber pastoral, se dirigió con la Santa Eucaristía al lugar del suplicio. Confesado el reo, le ministró el Pan de los fuertes; pero, ¡oh milagros de la gracia divina! minutos después el que fué ajusticiado y vivía de prodigio, expiró plácidamente en el Señor.

X

Sobre la frecuencia de la Comunión.

Si dimisero eos jejunos deficient in via.
Si los enviare en ayunas desfallecerán en el camino.

MARC. VIII, 3.

1. En todos los tiempos y en todas las ocasiones la bondad del Altísimo ha brillado de una manera visible en los seres racionales. Á pesar de que el Hijo de Dios ejerce á un mismo tiempo todos sus preciosos atributos, empero el de la justicia y el de la misericordia parece como que se contrabalancean admirablemente, por más que el platillo de la misericordia baja siempre más que el de la justicia, según dijo la Verdad por esencia (1). «Las misericordias de Dios están sobre todas sus obras.» Fijaos si no en la prodigiosa multiplicación de los panes y los peces. Una turba inmensa, ávida de oir la doctrina evangélica, sigue á Jesús, sin acordarse apenas del corporal alimento; por lo cual, el Hijo de Dios, llevado de honda ternura hacia ella, dirígese á sus apóstoles, y les habla de esta manera: «Compasión tengo de esta gente, pues hace tres días que están conmigo y no tienen qué comer; mas si los enviare en ayunas á su casa desfallecerán en el camino.» Ved aquí realzada en todo su bello colorido la gran misericordia de Jesucristo, Señor Nues-

(1) Ps. CXLIV, 9.

tro; y si en Dios el pensar, el desear y el obrar constituyen un solo acto purísimo, Jesucristo, como Verbo del Padre, si en realidad tenía verdadera compasión de aquella muchedumbre, debía terminar ese bondadoso deseo con la obra correspondiente. Con efecto, háceles sentar sobre la verde alfombra del campo, y distribuye entre aquellas cuatro mil personas, sin contar las mujeres y los niños, siete panes y unos pocos pececillos, con los cuales, hartándose todos los presentes, sobraron aún siete espuertas de fragmentos. ¡Milagro singular! ¡portento hasta entonces nunca oído! Mas este ruidoso prodigio es un perfecto símbolo de la no menos pasmosa multiplicación sacramental de Nuestro Señor Jesucristo en diversas especies consagradas y en distintos comulgantes. Si el Salvador puede multiplicar sencillamente siete panes y unos pocos peces, de suerte que abasten y sobren para el sustento de más de cuatro mil individuos, ¿no podrá multiplicar no menos sencillamente sus sagrados Cuerpo y Sangre, de manera que sean suficientes para el espiritual alimento del pueblo cristiano? ¡Ah! la santa Eucaristía, dice la Iglesia (1) es recibida tanto por uno como por mil cristianos, y, recibiendo lo mismo uno que mil, jamás se consume, antes bien queda siempre íntegra, aunque hubiesen de recibirla millones de millones de seres.

2. Pero atented: el asombroso prodigio de la multiplicación eucarística, á más de repetirse diariamente por medio de la sacramental consagración, lo reitera también Jesucristo más particularmente, y sin duda con mayor gusto, en los que participan con frecuencia de su Cuerpo y Sangre. Á medida que el Sacramento es recibido muy á menudo, multiplica Jesucristo en el cristiano comulgante mayor número de veces su Cuerpo Santísimo y con ellas le conserva y le aumenta la vida. Por eso la frecuencia de la Comunión es vida del alma, la engendra, la causa y la lleva adelante con gran exuberancia. Es preciso, pues, que en este discurso me ocupe de la frecuencia de la Comunión, y acerca de la

(1) Secuencia del Corpus.

misma estudie: 1.º *Excelencias y ventajas de la Comunión frecuente*. 2.º *El cristiano que pasa mucho tiempo sin comulgar no puede evitar moralmente los pecados y los vicios.*

§. I.

3. ¿Será excelente la pureza del cuerpo? La respuesta á esta corta pregunta nos la prestan la salud, el bienestar y la decencia que de aquella operación se obtiene. Pues tan excelente es la Comunión frecuente para el alma, puesto que sin ella no hay ni puede haber salud, ni bienestar, ni hermosura espiritual. Vimos en el discurso anterior cuál es la obligación que tenemos de comulgar, y en el presente es indispensable que tratemos de la conveniencia y de los bienes que nos reporta la Comunión frecuente. Allá no pudimos menos de observar que la Santa Iglesia, á la manera de solícita y tierna madre, que ve postrado á su amado hijo, quien ha perdido del todo el corporal apetito, y volviéndose á él le dice:—Mira, toma al menos una cucharadita, un bocadito de este alimento, que te va á gustar;—y juzga al propio tiempo que si aquella cucharada y aquel bocado sustentan débilmente, sin embargo no le son suficientes para reparar sus fuerzas y alcanzar la salud, así también, cuando observa á los cristianos, postrados en el inmundo lecho del pecado, sin apetito ninguno espiritual, se dirige á los mismos y les dice:—Tomad al menos una vez al año la Sagrada Eucaristía,—mas juzga que con esta sola vez, aun cuando satisfagan el precepto pascual, no tienen suficiente alimento para reparar las fuerzas perdidas y obtener salud completa. Debido á esta razón, la Esposa del Cordero, reunida en general Concilio, y asistida de un modo especial del Espíritu Santo, ha declarado que tendría sumo gusto en ver que los fieles comulgasen con frecuencia; en el Tridentino ruega, exhorta y pide por las entrañas de Nuestro Señor Jesucristo que de tal manera se dispongan los cristianos que puedan recibir con frecuencia el Pan Divino (1); y en la se-

(1) Ut panem illum supersubstantialem frequenter suscipere possint. Sess. XIII, cap. 8.

sión XXII manifiesta que recibiría gran placer en que todos los fieles asistentes á las Misas comulgaran, no sólo espiritual, sino también sacramentalmente (1); y si nos remontamos al Concilio de Basilea, notamos con regocijo que esta santa Asamblea dice con textuales palabras que todos los Doctores católicos alaban, aconsejan y amonestan incesantemente al pueblo fiel que comulgue muchas veces el Santísimo Sacramento como cosa sumamente necesaria para la vida del alma.

4. En efecto, si dejamos á un lado, por cosa ya sabida, la autoridad del evangelista que asegura como cosa cierta que en los primeros tiempos de la Iglesia la Comunión era diaria; si relegamos al silencio, por haberlo ya examinado, que efecto de esa Comunión frecuente sucedían rasgos eucarístico-prodigiosos, que difundían por sí mismos la fe y arraigaban las virtudes; y ponderamos únicamente las graves sentencias de los Santos Padres y Doctores, deduciremos que todos ellos, de unánime acuerdo, conspiran á que se reciba el Sacramento santo con frecuencia. S. Basilio afirma que la frecuencia de la Comunión es señal de predestinación á la gloria. Lleguémonos, dice S. Juan Crisóstomo, con tanta alegría á esta Mesa divina, y á los pechos de esta espiritual bebida que como niños de pecho, que jamás dejan la teta, chupemos las gracias celestiales, y uno solo sea nuestro dolor: ser privados de esta comida (2). Lamentábase un día el Salvador á Sta. Gertrudis de los que intentan apartar á las almas de la Comunión frecuente, y le decía: Siendo mis delicias estar con los hijos de los hombres, para los cuales instituí á este fin el Santísimo Sacramento, el que disuade á las almas de recibirme impide mis delicias. Á este propósito solía decir el B. P. Maestro Ávila que los que reprenden á las criaturas de la frecuencia de la Comunión hacen el oficio de los demonios. Debido á esto, Sta. María Magdalena de Pazzis lloraba de sentimiento

(1) Optaret sacrosancta Synodus ut in singulis Missis fideles Sacramentali Eucharistiæ perceptione communicarent. Cap. IV.
(2) Hom. 60.

cuando alguna hermana dejaba por negligencia la Comunión, porque cierto día vió á una persona difunta en el purgatorio que sufría atroces castigos á causa de haber omitido una Comunión por negligencia, y por esta razón exclamaba: Más quisiera morir que faltar á una Comunión concedida por la obediencia.

«¡Oh, exclama S. Alfonso de Ligorio, cuán grandes y continuos progresos hacen, como nos lo prueba la experiencia, en el amor divino, los que con buenos deseos y con el permiso de su padre espiritual frecuentan la Comunión! ¡Cuán admirablemente los va el Señor atrayendo á su santo amor! aunque muchas veces no se lo da á conocer dejándoles en la obscuridad y sin ningún consuelo de devoción sensible, para que se conserven más humildes y resignados. Digan otros lo que quieran, añade el mismo santo, lo cierto es que, generalmente hablando, los monasterios más observantes son aquéllos en que más se frecuenta la Comunión, y en los monasterios las monjas más fervorosas y ejemplares son las que comulgan más á menudo (1).» Otro tanto enseña el gran apóstol de Italia S. Leonardo de Porto Mauricio. «Esta frecuencia de recibir la Sta. Comunión, añade el P. Martínez de la Parra (2), en que está toda nuestra vida, en que estriba nuestra fortaleza, en que nuestro crecer consiste; esta frecuencia que toda la Iglesia la aclama, que todos los Concilios la exhortan, que todos los Santos Padres la persuaden; esta frecuencia que tantas virtudes ha plantado en las almas, que tantos provechos ha adelantado en las virtudes, que tantos individuos ha dado y está dando á Dios, es el punto de nuestra doctrina, el aplauso del cielo, el regocijo de los ángeles y los deseos del Hijo de Dios.» ¿Queremos más excelencias de la Comunión frecuente? ¡Ah! si puede haber alegría verdadera entre amarguras tantas, si consuelo entre las penas, si bienestar entre las dolencias, si gloria entre las desdichas; si podemos tener el cielo en la

(1) Monja santa, párrafo 18.
(2) Plática XI.

tierra, frecuéntese la Santa Eucaristía, que Ella es nuestra mayor felicidad en este mundo.

5. Empero, veamos cuáles son las inmensas ventajas que reporta la Comunión frecuente. Preguntar, dice el franciscano P. Espinosa, si es útil ó necesario acercarse con frecuencia á la Sagrada Mesa, es lo mismo que preguntar si á nuestros cuerpos es necesario y útil el sustento para conservarse y fortalecerse; si es necesario á los árboles el jugo que atraen de la tierra; si es conveniente á las plantas el rocío; si los campos y los prados necesitan de riego; mas si tales cosas son precisas á todo esto, también lo es la Comunión frecuente á las almas (1).» Enseña el citado S. Leonardo (2) que el medio más eficaz para hacerse uno santo es acercarse á menudo á la Mesa de los ángeles; y así dice el V. P. Rodríguez que cuanto más á menudo comulguemos tanta más reverencia y temor tendremos al Señor (3).

Tended, ahora vuestra mirada sobre la superficie del globo; examinad la conducta de las naciones, y de los pueblos, y de las familias, y de los individuos, y notaréis que tienen necesariamente más justicia y moralidad, más tranquilidad y paz, más regocijo y progreso aquéllos que frecuentan devotamente el Santo Sacramento del Altar; y que por el contrario, existen menos garantías de equidad, de orden y seguridad en los que frecuentan menos ó no frecuentan nada la bella Eucaristía: cuanto más se alejan de la Vida divina hay más frialdad en los miembros que deben participar de esa misma Vida; quien está fuera de la Vida eterna se halla dentro de la región de la muerte espiritual; los que se alejaron de Jesucristo, perecieron. He aquí la historia de lo que ha sucedido y de lo que sucederá imprescindiblemente á las sociedades y á los particulares que, comenzando por apartarse de la Comunión, se alejaron al fin del gremio de la Iglesia.

6. Sí; debemos frecuentar la Eucaristía para ser pro-

(1) Sermón VI sobre la Octava del Corpus.
(2) Manual Sagrado.
(3) Ejercic. de perfec., cap. 13.

bos, para ser justos, para ser santos; siendo ésta la inmensa ventaja que obtenemos de la percepción frecuente del Sacramento. «Si los mundanos te preguntan, dice S. Francisco de Sales, ¿por qué comulgas tan frecuentemente?, respóndeles que por aprender á amar á Dios, por purificarte de tus imperfecciones, por librarte de tus miserias, por consolarte en tus aflicciones, por fortificarte en tus flaquezas. Diles que dos suertes de personas deben comulgar á menudo; los perfectos porque estando bien dispuestos harían mal si no se llegasen al manantial y fuente de perfección, y los imperfectos para poder juntamente aprender la perfección; los fuertes para no venir á ser flacos y los flacos para hacerse fuertes; los enfermos para verse sanos y los sanos para no caer enfermos (1).» Ved de qué manera una Comunión frecuente santifica al cristiano; ved cómo le proporciona tantas virtudes y mercedes tantas. Debemos, pues, comulgar con frecuencia para hacernos santos; no es menester ser santos para comulgar con frecuencia, que éste es el escollo en que tropiezan muchos incautos, y la excusa que dan los negligentes para no acercarse á menudo á la Comunión.—Yo debiera ser santo—exclaman. Pero, ¡desdichados! si esto fuera cierto, ni los mismos ángeles, con ser tan limpios de pecado, tendrían suficientes disposiciones para recibir, cual merece, á Jesucristo. Justamente, si fuéramos santos ni tendríamos tanta necesidad de la Comunión, ni Jesucristo nos amonestara y hasta nos obligara á su recepción frecuente; nadie es tan santo que no tenga faltas, y esa santidad de que tanto habláis únicamente se encuentra en el paraíso. Precisamente porque no somos santos debiéramos comulgar con frecuencia. «Venid á mí, dice el Señor, todos los que estáis trabajados con la fatiga, y oprimidos con la miseria y el dolor, que yo os aliviaré (2). No son los sanos los que necesitan del médico sino los enfermos (3).» No tiene necesidad de luz el que ve, ni de guía el que conoce el camino, ni de co-

(1) Introducción á la vida devota, part. 2.ª, cap. 21.
(2) Math. XI, 28.
(3) Math. IX, 12.

mida el que está harto, sino respectivamente el ciego, el ignorante y el hambriento. «Yo, añade S. Ambrosio, debo recibir siempre el Pan celestial para que se me perdonen los pecados; yo que siempre peco, debo siempre tener la medicina á la mano (1).» Cierto día habló el Señor á una religiosa que temblaba de acercarse á la Comunión, porque creía no ser justa, y le dijo estas palabras: ¿Qué, huyes de mí, amadísima mía? Ea, aliéntate, llega con confianza á la Omnipotencia del Padre para que te confirme, á la Sabiduría del Hijo para que te alumbre y á la Bondad del Espíritu Santo para que tranquilice tu corazón (2). No importa, añade el doctor seráfico, no importa que te encuentres tibio; llégate con confianza, fía en la misericordia del Señor, porque á Jesús se debe recibir más por amor que por temor (3). Enseña el Angélico que el que supiese por experiencia que con la comunión frecuente se le aumenta el fervor del alma y no se le disminuye la reverencia al Sacramento debería comulgar todos los días (4).

3. Si, pues, por medio de la frecuente Comunión hallamos el tesoro de la santidad, deberíamos todos los cristianos, aun los más atareados en sus particulares negocios, comulgar con frecuencia. Esto es muy lógico. Por esta razón no titubeaba en afirmar el dulcísimo obispo de Ginebra: «Los que no tienen muchos negocios mundanos deben comulgar á menudo porque tienen la comodidad, y los que tratan negocios de la tierra porque tienen necesidad, y los que trabajan mucho y están cargados de penas deben comer viandas sólidas y frecuentes.» Lástima que un consejo tan sabio no esté impreso en la mente de todos los cristianos. Siendo S. Francisco de Sales tan benigno, suave y complaciente para con toda clase de personas, sin embargo, á nadie, incluso á los mismos negociantes en grande escala, exceptúa de comulgar á menudo. Es que la Comunión frecuen-

(1) Lib. IV de Sacram., cap. VI.
(2) Haut., núm. 602.
(3) Lib. de proces. relig., cap. 21.
(4) In 4 sent., dist. 2, q. 3, art. 1.

te otorga la vida, la salud y la hermosura espiritual á los hijos de Jesucristo.

§. II.

8. Mas el cristiano que pasa mucho tiempo sin comulgar, moralmente no puede evitar los pecados y los vicios, como tampoco puede practicar debidamente las virtudes cristianas. Es ésta una verdad harto conocida de los profesores de nuestra Religión augusta y que por eso mismo debieran aplicarse con insistencia á la práctica frecuente de la Comunión. Á no ser por especial privilegio divino, que no se concede ordinariamente, sin la recepción frecuente del Santísimo Sacramento, es imposible evitar los pecados y los vicios. En primer lugar:

Por la propensión de nuestra naturaleza al mal. El hombre, por bueno que se le suponga, está siempre inclinado á obrar el mal en la presencia de Dios; si alguna vez deja de obrarlo es porque un dique fortísimo, superior á sus fuerzas, detiene el furioso ímpetu de las pasiones y le conserva en el bien. «Veo otra ley en mis miembros, dice el Apóstol, que contradice á la ley de mi voluntad y me lleva esclavo á la ley del pecado, ley que está en mis miembros; mas si algo me ha de librar de esta propensión de mi naturaleza es la gracia de Nuestro Señor Jesucristo (1).» «¿En qué consiste, pregunta el Agustino, que el hombre, asistido sólo de sus fuerzas naturales se hace débil y perece, pero unido á Dios se hace fuerte y se opone con valor y hasta es temible á todos sus enemigos invisibles?» Y se contesta él mismo: «Consiste en que Dios es perpetuo bien, y este bien es un acto puro que no puede crecer y disminuirse; la criatura es un bien dependiente y participado que puede crecer y destruirse.» Ved por qué para caer del pedestal de la gracia divina y para arruinarse en la miseria moral no se necesita más impulso que el de la propia naturaleza humana, mientras que para crecer y para sostenerse en la virtud y en la gracia san-

(1) Ad Rom. VII, 23.

tificante es absolutamente indispensable el apoyo y el auxilio de Jesucristo.

9. Y este auxilio y este apoyo lo concede gratuitamente el Salvador mediante los sacramentos, y especialmente por medio del Sacramento Santísimo, canal de la gracia divina y la gracia divina misma; tónico específico que destruye temporalmente la causa morbosa de la concupiscencia, como es al propio tiempo tónico corroborante que abre el apetito espiritual y da fuerzas al alma para que se sobreponga á sus pasiones. Es la Sagrada Comunión un verdadero atemperante que calma la excitación de los malos deseos y de las malas inclinaciones del espíritu. Por todas estas razones le conviene al cristiano comulgar con frecuencia. Es cierto que cuando éste comulga con las disposiciones debidas, entra Jesús en él y le derrama innumerables dones, suficientes para resistir por tiempo determinado el furioso embate de los sensuales apetitos; pero que pasado este tiempo, y ayudado de su misma tibieza, queda de nuevo á merced de las olas tempestuosas de las pasiones; entonces, si no recibe de nuevo á Jesucristo, cae con harta facilidad y como naturalmente en los mismos defectos en que antes se precipitara.

10. Los enemigos personales que por todas partes nos acechan influyen poderosamente para que el cristiano que no comulga con frecuencia no pueda evitar los vicios. Con mil bellos anzuelos que nos arrojan continuamente los espíritus malos, con otros tantos dorados lazos que nos preparan á todas horas los mundanos, con las bonitas proposiciones que nos ofrecen diariamente los adversarios de la Fe, ¿qué ha de hacer la criatura sin Dios? ¿cómo ha de resistir varonilmente, abandonada á sus propias fuerzas? ¿qué esperanzas tiene de la victoria el pigmeo David. desprovisto de la buena honda que le es indispensable para matar al fiero Goliat, el cual preparado está con tremenda y afilada espada? Católicos: si no os atreveríais, desprovistos de armas, á pelear contra vuestros enemigos, antes bien, si posible fuese las llevaríais más poderosas que las suyas: ¿os atreveréis á luchar contra vuestra carne indómita á la que jamás quizá

habréis sujetado, ó si lo habéis realizado ha sido mediante la Eucaristía? ¿Osaréis lidiar con el terrible ejército de espíritus infernales sin contar con las armas de Jesucristo Sacramentado? ¿Intentaréis oponeros al mundo que tiene mil trazas con que envolveros en sus finas redes? Necios á más no poder son aquellos soldados que se presentan sin armas en el campo de batalla; temerarios, inconsecuentes por cierto, porque sin examinar sus fuerzas se disponen á perecer; pero mucho más necios, inconsecuentes y temerarios son aquellos cristianos que sin las armas eucarísticas pretenden arrostrar los obstáculos que se oponen á la vida del espíritu. Sí; el Pan de los fuertes es la poderosa arma de la que se valieron los primitivos cristianos y los mártires y los anacoretas y los confesores y las vírgenes para desafiar sus enemigos y librar la cruda batalla á sus almas. Sin esa divina arma, el cristiano se sumirá en el pecado y jamás saldrá del abismo del vicio. Ojead la historia y notaréis cómo toda suerte de herejes empezaron su funesta tragedia por ausentarse de la Sagrada Mesa; que para negar al fin á un amigo el mejor medio es separarse de su lado y no frecuentar su compañía. Recordad que Lutero y Enrique VIII establecieron su pretendida Reforma, comenzando primero por no comulgar, luego por separar á los fieles de la participación sacramental, y finalmente por negar y blasfemar del dogma eucarístico. Mas, ¡ay! si estos horribles monstruos fueron en un principio ardientes defensores de la Fe Católica, porque la alimentaban con los nutritivos principios de la Eucaristía, y al separarse de Ella cayeron rodando en el abismo, ¿cómo nos libraremos nosotros de la caída si no frecuentamos la Comunión?

II. Obrando la Santa Eucaristía en el alma lo que el manjar terreno en el cuerpo, dicha semejanza nos enseña que el católico que no comulga á menudo no puede evitar los pecados. En efecto; nadie, por estólido que se le suponga, deja para el día siguiente la comida perteneciente al día de hoy; nadie, en consecuencia, deja de comer una semana para restablecerse en otra; nadie, por fin, afirmará que basta co-

mer una vez al año ó al mes para sustentarse; y sin embargo, ¡qué lógica! siendo la santa Eucaristía eficaz mantenimiento del alma, ¿bastará que sea recibida una, dos ó tres veces al año? ¿Creéis, acaso, que este argumento es efímero? ¿Creéis que es hijo del fervor indiscreto, ú originario de un discurso ligeramente premeditado? Oid á la Verdad eterna que dice: «El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo; y en verdad os digo que si no comiereis mi carne y bebiereis mi sangre no tendréis vida en vosotros;» y nos consta que la vida espiritual se extingue muchas veces al año; luego otras tantas por lo menos es necesaria la Santa Eucaristía á fin de recobrar aquellas fuerzas vitales. Luego, ¿qué fundamento tienen aquellos malos ó negligentes católicos que no les da rubor de propalar:—basta que comulge una vez al año para ser buen cristiano?—Quisiera yo que el desdén con que tratan á su alma lo aplicaran á su cuerpo. Si comulgan una sola vez al año, ¿por qué no comen también al año una sola vez?

12. Por alguna razón ordenó Cristo Nuestro Señor le pidiésemos el pan sobresubstancial todos los días. Los autores están conformes en que el pan á que se refiere el Salvador en la oración dominical es más principalmente el de la Eucaristía; por lo menos puede deducirse en un sentido más elevado. Al preceptuar, por consiguiente, que solicitemos diariamente este divino Pan es porque todos los días tenemos suma necesidad de Él; por esto dice S. Ambrosio que si la Eucaristía es Pan cotidiano debemos recibirla todos los días á fin de que diariamente nos aproveche. Por manera que el que no comulga, pudiendo, frecuentemente, con dificultad podrá llevar una vida exuberante que pueda resistir los agentes morbosos de la tentación; el que apenas comulga una ó dos veces al año, por lo general, esta Vida celestial de que hablamos, habrá huído de él; ese individuo estará en la muerte. Y estando en las regiones de la muerte, ¿cómo podrá practicar debidamente las virtudes cristianas?... Los ojos de un cadáver, aun recién difunto, no tienen brillo ninguno, están empañados con el sombrío

velo de la inexorable parca; si se abren, quizá por la rigidez cadavérica, son impotentes para mirar. ¡Ah! las virtudes del católico que rara vez comulga (legítimos ojos del alma por donde ésta exhibe sus operaciones) empañadas con el negro velo de la culpa no tienen, no, el barniz que les da la acción divino-eucarística; son impotentes para merecer ante Dios, y para captarse las simpatías del espíritu humano en orden á la eternidad.

¡Buen Dios, que desde las alturas del Sagrario te manifiestas al mundo con los hermosos destellos de tu luz y de tu amor! Que un rayo de esa luz divina penetre en nuestras inteligencias para iluminarlas, y que otro rayo de tu inextinguible amor atraviese nuestro frío corazón para que aprenda á amarte como Tú quieres y es nuestro deber. Amén.

EJEMPLO

«Como el espejo de Arquímedes, que reuniendo en un vivísimo foco el fuego de la bóveda celeste, lo despedía más adentro de los mares é incendiaba las flotas de los enemigos, así puede decirse que desde la santa Eucaristía se desprenden las llamas del divino amor y con ellas abrasa la tierra. De ahí los prodigios de amor en el corazón de los hombres que adoran á Jesucristo; de ahí esas legiones de mártires, de apóstoles, de confesores, de vírgenes y de santos de ambos sexos.

«Un príncipe protestante decía á un católico:—Yo no me explico la incontestable ventaja de vuestras hermanas de la caridad sobre nuestras enfermeras; las vuestras son abnegadas y perecen movidas de fuego sagrado para cumplir su piadoso oficio; las nuestras carecen de celo y siempre se nota su espíritu mercenario y egoísta.—Varias razones podrían explicar esa diferencia, le contestó el católico; pero ésta sola es suficiente: nuestras hermanas de la caridad *reciben con frecuencia la santa Eucaristía;* en ella aprenden la abnegación y el sacrificio, y sostienen la debilidad natural con la gracia del Sacramento.

Cuando el viajero que recorre el Egipto ve entrelazarse las datileras con los cedros, sicomoros y olivos, en las campiñas donde se hacen dos ó tres cosechas al año, admirado de la feracidad de aquellas florestas, pregunta la causa de tan exuberante vegetación, el egipcio, con noble orgullo, le señala el río Nilo, y le dice: Cada año hay una estación en que, desbordándose el río, pasa por sobre las barreras que forman su cauce é

inunda todos los campos de Egipto. Se retira después y deja la tierra cubierta de fecundo limo: he aquí el manantial de nuestras riquezas...; así, cuando se pregunta á la Iglesia la causa de ese rico tesoro de virtudes que germina en las almas, responde, como los egipcios, señalando el tabernáculo: he ahí la fuente de todo lo grande que hay en el Cristianismo.» *Ortúzar, Catecismo explicado en ejemplos.*

XI

La Comunión diaria es el medio más conveniente y oportuno para que el cristiano de todos los tiempos obtenga su último fin.

Erant autem perseverantes... in communicatione fractionis panis.

Y ellos perseveraban en la comunicación de la Fracción del pan.

Act. II, 42.

1. Perplejo vengo á ocuparme de un asunto en extremo delicado, tanto más delicado cuanto que de su aplicación más ó menos recta depende también que su éxito sea más ó menos seguro. La Comunión diaria para los fieles, y durante los tiempos que atravesamos, es una cuestión de una conveniencia tan grande, de una trascendencia tan importante, pero de una aplicación al mismo tiempo tan dificultosa, que á no ser por las últimas y recientes disposiciones pontificias, que abren nuevos y claros horizontes al porvenir, no podría el teólogo llegar á explicar con acierto. Una de esas prácticas santísimas que se relaciona con la eternidad y el tiempo, con la santidad perfecta y las fuertes pasiones humanas, con la necesidad y la libertad de emplearla, la Comunión diaria precisa que la miremos con respeto, que la deseemos con afán, y que la tratemos santamente. ¡Cuán difícil es acertar al mismo tiempo en todos estos extremos!

El enfermo que arde en acentuada calentura ha perdido casi totalmente el apetito; conoce, empero, que el alimento le es preciso para vivir, y que este alimento, aunque en poca cantidad, debe tomarlo con frecuencia á fin de que sus

fuerzas no acaben de agotarse. ¿Qué es lo que hará? El viajero que necesita pasar allende los mares para terminar un negocio de importancia, teme sin embargo ante las tempestades del mar y los vaivenes del barco; mas ¿por qué se resolverá? Aquél, frente á su repugnancia de todo lo que sea comida, optará por tomarla con frecuencia, aunque discretamente; éste, á pesar de no gustarle los trabajos inherentes á un viaje marítimo, se resolverá por llevarlo á cabo. Ante la utilidad y la necesidad, debemos sacrificar el capricho y la fatiga; y esto mismo conviene predicar al cristiano de nuestros tiempos frente á la necesidad que siente por la frecuencia de la santa Eucaristía, alimento que fortalece y extingue toda calentura de las pasiones, y nave recomendable para poder trasladarnos sin temores allende los confines de este mundo.

Sin embargo; por eso mismo que la Comunión diaria es difícil, siendo utilísima, con objeto de obtener ventajosos resultados de su recta aplicación, nos conviene ahondar en su estudio, para cuyo efecto pongo á vuestra consideración la proposición siguiente: *La Comunión diaria es el medio más conveniente y oportuno para que el cristiano de todos los tiempos obtenga su último fin.*

§. I.

2. Trasladaos por un momento con vuestra mente á los primitivos tiempos de la Iglesia, á aquellos tiempos de lozanía cristiana, en que los fieles en general no se olvidaban de retratar sobre sí propios al Crucificado. ¿Qué es lo que observamos? Si con las actas apostólicas en la mano entramos en los domicilios particulares, ó nos internamos en las sombrías necrópolis, ó visitamos alguna capilla rústica, veremos que el bíblico libro no nos engaña al afirmarnos que los fieles perseveraban en la percepción diaria de la santa Eucaristía. Allí, sobre aquellos fríos é incómodos pavimentos sagrados encontraremos á centenares de seguidores de Cristo que de rodillas, con los brazos extendidos, la cabeza algo elevada, y cantando salmos é himnos

al unísono, esperan todas las mañanas, ó bien todas las noches á que el presbítero les muestre la sagrada Hostia y la deposite sobre su lengua, purificada con el carbón de la contrición sacramental, mucho mejor que lo fué la lengua de Isaías con el carbón angélico.

El cristiano de toda condición y sexo en los primeros siglos, no podía pasar sin la Comunión diaria; si los futuros mártires la necesitaban para no sucumbir ante los crueles verdugos, no menos la necesitaban los demás fieles para poder repeler las tentaciones de sus terribles adversarios. La diaria Comunión había pasado de costumbre devota á ley estrechísima, tanto más cuanto que la Iglesia animaba á los suyos á ser fuertes en todo momento con el Pan del cielo. Después de los tres primeros siglos de comunión diaria, por más que el fervor religioso se resfriase un tanto, la Iglesia prosiguió enseñando la misma doctrina sobre el uso del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo.

3. En efecto: S. Ambrosio, para estimular al cristiano á que comulgue con frecuencia, dice: «Vive de tal manera que merezcas y puedas recibir todos los días la santa Eucaristía» (1). S. Basilio añade que no menos bueno y fructuoso es participar todos los días del Cuerpo y de la Sangre del Señor (2).

Sto. Tomás de Aquino escribe lo siguiente: «Acerca del uso de este Sacramento deben considerarse dos cosas: una de parte del Sacramento y otra del que comulga. Respecto al Sacramento, siendo su virtud saludable á los hombres, es muy útil recibirlo todos los días; respecto al comulgante necesita éste acercarse á la divina Mesa con grande devoción y reverencia; mas como repetidas veces, en muchos hombres ocurren muchos impedimentos de esta devoción, efecto de la indisposición del alma ó del cuerpo, resulta que no es útil á todos los hombres recibirlo todos los días» (3). «Si me preguntáis, añade S. Buenaventura, si por ventura conviene

(1) Lib. IV de Sacram., cap. IV.
(2) Epist. ad Cæsaream Patriciam.
(3) 3 pars. q. 80, art. 10.

mucho frecuentar la Eucaristía os responderé que si uno se encontrase tan fervoroso como los cristianos de la primitiva Iglesia, sería loable que comulgase todos los días; si se hallase como los hombres mundanos de nuestros días, á saber: frío y tardo en el servicio de Dios, sería de alabar que comulgase raras veces; mas si fuere ni como éstos ni como aquéllos y quisiera aprender á tener reverencia y devoción convendría que comulgase algunas veces (1).» Esta regla, con poca diferencia, han adoptado los posteriores doctores y maestros eclesiásticos. Así, el doctor Henno (2) establece dos proposiciones, la primera de las cuales enseña que atendida la naturaleza del Sacramento es muy conveniente que los seglares comulguen todos los días á fin de que lleven la vida de Cristo; declarando en la segunda proposición que, atendido al estado presente de los cristianos en los cuales se entibia muchas veces la caridad y abunda la iniquidad, no conviene, común y ordinariamente hablando, que los seglares participen del Sacramento diariamente.» Sin embargo, el Catecismo Romano, explicando el deseo del Concilio Tridentino, enseña que el párroco debe aconsejar diligentemente á los fieles la comunión frecuente, no cualquiera, sino la diaria, con la obligación de instruirlos, que así como el cuerpo, también el alma necesita de diario alimento (3).

Mas he aquí lo que enseña S. Alfonso María de Ligorio. «No puede de ninguna manera el director sin escrúpulo negar la comunión frecuente, aún la cotidiana á las almas que la desean con el fin de aprovechar en el amor divino, con tal que ellas vivan ajenas de cualquier afecto al pecado venial y tengan además mucha oración mental, deseen fervorosamente aspirar á la perfección y no cometan ningún pecado venial deliberado, y si lo cometieran alguna vez y se arrepintieran de él en la primera confesión deberían seguir comulgando diariamente. Esto no importa que alguna vez el director por probar en la obediencia ó humildad á seme-

(1) 4, dist. 12, p. 2, q. 3.
(2) De Euchar., Disp. IX, q. XI.
(3) Núm. 150.

jantes almas les niegue un día entre semana la Comunión. Empero, si después de algún tiempo que comulgan diariamente viera que no aprovechan en el camino de la perfección ni se enmiendan de las culpas veniales deliberadas, ó tienen vanidad en la vista, oído ó en el vestir se les ha de restringir el número de veces hasta que seriamente se enmienden; por lo demás, basta que se acerquen al Sacramento con gran devoción, la cual no es necesario que sea suma y sensible (1).»

4. Esta participación diaria del Cuerpo de Jesucristo es asimismo una señal inequívoca de predestinación á la gloria. Con efecto: S. Cipriano, S. Cirilo y S. Isidoro enseñan que así como es conjetura y demostración de la salvación el frecuentar el Santísimo Sacramento y recibirle con afición, porque es comenzar á gozar de Dios en este mortal destierro, así también es gran señal de condenación no tener afición á recibirle y frecuentarle á menudo, pues el que así lo ejecuta comienza en esta vida á separarse de Dios por su propia voluntad, y por este motivo no le hará su divina Majestad luego agravio en apartarle de sí eternamente, pues él lo comenzó á verificar primero.

El V. Franciscano de Yepes pronunció sobre este asunto una frase tan hermosa como verdadera, siendo ella la clave de la doctrina que sustentamos.—«El que á Dios se llega, dijo, sus condiciones le pega.»—Y á la verdad, cuanto más nos lleguemos á Jesucristo tanto más identificados con Él estaremos. Siendo otros cristos en las operaciones, nuestra gloria futura, así como la de Jesucristo, es segura; he ahí por qué el comulgar diariamente, si no faltan las disposiciones debidas, es una señal inequívoca, una garantía preciosa de predestinación al cielo.

§. II.

5. Por más que el sentir de toda la Iglesia fuese, en el asunto que ventilamos, que los fieles comulgasen diariamente, hay que convenir que la disipación de los cristianos, uni-

(1) Prax. conf., núm. 152.

da á los grandes esfuerzos del infierno por apartar á aquéllos de la sagrada Mesa, determinaron un parcial eclipse en una práctica tan útil y recomendable. De una parte los efectos de la reforma luterana, que aniquilaron casi por completo la fe en los países infestados por ella, y la aparición de los hipócritas jansenistas de otra, que extremaban las disposiciones, haciéndolas mayores y más difíciles para poder recibir á Cristo Sacramentado, dieron por resultado que se tuviese por dignas de participar diariamente de la Eucaristía á muy pocas personas. Se llegó hasta á excluir de la frecuente Comunión á clases sociales enteras, como á los comerciantes y casados: á casi todos los fieles. Como un extremo se halla muy cerca de su contrario, muchos de los opositores de los impíos jansenistas abrazaron la opinión contraria, perjudicial también, ya que se apartaba de la tradición católica. Considerando, en efecto, como prescripta por derecho divino la Comunión diaria, sostenían que debía recibirse todos los días, incluso el Viernes santo, y de hecho la ministraban. La Santa Sede (1) no pudo por menos de acudir al remedio del doble mal, ya que si el uno torturaba las conciencias, el opuesto hacía odiosa la frecuente Comunión. Sin embargo, no por semejantes providencias cesaron las terribles contiendas. De una y otra parte se acumulaban argumentos más ó menos especiosos hasta que esta misma Santa Sede, en nuestros días, suplicada con reiteradas instancias por hombres ilustres y piadosos, pensó poner coto á tantas sinrazones.

6. Ordena, en efecto (2), *se dé libertad á todos los fieles cristianos de cualquier clase y condición que sean para comulgar frecuente y hasta diariamente con tal que estén en gracia y tengan piadosa y recta intención* (3). *Esta intención consiste en que se lleguen á la Sagrada Mesa, no por fines terrenos, sino por agradar á Dios y unirse más con Él* (4). Con tal que al acto de la Comunión *pre-*

(1) S. Cong. C., 12 Feb. 1679.
(2) S. Cong. C., 20 Dic. 1905.
(3) Art. 1.º.
(4) Art. 2.

ceda cuidadosa preparación y la siga *conveniente acción de gracias* (1); con tal que *se esté limpio de pecado mortal y se tenga propósito de nunca más pecar* (2); con tal que, en último término, acompañe á la frecuencia de la Comunión *el consejo de prudente confesor, quien tendrá cuidado de no alejar de la participación frecuente á los que estén dispuestos* (3), según se ha expresado, puede haber seguridad que se recibe con fruto el Santo Sacramento. Á continuación el Santo Padre, con objeto de que se promueva la Comunión diaria, ordena á los *párrocos, confesores y predicadores, exhorten con repetidas instancias al pueblo cristiano á la práctica de tan piadosa y saludable costumbre* (4); y á los superiores de las Congregaciones Religiosas y de los Seminarios *se fomente en sus respectivas casas de piedad* (5); y á los escritores eclesiásticos, finalmente, *se abstengan en lo sucesivo de toda contenciosa discusión acerca de las disposiciones para la frecuente y diaria Comunión* (6).

3. Nuestro Santísimo Padre Pío X no se ha contentado con formular las disposiciones anteriores. Á fin de que se observen no sólo en virtud del deber respectivo, sino con objeto de estimular más y más á su exacto cumplimiento, ha otorgado una gracia muy especial y extraordinaria. En efecto: Clemente XIII (7) concedió que pudieran ganar cualesquier indulgencias, sin la confesión actual, todos los fieles cristianos que, deseando purificarse por la confesión frecuente, la practicaran, á no estar legítimamente impedidos, al menos semanalmente, si continuaban en gracia de Dios desde esta última confesión. No haciendo, sin embargo, innovación alguna acerca de las indulgencias del jubileo, ordinario ó extraordinario y otras á manera de jubileo, para cuyo logro debe hacerse la confesión sacramental en el tiem-

(1) Art. 4.°.
(2) Art. 3.°.
(3) Art. 5.°.
(4) Art. 6.°.
(5) Art. 7.°.
(6) Art. 8.°.
(7) S. C. Indulg. 9 Dic., 1763.

po prescripto en su concesión, así como las demás obras señaladas. Mas, nuestro actual Pontífice Q. D. G., concede que puedan gozar de este mismo indulto todos los fieles cristianos que acostumbren á comulgar todos los días en estado de gracia y con pureza de intención, aunque se abstengan de practicarlo algún día que otro de la semana, sin la obligación de la confesión semanal (1). Este privilegio es por demás grande y ventajoso, ya que nos abre el camino para poder acarrear innumerables bienes espirituales tanto á favor nuestro como de nuestros hermanos difuntos.

8. En vista, pues, de las reflexiones que acabo de haceros, ¿quién no sacudirá su habitual desidia y correrá presuroso á las gradas del altar para participar con frecuencia del Santo de los santos? ¿Quién no pospondrá innumerables ocupaciones inútiles y perjudiciales, ó al menos no precisas actualmente, á la frecuencia de la santa Comunión? Todo está en resolverse varonilmente. No se tiene ya costumbre de comulgar, porque tampoco se tiene ya costumbre de oir la Misa diaria; y no se frecuenta la Misa diaria porque se frecuenta el café y la plaza, ó se alargan las horas de un sueño innecesario y á veces perjudicial. Demos menos al mundo y más á Dios; menos al cuerpo y más al espíritu; menos al alma embrutecida con tantos vicios de la época, y más al espíritu dignificado con el uso frecuente del Sacramento Santísimo. ¿Qué importa que no sigamos la corriente del día, cuando esta corriente afloja la bolsa, enerva el cuerpo y extingue las energías del espíritu? ¿Qué importa que no sigamos la corriente del día, cuando esta corriente lleva necesariamente á un abismo de males temporales y eternos?

Jamás disuadamos á ningún católico de la Comunión frecuente, como no tengamos causa grave para ello. Disuadir á los demás de esta santa práctica es más que hacer el oficio de tentador diabólico, es apartar á las ovejas de su pastor, es alejar á los fieles de su Dios. La abadesa de la reli-

(1) S. Cong. Indulg., 14 Febrero, 1906.

giosa Sta. Lutgarda negó á esta bienaventurada la Comunión frecuente; pero el Señor permitió que en el mismo momento fuese acometida de una grave enfermedad que cesó en cuanto retiró el precepto (1). Tengamos en cuenta que Jesucristo muestra mucho celo por los que le reciben á menudo, y siente en extremo que después se entibien éstos mismos en el fervor; por esto se refiere de Ammona, varón muy santo, que, celebrando una vez Misa, vió á un ángel que estaba á la parte derecha del altar apuntando los nombres de los que acudían á comulgar; pero que borraba los de aquéllos que tenían costumbre de llegarse todos los días y que aquella mañana no se habían acercado (2).

¡Vida de nuestras almas, dulce Jesús Sacramentado! Nos quejamos de nuestras miserias, de nuestra flaqueza, de la agonía lenta que consume nuestra espiritual existencia; pero ciertamente nos quejamos porque no acudimos á Vos, fuente de vida, en el Sacramento. Reconocemos nuestra cobardía, y os pedimos fuerzas para sacudirla, firme voluntad para comulgaros con frecuencia, al objeto de recibir las gracias suficientes para amaros cual conviene en este destierro, ya *que la Comunión diaria es el medio más conveniente y oportuno para que el cristiano de todos los tiempos obtenga su último fin.*

EJEMPLO

Eran dos estudiantes, muy devotos, que estaban conferenciando cierto día sobre el horrible trance de la muerte; luego concertaron entre sí que el que de los dos muriera primero, si Dios lo permitia, daría cuenta de su estado al que sobreviviera. Á poco tiempo falleció uno de los dos amigos, quien, á los diecisiete días de difunto, se apareció al compañero, el cual le preguntó sobre su actual estado.—Por la misericordia de Dios, respondió el fallecido, estoy en estado de salvación y gozo de los bienes eternos del cielo.—Á lo cual repuso aquél:—Dime, hermano, ¿en qué agradaste más á Dios cuando vivías en la tierra?—y éste añadió:—En frecuentar los Sacramentos y procurar cuando comulgaba ir con mucha devoción y limpio de toda culpa.—Al tiempo que yo expiré (terminó diciendo) murieron también cinco mil personas de las cuales sólo se salvaron tres y el que habla contigo.

(1) Surio, tom. 3, á 6.
(2) Paladio, Hist. de los S.S. Padres, cap. 72.

XII

Sobre los pretextos para dejar de comulgar con frecuencia.

Rogo te habe me excusatum.
Te ruego me tengas por exceptuado.
LUC. XIV, 19.

1. «Bienaventurados los que han sido llamados á la cena de las bodas del Cordero (1).» He aquí las bellas frases del amado evangelista con que nos significa elocuentemente el inenarrable gozo que se experimenta en las eternas bodas del paraíso; frases que, convertidas al místico sentido, denotan con evidencia la felicidad incomparable de los cristianos invitados á la Mesa eucarística. Pero, ¡qué desgracia! á pesar del gozo y de la dicha inefables que adquiere el pueblo católico; á pesar de los invaluables bienes que obtienen los hijos de Dios con participar del Banquete sagrado, hay, no obstante, muchísimos cristianos que se excusan de asistir á él. *Et cœperunt simul omnes excusare* (2). El mismo Redentor, sentido sin duda de menosprecios tales, pone de realce, mediante una hermosa parábola, como todas las suyas, los pretextos que dieron los invitados á la Cena eucarística. Un rico señor, dice, preparó una gran cena y convidó á muchos amigos, á quienes envió emisarios para que tuvieran conocimiento del día y de la hora en que se había de ce-

(1) Apoc. XIX, 9.
(2) Luc. XIV, 18.

lebrar el regio convite; pero á medida que éstos anunciaban á aquéllos el deseo del Padre de familias comenzaron todos á pretextar frívolas causas. Quién decía que había comprado una hermosa granja y tenía prisa por verla; quién alegaba haber ajustado cinco yuntas de crasos bueyes y deseaba probarlas; quién, finalmente, añadía haber tomado aquella mañana estado y no podía asistir. Los mensajeros dieron exacta cuenta al Padre de familias quien, fuertemente irritado, ordenó inmediatamente á sus criados saliesen á los caminos y á las plazas, y forzasen á entrar en el banquete á los pobres y á los lisiados, á los cojos y á toda suerte de infelices, asegurando que los que se excusaron de asistir al rico banquete jamás probarían de él.

2. Y qué, ¿no es acaso esta parábola un bello símil de lo que sucede en el orden de los Sacramentos, al invitar Jesucristo á los hombres para que coman de su celestial Convite? El divino Salvador, en efecto, ha enviado ministros evangélicos para convidar á sus amigos á la Cena eucarística; pero, ¿cuántos á causa de sus bienes temporales, ó por meros caprichos, ó por puras bagatelas, ó por necias opiniones, ó por continua desidia ó malicia refinada dejan de asistir á las bodas eucarísticas, ocupando, en castigo, su lugar otros seres, quizá más desdichados que ellos en el tiempo, pero á quien el opulento Señor de la gloria ha congregado para que disfruten con Él en el banquete, dejando á los demás puertas afuera y respondiéndoles cuando le han llamado: No os conozco? Teman estas funestísimas consecuencias todos aquellos católicos que alegan pretextos para dejar de comulgar con frecuencia, porque Jesucristo Señor Nuestro es muy celoso, y abandona generalmente á los que le son ingratos.

Con objeto, pues, de pulverizar todo género de achaques que presentan los que no aman de veras á Jesucristo, distribuiré el presente discurso en tres partes, ocupándome en las dos primeras acerca de los *Pretextos que toman por base los bienes temporales y los espirituales, y estudiando en la tercera algunos necios pretextos.*

§. I.

3. —He comprado una granja y necesito ir á verla. Así responden poco más ó menos centenares de católicos á los avisos del sacerdote cuando les habla de la Comunión frecuente.—Mis negocios, dicen, mis intereses, mis cuidados temporales son en tanto número que no me dejan tiempo para comulgar á menudo.—Por desgracia, en nuestros días espanta la sed de oro; esta sed es un cáncer tan general que corroe á casi todos los hombres; la codicia es un centinela armado que está en todas partes; en nada sagrado se mira, en ninguna cosa ilícita repara; tanto el comerciante como el industrial y el agricultor no pretenden más que amontonar géneros, y sobre los géneros el dinero, idolillo vano ante el que se postran y agasajan; si á esto se añade que las autoridades llamadas á imponer orden no se oponen á que se trafique y trabaje en domingos y días festivos, ¿qué comerciante, qué industrial, qué labrador podrá dedicar un rato á la oración, al examen y confesión de sus culpas, á la Comunión, á la Santa Misa, al cumplimiento exacto de sus deberes religiosos?

Mas sus pretextos son irrazonables; los preceptos de Dios deben anteponerse á las exigencias, ó á los caprichos humanos; y caprichos y exigencias humanos son acaudalar neciamente para que en día no lejano se disipen los tesoros de entre las manos. En el duro trance de la muerte se verá que la codicia no es más que una farsa solemnísima. Oigan, lo que en esta materia decía el dulcísimo S. Francisco de Sales: «Los que tratan negocios de la tierra deben comulgar á menudo porque tienen necesidad, y los que trabajan mucho y están cargados de penas deben comer viandas sólidas y frecuentes.»

4. —Mis ocupaciones son tantas—dicen otros—que no me permiten comulgar con frecuencia.—Si debiéramos dar oídos á esta pretendida excusa, ni yo, que soy ministro de Dios, aunque indigno, comulgaría no sólo todos los días y semanas, sino rara vez. Pero distingamos. Las ocupacio-

nes tienen su origen en las obligaciones ó en los caprichos; éstos deben abandonarse siempre por aquéllas, y entre éstas hay asimismo distinción, porque unos deberes son primero que los demás. En primer lugar han de satisfacerse en todo tiempo y en todos conceptos las obligaciones negativas que hemos contraído para con Dios, abandonando para después las gravísimas que versan acerca de nosotros mismos y de nuestros prójimos. Siguen en lugar segundo las positivas para con Dios, dejando para luego las del mismo grado que versan sobre nosotros y sobre nuestros hermanos. Cuando existan trabajos provenientes de los deberes del orden natural, divino ó humano, podrá dejarse por ellos la frecuencia de la santa Comunión; pero si os fijáis bien, notaréis que casi todos los que se escudan con sus precisas ocupaciones para dejar de comulgar á menudo, no tienen en realidad obligaciones semejantes, á no ser las que, hijas del capricho ó del vicio, ellos mismos se han creado. Lo contrario no puede afirmarse, porque sería querer desviar el curso ordinario y suavísimo de la Providencia divina.

Además, ¿creéis que los primitivos cristianos no tenían precisos trabajos? ¿creéis que estaban mano sobre mano, entreteniéndose en el *dolce far niente?* ¿ignoráis por ventura que trabajaban á conciencia, mucho mejor que la mayor parte de los cristianos de nuestros tiempos? Leed la sucinta historia de los primeros fieles (1), y os convenceréis que, á pesar de trabajar corporal é intelectualmente, con asiduidad y paciencia, gozaban de tiempo suficiente para comulgar todos los días. Lo que me han de confesar quienes alegan semejantes infundados pretextos es que no existe en ellos el espíritu de sacrificio, el espíritu de religión que animaba á nuestros padres en la fe. Esos mismos señores que alegan no tener tiempo para recibir á Jesucristo y aun para santificar los festivos días, cuando son invitados á la boda de un amigo, al baile, al juego, á la caza, cuando pretenden viajar por gusto ó entretenerse en mil

(1) Véase en nuestro tomo III, cap. I.

fruslerías ¿por qué no aplican entonces su *graciosa* teoría, y dejan de ir por sus ocupaciones á aquellos lugares?

§. II.

Existe, asimismo, un sinnúmero de cristianos que se sirven hasta del aprovechamiento espiritual para dejar de comulgar con la plausible frecuencia, siendo por esta causa mucho más dignos de compasión que los anteriores.

5. Dicen algunos:—Yo no comulgo á menudo porque no me creo digno.—Y si este pretexto tuviera una pequeña dosis de probabilidad, ninguno de los hombres debiera comulgar jamás, porque en realidad nadie, ni aun los mismos ángeles, son dignos de participar del Sacramento. Mas es lo cierto que Jesucristo, aun cuando sabe infinitamente que somos indignos de recibirle, quiere, exige y aun nos impele mediante la terrible censura de su indignación perpetua, á que participemos con frecuencia de su Cuerpo y Sangre, á fin de que llevemos en nuestro ser su Vida divina: luego el mencionado pretexto está destituído de todo fundamento. Afirma S. Ambrosio que el que no merece comulgar cada día tampoco merece comulgar una vez al año. La razón es sencilla, porque para recibir debidamente el Sacramento, la misma preparación necesita quien comulga todos los días que el que lo efectúa anualmente; y como todos los cristianos estamos estrechamente obligados á comulgar al menos una vez en el año, y por esta sola vez cualquier católico se conceptúa digno de la Comunión, luego también debe conceptuarse digno de participar con frecuencia de la misma. Casiano enseña que es más humilde el que recibe con frecuencia á Jesucristo que el que comulga raras veces, porque aquél se considera más enfermo y necesitado, y por este motivo acude más veces á Jesucristo Sacramentado en busca de socorro.

6. —Yo no comulgo á menudo porque tengo muchas faltas é imperfecciones.—Esta es la frase con que se escudan, ante los ministros del Señor, muchos relajados ó tibios cristianos. Mas precisamente, por eso mismo, porque tienen mu-

chas faltas y muchos defectos deben comulgar con la frecuencia posible. Porque, en efecto, ¿para qué nos acercamos á la sagrada Mesa? Será porque somos santos ó porque buscamos serlo? Seguramente que es por lo segundo, me diréis, y decís verdad. El hombre, ciertamente busca la fuente porque tiene sed, llama al médico porque se ve enfermo, apetece la comida porque está hambriento, ¿por ventura desea todas estas cosas porque se encuentra sano, porque no tiene necesidad de nada? Al contrario, lo apetece porque no las posee. Decir que no se busca al doctor porque se está muy enfermo, es un enorme contrasentido, y no otra cosa sucede á los que se excusan de comulgar con frecuencia, porque se consideran con muchas faltas é imperfecciones. El cristiano debe comulgar á menudo, no porque es santo, sino porque tiene precisión de serlo; si lo fuera en toda la extensión de la palabra, ni le sería indispensable participar del Bien eterno, ni Jesucristo Señor Nuestro se lo ordenaría; mas porque no es santo, porque incurre en muchas debilidades, porque es negligente en el servicio de Dios, debe comulgar con frecuencia á fin de ser mejor, más bueno y más perfecto.

3. Hay otros católicos que pretextan experimentar varias tentaciones, que batallan fuertemente contra sus enemigos exteriores é interiores, que notan tener repetidas dudas en sus obras ordinarias, y no se atreven por ello á comulgar á menudo. Pero, ¿acaso han olvidado todos estos señores que la Hostia divina rechaza como por encanto las diabólicas sugestiones, reprime el carnal estímulo y aclara las perplejidades? ¿ignoran que el Señor desea se lleguen á Él los pobres de entendimiento (1), y los cargados, y los oprimidos (2)? Gravísimas tentaciones padecía Sta. Catalina de Bolonia en el momento mismo de la Comunión, mas el Señor la dijo un día:—Hija, mayor mérito logra el alma que, sufriendo y resistiendo esos combates, me recibe, que si me recibiera con mucha quietud, suavidad y dulzura.—

(1) Prov. IV, 4, 5.
(2) Math. XI, 28.

8. Otra clase de católicos objeta que comulgaría á menudo, si en el divino acto sintiera devoción. Pero respondamos por partes. «¿Qué entendéis por devoción, pregunta S. Alfonso de Ligorio? Si entendéis el fervor sensible, responde el mismo santo, este fervor no es necesario; basta que tengáis fervor de voluntad, es decir, voluntad resuelta de hacer todo aquello que conozcáis que es del agrado de Dios. Ésta es la verdadera devoción y el fervor que Dios pretende de vosotros. Y aunque no sintáis este fervor de voluntad, sin embargo debéis comulgar para obtenerlo por medio del Sacramento. El que come raramente, come, á la verdad, con más apetito pero con menos provecho (1).» Los que alegan semejantes pretextos necesitan tener en cuenta que si no poseen devoción la deben procurar, pues les es necesaria no sólo para comulgar, sino para llevar una vida mortificada; y si ciertamente se encuentran distraídos, la oración es la fragua divina donde se caldea el espíritu humano en el amor de Dios; con alguna oración mental adquirirán la devoción necesaria. Repetidas veces el Señor quita los consuelos antes y en el momento de la Comunión y deja al alma con gran sequedad, por dos razones: ó para humillarla, ó para buscar en ella el amor que no la profesa.

9. Cristianos hay que no comulgan á menudo porque dicen que no están en gracia de Dios. Es evidente que ningún ser humano puede saber con certeza absoluta si es digno de amor ó de odio; y si por esta sola razón debiéramos arreglar nuestra conducta, ó no comulgaríamos jamás, ó nos arrojaríamos temerariamente á participar del Cuerpo del Señor sin preparación alguna, ó quizá la desesperación visitase nuestro espíritu. Mas la verdad es también que podemos saber con certeza moral, con esa certeza real, aunque temerosa, porque procede de una buena conciencia, que estamos en gracia de Dios, si guardamos sus preceptos y ponemos en práctica nuestros deberes respectivos. Por manera que, no arguyendo la conciencia de falta ninguna grave,

(1) Monja santa, cap. 18.

bien porque no se ha cometido, bien porque se ha confesado contritamente, ¿á qué tantos temores? para qué semejante pretexto? Debéis estar más seguros, dice S. Ligorio de lo que os dice el confesor que si os lo dijesen todos los ángeles del paraíso, porque en oirlo de boca de los ángeles podía haber ilusión, pero en lo que se oye de labios del confesor, que está en lugar de Dios, no hay temor alguno de engaño (1).

10. Pretextos menos fundados todavía que los anteriores, son los que siguen:—No tengo tiempo de prepararme para la Comunión como debiera.—¿Es posible que en las veinticuatro horas del día no haya siquiera un cuarto de hora ó cinco minutos al menos de preparación para los que desean comulgar á menudo? Hay tiempo para dormir, quizá demasiado, para entretenerse en conversaciones ociosas, etc. y no lo habrá para disponerse á la S. Comunión? Mas, entendámonos. ¿En qué consiste la preparación para comulgar? ¿Creéis que es necesario absolutamente consagrar media hora ó un cuarto de hora á la lectura ó meditación de las oraciones insertas en los libros piadosos? ¿Creéis que es preciso excitarse á una sensible devoción, muchas veces ridícula, y otras perjudicial para el alma y el cuerpo? De ninguna manera; no consiste en esto la disposición conveniente para recibir al Señor. Bueno es consagrar dichos tiempos y con el modo referido, hablando de un modo general; pero lo mejor es, después de la limpieza de conciencia, desear interiormente unirse á Jesucristo, llevar su vida, y aprovecharse de sus gracias; para el efecto basta dedicar un ratito, unos momentos, á veces insignificantes, y, retirándose á lo más íntimo del alma, ofrecerse á Dios, pedirle perdón de las propias miserias, hacer actos breves de fe, esperanza y caridad, y sobre todo entregarse en sus divinas manos resueltamente y sin condiciones. Sabed que Sta. M.ª Magdalena de Pazzis estaba un día amasando el pan, y oyendo la campanilla que llamaba á las religiosas para comulgar, pre-

(1) Monja santa, lugar citado.

sentóse en el comulgatorio, llevando masa de pasta en las manos. No es que yo aconseje se imite una conducta semejante mas cuando por nuestras verdaderas ocupaciones disponemos de poco tiempo, está en nuestra mano el acercarnos á la Sagrada Mesa, contando, como es consiguiente, con la limpieza del alma y el deseo de recibir á Jesucristo.

11. —Mi confesor, dicen otras personas, no me permite comulgar más á menudo.—Si el confesor no os lo permite debéis obedecer, dice S. Alfonso (1). Pero es el caso de que el confesor no pone trabas á la Comunión frecuente de sus penitentes. Aun aquellos ministros del Salvador, que desdichadamente no gustan que sus penitentes comulguen con frecuencia, no niegan la Comunión, con tal que éstos muestren vivos deseos de participar del Banquete sagrado; cuando no la aconsejan ó no la permiten es porque esperarán probarles en la humildad ú obediencia. Si un penitente desea recibir con frecuencia á Jesucristo, y observa que su confesor no le dice nada respecto del particular, pídaselo él con instancia, que al fin sus ruegos obtendrán la gracia apetecida.

12. —Yo no me acerco tantas veces á la Divina Mesa, añaden algunos, porque no obtengo el fruto correspondiente.—Pero, ¿acaso pretenderán éstos conocer á fondo los secretos divinos? Por ventura son tan osados que quieran medir con su corta inteligencia los efectos del Sacramento, obrados en el alma? La Santísima Eucaristía causa siempre sus divinos efectos en los que la reciben debidamente; pero no en todas ocasiones los manifiesta, antes bien, va paulatinamente exteriorizándolos á medida que el comulgante los necesita. Á la verdad, el cristiano no en todo tiempo se halla en inminentes peligros, para vencer los cuales seríale indispensable una gran virtud, un fuerte golpe de gracia divina, y por eso la santa Eucaristía no da á conocer sensiblemente sus efectos admirables para vencer las tentaciones y arrostrar los peligros; mas dejad que ese cristiano, que

(1) Monja santa, lugar cit.

comulga bien con frecuencia, se halle en tan apurados casos, y veréis cómo el Sacramento del Altar muestra patentemente en él sus efectos prodigiosos. Lejos, pues, esos temores de si no se obtendrá el fruto apetecido; considérese que proferir semejantes frases es más bien inferir gravísima injuria al Santísimo Sacramento, el cual siempre concede sus gracias, siempre cumple sus promesas. Si algunos cristianos no sienten los frutos admirables de la Eucaristía, si comprenden que de cada día y á pesar de las repetidas comuniones son más fríos, más disipados, más murmuradores y quizá menos continentes que antes, cúlpense á sí propios y hagan penitencia de sus pecados, pues les aseguro que no comulgan con buenas disposiciones y están expuestos á cometer tantos sacrilegios cuantas recepciones del Sacramento practiquen; empero si notan que, aunque se hallan disipados, no cometen en mucho tiempo un pecado mortal, les ruego, por las misericordiosas entrañas del Salvador, no se aparten jamás de la santa Comunión frecuente, pues tal alejamiento sería sin duda el principio de su total ruína; den gracias incesantes al Dios de piedad, porque si no están sumidos en el abismo de la culpa, es debido á la frecuencia del Sacramento eucarístico.

§. III.

13. Hay pretextos que envuelven perversión tanta que bien merecen el nombre de impíos. Dicen algunos malos cristianos:—Yo comulgaría dos ó tres veces al año, ó al mes, ¿pero qué dirán los que me vieren?—La verdad es que no sé qué admirar más en estos detestables católicos, si una crasa ignorancia ó una malicia refinada. Pero sea de ello lo que fuere, ¿cómo es que no alegan semejante achaque cuando se trata de entrar en los teatros inmorales, en las casas de disolución, en los infames garitos? Porque lo cierto es que la asistencia y cooperación voluntaria á semejantes inmundos centros está absolutamente vedada al cristiano. ¡Ah! ¿es que no se hace entonces caso del qué dirán? ¿no temen que su esposa, sus hijos, su familia y sus prójimos critiquen

su conducta? ¡Qué desgracia! Temen infundadamente que los perversos, que los hombres á quienes falta el sentido común, murmuren de una obra tan santa y provechosa, y no se horrorizan de que hablen de su mal proceder los sencillos de corazón! ¿Dónde está el criterio?

14. Mas hay otros cristianos que añaden con insolencia: —Eso de comulgar á menudo es bueno para los religiosos y para las beatas, no para mí que soy muy malo.—Bien dicho; al menos quien se confiesa perverso no necesita que el Omnipotente fulmine contra él el anatema de condenación eterna, puesto que asimismo se reprueba. De modo que la Comunión frecuente se ha establecido para solos religiosos y beatas, eh? Entonces, el reino del cielo se habrá fabricado únicamente para las beatas y para los religiosos que comulgan á menudo, puesto que sin participar con alguna frecuencia de la Carne de Jesucristo no se puede llevar vida de cristiano y por consiguiente salvarse... Lo que me han de indicar es que si no comulgan á menudo es porque desean vivir con mayor libertad, es porque apetecen pecar más veces y con mayor cinismo. Este mismo es el pensamiento de S. Alfonso, al consignar estas palabras: «La persona que no comulga con frecuencia, diga la verdad, diga que no quiere comulgar á menudo por no tener que vivir más retirada de las criaturas y más despegada de sus satisfacciones. Ella conoce muy bien que la frecuente comunión no se aviene con las amistades, con las parlerías, con la vanidad, con el apego al amor propio, á la gula ni con otras imperfecciones semejantes, y por lo mismo deja de comulgar á menudo (1).»

15. Abramos los ojos y reflexionemos seriamente que todos cuantos pretextos aleguemos para dejar de participar con frecuencia del Pan celestial no pesan un grano de mostaza en la balanza rectísima del Justo Juez, quien nos pedirá estrecha cuenta de las veces que tuvimos cómoda proporción de comulgar y no lo practicamos por negligencia ó

(1) Monja santa. Lugar cit.

voluntad mala. Lejos de nosotros las perniciosas máximas de un siglo corrompido y prevaricador; aproximémonos á Jesucristo en vez de alejarnos de Él, y como único medio para el efecto comulguemos mensual, semanal, diariamente, si es posible, y si se tiene licencia del confesor; y el Señor Sacramentado, cuyo Cuerpo y Sangre, cuyo espíritu y divinidad tan íntimamente unimos á nuestro débil ser, nos hará fuertes en el tiempo y poderosos en la eternidad: felices en la tierra y en el cielo.

EJEMPLO

Cierta mujer muy devota del Sacramento Santísimo frecuentaba la S. Comunión, y un día que pidió al cura la comulgase, éste se negó á ello, manifestándola, con escándalo de la pobre señora, que no era lícito que una mujer frecuentase tantas veces la Santa Eucaristía. Partió el sacerdote y quedóse la devota tan oprimida y desconsolada que, acomodándose en uno de los rincones del templo, comenzó á llorar amargamente su desgracia. Después que los fieles abandonaron el templo, aparecióse á aquella mujer un insigne varón de grande majestad y hermosura, vestido con los ornamentos episcopales, y la preguntó la causa de sus lágrimas. Ella confesó francamente que el sacerdote la había negado la Comunión. Inmediatamente la visión se dirigió al sagrario, abrió el tabernáculo, y extrayendo del copón una de las tres sagradas Formas que quedaban, la dió á la devota, diciéndola al propio tiempo que se la entregaba:—Mi Cuerpo te dé verdadera salud—con lo cual entendió la señora, no sin sobrecogerse de asombro, que el Varón que la había comulgado era el mismo Jesucristo. La devota mujer contó después el suceso al párroco, quien, no acabando de creer lo que oía, abrió el sagrario, registró el copón y vió que en efecto sólo quedaban dos Hostias, mientras que él había dejado tres. Publicó luego el prodigioso suceso, y en adelante jamás negó la Comunión á cuantas personas con devoción la solicitaban.—*Jacobo de Vorágine* (1).

---

(1) Sermón del Santísimo Sacramento.

XIII

Sobre las disposiciones para comulgar con fruto.

Probet autem seipsum homo et sic de pane illo edat et de calice bibat.

Pruébese el hombre á sí mismo y con estas disposiciones coma de aquel pan y beba de aquel cáliz.

I. Cor. xi, 28.

1. Toda la ciencia que pudieron alcanzar los filósofos más sabios de la antigüedad pagana se cifró en esta concisa, pero hermosa frase: *Nosce te ipsum*. En el conocimiento propio, en saber á fondo lo que es, lo que sirve y lo que puede aprovechar el hombre; en conocer sólidamente de dónde, cómo y cuándo ha venido á la sociedad humana; en no ignorar á dónde se dirige y para qué fin ha sido criado, se resume toda la sabiduría del rey del universo. Con efecto; cualquiera otra ciencia que no se dirija á ésta ó no la fomente es una ilusión del alma, una vanidad inmensa. El santo abad de Claraval recopilaba acertadamente la sabiduría humana en tres palabras que deberíamos tener siempre en nuestra mente prendidas: «Qué fué, qué es, qué será el hombre (1)?» Quien estudia detenidamente sobre ellas puede adquirir á conciencia el diploma de sabio.

2. No es otro el escrupuloso examen que el apóstol

(1) Formul. honestæ vitæ.

S. Pablo exige del cristiano que pretende recibir el santo Cuerpo del Señor. *Probet autem seipsum homo.* Pruébese, examínese el hombre á sí propio, y vea cómo es su vida y costumbres; y si por desgracia hallare faltas de consideración, arrepiéntase de ellas y depóngalas contrito en el Sacramento de la Penitencia; de esta manera podrá comer del Pan y beber del Vino eucarístico. Á la verdad, quien de otro modo se dispusiera para comulgar, recibiría indignamente un Misterio tan saludable, fallando sobre su misma cabeza el decreto de su condenación eterna.

3. Cierto rey magnífico dispuso opíparo banquete. Para su celebración despachó á sus criados con la orden de que saliesen á las calles, plazas y campos, é invitasen á toda suerte de individuos. Á nadie excluía de las bodas; pero la dignidad real exigía que todas las personas invitadas se sentasen á la mesa convenientemente. Dióse principio al celebrado festín, y, luego que todos estuvieron sentados, entró el príncipe para verlos y regocijarse con ellos; mas notó con admiración que había allí cierto sujeto que no vestía el traje nupcial. Volviéndose á él, le dijo:—Amigo, ¿cómo has entrado aquí no llevando el vestido de boda?—El interrogado callaba.—Irritado el soberano ante un desaire semejante mandó á sus ministros que, atándolo de pies y manos, lo arrojasen á una tenebrosa y hedionda cárcel, donde experimentase insufribles tormentos (1).

¿Habéis oído el suceso? Pues es una parábola hermosa propuesta por el Salvador para declararnos que, para poder recibir con fruto el adorable Sacramento, es absolutamente, indispensable vestir el traje nupcial, esto es: la inocencia bautismal, ó en su defecto la actual penitencia. De otro modo sufriría la pena eterna aquél que insolentemente se atreviese injuriar á Jesucristo, presentándose á su Divina Mesa con los harapos inmundos del pecado grave.

Ya, pues, que por medio de esta divina parábola he dado á conocer la idea de mi proposición, procuraré explicar las

---

(1) Math. XXII.

disposiciones necesarias y convenientes para comulgar con fruto, distribuyendo para mejor claridad la presente materia en dos partes: *I Disposiciones concernientes al alma. II Disposiciones relativas al cuerpo.*

§. I.

1. Para fijar con precisión el asunto de la primera parte no debería sino hacer resaltar la dignidad del Hombre-Dios, haciendo ver que, así como el amor no tiene límites, tampoco los debe tener quien presume recibir á Jesucristo. Un Dios, tres veces santo, autor de la vida y de la muerte; un Dios, ante cuya bella presencia tiemblan los ángeles y se extremecen los orbes; un Dios que, llevado de amor por el hombre, se comunica á éste precisamente para hacerle santo; ¿no merecerá que el hombre se disponga convenientemente á recibirle? El publicano Zaqueo, una vez convertido, hospeda con gran alegría al Salvador. El confiado Centurión, poseído de humildad profunda, pretende que el Divino Maestro se albergue en su casa, pero se confiesa indigno de un favor semejante. El apóstol S. Pedro, extrañando la acción de Jesús cuando intenta lavarle los pies, extremecido, exclama: ¿Pero Tú á mí, Señor? Las fervorosas hermanas de Lázaro no se dan punto de reposo por obsequiar con gran delicadeza al Redentor. ¡Qué lecciones tan elocuentes para el comulgante!

Así como la fragante rosa suministra á la discreta abeja ricas dulzuras y prepara mortal veneno al inmundo escarabajo; así como el aromático bálsamo preserva de la corrupción á los fríos cadáveres y corrompe más pronto al cadáver descompuesto; así como el fecundo sol derrite la blanca cera y endurece el sucio barro, también la Eucaristía adorable presta vida á los cristianos buenos y da muerte á los malos. *Mors est malis, vita bonis.* El mismo Jesucristo, que viene del cielo eucarístico á celebrar con los discípulos sus regias bodas, entra á cenar con las vírgenes prudentes, pero rechaza á las necias, dejándolas á la parte de fuera, porque no tuvieron dispuestas y encendidas las lámparas de la contri-

ción y del fervor cristiano. ¡Prodigioso Sacramento que, siendo uno mismo por su naturaleza, obra en las almas efectos tan contrarios!

5. Estos efectos los causa sin duda el Sacramento, merced á las respectivas disposiciones de los comulgantes. Por esto es necesario que me detenga unos momentos en su explicación.

Y lo primero que se requiere en el hombre es estar bautizado. Nada debiera consignar respecto á esta disposición, porque, como nadie ignora, es la llave de la vida cristiana, y sin ella son ineficaces los Sacramentos. Pero debo declarar con el Angélico (1) que más gravemente peca el gentil que comulga, que el cristiano pecador, por estar aquél más lejos de la debida preparación que éste; por cuya razón notan las historias eclesiásticas que el Omnipotente ha descargado terriblemente el brazo de su justa cólera sobre los infieles que con increíble osadía recibieron el Sacramento del Altar. Bleda (2) refiere de un joven francés, no bautizado, que, acercándose á la sagrada Mesa para comulgar, nunca pudo tragar la santa Hostia por más esfuerzos que hiciera, teniendo que confesar públicamente su grave culpa.

6. La excomunión es otro de los fuertes obstáculos para percibir las dulzuras suavísimas de la Eucaristía. Enseña el doctor Irrefragable (3) que el excomulgado peca, no sólo en recibir á Jesucristo Sacramentado, si que también en levantar sus inmundos ojos para mirarle, que por esto ha sido vedado al excomulgado asistir al sacrificio de la santa Misa desde el Prefacio en adelante. S. Eloy, obispo de una de las iglesias de Francia, excomulgó á cierto rebelde clérigo porque no se enmendaba de sus graves faltas; mas éste quiso celebrar sin que le hubieran levantado la eclesiástica censura, y cayó muerto repentinamente en el mismo Altar.

---

(1) Q. 80, art. 5.
(2) Milagro 254.
(3) Pars. 4, q. 52.

7. Las escandalosas pendencias, los mortales odios y las graves deudas son, asimismo, impedimentos gravísimos que se oponen á la digna recepción del Sacramento Santísimo. No pueden en manera alguna conciliarse esta clase de vicios detestables con la hermosa caridad, necesaria á quien ha de hospedar en su pecho al Dios del Sagrario. Quien haya cometido un pecado contra el mandamiento séptimo del Decálogo, devuelva lo robado si puede, antes de comulgar, ó en caso contrario tenga resolución firme de devolverlo cuanto antes. Quien mantenga en su corazón al gusano del odio, recuerde la lección del Salvador (1): «Si alguno se presentare al altar para ofrecer algún don y allí recordare que tiene algo contra su hermano, deje la ofrenda sin presentar, y vaya á reconciliarse con su prójimo,» á fin de poder luego comulgar esa Divina Hostia, vínculo de amor. ¡Tan puro es el don eucarístico, que no puede entrar en corazones manchados con la enemistad! Piénsenlo bien los que por leves motivos acostumbran á airarse contra sus prójimos, á negarles el saludo ó á malquererles interiormente, que Jesucristo cuando entra en el cristiano va en busca de amor, y mal podrá proporcionárselo quien no ama á sus hermanos.

8. S. Buenaventura enseña que así como la Hostia consagrada debe tener siete condiciones, á saber: que sea blanca, tritícea, delgada, pequeña, redonda, sin levadura y sin sal; del propio modo el cristiano comulgante debe gozar de otras siete cualidades morales semejantes á estas materiales condiciones. Debe ser blanco en la castidad, conforme á su respectivo estado; tritíceo, por su devoción al llegar á la Mesa divina; delgado, por la abstinencia en el comer y el beber; pequeño, por la humildad; redondo, en la prontitud á todo lo bueno; sin levadura de odio, envidia ó discordia; y sin sal, esto es, sin avaricia ni vanagloria (2). Sto. Tomás añade que el comulgante debe guardar los mismos requisitos que es preciso tengan los corporales; porque así como éstos deben estar lavados, retorcidos y secos, así el que ha

(1) Math. V, 23.
(2) Serm. II del Smo. Sacramento.

de comulgar ha de estar lavado con sus propias lágrimas, retorcido con obras de penitencia y mortificación, y seco al sol del amor de Dios, ocupándose antes en la oración (1).

Empero, para concretar tan grata materia, indispensable es declararos que las disposiciones próximas para comulgar son cuatro: Estar en gracia de Jesucristo; armarse de la mortificación; saber lo que se recibe, y evitar las faltas leves.

9. Es doctrina del santo Concilio de Trento (2) que si á todas las funciones sagradas conviene llegarse santamente, con mayor razón deberemos llegarnos al Sacramento Santísimo, donde no sólo está la santidad, antes bien la santidad misma. Por esta razón poderosísima ordena expresamente que ningún cristiano, estando uncido al enorme yugo del pecado grave, y constándole esto mismo positivamente, por más que diga hallarse verdaderamente contrito, se acerque á recibir el divino Pan sin haber precedido la sacramental confesión. Mas, no creáis que es doctrina nueva la de la ecuménica Asamblea citada; es una necesaria consecuencia de la del Apóstol, que enseña que todo aquél que come y bebe indignamente el Cuerpo y la Sangre del Señor traga su propio juicio: el juicio desfavorable á sí mismo; he ahí por qué nos amonesta con entrañas de caridad á que examinemos nuestra conciencia antes de pretender unirnos con Jesucristo, siendo el buen efecto de habernos fielmente probado, el entrar en la piscina saludable de la sacramental confesión; por eso advertí que la práctica de la Iglesia respecto de este punto es una necesaria consecuencia de la doctrina de San Pablo.

10. El espíritu del cristiano se dignifica al observar que la prescripción de la confesión sacramental, como preparación para recibir la Eucaristía, no fué una institución de los tiempos medios, como han fantaseado creer los protestantes, sino que sus orígenes están cimentados en los mismos principios de la Iglesia: prueba de que no es una cos-

(1) Opusc. 58, cap. 15.
(2) Sess. XIII, cap. 7.

tumbre más ó menos arraigada, más ó menos acreditada, sino un dogma real que entraña un deber gravísimo en el cristiano práctico. En algunas encrucijadas de las catacumbas romanas, junto á los *loculi* de las criptas, se encuentran todavía cátedras que, estando colocadas fuera de las condiciones litúrgicas ordinarias, han hecho conjeturar con bastante fundamento al célebre P. Marchi, que sirvieron de cátedras sacramentales, en las que los sacerdotes oían las confesiones de los fervorosos penitentes. Su aspecto en nada difiere de las cátedras episcopales, situadas en el fondo de los ábsides, desde las que el obispo predicaba la divina palabra; pero la circunstancia de estar entre dos corredores hace creer, sin duda, que allí, puestos los cristianos de rodillas ante el ministro de Dios, confesaban en secreto sus faltas, para ir luego á manifestar los públicos pecados en público, ó para cumplir la penitencia impuesta. Uno de los pecados más graves, dice la *Confesión* de S. Fulgencio, especie de método de examen de conciencia, consistía en haber recibido el Cuerpo de Jesucristo sin haberse preparado para la Confesión (1).

Mas, decidme, ¿quién osaría recibir al Sacramento del Altar, que es todo pureza, estando manchado con el hediondo hálito del mortal pecado? Yo os quiero preguntar, hermanos, decía S. Agustín, si alguno de vosotros pondrá sus vestidos en una arca manchada, y si no los depositáis en ella porque son preciosos, ¿cómo pretenderéis hacer entrar á Jesucristo en una alma que no esté muy limpia? No es lícito, argüía el Salvador á la Cananea, tomar el pan de los hijos y arrojarlo á los canes (2); no es lícito añadía, entregar las cosas santas á los perros ni arrojar las ricas margaritas á los inmundos puercos (3); ¿por qué? por eso mismo de que son sucios é irracionales; no son dignos de esas cosas santas, de esas margaritas ricas; así los cristianos que se hallan en pecado grave, contaminados con la hediondez de la cul-

(1) Relacionada por Menard, en sus notas al Sacramentario de S. Gregorio, pag. 225.
(2) Math. XV, 26.
(3) Id. VII, 6.

pa, y rebajándose á los irracionales, son indignos de participar del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo.

11. Son convenientes y hasta cierto punto necesarias las mortificaciones en aquéllos que aspiran á imprimir el ósculo de paz al Redentor Sacramentado. Vencer las humanas pasiones es la acción más digna y más heroica que puede concebirse; mas para el efecto es indispensable la mortificación: quien no empiece por ella en la reformación de su ser jamás saldrá vencedor de sí propio; estará sujeto á sus sensuales apetitos, y Jesucristo no puede entrar en un corazón dominado por la concupiscencia. ¿Pero de qué mortificaciones rodearemos á nuestro humano compuesto, á fin de que, teniendo alguna pureza, sea preparación digna del Sacramento Santo? El ayuno, el retiro, el silencio, la oración son medios sencillísimos que nos aconsejan los maestros de espíritu, y que, dispuestos prudentemente, nos servirán de preparación inmediata para la sunción eucarística. Decía con sublime acierto S. Gregorio que antes de sacrificar al Salvador en el Altar, ó antes de recibirle en el pecho, deberíamos sacrificarnos espiritualmente á nosotros mismos; y ved aquí la mortificación bellísima que pide en nosotros Jesucristo Sacramentado.

Los santos, con su hermoso ejemplo, acreditaron que para percibir las dulzuras inefables de la Eucaristia era preciso disponerse antes con la mortificación á que me refiero. San Francisco de Borja se confesaba dos veces al día; el extático Nicolás Factor se daba entre mañana y tarde tres disciplinas de sangre; el obispo S. Julián gastaba casi toda la mañana en prepararse y dar gracias; Sta. Margarita, hija del rey de Hungría, comía pan y agua la víspera de la Comunión, pasando toda esa noche en oración fervorosa; y el santo cardenal Stanislao Roscio tomaba por cena tres bocados de pan solamente, en atención á que había de celebrar el adorable Sacrificio de la Misa, y antes de celebrarla no daba audiencia ni se comunicaba con persona alguna.

12. Para comulgar es preciso también saber lo que se recibe. Á nadie debe extrañar la necesidad de este indis-

pensable requisito si se tiene en cuenta que una práctica demasiado triste enseña que muchos, muchísimos católicos acuden al Místico Banquete, ignorando en gran parte la doctrina eucarística. ¡Cuán sensible es contemplar á tantas personas, aun de edad avanzada, ítem de las que se precian de ilustradas, que no podrían responder plausiblemente á las meras preguntas del Catecismo sobre el Santo Sacramento del altar! Y si esto es así, por desgracia, ¿qué frutos esperan alcanzar semejantes personas? Si apenas saben lo que practican, ¿con qué fervor, con qué preparación lo ejecutarán? ¡Lástima inmensa que no se ojee mejor y más veces el Catecismo cristiano! Estudiar á fondo quién es Jesucristo, á qué viene á nosotros, cómo y por qué viene, qué gracia nos trae, y qué es lo que deberemos practicar para hospedarle convenientemente: he aquí los breves puntos que no debe ignorar todo cristiano, y que debe ejercitarse en los mismos, si pretende obtener los excelentes frutos de la Santa Comunión.

13. También las faltas leves y el tenerlas afecto, impiden la consecución de los inmensos y ópimos bienes que ofrece el Sacramento eucarístico. Una cosa es llegarse á la Comunión sin culpas veniales, porque procuran evitarse á todo trance, y otra cosa es acercarse sin estas mismas faltas, porque, aun cuando no se hayan evitado, han sido no obstante perdonadas. Estudiaré aquí el primer punto, porque respecto del segundo sabemos positivamente que los pecados veniales se perdonan por una de las nueve obras que para el efecto propone la Iglesia.

Es preciso evitar á todo trance las culpas ligeras, y esto es despojarse en cierto modo del hombre viejo para vestirnos del nuevo Adán, con el ropaje de gloria divina que N. Señor nos ha legado por medio de los Santos Sacramentos. Mas semejantes despojo y vestición deben ser de las cosas interiores, según lo ordenan las Escrituras Sagradas. «Renovad, dicen, el espíritu de vuestra inteligencia (1).» ¿No recordáis

(1) Ad. Ephes. IV, 23.

cómo los moradores de Jerusalén se despojaron de sus vestiduras para recibir á Jesús triunfante? ¿no recordáis que para el efecto arrojaron sus vestidos al suelo y tomaron ramos y palmas para vitorear al Redentor? Pues esto mismo, convertido al espiritual sentido, debe practicar el católico que pretende recibir en su pecho á Cristo Sacramentado. Tiene que despojarse de los vestidos interiores de sus pasiones desordenadas: la ira, la venganza, la gula, la lujuria, la envidia y la pereza. Debe arrojarlas fuera de sí, plantando en su lugar virtudes hermosísimas: las virtudes de la caridad, mansedumbre, mortificación, pureza y trabajo. Debe tomar en sus manos los ramos y las palmas de la alegría y del gozo, porque quien sale de casa para recibir triunfante al Salvador, debe gozarse y llenarse de santo entusiasmo por su venida.

Todos los amantes del Santísimo Sacramento procuraron despojarse de semejantes defectos, y de no tenerlos afecto alguno. Para ello se inmolaban tantas horas, puestos en sublime oración ante el Dios del Tabernáculo, como se refiere del siervo del Señor, P. Lanuza, célebre misionero de Sicilia, á quien su director mandó estuviese una sola hora ante la Santa Eucaristía; mas él, cuando llegaba el crítico momento de separarse, lo ejecutaba con tanta violencia que se deshacía en practicar repetidas postraciones é inclinaciones, teniendo al propio tiempo los ojos fijos en la Sagrada Hostia, hasta que las paredes del templo le impedían su vista.

11. Explicadas las disposiciones remotas y próximas, estudiemos las actuales. Éstas se reducen á ejercitarse momentos antes de comulgar, en actos de fe, esperanza, caridad, contrición y fervorosos deseos de unirse con Jesucristo. Para el efecto es indispensable recogerse en el retiro del alma, y guardar, por lo general, absoluto silencio, al menos un cuarto de hora antes de comulgar. Muy poco fruto obtendría quien, antes de llegarse á la Fuente sacramental, no se dispusiese con la preparación, denominada actual, por cuya razón afirma la Doctora del Carmelo que la principal causa de que las personas devotas, eclesiásticas y religio-

sas obtengan poco fruto de la Santa Comunión se debe á que se disponen también poco ó sin devoción. Hanse de practicar actos de fe profunda, creyendo todos los dogmas católicos, principalmente el de la santa Eucaristía. Hay una costumbre muy devota y sencilla que consiste en meditar durante unos minutos una de las grandezas ó excelencias de Jesucristo Sacramentado (1), á fin de estimularse interiormente á unirse con el Divino Salvador. S. Diego de Alcalá, no contento con ayudar todas las misas que podía, permanecía largos ratos ante el Sagrario, disponiéndose para la Comunión siguiente; y S. Francisco de Sales pasaba noches enteras sobre el frío pavimento del templo, considerando las bellezas del Dios Sacramentado, para mejor comulgarle.

Á más de los actos de rendida fe, se practicarán con especialidad los de contrición y deseo; es preciso dolerse de todas las culpas y hasta de las imperfecciones; es indispensable confundirse con el polvo, mostrarse pequeñísimo ante la soberana Majestad divina, y sentir vehementes ansias de comunicarnos con el Salvador. Si Zaqueo obtuvo las misericordias de Jesucristo, al hospedarle en su propia casa, fué porque mostró grandes ansias de recibirle; si Marta y María alcanzaron las mercedes del Salvador, fué porque le suplicaron ternísimamente accediese á sus muchos deseos. Á medida del deseo es el beneficio; quien mucho desea, mucho aprecia; y quien aprecia mucho, se hace acreedor al reconocimiento.

§. II.

15. Pero, pasemos á la segunda parte, donde es nuestro deber examinar las disposiciones relativas al cuerpo. Éstas pueden reducirse á tres: ayuno natural, limpieza y modestia corporales.

Grande es el Sacramento del Altar, é inmensos sus efectos; por esto es indispensable que el Señor ocupe nuestro

(1) Pueden leerse nuestras Meditaciones eucarísticas. Véase al final de este tomo.

pecho antes que ningún género de alimento se ingiera en el estómago. Con efecto: es tan inefable este Misterio que, aun cuando el Salvador le instituyera, terminada la Cena pascual, no obstante, los apóstoles y sus discípulos, divinamente inspirados, comenzaron á observar el ayuno natural, esto es, la no deglución de manjares, bebidas y medicinas corporales, desde las doce horas de la noche precedente á la Comunión, hasta después de haber comulgado. En algunas Iglesias, empero, deseando sus fieles imitar materialmente la conducta del Salvador en la noche de la Cena, comulgaban después de haber cenado parcamente (1), pero lo regular era que se verificase esto únicamente el Jueves de la Semana Mayor.

Con el ayuno en cuestión manifestamos altamente que preferimos al Señor sobre todas las cosas creadas, aun sobre las más queridas, que son los alimentos necesarios á la vida.

16. La impureza voluntaria, en sentir del Angélico, impide recibir la santa Hostia, por más que después confesase el deshonesto su culpa con intención de comulgar en el mismo día; tales deshonestos, añade el santo, deben abstenerse de comulgar al menos por el tiempo de veinticuatro horas, porque dicho pecado distrae tanto el espíritu que le deja incapaz durante muchas horas de ocuparse debidamente de una práctica tan augusta. En su confirmación dice S. Juan Clímaco, citando un texto de las Constituciones Apostólicas, que si á un hereje es lícito comulgar, luego de haber confesado sus culpas, no es permitido eso mismo al lujurioso; por lo cual, asegura el irrefragable Alés, con otros gravísimos autores, que antiguamente había precepto terminante de que los inhonestos no se llegaran á la Divina Mesa, á no haber transcurrido veinticuatro horas. Por motivos menos poderosos se negaba antiguamente la Sagrada Comunión: tales, como encresparse el cabello y representar en un teatro (2).

(1) Véase el Tratado III de esta Obra.
(2) S. Cipriano., lib. II, ep. 10.

Respecto de la involuntaria impureza habida en sueños, ó aún cuando el paciente haya despertado en el acto, con tal que no haya dado causa á ello y la voluntad esté totalmente ajena al placer, discrepan los doctores respecto á si se debe comulgar ó no. Sto. Tomás (1) es de parecer que, aunque no de necesidad, sino de pura conveniencia, deberían los pacientes abstenerse de la sacramental participación; pero S. Buenaventura es de opinión contraria, al cual me adhiero, porque á más de no haber en dicho sufrimiento culpa alguna, tiene en su apoyo la práctica constante de los cristianos de los tres primeros siglos de la Iglesia, quienes comulgaban diariamente á pesar de los involuntarios efectos fisiológicos de la especie humana. Una respuesta del mismo Jesucristo á S. Pedro Celestino confirma esta opinión segunda. Quejábase dicho venerable de que por la noche padecía alguna efusión involuntaria; y, temiendo celebrar de esta manera el Sacrificio, preguntó al Señor si celebraría al día siguiente de haberla experimentado, y le fué respondido de esta manera:—¿Qué culpa tiene el que va en la bestia si ella se ensucia?—Discretísima razón, que movió al santo á no dejar jamás el Sacrificio.

12. El acceso matrimonial, dice el Agustino (2), impedía comer de los panes de la proposición (3), que son figura perfecta de la Santa Eucaristía. Nicolás de Lira, consigna que al menos en la noche precedente á la Comunión, no debería tener efecto el referido uso (4), como ni aun en el mismo día que se comulgó, añade el dulcísimo S. Francisco de Sales (5). Pero bien está la presente doctrina para aquéllos que comulgan raras ó pocas veces, lo cual sería muy dificultoso para los que comulgan diaria ó muy frecuentemente. Así dice S. Jerónimo (6) que le constaba positivamente que en Roma había algunos casados que se acerca-

(1) Q. 80, art. 7.
(2) Serm. 244,
(3) I Reg. XXI.
(4) 4, dist. 19, q. 2, á 2, 3 ad 3.
(5) Introducción á la Vida devota.
(6) Apol.

ban diariamente al sagrado Banquete, lo cual, dice él, ni alabo ni vitupero. De todas estas precedentes enseñanzas fácil es inferir que convendría poner en práctica la doctrina de S. Francisco de Sales; pero que, cuando por necesidad, por caridad, por conveniencia y fin honesto debiera llevarse á cabo el mencionado uso, me parece (salvo mejor opinión) que si se tiene gran devoción de unirse al Señor Sacramentado, podríase en día comulgar, á no ser que la imaginación estuviese tan lúbricamente distraída que no pudiera ocuparse del amor castísimo á Cristo Señor Nuestro; esta doctrina creo que es buena para los que comulgan diariamente ó con mucha frecuencia.

18. La modestia en los sentidos es el último requisito indispensable para comulgar como conviene. Lejos, muy lejos del comulgante una vista altiva, pasos acelerados, manos caídas, porte y ademanes cómicos ó mundanos. Con paso circunspecto, ojos bajos, rostro grave, manos cruzadas ante el pecho y angelical postura, debe presentarse el cristiano á la sagrada Mesa. Una mirada descompuesta, una palabra al amigo, una sonrisa, un vestido chillón y lujoso, esencias profanas en la cabeza y en el cuerpo, indicarían que la persona comulgante no sabe á dónde ni á qué va, y merecería se le negase la santa Forma.

Tengamos deseo sin medida de disponernos lo mejor posible para hospedar al Salvador, y no cesemos de pedir al Señor se digne preparar nuestro corazón, dándonos uno nuevo, que sea capaz de contenerle y de amarle para siempre.

EJEMPLO

«El hombre, para comulgar dignamente, póngase á pleito ante sí mismo, levante en su corazón un tribunal y comparezca en juicio. Sea el acusador el pensamiento, el testigo la conciencia, el temor del infierno el verdugo y dé tormento al alma hasta que reviente la sangre por los ojos, derramando lágrimas, y después la mente pronuncie la sentencia que no es digno de recibir el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, si es que así lo juzga en efecto.»—*S. Agustín* (1).

(1) Hom. 50.

Refiere á este propósito el P. Rivera (1) que una sierva de Dios comulgó con escrúpulo de algunos pecados veniales deliberados; mas fué reprendida ásperamente por el Señor, quien, cierta noche, estando ella en sueños, la dijo: «Atiende: así como el sacerdote, cuando prepara el cáliz, mira bien la hostia por ambas partes por si lleva alguna mancha y la pone contra la luz con objeto de ver si tiene algún pelillo, así tú has de examinarte antes de ir á la Comunión, porque ni un pelo ha de haber en tu conciencia.»

(1) Tratado 10, §. 6.

XIV

La Comunión sacrílega es un crimen que atenta contra Dios, contra el mismo que lo perpetra y contra los prójimos.

Qui enim manducat et bibit indigne, judicium sibi manducat et bibit.

El que come y bebe indignamente (el Cuerpo y la Sangre del Señor) come y bebe su propio juicio.

I. Cor. xi, 29.

1. Nada hay tan libre y tan independiente como la Iglesia Católica. Los que han asegurado que en su fecundo seno se esclaviza con férreas cadenas á la razón y se pone un formidable dique al humano albedrío, tendrán que deponer sus erróneos prejuicios ante el hecho reconocido de que nadie mejor que el Catolicismo sabe hacer depender del cielo, viviendo sin trabas en la tierra. Que el hombre esté por necesidad, por su misma naturaleza, atado fuertemente á su Criador, ¿quién puede ponerlo en duda? Mas semejantes ligaduras, dentro de la Iglesia Católica, son tan suaves, y el hombre sujeto con ellas tiene una esfera de acción tan inmensa, que es menester cerrar completamente los ojos para no verla. Para el hombre todo es libre en la Iglesia: es libre su ingreso en ella; son libres sus actos de fe, de esperanza y de amor; es libre en la distribución de limosnas, en la práctica de buenas obras, en la elección de sus votos

monásticos, en el ejercicio de su profesión y en la recepción de Sacramentos. Nada se le manda con imperio; á nada se le obliga con tiranía. Eso bien que, una vez que ha empeñado su formal palabra de ingreso en el Catolicismo, se obliga á poner en práctica los preceptos que le intima su buena madre, su fiel maestra, preceptos que, en manos de la Iglesia, no vienen á ser más que una luminosa antorcha que va señalando al cristiano los senderos que le conviene atravesar por el árido desierto de este mundo, para llegar felizmente al bonancible puerto del último destino.

En este concepto, ¡qué simpática es la amable Religión de Jesucristo cuyas eternas tendencias se dirigen únicamente á atraer, á unir y á fundir al hombre con su primera Causa! Todo es libre en el seno de la Iglesia; si prescribe un acto positivo de religión, no es el precepto despótico del césar, es el mandato suavísimo de la madre que ordena lo que sabe ser útil á su hijo.

Ahora se descubrirá, como descorrido por tupido velo, que el católico es tanto más grande cuanto más libre es en el ejercicio de su Religión; como asimismo es tanto más vituperable cuanto de peor gana ó con malas disposiciones practica un sagrado acto religioso. El Salvador ha manifestado que el que no coma su carne ni beba su sangre no poseerá en sí mismo la vida eterna; pero, al añadir que las cosas santas no pueden ser arrojadas á los canes, ni las preciosas margaritas á los cerdos (1), ha consignado elocuentemente que el cristiano, si por culpas de muerte se ha degradado hasta ser conceptuado como estos sucios irracionales, no podrá ni comer de aquella carne ni beber de la referida sangre. El Apóstol, que recibió directamente del cielo esta hermosa doctrina, añade que el que participa indignamente del Sacramento del Señor queda hecho reo del mismo Sacramento (2); en este concepto, el que tal hiciere firma por el mismo hecho el decreto de su condenación. He ahí por qué el discípulo de la Cruz es tanto más vitupera-

(1) Math. VII, 6.
(2) I Cor. XI, 27.

ble cuanto de peor gana ó con malas disposiciones practica el acto religioso más sublime, ó sea, el de la recepción del Cuerpo de Jesucristo. Aquí, en lugar de ennoblecerse y de dignificarse, lo que hace es rebajarse y degradarse por comer de un Pan que sólo deben comer los santos. Su enormidad es detestable á proporción de la injuria irrogada al Señor; y como el Señor es injuriado en su parte más delicada, en lo que más estima y vale, de ahí que pretenda yo poner á vuestra consideración que *la Comunión sacrílega es un crimen horrible, que atenta* 1.° *contra Dios;* 2.° *contra el mismo que lo perpetra; y* 3.° *contra nuestros prójimos.*

§. I.

2. Hay una parábola en el santo evangelio, bellísima como todas las que salieron de la boca del Redentor, en la cual se sintetiza toda la doctrina que voy á exponeros. Es la rica boda que un rey hizo á su hijo. Entre los convidados se presentó un individuo que no había tenido el cuidado de disponerse según exigía la etiqueta de aquellos tiempos. Momentos antes de empezarse á servir los platos, el rey entró en el salón del banquete para pasar revista y saludar á los comensales, y notó con estrañeza que uno de éstos carecía del vestido nupcial.—Amigo, le dijo, ¿cómo has tenido la osadía de entrar aquí sin el vestido de boda?—El aludido no pudo responder más que con el vergonzoso silencio que le imponía su enorme culpa. Entonces el monarca, dirigiéndose á sus ministros:—Atadle de pies y manos, dijo, y arrojadle en las tinieblas exteriores: allí será el crujir de dientes (1). En toda esta expresiva parábola el rey es Dios; su hijo es Jesucristo; el banquete es el de la Eucaristía; los comensales son todos los cristianos; el atrevido que se singularizó entre los demás es el católico que se presenta á comulgar sin el ornamento de la santidad; su castigo no pudo ser más terrible, ya que, abarcando las penas temporales, se extendió hasta la eternidad.

---

(1) Math. XXII.

Las bodas de la Eucaristía son, por consiguiente, exclusivas de los amigos de Dios. Á ellas convenir deben únicamente, no sólo los llamados sino los escogidos por el Señor, puesto que llamados por Él somos todos los cristianos; mas entre éstos son sus escogidos los que ó no se contaminaron jamás con la culpa grave ó se probaron á sí propios en el Tribunal de la Penitencia. Sus amigos son los que se asemejan á Él, y mejor aún los que con Él se identifican en sus ideas, en sus palabras y en sus costumbres; los que aspiran, no á su propia gloria, sino á la gloria del Hombre-Dios, y los que posponen sus intereses, sus caprichos y sus comodidades, á la voluntad y á los intereses de Jesucristo. ¡Atrás todos los que no sienten como Jesucristo! ¿Para qué aspirar á gozar de los castos placeres de su Mesa, si en verdad no son amigos de Él, si por el contrario no hacen nada por su honor, y lo que peor es, se asocian á los malvados y maquinan contra los planes de Jesucristo y de su Iglesia? Si todos éstos se agregan, osados, al banquete del Hijo de Dios serán arrojados con ignominia por el Rey.

3. ¿Habéis visto un pudridero cerrado en el que hierven por doquier sabandijas asquerosas, hongos fétidos y miasmas pestilenciales? Habéis contemplado á un cadáver humano, difunto de ocho días, cuyos horrores hacen cerrar los ojos al hombre más despreocupado? Os habéis fijado en un gran abismo sin fondo por donde corren aguas cenagosas que arrastran multitud de objetos y seres corrompidos? Habéis leído en fragorosa noche de tormenta en que las tinieblas se palpan, y los relámpagos en las retinas se cruzan, y los truenos golpean nuestros huesos, y la lluvia torrencial lo arrastra todo en su corriente? Pues todo esto viene á ser un cristiano en pecado mortal. Pudridero cerrado, en él hierven los vicios más asquerosos; cadáver en el alma, su aspecto espanta por lo horrible; abismo sin fondo, la gravedad de su culpa arrastra innumerables defectos; noche de tormenta, de él huyó la paz interior, esa paz que causa la felicidad en el hombre.

El alma así dispuesta, ¿cómo se atreverá á imprimir ós-

culo de amor en la pura frente del Hombre-Dios? Fué creada para ser azucena de pureza, cuyo fragante aroma perfumara el trono del Inmenso, y se convirtió en punzante espina que llaga y destruye cuanto toca á su alrededor. Dios no la puede mirar como á su amiga; es su mayor adversaria; y como pretenda acercarse al festín de sus bodas eucarísticas, le ofenderá enormemente, puesto que quien comulga en mortal pecado irroga injuria atrocísima á Jesucristo.

4. En efecto; injuria es que un enemigo, disfrazado con el ropaje del cariño, dé la mano á su adversario; y el sacrílego comulgante, por lo mismo que es hipócrita, simula engañar al que todo lo ve y lo sabe y lo pesa con exactitud la más escrupulosa. Injuria es que el que debe estar limpio de inmundicia y no lo está, intente comunicarse personalmente, íntimamente, con el que está limpio de toda mancha, pues por el mismo hecho pretende contaminarle; y el sacrílego comulgante, manchado con todas las asquerosidades del vicio, osa alargar sus manos y ofrecer su corazón al que es más blanco que la nieve, más encendido que el rosicler, más puro que los arreboles de la aurora matinal. Injuria es que el súbdito que se ha comprometido á preparar hermosa habitación al rey, le presente á la hora convenida sucio establo de animales; y el sacrílego comulgante, que prometió al Rey de reyes disponer la habitación de su alma con todo el posible ornato, no la haya preparado convenientemente. ¡Cómo sublevaba el alma, viendo al Hijo de Dios, al Santo, al Inmenso, al Infinito ante unos malvados hebreos, monstruos horribles, llenos de vicios, abortos del infierno! Pues también los ángeles se sublevan contra el comulgante indigno que, poseído del genio del mal, se atreve á estar frente al Dios de las virtudes.

Sancta, sanctis, decía en la antigüedad cristiana un diácono, á la vista de Jesucristo Sacramentado y de los que pretendían recibirle. Las cosas santas se dan á los santos; y los fieles, por más que estaban confesados y arrepentidos, se echaban á temblar, con ese temblor del alma justa que, aunque sabe que no muerde su conciencia, pero teme ha-

llarse menos purificada ante el Santo de los santos. ¡Ah! los siervos de Dios no se contentaban con la contrición de sus culpas; comprendían de la santidad que se trataba; y un S. Francisco de Asís lloraba amargamente sus leves defectos al acercarse al Sagrario; y un S. Buenaventura retrocedía muchas veces después de llegado á comulgar; y un S. Francisco de Borja confesábase dos veces al día; y un beato Nicolás Factor se daba tres disciplinas de sangre antes de la Comunión; y todos los demás siervos de Dios, que hoy gozan de la felicidad perpetua, se disponían con la oración, el ayuno, el silencio y la fuga de los negocios seculares. ¡Cuán santo es Jesucristo, ante cuya presencia los cristales más limpios quedan empañados! Y, ¿negará el comulgante sacrílego que irroga con su conducta atroz injuria al Salvador?

5. Ha dicho el Apóstol que todo aquél que participa indignamente del Cuerpo y de la Sangre del Señor se hace formidable reo del mismo Jesucristo. Por cierto; de todos los ultrajes, de todos los tormentos, incluso la propia muerte, que los deicidas judíos infirieron al Salvador, se hace copartícipe el comulgante sacrílego. Él es un nuevo Judas que, atrevido, y queriendo paliar su fea codicia, se adelanta á dar un beso traidor á su Maestro. Él es un nuevo Malco que, osado, levanta su indigna mano para abofetear el rostro en que se miran los querubes. Él es un nuevo Caifás, que rasga sus vestiduras en su presencia, como escandalizado del proceder de Cristo. Él es un nuevo Pilato, que se atreve á juzgar al Santo de los santos, y á fulminar contra Él la sentencia de azotes cruelísimos y de muerte ignominiosa. Él es un nuevo Longinos que, aunque ciego, enristra su lanza para clavarla en aquel Corazón que amó tanto á los hombres. Él es como los hebreos deicidas, que cubrieron al Redentor de asquerosa púrpura, después de haberle inhumanamente vapulado, y le pusieron entre sus divinas manos rota caña en lugar de real cetro, y clavaron aquellas puras manos que tantos enfermos curaron y tantos bienes dispensaron, y aquellos pies que por el bien del mundo tantos pa-

sos dieron. Él es como el vil populacho judío que, ebrio de sangre divina, ni la vista compasiva de Jesús Crucificado le conmovía, antes bien, moviendo su cabeza incrédula, desataba su lengua viperina en improperios y blasfemias las más horribles contra aquel Señor, cuya lengua no hizo más que bendecir á los hombres y perdonarles generosamente en su agonía.

§. II.

G. El indigno comulgante es un reo. Con la nueva Comunión ha añadido á la multitud de sus culpas un enorme pecado de sacrilegio. ¡Qué atrocidad, Dios mío! Á la manera que el salteador de caminos, una vez cometido el primer crimen, va señalando una como visible estela donde se destacan los crímenes posteriores, y no ceja en su infame proceder hasta que viene á caer en manos de la justicia, que le hará expiar su crimen, del mismo modo el que se atreve á comulgar en pecado mortal va añadiendo nuevos sacrilegios á las anteriores culpas, y su vida, si no se mejora con la contrición, será un tejido de pecados horribles, que al fin darán con el Juez eterno, quien le sabrá dar su justo merecido.

No comprendo por qué se comulga en pecado mortal, teniendo medios oportunos y fáciles para salir del pecado. ¿Quién obliga al sacrílego á comulgar? Después del desacato que comete contra las cosas santas y la injuria á Dios inferida, ¿pensáis que los que le vean comulgar le aplaudirán? Necios, mil veces, los que así discurren. Malo, pernicioso, atroz es vivir en pecado mortal, pero comulgar en dicho estado... es mucho más atroz, es horrible, horribilísimo. Al menos no se incite la cólera divina con una comunión sacrílega, que esto sería desconocer hasta los rudimentos más esenciales de la Religión, pecar contra la misericordia del Salvador que se nos da en este Sacramento para bien de nuestras almas, y acercarse hacia el fondo del abismo de la muerte.

3. La culpa mortal determina que el hombre esté enor-

memente separado del Criador; pero la culpa sacrílega hace que el Criador huya del hombre. Un sacramento que ha sido instituído para unir á Dios con el hombre, se convierte, recibiéndolo indignamente, en muro de separación enorme entre estos mismos seres. De hermoso lazo de unión temporal ha venido á ser cuchillo de división eterna. *Mors est malis*. El cristiano mal dispuesto ha ido á buscar á su Dios en la fuente eucarística, pero Dios, á medida que aquél le ha buscado se ha distanciado de él; no de otra manera que el cuerpo, cuanto más corre en busca de su propia sombra y ésta tanto más se aleja de aquél, así quien comulga en pecado grave, cuanto más fantasea correr en pos de Jesucristo, que para el caso presente es sombra funesta, tanto más Jesucristo se aleja de dicho cristiano. ¡Qué desgracia! ¡Alejarse del Salvador! ¿Hemos reflexionado bien lo que significa estar lejos de Dios? El hijo que, estando debajo de la patria potestad, y no por servir al Señor, se separa violentamente de su padre, no puede ser feliz: la paz y el gozo huyen de él: así el cristiano, que por sus malas comuniones rompe la amistad con su Criador, no puede estar jamás satisfecho; fantaseará gozar en medio de las distracciones seculares, de los sensuales placeres; pero en su interior, cuando se halle á solas, no quisiera yo experimentar ni por un momento sus inquietudes, sus recelos, sus amarguras. Los cafarnaítas que, no obstante haber oído de boca del Salvador la doctrina eucarística, quisieron separarse de Él, ¿á dónde fueron? ¡Ah! permanecieron en su funesta incredulidad; y cuando otros de los discípulos del Señor, si no titubeaban por irse, al menos no mostraban adhesión íntima al Salvador, cuando Éste les preguntó: ¿Y vosotros también queréis iros (1)? S. Pedro, en nombre de los doce, responde: Señor, ¿á quién iremos? ¿Á dónde, pues, irá el pecador sacrílego que por su propia causa se ha separado de su Redentor? Si lejos de Jesucristo no hay más que horrible caos, ¿á qué lugar del globo pretenderá marcharse

(1) Joan. VI, 68.

el indigno comulgante que ha roto con más fuerza la unidad con su Señor? Alejarse de Dios es acercarse á Satanás; separarse violentamente de la Comunión es unirse fatalmente al infierno.

8. Pero no está aquí todo. La virtud como el vicio, aparte la recompensa ó el castigo respectivamente que tengan que llevar en la otra vida, tienen aún en ésta su gran merecido. Decía el Apóstol, refiriéndose á los de Corinto, que entre ellos, por comulgar indignamente, había muchos atacados de enfermedades asquerosas y de imbecilidad repugnante, y que otros muchos dormían en el alma. Al modo que la triaca proporciona al hombre vida, y mata á la serpiente; al modo que de una misma flor sacan la abeja miel y la araña veneno, así el justo percibe la vida y la dulzura de la Eucaristía, mientras que el injusto, recibiendo el mismo Sacramento, traga la amargura y el veneno del espíritu. *Mors est malis, vita bonis.* No es extraño, pues, que este adorable Misterio sea castigo atrocísimo de los malos comulgantes, como es también recompensa grande de los que le reciben con entrañas de amor. Yo leo en el evangelio que Judas, que no quiso enmendarse de su gran codicia, y que por ella intentó nada menos que vender á su divino Maestro, en cuanto recibió con dicho propósito la santa Eucaristía, tras el dulce bocado entró también Satanás (1), que acabó de sugestionarle y persuadirle para que contratara infamemente la venta del Salvador. Su trágico fin, ¿quién lo ignora? Yo leo en S. Cipriano que, celebrando una vez Misa este padre, acercóse á recibir la Comunión una mujer en pecado mortal; mas, ¿por qué lo hiciera? Una vez comulgada, se le estrechó la garganta, ardiéronle las entrañas, y con horribles convulsiones quedó muerta. Yo leo en otras fidedignas historias que cierto niño que iba á comulgar por vez primera, remordiéndole su conciencia de pecado grave, una vez recibido el Señor, como dijese: *¡he cometido un sacrilegio!* movió horriblemente los ojos, rechinó los dientes,

(1) Joan. XIII, 27.

erizáronsele los cabellos, y torciendo la boca, se volvió hacia otro lado y murió (1).

Hoy, á la verdad, semejantes horribles casos no son tan frecuentes como en la antigüedad, porque también entonces precisaban más, ya que la Religión Católica necesitaba ser más consolidada. Sin embargo, no faltan, y el que está acostumbrado á ojear lecturas sanas no deja de confirmarse en lo que digo. Mas si los castigos temporales no son hoy tan abundantes, no faltan, empero, los castigos que invaden el espíritu de los que indignamente comulgan. ¡Cuántos cristianos hay que por haber sacrílegamente comulgado son abandonados de Dios, entregados al demonio, y lo que más sensible es, entregados en brazos de la desesperación y de la impenitencia final!

9. Porque no hay que dudarlo: tras la impenitencia final sucede la condenación eterna, y el sacrílego firma el decreto de su propia reprobación. En la antigüedad se sellaban los contratos con sangre de víctimas sacrificadas, sujetándose los contrayentes á ser tratados como lo habían sido éstas en caso de faltar á lo pactado. Para corroborarlo comían de su carne, lo cual venía á ser como un decreto que sentenciaba á muerte al infractor. Ahora bien, siendo la Eucaristía el sello de la alianza entre Dios y los hombres, el que hubiere faltado á esta alianza y comido la carne y bebido la sangre de Jesucristo, come y bebe su decreto de muerte, que á esto se refieren las palabras del Apóstol: *judicium sibi manducat et bibit.*

¡Qué triste el estado del pecador sacrílego! Ya no necesita que el Señor fulmine contra él la fatídica sentencia de eterna muerte. Y no es que Dios no pueda, ni quiera revocar ese atroz decreto; porque si el pecador quiere, el Señor le ayudará y saldrá de ese mal estado, confesándose bien, revocándose entonces la fatal sentencia; es que, fulminada ésta, le es difícil al sacrílego salir de su mal estado, porque ha pecado directamente contra Dios con uno de esos actos

(1) P. Martineg.

vilísimos que ensuciaría é infamaría al Santo de los santos, si fuera capaz de contaminarse con nuestras asquerosas miserias. He ahí por qué insista el Apóstol en afirmar que el indigno comulgante ha tragado su propia condenación. Misericordia especial necesita el sacrílego, si pretende ponerse en vías de salvación.

§. III.

10. Hay otra razón poderosísima que señala la pena impuesta al mal comulgante. Es la del gran escándalo que causa á sus prójimos con un proceder semejante. Yo bien sé que hay comuniones sacrílegas que se escapan á la mirada penetrante de nuestras pupilas: de éstas no puedo decir más que Dios las juzgará. Me refiero á las comuniones indignas de tantos pecadores enlazados con la culpa grave, que por su notoriedad trascienden en la desedificación de los fieles y aún de los incrédulos. Éste es el enorme escándalo de nuestro siglo, causador de mayores daños que los que puedan cometer los heresiarcas más osados. No sé por qué esos pecadores se han de creer con derecho ó con el deber de arrimarse á la Sagrada Mesa y abrir sus impuros labios para recibir al Dios de la santidad. ¡Qué desdicha! Que estén divorciados del Eterno; que vivan largos días contaminados con la impureza, con la usura, con el odio, con el robo, con la gula y con la envidia; que estén subscriptos á periódicos inmorales ó prohibidos por la Iglesia; que voten á candidatos revolucionarios ó liberales; que se jacten de defender opiniones erróneas, y arrastrar muchedumbres para el desorden, es un gran mal, muy cierto es; pero ninguno de todos estos crímenes es comparable con la gravedad que entrañan estos mismos pecadores, acercándose muchas ó pocas veces al año al Banquete eucarístico, ya que lo primero no lo extrañan mucho los hombres del siglo, pero sí extrañan y se escandalizan enormemente de lo segundo, puesto que, siendo una especie de herejía ó incredulidad manifiesta, inducen tácitamente á que los demás

dejen de creer en sus prácticas religiosas y hasta dudar de la Religión.

Esto en cuanto á los malvados, que respecto de los fieles prácticos y sencillos crea una confusión tan espantosa que no saben á qué atenerse en esos casos; por un lado notan la conducta perversa de aquéllos y por otro ven también que comulgan con cierto respeto, con cierta devoción: devoción y respeto del todo falsos, ya que asimismo se pregonan por eminentes hipócritas. Si el Arca de la Alianza no pudo sufrir á su lado al ídolo Dagón, pues á su presencia cayó éste del áureo trono, hecho pedazos; si tampoco pudo estar al lado de Moloc; si Jesucristo nada quiere con Belcebú, ¿por qué estos farsantes pretenden encender una vela á san Miguel y otra al diablo? ¿Por qué estos traidores en gran escala, se permiten llegarse al Sagrario y depositar sobre la Hostia inmaculada el ósculo pérfido del traidor apóstol? Amigos, les dirá Jesús, ¿con beso de falsa paz vendéis al Hijo del Hombre?

11. ¡Atrás, todos esos temerarios, falsificadores de la piedad cristiana, traidores á su fe y á su conciencia! Que no comulguen; ya que si en ellos consistiera acabarían con la Religión. Pero, ¿qué digo, Dios mío? ¿No será mejor que depongan sus vicios, y que, bien dispuestos, os reciban con entrañas de amor? Esto esperáis Vos, y nosotros esperamos de Vos. Que convirtáis sus almas hacia la verdad y el bien.

Nuestro deber estriba en llegarnos al Sagrario, exentos de malas costumbres y de sensuales afectos; en disuadir prudentemente á los viciosos que, mejor que no comulgar, se despojen de sus hábitos perversos, pues si el sacrílego receptor del Hombre-Dios, según he demostrado, comete un crimen horrible que atenta contra Dios, contra sí propio y contra sus prójimos, nada más laudable en el buen católico que evitar, en cuanto pueda, tamaños excesos y repararlos santamente al pie del Tabernáculo.

EJEMPLO

Cierto individuo refirió á un señor obispo que dos matronas de sus súbditos vivían torpemente. Condolido el prelado, y temiendo que otras siguiesen su mal ejemplo, se puso en oración, suplicando al Señor le manifestase la verdad de lo que había. Nuestro Señor se lo reveló mostrándole con qué disposición se llegaba cada uno á comulgar. Unos se presentaban con el rostro negrísimo y horrible; otros con el rostro quemado y teñidos los ojos en sangre; y quiénes, entre los cuales se contaban las dos matronas, iban tan resplandecientes y hermosos que daba gozo contemplarlos. Á los primeros les tostaba el Cuerpo del Señor, y á los últimos trocábales sus cuerpos y almas con esplendores bellísimos.

Admirado el obispo, suplicó de nuevo al Señor le declarase aquella peregrina visión. Un ángel le manifestó que, aunque era verdad lo que se había dicho de las dos matronas, no obstante se habían arrepentido verdaderamente de sus pecados, habiéndolos llorado con muchas lágrimas y satisfecho con limosnas, y por esta razón el Cordero de Dios las había perdonado, y trocado por medio de la Comunión sus almas y cuerpos en la hermosura y resplandores que había visto.—¿Qué significan, añadió el prelado, las diferencias de rostros que he visto en los demás hombres y mujeres?—Los que has visto, añadió el mensajero del cielo, con rostros alegres y claros, son los que viven castos, templados y misericordiosos con sus prójimos. Los que llevaban rostros negros y feos son lascivos, y manchados con otros pecados similares de la torpeza; y los que sobre estar negros tenían los ojos teñidos en sangre, son murmuradores, traidores, rencorosos y homicidas.—Procura, terminó el ángel, encomendar á Dios á estos infelices y ayudarles con oraciones y sacrificios; y declárales sus pecados para que se conviertan de veras á Nuestro Señor. Dicho esto desapareció. *Bto. Bernardino de Bustos, sermón 16, consider. 2.ª*

XV

La profanación de las Hostias consagradas es un crimen que pide venganza al cielo. Nuestro deber.

Vox sanguinis fratris tui clamat ad me de terra.
La voz de la sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra.

GENES. IV, 10.

1. Ha llegado la hora de tener que velar escrupulosamente sobre nosotros y sobre nuestras cosas. Lo que en mejores tiempos constituía en los gobiernos noble orgullo, tocante á cuidar con esmero de los asuntos religiosos, hoy, sin dejar de tener el mismo deber, se ha descuidado de una manera tan escandalosa y tan criminal que, ni ellos se interesan por hacer respetar los lugares santos, ni las civiles autoridades locales se toman la molestia de secundar los planes saludables de la Iglesia, ni de los párrocos celosos en lo que á este asunto respecta. ¿En qué tiempos estamos? Á qué extremos hemos llegado? Qué importa que en el código penal esté consignado que serán castigados los profanadores de los templos y de las cosas santas, si apenas se hace mérito de las denuncias, como no sea á fuerza de fuerzas, y amenazando repetidas veces á los funcionarios de justicia? Y ¿cómo se ha de castigar, como es debido, á los sacrílegos, si los gobiernos en general han deserta-

do de las filas del que es objeto de los insultos y desacatos privados y públicos, cuando solapada ó descubiertamente no le atacan y preparan su menosprecio? Nunca como en nuestros tiempos hemos leído casi á diario la repetición de profanaciones de lugares sagrados, de robos de vasos eucarísticos, y de irrisión enorme de las Hostias consagradas, que se multiplican á medida que avanza el tiempo, y á su tenor avanzan los hombres y los gobiernos en impiedad, en ateísmo y en infernal osadía.

La Iglesia está abandonada á sus propias fuerzas; sus ministros, solos é indefensos; sus leyes canónicas, incumplidas y pisoteadas; sin recursos; sin garantías. ¿Qué hacer, Dios mío? Es preciso moverse, es preciso hacer algo, y hacer algo de provecho, que sea eficaz, oportuno y adecuado al objeto que debemos proponernos. La masonería ha abierto francamente sus puertas para que de allí salgan los infames perpetradores de todos los crímenes sacrílegos en lo que á robos y profanación de vasos y Hostias consagrados se refiere; y la francmasonería cuenta con todas las sociedades ácratas, anárquicas, republicanas y liberales para llevar á mansalva la ejecución de sus planes demoniacos, y para defenderse, una vez perpetrados, tras las garantías, ó sombras de autoridad, de gobierno ó de atrevimiento sectario que dichas sociedades ofrecen al mundo. Es un nuevo espectáculo en el que se divierten seguros todos esos seres que han jurado odio á la Religión y á la sociedad ordenada. Precisa, por consiguiente, conocer á esta secreta sociedad en lo que atañe á nuestro delicado asunto, y desenmascarar sus horrendos sacrilegios, para librarnos de sus terribles acechanzas, y emplear medios vigorosos de ataque y defensa que inutilicen sus ardides satánicos. He aquí la proposición que espero desarrollar cumplidamente:

La profanación de las Hostias consagradas es un crimen que pide venganza al cielo. Nuestro deber.

§. I.

2. Pocos deben ignorar que los inspiradores ó funda-

dores de las sectas demoniaco-francmasónicas fueron ó son desdichados hebreos ó sacerdotes apóstatas. Que la masonería se propone nada menos que la destrucción de todo orden religioso y social está más que averiguado. Lo que muchos ignoran, pero que lo sospechan, es que sea ella en general la fautora solidaria de los robos sacrílegos y de la profanación de las santas Hostias. Precisamente, en las logias modernas se encuentra, y principalmente en los talleres de los paladistas luciferianos, *Re—Theurgismo Optimate*, y de los satanistas, *Odd—Fellovvs*, la perpetración constante de todos los horrendos sacrilegios que la historia arroja en cara al pueblo deicida. Demostración palpable de que su origen estriba en los judíos.

Pero no es mi objeto averiguar ahora este origen histórico de la masonería. Puede consignarse con toda verdad que sus raices están en la rebelión contra la verdad y el orden. Ahora bien; la personificación invisible de la rebelión contra la verdad y el orden es Lucifer; la francmasonería es, por lo tanto, la visible encarnación de Lucifer en los hombres malvados. Los mismos afiliados á la secta demoniaca no titubean en propalarlo; ellos mismos han levantado, en sus logias, inmundos altares á Belcebú, le ofrecen sacrificios sacrílegos, y alguna que otra vez holocaustos cristianos, le han compuesto formularios para dirigirle preces horrorosas, le invocan clamorosamente en sus *tenidas*, le llevan en procesión solemne por las calles y plazas con escándalo del público, y hasta no hace mucho se publicó en Roma un periódico titulado *Satanás*.

Pues bien; Satanás es el enemigo oficial de Dios y muy en particar de su Verbo encarnado. Donde quiera que alcance la acción social cristiana, allí ha de tender también sus redes laberínticas el espíritu del mal; y precisa que, para conseguir con menos tiempo y menores esfuerzos triunfos sin cuento, se revista de luz, se disfrace de bondad y lleve el antifaz de la religión. ¿Qué extraño es, pues, que la masonería, completa personificación de Luzbel, sea la antítesis del Catolicismo, aunque revestida informemente

con algunos de sus atavíos refulgentes? Mas estos hermosos atavíos son ajenos á ella, son de la Iglesia Católica; los atavíos no son la personalidad de la masonería, que en el caso viene á ser ésta como blanqueado sepulcro, como asquerosa luciérnaga nocturna. Lo que más subleva es que sus afiliados hagan alarde de no creer en sobrenaturalismos; que se mofen de nuestros dogmas que nos señalan la existencia del espíritu del mal, para que nos precavamos de sus tentaciones; y que ellos, los racionalistas, los espíritus fuertes, no sólo crean en Lucifer, sino que le invoquen como á santo y le adoren como á Dios! ¡Qué inconsecuencias más tremendas tiene la masonería!

Mas sigamos: esta sociedad impía, enemiga del género humano, para ser tal, necesita mostrar el sañudo coraje que revienta á Lucifer; éste no puede ver á Cristo, y en cuanto está de su parte ha de cebar su mortal odio contra Él en su sacramento del Altar, trono, digámoslo así, del Hombre-Dios en la tierra. Confesamos que en dicho Sacramento está realmente Jesucristo; no lo intenta negar Lucifer, es cierto; ya que todos los tiros de éste se han de dirigir hacia ese blanco de la piedad cristiana. ¿Qué ha de hacer, por lo tanto, la masonería á la vista de las órdenes del espíritu del mal? Tratará de mofarse del Sacramento eucarístico, de vilipendiarle, de profanarle, de acuchillarle... pero, ¿que es lo que digo, Dios mío? No, no es posible, añade un célebre autor (1), aplastar la esencia de las flores, mancillando la pureza de las flores y desparramando sus hojas: la esencia sube al cielo. No, no es posible aplastar la luz que se refleja en una fuentecilla, escupiendo á las aguas de la fuentecilla: la luz queda en su foco inextinguible; así tampoco es posible herir ni tocar á Cristo en la Eucaristía.»

El conato, no obstante, es el de herir y destruir al Salvador. Los oídos sanos, los corazones inmaculados no deben ofenderse al escuchar la sucinta relación que intento hacer del odio de la masonería contra las Hostias consagradas,

(1) Discurso pronunciado por D. M. Sánchez de Castro en el 2.º Congreso eucaristico nacional de Lugo.—Crónica del Cong., pag. 195.

ya que precisa en nuestros días conocer los planes del diablo para atajarlos y vencerlos.

En las secretas sociedades indicadas, ó sea en la de paladistas y satanistas, se tiene particular empeño por solemnizar una sacrílega parodia, no sólo de nuestra santa Misa, sino de la hermosa festividad del Corpus. Todos los años, á las diez de la mañana, celebran en dicho día la misa adonaicida (1). Sus adeptos comulgan con terribles *hostias negras* fabricadas expresamente, y consagradas con toda solemnidad á Luzbel, por el gran Maestre ó gran Maestra de la francmasonería; y para la celebración de la misa negra se sirven de cálices robados á las iglesias católicas, ó procedentes de sacerdotes renegados.

Lo más tristemente célebre en dichas sacrílegas reuniones consiste en la profanación de las santas Hostias, en las que se contiene real y verdaderamente Jesucristo. Los nuevos deicidas no titubean en disputarse la primacía por apuñalar todas cuantas sagradas Especies han sido llevadas allí por mujerzuelas infames, ó también ¡horror! consagradas especialmente por presbíteros católicos renegados. La mujer ha de ejercer en todas partes un papel importante; sea para el bien ó para el mal, ha de sobresalir por su astucia y refinamiento bueno ó malo; así que en las recepciones de mujeres, en el grado de Maestra *Templaria*, la electa se sacrifica públicamente en el Pastos; después la gran Maestra pasa á escupir la divina Hostia, acción que repite la electa, con una santa Forma que ella misma ha debido de haber recibido indignamente en un templo católico y á presencia de una comisión de sus .·. hermanos que la han acompañado para ser testigos presenciales del sacrilegio. La infame ceremonia termina por ser apuñalada la Hostia consagrada.

3. Hay asociaciones tan degradadas cuya pérfida misión consiste en la procura de sagradas Hostias, para lo cual son encargadas las mujeres, cuyas lenguas, bañadas

---

(1) Véase la Enciclopedia de la Euc., tom. V, pag. 289 y sig.

con cierto ingrediente, impiden que la adorable Hostia se humedezca al contacto de la lengua. Ha habido sociedad que mancilló más de 3.000 Formas consagradas. En París llegaron á costearse á cinco francos, una.

«Lucifer ha inspirado á los altos masones crear instrumentos de tortura para las Hostias. Uno de estos aparatos se compone de una caja, en la cual se ha hecho un hueco ó cavidad, donde se coloca la Hostia consagrada, y esta cavidad se cierra por medio de un obturador de corcho erizado de agujas, cuyas puntas rozan la Hostia; basta una ligera presión sobre el tapón con el dedo pulgar, ¡para que las agujas taladren la augusta Eucaristía!

«Otro instrumento semeja una caja de reloj *remontoir*, y contiene un mecanismo que funciona por medio de un tornillo exterior; el mecanismo es un engranaje de rollos microscópicos, armados de puntas agudas, pequeñas púas de acero, y todo esto funciona en conjunto, chafando, punzando, arañando, desgarrando la Hostia depositada en el fondo del estuche (1).

§. II.

4. ¡Qué horror, Dios mío, qué horror! ¡Á qué épocas tan aciagas hemos llegado...! Después que con temblor y vergüenza suma os he referido todas estas inmundas prácticas, necesito también haceros ver, por más que lo comprenderéis, que ellas piden sin cesar venganza al cielo. Abel era un varón justo, y los holocaustos, por él ofrecidos, gustaban en gran manera al Señor; mas no así los de su hermano Caín, á los cuales, por imperfectos, no miró el Eterno. Caín cobró envidia de Abel y haciéndole traición, le saca al campo y comete con él un atroz fratricidio. Pero el Inmenso, que vela por la inocencia, aparécese al fratricida y le pregunta:—«¿qué has hecho? la voz de la sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito serás sobre ella que abrió su boca y recibió la sangre de

(1) Francmasonería desenmascarada, núm. de Noviemb. de 1894.

tu hermano, de tu mano. Cuando la labrares no te dará sus frutos, y vagamundo y fugitivo serás sobre la tierra—(1).» Caín en efecto, maldito por Dios, anduvo fugitivo y errante por el mundo, llevando el estigma de la reprobación en su frente y sufriendo interiormente los remordimientos y las amarguras anejas á un crimen tan enorme como el que perpetrara. Mas, la sangre incruenta del segundo Abel, vertida sobre las aras sacrílegas de las *tenidas* masónicas, pide al cielo, mejor que la del primer Abel, terrible venganza que indudablemente se cierne y se cernerá en lo sucesivo sobre las cabezas frenéticas de los francmasones que tales nefandos crímenes perpetran. Como sobre Caín, todavía los infames deicidas piden caiga sobre sí propios y sobre sus hijos la sangre del Hijo de Dios. *Sanguis ejus super nos et super filios nostros* (2). Aun no se han hartado de sangre cristiana, y lo que no pueden ejecutar visiblemente en la adorable Persona de Jesucristo lo practican en su Misterio Santísimo.

El crimen de que me ocupo es mucho más atroz que el fratricidio y el regicidio. En todos tiempos castigó el Señor la muerte inferida á los hermanos y á los reyes que, por malos que hayan sido, son, los primeros, carne y sangre de sus hermanos, y encarnación de la autoridad divina en el hombre, los segundos. Las historias sagrada y profana no me dejarán mentir. Casi siempre los sediciosos que se han alzado contra sus soberanos quitándoles la vida con ó sin objeto de sucederles en el trono, han muerto, asimismo, á manos de homicidas. ¡Justo castigo al regicida! El rey de Dinamarca, S. Canuto, fué muerto por súbditos suyos que contra su vida preciosa se habían conjurado; pero el reino fué tambien afligido por el hambre y diversas calamidades, y los regicidas castigados por la mano fuerte del Eterno. El duque de Bohemia, S. Wenceslao, aconsejándolo su inhumana madre Drahomira, fué mandado asesinar por su propio hermano Boleslao; pero Drahomira fué absorbida violentamente por la

(1) Genes. IV.
(2) Math. XXVII, 25.

tierra, y Boleslao y los demás regicidas acabaron sus vidas de una manera desgraciada.

Pues bien; se trata del exterminio del Rey de reyes, y en apreciación de los mismos francmasones, el acto sacrílego de la profanación indicada constituye un nuevo deicidio. No hay duda que lo que cometen con las sagradas Hostias, eso mismo perpetrarían con la propia augusta Persona de Jesucristo, si la vieran, y prueba de ello es que, no contentos con la profanación de las santas Especies, ceban su hondo coraje en los católicos, principalmente en los sacerdotes, siempre que ocasión tienen, no importándoles un ardite la elección de medios, por ilícitos que sean, empleados para el efecto.

5. Así, ¿no se quiere que el cielo tome por su cuenta la venganza que los jueces de la tierra debieran tomar contra tamaños excesos? La historia eclesiástica sale al paso para pregonarnos que el pueblo deicida y los miembros masónicos han sido terriblemente castigados en distintas ocasiones por el cielo. Unas veces con motivo de recibir sacrílegamente el Pan de los ángeles; otras por apuñalar privadamente la Hostia consagrada; algunos en el momento de arrojarla en el lugar inmundo, y cuáles más con ocasión de la profanación de las mismas. Los estupendos milagros obrados por Dios con motivo de semejantes impiedades para abrir el sentido práctico á los infelices hebreos; ¿quién los contará? Milagros evidentes por un lado y castigos terribles por otro, unos y otros al unísono para convertir la perfidia judaico-masónica... ¡Cuánto revela todo esto por una parte el amor inmenso del Dios Sacramentado, y por otra su justa cólera contra los perpetradores de tantos crímenes! Que abran, Señor, que abran sus ojos esos infelices, que después de tantos claros avisos y escarmientos se obstinan en permanecer en el error y en la maldad.

§. III.

El católico no puede permanecer cruzado de brazos ante unos desórdenes tan graves. Por un lado devorarle debe el

celo por la casa de Dios; considerar por otro que los gobiernos poco ó nada hacen por evitar unos crímenes tan nefandos y que tanto les desautorizan; reconocer, en fin, que el clero católico poco puede también en defensa de los asuntos sagrados, si los fieles en particular no les ayudan con sus limosnas, su cooperación personal y su influencia. En este estado lamentable de cosas precisa tener una norma segura y unos medios eficaces para hacer que disminuya, y en todo caso evitar en lo posible la perpetración impune de tanta profanación eucarística.

He aquí mi opinión modesta que podría ensayarse:

6. Con objeto de evitar la percepción sacrílega de las santas Hostias por fines masónicos, convendría que los individuos desconocidos que se presentan á comulgar no fuesen admitidos á la Sagrada Mesa, sin que el párroco ó capellán de la iglesia, ó el que va á ministrarles la santa Comunión, se enterasen de su personalidad y religión, y de si ha confesado antes; no estaría de más le obligasen á firmar en un registro especial de que comulgaron en tal iglesia, día y hora. En caso de sospecha grave de que no son católicos recomendables, denegarles sin ambajes la Sagrada Comunión. Con semejantes precauciones podría venirse en conocimiento de ciertas ventas, cambios ó entregas de Hostias consagradas y, al averiguarse el hecho y ser denunciado, el registro en cuestión podría arrojar mucha luz en el tribunal de justicia para perseguir y condenar al profanador.

Débese desconfiar de ciertos sacristanes legos, nada devotos y escrupulosos, y amigos de personas nada recomendables.

7. Es prudentísimo que las sagradas Hostias sean conservadas en copones de cristal, donde haya privilegio, ó al menos en copones de metal inferior, con tal que se guarden las rúbricas.

Precisa reforzar los sagrarios, de tal suerte que, estando bien asegurados sobre el plano del altar, no puedan ser fácilmente abiertos, sin ser rotos á fuerza de grandes golpes. Entiendo que las llaves de los sagrarios, en general, no res-

ponden á las exigencias de la cautela que debe tenerse contra el arte sacrílego de los robos eucarísticos. Estas llaves conviene sean nuevas, fuertes, difíciles de imitar y conservadas inmediatamente por el encargado del templo.

Creo que los templos donde se guarda la santa Eucaristía no deben hallarse solos. Junto á su sacristía, ú otra dependencia, conviene habite un señor sacerdote, ó en su defecto un encargado subalterno de la iglesia, que sea probo y no infunda sospechas.

Convendría, asimismo, que los señores encargados de los templos se industriasen por crear guardias perennes de honor al Santísimo Sacramento, los cuales deberían ir de uniforme, con su bordón en la mano. Yo ya sé que, excepción hecha de las catedrales, colegiatas y parroquias grandes, no puede ser costeado un ostiario ó pertiguero, (que por eso he indicado se procure sean creados *guardias de honor al Santísimo)* que en las festividades y domingos, por lo menos, asistan gratis, si no pueden ser retribuídos, á las funciones parroquiales. Trabájese por que dichos guardias de honor sean perennes y retribuídos con limosnas populares, ó provenientes de las sacramentales. De este modo, no sólo podrán evitarse muchos robos sacrílegos, si que también se creará en la población, donde estuvieren instalados, una atmósfera de respeto y devoción al templo santo, y no se presenciarán los espectáculos que continuamente vemos en los templos en general, donde no parece sino que no tengan dueño, ni administrador, ya que lo mismo las personas distraídas é indevotas, como los irracionales pasean por el templo, sin que nadie les llame la atención ó les arroje del lugar santo.

8. Por una de esas cosas inconcebibles, nuestras iglesias, me refiero á las en que se conserva la santa Eucaristía, carecen de lo que no falta en toda sociedad, casino ó ateneo. Consiste en la presencia de un celoso conserje, cuya misión estriba en velar por el aseo y esmero y orden material y moral del local sagrado. Lo que en nuestros templos bastaba, hasta hace poco, con la presen-

cia del sacerdote (porque había mucha fe y devoción) no basta de ninguna manera en nuestros días. Hoy precisa en nuestras iglesias un verdadero vigilante, que podemos y debemos llamar con toda propiedad *ostiario,* que desempeñe con regularidad los oficios cometidos á dicho ministerio. ¿No da rubor que las casas de nuestras capitales tengan su portería con su portero, quien da razón á todo el que desea penetrar en los pisos de la casa, y vela por la seguridad y tranquilidad y aseo de la parte á él cometida; y que nuestras iglesias, los palacios del Hombre-Dios Sacramentado, se vean como los vemos, sin que en su atrio no haya quien dé razón del personal y de las funciones del templo, y sin que se ponga cortapisa enérgica á los frecuentes desmanes que los indevotos ó los impíos cometen en ellos? ¿Dónde está la fe? ¡Qué vergüenza, Dios mío, que vuestras casas no estén dotadas de lo más ordinario de que no carecen los señores del siglo!

Á la vista de todo lo expuesto, nuestro deber consiste: 1.° en expiar ante el Dios del Tabernáculo las profanaciones de que es objeto en su Misterio de amor; rogar por los desalmados que los perpetran, para que se conviertan; y 2.° esforzarnos por tener más celo por la Casa de Dios, ayudando á los Ministros del Excelso, según nuestras fuerzas permitieren, que no cae en el vacío la moneda que, como la de la viuda del evangelio, se arroja en el cepillo del santuario, ni Dios dejará en el olvido nuestros desvelos por el honor de su Casa, ya que el Señor favorece visiblemente, aún en este mundo, á todo aquél que se toma el menor trabajo por el interés de su gloria.

Para los *Ejemplos,* véase el Tomo II de esta ENCICLOPEDIA, capítulo XII, página 148 y siguientes.

XVI

Sobre la Comunión espiritual.

Me vero quilibet voluntate, aut gemitu unico habere potest.

Á mí puede cualquiera recibirme y tenerme por suyo con un solo deseo, con un solo gemido.

N. S. Jesucristo á Sta. Matilde.

1. Inmensa es la locura de los hombres que trabajan, se afanan, sufren y hasta pierden la salud por adquirir bienes que al fin se han de escapar de sus manos, como se escapa el humo del vapor, cuando con muy poco trabajo, con menos fatigas, en poco tiempo y aun en medio de los negocios útiles á la vida pudieran lograr bienes de trascendencia suma, á Dios, que es el Bien por esencia.

¡Maravilla estupenda! Á solo el Omnipotente es dado producir con el pensamiento, con un simplicísimo acto de su voluntad infinita, las incontables bellezas del universo, y sacarlas de la nada al ser, y darlas sorprendente forma, y dotarlas de luz, de color, de expresión, de movimiento y de vida. «Hágase la luz,» y la luz fué hecha. «Creced y multiplicaos y llenad la tierra,» y los seres crecieron, se multiplicaron y llenaron el orbe. Para Dios no es necesaria la palabra fecunda y omnipotente; bástale un solo y purísimo acto de su voluntad: esa voluntad poderosa capaz de crear en un momento infinitos mundos más bellos que los existentes, y

de aniquilarlos también en un instante, sin agotarse, ni mermarse por eso su virtud inmensa.

El hombre, empero, para obtener lo que desea, para poner en práctica sus ideales, necesita generalmente valerse, á más de sus potencias, de la cooperación de sus sentidos, y de sus miembros, y de sus semejantes, y de los irracionales, y hasta de los seres inorgánicos. Para que su soberbia fuese humillada hasta el fondo del caos, no quiso el Omnipotente que el hombre se bastara á sí propio, antes bien, necesitase el concurso de cuanto le rodea; pero, ¡milagro sin rival! si al hombre, para levantar una pluma del suelo le es indispensable el apoyo de sus manos; si al hombre para hacer uso de las criaturas, para dar forma á las ingeniosidades de su espíritu no le es suficiente un acto de su voluntad; para atraer á Dios, para llevar al Omnipotente á su corazón mezquino le basta sólo querer. No le es preciso ser ministro del Altísimo, ni pronunciar sobre lícita materia las venerables palabras consagratorias, ni acercarse al Sagrario para que el Hombre-Dios se ponga respectivamente en sus manos y en su pecho: es suficiente que apetezca, para que Dios se una á él, lo cual es estupendo. Podíamos afirmar, sin salirnos del círculo de este asunto, que lo que Dios puede lo puede también el hombre, y si Aquél negó á éste que pudiera producir las criaturas, le otorgó que á su imitación pudiera, permítase la frase, producir en el corazón á su Criador.

Hablo de la espiritual Comunión, por medio de la cual se consiguen los mencionados efectos; ella es la que atrae el Criador al corazón del hombre, y la que tan provechosas consecuencias le acarrea. Pero menester es que antes de entrar en materia distribuyamos este asunto en dos partes: *I Esencia de la Comunión espiritual. II Ventajas que proporciona.*

§. I.

2. Distingue el santo Concilio Tridentino (1) tres mo-

(1) Sess. XIII, c. 8.

dos de participar de Jesucristo. Hay algunos, dice, que comulgan sólo sacramentalmente, y éstos son los pecadores, que están en culpa grave, los cuales, aunque reciben la Sagrada Hostia, empero no reciben el Sacramento, esto es, la gracia sacramental eucarística; otros hay que comulgan sacramental y espiritualmente, y de esta suerte participan los cristianos fervorosos, que con una conciencia limpia de pecado grave reciben el Sacramento y su gracia; pero *otros hay que comulgan sólo espiritualmente, ó sea por medio de un deseo sincero y eficaz,* y éstos son aquéllos que, no pudiendo recibir á Cristo sacramentalmente, le perciben con el afecto de su voluntad. Es por lo tanto la Comunión espiritual, según el citado Concilio, un deseo eficaz y fervoroso de recibir el Pan del cielo, el cual deseo, juntamente con una fe viva que por el amor es obrada, hace que los que espiritualmente comulgan logren en su alma el fruto y utilidad de aquel Pan divino (1).

3. En este propio sentir abundan elocuentemente los doctores católicos. Sto. Tomás enseña que la Comunión espiritual consiste en un deseo ardiente de recibir á Jesús Sacramentado y en darle interiormente un amoroso abrazo, cual si en realidad le hubiéramos recibido. S. Alfonso M.ª de Ligorio (2) añade, que para hospedar á Jesús mediante esta espiriual Comunión es conveniente practicar ante todo un acto de fe, creyendo que verdaderamente Jesús está realmente en la Eucaristía; á continuación un acto de amor y deseo, y finalmente un acto persuasivo de que el Salvador ha venido al alma, diciendo de esta manera: «Creo, Jesús mío, que estáis en el adorable Sacramento; os amo y deseo; venid á mi corazón; os abrazo; no os apartéis de mí.» Es la Comunión espiritual, dice el P. Gabriel Contreras, mina donde se enriquecen las almas, consistiendo en un deseo eficaz de recibir á Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, creyendo

---

(1) Qui voto propositum illum Cœlestem panem edentes, Fide viva quæ per dilectionem operatur, fructum ejus et utilitatem sentiunt. id.

(2) Visitas al Smo., De la Comunión espiritual.

con viva fe que está realmente en el Sacramento eucarístico (1).

4. Jesucristo enseñó verbalmente á algunos siervos suyos el modo de practicar debidamente la Comunión de que nos ocupamos. Estaba postrada en el lecho Sta. Matilde, á quien no afligía otra cosa que observar á las demás religiosas que podían comulgar, mientras ella estaba privada del Pan de los fuertes, y en medio de tanta amargura levantó los ojos al cielo; mas he ahí que pudo contemplar á su Majestad divina, sentado en hermoso trono que, al levantarse, decía: «Á causa del trabajo del oprimido y del llanto del indigente me levantaré ahora.» Y acercándose á ella la dijo: «Cuando así gimes por mí me atraes fuertemente hacia ti. Conoce que por vil y despreciable que sea alguna cosa cual es una paja, no puede el hombre conseguirla con un solo querer; pero á mí cualquiera, con un solo deseo, con un solo gemido puede conseguirme y tenerme por suyo» (2). Declaró también el Señor á la venerable Paula Maresma lo muchísimo que le agradan las Comuniones espirituales y los favores y mercedes que en ellas concede, mostrándole dos purísimos vasos, el uno de oro, y de plata el otro, diciéndola al propio tiempo que en el primero guardaba sus comuniones sacramentales y en el segundo las espirituales (3). Á Sta. Gertrudis la Magna manifestó asimismo el Salvador esta sublime escena, permitiendo, además, que contemplase cerca de su trono muchas personas ricamente vestidas y galanamente adornadas con margaritas preciosas, y la dijo: «¿Ves todas esas riquezas y atavíos? Pues significan las gracias y mercedes que han recibido sus almas en recompensa del buen deseo con que han comulgado espiritualmente.» En suma, á la beata Juana de la Cruz dijo un día que cada vez que ella comulgaba espiritualmente recibía una gracia semejante á la de la Comunión sacramental.

5. ¿Creéis, no obstante, que la práctica de este bello

(1) Despertador eucarístico, cap. 9.
(2) Haut., núm. 914.
(3) S. Ligorio, Visitas. Introducción.

modo de comulgar no pasa más allá de los umbrales de la Edad Moderna, ó que sin duda fué indicada todo lo más en la Edad Media? ¿Creéis que nuestros primitivos padres en la fe la ignoraron? Recordad que las hermosas liturgias de Santiago y la Egipciaca son muy difusas, y que, mientras eran practicadas, los antiguos fieles se entretenían en fomentar en su alma vivos deseos de recibir la Santa Hostia, que después de la sunción sacerdotal deberían comulgar. Recordad que los sermones y las preces de aquellos preciosos tiempos tendían á poner de realce el divino Misterio eucarístico á fin de que los fieles se moviesen por momentos á apetecer su recepción. ¿Qué significa la constante práctica de comulgar diariamente, sino la manifestación evidente de una ardiente ansia por unirse á Jesucristo? ¿Qué denotaba el firme tesón por participar del Pan de los fuertes antes de subir al martirio? Registrad las catacumbas, esas vetustas necrópolis cristianas, y observaréis en ellas símbolos eucarísticos, ante los cuales se hallan de pie imágenes de fieles legos ó de diáconos que señalan con el índice ó con una varita el emblema eucarístico, denotando con esta postura el pensamiento fijo que en la Eucaristía tenían, y el fervoroso deseo de recibirla que en cada momento abrigaban. Ella, en efecto, era su consuelo, su apoyo, su baluarte. En medio de tan atroces persecuciones, rodeados de ciudadanos traidores, entre las alternativas del hambre y de la cárcel, de la espada y del potro, la Eucaristía era su norte y su vida. Terminadas que hubieron las sangrientas persecuciones, no dejó de haber fervorosos discípulos de Jesucristo que practicasen á menudo la espiritual comunión. La realidad de este hecho se manifestaba en la sublime avidez por conducir la Santa Hostia á bordo de las naves, en el interior de los domicilios, en el fondo de los desiertos y en el altar de las campestres ermitas.

§. II.

Pero veamos ahora qué ventajas nos consigue la espiritual Comunión, que hasta cierto punto las tiene sobre la sacramental. En efecto:

6. La Comunión espiritual se puede practicar sin trabajo ni molestia de ningún género. Mientras que para recibir sacramentalmente al Salvador es indispensable vestirse con decencia, salir de casa, ir á la iglesia, buscar un sacerdote, etc.; para comulgar espiritualmente es suficiente practicarla en cualquier lugar, en medio de cualquiera ocupación y estado en que se halle el cristiano fervoroso. «¡Oh mi Señor, exclamaba la V. Juana de la Cruz, y qué buen modo de comulgar es éste sin ser vista, ni registrada, sin dar cuidado á mi Padre espiritual, ni tener con quien cumplir más que con Vos, que en la soledad sustentáis al alma con vuestros amorosos pechos y le habláis allí al corazón!» ¿Dónde están, pues, aquellos cristianos que afirman no tener tiempo para comulgar sacramentalmente? ¿dónde aquéllos otros que, postrados en el lecho del dolor, son impedidos de llegarse al templo? dónde los criados, los jornaleros, los industriales...? que sepan que ante Dios son infundados sus pretextos; al menos no podrán negar que pueden participar espiritualmente del Cuerpo del Señor.

7. Esta espiritual Comunión sirve, además, de preparación para la sacramental. Conforme con esta doctrina decía el P. Pedro Fabro que para comulgar bien sacramentalmente importa sobremanera la Comunión espiritual. Con efecto; si ésta consiste en un vivo deseo de recibir á Jesucristo Sacramentado, quien la practica, posee ya al menos la devoción y el fervor y quizá una señal manifiesta de que se halla en pura amistad con el Señor; ahora bien: cuantas más comuniones espirituales practique, tanto más dispuesto se encontrará para recibir la Divina Eucaristía, porque, siendo el Salvador celoso y amante de corazones que le aprecien fervorosamente, quien le desee muchas veces puede estar seguro de que está bien dispuesto para recibirle sacramentado. Además, una persona cristiana que comulgase muchas veces al día espiritualmente sería un alma santa, pues ni el pecado mortal, ni la tibieza, ni aun muchos pecados leves deliberados pueden componerse con quien desea recibir al Señor con gran frecuencia.

8. Tiene asimismo esta Comunión espiritual la ventaja de poder ser repetida cuantas veces se desea. Sólo esto debiera mover al cristiano á practicarla siempre que del Señor se acordase. ¿Qué apetito tan voraz no se apoderaría del alma de los V.V. obispos Honorato y Fermín cuando los mismos querubes les ministraron la santa Eucaristía (1)? ¿Cuántas veces no la apetecería el beato Silvestre, cuando la Sma. Virgen se la dispensó con sus propias manos (1)? Qué ansias tan grandes no tendría el beato Bienvenido de Eugubio cuando el Niño Jesús se le dejó ver entre bellos resplandores (2)? Toda la vida de la V. Juana de la Cruz fué, dice su biógrafo, una continua espiritual Comunión, práctica que agradó tanto al Salvador que lo declaró con multitud de señalados prodigios. Un día que dicha venerable estaba en el claustro y oyó la campanilla de alzar, se arrodilló inmediatamente, y deseó con vivas ansias recibir á Jesucristo; al punto, abriéronse las paredes que impedían directamente la vista de la Santa Hostia para que la sierva de Dios pudiese adorarla. Aquélla rindió pleito homenaje á Jesucristo Sacramentado y las paredes volvieron á su primer estado, conservando no obstante una ranura para señal perpetua del milagro. La beata Águeda de la Cruz afirmaba que si su confesor no la hubiera enseñado la Comunión espiritual le hubiera sido imposible la vida, por cuya razón comulgaba espiritualmente doscientas veces al día. ¿Cómo podían los santos efectuar tanto númeno de comuniones diarias? Dadme un corazón amante, contestaba S. Agustín, y entenderá el asunto: para el que ama nada hay difícil.

Convendría, dice S. Alfonso de Ligorio, que las personas que desean crecer en el amor á Jesucristo hiciesen una Comunión espiritual siempre que visitasen al Santísimo Sacramento y añade que mejor sería que practicasen tres; al principio, al medio y al fin de la visita, por ser su utilidad mayor de lo que algunos juzgan; asimismo convendría que la practicasen también en la Misa.

(1) S. Leonardo de P. Mauricio. Tesoro escondido cap. II, §. 4.
(2) Brev. Rom. franc. Lec. II, 27 Jun.

9. En la Comunión sacramental hay una desventaja, si así podemos llamarla, que no existe en la espiritual. ¿Sabéis cuál es? El peligro de vanagloria. ¡Cuántos católicos pierden el fruto de la sacramental Comunión porque en el momento de percibir la santa Hostia están poseídos de cierto aire de vanidad y orgullo mundanos, creyendo ser más perfectos que los que no comulgan! Era preferible no acercar la boca, empañada con la presunción, al Costado del Salvador. No escribo esto, no, para que se prefiera la espiritual Comunión á la sacramental, sino para que se evite en lo posible esta especie de imperdonable altanería donde reinar debiera la humildad más profunda.

10. Finalmente; por medio de la espiritual Comunión se consigue á veces tanta gracia y en ocasiones más gracia que en la sacramental. Es de fe que por esta Comunión se consigue mucha más gracia *ex opere operato* que por la espiritual, donde la gracia que se adquiere se debe al puro deseo del que la practica; mas en determinadas ocasiones y determinados sujetos puede ser tanta la eficacia del casto deseo y tanta la disposición del alma que se reciba más gracia, que si se comulgara sacramentalmente con menos disposición y deseo más frío. Cierto día era imposible comulgar á Santa Gertrudis, pero en su lugar practicó una espiritual comunión con fervor extraordinario, y el Señor la reveló que en esta vez había conseguido más gracia que en las otras todas. Á la V. Juana de la Cruz le fué revelado, asimismo, que comulgando espiritualmente recibía la misma gracia que si hubiera comulgado sacramentalmente. Un religioso lego franciscano fué enviado día de Jueves santo por la mañana á pedir limosna. Cuando regresó al convento eran terminados los oficios, y, viendo que no podía ya comulgar, comenzó á gemir de una manera tal que no había medio de sosegarle. Á poco la puertecita del arca del Monumento se abre y da paso al Niño Jesús, que sale en dirección hacia el bendito lego. Éste, que apenas se da cuenta de la extraordinaria visión, comienza á retirarse; pero el Niño Jesús, tomando proporciones varoniles, le sigue hasta que, llegán-

dose á él, le besa en el rostro, en recompensa del eficaz deseo que mostró por recibirle.

He aquí, en resumen, los frutos de la Comunión espiritual. Felices de nosotros mil veces si la practicamos á menudo; nuestro amor á Jesucristo será inmenso y la esperanza de la eterna vida, segura. Mas otras son nuestras costumbres; se cree que la Comunión espiritual es obra única de las personas á Dios consagradas, y si bien se medita, las demás tienen tanta ó más necesidad que éstas, por carecer de tantos especiales medios de salvación. No nos arrastremos como la serpiente por la tierra de las codicias sensuales, sino alcemos nuestro vuelo, remontémonos como el águila á regiones superiores y fijemos como ella nuestros ojos en el sol, pero en ese sol divino sacramentado que fecundiza nuestro espíritu. Si así lo practicamos, y si, como gran medio para realizarlo, apetecemos con frecuencia al Salvador, nuestro gozo será íntimo, nuestra satisfacción inmensa, nuestra felicidad completa: esa felicidad espiritual, prenda hermosísima de la que nos aguarda en los edenes celestiales.

EJEMPLO

Estaba trabajando en la fábrica de un grandioso templo levantado á honor de N. P. S. Francisco, cierto piadoso arquitecto devoto, el cual, cuando más seguro creía estar, tuvo la desgracia de recibir en la cabeza el tremendo golpe de una viga que acababa de soltarse de lo alto. Herido gravísimamente, tuvo ocasión todavía para solicitar con humildad el Smo. Sacramento. Mas el religioso que presente se hallaba, comprendiendo que ni tiempo daba para llevárselo, le aconsejó que praticara el consolador aforismo de S. Agustín. *Crede, et manducasti:* Cree, desea comulgar con fe viva y haz cuenta que has comulgado. Tranquilizado un poco Bartolomé, que así se llamaba el paciente, quedó como en profundo letargo, cuando á la noche siguiente se le apareció el Seráfico S. Francisco, que llevaba entre sus brazos un corderillo, y llegándose al lecho del cristiano arquitecto, le dijo:—Bartolomé, no temas, éste es el Divino Cordero que pedías á quien ya recibiste por el fervoroso deseo con que ansiabas entrase en tu pecho, y por cuya virtud recibirás con la salud del alma la del cuerpo.—El santo Patriarca deslizó su bendita mano sobre las heridas de

su devoto y le dijo fuese á continuar la obra que había comenzado. Al dia siguiente vieron con asombro al feliz arquitecto que trabajaba de nuevo en la sagrada fábrica, y dieron gracias y alabanzas al Señor por el estupendo milagro que había obrado, merced á la comunión espiritual é intercesión del Patriarca Seráfico (1).

---

(1) *S. Buenaventura*, en la vida del Seráfico P., lib. 13, cap. 15, de Miraculis.

XVII

Sobre las Visitas á Jesús Sacramentado.

Paululum cum pertransissem eos, inveni quem diligit anima mea: tenui eum, nec dimittam.

Después que hube pasado de ellos un poquito encontré al que ama mi alma, le tuve y no le dejaré.

CANT. III, 4.

1. ¿Habrá algún bien en este mundo, por perfecto que se le suponga, que satisfaga plenamente las aspiraciones del humano corazón? No invoquemos las sagradas Escrituras, ni el acreditado testimonio de los Padres de la Iglesia; apelemos á una triste experiencia de seis mil años; hable nuestra lengua, lo que ven nuestros ojos, lo que palpan nuestras manos, lo que siente nuestro espíritu y profiramos la verdad: al hombre no le satisface plenamente ningún bien; nada de cuanto existe sobre la tierra, ni los dulces placeres, ni los delicados gustos, ni las gratas diversiones, ni los hermosos espectáculos, ni las pingües rentas, y menos aun las inmensas riquezas; después de haberlo probado todo, luego de haber dicho *basta* (que jamás se dice) nada sacia al apetito humano. Una amistad verdadera, desinteresada, larga, tan difícil de encontrar y que podría llenar en alguna manera las violentas exigencias del humano corazón también cansa, también fastidia. ¿Puede haber ente que haya satisfecho todos los gustos y procurado todos los re-

galos de un sibaritismo refinado, como Salomón? Pues, este rey, tan dotado de inmensas riquezas, tan lleno de eminente sabiduría, tan dado á los grandes placeres, que tenía para su regalo palacios magníficos, huertos deliciosos, vergeles perfumados, carrozas costosísimas, siervos sin número, rebaños de infinitos animales, armoniosos coros de cantores y centenares de concubinas; este rey que no negó ninguna belleza á sus ojos, ni ningún placer á su alma; con tremendo desengaño, al pisar los umbrales de la vejez decrépita, y cuando entreveía los albores de la eternidad, pronunció aquella famosa sentencia, axioma reconocido por la humanidad: «Todo es vanidad de vanidades y aflicción de espíritu.»

2. Empero, si una experiencia funestísima nos abre los ojos para ver y ponderar cuanto pasa en derredor nuestro, también lo es que en la Religión Católica hay sublimidades que satisfacen plenamente el alma, en cuanto cabe á una felicidad perecedera, y una de estas sublimidades es visitar á Jesucristo Sacramentado. Ved aquí el medio real que tranquiliza, que sosiega, que sacia los deseos del corazón. La conversación de Jesús no tiene amargura ni tedio, antes bien gozo y alegría, dice el Espíritu Santo; y en efecto, quien conversa con Jesús, en la soledad del santuario, experimenta una tranquilidad tan grande, un gozo tan inmenso y una satisfacción tan honda que no es para explicarlo.

Investiguemos, por lo tanto, la dulzura inefable de esta célica conversación y los bienes ocultos que de ella se obtienen, distribuyendo la materia para su mejor claridad en tres puntos: *I Jesucristo Sacramentado muestra vehementes deseos de que le visitemos. II Provecho inmenso que se consigue de visitar al Sacramento. III Felicidad incomparable de los que conversan frecuentemente con el Salvador eucarístico.*

§. I.

3. Paternal á la par que dulcísimo fué el aviso que Jesucristo, Señor Nuestro, dió á sus queridos discípulos momentos antes de partirse al cielo: «Mirad que yo estoy con

vosotros todos los días hasta el fin de los tiempos.» Como si les dijera: No temáis, porque si me marcho, también quedo entre vosotros; ya sabéis dónde está el real palacio de vuestro Dios, para que acudáis á él en vuestras necesidades y tribulaciones. Por eso nos dice desde el Sacramento: «Venid á mí cuantos andáis cargados y oprimidos que yo os aliviaré.» Cuando un buen padre comprende que su amado hijo teme sufrir algún daño, y le dice para tranquilizarle:—Mira que tu padre está aquí; no tengas que temer,—así Jesucristo quiso declararnos con las palabras expresadas, que en adelante no debemos temer, pues Él se halla en el Tabernáculo para favorecernos, auxiliarnos y estrecharnos contra su Corazón sagrado.

¿Y no será así cuando el mismo Salvador afirma que sus delicias son habitar con los hombres? Mas, si tiene realmente con nosotros sus placeres castísimos es porque lógicamente cree y espera que nosotros iremos á verle y á pasar algunos momentos con su grata compañía. Por algo nos dirige las palabras del sabio: «Si hay alguno que sea pequeño en humildad venga á mí, con objeto de que le pueda recrear con el pan y el vino que le tengo preparado (1);» por algo nos dice con el salmista: «Venid, hijos míos, oid mi voz que os dirijo desde las prisiones del amor (2);» por algo nos asegura que quien á Él acude jamás tendrá hambre ni sed, ya que le satisfará con el agua viva del Tabernáculo, que salta hasta la vida eterna (3); por algo, finalmente, nos avisa para que no temamos á nuestros enemigos aunque nos calumnien y persigan y encarcelen y entreguen en manos de los verdugos (4), pues Él está con los suyos en la tribulación á quienes librará del cautiverio moral y glorificará después (5); sí, por algo nos llama, nos requiere y nos invita; pero nos invita, nos requiere y nos llama para que le tomemos por amigo fiel y nos gocemos en su dulce compañía.

(1) Prov. IX, 5.
(2) Ps. XXXIII, 12.
(3) Joan. IV, 14.
(4) Math. X.
(5) Ps. XC, 15.

4. La santa Iglesia, en opinión de S. Alfonso de Ligorio, instituyó la hermosa fiesta del Sacramento con tanta solemnidad para honrar, no sólo la Comunión, sino también la amorosa residencia de Jesucristo en nuestros templos (1). Á la verdad; aunque el fin primordial de la Esposa del Cordero, al instituir dicha fiesta, consistió en patentizar el triunfo de la Santísima Eucaristía sobre los herejes y malvados, empero no olvidó hacer recordar que Jesucristo se ha aprisionado voluntariamente en nuestros sagrarios para declararnos su amor, y manifestarnos en consecuencia que si le somos agradecidos debemos visitarle con frecuencia. En su confirmación, decía el P. Nieremberg que Jesucristo se había quedado en los altares para recordarnos el amor que nos tuvo. Y por esto precisamente añade S. Pedro de Alcántara, quiso quedarse Él mismo por Esposo, á fin de que la Iglesia no quedase viuda en ausencia tan larga. Y ¿qué deseará, por lo tanto, el Salvador con haber adoptado tan bellos oficios? Si pretende ser nuestro perpetuo compañero, ¿no querrá estar á nuestro lado? Y si Él no puede salir de los templos á todas horas, ¿no será voluntad suya que le hagamos compañía en la prisión eucarística? «Mirad, decía Sta. Teresa, con esa sencilla elocuencia y claridad hermosísima que caracterizan sus escritos, mirad: no todos pueden hablar con el rey; lo más que un vasallo puede esperar es hacerle hablar por tercera persona. Mas para hablar con Vos, oh Rey de la gloria, no se necesitan terceras personas. Vos siempre estáis dispuesto á oirnos á todos en el Sacramento del Altar; todo el que quiere os encuentra siempre allí, y os habla mano á mano. Á más de que si uno logra hablar con el rey, ¡qué de tiempo y de paciencia no ha menester! Los monarcas dan audiencia pocas veces al año; pero Vos, Redentor nuestro, en este Sacramento nos dáis audiencia á todos siempre que lo deseamos.»

5. Comprendo que os habéis posesionado de las vehementes ansias que tiene el Salvador de que le visitemos;

(1) Monja santa, cap. 18.

mas ahora podréis declararme si realmente los cristianos secundan los deseos de Jesús. Pero, qué digo? Arrojemos opaco velo que nos impida ver ese gravísimo pecado. Jesucristo no es correspondido, no es visitado. Dejemos al mismo Salvador que exhale sus amargas quejas y que desahogue su tierno Corazón. Estaba un día la beata Margarita de Alacoque ante la augusta Eucaristía, cuando el Señor la mostró su bendito Corazón sobre un trono de fuego, cercado de agudas espinas y una pequeña cruz en lo alto, y la dirigía estas palabras:—Mira este Corazón tan amante de los hombres y que nada ha dejado de hacer hasta consumirse y agotarse por amor suyo, pero en recompensa no recibe de la mayor parte de ellos, en este Sacramento de amor, más que ingratitudes, desamor, olvido, irreverencias, agravios y sacrilegios; así es cómo me pagan; y lo que siento más es recibir tantos ultrajes de los corazones que me están especialmente consagrados.—

§. II.

Mas, si el deseo que Jesucristo Sacramentado muestra por que le visitemos en el Sagrario, y nuestro general desafecto hacia S. M. D., no nos estimulan á hacerle grata compañía, veamos si lo obtiene el provecho inmenso que se consigue de visitar al Sacramento. «Llegaos á Jesús, dice el Profeta (1), y seréis iluminados;» «llamad, añade el Salvador, y se os abrirá;» pero á dónde hemos de llamar? á dónde convendrá que acudamos? Me parece que la respuesta es conocida de todos: debemos llamar donde sepamos que alguien puede abrirnos. Jesucristo habla en esta ocasión de sí propio, y como si en algún lugar de este mundo se halla personalmente el Salvador es en la augusta Eucaristía, luego á la puerta del Sagrario es donde nos conviene llamar. Ved, por consiguiente, cómo se obtienen dos grandes bienes en la visita que hagamos á Jesús; por el primero somos iluminados, y por el segundo nos son franqueadas las puertas del tesoro divino.

(1) Ps. XXXIII, 6.

6. Y qué cúmulo de mercedes no se obtiene por acompañar á Jesús en la soledad del Sagrario? Todo se puede obtener con la ayuda del Salvador, ha dicho el Apóstol (1): consoladora sentencia que ha sido plenamente confirmada por el testimonio de millones de personas que han experimentado en sí propios y en sus intereses las influencias eucarísticas. El real profeta había declarado que el Cristo venidero (2) no abandonaría jamás á los que le buscasen; y con efecto, Jesucristo, después de haber sentado sus reales en el Tabernáculo sagrado, ha despachado satisfactoriamente á cuantos han implorado su poderoso auxilio. ¿Quién hay que haya sido rechazado por el Salvador? Entrad en el Corazón de Jesús Sacramentado, decía con sublime énfasis la Beata Margarita María, como un amigo convidado al festín por otro amigo; allí encontraréis las delicias que os están preparadas, que son superiores á todas vuestras ansias y pensamientos; quedaréis embriagados del vino delicioso de su amor, que endulza las amarguras del siglo é inspira tedio de todos los placeres mundanos. Descansad en sus brazos, como el niño tierno descansa en el regazo de su madre donde encuentra su asilo y seguridad (3).»

7. Para que comprendáis mejor cuáles son los inmensos bienes que se logran con visitar al Santísimo Sacramento, debemos fijarnos en que el Señor ordenó á Sta. María Magdalena de Pazzis, le visitase treinta y tres veces al día, lo cual cumplía esta santa perfectamente. Delante del adorable Sacramento, dice S. Ligorio, aprende uno á ser santo, y efectivamente lo consigue. «¿Dónde, añade, han hecho las almas fieles resoluciones más heróicas que delante del Señor Sacramentado? Y quién sabe si tú, hermano mío, también te resolverás algún día á darte del todo á Dios á la vista de una Custodia? Por mi parte, asegura el siervo de Dios, confieso, agradecido á nuestro buen Jesús, que lo debo todo á

(1) Philip. IV, 13.
(2) Ps. XC.
(3) Moradas en el S. Corazón; Jueves y Viernes.

la devoción de visitarlo en el Santísimo Sacramento, aunque con imperfección y tibieza... (1).»

8. Quizá muchos despreocupados é indiferentes, quizá también algunos tibios católicos se atrevan con más ignorancia que malicia á preguntar: Y ¿qué se hace tantas horas delante del Sacramento? ¡Ah! responde Sor Ana de la Cruz, que fué condesa de Feria:—Yo estaría por toda una eternidad delante del Santísimo. Allí se dan gracias, se ama y se ruega,—y se consigue, podíamos añadir, merced á la acción de gracias, al amor, al interés que mostramos por nuestros hermanos, y merced también á la guardia de honor que prestamos á Jesucristo Sacramentado. ¿Qué es lo que no conseguiría la venerable condesa cuando se hizo construir una modesta celda, desde la que podía ver el sagrario, y en la que pasaba la mayor parte del día y de la noche? Qué es lo que no conseguiría N. P. S. Francisco cuando á cada momento se dirigía al Tabernáculo para resolver sus dudas ante el Dios de los altares? Qué es lo que no conseguiría la sierva de Dios María Díaz cuando afirmaba que no podía vivir sin la presencia de Jesucristo Sacramentado? Qué es lo que no conseguirían, en una palabra, tantos celosos apóstoles, tantos heróicos mártires, tantos fervorosos confesores, tantos penitentes anacoretas, tantas hermosas vírgenes, tantos mortificados religiosos de ambos sexos, que caldearon su espíritu en el fuego del Sagrario, que se movían á su impulso y hacían mover á los demás con ese mismo poderoso agente, que todo lo arrastra hacia sí para conducirlo á la eternidad feliz?

Convencido de que si queremos lograr algún bien duradero, debemos recurrir al Santísimo Sacramento, decía san Luis Bertrán que los siervos de Dios navegan con la Sagrada Eucaristía como la nave con próspero viento, por lo cual aconsejaba á todos que comulgasen á menudo, y cuando esto no pudiesen, que se presentasen delante del Sacramento eucarístico y le recibiesen espiritualmente (2).

---

(1) Visitas al Smo.
(2) P. Ribadeneyra, Flos sanctorum.

9. El famoso templo de Salomón fué, como nadie ignora, adecuado símbolo de los templos donde se conserva el Sacramento Santísimo. Pues bien; el Eterno consignó detalladamente los favores que derramaría desde él, si el pueblo fuese á pedírselos á aquel sagrado lugar. Aparece el Señor una noche al rey sabio y le dice estas textualès palabras: «Si cerrare el cielo y no cayere lluvia, y ordenare á la langosta que consuma la tierra, y enviare peste sobre mi pueblo: empero si éste, convirtiéndose, me rogare y buscare mi rostro, yo también le oiré desde el cielo, y seré propicio á sus pecados, y sanaré la tierra. Mis ojos estarán abiertos y mis oídos atentos á la oración de aquél que orare en este lugar, porque he escogido y he santificado este lugar á fin de que esté aquí mi nombre para siempre y estén fijos sobre él mis ojos y mi corazón en todo tiempo (1).» Frases bellísimas, animosas, divinas, propias del Altísimo, las que acabamos de oir y que se refieren al templo figurativo del Testamento antiguo; pero que no menos deben aplicarse á los templos reales del Testamento Nuevo, donde Jesucristo ha establecido su residencia sacramental. Si Dios, en efecto, escogió el templo de Jerusalén para oir las súplicas de su pueblo, ¿cómo no habrá escogido para lo mismo los templos de los cristianos, siendo así que Él ha prometido estar en ellos corporalmente hasta el fin de los siglos? Si desde el templo de Salomón despachaba las peticiones de su pueblo, siendo así que en él habitaba únicamente por especial afecto, ¿cómo no despachará favorablemente las que le proponga el pueblo catòlico en las iglesias donde Él se ha puesto cautivo por su amor? Si en aquel templo, finalmente, tenía puestos sus ojos y su corazón, ¿no los tendrá puestos y clavados mejor en los nuestros? Sin duda, las promesas que el Señor dirigió á Salomón las ha dirigido con más gusto á la Iglesia, Esposa suya, y me atreveré afirmar que si por imposible, en aquel templo hubieren podido faltar las promesas, no podrán faltar las que ha dirigido á su Iglesia y con

(1) II Paralip, VII, 13 et seg.

ella á sus divinos templos. ¡Dicha inefable la nuestra, pues sabemos sin género de duda que Jesucristo, estando corporalmente presente en nuestros altares, nos oye y despacha nuestras humildes súplicas!

§. III.

10. Indecible debía ser el contento y la satisfacción íntima de la Esposa de los Cantares, cuando, después de haberse cansado buscando al amado de su alma, pudo hallarle, no entre el bullicio del mundo, sino en la soledad del campo, en el santuario del silencio. Entonces, llena de júbilo y de alborozo santo, pudo exclamar, dando un fuerte abrazo á su Esposo: «Me así de Él y no le dejaré jamás (1).» Esto es precisamente lo que experimentan las almas puras cuando recurren al santuario eucarístico, á la soledad del templo donde se halla realmente el Esposo sacramentado. Al enseñarnos el Salvador que si aprendiésemos de Él la humildad y la mansedumbre hallaríamos descanso para nuestras almas, quiso manifestarnos que aprendiésemos aquellas virtudes que nos muestra desde el Tabernáculo; por eso es por que los que visitan con bastante frecuencia al Sacramento encuentran ese gran descanso, esa pura satisfacción que les vuelve relativamente felices en este destierro tristísimo.

Gustad y ved cuán suave es el Señor (2); pero cómo le hemos de gustar? ¡Ah! recibid con buena disposición el Santísimo Sacramento, ó al menos visitadle con alguna frecuencia y experimentaréis de cerca su suavidad indecible. ¡Oh, cuán suave es, Señor, tu espíritu! exclamaba el Angélico en un transporte de alegría, que para mostrar tu dulzura á vuestros hijos lo verificasteis mediante ese Pan suavísimo bajado del cielo, con el cual llenas de bienes á los hambrientos y dejas vacíos de ellos á los ricos ó á los que en Vos no esperan (3).» Esta suavidad riquísima que los sier-

(1) Cant. III, 4.
(2) Ps .XXXIII, 9.
(3) Antífona del Magnificat, en el oficio del Corpus.

vos de Dios hallaron en el Sacramento adorable, ¿no la encontraremos también nosotros?

11. Así lo afirmó la mística doctora del Carmelo, cuando, apareciéndose después de difunta á una de sus religiosas, la dijo con palabras llenas de santo entusiasmo: «Los que estamos en el cielo y los que estáis en el suelo debemos ser una misma cosa en la pureza y en el amor; nosotros gozando y vosotros padeciendo, y lo que nosotros hacemos en el cielo con la Divina Esencia, eso mismo debéis vosotros practicar con el Santísimo Sacramento (1);» las cuales frases comenta el obispo de Sta. Águeda de esta manera: ¿Qué mejor paraíso puede hallar en la tierra un alma que ama á Jesucristo, que estar á sus pies y protestarle el amor que le tiene, ofrecerle á sí mismo con todas sus cosas, y manifestarle los deseos que tiene de verle á descubierto para amarle más (2)?—Que hablen los siervos de Dios, y notaremos que al tiempo y luego de visitar á Jesucristo Sacramentado sentían en sus almas un casto placer que les sumía en profundo éxtasis. Un S. Wenceslao y un S. Juan Francisco Regis, que de noche iban fervorosos á conversar con Jesús, y, si por ventura hallaban cerrados los templos, se quedaban de rodillas en sus umbrales, sufriendo las duras inclemencias del tiempo; un S. Pablo de la Cruz y una Venerable Madre Ágreda, que encendían sus corazones con la llama eucarística, siendo tanto el material calor de sus cuerpos que sus burdas túnicas recibieron también las influencias de aquel terrible agente; un S. Luis Gonzaga y un padre Lanuza á quienes no podían arrancar en manera alguna de la presencia del Sagrario, y hasta les fué prohibido, particularmente al primero, permaneciesen más de una hora seguida, sintiendo tan fuerte violencia al despedirse del Santísimo que lloraban amargamente; un S. Félix de Cantalicio, á quien vió el P. Alonso Lobo en la noche de Navidad que á medida que se inflamaba en amor gradualmente su rostro, se acercaba á esa misma medida al altar del Tabernáculo y

(1) In ejus vita.
(2) Visitas al Smo.

allí, puesto de hinojos y con tiernos suspiros, pedía á la Santísima Virgen le diera su bendito Hijo, siéndole concedido; un P. Costés, misionero franciscano, tan amante del Sacramento, que en los pueblos donde predicaba, instituía cofradías sacramentales ó levantaba las que habían decaído de su fervor pristino.

12. Decidme, ¿qué regalos espirituales no percibirían estos devotos del Sacramento cuando se hallaban al pie del Sagrario, que no querían separarse jamás de su presencia? Qué satisfacción tan inmensa no experimentarían al emplear todos los medios posibles para estar con Jesús y para que los demás imitasen su buen ejemplo? ¡Ah!; no es dable, no, declarar con palabras, ni redactar en el papel, ni pintar en dispuestos lienzos el verdadero gozo, la satisfacción completa, la felicidad inmensa que inunda el alma de los verdaderos amantes del Sacramento en sus frecuentes visitas al Dios del Sagrario.

Y nosotros, ¿seremos tan cobardes que no creamos poder llegar á esa felicidad tan grande? Menos visitas mundanas y más visitas sagradas; menos asistencia al casino, al café y al teatro, y más frecuencia del templo y de los sacramentos; menos concurrencia á lugares infames, donde no se hace falta, y más estancia ante el Sagrario, donde se hace más falta, ya que Jesucristo nos busca y nosotros tenemos necesidad de Él. Lástima que ocurra todo lo contrario! Lástima que la mayor parte de los cristianos que cumplen, apenas se personen en el templo una vez á la semana, y aun quizá digan *¡gracias!* Las gracias se las dará el Justo Juez en el día último por lo atentos que estuvieron con su Majestad divina.... Reanimemos nuestro abatido espíritu; procuremos imitar la conducta de los santos, y un día seremos premiados por Jesucristo, Señor Nuestro.

EJEMPLO

El V. Fr. Benito de Santorcaz, lego de nuestra Orden seráfica, profesaba un amor especialísimo á la Sagrada Eucaristía: Los superiores le habían confiado el trabajoso cargo de sacristán, que procuraba desempe-

ñar lo mejor posible. Casi siempre se ocupaba en lavar y barrer el templo, limpiar los vasos sagrados, ornamentos y altares, particularmente el altar del Sacramento, en cuyo ejercicio padecía frecuentes éxtasis. Estaba un día quitando el polvo del referido altar, y como llegase á la altura de las manos y no pudiese por sí mismo subir más, se llenó de tristeza, pues tenía vehementes deseos de limpiar todo el retablo. Entonces comenzó á enajenarse en la meditación de las bellezas eucarísticas, de suerte que, sin saber ni sentir lo que ejecutaba, fué milagrosa y gradualmente subiendo hasta que limpió la cúspide del retablo. Cuando al Señor pareció conveniente, determinó bajase su siervo, quien, no pudiendo resistir incendios tantos como abrasaban su hermoso espíritu, corrió á la huerta del convento para templar sus ardores, y queriendo le ayudasen á dar gracias al Rey de los cielos, llamó á las juguetonas avecillas que, obedientes al mandato del humilde religioso, y entonando mil cantares, bajaron y se pusieron en sus manos. *P. Eusebio González* (1).

---

(1) Parte VI, lib. 3.°, cap. 30.

XVIII

La Sagrada Eucaristía es nuestra Fortaleza.

Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant me.

Dispusiste ante mis ojos una mesa contra los que me llenan de tribulación.

Ps. XXII, 5.

1. Con estas expresivas frases continúa un salmo el profeta rey en el que se ocupa del dogma sacrosanto del Altar. Luego que ha manifestado en espíritu que Dios le ha colocado en un lugar de pastos, donde puede apacentar su alma; después que ha declarado que aunque ande en medio de las sombras de muerte, no temerá, porque el Señor está con él, dice lo siguiente.—Dispusiste ante mis ojos una Mesa contra todos los que me llenan de tribulación.—Pero, pregunto: ¿Cuál es esta prodigiosa Mesa capaz de oponerse á los más temibles enemigos? ¿qué propiedades tan divinas posee, que quien se sienta á ella queda asegurado? Objeto, no sólo irracional, sino inorgánico é insensible es la mesa, y, sin embargo, el Espíritu Santo le atribuye suficiente virtud para oponerse á nuestros enemigos. Los santos Padres é intérpretes de las divinas Letras no han titubeado en reconocer en este precioso versículo una exacta predicción de los efectos eucarísticos. La mesa es la Santa Eucaristía, preparada por la Sabiduría eterna para que por

su medio reparasen sus fuerzas los cristianos. Ella es la que nos concede valor en las tentaciones y ayuda en los trabajos, segun el Angélico; ella la que nos arma contra las potestades del infierno para hacerlas desaparecer de nuestra presencia, en frase del Crisóstomo; ella la que debilita poderosamente nuestra propensión al pecado, en sentir de todos los teólogos; ella, finalmente, el escudo, el apoyo y la defensa del cristiano, como afirma la Iglesia.

2. Todo esto es el Sacramento del Altar; todo esto presta á los que pretenden valerse de Él para lanzarse al combate. Es preciso que convengamos, en que el hombre ha de presentar á cada momento reñida batalla al enemigo; por esta razón afirma Job que la vida del hombre es una continuada milicia sobre la tierra. Es indispensable que estemos de acuerdo en que no poseemos de nuestra parte armas suficientes con que poder derrotar al adversario; pero también es necesario que declaremos que en Jesús Sacramentado hallamos, no sólo los suficientes, sino más que indispensables medios de ataque, segun el Apóstol: «Todo lo puedo en aquél que me conforta.»

Estudiemos, pues, que *Jesús Sacramentado es nuestra segura Fortaleza:* 1.° *contra el mundo:* 2.° *contra el demonio:* y 3.° *contra la carne.*

§. I.

3. Recordaréis que aquel sabroso panal de miel, del cual el hijo de Saúl tomó la cantidad que pudo sustraer con la punta de una vara, era bellísima figura de la Eucaristía. Consignan las sagradas Letras que en el momento que Jonatás probó la dulce comida se le abrieron los ojos y quedó confortado para el combate. Pues bien; ved aquí al Deífico Sacramento ser suavísima miel que abre nuestros ojos para ver los peligros del mundo, y confortativo al propio tiempo de nuestra alma. Si fuéramos á enumerar las veces que la Escritura Divina denomina proféticamente «Fortaleza» al Verbo encarnado, seríamos interminables; baste decir que el caudillo de Israel y el rey David con expresas palabras

dicen tres veces de Dios que es su fortaleza. Isaías se lo atribuye dos veces. Jeremías y Habacuc una. Sabemos que el Espíritu Santo posee el don de Fortaleza; pero ¿cuándo se nos concede ese Espíritu con más abundancia y con más plenitud que nunca sino cuando comulgamos? Jesucristo, en sentir de los teólogos, derrama sobre los que se presentan á comulgar, bien dispuestos, no ya la gracia peculiar de este Sacramento Santísimo, sino también todo cuanto contribuye á formar santa á un alma. Ahora bien; para que ésta sea tal, es preciso que posea las virtudes cardinales, contándose entre éstas la fortaleza; mas reconocer debemos que esta virtud es don particular del Espíritu Santo quien la otorga por amor á los que con amor se llegan á recibir al Rey de la gloria.

4. En los que se unen con Cristo Sacramentado se cumplen felizmente las palabras que se efectuaron en Salomón cuando éste recibió la Sabiduría: Todos los bienes me vinieron juntamente con ella (1). Por cierto; con el Santísimo Sacramento sobrevienen al cristiano todos los bienes; por eso Él es fortaleza contra el mundo, capital enemigo de la sociedad cristiana. Dicha sociedad, y por consiguiente sus miembros han experimentado la salud y la felicidad, han ganado victorias contra los infieles y herejes, han visto robustecerse sus monarquías á la benéfica sombra del Sacramento eucarístico y han obtenido mil beneficios contra los malvados. Aquí paro vuestra atención, haciéndoos ver en primer lugar que la Divina Eucaristía es fortaleza contra el mundo porque custodia y defiende los bienes temporales de sus respectivos propietarios.

Y ¿cómo no ha de resultar de esta manera, si como dice Sta. Teresa, quien á Dios tiene nada le falta; y, como afirma un antiguo refrán, quien en Dios fía tiene guardada la espalda? Por manera que los cristianos de corazón limpio, los que ven á Dios por la fe y leen sus enseñanzas en el propio corazón no han temido al mundo. Yo no repe-

(1) Sap., VII, 11,

tiré, que sin la Eucaristía, ni los mártires podían desafiar las amenazas de los tiranos, ni las vírgenes conservar intacto el lirio de su pureza, ni los religiosos encerrarse perpetuamente en los claustros, ni tantos buenos seglares llevar con resignación las cruces de esta vida; yo no volveré á mencionar lo que tan detenidamente he consignado en otros lugares, sino que pondré de manifiesto que el mundo perverso tiembla ante el poder de la Eucaristía.

5. Á este propósito cuéntase en el *Espejo de ejemplos*, (1) que un devoto pastor, después de haber comulgado, iba en dirección á su rebaño, cuando notó con sobresalto que un lobo se llevaba una oveja suya. Todo contristado, acudió al Señor Sacramentado, á quien conducía en su alma, y le dirigió estas tiernas palabras:—Señor, Pastor universal del mundo y Cordero de Dios, á quien hoy he recibido; apiadaos de aquella ovejuela que no la puedo yo remediar;—¡gran maravilla! apenas acabó de pronunciar estas palabras, cuando el lobo, contra su feroz instinto, devolvió al rebaño la oveja del todo ilesa. ¿Queréis oir otro episodio más tierno aún? Del santo Bonifacio, refiere S. Gregorio que siendo niño todavía, y estando á la puerta de su casa, vio venir una raposa que, entrando en el corral, arrebató una gallina y se la llevó; entonces el santo niño, afligido sobremanera, corrió á la Iglesia más próxima, y arrodillado ante el Sacramento del Altar, dijo al Señor:—¿Queréis, Señor, que estas gallinas que mi madre cría para sustento de su pobreza, las coma una raposa?—Sin decir más, regresó á su modesta casa y halló que la raposa había devuelto la gallina, quedando luego muerta á sus pies por el atrevimiento.

Muchos prodigios semejantes ha obrado el Sacramento en confirmación del valor que infunde en sus fieles siervos. Celebraba, cierto día, el santo Sacrificio de la Misa un padre franciscano y se le cayó desgraciadamente en el cáliz, luego de consagrado, una araña; él, con la confianza puesta en Dios la tragó juntamente con el sangüis, diciendo:—No

(1) Verba, Euchar., exp. 2.º

me dañarás;—con efecto, de allí á tres días el religioso fué sangrado, lanzando por la herida el insecto homicida sin que le hubiera molestado en lo más mínimo (1).

Unos herejes intentaron quitar la vida á los santos Juan Evangelista, obispo Julián, y Jácome de la Marca, arrojando para el efecto veneno en el cáliz que consagraban; mas no sufrieron ningún daño; y cierta mujer, que llevaba en sus manos una soga con pérfida intención de ahorcarse, al ir á poner en ejecución una acción tan horrible, tocaron á alzar, y ella, por la devoción que tenía al Sacramento, se arrodilló y rezó; al terminar se levanta, coloca la soga, é intenta ahorcarse; sin embargo, el Señor Sacramentado á quien la mujer había adorado antes, dispuso se quebrase la cuerda y se salvase la infeliz, oyéndose al propio tiempo una voz celestial que decía:—La virtud del Cuerpo de Cristo te ha salvado (2).—

§. II.

6. Acabamos de estudiar que el Santísimo Sacramento es fortaleza contra el mundo, porque guarda los bienes de sus devotos, y asimismo porque les libra de muchos peligros temporales; mas observemos ahora que también es fortaleza contra el demonio y sus terribles acechanzas.

En otros capítulos he consignado alguna cosa respecto de la virtud que posee la Divina Eucaristía contra este infernal enemigo; pero aquí es preciso que indique con más extensión cuál sea el poder del Pan celestial contra las astucias diabólicas, y qué valor y fortaleza infunde en sus devotos para que puedan respetar las perversas maquinaciones luciferianas.

En primer término el Sacramento del Altar libra á sus devotos de las sugestiones diabólicas. El mismo Jesucristo afirma que quien come de su Pan no muere sino que tiene vida eterna; luego la Sagrada Eucaristía da fuerza contra las tentaciones, puesto que éstas son las que de ordinario hacen

(1) Crónica Seráfica.
(2) Discípulo, letra E.

caer al hombre en el mortal pecado. Por esta razón S. Ignacio mártir llamaba al divino Pan, «medicamento de la inmortalidad.» Y si el demonio tiene horror á la Santísima Virgen, Señora Nuestra, porque fué receptáculo sagrado de Cristo, ¿no lo tendrá á los que asimismo son hermoso sagrario del Salvador, mediante la Comunión? Los santos están acordes en afirmar que el espíritu malo huye de las personas que frecuentan la Comunión, porque tiene horror á la Carne de Jesucristo. En su confirmación refiere S. Pedro Damiano que cierto obispo amalcitano declaró con juramento al Papa Esteban que, estando completamente invadido de sugestiones diabólicas, un día, al partir la Santa Hostia en la Misa, apareció en sus manos un pedazo de carne tan colorada que le tiñó de sangre las manos, desapareciendo al punto las tentaciones (1).

3. También el Sacramento desbarata los encantos del infernal enemigo. Consigna el Pontífice S. Gregorio que la mejor arma para combatir las astucias de Lucifer es la frecuencia del Santísimo Sacramento. *Inter cætera arma, quæ contra principem mundi, Deo favente, contulit, potissimum est, ut Corpus Domini frecuenter acciperes* (2). Por cierto; una experiencia de veinte siglos, atestiguada por innumerables siervos de Dios, acredita el poder de la Santísima Eucaristía contra los partos inicuos de Satán. En la Edad Media se hizo uso del Sacramento del Altar para destruir los conatos diabólicos. En efecto: muy cerca del monasterio de Claraval, donde habitaba S. Bernardo, había un pobre hombre á quien su mala mujer, por medio del demonio, había hecho que enfermase y quedase enteramente desfigurado. Padecía horribles dolores, cuando tuvo noticia del caso S. Bernardo, quien ordenó á sus monjes condujesen el miserable ante la presencia del Sacramento. Puesto allí de rodillas, mandó el santo sacasen la Custodia del Santísimo y la colocasen sobre la cabeza del desgracia-

(1) Trat. de algunos milag.
(2) Lib. 7 del regist. cap. XI.

do, quien al momento quedó sano (1). Bromiardo refiere también que cierto ermitaño hechicero hacía ver que las llamas le respetaban. Para confirmar al público en los errores que él persuadir intentaba, encendía una hoguera, se entraba en ella y no se quemaba. Súpolo un devoto sacerdote, y, tomando secretamente la cajita de las santas Formas, se personó en el lugar donde el ermitaño estaba, á quien rogó que entrase en un horno encendido, pues deseaba ver el milagro. El infeliz se puso entre las voraces llamas, y el sacerdote sacó la Cajita y la colocó á la puerta del horno; mas cuando el ermitaño llamó en su auxilio al demonio, éste le contestó:—No puedo ir, pues un Señor poderoso está á la puerta del horno, que me lo impide.

8. Para Dios, en efecto, tan fácil es desbaratar las maquinaciones de un perverso, como arrojar á éste del lugar donde está. Dice, á este propósito el abad Casiano, que «los antiguos nunca negaron la Comunión á los endemoniados, antes, si posible era, se la distribuían todos los días, para guarda del cuerpo y del alma, ya que la presencia de este Sacramento ahuyenta al demonio (2):» práctica hermosísima que confirma la doctrina que hemos apuntado; por esta razón aconseja el Crisóstomo que nos levantemos de comulgar inflamados en amor de Dios, á fin de ser terribles á los diablos, ya que la Eucaristía, en frase de S. Ambrosio (3), puede arrrojarlos muy lejos de los que comulgan. S. Anfiloquio solicitaba de Dios la Comunión para poder lanzar lejos de sí al infernal espíritu. Recordad que cuando el Salvador pisó la tierra de los gerasenos, le salieron al encuentro dos posesos muy fieros, cuyos demonios, temblando ante Jesús, decían á Éste: Si nos arrojas de estos cuerpos mándanos á esa piara de cerdos. Ahora bien; ¿cómo no queréis que Jesús en el Sacramento, tan omnipotente como cuando peregrinaba por el mundo, arroje los demonios de los posesos? En 1.565 el

(1) Guillermo Abad; vida de S. Bernardo.
(2) Relaciones, libr. 7, Cap. 30.
(3) Serm. 8 ad. P., 108.

obispo de Laudano, en una reñida disputa que tuvo contra los sacramentarios acerca de la presencia real, lanzó dos veces el demonio de una mujer, con haber protestado solemnemente que el Salvador está realmente en la Hostia consagrada, prodigio que fué presenciado por más de diez mil personas. Cierta joven, por haber mirado deshonestamente el retrato de Venus, fué apoderada del demonio; afligidos sus padres, la llevaron á un sacerdote, quien la condujo al Altar del Sacramento, y en comulgando, salió de su cuerpo el mal espíritu.

§. III.

9. La Eucaristía es Fortaleza contra la carne. ¿Cuál es el mejor bien del hombre, dice el Espíritu Santo, sino el vino que engendra vírgenes (1)? El famosísimo Lira comenta este pasaje de la siguiente manera: «¿Qué hay en la tierra que valga algo, sino el Cuerpo de Cristo consagrado en pan de trigo, con el cual se sustentan espiritualmente los escogidos, y la Sangre de Cristo debajo de la especie de vino, que multiplica las vírgenes castas de la Iglesia de Dios, que van siguiendo las pisadas de Cristo (2)?» Con toda verdad podemos consignar, que todo el bien de la Iglesia se debe al Santísimo Sacramento; puesto que, si, como afirma S. Gregorio, no puede practicarse ninguna obra buena sin la castidad, también sin la Santísima Eucaristía no puede haber perfecta castidad: luego todo el bien, toda la hermosura de la Esposa del Cordero es debida á Jesús Sacramentado.

10. El dulce vino de la Eucaristía embriaga el alma, y es causa de su felicidad temporal; esta embriaguez, en frase de S. Cipriano, no enciende, sino extingue y mata el pecado; en este vino no hay lujuria ni movimientos de carne; y después de bien harto de este santo vino se adormecen los resabios de carne y sangre.» Hemos de convenir, por lo tanto, que el Santísimo Sacramento nos concede fuerzas efica-

(1) Zach., cap. IX, 17.
(2) Postilla.

císimas contra los desórdenes del apetito concupiscible. Tentado estaba Honorato, obispo de Ambiano, y celebrando un día el Sacrificio de la Misa, apareció un brazo que cogió el cáliz consagrado y le dió á beber; á partir de aquel momento dejó de sentir más las sugestiones carnales. Otro religioso, que tenía sumo cuidado de conservar la pureza de su cuerpo y alma, era horriblemente tentado de la carne por sugestión del diablo, quien deseaba hacerle desesperar porque no podía evitar todos los pecados veniales; recibió cierto día el Cuerpo del Señor Sacramentado, y quedó libre para siempre de la tentación.

Con lo expuesto he dicho lo suficiente para demostrar que la Divina Eucaristía es poderosísima contra el mundo, demonio y carne. Réstanos ser devotos del Sacramento Santísimo, visitarle, comulgar é invocar su santo nombre con frecuencia, para experimentar en nosotros los beneficios eucarísticos.

EJEMPLO

«En Sebastopol, un coronel francés, recibida la orden de salvar un reducto, se lanzó en medio de las metrallas y bayonetas, y con invencible arrojo tomó una batería. Maravillado el general, díjole delante del estado mayor:—Coronel, admiro vuestra sangre fría. ¿Cómo habéis podido conservar tanta serenidad en tan gran peligro?—Mi general, respondió el coronel; yo recibí la santa Comunión esta mañana. *Cat. du F. Philippe.*

XIX

Unión del hombre con Dios mediante la Santa Eucaristía.

Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo.

El que come mi cuerpo y bebe mi sangre está en mí y yo en él.

JOAN., VI, V. 57.

1. Si para escribir debidamente de la Eucaristía necesario fuera poseer facultades angélicas, para expresarse convenientemente de la admirable unión del Sacramento con el alma comulgante, preciso fuera haber agotado los senos infinitos. Por esta razón quisiera, más que nunca, reunir ahora la irresistible dialéctica de los Agustinos, la arrebatadora elocuencia de los Crisóstomos, la maravillosa profundidad de los Gregorios, el divino fervor de los Jerónimos, la célica dulzura de los Bernardos, la eficaz persuasión de los Tomases, y la invencible sutileza de los Escotos. Y no lo habría conseguido todo, porque la pluma de estos poderosos númenes quedaron encogidas, y sus lenguas enmudecieron ante las encantadoras bellezas del Sacramento Santísimo, pudiéndonos decir únicamente que la Divina Eucaristía es inefable, y que el endiosamiento que produce en el alma es incomprensible.

2. No hay señal empero, que declare mejor la realidad de la unión de Jesucristo con el alma, mediante el Sa-

cramento, ni las dulzuras que se perciben por esta unión inefable que el silencio y el sueño. El Eterno ha querido que la manera de apreciar los regalos espirituales tenga cierta afinidad con el modo de estimar los del cuerpo. He ahí por qué la Esposa de los Cánticos, en uno de sus amorosos deliquios, diga á sus compañeras: «Conjúroos, hijas de Jerusalén, que no despertéis á la amada hasta que ella quiera.» Cuando aquella Esposa hubo conseguido la posesión del celestial Esposo temía por desasirse de Él y buscaba un rato de reposo; y no otra cosa pretende un buen cristiano que ha recibido con fervor el Sacramento del Altar. La suavidad dulcísima á que me refiero es producida por la unión de nuestra alma con el Cuerpo de Jesucristo. Si mucho alcanzamos del Salvador eucarístico es por medio de esta divina Unión, pudiendo el cristiano que comulga, repetir entonces con el Sabio: «Me vinieron con ella todos los bienes.» Y si el rey Sabio obtuvo con la Sabiduría todos los bienes, los cristianos que comulgamos obtenemos con la Eucaristía, Sabiduría eterna, no ya todos los bienes, sino la quinta esencia de su dulzura.

He ahí por qué he pensado ocuparme de este delicado asunto, distribuyéndolo para su mejor estudio en dos partes: 1.ª *Unión del hombre con Dios por medio de la santa Eucaristía;* 2.ª *Riquezas y dulzuras percibidas por esta unión.*

§. I.

3. La unión, tratándose de seres inteligentes, es una trabazón, una junta ó fusión que reconoce por base el amor. En primer lugar debemos hablar de la que podíamos llamar Unión substancial divina. Confiesa la Iglesia Católica que en Dios, Ser único en número, é infinito en toda clase de perfecciones, hay tres Personas adorables, realmente distintas, cuyo Misterio denominamos: Augusta Trinidad. Entre estas divinas Personas existe una trabazón tal, que las tres sin dejar de ser lo que son, constituyen un solo Dios. Una es la Persona del Padre, dice la fe, otra la del Hijo y otra

la del Espíritu Santo; pero una sola y la misma divinidad, una sola y la misma gloria, una sola y la propia Majestad son las del Padre, las del Hijo y las del Espíritu Santo. Las tres Personas son eternas, increadas é inmensas, y no obstante uno solo es el Eterno, el Increado y el Inmenso. ¡Qué maravillas tan estupendas! Mas ¡qué unión tan íntima, tan alta, tan incomprensible y al propio tiempo tan real como la que existe entre las tres Divinas Personas!

4. En la hermosa escala de las uniones viene en pos de la anterior la hipostática, ó sea la unión de la Naturaleza divina con la naturaleza humana. Que el Verbo de Dios se una tan estrechamente á la humana naturaleza, en una sola Persona divina, y que este supuesto, Jesucristo, tenga dos naturalezas, y por consiguiente, dos entendimientos, dos voluntades divinos y humanos, y que ambas operaciones estén vinculadas en un solo sujeto, en el que se armonicen perfectamente, y que á no persuadirlo la fe, aseguraríamos que en ese Divino supuesto hay una sola naturaleza, esto es lo más sublime que puede concebirse, al propio tiempo que humilla nuestro entendimiento hasta lo profundo.

Los psicólogos no han podido dar todavía explicación suficiente de la unión real del alma con el cuerpo en el supuesto humano. Diversas hipótesis, innumerables teorías, infinitos errores se han emitido para aclarar el hecho en cuestión, pero su resultado práctico es que la referida unión es un prodigio. Que una substancia simple ó espiritual esté intimamente unida á otra substancia compuesta ó corporal, tan diversas en su esencia, y que entre ambas existan relaciones de reciprocidad tan estrechas, de suerte que con la acción de las dos á la par resulte la bella armonía del organismo humano, esto es también magnífico, admirable.

Hay una unión, que podíamos denominar de amor, y consiste en la estrecha alianza del alma humana con el Espíritu Santo, mediante su gracia. Por esta unión el Espíritu divino baja por caridad, y hasta personalmente al espíritu del hombre, como enseña S. Pablo (1): La caridad de Dios, dice,

(1) Ad Rom., V, 5.

está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado; y como afirma Jesucristo (1): Vendremos y haremos una mansión en el corazón de los justos; y esta unión dichosísima, que excede á toda inteligencia, es tan íntima y perfecta que el alma parece reflejo de la Divinidad; algunas veces llega esta unión á tal estado de perfeccionamiento que no parece sino que el espíritu humano ha quedado fundido en el divino, que el humano espíritu se ha transformado en Dios.

Nada digamos de la matrimonial unión, comprensible al humano entendimiento, pero siempre santa y admirable, por cuanto es bendecida por Jesucristo para los fines altísimos de la conservación del mundo; ni hagamos mención de otras clases de uniones inferiores siempre á ésta, y que para el objeto presente nada importan: entremos, si, á investigar la unión sacramental, la hermosa alianza del alma cristiana con Jesucristo Sacramentado que, siendo superior á la matrimonial y aún á la del cuerpo con el alma humanos por su dignidad, aunque no por su continuidad respecto de la última, nos ha de prestar motivos poderosos para ponderarla, y bendecir por ella al Hombre-Dios que la produce.

5. Dije que la unión de los seres inteligentes reconoce por base el amor, y que el amor la rige. Todo amor tiende ciertamente á la unión perfecta, á fundir el objeto amado consigo. He ahí por qué el acto supremo por el cual el Hombre-Dios entra Sacramentado en el alma bien dispuesta, es una verdadera y perfecta unión que reconoce por base el amor eterno de Jesucristo hacia el hombre; el amor le movió á instituir el adorable Sacramento; el amor sostiene al Hombre-Dios aprisionado en los estrechos límites de la Hostia inmaculada; el amor le impulsa á darse en mantenimiento del hombre. Un amor semejante, eterno y vehemente, sufrido y humilde no podía por menos de obrar prodigios estupendos: produjo en efecto la unión del alma cristiana con Jesucristo Sacramentado.

Conformes con estas ideas están las textuales palabras

(1) Joan., XIV, 23.

del Salvador: «El que come mi carne y bebe mi sangre en mí permanece y yo en él.» Y ¿en qué consiste esta dulce permanencia sino en la íntima unión de nuestra frágil alma con el alma santísima de Jesucristo, de nuestro débil cuerpo con el Cuerpo glorificado de Jesucristo, de nuestro pobre ser con el Ser y con la Divinidad adorables de Jesucristo? No se arguya que la Eucaristía es un manjar espiritual, porque notorio es que los bienes del espíritu redundan en bienes del cuerpo; por manera que los carismas otorgados por la unión del Salvador con nuestro espíritu, envuelven, á modo de hermosa luz, el cuerpo humano.

El Hombre-Dios manifestó á su pueblo el deseo grande que tenía de la unión que nos ocupa; quería que ésta fuese estrecha y duradera. Quiero que donde yo esté también estéis vosotros, decía á su Padre (1). Mi Padre y yo vendremos á vosotros y haremos mansión en vuestra alma (2), aseguraba en otra no menos célebre ocasión. ¿Para qué? Oigamos al Apóstol que responde satisfactoriamente: Para que todos los que participemos del Pan eucarístico formemos un Cuerpo con Jesucristo (3).

6. Los Concilios y los santos Padres no son menos terminantes respecto de esta doctrina. El Florentino asegura que el efecto que el Sacramento del Altar obra en el alma del que dignamente le recibe es unir é incorporarla con su mismo Dios (4); y el Tridentino añade que el Redentor quiso instituir este santo Misterio como espiritual refección de las almas para que, ingerido, se uniesen á ellas las propiedades de tan riquísimo alimento (5).

S. Ignacio mártir le designa Manjar incorruptible que obra en el alma los mismos efectos que el manjar corruptible en el cuerpo (6). Tertuliano dice que esta celestial Comida nos hace un individuo con Cristo (7). S. Cirilo enseña

(1) Joan. XII, 26.
(2) Id. XIV, 23.
(3) I Cor. X, 17.
(4) Cap. De Sacram. Euchar.
(5) Sess. XIII, cap. 11.
(6) Ep. ad. Rom.
(7) Lib. de orat.

que nos transforma en otros cristos y nos vuelve sus consanguíneos (1). S. Gregorio Niseno añade que la Comunión es una deificación de nuestra naturaleza (2). S. Cipriano declara que esta purísima Vianda nos fraterniza con Jesús (3). S. Dionisio no titubea en afirmar que nos hace participantes de la substancia divina (4). S. Juan Crisóstomo consigna que es otra encarnación en nuestras almas, y S. Gregorio Nacianceno llega á escribir que es una masa que transforma á las demás en semejantes á sí. Todos los Padres en general son de parecer que Jesucristo Sacramentado nos atrae y estrecha y une á sí y nos mezcla y funde consigo, atreviéndose á decir el Crisóstomo: «Por esta transformación admirable puedo yo gloriarme de no ser polvo y ceniza. Yo vivo en Dios, vivo de Dios, vivo por Dios; mas no: yo me engaño, yo no vivo sino que Dios vive en mí. La criatura desaparece, su operación cesa. Jesucristo es quien piensa, quien quiere, quien habla, quien obra en ella y por ella.»

3. Si á todas estas bellas afirmaciones añadimos las apropiadas semejanzas que los Padres y Doctores han inventado para realzar la admirable unión existente entre Cristo Sacramentado y el alma, acabaré de dar la última pincelada al cuadro que me he propuesto dibujar. S. Pablo enseña que la mencionada unión es como el brazo unido á la cabeza que con ella forma un solo cuerpo (5). S. Cirilo la compara á dos gotas de cera derretidas, perfectamente mezcladas. S. Pascasio, á una gota de agua mezclada en el vino. S. Gregorio Niseno, á la levadura que se extiende íntimamente por toda la masa. S. Juan Damasceno, al hierro compenetrado del fuego; y Sto. Tomás de Aquino, al vástago que, injerto en el árbol, se anima, da jugo, se une á su tronco y produce su fruto preciosísimo.

Mas no hemos de tomar al pie de la letra las locuciones usadas por los Santos Padres para expresar la unión de

(1) Catheq. 4.
(2) Orat. catheq. 38.
(3) De cœna Domini.
(4) De Eccles. hierarq. 3.
(5) I Cor., X, 17.

que nos ocupamos; porque en verdad, aunque la han ponderado sabiamente, debemos creer que dicha unión no es hipostática, ni substancial en todo el rigor de la palabra, principalmente después que las especies sacramentales quedan destruídas en nuestro organismo, sino que Jesucristo se junta á nosotros con unión amorosa, sublime, inefable, aunque perfecta, dejándonos por ella sus gracias y tesoros.

§. II.

8. La raiz, empero, y el fundamento de que el cristiano obtenga tantos favores por medio de la Comunión es debido á su unión con Jesucristo Sacramentado. Por esto reflexiona S. Buenaventura: «Como este Sacramento sea de unión, su efecto primordial es unir, ó unir más, pero no unir de nuevo, antes bien unir más á los que antes estaban unidos. Empero el unir más se considera de tres modos: ó porque uno se une con mayor vínculo, como aquél se une más que posee mayor caridad; ó porque el mismo vínculo se une más estrechamentente, como aquél que según el mismo hábito ama con mayor fervor; ó también porque dicho vínculo quede más fuerte, como aquél que en el propio hábito más se ha radicado. Se dice, pues, que este Sacramento une más, porque al que se llega digno le vuelve más fervoroso; se dice que concede una caridad más ferviente en cuanto que ayuda á destruir el pecado venial; y se dice que radica más en el alma, en cuanto que ayuda á evitar todos los pecados mortales; por manera que aumenta las virtudes, mayormente la caridad que es el vínculo de nuestra alma con Cristo (1).»

«En el supremo grado de la contemplación, escribe S. Dionisio, se pone la unión por la cual el entendimiento se ilumina con grande humildad, contemplando la presencia de Dios, amigo suyo, en sí mismo, y despiértase en el apetito sensitivo é intelectual un ferviente amor con gran dulzura y delectación, que se llama unión actual con el amigo presente (2).» Añade el célebre P. Crasset que, así como este Sa-

(1) In. 4.
(2) Cap. 4 de Eccles. hierarq.

cramento es un afecto de amor, así produce amor; el alma por la Comunión ve y posee á su amado, se alegra de su presencia, le admite dentro de su corazón, se llena de sus gracias, recibe señales sensibles de amor, se enriquece de sus méritos, gusta y bebe de las dulzuras en su fuente, le encierra dentro de sí mismo, le abraza, le habla, le escucha y se transforma en Él (1).»

9. ¿Qué es lo que no obtendrá un alma por medio de la Comunión? S. Pablo asegura que si el Padre nos entregó á su propio Hijo y con Él nos dió todos los bienes, ¿cuáles no recibirá el cristiano á quien no solamente se le entrega Jesucristo, sino que se une estrechamente con Él? Todos los carismas celestiales se nos conceden con la posesión del Salvador; al transformarnos en Él, al fundirnos en su naturaleza divina, quedamos endiosados; todo lo hemos conseguido menos la impecabilidad, fruto vedado en el destierro de esta vida. Procuremos unirnos tan íntimamente con el Hombre-Dios Sacramentado que podamos llegarnos, como la Esposa, al beso de su boca, y á no desasirnos de Él hasta que le gocemos para siempre en el cielo.

EJEMPLO

El Ilmo. P. José Jiménez Samaniego refiere un caso peregrino sucedido repetidas veces á la V. Madre María Jesús de Ágreda, que corrobora la doctrina expuesta. Afirma que casi siempre que esta virgen comulgaba, después que recibía la divina Hostia, se anegaba en profundo y largo rapto. Durante el espiritual accidente se elevaba algunos palmos sobre el suelo, y lo más extraño era que se le habían comunicado las propiedades imponderables del Cuerpo glorioso del Salvador, ya que, ligera como una pluma, era llevada por las religiosas de un lugar á otro del convento. Las celestiales dulzuras que experimentaba eran tantas que, despierta ya del prolongado éxtasis, solía exclamar como S. Pablo, que se consideraba impotente para referirlas.

(1) Loc. cit.

SECCIÓN III

II

PROPIEDADES Y EFECTOS DE LA SANTA EUCARISTÍA CONSIDERADA COMO SACRIFICIO

XX

La santa Misa es un Sacrificio latréutico y eucarístico

Hoc facite in meam commemorationem.
Haced esto en memoria de mí.
LUC. XXII, 19.

Un Dios Hombre que desea inmolarse por la racional criatura. Un Dios Hombre que se sacrifica constantemente por la salvación de la misma. Un Dios Hombre que no ha perdonado medio para que la víctima, el ministro y el fruto del Sacrificio fuesen tan dignos como sencillos y se vinculasen en un solo sujeto: he aquí tres ideas bellísimas que engolfan al espíritu humano en la dulce contemplación de las bondades divinas.

1. Volved si no la vista al terrenal paraíso donde el hombre conculca por vez primera el mandato divino; allí mismo es donde también el Altísimo sacrifica por vez primera su dignidad; y si á una tercera parte de los bellos ángeles con-

dena á suplicios horribles y eternos, al hombre perdona su culpa, con tal que abrigue firme esperanza en la venida de un Redentor. Las repetidas caídas del pueblo hebreo en el inmundo lodazal de la idolatría arman el brazo fuerte del Eterno contra los delincuentes; pero una y otra vez son esperados á la penitencia y perdonados sus pecados. Dios, empero, no queda satisfecho, porque su pueblo tampoco estaba harto de ofenderle. No sacrificaré ya mi dignidad, dice, sino yo mismo seré el sacrificado para que el hombre no se pierda. Para el efecto inventa un Misterio y le halla cumplidamente en la Divina Eucaristía, donde es sacrificado perennemente por la salvación del hombre.

2. Esa Hostia inmaculada, señal sensible del amor eterno que profesa Dios á los hombres, es la que, efecto de las venerables palabras sacerdotales, se multiplica en todos los lugares y muchas veces al día; en ella, Jesucristo viviente se sacrifica tantas cuantas veces el ministro del Altísimo celebra la santa Misa; y si no derrama su sangre en el suelo, cual lo efectuó en el Calvario, la vierte sin embargo copiosa é incruentamente sobre el suelo eucarístico del altar cristiano; y aquella hermosa profecía de Malaquías (1), que anunciaba al pueblo de Israel ser grande el nombre de Dios entre todas las gentes, y que en todos los lugares se sacrificaba y ofrecía al nombre de la Divinidad una ofrenda pura, es un bello pasaje que confirma una vez más que Jesucristo se sacrifica constantemente por el ser humano.

3. Tendamos ahora nuestros ojos sobre todas las inmolaciones de los infieles, y notaremos que ninguna de ellas reunió perfectamente en un sujeto mismo la víctima, el ministro y los frutos de que debe constar el sacrificio en general; ojeemos las sagradas páginas del antiguo Testamento, y observaremos que aun el sacrificio mosaico, ofrecido al Dios verdadero, y legítimo también hasta la venida del Mesías, tampoco reune los requisitos mencionados, y deduciremos lógicamente que ninguno de estos sacrificios es per-

(1) Malach., I, 11.

fecto; que sólo un sacrificio, que pudo abarcar tan excelentes prerrogativas, es el verdadero, porque es el perfecto, y éste es el Sacrificio eucarístico, el sacrificio del Altar. De esta oblación incruenta, ¿qué frutos, qué bendiciones no se obtendrán? Los iremos estudiando en éste y siguientes discursos.

En el presente espero demostrar que *el adorable Sacrificio de la Misa es:* 1.° *Latréutico y* 2.° *Eucarístico.* La primera parte será á su vez distribuída en estos cinco términos: ¿Quién, qué, á quién, cómo y por qué se ofrece? La parte segunda será objeto de estos dos: Debemos dar gracias á Dios en la Misa por ser nuestro Señor y Bienhechor.

§. I.

1. No digamos una palabra de que el Eterno, en vista de las groserías escandalosas que el pueblo hebreo cometía al ofrecer el sacrificio, detestó absolutamente las ceremonias mosaicas y prometió la institución de una nueva y perfecta oblación; no hagamos mención de que ésta es necesaria á la Religión como la Religión es indispensable al hombre, y de que la ofrenda pura debe ser una sola, como una sola debe ser la Religión verdadera, como uno solo es el verdadero Dios; dejemos á un lado la Tradición que, acorde, atestigua que el legítimo Sacrificio es el eucarístico; tampoco abramos la historia, ni ojeemos sus bellas páginas porque sus grandiosos monumentos y sus claras inscripciones, edificados y grabados respectivamente en las catacumbas de los pueblos antiguos, son tan brillantes, despiden luz tanta á la Historia de la Eucaristía, como hemos tenido el placer de observar en el Tratado III de esta Obra; olvidemos, finalmente, tantas preciosas liturgias, tantos respetables Concilios, tantas asambleas eucarísticas, tantos decretos canónicos y civiles, tantos suntuosos templos, tantos valientes escritores y defensores de la Hostia santa, tantos ricos volúmenes y objetos de arte, tantos valiosos documentos, en una palabra, que testifican mil veces la existencia del Augus-

to Sacrificio de los altares, que acreditan su fundamento sólido, su fecunda vida, su historia hermosísima.

5. Y dejando aparte todas estas felices recordaciones, estudiemos qué significa la palabra *Misa*. Comúnmente se cree ser derivada del verbo *mitto;* por lo cual advierte San Gregorio (1) que la Misa es como una transmisión que el pueblo cristiano hace del Cuerpo y Sangre de Jesucristo á Dios.

Es además la santa Misa una Oblación sensible y externa del Cuerpo y Sangre de Cristo, la cual ofrenda ha de ser inmutada ó destruída por ministro legítimo, con objeto de manifestar la suprema excelencia y dominación del Altísimo sobre todas las criaturas, y nuestra sujeción á su eterna voluntad. Con esta forma de Oblación, conmemoración perfecta de la del Calvario, intentamos reconocer en Dios su excelencia suma, su infinita bondad, su adorable Majestad, y su absoluto dominio sobre nosotros. Jesucristo, al anonadarse profundamente en el Sacrificio de la Misa, mediante la destrucción completa de las especies sacramentales, reconoce en su eterno Padre todos estos dignísimos títulos.

6. El cristiano ensancha los pliegues de su alma cuando, juntamente con la razón de la fe, esa luminosa antorcha divina que le guía por todas las obscuridades del mundo presente, desvaneciéndole todas sus penumbras, se acompaña de la fe de la razón, en presencia de la cual se alegra, porque la comprende en todas sus circunstancias. Nada más sencillo ni más heroico al propio tiempo que un puro acto de fe en la presencia real de Jesucristo en el altar; pero también nada más propio ni más útil que ver confirmada esta hermosa fe por los tiempos y por toda clase de monumentos. Ante aquel acto sobrenatural podrán retroceder los incrédulos, mas ante los monumentos que ofrecen los siglos no puede retroceder sino el loco. El Santo Sacrificio de la Misa ha sido objeto del arte en los primeros siglos de la Iglesia.

Un elegante mosaico de S. Vital de Rávena, que data del

---

(1) Lib. 4 diálog., cap. 58.

siglo VI (1), presenta un doble emblema del sacrificio eucarístico. En la parte alta se destaca una mano en dirección hacia abajo, que representa la divinidad; y en la parte inferior se muestra Abel, vestido de pieles y ofreciendo á Dios un cordero en Sacrificio. Es el Cordero divino cuyo emblema es el cordero de Abel. En la parte opuesta, y junto á una mesa elegantemente adornada, en la que se ve un Cáliz con dos asas en el medio, y dos grandes panes uno á cada lado, está Melquisedec que, vestido con la pénula, recubierta por una túnica ceñida, al modo que celebran los sacerdotes griegos, eleva hacia la Majestad infinita un pan sagrado. Es la Hostia inmaculada, figurada por el pan de la proposición de Melquisedec. He aquí, por lo tanto, un bellísimo emblema del sacrificio de la nueva Ley, con la circunstancia de mostrarse latréutico y eucarístico. El artista quiso revelarnos por medio de una pintura semejante la creencia de los primeros siglos de la Iglesia en el dogma del Sacrificio santo del Altar.

3. La fe nos enseña además, que el que se ofrece en los altares cristianos es el mismo Hijo de Dios humanado. Las circunstancias que le rodeaban en los últimos días de su vida mortal eran críticas, tristes, horribles; pero no obstante, antes de separarse de los hombres les deja un Misterio grande; en Él todo lo da, pues se da á sí propio; y al mandar que se ofrezca este Misterio sobre el Gólgota eucarístico, ordena que se le inmole á Él mismo. Jesucristo, en efecto, había perfeccionado el sacrificio de Abel, ofreciendo á Dios lo mejor de sus bienes; había completado el sacrificio de Abraham, inmolando el objeto de su amor; había cumplido el símbolo de Melquisedec, presentando á Jehová el pan y el vino; había, finalmente, instituído un nuevo sacrificio, no figurativo como aquéllos, sino verdadero, y en el que ofrecía, no parte de los bienes celestiales, sino todo el sumo Bien. Si con el Hombre-Dios nos vienen todos los bienes, inmolándose en el Altar este mismo Dios-Hombre, ciertamente que por el Sacrificio del Altar, complemento y realidad de los figu-

(1) Ciampini. *Vet., mon., II, tab. XXII.*

rativos sacrificios, se nos derraman con Él todos los bienes.

8. Pero ahondemos todavía más en este asunto. Si Jesucristo es quien se ofrece en la Santa Misa, se ofrece verdaderamente en calidad de preciosa Víctima. Es preciso tender nuestros ojos hacia el Calvario de Jerusalén para volverlos á fijar después en el Calvario del Altar. Allí se nos muestra el Hombre-Dios pendiente de tres gruesos clavos, frío, exánime, lleno de múltiples llagas y con la sangre á sus pies. Es una Víctima de la ira divina, que ha reemplazado las víctimas humanas que debían de haberse inmolado por la salvación del mundo, lo cual no llegó á efectuarse porque el Hijo de Dios lo estorbó. Esa Víctima fué aceptable al Eterno porque es divina. Pero la Víctima de nuestros altares, es la misma que la de la cruz, con la diferencia de que no se muestra con los lúgubres trofeos de la muerte sino con los bellos atavíos de una vida gloriosa. Sin embargo, esa Víctima resucitada se muestra humillada, anonadada hasta el punto de ser destruída incruentamente por el sacerdote, que en el Altar desempeña el ministerio de asistente de Jesucristo.

Y no es que el sacrificio de la Cruz fué imperfecto ó defectuoso, como quizá pareciera á alguno ante la sublime reiteración de este sacrificio en el Altar, no; el sacrificio de la Cruz fué perfectísimo y copiosísimo; ahora que el de la Misa aplica la sangre que se derramara en la Cruz. Aquél removió las puertas del cielo para que pudiesen entrar cuantos utilizar quisieren la sangre de Jesucristo; éste impele á que entremos por ellas. El de la Cruz fué causa de la Gracia; el de la Misa la conserva, la aumenta y hasta la causa mediatamente. El de la Cruz es suficientísimo para salvarnos del pecado y del infierno; pero que, atendidas nuestra inconstancia en el bien y nuestra suma fragilidad, nos es indispensable el de la Misa para conservarnos en la Gracia y completar la salvación eterna.

9. Este adorable Sacrificio es la acción más solemne del Catolicismo por medio de la cual se descarga la Iglesia de todas sus deudas; por consiguiente debe dirigirlo exclusiva

é inmediatamente á Dios. Explicaré el argumento. Todos los cristianos, y la Iglesia Católica en nuestro nombre, estamos obligados á rendir gracias al Excelso por los beneficios recibidos, á solicitar el perdón de nuestras culpas y á pedir las mercedes que necesitamos; empero muy en particular tenemos el deber estrecho de rendir á Dios la gloria y el honor que le son debidos. Ahora bien: como el Sacrificio del Altar es la Acción más digna para este efecto, he ahí por qué el Sacrificio debe dirigirse inmediata y exclusivamente á Dios. Lo tenía así determinado el Señor al anunciar que en todo lugar se celebraría el sacrificio eucarístico *á su nombre*. La Iglesia, en efecto, secundó en todo tiempo los planes de su divino Fundador; por eso cuando presenta en la Misa la oblación de la Hostia dice: *Suscipe Sancte Pater...* No dice: recibe, oh Virgen, ó santos ángeles y bienaventurados, porque semejante dedicación constituiría un solemne acto de idolatría; sino que ofrece el sacrificio á solo Dios. ¡Tal dignidad encierra el Sacrificio de la Misa! Ciertamente nos asociamos á la digna Madre de Dios, á los coros angélicos y á los santos para que nos representen ante el Señor, para que le muestren nuestras fervientes súplicas, y para que, juntamente con ellos, nuestras plegarias y en particular nuestro Sacrificio sean más aceptables á los ojos del Altísimo. Los ministros, las ceremonias, los ornamentos y utensilios para celebrar, á solo Dios se dirigen. «Si nos dedicamos á la oración, dice un renombrado orador (1), es por conseguir los favores de Dios; si hacemos penitencia es por satisfacer su justicia; si nos ejercitamos en buenas obras es por enriquecernos de merecimientos; si recibimos el augusto Sacramento es por santificarnos y unirnos con Dios; pero cuando asistimos al Sacrificio de la Misa, si nuestra intención se conforma con la naturaleza de la acción, no tenemos otro fin que honrar á Dios.» El Salvador, al presentarse como víctima, delante de su Padre, le repite las mismas palabras que pronunció el salmista en nombre del futuro Mesías

(1) P. Espinosa. Octavario del Smo. Sacram.

sacrificado: «Sacrificios y oblaciones no quisistes en manera alguna; entonces adapté á mí un cuerpo con el que tomé forma humana y dije: Heme aquí dispuesto á cumplir tu voluntad (1).» Si esto realmente dice Jesús á su Padre, ¿serán agradables sus sacrificios? ¿alcanzará con los mismos lo que solicita?

10. Jesucristo, empero, se inmola en la Misa de una manera concluyente; de este modo descarga el brazo irritado de su Padre y arranca de sus manos los favores que solicita en beneficio de los hombres. Enseña el Apóstol que el Salvador se anonadó á sí propio, siendo obediente hasta la muerte de cruz. Mas, ¿qué significa este completo anonadamiento sino un total y perfecto aniquilamiento de la propia voluntad y aún del propio cuerpo, de un modo enteramente místico? ¿Qué indica una humillación semejante sino que Jesucristo, teniendo en cuenta la dignidad soberana de su Padre, los infinitos pecados de los hombres, y de consiguiente la inmensa deuda que con Dios habían contraido, quiso que éstos volvieran á ser lo que antes fueron, amigos del Omnipotente y ciudadanos del paraíso? Pues bien; la humillación que practicó en el Calvario, es la que ejecuta cada vez que el Sacrificio de la Misa es celebrado. Jesucristo se presenta ante su Padre aniquilado en la voluntad y extrangulado en el deseo, le ostenta sus llagas, le patentiza sus méritos y le recuerda el amor que profesa al hombre, siendo no esto sólo, sino que Jesús se ofrece con la Iglesia. Ésta, por cierto, mediante los sacerdotes, presenta en la Santa Misa sus plegarias y sus necesidades; el sacerdote las ofrece á Jesucristo quien, haciéndose cargo de las mismas, las presenta á su Padre. El ministro se ofrece con Jesucristo, los asistentes con el ministro, y todos los cristianos con la Iglesia. ¡Qué grata armonía!

11. Jesucristo se ofrece en la Misa, no sólo para que el cruento Sacrificio del Gólgota no resulte del todo infructuoso, sino para que su augusta Religión posea un Sa-

---

(1) Ps. XXXIX, 7.

crificio puro y perfectísimo con el cual se satisfagan las justas exigencias divinas y las aspiraciones y necesidades de los hombres; para que posea un Memorial visible y real de su Pasión dolorosa; y para que sea dueña de un medio que la purifique y la enriquezca.

Pero á más de estas hermosas prerrogativas, el sacrificio de los altares posee algunas ventajas sobre el de la Cruz. En éste el Hombre-Dios se entregó en manos de los verdugos; en aquél se entrega á todos los que apetecen recibirle sacramentado. En el de la Cruz daba únicamente sus bienes; en el del Altar se comunica á sí propio. En aquél se sacrificó una vez sola, en éste se sacrifica cuantas veces gustan los sacerdotes. En el del Calvario, el Salvador estuvo pendiente de la cruz tres horas y sólo fué visto de aquéllos que al lugar del suplicio concurrieron; pero en el de la Eucaristía está presente todos los días, y es visto espiritualmente de todo el mundo. ¡Qué excelente es el Sacrificio incruento, por ser *latréutico!* Mas también:

. II.

Este Sacrificio es eucarístico. Con justa razón denomina el profeta David á la santa Misa: *Sacrificium laudis.* Hostia de alabanza; por lo cual, preguntándose él mismo qué es lo que retribuirá al Señor por todos cuantos beneficios de su mano ha recibido, responde no menos inspirado: «El cáliz de salud tomaré y con él bendeciré el nombre del Señor.» Por manera que el adorable Sacrificio de la Misa es el poderoso medio para rendir las gracias debidas al Altísimo. He ahí por qué esta santa Oblación se denomina Eucaristía.

12. En efecto: toda la piedad del hombre hacia Dios es una justa y reconocida acción de gracias (1); y podíamos afirmar todavía que en la acción de gracias se cifra el espíritu del Cristianismo. Ciertamente, no hay pecado tan monstruoso como la ingratitud, y si ante los hombres el desagradecimiento es abominable, á los ojos de Dios, que pesa las

(1) P. Espinosa, loc. cit.

cosas en la balanza de su justicia, aparece como una falta de gravedad infinita. Pero el Sacrificio de la Misa es el medio para tributar las debidas gracias; y he ahí por qué la santa Iglesia nos amonesta repetidas veces en la Misa á que, juntamente con Ella, rindamos al Señor nuestros obsequios á fin de hacer mayor fuerza al Omnipotente para que nos conceda sus riquezas. Por el solo título de ser el Altísimo Señor nuestro, debemos tributarle infinitas gracias en la Misa. Recordad que el sacerdote, antes de la consagración, agradece al Señor los favores recibidos, é invita al pueblo á que así lo practique: *Demos gracias al Señor nuestro Dios*, dice, y el pueblo responde: *Eso es muy digno y justo*, etc.

El reconocimiento íntimo de la supremacía que ejerce Dios sobre nosotros es un acto solemne de Religión que precisa tributarlo. Así lo efectuó la Virgen Santísima cuando presentó en el templo á su bendito Hijo, y de esa propia manera debe presentarse el que ofrece el Sacrificio de la Misa, anonadándose á sí mismo como Jesucristo, y haciéndose vil y despreciable ante el Señor del Universo para ser oído.

13. Es preciso, además, rendir gracias á Dios como bienhechor nuestro. ¿Poseemos algún bien que no hayamos recibido del Señor? Todas las cosas son suyas, pues Él las ha creado y las conserva y las dispensa; luego es un deber gravísimo tributarle gracias por ser nuestro inmenso Bienhechor. Pero, ¿cómo podremos efectuarlo? El Salvador nos ha deparado la santa Misa como medio sencillo, eficaz y excelente para ser agradecidos al Señor. Verdad es, decía el Apóstol, que somos del todo deudores á Dios, porque todo lo que tenemos es de su Majestad Divina; pero presentarle á su bendito Hijo es devolvérselo todo con Él y aún más de lo que puede exigir de nuestro reconocimiento.

En las antiguas liturgias se hacía mención de todos los beneficios generales dispensados por el Altísimo, y los primitivos fieles no se cansaban jamás de asistir á un Sacrificio que por lo común duraba algunas horas; los sacerdotes y los simples fieles gozaban leyendo ú oyendo recitar los be-

neficios divinos, después de lo cual rendían por los mismos acciones de gracias.

14. Ocasión inmejorable es la que se nos ofrece en el Sacrificio de los altares para tributar, como conviene al Señor, cuantas gracias debemos; sería fatal desgracia que por nuestra negligencia dejásemos escapar ocasión tan favorable. Si así es, asistamos al Sacrificio cuantas veces podamos: en Él están cifrados los bienes del cielo. Corramos, pues, en busca de ellos para afianzarnos en la virtud y ser mejores cristianos. Si á un príncipe temporal debiéramos un capital inmenso, de suerte que para satisfacer tan costosa deuda no fueran suficientes los millones de los mayores potentados, pero que afirmándonos que con oir una sola Misa podríamos quedar libres del compromiso, ¿dejaríamos de oirla? pondríamos algún pretexto para no asistir á ella? Persuadámonos de una vez que el capital debido á Dios es todavía mayor que el aludido, pero que con la audición de la santa Misa se lo satisfacemos enteramente.

15. Voy á resumir: Es obligación del católico honrar debidamente á Dios, y tributarle gracias convenientes. Le impele su exiguo ser y su dependencia del Altísimo de una parte, y de otra la multitud innumerable de beneficios recibidos de su dadivosa mano. En la Misa encuentra satisfecha esta doble obligación. Jesucristo, el Pontífice santo, inmaculado, segregado de los pecadores y ensalzado sobre los más altos cielos; Jesucristo, el ministro supremo, que no tiene precisión como los demás sacerdotes de ofrecer cada día sacrificios por sus pecados, es quien responde de nuestras deudas. Él solo, siendo Dios, es la preciosa Víctima y el escogido Ministro que se ofrece á Dios, su Padre. ¿Sabrá por lo tanto satisfacer nuestras deudas? podrá y querrá satisfacerlas?

Aprovechémonos, por consiguiente, de esta saludable y rica Oblación. Celebremos y oigámosla con el fervor de los santos. Tomemos ejemplo del beato Antonio Turriano, llamado de Águila, quien anhelaba en todo momento celebrar el augusto Sacrificio, y cuando llegaba la hora derramaba

copiosas lágrimas de ternura (1); imitemos á Sta. Catalina de Bolonia, la cual gozábase dulcemente en este acto supremo del Catolicismo; sigamos los pasos, finalmente, del venerable Francisco Francés, de la orden franciscana, el cual permanecía tan devoto en la audición de la Misa que los asistentes se movían á su imitación, y Dios Nuestro Señor le pagó sus fervores aún en esta miserable vida con inefables consuelos (2).

EJEMPLO

El gran canciller de Inglaterra, Tomás Moro, jamás se dispensaba de asistir á la santa Misa. Un día, mientras la oía, le dieron aviso que el monarca le estaba esperando para tratar asuntos de importancia. El canciller respondió:—Que su Majestad se sirva tener un poco de paciencia, pues no he acabado todavía de ofrecer mis homenajes al Rey de los Reyes.—*Ortúzar*

(1) Brev. Rom., 28 Enero, lec. 6.
(2) Crónica Seráfica, P. 7., lib. 4., cap. 20.

XXI

La santa Misa es un sacrificio propiciatorio.

Quoties hujus hostiæ commemoratio celebratur, opus nostræ redemptionis exercetur.

Cuantas veces es celebrada la conmemoración de esta Hostia, otras tantas se renueva la obra de nuestra redención.

DOM. IX POST PENTEC. SECRETA.

1. Era de todo punto imposible que pudiesen complacer á Dios los sacrificios gentílicos, por cuanto venían á ser el triste producto de horrendos crímenes perpetrados por oferentes idólatras. La aberración de la inteligencia pagana había llegado al extremo de fantasear que la Divinidad, ó el infinito número de divinidades, según ellos creían, se honraba á la vista de los cuerpos mutilados, y del suelo empapado en sangre humana, y gozaba al aspirar el humo repugnante de las abrasadas víctimas. Pero, nada menos que eso. Dios detesta el crimen en sí mismo, y con respecto á la consecución por él, de fines, aún los más grandes. Por eso tenía que execrar en absoluto el sacrificio gentílico. Apartemos, pues, los ojos de esta clase de nauseabundas inmolaciones para clavarlos en otro género de sacrificios, ordenados inmediatamente por el Altísimo, á fin de ver si responden á sus eternos designios. Me refiero á los sacrificios del pueblo hebreo. Pero, oigamos al mismo Dios quien, mucho mejor que nadie, nos dará exacta noticia de

la práctica mosaica en lo que á este punto atañe. «¿De qué me sirve á mí, dice (1), la muchedumbre de vuestros sacrificios? Harto estoy; no quiero holocaustos de carneros, ni sebo de animales gruesos, ni sangre de corderos, ni de machos cabríos... No los quiero, ni los acepto.» Mas, ¿sabéis por qué razón? ¡Ah! porque tenía ordenado instituir otro sacrificio distinto del de los israelitas que fuera capaz de perdonar las culpas humanas, ya que imposible es que con sangre de toros y de carneros sean borrados los pecados (2). Es necesario tener presente que si las oblaciones levíticas agradaban á Dios y perdonaban la transgresión legal, era, no por mérito intrínseco del sacrificio, sino por la fe del ministro y de aquéllos por quienes se ofrecía, en el Mesías que había de venir. Los sacrificios de la Ley antigua no podían en manera alguna gustar á Dios, porque al ser ofrecidas las víctimas se le insultaba mejor que se le honraba. En efecto; las mejores reses, que debían ser inmoladas en holocausto, eran sustituídas por reses antiguas y deformes, con las cuales los hebreos provocaban la ira del Señor, quien les reprendía con estas duras frases: «No tenéis vergüenza de presentarme esas víctimas?; por eso mi voluntad ya no está en vosotros; me retiraré de vuestra compañía y haré que en todo el mundo se ofrezca á mi honor un sacrificio de alabanza.» Este Sacrificio, ciertamente, fué instituído momentos antes de empezarse la horrorosa tragedia de la Pasión de Jesucristo, quien nos dejó por eterna Oblación su verdadero Cuerpo y Sangre.

Esta oblación perdona los pecados, por cuanto enseña S. Juan que «Jesús es propiciación por los pecados de todo el mundo;» y ved aquí la razón de ser *propiciatorio* el Sacrificio de nuestros altares.

Para su perfecta explicación, distribuiré la presente materia en dos partes: *El Sacrificio de la Misa es propiciatorio:* 1.° *por los vivos;* 2.° *por los difuntos.*

---

(1) Isai., I, 11.
(2) Heb. X, 4.

§. I.

2. Siendo el Sacrificio de nuestros altares esencialmente el mismo que se ofreció en la cruz, causa, sin disputa, como éste, la remisión de los pecados. Empero, antes de entrar en materia, preciso es que explique por qué clase de vivos puede aplicarse el Sacrificio de la Misa. Puede afirmarse que por todos aquéllos por quienes fué aplicado el sacrificio de la Cruz. Ahora bien; Jesucristo quiso hacer salvos á todos los hombres, para lo cual derramó su sangre por todos y aplicó por todos el sacrificio de la Cruz. Luego por todos los hombres puede aplicarse el sacrificio de la Misa. El Apóstol manda practicar rogaciones, oraciones, peticiones, acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes y por todos aquéllos que en dignidad y alteza están constituídos... Esta práctica, dice, es buena y aceptable delante del Salvador, nuestro Señor, que quiere que todos los hombres sean salvos, etc. Uno es el Dios, añade, uno el Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, que se dió á sí mismo en redención por todos (1). Es, por lo tanto, necesario que se aplique la santa Misa por todos los hombres, á fin de que todos consigan los méritos de Cristo aplicados por ella. Por los mismos infieles podemos celebrar el santo sacrificio, y aun debemos, si queremos conformarnos con Cristo, que murió por todos los hombres. En la antigua ley se aplicaba también la Oblación mosaica por los infieles. La sagrada Escritura lo confirma, cuando asegura que se ofreció por Nabucodonosor y sus hijos, y también por los espartanos; y la Iglesia nuestra Madre, prosiguiendo su inmemorial costumbre, ruega en el día de Viernes Santo por los paganos, por los demás infieles y hasta por los pérfidos judíos. S. Agustín escribía á S. Vital y le decía estas frases: Debes creer y tener por doctrina segura que cuando el Sacerdote en el altar exhorta al pueblo á que ruegue por los incrédulos, para que Dios les convierta á la fe y por los ca-

(1) Epist. I ad Timoth. cap. II.

tecúmenos, para que les inspire el deseo de su espiritual regeneración, practica una obra santa y saludable.»

Si alguna divergencia de pareceres existe es acerca de los excomulgados; mas por los tolerados puede rogarse, aún en público; pero de ninguna manera por los especialmente excomulgados, aun cuando por éstos se puede aplicar privadamente el Sacrificio, y aun debemos aplicarlo, á fin de que el Señor tenga misericordia de ellos y puedan volver á la unidad de la Iglesia Católica.

3. Esto supuesto, el Sacrificio de la Misa es propiciatorio por los vivos, porque causa la remisión de sus pecados. Hemos de partir del principio, varias veces declarado, que el Sacrificio de la Misa es esencialmente el mismo de la Cruz, aunque difiere accidentalmente, en cuanto que allí hubo muerte real y aquí sólo mística, y en cuanto que por aquél se satisfizo la deuda de los hombres, y por éste se aplican sus méritos.

Las páginas sagradas y las autoridades patrológicas acordes están en afirmar que la Santa Misa confiere la remisión de los pecados. En efecto; Cristo Señor nuestro, al instituir esta divina Oblación, dijo: «Ésta es mi sangre, la del Nuevo Testamento que será derramada por muchos para la remisión de pecados;» mas, nótese que en el códice griego, el tiempo *será derramada,* se lee en presente, para dar á entender que esta sangre divina, de precio infinito, no sólo se derramó, sino que se derrama todos los días en la santa Misa para la redención de muchos. El Apóstol asegura que esta propia doctrina la recibió él del mismo Salvador; por lo cual, en la carta á los hebreos, hablando de Jesucristo, como principal ministro de la Misa, y de los demás ministros secundarios, añade: Todo Pontífice, tomado de entre los hombres, está constituído en aquellas cosas que se refieren á Dios para ofrecer dones y sacrificios *por los pecados de los hombres* (1). Empapados con estas preciosas ideas los varones apostólicos, en muchas oraciones de las litur-

(1) Heb., V, 1.

gias antiguas, expresaban el efecto primordial de la santa Misa, que es la remisión de los pecados.

4. S. Cipriano llama á este Sacrificio, Holocausto que purga las iniquidades; S. Hilario, Perpetua oblación de la redención (1); S. Germán, Propiciación redentiva; y San Cirilo de Jerusalén, Hostia de propiciación. S. Juan Crisóstomo, hablando del sacerdote que ofrece el Sacrificio, afirma que es un delegado y rogador para con Dios, á fin de que el Señor sea propicio por nuestros pecados; y S. Jerónimo escribe de un obispo, que ofrecía todos los días el Sacrificio de la Misa por sus pecados y por los del pueblo (2).

5. Conforme con las precedentes ideas está la razón teológica; sus profesores aducen por prueba que el Sacrificio de la Misa suple las veces y las virtudes de los demás sacrificios, tanto aquéllos que sirven para dar gracias á Dios, como los que sirven para perdonar los pecados; lo cual debe ser así, porque, sentado como cierto que los antiguos sacrificios fueron abolidos, y que en su lugar fué instituído el de la Misa, si aquéllos tenían la virtud de perdonar pecados, por la fe que el ministro y asistentes tenían en el Cristo venidero, mucho más debe tenerlo el de la Misa; tanto más, dice S. Agustín, cuanto que aquéllos figuraban á éste. Por esta razón la santa Iglesia excomulga á los que afirman que la santa Misa sirve únicamente para alabar á Dios y para darle gracias, y no creen que también es propiciatoria por nuestras culpas (3).

6. Visto que perdona los pecados, estudiemos ¿cuáles perdona y cómo los perdona? El pecado mortal se remite por medio del Sacramento de la Penitencia, y sólo en el caso de que este Sacramento no pueda recibirse de hecho, se remite, formando un acto de contrición verdadera; por esta sólida y única razón no puede el Sacrificio de la Misa perdonar los pecados mortales inmediatamente, es decir: por el solo hecho de celebrar una Misa por el que da el estipendio;

(1) Hom. 5 Pasch.
(2) Ep. ad Titum.
(3) Trid. Sess. 22, can. 3.

de lo contrario no sería necesario el Sacramento de la Penitencia. Empero si no perdona los pecados mortales inmediatamente, los perdona mediante ciertos auxilios que envía Dios á la persona por quien se ofrece el Sacrificio, con los cuales ésta se mueve á penitencia, y por consiguiente, mediante este Sacramento se obra la remisión de sus pecados. Por lo cual enseña el Tridentino: «Si con un corazón verdadero y fe recta; si con miedo y reverencia, si contritos y penitentes nos llegamos á Dios, por este Sacrificio conseguimos misericordia y encontramos gracia y auxilio oportuno; pues, aplacado el Señor por esta oblación, concediendo la gracia y el don de la penitencia, perdona los pecados y los crímenes, aún los más grandes (1).» La razón de todo esto es, dice S. Alfonso de Ligorio, que el Sacrificio de la Misa es ofrecido por Cristo, Nuestro Señor, el cual, como no es viador, tampoco puede merecer por nosotros, sino que nos impetra las gracias para salir del pecado.

3. De la propia manera que la santa Misa perdona los pecados mortales, remite también los veniales; pero se ha de tener presente que los perdona *ex opere operato,* es decir, por virtud de los méritos de Cristo inherentes á la Misa, é independiente de los méritos y virtud, tanto del ministro como de aquéllos por quienes se celebra; de lo contrario, advierte el sutil Doctor (2), la Misa celebrada por un sacerdote malo, quien en aquel acto no merecería personalmente, no tendría valor ninguno en la Iglesia, lo cual es contra el sentido común. Por manera que, aun cuando sea certísimo que, para que el Sacrificio de la Misa aproveche en particular á alguno, mejor es que estén en gracia de Dios el celebrante, los oyentes y aquél por quien se celebra, también es evidente que si el que celebra está en pecado mortal, no por eso el que ha dado estipendio, ó los oyentes pierden el fru-

(1) Trid. Sess. XXII, cap. 2. Si cum vero corde et recta fide, cum metu et reverentia, contriti ac pœnitentes ad Deum accedamus misericordiam consequamur et gratiam inveniamus in auxilio opportuno. Hujus quippe oblatione placatus Dominus, gratiam et donum pœnitentiæ concedens crimina et peccata etiam ingentia dimittit.

(2) Quodlib. 20, n.º 2.

to correspondiente, por más que no reciban la satisfacción y el valor del Sacrificio; pero en saliendo del mal estado reciben dicha satisfacción.

8. Asimismo, la santa Misa perdona *ex opere operato*, é inmediatamente las penas temporales debidas por los pecados ya confesados y perdonados; penas que, si no se perdonan por este medio y por otros que ofrece la Iglesia, las habremos de satisfacer en el purgatorio. En efecto; este Sacrificio, así como el de la Cruz, es de sí completamente satisfactorio, luego por sí mismo, por el mérito y virtud que de sí tiene, satisface las penas de aquellas personas justas, vivas, por quienes se celebra; entiéndase que la Misa perdona solamente las penas temporales debidas por los pecados ya absueltos de aquellas personas que, aunque fueran pecadoras, están al presente en gracia de Dios; mas no perdona las de aquéllas que no están en amistad con el Señor. Á la manera que los ayunos y oraciones y limosnas y mortificaciones satisfacen por las penas temporales debidas, esto es: las borran inmediatamente, en cuanto que por aquella satisfacción correspondiente á la obra, se aplica á los justos por modo de solución, así, y con más precisión, lo verifica el Sacrificio de la Misa. He ahí por qué el Tridentino anatematiza á aquéllos que dijeren que la Misa no satisface por las penas temporales.

§. II.

9. Unidas por fuerte lazo las Iglesias militante y purgante; participando de las gracias y méritos mutuamente los que somos viadores y los que, por no haber satisfecho á Dios las penas temporales, están experimentando en el Purgatorio horribles tormentos, es preciso que estos últimos tengan parte en nuestras oraciones y mortificaciones, particularmente en el Sacrificio de la Misa, como que es la principal y mejor Obra del cristiano, después de la contrición. Ciertamente, el Sacrificio de la santa Misa es expiatorio por los difuntos; por su efecto las almas expiantes quedan libres de toda ó parte de la pena temporal que están purgando en aquel lugar, y exentas quedan de la misma ma-

nera que hemos observado al ocuparnos de que el Sacrificio satisface la pena temporal de los vivos; pero es indispensable tener en cuenta que la satisfacción respecto de las almas del Purgatorio es infalible absolutamente, en cuanto que, estando ciertas de hallarse en amistad con Dios, el fruto del Sacrificio produce en ellas infalible efecto; mas no es infalible que por el Sacrificio se les perdone toda ó sola parte de la pena debida, porque esto queda á voluntad de la misericordia divina.

10. En el Tratado tercero de esta Obra expuse algunas razones acerca del bien inmenso que experimentan las almas del Purgatorio por medio de la santa Misa. Por eso no es necesario que en este lugar repita lo que allí dije. Empero recordaré que el Concilio de Trento enseña que la santa Misa puede y debe ofrecerse por los difuntos, y excomulga á quienes afirmaren lo contrario. Digan lo que quieran los protestantes, lo cierto es que ellos blasfeman de lo que ignoran, mientras que nosotros demostramos el dogma con documentos claros y verídicos. En efecto: la Misa aprovecha á los difuntos, según promesa de Jesucristo hecha á la Iglesia, pues algo significan las palabras del Salvador: «Ésta es mi sangre del Nuevo Testamento que será derramada por muchos;» ahora bien; en esta palabra *muchos* entran también las almas del Purgatorio, pues tan hijas de Dios son, y necesitan de tanto socorro y sufragios como los que somos viadores; por algo dice el Pontífice al que se ordena de sacerdote:—Recibe la potestad de ofrecer el sacrificio á Dios y de celebrar Misas, tanto por los vivos como por los difuntos;—ficticia potestad sería la del nuevo sacerdote si las almas no pudieran recibir consuelo del Sacrificio.

11. La práctica santa de rogar por los difuntos, y la costumbre piadosa de celebrar Misas por el descanso eterno de los mismos, son tan antiguas como la Iglesia, es de tradición apostólica y la enseñó el mismo Jesucristo; así lo afirma S. Dionisio Areopagita (1). S. Clemente añade que

(1) De prece super defuncti facienda ex divinis Ducibus (id est Apostolis) traditio pervenit ad nos. De Ecclesiast. Hierarq., cap. 7.

por los que murieron en gracia de Dios se debe ofrecer la sagrada Eucaristía, el Sacramento Real del cuerpo y sangre de Jesucristo (1).» S. Cipriano ordena que nadie nombre en su testamento á clérigo alguno por tutor ó curador de menores, y si lo hiciere prohibe que se diga Misa en su entierro (2). No en valde, dice S. Juan Crisóstomo (3), se hacen ofrendas, se celebran Misas por los difuntos; no en valde se reza por ellos; no en valde se dan limosnas: orden es del Espíritu Santo que gobierna esta Iglesia, porque quiere que nos ayudemos unos á los otros; y así no dudes del fruto dulce de esas obras. Enseña S. Agustín que «no se puede negar que las almas de los difuntos que están en el Purgatorio son ayudadas y socorridas con el Sacrificio de la Misa (4)»; y S. Cirilo nos amonesta á «que oremos por los difuntos, creyendo serles de gran socorro el Sacrificio del Altar (5).»

12. Pero qué ¿será cuestión que aduzcamos aquí el testimonio de todos los Padres? Dirigid ahora una mirada á las liturgias de Santiago, de S. Basilio, de S. Crisóstomo y á las liturgias occidentales, y en todas ellas encontraréis consoladores testimonios que acrediten esta universal creencia. «Acordaos también, Señor, dice la liturgia Romana, de tus siervos y siervas que nos precedieron con la señal de la fe y duermen el sueño de la paz. Dadles el lugar del refrigerio de la luz y de la paz.» Si recordamos á los Concilios veréis que el IV de Cartago manda se celebre el Sacrificio de la Misa por los que fallecieron en el viaje ó en el mar (6); y el Florentino declara que los que murieron en gracia de Dios, sin haber satisfecho por las penas debidas á sus pecados, han de expiar en el lugar llamado Purgatorio, y que para aliviarlas de ellas acostumbra la Iglesia ayudarlas con Sacrificios.

---

(1) Const. Apost., lib. XI.
(2) Ep. 9.
(3) Non frustra pro defunctis fiunt, etc., hom. 21 in act. Apost.
(4) Enchiridion., cap. 110.
(5) Catheq. Mistag., 5.
(6) Cap. 79.

Y ¿cómo no les ha de aliviar la santa Misa, si enseña S. Atanasio que les aprovecha también el aceite y la cera que arde por ellas en el templo (1)? Una sola Misa, considerada en cuanto á su valor intrínseco, es suficiente, dice el apostólico S. Leonardo, para sacar todas las almas del Purgatorio.

13. Si hubiere de referir los casos prodigiosos sucedidos, en confirmación de la doctrina que expongo, necesitaría un gran volumen; mas es preciso que, para completar esta provechosa materia, inserte algunos. El bienaventurado Fr. Juan de Alvernia, franciscano, estando cierto día celebrando la Misa, al levantar la S. Hostia, vió innumerables almas que salían del Purgatorio y volaban al cielo (2). S. Antonino refiere que Pedro Monáculo celebraba Misa por el alma del difunto Gerardo, y que antes de acabarse, apareciéronseles S. Bernardo y el obispo S. Malaquías y le dijeron estas palabras: Ya Gerardo es compañero de los ángeles (3). Cierto diácono, llamado Pascasio, fué condenado al Purgatorio; mas Germano, obispo de Capua, celebró algunas misas por él, y quedó libre (4). También una monja del Cister, que hablaba mucho en coro, fué al Purgatorio, pero celebráronse varias misas á su intención y voló al cielo (5).

Muchas de estas almas aparecieron á algunos devotos, pidiéndoles Misas para quedar libres de los atroces suplicios que en el Purgatorio padecen. S. Gregorio (6) refiere que un sacerdote solía bañarse en un lugar que llaman Ceutumcellas, y cierto día halló en este sitio á un hombre que con gran humildad y reverencia le servía, llegando hasta descalzarle y enjugarle. Tan buenas acciones eran repetidas por muchos días, en reconocimiento de lo cual, el sacerdote llevó á su servidor algunas roscas de pan que le

(1) Serm. de dormit.
(2) S. Antonino 3. pars, tit. 24, cap. 8.
(3) Tercera part., tit. 18.
(4) S. Gregorio, lib. 4 de los diálog.
(5) Cesario.
(6) Lib. 4 dialog., cap. 15.

habían ofrecido. Al dárselas, contestó con tristeza el buen hombre:—Padre, este pan bendito no le gasto ni le puedo comer, porque el que te habla fué en un tiempo señor de estos baños, y por mis pecados me pusieron aquí después de mi muerte. Pero si quieres hacerme algún bien, ofrece á Dios este pan en la Misa, y ruega á su Majestad divina por mis pecados, y entonces podrás creer que Dios tiene concedido lo que pidieres si no me hallares más en este lugar.—Desapareció el que hablaba; el sacerdote dijo Misa por él durante una semana entera, al cabo de la cual, se dirigió á los baños y no halló más aquella visión.

14. No solamente las oraciones, y particularmente las Misas que se celebran por las almas de los recien difuntos, sirven de inmenso consuelo, sino también las exequias y oficios funerales que por ellas se solemnizan dentro del año del fallecimiento y pasado este tiempo. Al ocuparse S. Gregorio (1) de que por medio del Sacrificio del Altar se redimen los cautivos, añade estas consoladoras frases: «Creo que el suceder con los vivos tan clara y abiertamente verse libres de sus prisiones por las Misas que por ellos se dicen, sin saberlo ellos mismos, es para darnos á entender que mucho mejor sucederá en las almas de los difuntos.» Así es en efecto; he consignado más de una vez que la caridad no tiene límites, y la que debemos á nuestros hermanos en Jesucristo se extiende hasta más allá de la tumba; ved por qué en la Iglesia de Dios, los fieles no se contentan con celebrar el funeral del fallecimiento, sino que lo repiten varias veces durante el año, y pasado este tiempo lo solemnizan anualmente. Esta práctica no es moderna; es tan antigua como la Iglesia. Por esta razón los fieles de todas las épocas han celebrado Misas y oficios funerales, regularmente los días tercero, séptimo, noveno, trigésimo, cuadragésimo y aniversario. Del tercer día, habla S. Clemente y dice que se hagan exequias por los difuntos en reverencia de Cristo que resucitó al tercero día (2); del séptimo se ocupa S. Ambro-

(1) Lib. 4 de los diálog., c. 57.
(2) Lib. VI Const. Apost., cap. 48.

sio y nos amonesta que las celebremos también en memoria del descanso eterno, significado en el día séptimo (1); del noveno y cuadragésimo advierte S. Juan Damasceno que á no ser práctica inspirada por Dios no se hubiera conservado tanto tiempo entre los fieles (2). S. Efrén amonesta que se celebren funerales al cabo del mes (3); y S. Clemente (4), Tertuliano (5) y otros enseñan que se deben solemnizar los aniversarios por los muertos, porque no sabemos el estado en que se hallarán nuestros difuntos.

15. En prueba del grande alivio que experimentan las almas del Purgatorio con semejantes sufragios, refiere Teodorico Laercio de Strada (6) que el maestro Juan de Lovaina fué enterrado por disposición propia en la Cartuja de Rudemunda, donde á la sazón habitaba S. Dionisio. El primer año, que celebraron su aniversario, al terminar la Misa veía, no sin terror, aquel santo que sobre la tumba del insigne maestro se agitaban unas grandes llamas, que despedían espeso humo y pestilencial olor; turbóse S. Dionisio, pues conocía la cristiana vida de Juan de Lovaina y dudaba si sería fuego del infierno ó del purgatorio; al año siguiente se repitió la visión, apareciendo las llamas, aunque no tan obscura; pero al tercer año del funeral, quedó arrobado el mencionado santo, en cuyo éxtasis le fueron revelados secretos admirables, pero sobre ellos no dijo una palabra: tan solamente escribió una carta al albacea del difunto, rogándole cumpliese el testamento de éste, y en especial que con la brevedad posible hiciese celebrar unas Misas por su alma.

16. Acabamos de ver que el Sacrificio de la Misa es propiciatorio por los vivos y difuntos, porque es esencialmente el sacrificio de la Cruz: es propiciatorio por los vivos, porque causa en ellos la remisión de los pecados mortales y veniales, del modo explicado, y porque les perdona

(1) Orat. de fide resurrect.
(2) Serm. de fidelib. defunctis.
(3) In suo testamento.
(4) Loc. cit.
(5) De corona milit.
(6) Vida de S. Dionisio Cartujano.

también las penas temporales; y es propiciatorio por los muertos, porque les remite estas mismas penas que padecen en el Purgatorio. Según esto, ¿qué sentimientos deben embargar nuestras almas cuando asistimos á la santa Misa? ¿No debía reinar en nosotros ese espíritu de mística ambición, según el cual deseásemos con todas veras aprovecharnos de los frutos del Sacrificio? Considerad que la Misa es universal farmacopea que cura las llagas del cristiano y las cicatriza suavemente con ese bálsamo dulce de la sangre de Cristo, que corre por el altar cuando es celebrado el Sacrificio. Notad que la Misa tiene virtud para perdonar los pecados, para perfeccionarnos, para hacernos santos; y ¿no deberemos aprovecharnos de tan inmenso tesoro? ¿No nos resolveremos á oir devotamente cuantas Misas podamos? Persuadámonos que en la S. Misa poseemos nuestro mayor bien; que la Misa nos puede llevar al cielo, y resolvámonos á asistir á ella con frecuencia.

Dije que este divino Sacrificio es propiciatorio por las almas del Purgatorio; éstas, en verdad, se hallan penando atrozmente, y nosotros podemos consolarlas, aliviarlas y hasta sacarlas de aquel horroroso lugar, oyendo la Santa Misa, ó mandando celebrarla á intención de las mismas; si esto no hacemos, si esto no procuramos, ¿dónde está nuestra caridad? ¿dónde la humana compasión? Allí tenemos quizá á nuestros parientes, bienhechores y amigos; allí tenemos á las almas todas, hermanas nuestras en Cristo: ¿no las ayudaremos en sus penosos trabajos? ¿No las aliviaremos de aquellos atroces dolores? ¿No las sacaremos de aquellos inauditos tormentos? Si viéramos á nuestros hermanos en horrible pozo, en el que iban á ahogarse, y supiéramos que podíamos extraerles ¿no les alargaríamos una mano para librarles de la muerte? Pues ved en el Purgatorio á tantas personas queridas las cuales podemos sacar de ese triste lugar. ¡Ay! día vendrá en que nosotros, usando el Señor de misericordia, vayamos allí, y entonces querremos que nos socorran los vivos. Pues lo que quisiéramos que hagan los demás con nosotros, practiquémoslo ahora con las almas

del Purgatorio, oyendo y mandando celebrar Misas por ellas; y cuando llegue el día (que no tardará mucho) de ir nosotros á aquel lugar de expiación, los que nos sobrevivan se compadecerán también de nosotros.

EJEMPLO

Un sacerdote joven fué enviado por su obispo á un lejano cantón al objeto de estudiar si convenía fundar allí algún servicio religioso. Al llegar al término de su viaje se le habían agotado sus provisiones, y con su última moneda compró un frasco de vino para celebrar la santa Misa. Había en aquel lugar muchos europeos y entre ellos algunos franceses á quienes, con objeto de interesarlos á su favor, les habló en su idioma patrio; mas por ser sacerdote no recibió en cambio ni el saludo. Rechazado de todos, buscó el abrigo de la sombra de un árbol donde, estableciendo su angustiosa residencia, pasaba con raices desconocidas y mariscos crudos. No había quien al pasar tendiese su mano al misionero, ni siquiera le hablase una palabra; los moradores de aquel pueblo salvaje, dedicados al negocio y á los vicios, no conocían ningún sentimiento de humanidad.

Un día se le acercó un hombre afable, de gallarda y venerable presencia.—Buenos días, señor, ¿tenéis algo que comer?—le dijo. Era otro sacerdote enviado en su busca por el obispo. Le había tocado la misma suerte que á su compañero, pues, rendido al hambre y al cansancio, había sido despreciado por las gentes de aquella tierra. Recostóse en el duro suelo, y vió que por todo alimento le presentaba su amigo raices y almejas enormes y repugnantes. No pudo soportar este alimento, lo cual afligió tanto al misionero que pocos días después permanecían ambos tendidos en el suelo, devorados por la fiebre y los gusanos. Dijéronse mutuamente: —Vamos á morir. Uno de los dos, haciendo un postrer esfuerzo, debe celebrar una última Misa, dará la Comunión al otro, y, resignados, dormiremos en el Señor.—

Era día de la Asunción. Echaron en suerte quién debería celebrar y recayó sobre el primer llegado. Éste tuvo que reanimarse veinte veces para continuar el Sacrificio, que celebraba por sí, por su hermano y en particular por aquel pueblo cruel que les dejaba morir de hambre. La Misa duró más de tres horas y en ella comulgaron ambos. ¡Qué no pasaría en aquellas almas que se sacrificaban juntamente con Jesucristo para la salvación de muchos!

Terminada la Misa, el celebrante se recostó cerca de su compañero y esperó la muerte, que no tardó en llegar. Por la noche dió el último suspiro, besando los puros labios de su hermano, que le tenía apretado contra su pecho. Era la última bendición que le prodigaba.

Á la mañana siguiente algunos salvajes pasaron por allí. Vieron el ca-

dáver junto al moribundo y dieron la noticia en la aldea próxima, cuyos moradores, comprendiendo la crueldad horrible que habían cometido contra los santos misioneros, ó más bien, á influencias de la Divina Hostia incruenta, bajo de aquel árbol inmolada, se dieron por vencidos. Acudieron en gran número, llevando alimentos y agua fresca. El misionero se reanimó. Vió que aquéllos eran ya otros hombres. Allí donde se había alzado un altar abrieron una fosa y enterraron el cadáver del mártir; en seguida tomaron en brazos al enfermo y le sostuvieron junto á la fosa para que la bendijera. Más aún: obedeciendo á las súplicas de éste, cortaron un árbol, hicieron una cruz y la colocaron sobre el sepulcro. Así la cruz tomó posesión de este nuevo dominio.

Al presente hay allí una ciudad, una iglesia y millares de católicos tan dóciles á la voz del obispo como bien queridos por él. Este obispo es el mismo misionero cruelmente rechazado á su arribo. Yo visito aquel sepulcro tan á menudo como puedo, me decía él, al referirme todo esto, y necesito hacer grande esfuerzo para contener mis lágrimas... Mi corazón está lleno de gratitud y admiración por la obra de Dios... Cuando he querido hablar al pueblo al pie de aquella primera cruz, no he podido articular dos palabras.—*Luis Veuillot.*

XXII

La santa Misa es un sacrificio impetratorio.

Obsecro igitur primum omnium fieri obsecrationes, orationes, postulationes, gratiarum actiones, pro omnibus hominibus.

Encargo ante todas cosas se hagan «en la Misa» peticiones, oraciones, rogativas y hacimientos de gracias por todos los hombres.

I AD TIMOTH., II, I.

1. ¿No hemos leído en las sagradas páginas del Testamento Antiguo que el pueblo escogido, con objeto de que el Altísimo se mostrase propicio á sus plegarias, ofrecía repetidas veces el sacrificio mosaico? Y, ¿no hemos leído también que Dios, según la fe de su pueblo, y según la pureza con que le ofrecía los holocaustos, al propio tiempo que escuchaba sus votos, derramaba sobre él mil bendiciones? Pues ved aquí dibujada la práctica del pueblo cristiano cuando necesita bienes de que absolutamente carece. Muy buenas son las oraciones particulares, porque, penetrando las nubes, llegan hasta el solio del Excelso; excelentes las plegarias en común, ya que son presentadas por los ángeles á la Divinidad; eficaces las rogativas públicas, porque, movido de ellas, se compadece Dios de los mortales: todas estas peticiones consiguen su objeto determinado, según la fe, la humildad y la pureza con que se solicitan; pero ¿qué tienen que ver con el Sacrificio de la Eucaristía, en el cual, no son los hombres ni la Iglesia los que llaman

exclusivamente á las puertas del cielo, sino Jesucristo, el mismo Hijo de Dios, que, oyendo los clamores de sus hijos y escuchando los ruegos de su fiel Esposa, pide por ellos, y se encarga de despacharles sus peticiones? Y el Eterno Padre, que no se hizo sordo á los clamores y á los deseos de Jesucristo en el Gólgota, tampoco desoye las plegarias de su Hijo en el Altar. Cuanto pide Jesucristo, se lo concede el Padre, y, teniendo nosotros en posesión á Jesús, víctima en la Misa, podemos asegurar que lo poseemos todo con Jesucristo. Acaso, arguye S. Pablo, el que nos dió á su Divino Hijo, ¿no nos dará con Él todas las demás cosas? Pídeme, dice el Eterno al Hombre-Dios, y te daré en herencia á todas las gentes, de suerte que ellas vengan á poseer tus riquezas y tus inmensos tesoros. Herederos somos, pues, de Dios, y coherederos de Jesucristo, de cuya rica herencia comenzamos á participar con el Sacrificio de nuestros altares. Concluyamos, por consiguiente, diciendo que este Sacrificio santísimo es impetratorio, porque nos alcanza del cielo, por medio de Jesucristo, toda suerte de gracias. Este es el asunto que prometo desarrollar, para cuyo mejor desempeño lo distribuiré en dos partes: 1.° *El Sacrificio de la Misa impetra gracias espirituales;* 2.° *Consigue también gracias temporales.*

§. I.

2. Certísimo es que en la santa Misa se renueva la consoladora memoria de la Pasión de Jesucristo, se reproducen los infinitos bienes que en el Calvario por vez primera se nos otorgaran, y se nos derraman copiosamente gracias en general, particularmente las conducentes á nuestra salvación eterna. Jesucristo víctima es quien nos las dispone, aunque espera y desea que, para concedérnoslas, se las pidamos á Él. Ved por qué la Iglesia, cuando solicita alguna gracia del Padre, pone por valioso mediador al Cordero inmaculado, y así dice: *Per Dominum nostrum Jesum Christum,* etc. El Apóstol (1), escribiendo á Timoteo su discípulo,

(1) I Timoth., II, 1.

le habla de esta manera: «Te encargo ante todas cosas se hagan peticiones, oraciones, rogativas y hacimientos de gracias;» las cuales plegarias han de hacerse en el Sacrificio de la Misa, según interpretación de los Santos Padres. Todas las liturgias antiguas aducen largas oraciones, en las cuales se pide por todas las necesidades, especialmente por las espirituales. La liturgia Romana, al elevar al Padre esas tiernas deprecaciones, denominadas *mementos*, le dice de este modo: «Acordaos, Señor, de vuestros siervos y siervas N. N. y de todos los circunstantes, cuya fe y devoción os son conocidas, por quienes os ofrecemos este Sacrificio de alabanza, en favor de ellos y de todos los suyos, para redención de sus almas, para que esperen su salvación y conservación y para que os cumplan sus promesas.» En el *memento* de difuntos, solicita que descansen en paz las almas que están en el purgatorio; y que á todos nos conceda el Eterno poder llegar al cielo, después de nuestro tránsito. Y todo esto lo pedimos los fieles, juntamente con el sacerdote, quien lo solicita con Jesucristo al Padre Eterno. El Tridentino define que este Sacrificio se ofrece y debe ofrecerse á más de los pecados, de las penas y de las satisfacciones (1), por otras necesidades tanto espirituales como temporales.

Respecto de las primeras ¿cuáles no concederá N. Señor, siendo como son en orden á nuestra salvación? Si la santa Misa se ha instituído como medio eficaz para conseguir nuestro último fin ¿no nos concederá el Señor cuanto le pidamos en orden á él?

3. El Padre Eterno oye á su Divino Hijo y le otorga cuanto le pide. «En los días de su vida mortal, dice el Apóstol, fué oído por la reverencia que le era debida (2).» Mas pregunto: ahora que en calidad de víctima y de intercesor se halla sacrificado en la Misa, ¿será menos digno de ser escuchado? ahora que reune méritos infinitamente mayores que antes de llevar á cabo la obra de la Redención, dejará

(1) Sess. 22, cap. 2.
(2) Heb. V, 7.

de oirlo el Eterno Padre? De ninguna manera. Nuestra grande utilidad, acerca de este punto, consiste en aprovecharnos lo más que podamos del Sacrificio de la Misa, y al unirnos en espíritu al sacerdote, pidamos en primer lugar la paz para nuestras almas, las virtudes teologales y morales y los dones del Espíritu Santo, no olvidándonos jamás de nuestros prójimos.

Examinémonos detenidamente y observaremos que tenemos fuertes pasiones que nos arrastran, vicios más ó menos graves que nos dominan, y vanas ilusiones del mundo que nos encantan; volvamos á indagar escrupulosamente nuestra conciencia y hallaremos que carecemos de hermosas virtudes, que somos tibios en el servicio divino, que nos olvidamos de Dios, que nos asaltan infinidad de tentaciones y que estamos expuestos á muchos peligros espirituales. Y al ver tanta miseria en nuestro espíritu, ¿seremos más desdichados aún, dejando de asistir al adorable Sacrificio del Altar y de pedir en él las virtudes que nos faltan?

4. Empero el Sacrificio de la Misa es universal; por lo tanto, cuando á él asistimos hemos de rogar por todos los hombres. Así lo insinúa el Apóstol cuando enseña que se deben practicar oraciones y peticiones *pro omnibus hominibus;* y en particular se debe rogar por los reyes y por todos los que se hallan constituídos en alta dignidad, á fin de que tengamos una vida quieta y tranquila, con toda piedad y castidad, porque todo esto es bueno y aceptable ante Dios N. Señor. Cuenta un autor fidedigno (1) que los judíos, cuando eran afligidos con algunas calamidades, solían rogar para que el Señor depusiese su ira contra aquellas gentes que ellos no conocían; y Jesucristo enseñó que, no solamente debíamos amar y rogar por los amigos, sí que también por los enemigos; aleccionado con estas enseñanzas, el Apóstol mandó que en la Iglesia Efesina, todos los días, cuando los cristianos se congregaran para el sacrificio, se pidiera por todos los hombres, de cualquier nación y religión que

(1) P. Calmet. Com. in Paul. ad Timoth. II, v. 1.

fuesen, y por cada uno de ellos solicitasen aquellas gracias que les fuesen más necesarias, principalmente la conversión de los infieles y las que conducen á conseguir la salvación de los fieles.

Amonesta también el Apóstol que pidamos la paz y tranquilidad; por esta razón la Iglesia ha orado siempre por los reyes y sus reinos, á fin de que desaparezcan las guerras, etc.; particularmente la primitiva Iglesia rogaba por los herejes é infieles, por los reyes inicuos y por los perseguidores; y en el canon de la liturgia romana se pide por toda la Iglesia santa, por el Papa, por el obispo de la diócesis, por el príncipe de la nación y por todos los fieles. En el Viernes santo ruega solemnemente por los herejes, judíos, paganos y toda suerte de infieles.

Oremos con fe y sin intermisión en la Misa por todos los hombres, sean de donde fueren y tengan la profesión que tuvieren, con objeto de seguir el consejo del Apóstol; particularmente roguemos por nuestros enemigos y de este modo nos asociaremos en espíritu al sacrificio que celebró Jesucristo en la Cruz, cuando, al propio tiempo que derramaba su divina sangre, encomendaba á su Padre los mismos que le crucificaban.

§. II.

5. Pero el Sacrificio de la Misa impetra asimismo gracias temporales. Al especificar el Tridentino que este divino Sacrificio puede y debe ofrecerse por las humanas necesidades, no determina cuáles deban tenerse en cuenta, y es porque todas las necesidades del hombre abarca, tanto las espirituales, como las temporales: éste es el unánime sentir de todos los teólogos.

Con efecto: S. Agustín afirma que el Sacrificio de la Ley Nueva contiene eminentemente todas las propiedades de los antiguos sacrificios. Y porque el sacrificio de la ley mosaica era bella figura del de la Eucaristía, así como aquél impetró beneficios temporales, también los puede y aun debe impetrar mejor el de los altares cristianos. David alcanzó por medio de los sacrificios libertad á su reino.

6. Podemos, en efecto, hacer celebrar el Sacrificio de la Misa por los bienes temporales honestos y que no nos aparten de la eterna salvación. He consignado anteriormente que el Apóstol recomienda, y aun ordena, se celebren sacrificios por los reyes y por todas las personas de primer orden, *para que ellos y nosotros vivamos con tranquilidad y paz común* (1). Tertuliano añade que debemos rogar en la Misa por los príncipes, para que tengan una vida larga, un imperio seguro, una casa segura, un ejército fuerte, un senado fiel, un pueblo de costumbres arregladas; en una palabra, para que esté todo el orbe tranquilo (2). «Cuando sacrificamos á Dios y, sin efusión de sangre, le presentamos la víctima, dice San Cirilo de Jerusalén, rogamos por la prosperidad de los emperadores, por el buen suceso de sus armas, por la salud de los enfermos, por el consuelo de los afligidos y por cien cosas semejantes, por las cuales deseamos implorar el auxilio y la protección del cielo.» Ésta fué la común práctica de la Iglesia primitiva, según puede verse en las liturgias antiquísimas, y ésta es también la costumbre de todos los tiempos, que por ser racional y de fe, y por haberse experimentado sus consoladores efectos, por esto se cree y por esto se practica.

Lícito es, pues, y laudable el que se ofrezcan sacrificios por alcanzar los frutos de la tierra, por mantener una perfecta salud, por la peste, y la guerra, y el hambre, por el feliz éxito de una empresa, por ganar un pleito razonable, para que no nos suceda una desgracia inminente, por la conservación de una familia, etc., etc.; ya que estas y otras muchas cosas semejantes, que son honestas y no nos apartan de la salvación, antes bien, nos pueden acercar á ella, son objeto de impetración del sacrificio de la Misa: Dios N. Señor nos las concederá por medio de la S. Misa, si es que nos convienen. Lo que no debemos pensar jamás, es

(1) Ut quietam et tranquillam vitam agamus in omni pietate et castitate. I Timoth. II, 2.

(2) Ut vitam illius prolixam, Imperium securum, domum tutam, exercitus fortis, senatum fidelem, populum probum, orbem quietum. *Apolog., cap. 30.*

que este Divino sacrificio sirve para obtenernos bienes ficticios que puedan lisonjear nuestras pasiones; y usar de semejante medio para conseguirlos sería el mayor crimen sacrílego que cometer pudiéramos.

7. La santa Misa sirve también de gran ayuda para lo temporal. Quien ruega en la Misa no es principalmente el sacerdote, sino Jesucristo; no son los que mandan celebrar el sacrificio, ni los fieles que á él asisten, sino el Hijo de Dios, mediador entre el Altísimo y los mortales. Y ¿qué no alcanzará tan buen intercesor si es uno mismo con su Padre? Y ¿qué no hará por nosotros, si en nosotros tiene sus delicias? Los encarcelados vense, por medio de la Misa, libres de sus cadenas. Cierto mancebo aprisionado arrojaba inmundas blasfemias y quería que los diablos le llevasen al infierno; un religioso le persuadió que oyera Misa, y en efecto quedó libre de sus prisiones (1). Los pueblos, por medio de la Misa, se hallan libres de mortandades. Cierta villa estaba inundada de langostas; sus moradores acudieron al bienaventurado Teodoro, el cual personóse en el lugar, celebróles el Sacrificio, y desaparecieron inmediatamente tan perniciosos insectos (2).

8. También la santa Misa es remedio eficaz contra las enfermedades. Así como por el sacrificio de Cristo en la Cruz resucitaron innumerables difuntos, así también por el Sacrificio de la Misa algunas veces se detiene la muerte en su guarida, las enfermedades desaparecen, y los dolientes vuelven á su antiguo estado de salud, ó recobran más vigor que el que antes tenían. Díganlo, si no, dos ancianos, llamados Gerrada y Deltrudi, de quienes cuenta Surio que, oyendo Misa, recobraron la vista (3); dígalo un hombre sordo y mudo, del cual refiere el mismo autor que, oyendo el Sacrificio, cobró el habla y el oído (4); cuéntenlo treinta enfermos que había en un hospital del Japón, y, rogando á un religioso les dijese Misa, quedaron al terminar ésta completamente

(1) Juan Bonifacio.—Institución del niño cristiano.
(2) Surio, 22 Abril.
(3) Tom. 7, junio, vida de S. Marcelino.
(4) Vida de S. Pedro y Marcelino.

sanos (1); nárrelo un cojo y tullido que, por mandato del abad S. Launomano, oyó la santa Misa y quedó instantáneamente curado (2). Confiesen la verdad todos cuantos han hallado en la S. Misa el remedio de sus males, y se descubrirá el mérito de nuestro Sacrificio eucarístico contra todo género de dolencias humanas.

9. Pero, si el sacrificio de la Misa cura enfermedades físicas, ¿qué extraño es que libre de peligros materiales? ¿Acaso se necesita más virtud para ser eficaz contra esta clase de desgracias que para las anteriores? Sta. Isabel, reina de Portugal, se servía de un virtuoso paje para distribuir las limosnas entre los necesitados; tuvo envidia de él un repugnante caballero, que acusó al paje de tener ilícito trato con la reina; su regio esposo creyó al caballero informante y dispuso perder al paje. En efecto, supo que unos hombres encendían un horno de cal y les dijo en secreto que aquél á quien S. M. mandaría al siguiente día por la mañana con este recado: ¿Habéis hecho lo que el rey os mandó?, lo arrojaren sin dilación en el horno. Á la hora convenida el rey mandó al paje con el recado antedicho; pero al salir éste de palacio se apercibió de que tañían al Sacrificio, entró en la iglesia y oyó tres misas; mientras tanto, el rey, deseoso de saber si se había ejecutado la sentencia, y pensando que el paje era ya difunto, mandó al caballero calumniador, con el propio mensaje que diera al paje; llegado éste allá y hecha la pregunta, le arrebatan los hombres y le hunden en el horno, donde al momento es pasto de las llamas. Poco tiempo después llegó el paje con su recado, y contestaron los hombres que estaba perfectamente cumplido. Llegado el paje á la presencia del rey, se inmutó éste sobremanera al ver ileso á quien quería perder y creía ya difunto; le preguntó dónde se había detenido y contestó el paje:—Mi padre, antes de morir, me encargó que oyese todas las misas que viera comenzadas; yo me detuve en la iglesia porque oí tañer á una de ellas y, antes de terminar ésta,

(1) Bosio, lib. 5 de signis Ecclesiæ.
(2) Surio, tom. V, mes de Enero.

empezaron otras dos, las cuales oí también y por esta razón tardé tanto.—S. M. al oir semejante suceso conoció la inocencia del paje y de su buena esposa (1).

10. Acabamos de ver que la Santa Misa es impetratoria de bienes espirituales y temporales, y que, según esta doctrina, Jesucristo, en el incruento Sacrificio, nos alcanza de su Eterno Padre, en primer lugar, los bienes relativos á nuestra salvación; pero que no por eso deja de obtenernos gracias temporales, pues el adorable Sacrificio es, como hemos observado, una grande ayuda para lo temporal, remedio eficaz contra las enfermedades y escudo fortísimo contra los peligros. Según eso, ¿seremos tan fatuos que no queramos aprovecharnos del Sacrificio? ¿Tendremos tan poca ó ninguna religión que nos importe lo mismo asistir que no asistir á la Misa? ¿Seremos tan perversos que disuadamos á los demás de oir Misa ó profiramos alguna idea contra el mérito, contra el valor, contra la virtud del Sacrificio? ¡Qué desgracia tan inmensa el que tengamos á la mano un recurso contra todo género de males, y una inagotable mina para obtener toda clase de bienes, y que dejemos perder la ocasión para sumirnos más en nuestra triste miseria! Los que asisten al sacrificio participan con más abundancia de sus riquezas. Las gracias que descienden de la sagrada Mesa, ha dicho un celebrado orador (2), se les dan según su fe, como al que está más cerca de la mesa del rey.

11. Asistamos al augusto Sacrificio con el cuádruple objeto de honrar á Dios y darle debidas gracias, de obtener perdón de nuestras culpas y de alcanzar innumerables beneficios; asistamos en cuanto lo permitan nuestros deberes cristianos, y no se pase día sin celebrar ó sin oir la santa Misa, dando á celebrar los que puedan y se hallen en necesidad manifiesta, porque el que da limosna para sustentar al ministro adquiere del sacrificio un fruto particularísimo. Óiganla cuantos puedan; y ¿qué? no podrían diariamente

(1) Crónica Seráfica, part. II, lib. 8, cap. 28.
(2) P. Espinosa.

todos los cristianos, si fueran más fervorosos? Las mismas profesiones, las mismas necesidades, los mismos deberes, á excepción de algunos meros accidentes, existen ahora que existían en los primeros siglos del Cristianismo, y no obstante, en estos tiempos de oro no había cristiano que no oyera Misa todos los días.

Asistamos al Sacrificio, y si puede ser oigamos Misa, ó demos á celebrarla á un ministro bueno, con preferencia á uno malo; porque, aun cuando ambos consagran igualmente el Cuerpo de Cristo, sin embargo, la Misa que celebra un sacerdote bueno impetra más gracia que la que dice un sacerdote malo, porque el primero celebra como ministro y amigo de Dios y el segundo sólo como ministro: y aun cuando es verdad que los frutos del sacrificio se obtienen por la virtud de Cristo y no del sacerdote, empero fuerza más á Jesucristo la oración de un sacerdote virtuoso que la de otro menos probo, porque es más pura; y como el sacerdote es el que pide en nombre del que da el estipendio y en nombre de la Iglesia, de ahí que conceda el Señor mejor y con más abundancia las gracias que solicita el ministro bueno que las que pide el malo.

Asistamos, finalmente, al Sacrificio y roguemos los unos por los otros, á fin de obrar nuestra salvación; roguemos por todos: por los parientes y por los extraños, por los amigos y por los enemigos, por los fieles y por los paganos, con objeto de que todos se salven; y sepamos que la Iglesia, y el sacerdote que la representa en el Altar, no ruega solamente por el que da el estipendio, sino también por todos los hombres; por aquél aplica el sacrificio, por éstos intercede; aquél recibe el fruto particularísimo, éstos participan del fruto general, y el sacerdote también obtiene un fruto propio y particular que le santifica. Oremos: unámonos al espíritu del sacerdote, á la intención de la Iglesia y al deseo que tiene Jesucristo de que todos los hombres sean salvos.

EJEMPLO

(1) Un devoto caballero de la provincia de Histria era molestado todos los días por la horribilísima tentación de ahorcarse, que por cierto estuvo algunas veces muy cerca de ejecutarlo. Descubrió su pena á un religioso, el cual, luego de haberlo consolado, le dijo que tuviese en su compañía un sacerdote que le celebrase Misa todos los días, á fin de que él la oyese. Puso en ejecución un medio tan santo, marchándose el sacerdote y el caballero á una posesión de éste, situada en un lugar muy solitario. Así pasaron mucho tiempo, sin que la tentación se reprodujese: cuando cierto día el sacerdote deseó ir á celebrar la fiesta de un pueblo vecino cuya iglesia regentaba un amigo suyo. Convino en ello el caballero, creyendo que él podría también oir la santa Misa; mas por divina providencia, salió tan tarde de casa que era ya mediodía cuando se dirigía á la iglesia. Encontró en el camino á un labrador, quien le certificó habían terminado ya los oficios divinos. Sumamente acongojado el caballero, y reproducida la antigua tentación, comenzó á maldecir su suerte y á decir que pues aquel día no había oído Misa se tenía ya por perdido. Replicóle el labriego que no se acongojase, que él le vendería la Misa y lo que había merecido delante de Dios con ella. Turbado el caballero, asintió á la propuesta del maldito labrador y cedió á éste una ropa preciosa que consigo traía; á pesar de todo quiso llegarse al templo y hacer oración á Dios. Pocas horas después, al regresar á su hacienda, pasó por el mismo lugar donde se cometió la infame simonía y vió ¡horror! que el rústico se había ahorcado de un árbol, permitiéndolo así el Señor en castigo de su pecado. Estupefacto el caballero, dió continuas gracias á Dios porque le había librado á él de la tentación; quedó libre de ésta para siempre y creyó una vez más que la santa Misa fué la que le alcanzó, juntamente con la gracia espiritual de no caer en pecado, el verse libre de una muerte funestísima.

---

(1) Pius II, in sua Cosmographia.

XXIII

Riquezas del Santo Sacrificio de la Misa.

Sacrificium laudis honorificabit me, et illic iter, quo ostendam illi salutare Dei.

Sacrificio de alabanza me honrará, y allí está el camino por donde le mostraré la salud de Dios.

Ps. XLIX, 23.

1. ¿Por qué razón el Hijo de Dios exigió á los apóstoles y á sus sucesores que cada vez que hubiesen de consagrar su divino Cuerpo y Sangre ejecutasen esta sublime Obra en memoria de Él? Preciso es que antes de responder como conviene á esta sencilla pregunta indique al menos que el tiempo en que Jesucristo instituyó la divina Eucaristía es precisamente el que emite sobre este asunto luz brillantísima. La institución de este adorable Misterio fué la señal de que se alzaba el telón de las profecías para dar lugar á la escena de la cruenta pasión de Jesucristo que las confirmaba; fué el punto de partida para andar el trayecto punzante que había de terminar en la cumbre del Gólgota. Y momentos antes de comenzar á sufrir angustias mortales en el Huerto de las Olivas, instituye la augusta Eucaristía, para que, como última Prenda que concedía al mundo, antes de morir, recordase á los hombres los tormentos que le esperaban. He ahí por qué ordena á sus apóstoles: «Cuantas veces celebrareis este adorable Sacrificio lo haréis en memoria de mí;» no precisamente en memoria de su Divinidad,

de sus atributos, de su Humanidad, de su vida, milagros, trabajos, etc., sino de su Pasión dolorosísima. Sí; Jesucristo ha querido se celebrase la santa Eucaristía en memoria de su Pasión; por esto habréis oído repetidas veces que el bello Misterio del Altar es «memorial de la Pasión de Cristo,» y lo es efectivamente en cuanto Sacrificio. Por eso que es memorial es también su Testamento, por el cual nos deja su sangre y su vida, así como nos la dió cruentamente en el Calvario; y á la manera que en el Sacrificio efectuado en este lugar se recopilaron todas las riquezas de la Omnipotencia, así también en el Sacrificio de la Eucaristía, compendio de las maravillas divinas, se suman todos los tesoros del Altísimo.

2. Pero ¡ah! que este Sacrificio del Altar es un memorial escrito con sangre reciente, es una fotografía animada, es una imagen viva de la Pasión del Hombre-Dios, quien, en las tres largas horas que pendiente estuvo en la Cruz, dejó á la humanidad en disposición perfecta de curarse de sus profundas llagas, proporcionándole al efecto un caudal infinito de medicinas y de otros bienes para su remedio. Pero el Hombre-Dios no había experimentado su pasión para efectos de un momento: su sangre, derramada sobre la cima del Gólgota, corrió por las faldas del monte y se extendió por todo el mundo; las riquezas que ella proporcionara debían ser de todos los siglos y para todos los hombres, porque por todos éstos murió Jesucristo: y he ahí que en el santo Sacrificio del Altar es donde se realiza este bien inmenso que tantos frutos espirituales y sociales ha producido.

Examinemos, pues, detenidamente las invaluables riquezas que se ocultan en el Misterio del Altar, celebrado por el sacerdote en memoria de la Pasión del Hombre-Dios; para cuyo mejor estudio distribuyo el presente discurso en tres partes: 1.ª *Riquezas existentes en la celebración de la Misa.* 2.ª *Riquezas que provienen de ayudarla y de oirla.* 3.ª *Riquezas que por medio de la S. Misa consigue la universal Iglesia.*

§. I.

Si fuera á consignar, cual cumple, las excelencias del Sacrificio de nuestros altares, los encomios que le han tributado los santos y varones místicos, las alabanzas que le han prodigado los Concilios y las asambleas religioso-cívicas; si fuera á declarar las riquezas que contiene este Divino Sacrificio é insertan los doctores católicos en sus abultados volúmenes, sería cuestión de nunca terminar un asunto, que sólo acabará con la desaparición del hombre sobre la tierra. Mientras exista Religión Católica habrá personas amantes de Jesucristo que incrustarán nuevas perlas en el florón literario de la prosa y de la poesía religiosa.

3. Pero entremos en el fondo del asunto: si ninguna de las bellas acciones que Jesucristo practicó sobre la tierra pudo compararse con haber extendido amorosamente sus brazos en infame Madero, y haber expirado en él, vertiendo hasta la última gota de su rica sangre, tampoco puede parangonarse ninguna de las obras magníficas de la Iglesia con una sola Misa. En efecto: la bendición de los agnus, la consagración de un obispo, la coronación del Sumo Pontífice, las procesiones más solemnes, las rogativas más puras y las peregrinaciones más numerosas y devotas no pueden equipararse ni con mucho con la celebración del augusto Sacrificio eucarístico. Solemnes por el aparato de los utensilios religiosos, y venerables por lo selecto de los ministros y por la gravedad de las rúbricas; mas ¿qué tendrán que ver con la grandeza, con la gravedad, con la hermosura de la Santa Misa? La Misa es comparable únicamente con el sacrificio de la Cruz, y si este acto fué tétrico por lo sangriento, aquél es glorioso por lo bello y saludable.

4. Y para que se comprenda el respeto que debe inspirar este primordial acto del Catolicismo, debo manifestar que el cielo se halla estupefacto cuando se celebra la augusta Misa; por esto afirma el Crisóstomo que, cuando asistimos á esta Divina Obra, debemos pensar que estamos lejos de la tierra, que nos hallamos en el cielo agregados al

coro de los ángeles y serafines, porque, en efecto, al Sacrificio del Altar asisten innumerables espíritus celestes (1), que hacen la corte á Jesucristo Sacramentado. Y no podía menos de ser así, porque donde esté el rey está la corte, dice S. Ambrosio (2); mas esta corte es tan numerosa, añade el Crisóstomo, que la vista no alcanza á distinguir tanto y tan compacto número de querubines que, formando coro, y con sus cabezas inclinadas, reverencian al Dios de la gloria sacramentado. En su confirmación asegura S. Gregorio que, al celebrarse la santa Misa, se abren los cielos y dejan pasar á innumerables espíritus bienaventurados que bajan á postrarse de hinojos ante el Sacramento (3). S. Eutimio cuenta de sí mismo que, cuando celebraba, veía gran multitud de célicos espíritus de los cuales unos ministraban al sacerdote y otros adoraban á Cristo Sacramentado. Sta. Catalina de Bolonia oía cantar el sanctus de las Misas solemnes á millares de ángeles, que con sus melodiosos acordes extasiaban el alma (4); y una doncella virtuosa, oyendo Misa, tuvo la felicidad de ver que las vestiduras sagradas del celebrante resplandecían como el sol, que todo su cuerpo despedía rayos de luz, y que al elevar la S. Hostia dos hermosos ángeles sustentaban los brazos del sacerdote, recogiéndole sus mangas cuando dejaba el sagrado Pan sobre los corporales (5). Pero qué, ¿será necesario aducir más testimonios en comprobación del asunto que nos ocupa? No; basta que innumerables siervos de Dios aseguren haber tenido las mismas visiones y haber sentido la presencia de los angélicos espíritus, para probar la excelencia del Santo Sacrificio de la Misa y la dignidad de los sacerdotes que le celebran. Mas si es venerable el Sacrificio en este concepto; si de su celebración tanto bien, tanta merced adquiere un sacerdote con ser elevado á ser compañero de los ángeles

(1) Lib. 3 de sacerd.
(2) Lib. de dignit sacerdot.
(3) Lib. 4 de dialog., cap. 56.
(4) Breviar. Franciscano.
(5) Promp., litt. M, ejemp. 42.

y ser mayor que éstos en potestad, también es venerable porque:

5. Es la Obra en que más se honra Dios. Á la verdad; las hermosas frases del salmista que me han servido de texto prueban la realidad de la doctrina que acabo de sentar. Antes de la Encarnación del Verbo, Dios Padre vaticinó de su Hijo divino que Éste le honraría sobremanera con un sacrificio de alabanza. Las sagradas Letras repiten á menudo este concepto, y lo cierto es que el sacrificio de alabanza es precisamente el Sacrificio del Altar. Así lo expresa S. Lorenzo Justiniano cuando afirma que con ningún sacrificio es alabado el Señor tan honrosamente como por medio de la inmaculada Hostia de nuestros altares. Este Sacrificio es una inmolación perfecta del Hijo de Dios, juntamente con la presentación de todos sus méritos y dones que hace á su Eterno Padre. ¿Acaso existe criatura alguna que tenga tanto ascendiente con el Padre, como Jesucristo? En Jesucristo únicamente se ha complacido la Trinidad Beatísima; á Jesucristo solamente ha glorificado el Padre; todas las demás criaturas racionales, aun María Santísima, si algo son en el orden del espíritu, en el orden de lo sobrenatural, lo son por Jesucristo y en vista de sus infinitos méritos. Un solo nombre se nos ha dado, dice S. Pablo, con el cual podemos ser salvos, y éste es Jesús.

6. Luego la Santa Misa es la Obra en que más se honra Dios; es la Obra que más le agrada; es la acción más santa, más meritoria y sublime cerca de la Divinidad. Gusto indecible daría á Jesucristo S. Pedro Apóstol, convirtiendo y bautizando en dos ocasiones ocho mil judíos; gloria inefable le tributaría S. Pablo, recorriendo fatigado la mayor parte del mundo, predicando y convirtiendo millares de enemigos de la Cruz; placer sumo le causaría N. P. S. Francisco, conquistando por millares los hombres y mujeres para llevarlos á los pies del Salvador; placer sin medida le conseguiría S. Vicente Ferrer, convirtiendo doscientos cincuenta mil judíos y cincuenta mil moros; gloria sin cuento le produciría el V. Fr. Martín de Valencia, bauti-

zando á más de un millón de paganos. Pero, ¿cuánta no será la satisfactoria dicha que le habrán dado los doce millones de mártires, que derramaron su sangre por la fe católica? ¿Cuánta la de infinitos confesores y vírgenes, practicando las virtudes más puras? ¿Cuánta la de innumerables pontífices y apóstoles, que llevaron el nombre de Jesucristo por todo el orbe? ¿Cuánta no le habrán conseguido millones de plumas, que se ejercitaron en probar y defender la Obra civilizadora y salvadora de Jesucristo? Pues bien: poned en un platillo todo el honor y toda la gloria que le han tributado todos los hombres de buena voluntad, y poned en el otro toda la gloria y el honor que le produce una sola Misa, celebrada por el sacerdote más pobrecito y más indigno, y veréis con gran admiración que el platillo donde está la Obra de la Sta. Misa pesa más que el en que están los méritos de los siervos de Dios. ¡Ah! exclama en una de sus revelaciones el V. Fr. Juan de los Ángeles: el gusto, la gloria y el contentamiento que el Padre Eterno recibe cada vez que el sacerdote le ofrece á su muy amado Hijo es tan grande, que todo el gusto, la gloria y el contentamiento que los coros de los ángeles y los demás bienaventurados le ofrecen de continuo es como nada en su comparación (1). Por esta razón la Santa Misa:

3. Es la Obra en que podemos agradar más á Jesucristo, á la Virgen Santísima y á los bienaventurados; y esta proposición no es más que un perfecto corolario de lo anterior; porque si el adorable Sacrificio del Altar es la acción más grata á Dios Padre, es también para N. S. Jesucristo la obra más digna que podamos ofrecerle, no sólo por ser Dios, sino también por el constante deseo que Jesucristo tiene de salvar á todos los hombres; ya que no está de más repetir que por este sacrificio se aplican los méritos de la Pasión del Salvador. ¿Qué gustosos no estarán la Virgen Santísima y los santos contemplando desde el cielo la celebración de una Misa? Si ponderamos las ideas precedentes, llano

(1) Lucha espiritual, trat. II.

es que los moradores celestiales se unirán alegres á la devoción de los viadores, para saborear las delicias existentes en la acción más solemne de nuestra Religión augusta.

Si así es, por el mismo hecho de ser el Sacrificio eucarístico la Obra más grata á la Trinidad Beatísima y á toda la corte angélica, nos hallamos con una riqueza inmensa que sólo Dios puede apreciar; porque ciertamente, con la Misa lo tenemos todo, y si la celebración de una sola Misa es de mayor entidad que todos los actos de mortificación que podamos practicar para agradar al Eterno; ¡oh qué riquezas poseen todos los cristianos amantes del augusto Sacrificio! Ved aquí por lo tanto una de las razones poderosísimas para que los doctores unánimemente afirmen que la santa Misa:

8. Es la Obra en que hallamos provechos mayores que en ninguna otra. El Eterno lo ha prometido al vaticinar que le habíamos de honrar con un sacrificio de alabanza; entonces quiso añadir; «y allí está el camino por donde mostraré la salud de Dios;» por manera que con la santa Misa nos ha de venir esta salud espiritual, y hasta nuestro bien temporal si no obsta al fin último de nuestra alma. Jesucristo en la Misa se humilla, solicita y logra lo que pide. Si el Eterno al contemplar humillado al hijo de Abraham le prodigó inmensos favores, ¿qué hará al ver á su propio Hijo tan abatido y hasta en cierto modo aniquilado en la Misa? ¿no le colmará de riquezas sin medida? y si las solicita, ¿no se las otorgará inmediata é incondicionalmente? Refiere Surio que San Porfirio, obispo de Gaza, llegó á Constantinopla, siendo emperador Arcadio, con la dificilísima empresa de que el mencionado príncipe mandara destruir los templos de los ídolos. Fué hecha la valiente petición; mas el monarca, aunque cristiano, no se atrevió por de pronto llevarla á la ejecución por temor á los muchos gentiles que en su imperio había. En esta contingencia le nació un niño á Arcadio y fué llevado al templo para ser bautizado. El santo obispo se entregó á profunda meditación para ver de qué medios se valdría á fin de conseguir sus deseos; terminada, renovó

su petición, insertándola en un memorial que puso entre las manecitas del augusto neófito. El regio padre notó con extrañeza que su hijo llevaba un papel entre las manos; movido de natural curiosidad, lo desdobla, lo lee, y le causa su lectura tanta gracia que, como si fuera la primera petición que le hacía su heredero, la concedió inmediatamente. Ahora bien; si así se porta un rey temporal con su hijo, quien no tenía todavía mérito alguno contraído para con su padre, ¿qué tal no se portará el Rey eterno con su Hijo divino, quien tantos y tan invaluables méritos alcanzó sobre la Cruz?

9. Lo que alcanza el Salvador en la Oblación eucarística se debe también al sacerdote que celebra. Sin el ministro no se nos conceden favores, porque sin el ministro no puede haber sacrificio. ¡Oh Sacerdote! cuánta es tu dignidad, cuánto tu poder! Por ti, Jesucristo es arrancado del seno de la Divinidad y puesto en tus sagradas manos; y á la manera que con Jesús nos vienen todos los bienes, por ti se derraman copiosamente sobre los mortales los tesoros del cielo. Al sacerdote, en efecto, ha confiado el Eterno la llave de sus ricos tesoros para que los dispense en beneficio propio y de los demás.

10. Ved por consiguiente, cuántos bienes se consiguen de celebrar una sola Misa, y qué gloria tan esplendente se tributa á la Trinidad Beatísima. S. Bernardo asegura que el celebrante le ofrece á Dios en una sola Misa mucho más que si le distribuyera toda su hacienda entre los pobres, aun cuando fuese señor del universo y diese de limosna todo el mundo y sus rentas; y el Crisóstomo añade que el que asiste al incruento Sacrificio merece tanto como si se hubiera hallado presente al de la Cruz.

Aun cuando fuese tan solo por aliviar á las almas benditas del Purgatorio deberíamos los sacerdotes celebrar tantas veces cuantas la Iglesia N. Madre lo permite. Enseña S. Gregorio que la pena de los difuntos se suspende en el ínterin que la Misa se celebra; y principalmente la pena de aquéllos por quienes con especialidad ruega y dice el sacerdote la Sta. Misa; y S. Jerónimo añade que mientras es

celebrado este augusto Sacrificio por un alma del purgatorio no padece ésta ningún género de tormento.

§. II.

11. Quien asiste al celebrante sirve personalmente al mismo Jesucristo, el cual es el principal ministro y oferente. Con esto se comprenderá la alteza suma á que es elevado el que ayuda la S. Misa, y la dignidad grande que alcanza, porque es un ministro subalterno del Hombre-Dios. La Esposa del Cordero ha otorgado privilegios y honores á los diáconos, subdiáconos y ordenados de menores; pero muchos de estos honores y privilegios los otorga asimismo á los que de acólito asisten al sacerdote en el Sacrificio.

Todos los tesoros concedidos á los que oyen con devoción la S. Misa son otorgados asimismo á los que la ayudan, con doble ventaja, y sin duda con duplicado mérito, porque, á más de asistir á la misma venerable Acción, son copartícipes de los bienes que alcanza el sacerdote celebrante. El Abad S. Nilo encarga celosamente á los varones, que ayudan Misa, que estimen su oficio y lo ejecuten con mucho cuidado, silencio, reposo, ornato y humildad, y les dirige además las frases siguientes: «Determiné escribiros estos renglones para que advirtáis la dignidad soberana de este divino Sacrificio y le ministréis con temor y reverencia. Ni permitáis que en el tiempo de su celebración haya entre los oyentes contiendas, ni los que á Él se llegan hagan ruído, ni hablen, aun por señas, ni anden cambiando de lugar, ni miren á una ni á otra parte, ni en cosa alguna procedan con desenvoltura ó poca advertencia.»

Quisiera poder estimular á todos los cristianos varones de cualquier condición, rango y edad, para que procuren ayudar al celebrante cuantas veces les sea posible; quisiera no tuviesen ningún reparo en ello, ni, lo que Dios no permita, se avergonzasen de practicar un ministerio tan alto en el que se han honrado los hombres eminentes. El Señor nos libre de caer en tentación semejante. Con objeto de arrancar el error en esta parte y desilusionar á no pocos incautos, deseo pro-

bar sencilla y brevemente estos tres puntos, contenidos en la proposición siguiente: Jesucristo S. N., los ángeles y los santos se gozaron en ayudar la S. Misa.

12. En efecto: nuestro adorable Salvador ha ministrado en el Sacrificio del Altar. Cierto día, S. Pedro Pascual se disponía para celebrar la Ofrenda eucarística cuando se le presentó de improviso un hermoso niño, quien preguntó al santo si gustaba que le ayudase la Misa.—Bien, querido—añadió el siervo de Dios, y procedió al augusto acto. Terminado éste, y, una vez que se hubo desnudado de los sagrados ornamentos, el venerable religioso, según práctica de algunos celosos sacerdotes, preguntó al lindo niño sobre el Misterio de la Trinidad Santísima. Entonces el bello párvulo, transfigurándose á los ojos de su interlocutor, le dijo: «La segunda Persona de la Trinidad soy que te redimí, y tú con los niños que has rescatado me has cautivado á mí.» El Salvador, que acababa de hablar, desapareció, quedando el santo lleno de indecibles consuelos.

Y si el Divino Jesús no puede tener á menos ayudar la S. Misa, puesto que coopera á perfeccionar su propia Obra eucarística; ¿lo tendrán sus cortesanos? lo tendrán sus ángeles? Veámoslo:

13. Un ángel preparó la hostia para celebrar su primera Misa el siervo de Dios Fr. Felipe de la India Oriental. Estaba un día celebrando con extraordinaria devoción un religioso, llamado Pedro, y luego que terminó el *Confiteor Deo*, oyó una voz del cielo que le decía: Perdonados son todos tus pecados. El V. P. Rodulfo, franciscano, era tan purísimo que su Misa era ayudada muchas veces por los ángeles. Una cosa idéntica sucedía á S. Osualdo, de quien cuenta Surio, que todos los días le ayudaba la Misa un pobre, quien, en determinada ocasión, vió que al lado del siervo de Dios permanecía de rodillas una persona venerable, y que la S. Hostia tomaba grandes proporciones en las manos de S. Osualdo. Espantado por esto huyó el menesteroso y dejó solo al sacerdote, pero quedóse en la puerta del templo para ver cómo terminaba aquella maravilla. Cuando

S. Osualdo dijo: *Per omnia sœcula sœculorum*, oyó que el venerable le respondía. Concluída la Misa, contó al devoto religioso la visión, y éste añadió que la persona venerable, que había contemplado á su lado, pertenecía al coro de los ángeles.

Dios N. S. ha enviado cortesanos angélicos para que ministrasen al celebrante, en vista de que no había quien ayudase la Misa. El bienaventurado Fr. Juan de Parma, general de la orden de menores, iba á celebrar una mañana el santo Sacrificio, pero su compañero, fatigado del sueño, se tardaba demasiado. Era dada la hora para salir al altar, y el siervo de Dios comenzó él solo á vestirse los ornamentos, cuando notó que su compañero le ayudaba á ponérselos. Era un ángel de forma parecida al compañero, porque mientras celebraba el P. Juan, soñó aquél que éste le llamaba, y, al levantarse presuroso para ir en busca de su prelado, pudo admirar el espectáculo referido.

11. Fueron también los siervos de Dios, quienes en todo tiempo se preciaron en gran manera de ayudar al celebrante. Sto. Tomás de Aquino, siendo ya sacerdote, ministraba en la Misa casi todos los días; un beato lego de mi seráfica Orden tenía todo su gozo en ayudar cuantas Misas podía; y Sta. Matilde vió en el cielo el alma de un religioso, radiante de esplendor extraordinario, por el singular placer que había tenido ayudando al celebrante. Un hermoso hecho que registran las crónicas franciscanas realza la presente doctrina. Era provincial el Beato Gabriel de Ancona, cuando, en una de sus canónicas visitas á los conventos de su jurisdicción, entró en el templo y vió que el celebrante se hallaba solo en el altar, pues el hermano sacristán estaba entretenido en otros quehaceres. Arrodillóse al lado del ministro de Dios y comenzó á ayudar la Misa. Cuando llegó el hermano sacristán vió que había quien ayudase al celebrante, creyendo fuese un simple religioso, le dejó continuar el oficio comenzado. Momentos después se asomó el P. Guardián y reconoció en el religioso ministrante al P. Provincial, á quien rogó desistiera de ejercer el ange-

lical oficio. Pero el bienaventurado varón respondió á su interlocutor:—«P. Guardián, estímole en mucho la intención sencilla del aprecio que hace de mi persona con el empeño de quitarme el ministerio de acólito; pero sepa, sepa que no es indigno de un Provincial un ministerio de que apenas es digno un ángel, ni puede ser indecoroso á la mayor dignidad de la tierra lo que reputarán por honra singular suya las Potestades del cielo. Váyase, pues, el hermano sacristán á proseguir su ocupación, que yo, ya que Dios, sin mérito mío, me ofreció la ocasión de ayudar al Sacrificio, no quiero dejarlo imperfecto (1).» Dijo, y siguió de rodillas hasta que terminó la Misa. ¡Lección eficaz para aquellos individuos que, creyendo ser alguna cosa, desestiman ayudar al celebrante por ilusionarse de que este Oficio elevado es sólo propio de niños ó de personas consagradas al servicio eclesiástico! ¡Ah! Los que sirven al sacerdote en la Misa se hacen acreedores á un sinnúmero de mercedes particulares que no alcanzan los que sólo asisten como auditores á este Divino Sacrificio.

15. El Salvador instituyó además la pura Ofrenda de nuestros altares para aplicar los infinitos méritos adquiridos en su cruenta Pasión; mas debemos no olvidar que estos relevantes méritos se adquieren, no sólo por celebrar ó ayudar el Adorable Sacrificio, si que también por asistir á Él. Entonces nos convertimos en testigos arrepentidos de los tormentos y de la muerte que experimentara el Señor en el Gólgota; somos los israelitas condolidos del amargo trance de la Crucifixión del Salvador; somos los soldados romanos que bajamos las gradas benditas del Calvario golpeando nuestros pechos y confesando la divinidad de Jesucristo; somos el apóstol Juan colocado de pie, sereno, impávido, pero lleno al propio tiempo de aflicción inmensa, al lado de la Cruz de Jesús; somos Nicodemus y José de Arimatea, comprando lienzos y aromas para envolver decentemente el precioso Cuerpo del Redentor, y para desempeñar en Él

(1) González. Part. 6, lib. II, c. XV.

los cristianos oficios de sepultura; somos los apóstoles y los discípulos ingratos que, con María, la Madre de Dios, y con las santas mujeres, lloramos en el cenáculo del templo el suplicio del Hombre-Dios y nuestras infidelidades hacia Él; somos Pedro y Juan, corriendo al sepulcro para buscar á Jesús, tomarle en nuestras manos, estrecharle contra nuestro corazón é imprimirle dulce ósculo de amor por lo mucho que ha amado. Todo esto somos, y todas estas prácticas ejecutamos cuando, llenos de compunción santa y de sólida devoción, asistimos como oyentes al Sacrificio eucarístico. S. Lorenzo Justiniano afirma que mientras se celebra la Misa está Jesucristo en el cielo orando por aquéllos que la oyen y por los demás por quienes se ofrece; está mostrando á su Padre las llagas que le causó el amor que tuvo por nuestra salvación; por manera que ruega también para que no se pueble el infierno de cristianos (1).

16. Tan placentero es al Eterno Padre el que se oiga Misa, que por medio de esta santa práctica se mueve á conmiseración de los mortales. Ve en actitud humilde ante sus pies un pueblo inmenso que le presenta á su Divino Hijo para que implore la misericordia infinita; contempla á este mismo pueblo que, con arrepentimiento de sus culpas y tierna emoción, toma en sus manos al Salvador y le dirige esta parecida súplica: Ya que nosotros, por nuestros propios crímenes, no somos dignos de que nos perdones, al menos perdona nuestras deudas por vuestro muy caro Hijo. Y el Eterno Padre, que en los días de la mortalidad de su amado Hijo atendió sus ruegos y sus clamores por reverencia á Él mismo (2), ¿no escuchará conmovido los clamores y los ruegos que ahora desde la Hostia santa le dirige?

Agrada sumamente á Dios la audición de la S. Misa, porque en ella podemos comulgar y de hecho comulgamos espiritualmente. Enseña S. Vicente Ferrer que el oir Misa es practicar la Comunión espiritual (3); y añade que el sacer-

(1) Serm. de Corp. Christi.
(2) Ad Heb. V, 7.
(3) Serm. II de Epiphan.

dote es la boca de todo el cuerpo místico de la Iglesia; y que cuando Él comulga sacramentalmente, todos, si están en gracia santificante, incluso los niños, llevan á cabo esta forma de santa Comunión.

Sin límites es la utilidad que obtenemos de oir el augusto Sacrificio; y este provecho sin medida es prueba inequívoca de las inmensas riquezas que reporta la Ofrenda incruenta de los altares. Primeramente nos consigue grandes méritos: dice S. Agustín que el ángel del Señor cuenta los pasos del que sale de casa para oir Misa, y luego los escribe en el libro de las buenas obras; en segundo lugar, perdona los pecados: enseña el citado doctor que si alguno oyere devotamente el Sacrificio, en ese mismo día se librará de caer en las redes del mortal pecado y se purificará de sus imperfecciones; en este concepto, añade S. Anselmo, que aprovecha más oir una Misa en vida ó mandarla celebrar, que mil después de la muerte; y en último término, aumenta los bienes temporales: se han visto maravillas, dice el P. Arbiol (1), de aumentar Dios los bienes temporales en las familias donde no se deja la Misa por el trabajo.

12. ¿De cuántos graves peligros no libra el haber asistido á la Oblación eucarística? Á cuántas personas, esta Acción santa, no ha arrancado de las fauces de la muerte? El Águila de Hipona es de opinión que el día que oye uno Misa tiene fundado motivo para esperar que Dios le librará de la muerte repentina; el Venerable Beda añade que si una mujer, cercana al trabajoso parto, asiste al Sacrificio el día que espera dar á luz, debe aguardar confiadamente de la piedad divina que saldrá de su penoso trabajo, habiendo experimentado ligeros dolores y con gran felicidad, pues el ángel de su guarda la asistirá. Puede tenerse por seguro que no sufrirá grave daño el que oye Misa diaria con devoción. Los que emprenden de buena fe un arduo negocio, un viaje, una cacería etc., ¿por qué no oyen antes Misa con devoción? Si así se realizara en pudiendo, más libres esta-

(1) Del Sacrificio de la Misa.

ríamos de calamidades y miserias. Convencido de estos provechos inmensos que proporciona la S. Misa, el rey D. Alonso de Aragón procuraba todos los días oir muchas Misas, no ya en su oratorio real, sino en las iglesias. El bienaventurado mártir Tomás Moro, canciller de Inglaterra, oía ante todas cosas la S. Misa, siendo en esta práctica tan extremado que, cierto día, antes que hubiérase terminado el Sacrificio, fué llamado por el rey; mas él, con reposo y serenidad, contestó al recado:—Decid á mi señor que primero será obedecer al rey del cielo que al de la tierra.—Persuadidos, asimismo, de la utilidad inmensa que reporta la audición del adorable Sacrificio, ¿cuántos labradores y artesanos no se les ve todos los días, postrados de rodillas ante el altar, asistiendo á la Ofrenda eucarística antes de entregarse á sus rudas labores? ¿Y no es esta práctica, solemne vergüenza para aquellos individuos que, deseando pasar plaza de caballeros en las grandes poblaciones, ni siquiera se acercan una vez entre semana al templo?

Las terribles llamas de un fuego abrasador se transforman en fresca lluvia que las apaga, efecto de haber asistido al Santo Sacrificio del Altar: esta merced experimentó un niño israelita á quien su padre, lleno de furor, arrojó en un horno encendido, porque había oído la S. Misa y comulgado en ella. Los formidables rayos se detienen en el aire sin atreverse á tocar en lo más mínimo al que oyó la S. Misa: favor semejante alcanzó un joven, mientras que su compañero que tenía á su lado fué reducido á cenizas por una exhalación eléctrica, precisamente por no haber asistido al Sacrificio en ese mismo día que era festivo. Las insoportables férreas cadenas se hacen imponderables, y la triste situación de un encarcelado se convierte en alegre, mediante una Misa que por él se aplique: así cuenta S. Gregorio Magno de cierto casado, que estaba preso, que mientras se celebraban Misas por su intención no experimentaba las tristezas del encierro. En suma, los soldados, armados con este poderoso Sacrificio eucarístico, intimidan á los enemigos: estaba cercado con treinta mil soldados el castillo de Anti-

siodoro; un religioso celebró en el campamento la S. Misa y en el momento cayó una niebla tan espesa y obscura en el campo enemigo que le fué forzoso á éste levantar el cerco.

¡Qué cúmulo de bienes tan grandes se obtienen con asistir á este venerando Sacrificio! Pero advirtamos asimismo que de las riquezas de la Sta. Misa participa toda la Iglesia.

§. III.

18. Cuando el celebrante toma la patena en sus manos, y presenta al Eterno Padre la materia de la consagración eucarística, dice estas palabras: «Recibe, oh santo Padre, esta Hostia inmaculada, la cual os ofrecemos por todos los fieles cristianos, tanto vivos como difuntos, á fin de que les aproveche para su salvación eterna.» He dicho anteriormente que, siendo universal el adorable Sacrificio de la Misa, sus frutos, sus provechos, sus riquezas deben extenderse á todos los fieles, tanto los presentes á él como los ausentes; y ved ahí por qué si las almas del Purgatorio, estando ausentes, participan de la S. Misa por modo de sufragio, también participarán los fieles católicos ausentes, merced al dogma de la Comunión de los santos. Que nosotros obtengamos utilidades de las oraciones, de las buenas obras y de las Misas que ofrecen nuestros hermanos de las cinco partes del mundo, y que éstos á su vez participen de nuestras espirituales obras, esto es consolador, hermosísimo en extremo y propio tan sólo de la Religión Católica, de la cual todos los cristianos somos miembros.

La Iglesia universal, empero, adquiere semejantes bienes del Sacrificio, porque este es Memorial de la Pasión del Redentor. Si la muerte cruenta de Jesucristo reportó al mundo cuantiosos bienes espirituales y sociales, ¿cómo no reportará estos mismos bienes la muerte incruenta, la muerte mística del Señor, efectuada en los altares eucarísticos? Mientras se celebra el adorable Sacrificio, que es en todo tiempo, las personas que, no pudiendo asistir á Él, se asocian en espíritu á la Oblación inmaculada y meditan la Pasión y muerte del Redentor, alcanzan favores, y en cierto

modo oyen la Misa como los asistentes á la misma. ¡Qué bellezas!

19. «No existe oblación tan grande, ni tan útil, ni tan amable, ni tan grata á los ojos de la Majestad Divina, enseña S. Lorenzo Justiniano, como la Oblación de la sagrada Misa. Presta á Dios el honor, á los ángeles el paraíso, á los desterrados el cielo, á la Religión el culto, á la justicia lo debido, y á la santidad la norma. Otorga obediencia á la ley, fe á los gentiles, alegría al mundo, gozo á los creyentes, unidad á los pueblos y fin á los sacramentos legales. Concede á la gracia el principio, á la virtud fortaleza, á los hombres la paz, á las inteligencias la luz, á los que trabajan esperanza y á los que llegan al cielo la gloria. Porque con la celebración de este santo Sacrificio se recuerdan los dolores de nuestro Mediador, las injurias que le irrogaron, los azotes que le dieron, la hiel y vinagre que le ofrecieron y los clavos y lanza que usaron para matarle. No es dable explicar lo que sucede en la hora de la celebración de la Santa Misa, pues en esa hora se abren los cielos, se admiran los ángeles, se gozan los santos, se alegran los justos, son visitados los cautivos y desatados los aprisionados; el infierno rabia, y se alegra la universal Iglesia.»

20. No digamos una palabra, en último término, de los castigos que el Señor ha enviado á los que, despreciando la Hostia santa del Altar, han dejado de oir el augusto Sacrificio, porque son funestísimos; ni nos entretengamos en referir aquéllos que se han realizado en los escarnecedores de este Santo Misterio, porque sería cuestión de no terminar; mas para escarmiento de la infame osadía referiré el siguiente: Cierto calvinista holandés trabó conversación en una fonda con un buen católico. Siendo miércoles de Ceniza, aquél convidó á éste á comer carne; pero el práctico católico se negó rotundamente á quebrantar el precepto eclesiástico. Entonces la hipócrita amistad del hereje se convirtió en concentrado odio, y, ultrajando al hijo de la Iglesia, le dijo entre otras cosas:—Vaya, si has oído Misa es-

tarás más dispuesto á ayunar—y diciendo y haciendo, toma un tajador de madera y añade: Si quieres ver Misa, yo te la diré—levanta el tajador y ¡oh castigo de Dios! en el mismo momento los brazos levantados se le quedaron secos, y pocos instantes después expiró en el lugar del trágico suceso (1).

Tengamos respeto santo y temor saludable al Sacrificio eucarístico, y asistamos á Él con la frecuencia posible. Siendo en tanto número las riquezas que contiene, nuestra felicidad está en aprovecharnos de ellas. Podemos llenar nuestras arcas, esas arcas invisibles, pero reales, que se muestran en el celeste Paraíso, no de un oro mezquino, que al fin hemos de abandonar con la muerte, sino de tesoros invaluables, extraídos con poco trabajo de la inagotable Mina eucarística, tesoros que no podrán ser roídos de la polilla, ni robados por ladrón ninguno, sino depositados en el cielo, con los cuales nos hará dichosos un día el Dios de las eternidades.

EJEMPLO

S. Pedro Damiano había perdido de tierna edad á sus padres, siendo confiado al cuidado de uno de sus hermanos, que le trató de un modo muy cruel.

El santo niño devoraba las amarguras sin quejarse.

Cierto día encontró en la calle una hermosa moneda de plata y el gozo que experimentó su alma fué grande, extraordinario. ¿Qué hará de ella? La empleará en la satisfacción de alguna de tantas necesidades corporales por las que pasaba? Comienza á indagar por su dueño, y no encontrándolo, reflexiona bien y la entrega á un piadoso sacerdote para que aplique una Misa por las almas del Purgatorio.

Desde aquella hora cambió su fortuna. Fué recogido por otro de sus hermanos, que era clemente y bondadoso, quien le vistió con decencia, le dió buena alimentación y le proporcionó educación esmerada. Damiano llegó á ser sacerdote, cardenal y gran defensor de la santa Iglesia. He ahí el valor de una sola Misa, mandada aplicar á cambio de una pequeña privación temporal. *Catec. en exemples.*

(1) Bredembachio, lib. 7 collat. sac., cap. 63.

XXIV

Reverencia con que hemos de tratar el Santo Sacrificio de la Misa.

Maledictus, qui facit opus Dei fraudulenter.
Maldito sea el hombre que ejecuta la Obra de Dios con negligencia.
JEREM. XLVIII, 10.

1. Los Misterios del Altar han sido denominados por los primitivos cristianos: *Misterios santos*, *Misterios terribles*, porque el Dios terrible, el Dios santo, humanado, es el que en dicho Altar se inmola. Otras veces, estos mismos arcanos eucarísticos han sido apellidados por los Concilios: *Obra de Dios*, *Obra por antonomasia*, porque, sacrificándose en la Misa Jesucristo S. N., ninguna Obra hay tan propia del Hombre-Dios como ésta, ya que tantos y tan singulares beneficios reporta en favor de los mortales. El adorable Sacrificio del Altar es por consiguiente la Obra de Dios por excelencia.

2. Empero, ¿se referirá el profeta del llanto á la santa Misa, cuando, increpando al ser humano en nombre del Eterno, dice: «Maldito sea el que ejecuta la Obra de Dios con negligencia?» Todo cuanto se refiere á Dios más ó menos directamente: la justicia, la vida social, los negocios, principalmente el arduo negocio de la salvación del hombre, puede llamarse Obra de Dios, y á todas estas verdades

prácticas puede referirse Jeremías, es cierto; pero es verdad, asimismo, que con especialidad intenta indicar la Obra de las obras, el Santo Sacrificio de los altares. Entonces, maldito de Dios será aquel ministro sagrado que no celebra la S. Misa según el espíritu de la Iglesia, y una maldición eterna recaerá sobre su cabeza coronada, si fuere negligente en practicar con exactitud las rúbricas litúrgicas; maldito de Dios será quien no ministrase al celebrante en la forma que lo haría un ángel, y una maldición eterna sobre él descenderá si practica el propio acto con disipación y descuido escandalosos; maldito de Dios, finalmente, será quien oyere la S. Misa ajeno al espíritu de Jesucristo, y una maldición eterna se pronunciará contra él si asistiere á la misma totalmente distraído ó malamente dispuesto. Sí; maldito de Dios será quien ejecute la Obra del Señor con negligencia; porque si el acto extraordinario de la Crucifixión del Salvador fué un acto grave, sublime, digno de la atención del angélico espíritu, asimismo el acto de la Santa Misa, en la que se reproduce realmente la importante escena del Calvario, es un acto que requiere las mencionadas condiciones en los asistentes á su celebración.

Con objeto, pues, de que el Altísimo no lance sobre nosotros el terrible anatema de su maldición, efecto de no haber ministrado como correspondía el adorable Sacrificio eucarístico, estudiemos: *Cómo deben tratar el Santo Sacrificio:* 1.° *los que celebran;* 2.° *los que ministran al celebrante;* y 3.° *los que asisten á Él como oyentes.*

§. I.

3. No intento, venerables sacerdotes, compañeros y señores míos, no intento dar lecciones á aquéllos que me aventajan en sabiduría; no anhelo dar consejos á los que me sobrepujan en virtud; no es mi propósito señalar el camino á los que antes que yo lo han brillantemente recorrido. Si voy á ocuparme brevemente de la materia propuesta, no es por enseñaros, ni mucho menos por corregiros, pues no soy prelado vuestro, sino por enaltecer, cuanto mis débiles fuerzas

permitan, este Misterio de los altares, gloria primera de la Religión Católica, y dejar completo un asunto tan vasto y bellísimo como el presente.

4. Sublime y divina es la Santa Misa, razón por la cual exige que todo cuanto con ella se relaciona más ó menos directamente, se asemeje á estas sobresalientes dotes. Ved por qué la Esposa del Cordero, de conformidad con la naturaleza misma de las cosas, ordena que sus ministros, y sus fieles, y sus templos, y sus altares, y sus utensilios sagrados sean ajenos á toda imperfección. ¿Qué disposición de alma y cuerpo no exigirá, entonces, del sacerdote que, en lo que respecta al Sacrificio eucarístico, es concelebrante con Jesucristo? No es cuestión de que un presbítero haga en el altar el oficio del Salvador; no es cuestión de que le represente únicamente, no; es preciso que en realidad, cuando esté en el altar para sacrificar, sea otro Jesucristo, y para ser otro Jesucristo es indispensable que se prepare con antelación, como se dispuso el Hombre-Dios para llevar á cabo el tremendo Sacrificio del Gólgota. Y qué obediencia al Padre, y qué humildad y, sobre todo, qué pureza tan inmaculada no brilló en Jesucristo? Notad, por lo tanto, que:

5. El sacerdote, ante todas cosas, debe tener bien dispuesta el alma, manteniéndola exenta de pecados graves. Exige el Eterno que sus ministros sean habitualmente santos, precisamente porque necesitan ofrecer con frecuencia sobre los altares la Hostia purísima del Sacrificio; y si el Apóstol asegura que el que recibe sacramentalmente á Jesucristo, estando contaminado con la culpa mortal, come y bebe su propia condenación, ¿no se acarrearía doblemente este anatema terrible un sacerdote que celebrase en grave pecado? Pero, pregunto; ¿se atrevería quizá un sacerdote, mal dispuesto, vestirse los ornamentos sagrados, llegarse al altar, hacer bajar del cielo á Jesucristo, tocarle con sus indignas manos, y llevarle al interior de su espíritu? Dios no permita esta horrible desgracia en un sagrado ministro, que ha sido ordenado para vaso de elección; mas si fatalmente sucediere, si el corazón empedernido tuviera la osa-

día de hospedar al Hijo de Dios; si los impuros labios sacerdotales se atrevieran á imprimir en los del Salvador el ósculo de la Esposa de los Cánticos, ¡ah! entonces, tema el delincuente la sentencia del Altísimo, según la cual, el Hombre-Dios llenará su furor y castigará todas sus faltas cuando llegue su hora (1). Por esta razón es precisa la confesión frecuente, acompañada de una voluntad firmísima de apartar de sí, no ya las faltas veniales, sino hasta los afectos terrenos; porque la santidad de un ministro de Dios exige que sus aficiones se fijen exclusivamente en Dios, en el cielo, en las almas y en los asuntos relativos al sagrado Ministerio.

6. Si el Coadjutor de Jesucristo pretende ornar su alma con las virtudes de los justos, si desea celebrar á imitación del Salvador, no puede descuidar la oración mental: yunque de oro donde se labra el corazón á fuerza de los golpes de la gracia, que como grandes avenidas entran en la oficina de la oración. Sí; nos consta que el mundo está desolado porque no hay quien recapacite despacio sobre los dogmas de nuestra Religión augusta, sobre las faltas y pasiones propias, sobre el porvenir del hombre cristiano. Desengañémonos: sin mental oración no se sabe qué es lo que conviene; de ahí el que no se soliciten con instancia los bienes que necesitamos; de ahí que el discípulo del Salvador se encuentre con tanta frecuencia árido, seco, y á veces metalizado. Sin mental oración es imposible celebrar como conviene, porque también es imposible desempeñar grave y honestamente el sacerdotal ministerio; faltan la atención y la devoción precisas. Sin mental oración ni podemos ser agradables á Dios, ni útiles á los prójimos, ni aún á nosotros mismos; porque Dios no es debidamente apreciado, ni el prójimo suficientemente instruído y edificado, ni nuestro corazón perfectamente satisfecho. Puede afirmarse que quien medite diariamente con devoción es santo.

7. Mas para celebrar con fruto la S. Misa es indispen-

---

(1) Ezeq., cap. IV.

sable, asimismo, disponer el cuerpo. Si el aspecto exterior del hombre revela la interior disposición, un sacerdote, que debe ser santo y manifestar á los demás que realmente lo es, ha de aparecer en su cuerpo, en su presencia exterior de tal manera, que en ella se refleje la pureza de su alma. En la primitiva Iglesia, los presbíteros, antes de llegarse al altar de la celebración se lavaban las manos, la cara, los pies y de vez en cuando todo el cuerpo; al efecto había baños llamados presbiteriales con sus respectivos devotos bañeros, quienes asistían á los sagrados ministros durante el baño. Todas estas preparaciones indicaban la inmaculada pureza con la que debían adornar su alma para celebrar la más bella de las Obras divinas. Pero hoy la Iglesia exige únicamente de sus sacerdotes que lleven un hábito limpio y decente, aunque sea pobre, zapatos honestos, cara y manos lavadas, cabello honestamente arreglado, corona visible y ornamentos aseados.

8. Con preferencia el sacerdote practicará escrupulosamente las ceremonias de la Misa. Persuadidos hasta la convicción de que Dios no se honra solamente con la pureza del alma ó con el culto interno, sino que precisa manifestar públicamente nuestros sentimientos y creencias acerca del Dios verdadero; persuadidos que este mismo Señor exige gravemente que le honremos y le confesemos ante los hombres, pues así lo preceptuó á sus pueblos israelítico, primero, y al cristiano, después; convencidos también que las ceremonias de la Misa deben ser unas, las que por derivación de Cristo y los apóstoles ha ordenado la Católica Iglesia, y no varias, según el gusto de las Iglesias particulares, exceptuando los ritos aprobados, preciso es que, si con esas ceremonias hemos de honrar exteriormente al Eterno y dar á conocer quien es el Señor y sus infinitos atributos, las estudiemos y practiquemos según el deseo de la Esposa del Cordero. El sacerdote que realmente se precia ministro del Rey de los reyes; el sacerdote que asidua y atentamente considera que, por más que lo procure, nunca podrá corresponder dignamente á su Dios en el ele-

vado cargo de ministro suyo, se portará en todas ocasiones, delante de los demás, como conviene á la grandeza del Infinito; las ceremonias que emplee para darle á conocer, para comunicar con Él é interesarle á favor de las criaturas, serán tales que pueda reflejarse en ellas la perfección. El sacerdote es ministro, no de un monarca cualquiera, lo es del Señor de los señores, del Rey de reyes; y si cuando de éstos se trata procúrase guardar escrupulosamente, con gravedad y esmero las rúbricas del ritual cortesano, cuando del Eterno nos ocupamos; ¿qué esmero, qué gravedad y circunspección no guardaremos en la rúbricas del ritual eclesiástico? Es un error gravísimo creer que el pueblo se molesta cuando los actos religiosos son largos, efecto de haberse practicado las rúbricas con las condiciones mencionadas. El pueblo católico jamás puede fastidiarse, ni mucho menos poner su lengua sobre los ministros del santuario, porque hayan éstos procedido en la celebración de los oficios del modo indicado; sí hablará cuando no se dé á Dios el culto grave y hermoso que merece.

℣. Repetidas veces ha ordenado el Señor (1) á su pueblo que guarde las ceremonias prescriptas; de lo contrario lloverán sobre él todas las maldiciones que un Dios justamente irritado sabe y puede enviar á los transgresores; y estas ordenaciones y estos castigos no fueron sino sombra de lo que ha ordenado y fulminado en la Ley de Gracia á sus ministros. El espíritu humano se eleva insensiblemente hacia Dios cada vez que contempla esos actos litúrgicos practicados con celo, moderación, exactitud, gravedad, limpieza y decoro; entonces el cristiano se hace superior á sí mismo, y siente transportarse á otras regiones más puras, donde experimenta goces inefables, verdaderos ensayos del gozo supremo que aguarda al justo en la gloria. La S. Misa, ese divino acto con el cual confesamos el supremo dominio que Dios tiene sobre nosotros, debe ejecutarse con un respeto profundo y una gravedad sencilla. La Misa que

(1) Deut., cap. VII.

celebró el Salvador en el Calvario duró tres horas; S. Felipe Neri empleaba otras tres, arrebatándose dulcemente en el amor del Hombre-Dios. Es preciso pronunciar con pausa las oraciones, porque hablamos con Dios, y nadie conversa con un alto personaje, corriendo; es necesario pensar y sentir lo que se dice y lo que se hace á fin de guardar la atención correspondiente; y advirtamos que el Altísimo merece más que todo eso: que no le suceda á ningún sacerdote lo que á aquel ministro eclesiástico que manejaba la Sagrada Hostia con tanta precipitación y falta de reverencia, que el devoto diácono que le asistía, sin poder sufrir más, le dijo:—Tratadlo bien, que es Hijo de buenos padres.

10. Hay en nuestra augusta Religión modelos sublimes de quienes es preciso copiar sus bellezas, y en el asunto de que me ocupo, admiro á un S. Luis, obispo de Tolosa, á un S. Francisco de Borja, y á un V. P. Rodríguez, que, por el respeto y veneración grandes que profesaban al adorable Sacrificio del Altar, confesábanse diariamente de sus culpas para poder celebrar con la pureza de los ángeles; contemplo á un S. Vicente Ferrer que, con extremada limpieza del cuerpo y con los mejores ornamentos, procedía á sacrificar la Hostia inmaculada; veo á un S. Juan Cancio, que celebraba para aplacar la ira del Excelso; considero á los beatos Felipe de Plasencia y Francisco Fabriano, que aplicaban casi siempre la Santa Misa por las almas del purgatorio, celebrándola al propio tiempo con fe y devoción tantas que merecieron, particularmente el segundo, se les apareciesen los ángeles y las almas benditas, quienes, presentes al Sacrificio, respondían al *requiescant* último.

11. En general, los siervos de Dios jamás dejaron de celebrar en pudiendo; y un S. Anselmo de Cantorbery, que por sus continuos achaques no podía celebrar el Sacrificio, mandaba le llevasen todos los días al templo para asistir á él. El V. Beda, en sus últimos días, comulgaba diariamente de manos de un sacerdote, por hallarse tan postrado que le imposibilitaba decir la S. Misa. Y ¡cuántas infinitas dulzuras y

cuántos ilimitados consuelos no han experimentado todos aquellos sacerdotes que celebraron á imitación del Salvador! Díganlo S. Pedro Regalado, S. Pedro Armengol y el beato Antonio Turriano que, en el acto del Sacrificio, lloraban tan copiosamente de gozo y de compasión á Jesucristo crucificado, que algunas veces era indispensable cambiar los corporales. Dígalo S. Lorenzo Justiniano que, celebrando en las noches de Navidad, quedaba tan dulcemente arrobado en Dios que, cansado el que le ayudaba, tocaba la campanilla, por más que, viendo que eran inútiles sus esfuerzos, tiraba de la casulla con fuerza, y entonces, el santo, como si despertara de profundo sueño, volviéndose al ministro, le decía:—Ya voy adelante en la Misa, hermano; pero ¿qué haremos de este Niño tan hermoso? cómo le dejaremos solo tiritando de frío?—Dígalo, finalmente, S. Lorenzo de Brindis, quien obtenía suavidades tantas en la Misa, que empleaba en la misma muchas horas, particularmente los últimos años de su vida en que se detenía seis, ocho y doce horas. Efecto de estos prolongados éxtasis alcanzó facultad de Clemente VIII para celebrar, terminados Maitines; y en la celebración quedaba tan arrobado que en ocasiones daba fuertes palmadas en el altar, y en otras exclamaba suspirando: Oh Dios mío, dulzura de mi alma! Oh amor mío! qué puro, qué santo y qué digno eres de ser amado! Sus lágrimas eran al propio tiempo tan copiosas que llegaba á mojar seis ó siete pañuelos, para lo cual tenía prevenidos.

§. II.

Acabamos de observar cuáles sean las condiciones necesarias al sacerdote para celebrar con fruto, y de qué manera los bienaventurados han dado ejemplo para que el celebrante se goce en su elevado ministerio; ahora correspóndenos hablar de los ministros asistentes al celebrante, quienes, según quedó declarado en el anterior discurso, ejecutan el oficio de ángel, y no sirven á un hombre, sino á Jesucristo en persona de su Ministro. Un oficio tan sublime requiere

por lo tanto en el que lo ejerce tres condiciones semejantes á las del celebrante.

12. Necesita pureza de alma. En los principios de la Iglesia el lego no podía llegarse al altar para ministrar al sacerdote; eran los clérigos los encargados exclusivamente de este Ministerio altísimo, precisamente porque se les suponía, mejor que á los seglares, vestidos de la gracia de Jesucristo. Ahora que la Iglesia, merced á la penuria de los clérigos, permite á los seglares desempeñar tan santos oficios, es indispensable que éstos se revistan también de los requisitos que adornar deben á los diáconos y subdiáconos. Es evidente que los legos, que ministran en la S. Misa, desempeñan, si no idénticos, al menos semejantes oficios que los subdiáconos, y como éstos deben ministrar al celebrante con puridad de conciencia; conviene, pues, que, para honor del Dios á quien sirven y para adquirir nuevos méritos de eterna vida, estén exentos del mortal pecado los que ayudan al celebrante. Preciso es, además, guardar atención suma á cuanto hace y dice el sacerdote, preciso acompañarle en espíritu, preciso estar en la Misa con humildad y recogimiento profundos. ¡Qué desgracia no sería que el ministro no ocupara el santo tiempo de su oficio en meditar los pasos cruentos de Jesucristo!

13. El lego que asiste al sacerdote debe estar asimismo decentemente ornado en el cuerpo. Nadie debiera ministrar con los vestidos comunes; si para asistir como conviene al Sacrificio hemos de renovar nuestro espíritu, también es útil que para la misma obra divina renovemos los vestidos. Ved por qué la Esposa de Jesucristo ha ordenado que el seglar ayude la Misa con sotana y sobrepelliz, si buenamente pueden adquirirse estas prendas de vestir. Ni los clérigos, ni los religiosos, que por constitución canónica visten hábito talar, deben ministrar al sacerdote en la Misa con el hábito ordinario, antes bien, vestirán sobre él una sobrepelliz decente. ¡Qué vergüenza, se pongan á ejercer el oficio de ángel, muchachos andrajosos y sucios, que inspiran más bien compasión que simpatía, que provocan más bien á náusea que á recogimiento!

14. En particular deberán conocer á fondo y guardar con escrúpulo las rúbricas. Cuando se contempla á un niño decentemente vestido que, devotamente arrodillado y con las manos ante el pecho, fijos los ojos en el sacerdote ó en la Cruz, pronuncia las palabras clara y distintamente y actúa con serenidad y sin afectación, ¡ah! entonces, el cristiano oyente cree hallarse entre los ángeles que cortejan á Jesucristo, invisible en los altares eucarísticos, y se mueve á adorarle con humildad profunda, y á solicitar su amistad cariñosa.

§. III.

15. Los que asistimos al incruento Sacrificio del Altar somos realmente testigos de lo que en Él se ejecuta. En dicho solemne acto, el templo se transforma en Calvario; el altar, en la Cruz del Redentor; los pecadores son los deicidas; y si padece y muere místicamente el Señor, padece y muere por todos los hombres. Ahora bien; los que oyen Misa se hallan al acto más serio y triste que se ha realizado. La muerte del Salvador fué presenciada por la Inmaculada Señora y el Discípulo amado que lloraban amargamente; por innumerables judíos que bajaban el Gólgota, hiriéndose el pecho; por miles de insensibles criaturas que se extremecieron hasta las entrañas en vista de un espectáculo tan cruel; por el Padre Eterno; por los ángeles que, con pena amarga, admiraban, cubiertos sus rostros, los horrores del Calvario; y nosotros que vemos, que contemplamos, que palpamos esto mismo en el templo cuando oimos la santa Misa, ¿nos entretendremos en tener el espíritu disipado, mirando á una y otra parte, riyendo, conversando y ejecutando acciones indignas de la santidad del lugar donde estamos? ¿Nos entretendremos en asistir á todo y presenciarlo todo, siquiera sea con la imaginación, menos al adorable Sacrificio? ¿Qué se hubiera dicho de los que asistían á los tormentos finales del Salvador, si se les hubiera visto reir descaradamente ó burlarse de un ajusticiado inocente? Si aun, los que no tenían fe en el Redentor, los que le consi-

deraban como puro hombre, los que le reputaban por atrevido farsante manifestaban en aquel trance, profundo sentimiento de verle crucificado, porque ley natural es que nos condolamos de los que sufren injustamente penas crueles; nosotros que, gracias á la bondad divina, profesamos la salvadora Doctrina del Hombre-Dios, y creemos que ha muerto por salvarnos, y confesamos que en la S. Misa se reitera incruentamente esta muerte preciosísima, ¿asistiremos al tremendo Acto como si estuviéramos en una fiesta mundana, en un teatro, en un baile? Desdichados de aquellos cristianos que asisten al Sacrificio, no ya sin saber lo que hacen, que esto sería el menor mal que pudieran cometer, sino para fomentar sus bajas pasiones, para ver y ser vistos, para oir y esparcir su imaginación, etc. ¡Más valiera que no hubieran visitado jamás el templo del Señor! S. Leonardo refiere de cierta distinguida señora que, estando presente al Sacrificio, satisfacía al mismo tiempo con el pensamiento una pasión impura que había concebido por uno de los cantores. Iba á comulgar, cuando Sta. Iveta de Huy, que presenciaba el acto, vió que una turba de espíritus infernales se pusieron regocijados á bailar delante de la sacrílega; esta infeliz se presentó á recibir la Santa Hostia, pero aquella sierva de Dios vió que Jesús, en lugar de entrar en la boca de la señora, voló al cielo.

16. Mas, no salgamos de nuestro asunto. Los que oyen Misa asisten también á ella como ministros. «Rogad, hermanos, dice el celebrante, volviéndose á los fieles, para que mi sacrificio y vuestro sea aceptable al Padre Omnipotente.» Los fieles, en verdad, ofrecen el Sacrificio juntamente con el sacerdote: luego son también ministros; como tales deben asistir á Él con espíritu de humildad y penitencia, con espíritu de devoción y recogimiento. Atended al sacerdote y veréis que en el introito apenas se atreve acercarse al altar; atended de nuevo, y notaréis qué gravedad, qué silencio guarda en todas sus operaciones. Los que oyen Misa deben por consiguiente poseerse del sentimiento humilde de que no son dignos de comparecer ante un Dios

tres veces santo á quien tantas veces ofendieron; deben sustraerse á todo ligero pensamiento mundano y decir en la puerta del templo, con San Bernardo: «Quedaos ahí fuera, pensamientos del mundo, que todo mi ser va á ocuparse ahora de solo Dios.» Es cierto que mientras es celebrado este adorable Sacrificio puede ocuparse el pensamiento en el arrepentimiento personal de los pecados, en la Comunión y rezos y meditación de eternas verdades; pero también es cierto que para obtener mejores frutos y mayores bienes de él, lo más acertado es meditar devotamente sobre la Pasión del Señor, acompañando mentalmente al sacerdote. Cuando el cristiano se empeña, por poco letrado que sea, puede muy bien meditar sobre estos misterios;hasta, ¿quién lo diría? los naipes mismos, ordinario medio de pasatiempo, han servido, en manos de sencillo soldado, para meditar durante la Misa los atroces tormentos del Salvador. En efecto, cada naipe indicaba un misterio de la Pasión, y á medida que el sacerdote adelantaba en la Misa, el soldado pasaba la baraja.

12. Contemplad á los siervos de Dios asistiendo al augusto Sacrificio y os estimularéis á imitar en lo posible su ejemplo. Ellos se unían en espíritu á los sacerdotes que habían de celebrar en todo el mundo aquel mismo día. S. Félix de Cantalicio, que, á pesar de su buen deseo, no pudo cierto día asistir á la Santa Misa, por estar ocupado en asuntos de la obediencia, vióse de repente en el templo oyendo el Sacrificio y cavando al mismo tiempo la huerta.

Pero argumentaréis: devoción acendrada podrían tener aquellos cristianos que, aprisionados con S. Dionisio Areopagita, asistieron á una Misa que celebró este santo, en la cual, al partir la Hostia, se apareció Cristo N. Señor á todos y habló con S. Dionisio, esforzándole al martirio. Atención angélica podrían tener aquellos otros que oían la Misa de S. Juan de la Cruz, quien, en dicho acto, despedía tantos rayos de intensísima luz que dejó á uno ciego por mirarle fijamente; pero, nosotros que no admiramos tantos prodigios, ¿cómo hemos de poseer esa devoción y atención puras? No

es necesario que el Excelso obre milagros para que los fieles estén con recogimiento en el Sacrificio, porque les es suficiente la obligacion notoria. Recordad que S. Luis, rey de Francia, no quiso asistir á cierta Misa para contemplar un milagro; y sin embargo, cuando oía el Sacrificio semejaba al serafín. El beato Antonio Estronconio, franciscano, practicaba todos los días mil genuflexiones en honra de Jesucristo Sacramentado; particularmente en la Misa es donde él se esforzaba en amar más á su Dios, quien le reveló desde la Sagrada Hostia que mientras se celebrase el Sacrificio encendiese muchas velas, para cuyo efecto el santo recogía limosna. El beato Felipe de Águila, también franciscano, exhortaba á todos para que oyesen cuantas Misas pudieran, y él mismo practicaba los consejos que daba á los demás, afirmando que no conocía devoción más excelente que la de oir Misa con atención y reverencia, puesto que de este modo, decía, agradecemos, siquiera con la memoria, la estupenda fineza de nuestra Redención.

18. Hay un templo (1) cuya bella arquitectura y demás artes por él desparramadas, su riqueza sin medida y su orden y esplendor, revelan que fué edificado para servir de modelo á todos los demás de su clase, no sólo en lo que respecta al orden material, sino principalmente en lo que atañe al culto eucarístico. Afectando á una espaciosa cruz latina, tiene pilastras estriadas, capiteles corintios, capillas laterales magníficas, cúpula y linterna sencillas y elegantes, muros decorados con hermosos frescos de Ribalta, Carducho, Zucaro, Hernández, Matarana y Valent, igualdad en los preciosos retablos, exquisita proporción y uniformidad entre éstos y el orden arquitectónico del edificio, prudente colocación del coro y de la sacristía, sin puerta á sus pies: tal es el gran templo de *Corpus Christi* de Valencia.

¿Qué diré del orden perfecto y del culto esplendoroso que en él se tributa á Cristo Sacramentado? En general, apenas se honra al Señor como es debido, por el escaso

(1) Véase el tomo V de esta Obra, pag. 80.

personal y material eclesiástico, no pudiendo celebrarse los divinos oficios con pausa, solemnidad y atención, merced á que aquel personal sagrado tiene que atender por lo común á otras ocupaciones parroquiales, que le restan mucho tiempo y atención al servicio puramente divino. El bienaventurado Juan de Ribera, arzobispo de Valencia y fundador de este hermoso templo, que conocía á fondo todas estas inmensas desgracias, redactó unas sabias Constituciones que todavía se guardan fielmente, y que son la admiración de los sabios y los santos. Su deseo era que su iglesia guardase en la celebración de los oficios divinos lo que está dispuesto en los santos Concilios y ha sido observado en los tiempos en que florecía la disciplina eclesiástica; de suerte «que se conozca que los que cantan y celebran consideran que están delante de Dios nuestro Señor, hablando con la suprema é infinita Majestad suya; y que asimismo muevan á los oyentes á devoción y veneración de este Señor y de su santo templo.» He ahí por qué de entre los Colegiales Perpetuos á quienes confió la administración y gobierno de la iglesia y seminario, designó al Vicario de coro y al sacristán, para que el uno, presidiendo el coro, y asistiendo el otro en la sacristía, dirigiesen todo lo concerniente al culto y celebración de los divinos oficios por medio de los demás servidores eclesiásticos. El maestro de ceremonias en lo relativo á las rúbricas del coro y del altar; el maestro de capilla en lo que atañe al doble canto y dirección de los infantilillos; los dos domeros, evangelisteros y epistoleros para que por semanas sirvan al altar y coro; los dos capiscoles, para entonar y regir gravemente el coro; el organista para que pulse el órgano con pausa y sosiego, con gravedad y modestia; los infantilillos, los cantores y los instrumentistas, para nutrir el canto y orquesta; cuatro sacerdotes para que, sin faltar del confesonario, oigan con detención á los penitentes; el pertiguero para acompañar á la dómada; los seis acólitos para el servicio y aseo de la iglesia, capilla mayor y sacristía; los incensadores, vestidos de loba y roquete, para incensar en todas las misas rezadas, al alzar; el

portero, para estar constituído en la puerta del edificio y evitar los desórdenes que puedan ocurrir; el campanero para que toque con arte y maestría los sagrados bronces; y el barrendero para que limpie diariamente dos veces la iglesia. Así es cómo, puesto cada cual en su lugar, y amaestrado en su respectivo oficio, pueden ser celebrados los Oficios divinos, sin carreras, sin atropellamiento, con pausa, gravedad y devoción.

La iglesia de *Corpus Christi* está siempre iluminada por el cirio de la fe eucarística, colocado en el centro del presbiterio. En las grandes solemnidades, nada de arañas pesadas y adornos superfluos y artefactos ridículos; antes bien, todo es sencillo y magnífico, según previene el Ritual Romano. Cuanto mayor sea la solemnidad, tanto mayores y más gruesos y blancos son los blandones del altar mayor, que en esto consiste la diferencia del rito.

Los ornamentos son todos de gran mérito artístico y riqueza valiosa; y llama la atención el aseo y limpieza que en todas las vestiduras sacerdotales y manteles del altar se observa, guardándose en cajas de ciprés, y entre esencias variadas, para que estén siempre olorosas.

Nadie puede entrar en este templo si no va calzado y decentemente vestido, y los sacerdotes no pueden celebrar Misa sin revestirse una toba sobre la sotana.

¡Qué exactitud y puntualidad en comenzar los oficios divinos y en la duración de los mismos! Al dar la hora señalada, como si fuera movido por un resorte, cada uno de los servidores eclesiásticos está en su lugar correspondiente desempeñando su oficio. Menos prima y maitines y laudes, que no se rezan, las demás horas menores duran cada una media hora, y cada media hora también es celebrada una Misa, cuyo ministro está siempre revestido de sotana y sobrepelliz, encendiéndose una tercer vela desde el sanctus hasta la sunción. Sólo puede y debe celebrarse una Misa mayor con gran solemnidad; y da gusto el ver la devoción que inspiran los actos en dicho templo, donde parece haberse trasladado uno á regiones sobrenaturales. ¡Qué si-

lencio y compostura, qué gravedad y recogimiento se advierte en todo! Así es cómo los sacerdotes pueden celebrar con devoción, y los fieles oir con atención la santa Misa y demás oficios eucarísticos. ¡Es un templo modelo!

Cierto es que no todos los lugares pueden contar con los medios de que dispone el Colegio de *Corpus Christi;* pero, ¿se me negará que puede de él copiarse el aseo y la limpieza en el templo y utensilios sagrados, la puntualidad en las horas de los oficios divinos, y el silencio en todos los concurrentes, para que todo pueda desempeñarse con recogimiento y fervor? Que vale inmensamente más en la presencia de Dios simplificar los actos del culto, no prescriptos por los cánones, y rendírselos modesta y religiosamente, que no intentar grandes iluminaciones, é interminables aparatos, para que no exista más que la indevoción, la confusión, el enfado y el escándalo!

EJEMPLO

Refiere S. Vicente Ferrer que á un impio, que no quiso arrodillarse en el momento de la consagración, se le apareció de un modo visible y terrorífico el demonio y le dijo:—¡Impio, traidor, por quien Jesucristo ha padecido tanto! Si Él hubiese hecho por nosotros la centésima parte de lo que ha sufrido por ti le serviríamos de rodillas día y noche—Y le dió la muerte. *Catec. en exemples.*

XXV

Significación de las ceremonias de la S. Misa.

Et intus plena sunt oculis.
Y por dentro están llenos de ojos.
Apoc. IV, 8.

1. Los objetos no tienen valor por lo que aparecen, sino por lo que son; no se aprecian por su forma, antes bien por su fondo; no dan el ser los accidentes, pero sí la substancia. Al publicar la Verdad eterna que daría á comer su propio Cuerpo y á beber su misma Sangre, viendo que los cafarnaítas no entendieron estas palabras de salud, según convenía, antes bien, dudaron de ellas, pronunció esta divina sentencia: El espíritu es el que da vida, mas la carne para nada aprovecha (1). Como si dijera: Las palabras que yo he pronunciado se han de tomar según su espíritu, no según su material sentido; se han de tomar, ciertamente, como suenan, porque cabe el sentido literal, y el sentido literal es que yo os doy á comer realmente mi Cuerpo y á beber verdaderamente mi Sangre; pero si es verdad que las mencionadas palabras deben tomarse como suenan, también lo es que no deben entenderse material y carnalmente; y carnal y materialmente se entenderían si se creyera que Jesucristo iba á dar en comida su Cuerpo y en bebida su San-

(1) Joan. VI, 64.

gre del modo ordinario que los hombres ingieren las viandas corporales. Comprended ahora, por qué dice también el Apóstol, al ocuparse del sentido que debe darse á las sagradas Escrituras, que la letra mata y el espíritu vivifica (1), porque ciertamente nos hemos de atener al verdadero sentido de las palabras bíblicas, no al que éstas de sí revelan, en lo cual consiste el capital error de la Reforma. Muchas veces pronunciamos frases cuyo sentido no es el que gramaticalmente expresan, y sin embargo, los que nos escuchan, si son avisados, entienden nuestro lenguaje.

2. Por consiguiente, no se aprecia la forma, sino el fondo de las cosas. Y con esto habréis comprendido que, al ocuparme de las ceremonias de la S. Misa, pretenda haceros ver que éstas no son propiamente lo que aparecen: dentro de su corteza existe realmente el fruto exquisito; su significado se halla envuelto en su hermosa forma, y á este significado debemos atenernos cuando asistimos al adorable Sacrificio.

Toda la gloria de la hija del rey, enseña el vate coronado, consiste en lo que tiene de dentro (2); y toda la hermosura del Sacrificio eucarístico estriba, no en el venerable aparato de preciosos ornamentos, majestuoso altar, radiantes luces y oloroso incienso; no en esas bellas ceremonias que practican los ministros sagrados y sus oficiales eclesiásticos; no en la manera de portarse el pueblo fiel en el templo durante los oficios divinos, sino en todo lo que esos objetos sagrados, y rúbricas devotas, y personas eclesiásticas representan. Tal fué la intención de Jesucristo al enseñar á los apóstoles el modo de celebrar con reverencia la S. Misa, y tal fué el deseo de éstos juntamente con la universal Iglesia al establecer y sancionar los ritos que siempre ha observado.

Bello asunto, aunque algo arduo, para estrechado en los cortos límites de un discurso. Empero, debiendo ocuparme de él para llenar el Plan de esta Obra, lo distribuiré en tres

(1) II, Cor., III, 6.
(2) Ps. XLIV, 14.

partes, que comprenden: 1.ª *Significación de las ceremonias de la Misa desde su principio hasta el Canon.* 2.ª *Significación de las del Canon.* 3.ª *Representación de las restantes.*

§. I.

Al describir el desterrado de Patmos el bello trono que Dios posee en el cielo, y consignar que en derredor suyo existen cuatro resplandecientes animales, dice de éstos que por dentro están llenos de ojos. *Et intus plena sunt oculis.* Digno de admiración es que, teniendo los animales ojos exteriores, se afirme misteriosamente de los que están en el glorioso trono del inmaculado Cordero, que también los posean interiores. Por cierto, los apocalípticos irracionales son un emblema adecuado de los evangelistas sagrados, dando á entender por sus brillantes luces que la luz divina con que los historiadores del Salvador veían y conocían los sucesos, procedía del divino Espíritu. También á nuestras ceremonias litúrgicas da vida y esplendor su hermosa significación en la cual se halla su verdadero espíritu.

El sacerdote se dispone en la sacristía para celebrar el augusto Sacrificio y se viste los sagrados ornamentos; también el Hijo de Dios se dispuso en el seno del Padre para celebrar su Encarnación y se vistió de la santa Humanidad, quedando hecho Dios y Hombre verdadero. El sacerdote toma el cáliz, y, cubriéndose, sale de la sacristía en dirección al altar, precedido del ministro ó ministros; asimismo, Jesucristo tomó el cáliz de su amarga vida, y, cubriéndose con su asombrosa humildad y pobreza, salió al gran teatro del mundo, precedido de los Patriarcas y Profetas que le anunciaron. El sacerdote, antes de comenzar el Sacrificio, hace profunda reverencia á la Cruz; y el Verbo divino, antes de comenzar su vida hipostática, pidió á su eterno Padre licencia para hacerse Hombre. El sacerdote, por último, recita humildemente el salmo *Judica* y la Confesión general y besa con reverencia el altar; y el Verbo del Padre, anonadándose hasta lo sumo, bajó á las entrañas de la Virgen más pura que los siglos contemplaron.

¿No véis cómo el celebrante pasa á la izquierda del altar y lee el introito? Pues el introito significa los ardientes deseos que tenían los Patriarcas y Profetas por la venida saludable del Mesías prometido. ¿No véis cómo vuelve al medio del altar y repite seis veces los Kiries y tres los Christes? Pues estas breves súplicas denotan las prolongadas voces de los Santos Padres de la Ley antigua, con las cuales pedían al Señor tuviese misericordia de su pueblo, enviándole su Deseado. Levanta el celebrante sus manos, las junta y recita mientras tanto el *Gloria in excelsis Deo;* y con todo esto nos recuerda el alegre Nacimiento de Jesucristo, en cuya memorable noche cantaron festivamente los coros angélicos al compás de arrobadoras armonías: «Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Vuélvese luego el sacerdote y saluda al pueblo con el *Dominus vobiscum,* la cual salutación repite siete veces para hacer constar que desea comunique el Señor á los fieles los siete Dones del Espíritu Santo. Si el ministro responde *Et cum spiritu tuo,* es porque desea en nombre de estos mismos fieles se concedan idénticos frutos al celebrante. Pronuncia éste el *Oremus* y á continuación las Oraciones, recordándonos la Presentación de Jesús en el templo y la modesta ofrenda que dió la Virgen Santísima al sacerdote. Lee la Epístola y nos hace grata memoria de la misteriosa doctrina de los Profetas y su predicación. Recita el Gradual y nos recuerda la conversión y bautismo de los pueblos por los activos trabajos del Bautista.

Habréis notado que el ministro pasa el Misal á la derecha del altar, y con esto manifiesta que Jesucristo abandonó á los pérfidos judíos, significados por las lecciones de los profetas, y pasó á convertir á los gentiles, que en las sombras de la muerte dormitaban, quienes son figurados por el Evangelio que á continuación va á recitar. Habréis observado, asimismo, que mientras es leído el Evangelio, todos los asistentes, incluso los mismos obispos, permanecen de pie: ceremonia expresiva, que, á más de recordarnos que la doctrina evangélica es eminentísima, denota que debemos estar

dispuestos los católicos á defender con todas nuestras fuerzas á Jesucristo; así refieren varios autores que en algunos pueblos, mientras se recitaba ó cantaba el Evangelio, muchos varones, preparados de antemano, desenvainaban sus afiladas espadas y las mantenían en alto, como para indicar que defenderían á todo trance el Evangelio. Habréis visto igualmente, que el celebrante, mientras recita las palabras evangélicas, tiene juntas las manos, para declararnos que á más de la Fe, como virtud teologal, debemos poseer las buenas obras. Finalmente, habréis notado que para cantarse el Evangelio se llevan varias luces é incienso odorífero, significándonos estas rúbricas que la Doctrina del Salvador iluminó el mundo y le llenó del buen olor de la gloria de Dios.

Después del santo Evangelio, pasa el sacerdote al medio del altar y reza el Credo, símbolo de nuestra verdadera Fe, compilado por los Apóstoles, que por eso mismo significa la conversión de éstos y de otros discípulos del Señor á la Fe divina; y si el celebrante se arrodilla con pausa al *Incarnatus*, es porque debemos venerar profundamente y recordar vivamente, mientras existamos, el beneficio inestimable de la Encarnación.

Pronunciado el *Oremus*, síguese el Ofertorio, en el cual el ministro de Dios ofrece al Padre Eterno la Hostia inmaculada del Sacrificio. Jesucristo, en verdad, antes de padecer, ofreció humildemente á su Padre su propia vida. Recordaréis que el sacerdote, para disponer la materia del cáliz, pone unas gotitas de agua en el vino, significándonos con tal sagrada mezcla la sangre y el agua que manó del precioso Costado del Salvador. Habréis reparado también que si el agua es bendecida por el celebrante, antes de verterla en el cáliz, no lo es el vino, lo cual no carece de sublime significación, porque representando el agua al pueblo fiel, éste necesita para su existencia de la bendición divina, mientras que, figurando el vino á Jesucristo en su divina sangre, el Hijo de Dios no necesita de bendiciones.

Vuélvese de nuevo el celebrante hacia el pueblo y recita

Orate fratres, con lo cual amonesta encarecidamente á los asistentes que rueguen para que el Sacrificio sea aceptable á Dios S. Nuestro; ceremonia que nos recuerda que debemos estar en el Canon con atención suma, á fin de meditar las ocultas maquinaciones que pérfidamente llevaron á cabo los israelitas contra Jesucristo, simbolizadas por las oraciones secretas.

Cuando el sacerdote, elevando las manos, pronuncia *Sursum corda*, nos amonesta que elevemos nuestro corazón al cielo á fin de estar con atención reverente á los misterios que van á realizarse. El beato Enrique Susón temblaba por espacio de un gran rato cuando pronunciaba estas sagradas palabras, y el beato Nicolás Factor se extasiaba ante Jesucristo, elevándose sobre el pavimento.

Síguese el Prefacio, que significa los modestos preparativos que hizo el divino Salvador para entrar victorioso en Jerusalén, el cual prefacio termina con el Sanctus, que representa esta misma entrada triunfante, pues, según el Evangelio, para este hermoso acto, los vecinos de la ciudad deicida salieron con palmas y ramos á recibir al Señor, y, arrojando sus capas en el suelo, exclamaban llenos de alborozo: Hosanna en las alturas; hosanna al Hijo de David; bendito sea el que viene en nombre del Señor. Y con semejantes festivas aclamaciones termina la primera parte para entrar en otra más sagrada, y veneranda, que llamamos Canon.

§. II.

Ved al sacerdote que, extendiendo, elevando y juntando las manos, besa el altar, al pronunciar *Te igitur;* y recordad al propio tiempo que Jesucristo, en el huerto de Getsemani, extendió, elevó y juntó sus omnipotentes manos cuando oró á su Eterno Padre, besando también el suelo cuando en su mortal agonía cayó desfallecido sobre sí mismo, después de haber transpirado copiosas gotas de preciosa sangre. Ved al sacerdote que practica tres veces la señal de la Cruz sobre la Hostia y el Cáliz; y considerad asimismo al Salvador entregado tres veces á sus crueles enemigos: una por

su Eterno Padre, otra por el infame Judas y la tercera por el inicuo Pilato. Ved al sacerdote que extiende y junta las manos, y en el primer memento ruega por toda la Iglesia; y notad igualmente que el divino Jesús, cuando en el huerto fué preso por la maliciosa turba judaica, rogó por todos sus discípulos para que fuesen librados de los tormentos. Ved, finalmente, al sacerdote que pone sus dos sagradas manos sobre la hostia y el cáliz, permaneciendo de esta manera mientras recita una oración; mas no olvidéis que el Redentor recibió sobre sus delicadas espaldas una prolongada lluvia de crueles azotes, sobre sus puras sienes una grande corona de punzantes espinas, y sobre sus tiernos hombros la pesadísima cruz de nuestros graves pecados, sufriéndolo todo, no por breves instantes, sino por largas horas.

Llega el solemne momento de la consagración, en que el Hijo de Dios, sin dejar la diestra del Padre, bajará á las manos del sacerdote, cuando éste pronuncie sobre la hostia y el cáliz los omnipotentes vocablos. Para el efecto, el celebrante forma cinco cruces, tres sobre la hostia y el cáliz juntamente, y una sobre la hostia y otra sobre el cáliz separadamente; y dice S. Buenaventura que estas cruces significan los cinco sentidos de Cristo atormentados. Al llegar á este lugar de la S. Misa es cuando el cristiano debe recoger con particularidad su atención, y con aquella fe profunda que sólo Dios inspira, recordar la singular fineza del Santísimo Sacramento. Si Jesucristo, para regalarnos esta dulce Prenda, tomó el pan en sus venerables manos, lo bendijo, lo partió y lo consagró, distribuyéndolo luego entre sus amados discípulos, también el sacerdote, después de frotar sobre los corporales las puntas de sus dedos en señal de reverencia al Cuerpo de Cristo, toma la Hostia, la bendice y la consagra con los mismos vocablos que el Salvador empleara. Fijáos cómo el celebrante se inclina para pronunciar las palabras consagratorias, á fin de indicarnos la reverencia suma que debemos tener á ella; cómo luego de adorar la santa Hostia la levanta para que la adore el pueblo, repitiendo á continuación esta misma rúbrica con el Cáliz consagrado. Pues bien:

Jesucristo, S. N., para ser crucificado, se inclinó hasta la cruz que en tierra depositada estaba, y después fué levantado con ella en alto, para desde el Madero santo atraer todos los hombres y todas las cosas hacia sí.

Acabada la elevación, el sacerdote, extendiendo los brazos en forma de cruz, ofrece al Padre los infinitos méritos de su Hijo, y, formando cinco cruces sobre la Hostia y el Cáliz, como antes, denota primeramente la Crucifixión del Salvador y luego sus cinco principales llagas. ¿Recordáis que el sacerdote, al llegar á este punto, se inclina y besa el altar? Pues la humildad del Señor crucificado fué tanta que besó también el suelo cuando los malvados judíos le colocaron sobre la cruz boca abajo. ¿Recordáis que el sacerdote practica una cruz sobre la Hostia y otra sobre el Cáliz? Pues aquélla significa que Jesucristo fué clavado en la Cruz, y ésta que derramó su sangre por nosotros. ¿Recordáis que el sacerdote forma sobre sí la señal de la Cruz? Pues declara que el Redentor nos aplicó los relevantes méritos de su Pasión.

Luego, el celebrante suplica al Padre por los difuntos, á quienes tuvo presentes el Dios-Hombre cuando pendiente de la Cruz estuvo; y dase un golpe de pecho para indicar que está arrepentido de sus pecados, significándonos con esta bella ceremonia el sincero arrepentimiento del Buen Ladrón cuando, desde su infame madero, solicitó el perdón de sus culpas.

El sacerdote forma tres cruces sobre la Hostia y el Cáliz; y Jesucristo oró en su último suplicio tres veces por sus enemigos y dos por sí mismo. El sacerdote practica con la Santa Hostia tres cruces sobre el Cáliz; y Jesucristo estuvo tres largas horas pendiente del sagrado Madero. El sacerdote hace otras dos cruces con la Hostia fuera del Cáliz, y una denota la muerte del Salvador y la otra su descendimiento consolador al seno de los santos Padres.

¡Qué significación tan sublime ofrecen las ceremonias del Canon! ¡Cómo representan ordenadamente la Vida y Pasión y Muerte del Hombre-Dios! ¡Cómo alegran el espíritu cris-

tiano! Pero entremos á estudiar las restantes ceremonias, que ciertamente expansionan también al alma amante de Jesucristo, y son una hermosa continuación de la horrorosa tragedia del Calvario.

§. III.

Cuando el espíritu cristiano llega con su devota meditación á esta tercera Parte de la S. Misa; cuando recuerda que el *Pater noster* significa la Oración que el Señor hizo cuando en la Cruz clavado estaba; cuando pondera que la división de la adorable Hostia en tres partes desiguales denota la división de la purísima Carne del Salvador en otras tres, que fueron asimismo desiguales: las manos, los pies y el costado; cuando contempla que la partecita de la santa Hostia, que quedó en la mano del sacerdote y con la cual forma tres cruces sobre el Cáliz, expresa la resurrección de Jesús, pues la Hostia significa el Cuerpo, la sangre el alma, y la junta ó mezcla de ambos la resurrección, embebido todo en la ponderación de estos dolorosos y gloriosos misterios, prorrumpe en suspiros interiores de gozo, se derrama en manifestaciones exteriores de júbilo.

Continuad, empero, en esta hermosa meditación; seguid la Misa con el ministro del Excelso, y hallaréis en sus bellas ceremonias nuevos motivos de santa alegría, nuevas causas de alborozo santo. ¿Véis que se inclina algún tanto y que repite tres veces el *Agnus Dei*? Persuadíos que intenta significar el amargo llanto de las tres Marías cuando vieron bajar á Jesucristo muerto de la Cruz. ¿Véis que coloca la Santa Hostia sobre la patena y recita tres veces: *Domine non sum dignus,* dándose al propio tiempo fuertes golpes de pecho? Convenceos que pretende expresar cuando José de Arimatea y Nicodemus, en medio de prolongado llanto y gran dolor de sus pecados, envolvieron en sábana limpia el Cuerpo adorable del Señor. ¿Véis, por último, que se inclina profundamente y comulga el Cuerpo y la Sangre de Jesús? No olvidéis, pues, que ansía denotar la fúnebre sepultura del mismo Señor.

Terminada la Comunión del Hombre-Dios, verificadas ya las místicas abluciones, el ministro pasa el misal á la izquierda del altar, lugar en que antes estaba. ¿Recordaréis que el haberlo trasladado á la parte derecha significaba que el Redentor abandonó á los pérfidos judíos, para extender su gracia á los gentiles; mas ahora, movido á tierna compasión, quiere que, al menos en el fin del mundo, se conviertan aquéllos al Catolicismo, siendo significada esta merced por el hecho de haber sido trasladado el misal á la parte en que estaba al principio de la Misa. Sigue *Dominus vobiscum*, deprecación que se repite otra vez antes del *Ite Missa est;* y estas consoladoras salutaciones denotan las que el Salvador hizo á sus apóstoles y discípulos después de resucitado, cuando, al entrar de improviso en el Cenáculo, les dijo: La paz sea con vosotros.

Al volverse el sacerdote al pueblo, pronuncia *Ite Missa est*, con lo cual representa la gloriosa Ascención del Señor; porque así como Jesucristo, S. N., despidióse en aquel momento de todos sus discípulos, así despídese el ministro de Dios de los fieles asistentes al Sacrificio; y á la manera que el Salvador, al comenzar á elevarse por los aires, dió su bendición divina á sus discípulos queridos, de la propia manera el sacerdote, en el fin de la Misa y en nombre de Jesucristo, otorga su bendición á los católicos. Algunos autores aseguran que esta bendición significa la venida del Espíritu Santo, y la verdad es que la ceremonia del último Evangelio expresa la predicación de los apóstoles, quienes, llenos de este Espíritu divino, recorrieron el mundo, diseminando la doctrina del Redentor.

He terminado el asunto que me propuse desarrollar en este discurso. Recopilándole, debo añadir que la Santa Misa es, no sólo una memoria pasajera de la Vida, Pasión y Muerte del Salvador, sino representación viva y real de los propios Misterios; es una verdadera reiteración, una exacta reprodución de los trabajos de Jesucristo y la graciosa aplicación de sus infinitos méritos. Por consiguiente, ¿qué cuidado no deberemos poner con objeto de aprovecharnos de

tan saludable ejercicio? Mientras asistimos al adorable Sacrificio de la Misa podemos meditar los misterios alegres, los misterios sangrientos, los misterios triunfantes del Hombre-Dios, ó bien podemos ponderar alguno de los mismos, que sin duda será lo más ventajoso, ya que también cansa menos las potencias del espíritu.

Meditemos en la Misa la dulce Pasión del Salvador; su recuerdo es infinitamente consolador y provechoso. Ponderémosla con atención y con fervor, á la manera que Sta. Isabel, reina Hungría, la cual, á medida que contemplaba en la Misa los tormentos del Señor y la ingratitud de los hombres á beneficio semejante, iba despojándose de su real corona, de sus valiosas sortijas y de sus ricas prendas, las cuales colocaba en el suelo en señal de profundo desprecio. Y teniendo los católicos ejemplos tan admirables, ¿habrá quien asista, no obstante, al venerable Sacrificio, lleno de vanidad y presunción, atestado de galas y de exterioridades ridículas? Yo os convido á que, como testigos presenciales de la muerte incruenta de un Hombre-Dios, asistáis á la Oblación santa de los altares eucarísticos, á ese Gólgota místico del templo cristiano, y veréis cómo os sentís conmovidos, como los israelitas de buena fe; inspirados, cómo Nicodemus; ablandados, como el Centurión; convertidos, como el Ladrón Bueno; y santificados, como el amante hijo de Zebedeo.

XXVI

La excelencia de los sacerdotes católicos, por ser sacrificantes, es inmensa; asi como debe ser no menos grande la veneración que les debemos profesar.

Honorifica sacerdotes.
Os mando que honréis á los sacerdotes.
ECCLI. VII, 33.

1. Nada de extraño tendría que, al ocuparme de la dignidad del sacerdote católico y del respeto que en consecuencia le debemos profesar, comenzase por demostraros la necesidad absoluta del sacerdocio. Ni estaría fuera de propósito que al tratar de esta necesidad forzosa, observara que ésta y no los hombres, que ésta y no el capricho ha producido los sacerdotes, porque el sacerdocio es tan natural como la existencia humana, y tan necesario como la humanidad misma. En efecto: obligado el hombre por naturaleza y por ley divino-positiva á honrar debidamente al Ser Supremo, obligado á prestarle públicamente rendido homenaje, era indispensable que algunos hombres, segregados de la masa común, estuviesen caracterizados especialmente para rendir las adoraciones debidas y dispensar el culto mencionado. No todos los seres humanos pueden desempeñar ministerio semejante, ni todos en unión deben practicarle. Sabemos por cierto que no todos los hombres son religiosos; per-

suadidos estamos que nadie puede ser intercesor de sí propio; conocemos que no todos poseen las luces necesarias para dispensar convenientemente este culto; comprendemos que no todos los mortales son del agrado de la Majestad divina; luego no todos los seres humanos pueden desempeñar el ministerio altísimo del sacerdocio; luego es preciso, por ley natural, por fuerza de la esencia misma de las cosas, que de la masa común de la sociedad sean escogidos algunos individuos para sacerdotes.

2. Esta verdad axiomática, encarnada en el corazón humano y en la conciencia social, determina la brillante historia del sacerdocio. Los mismos gentiles que, por hallarse destituídos de la luz revelada, seguían sus necios caprichos, rindiendo homenaje á las esculturas de piedra y madera, comprendían la absoluta necesidad de los sacrificios, y, en consecuencia, la de los sacerdotes. En algunos puntos los sacrificantes eran en dignidad semejantes á los reyes; en otros lugares se equiparaban ó eran superiores á la autoridad real. Naciones hubo en que para ser sacerdote era indispensable ser rey, como acontecía á los lacedemonios, á los romanos y á los orientales. Numa y Galba fueron sacerdotes; Melquisedec y los Magos, que adoraron al Salvador en Belen, fueron príncipes y sacerdotes juntamente.

3. En general, los pueblos antiguos se gobernaban civil y religiosamente de esta manera. La naturaleza parece que así lo exigía. Dios, empero, la corroboró, encauzándola por medio de unas leyes divino-positivas. Abrid si no las páginas del Testamento Antiguo; leed los anales del pueblo de Dios, y veréis que el Altísimo ordena que no todos los hebreos sean sacerdotes, como torpemente quería el impío Lutero lo fuesen todos los hombres; antes, empero, determina que sean escogidos del pueblo, varones probados, á quienes caracteriza con la elección y consagración santas, á quienes eleva á la dignidad más alta y á los que colma de honrosos privilegios y de temporales bienes. ¿Qué ceremonias tan majestuosas no se empleaban para la consagración sacerdotal del israelita? qué ordenanzas y leyes tan

minuciosas y acertadas no se le prescribían para desempeñar cumplidamente su ministerio? qué sumo respeto no debía guardar el pueblo al ministro del Excelso? Y si el sacerdocio hebreo era en verdad símbolo adecuado del sacerdocio de la Nueva ley, también es cierto que era su sombra; y que si debía haber un sacerdocio cristiano, también es evidente que este sacerdocio convenía que fuese mejor, más perfecto, más santo, más caracterizado y más digno que el de Israel.

Un solo y verdadero Dios, una sola y verdadera Religión, un solo y legítimo sacrificio suponen un solo, verdadero y legítimo sacerdocio.

Ocupémonos, pues, de este elevado ministerio, precisamente en el concepto que he indicado en el principio del discurso, á saber: I. *La excelencia de los sacerdotes católicos, por ser sacrificantes, es inmensa;* II. *Consiguientemente, nuestra veneración hacia ellos debe ser grande.*

§. I.

1. Toda la excelencia del sacerdote católico, su grandeza sublime, su dignidad altísima se cifra en la absoluta potestad que tiene sobre el Cuerpo real de Jesucristo. Cuando el ministro del Eterno, en uso de esta gran potestad, consagra el pan y el vino en la santa Misa, cuando hace bajar de las celestiales regiones al Hijo de Dios humanado, entonces el sacerdote católico es un dios, pero un dios en casi toda la extensión de la palabra, porque es omnipotente. El Ser divino otorgó al sacerdote católico tal potestad que no la concedió á ningún ser creado, ni tampoco á su propia y nuestra Madre María y, permítaseme la frase, ni aun á sí mismo; porque en cuanto á la Inmaculada Señora la dió facultad únicamente para que concibiese en sus virginales entrañas una vez sola el Divino Cuerpo del Salvador; y respecto á Dios Padre, sólo una vez pudo engendrar en la eternidad á su Hijo santísimo; mas, al sacerdote católico se le concedió ¡quién lo creyera! potestad absoluta para reproducir en sus manos cuantas veces quiera el cuerpo y la san-

gre preciosos del Redentor. Y un Dios, que natural é infinitamente posee las llaves de la omnipotencia, secó la fuente de su poder, aunque sin agotar jamás el manantial, por haber regado copiosamente con él al sacerdote católico. Lo que el Eterno, pudiendo hacer, no hizo, quiso que un ministro suyo lo ejecute, dándole para el efecto, y en lo que á este objeto respecta, más facultad práctica que la que Él ejerce. ¡Oh dignidad de un sacerdote católico! Oh excelencia infinita! No está, no, esta excelencia vinculada en la facultad que posee de perdonar los pecados por enormes que sean; ni de ser mediador entre Dios y los hombres, sino en la potestad que tiene sobre el Cuerpo real de Jesucristo Señor nuestro; aquellas facultades son tremendas, omnipotentes, pero ésta sobre aquéllas es inefable. Ya nadie por lo tanto extrañará que sobre esta sólida é inmensa base demuestre:

5. Que la dignidad del sacerdote católico excede infinitamente á la del sacerdote pagano. Sabéis elementariamente en qué consiste la dignidad suprema del sacerdote católico; reseñar, pues, brevemente la excelencia que poseía el sacerdote pagano, formará un adecuado parangón entre ambos. Supuesta la monstruosa falsedad de la religión pagana en sus principios, en su sistema, en sus ministros, en su culto, en todas sus consecuencias, no podemos por menos de persuadirnos que sus profesores, fanatizados hasta el extremo en sus ideas gentílicas, pero, procediendo con gran lógica, concebían en sus sacerdotes excelencia tal, les prestaban honores tales que, según apunté anteriormente, igualaban ó superaban á los de los príncipes. Mas no creáis que semejante práctica reconocía por origen á la preocupación, al capricho, á la ignorancia, ó la costumbre, sino que procedía de un natural sentimiento que brotaba en la conciencia de todos los hombres. Los gentiles comprendían perfectamente que la Divinidad es lo más noble y más excelente que pueda darse; y si en consecuencia merece los respetos supremos del mundo, asimismo, los que han de tratar los asuntos divino-humanos con el ser Supremo, los que le

han de rendir las adoraciones y los obsequios del pueblo, en nombre de este mismo pueblo, deben gozar de una dignidad, de unos honores semejantes, aunque relativos á este divino Ser con quien familiarmente se relacionan.

6. Ahora comprenderéis con toda la fuerza de la razón el por qué los paganos tributaban á sus sacerdotes grandes honores y les colmaban de privilegios no menos grandes. Los egipcios (1) dábanles facultades para privar del reino al príncipe y para elegir otro en su lugar; el sacerdote etiope tenía amplia potestad para declarar cuáles personas eran del agrado de los dioses, y cuáles no, y las que no lo eran, aun cuando fuese el mismo soberano, debían ser condenadas al último suplicio; los sacerdotes egipcios podían vestir púrpura, como el Rey, y estaban exentos de pagar al fisco tributo de ningún género (2); los jueces de las causas graves, entre los persas y atenienses eran los sacerdotes (3); y entre los antiguos germanos nadie absolutamente gozaba de la facultad de condenar á muerte sino los sacerdotes (4). Y ¿qué facultades y qué honores no dispensaban los romanos á los ministros de su culto? Tulio Cicerón dice que podían privar de su alto oficio á los cónsules y magistrados; Plutarco añade que no podían ser compelidos á jurar en juicio en ningún caso, sino que bastaba su simple afirmación ó negación; Dionisio Alicarnasio afirma que eran sustentados por el público erario, y perfectamente sabemos que á las menores quejas que los sacerdotes romanos daban á los emperadores sobre la conducta de los cristianos se promovían contra éstos persecuciones cruelísimas.

7. Pero demos una ojeada al sacerdote católico: es ministro de un Dios verdadero, del solo Dios infinito en toda clase de perfecciones. El mismo Hijo de Dios ha soplado dulcemente sobre él la suave aura de su omnipotencia. «Del propio modo que me envió mi Padre así os envio yo á vosotros; y como á mí se me ha dado toda la potestad en el

(1) Pierio.
(2) Elian.
(3) Josefo.
(4) Cornelio Tácito.

cielo y en la tierra, así os la doy yo sobre las almas,» les ha dicho formalmente Jesucristo. Según esto, ¿cuál no será la excelencia del sacerdote católico? Si á tanta altura la universal conciencia elevó al sacerdote pagano, por creer que era el sacerdote verdadero, el ministro de la Divinidad, ¿á qué altura el mundo cristiano, el mundo civilizado, no deberá elevar al sacerdote católico, al verdadero ministro de Dios? Con verdad, que la excelencia de éste excede sin comparación á la de aquél, á la manera que la luz aventaja en verdad y en honor á las sombras. Pero, no importa, no, que no se les haya otorgado las soberanas facultades de los sacerdotes gentiles; no importa, no, que en nuestros malhadados tiempos no se les tribute el honor debido; no importa, no, que, por el contrario, se trate hoy de rebajarlos, de humillarlos, de postergarlos á otras clases sociales, respetables, sí, pero siempre menos dignas, y hasta de menospreciarlos escandalosamente; que todo esto podrá indicar á lo sumo el hecho consumado del odio feroz que algunos desdichados, por no calificarlos con otro nombre, tienen contra la Iglesia de Jesucristo; no importa, no, finalmente, que algún ministro del Altísimo, faltando á su vocación sublime, desdiga enormemente de su carácter eclesiástico, que esto revelará, todo lo más, lo que es la debilidad humana abandonada del Excelso; siempre podrá proclamarse muy alto que la dignidad del sacerdote católico es altísima, superior, infinitamente superior á la del sacerdote gentílico.

8. Mas, ¿aventajará sin duda á la dignidad del sacerdote hebreo? No debemos nunca olvidar que el sacerdocio levítico fué perfecto símbolo del sacerdocio cristiano; como Juan Bautista, debía preparar los senderos de Jesucristo; y en este concepto, si tuvo algo de bello, algo de grande, fué porque figuraba la suma belleza, la grandeza colosal del sacerdocio católico. Empero, observemos la dignidad de aquel sacerdocio, para que con más precisión conozcamos la del católico. En efecto: las circunstancias que concurrían á realzar el sacerdocio de la ley antigua, eran hermosas, llenas de majestad y riqueza. Las vestiduras levíticas, teji-

das artificiosamente de jacinto, púrpura y grana finísimos, donde el oro repujado y las finas margaritas competían, se fabricaron para gloria y honor del sacerdote. Las ceremonias empleadas en la consagración del ministro del santuario, el óleo santo con que era ungido, el solemne aparato de luces y acompañantes, la publicidad grande que se daba á este acto, se realizaba para que el pueblo tuviese perfecto conocimiento del honor sumo á que el sacerdote era elevado. Repártese la tierra prometida, y el Excelso ordena que no se tenga en cuenta á los sacerdotes en cuanto al reparto de las tierras y de los bienes, porque Él únicamente sería su galardón magnífico; he ahí por qué formula solemne decreto, por el que manda al pueblo de Israel sustente á los ministros sagrados, cediéndoles de sus frutos los diezmos y primicias.

9. Honores sin cuento tributó el Altísimo al sacerdote hebreo con objeto de realzar más su dignidad. Manda á Josué, caudillo de Israel, permanezca de pie ante el sacerdote Eleázaro (1); ordena al pueblo solicite las gracias divinas por intercesión del sacerdote; prescribe al rey, una vez que haya sido coronado, reciba de manos del sagrado ministro un traslado de la ley (2); determina que en las causas gravísimas y en todo pleito acudan las partes interesadas al sacerdote, quien debe resolverlas; que en las dudas se atengan á la decisión del levita; y que quien á éste no se sujetare fuese condenado al suplicio último; preceptúa á todos los hombres, por elevada que su dignidad fuese, se descubran en presencia de su ministro sagrado, mientras que éste no debía descubrirse á persona alguna (3).

10. La dignidad del sacerdote israelita la confirmó el Dios altísimo con insignes prodigios. Las frescas aguas del Jordán se detienen silenciosas ante el paso de los levitas con el Arca santa; las sólidas murallas de Jericó caen hechas añicos sobre sus cimientos, al prolongado sonido de las so-

(1) Josue., XVII.
(2) Deut., XVII, 18.
(3) Levit., XXI, 10.

noras trompetas vibradas por los sacerdotes; Jesucristo mismo ordena á los enfermos, curados por Él, se presenten á los sacerdotes de la sinagoga para que su presencia ponga el sello á la obra divina.

11. Pero bien; los sagrados ministros de la Ley antigua tenían por oficio degollar becerros y carneros ante los altares de Jehová; no podían remitir las culpas humanas en manera alguna; su ministerio, aunque sublime, era muy limitado; pero los sagrados ministros de la Ley Nueva inmolan sobre los altares eucarísticos al mismo Hijo de Dios humanado; pueden remitir las transgresiones gravísimas de los hombres, y á ellos se les ha confiado la enseñanza y dirección de los individuos, privada y socialmente considerados. Lo que va de las tinieblas á la luz eso va del ministerio mosaico al ministerio eclesiástico. Si á los sacerdotes de la sinagoga prometió el Señor que les embriagaría de grosura (1), esto es, de bienes y de excelencia, á los sacerdotes de la Iglesia ha asegurado Jesucristo que les ha dado la misma gloria que le dió á Él su Padre (2). Ahora bien; ¿qué significa el que los sacerdotes católicos posean la misma gloria que posee Jesucristo? ¿Acaso el Hijo de Dios no es el más excelente de todos los seres, en todos conceptos, y á quien su Padre ensalzó sobre todos los mortales y sobre los angélicos coros? Pues el ministro eclesiástico posee la misma gloria que el Hijo de Dios: luego su dignidad es semejante á la de Jesucristo. Y ¿qué significa el que los sacerdotes católicos deban ser la luz y la sal del mundo? ¿Por ventura esta luz no debe brillar en la sociedad como el sol entre los demás astros? Por ventura esta sal no ha de ser purísima para que con ella se preserven de la corrupción las almas? Luego el sacerdote católico, á manera de esbelto faro, guía á la humanidad, que se desliza á sus pies, por los derroteros de las furiosas pasiones y de los engaños sociales para que de unos y otras sean salvos. Su dignidad está muy por encima de la excelencia del sacerdote hebreo, como asimismo

(1) Jerem. loc. cit.
(2) Joan., cap. XVII.

lo está sobre todos los hombres, incluso los reyes y emperadores.

12. El supremo Ser había colocado al sacerdote hebreo sobre las áureas coronas reales; y si aquél fué símbolo del sacerdote católico, ¿cómo no habrá determinado que éste reciba al menos los propios honores? Si la materia es de más baja esfera que el espíritu, los soberanos podrán regir y apoderarse de la materia; pero las llaves de la conciencia humana, el mundo de los espíritus están reservados á la dirección y al poder sumo del sacerdote católico: luego su dignidad es de una categoría superior á la de los príncipes temporales. S. Ignacio Mártir afirma que el sacerdocio es la cumbre, lo más elevado y excelente de todos los bienes que Dios ha puesto en los hombres (1). El gran S. Ambrosio añade, que el sacerdote católico debe ponderar cuánta es su eminente dignidad. Ella es, dice, incomparable con ninguna de la tierra, porque si la quieres comparar con la real, ésta es muy inferior á aquélla; nada hay en el mundo que sea tan excelente como el sacerdote (2). Es, prosigue el Crisóstomo, un medio entre Dios y los hombres, de manera que es inferior á Dios, pero superior á todos los hombres y aun á la misma naturaleza. Si quieres saber, añade, cuánta es la distancia del sacerdote al rey, observa qué clase de potestad se ha otorgado á ambos; porque aun cuando veas á éste sentado en medio del oro y de las riquezas, solamente se ocupa de negocios temporales; pero el trono del sacerdote está colocado en el cielo cuyos negocios lleva entre manos (3).

13. Notad que los sacerdotes cristianos, siendo superiores á la misma naturaleza, no deben considerarse como simples hombres, sino más que hombres; no deben llamarse hombres, sino hijos de hombres. ¿Acaso sois hombres, pregunta el Apóstol? Porque si su origen es de hombres, Dios les ha sublimado tanto que los ha parangonado con la Divi-

(1) Epist. 10 ad Smirn.
(2) Lib. de Dignit. sacerdot.
(3) Hom. 5, cap. 6, Isai.

nidad. El Altísimo ordenó en la ley de las figuras que cuando el sacerdote entrase en el santuario para ofrecer sacrificios no hubiera dentro de él ningún hombre. Mas pregunto; ¿por ventura el Pontífice sacrificante no era hombre? Ciertamente que sí, pero es que Jehová no lo consideraba como simple hombre, sino de una dignidad mayor, y he ahí cómo calla el nombre del sacerdote por el respeto que nos debe causar. Según estos incontestables principios, el sacerdote católico es más que hombre. «¡Oh venerable santidad de las manos! exclama el Agustino, ¡oh feliz ejercicio!... ¡oh sacerdotes! Si el alma de cualquier justo es templo de Dios, mucho más lo sois y lo debéis ser vosotros; si el sepulcro de Jesucristo fué glorioso porque en él descansó el divino Cuerpo, mucho más deben ser los vuestros; si bienaventurado es el vientre que llevó nueve meses á Jesucristo, bienaventurado debe ser vuestro corazón, en el cual cada día se hospeda el mismo Señor; si felices son los pechos que al Salvador lactaron, feliz debe ser también vuestra boca que toma y bebe el cuerpo y la sangre de Jesús.»

11. No hay duda alguna de que la excelencia sacerdotal sea superior á toda otra excelencia humana. Quizá á alguien se le haga difícil creer esta verdad primordial, que reconoce por base la dependencia absoluta del hombre respecto del Supremo Ser; quizá algún otro, cuya vista no alcance más allá de los umbrales de la materia, crea ser exageración devota lo que es una verdad sólida; la práctica no es el derecho, el uso no es el deber; que, por humilladada que se vea la sacerdotal clase, no por eso deja de ser más digna que ninguna otra. Lástima causa ver al sacerdocio postergado á alguna clase social; indigna contemplar á un presbítero besando la mano al temporal soberano, cuando éste debiera besar la mano al sacerdote. El ministro de Dios, en verdad, debe hacer reverencia á su príncipe temporal, porque es súbdito suyo, en el concepto de que el sacerdote tiene asimismo deberes civiles; pero un monarca, si es cristiano, debe prestar mayor reverencia al sacerdote, por ir encarnada en éste la dignidad de Jesucristo.

Mas no sucede así; somos católicos y tratamos á los sacerdotes poco más, ó lo mismo que á los paisanos; profesamos la Religión Católica y apenas se hace caso del Clero; reconocemos que nadie en este mundo, si exceptuamos el superior eclesiástico, puede juzgar á un sacerdote; y, no obstante, el ministro sagrado es llevado á un tribunal seglar y á una cárcel común, donde se le humilla escandalosamente; sabemos que los fieles están obligados á mantener el Clero y el Culto; y se permite fríamente que después del inicuo despojo eclesiástico no se les reintegre más que una parte mezquina, indigna de buenos cristianos; pero, cerremos nuestros ojos para no ver las mil maneras con que se procede para conculcar la altísima dignidad del sacerdote.

15. Y pasemos á considerar cómo esta eminente dignidad supera á la de los santos y ángeles, y aún á la de María Santísima. No pretendo hablar aquí de la santidad personal; porque el que mide y pesa los espíritus es el Dios de las justicias; no intento formar parangón entre la virtud de los santos, de los ángeles, de la Reina de los cielos, y la de los sacerdotes de la Ley evangélica; porque ni esto podría efectuarse, ni es objeto tampoco de nuestro asunto. Una cosa es la dignidad, una cosa es la excelencia de una persona, y otra sus méritos personales; mi objeto es hablar de la primera, de la dignidad de los ministros del Señor; y en este concepto aseguro que el Altísimo dotó al sacerdote de mayor honor que á los bienaventurados. En efecto: más gloria resulta á Jesucristo con una sola Misa que celebra el sacerdote que con las mortificaciones de los penitentes, con las virtudes de los confesores, con los tormentos de los mártires, con las buenas obras de todos los santos. Un siervo de Dios ofrece al Señor su cuerpo y su voluntad, todo su ser; pero un sacerdote le ofrece en la santa Misa al mismo Jesucristo, á un Ser de valor infinito que puede salvar á todos los hombres. Esto de una parte, porque si consideramos al sacerdote en el Tribunal sagrado de la Penitencia, ¿quién de las puras criaturas le iguala en poder? ¿quién en excelencia? Ni Henoc ni Elías que fueron arrebatados por

angélicas manos al Edén celeste sin haber experimentado la muerte; ni Jeremías ni el Bautista que antes de nacer santificados fueron; ni S. Pablo ni el Patriarca de Asís que rubricados fueron con las llagas de Jesucristo, pueden compararse en excelencia á un solo sacerdote; ¡oh dignidad altísima!

16. Si los bienaventurados no pueden parangonarse con el sacerdote, ¿se podrán equiparar á él los espíritus angélicos? Los sacerdotes son llamados ángeles en la Escritura Sagrada; así lo afirma el profeta Malaquías (1), respecto de cuyo texto comenta el Crisóstomo (2): Por ventura ignoras, quién sea el sacerdote? Pues sabe que es un ángel de Dios, un embajador, que habla, no en nombre suyo, sino en nombre de Dios. En este concepto, y aunque sea por vía de digresión, afirmo, con el profeta citado, que los labios del sacerdote deben ser depositarios de la ciencia, y su corazón arca fiel de santidad. Deben ser lo primero, para enseñar la ciencia á los demás y para responder valerosamente á los adversarios, que quien no tuviere esta ciencia, dice el doctor Máximo, no es sacerdote del Señor. Deben ser lo segundo, resplandeciendo en la pureza como los ángeles y salando con la sal del buen ejemplo y del buen consejo las llagas de la concupiscencia humana.

Esto expuesto, ¿puede acaso el ángel perdonar un solo pecado y ofrecer al Padre los méritos de Jesucristo é interceder por los hombres como lo verifica el sacerdote? El ministerio del sacerdote es más sublime que el del ángel por cuanto el sacerdote es coadjutor plenipotenciario del Hijo de Dios. Es más; los espíritus celestes respetan y reverencian á los ministros del Altísimo. Así lo expresa S. Juan Crisóstomo, quien añade que los primeros tienen envidia santa de los segundos cuando celebran el adorable Sacrificio; y nosotros debemos reverenciar más á un sacerdote que á un ángel, según enseñaba N. P. S. Francisco, de quien escribe S. Buenaventura, que solía decir: «Si yo encontrase

(1) Malach., II, 7.
(2) Hom. 2 sup. 2 ad Thimot.

en un camino á un pobre sacerdote y á un ángel del cielo ó á otro cualquier santo que no fuese sacerdote, aunque fuese S. Juan Bautista, primero me arrodillaría ante el sacerdote y le besaría la mano, y luego haría reverencia al ángel ó al santo.»

12. El sacerdote católico por su ministerio es más excelente aún que la Princesa de los cielos. Permitidme, Virgen purísima, que, sin rebajar en un ápice vuestra dignidad excelsa, sin desconocer vuestros relevantes méritos, que en lo infinito rayan, hable de la dignidad del Ministro de vuestro Hijo. No intento, no, parangonar vuestras excelsas virtudes con las del sacerdote, poque resultaría vano mi trabajo, y por otro lado os ofendería. Me refiero á la dignidad de ambos, á la vuestra como Madre de Dios y á la del sacerdote como vicario de Jesucristo. Confieso con la Iglesia que la dignidad más grande, más alta, más sublime, después del Ser supremo, es la de la Madre de Dios, considerada como tal. Pues bien; con esta dignidad puede equipararse la del sacerdote católico y aun en cierto modo la aventaja. María, después que hubo pronunciado aquellas ocho venerables palabras que registran los Evangelios, arrancó del seno de la Divinidad al Hijo del Padre para concebirlo en sus entrañas; pero el sacerdote católico, después de pronunciados los cinco vocablos consagratorios, arranca del cielo á Jesucristo y lo pone en sus venerables manos. María (1) no fué causa real y eficiente, sino, cuando mucho, en alguna manera meritoria, de que el Hijo de Dios encarnase en sus entrañas; pero sí lo son las palabras que pronuncia el sacerdote en la consagración. En el seno de María estaba Jesús, niño tan pequeño que podía muy bien caber en aquel lugar; pero en las manos del sacerdote, está Varón perfecto de treinta y tres años, tan glorioso como en los cielos. La Encarnación del Verbo en el seno virginal de María se verificó una vez tan sola; pero en las manos del sacerdote se encarna por decirlo así cuantas veces gusta el ministro de

(1) De la dignidad sacerdotal, cap. X, por el P. Antonio Molina.

Dios. La Madre del Altísimo con ser tan poderosa no puede perdonar un solo pecado: es magnífica intercesora; pero el sacerdote católico puede limpiar el alma de las manchas horribles causadas por la culpa. ¡Ah! Si, hasta cierto punto, la dignidad del sacerdote católico aventaja á la excelencia de la Madre de Dios, ¿con quién se comparará su dignidad?

18. Yo no veo más que á un Ser Omnipotente é infinito con quien parangonarse pueda la excelencia sacerdotal. Este ser, no es necesario repetirlo: es Dios. El sacerdote católico ejerce una potestad semejante á la suya. Fijáos en que los santos más ilustres no pudieron obrar los milagros á su antojo, sino cuando conocían que era voluntad del Eterno; pero el sacerdote tiene dos potestades, á cual mayor, que son más grandes que si tuviera poder para trastornar los mundos y hacer desaparecer el universo, y las tiene á su arbitrio, esto es: con facultad de poderlas ejercer cada vez que la prudencia lo exija. ¡Oh sacerdote! Á qué altura te han sublimado! Á ningún patriarca, ni profeta, ni caudillo hebreo, ni sacerdote israelita, se le concedió una facultad semejante; esto fué reservado únicamente á los sacerdotes de la Ley Nueva. La consagración del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo, y la absolución de los pecados son las dos llaves con que el sacerdote abre el cielo á los pecadores; sin ellas, á no haber inocencia, imposible es salvarse. ¿Habrá, pues, en la tierra algún ser más digno y más necesario que el sacerdote?

19. Examinemos, empero, con mayor detención el por qué la dignidad del sacerdote católico es sólo comparable con la del Altísimo. En las Sagradas Letras se le atribuye al sacerdote el nombre de hijo de Dios. Traed al Señor, oh hijos de Dios, traed al Señor corderos (1), decía el vate coronado; y en estas expresivas frases encontraba S. Basilio una verdad conocida á su gran talento. En efecto: únicamente el Hijo natural de Dios puede ofrecer el verdadero Sacrificio; ahora bien, este mismo Sacrificio es el que ofrecen

(1) Ps. XXVIII, 1.

los sacerdotes católicos en los altares eucarísticos: luego, por analogía perfecta, los sacerdotes católicos son hijos de Dios. La Escritura divina va todavía más adelante y apropia á los ministros del Altísimo los mismos nombres que atribuye al Hijo de Dios. Los denomina *cristos* (1), los apellida *dioses* (2), porque poseen facultades semejantes á Jesucristo, Hijo de Dios. S. Jerónimo, sobre las palabras que el Salvador dirigió á sus discípulos: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? advierte que el Redentor había preguntado anteriormente á los apóstoles: «Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre;?» y al interrogarles de nuevo con aquellas palabras no les trata como á hombres, sino como á seres semejantes á su Divina Persona. Efectivamente; el sacerdote en el altar, el sacerdote en el confesonario, es Jesucristo, es Dios; entre Dios y su ministro no existe diferencia respecto á la potestad para la salvación humana; la diferencia es sólo personal.

20. Pero contemplad á Jesucristo obediente á la voz del sacerdote. Si éste fuera siempre su amigo extrañaríamos la fineza suma de un Dios obediente á la voz de su ministro; pero que éste sea repetidas veces su mayor enemigo, y que no obstante el Altísimo obedezca al momento que le llama, esto á la verdad supera á toda humana ponderación. En cierto modo el Omnipotente, el Infinito, el Inmenso se aniquila, se estrecha, se reduce y se muestra inferior al hombre. ¡Qué misterios tan sublimes! Y cuando el sacerdote bendice la santa Hostia y el Cáliz sagrado, ¿no se trueca el orden de cosas? ¡Jesucristo, recibiendo la bendición de manos del sacerdote! ¡Qué contrastes! ¡Ah Señor! Podríamos, llenos de santo alborozo, exclamar con el real profeta: Demasiado, oh Dios, habéis honrado á vuestros amigos.

Sí; el Salvador, con haber sublimado tanto al sacerdote católico, demostró haber querido hacerle íntimo amigo suyo. Luego que hubo ordenado de sacerdotes á los apóstoles dijo á éstos con fruición indecible: «De hoy en adelante

(1) Ps. CIV, 15.
(2) Ps. LXXXI, 1.

ya no os llamaré siervos, sino amigos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor (1). Os he comunicado todos mis secretos y me he entregado sin reserva á vosotros.» ¡Oh dignación admirable! ¿Qué habrá más grande, exclama San Cirilo de Alejandría, que ser amigos y llamarnos amigos de Jesucristo (2)? El sacerdote, por ser amigo del Salvador, goza de la dignidad más alta que en la tierra y el cielo caber puede. Entre los amigos todas las cosas son comunes; y ved ahí por qué Jesucristo otorgó todas sus facultades y sus amores á los sacerdotes. Un amigo es otro yo; y ved ahí por qué Jesucristo les ha comunicado su vida divina, sintetizada realmente en la bella Eucaristía. No son, no, los sacerdotes semejantes á Jesucristo: son otros cristos; no son, no, semejantes á Dios: son otros dioses.

¡Sacerdotes del Señor! Á qué dignidad tan elevada habéis sido encumbrados!

§. II.

Pero, una dignidad tan grande é inmensa merece que se la respete sumamente.

21. En efecto: cada categoría personal merece particular atención y respeto. Si Dios merece el culto absoluto de latría y la Virgen Santísima el de hiperdulía y los ángeles y demás bienaventurados el de dulía, qué género de culto particular merecerá el sacerdote católico? Bien sé que aquella especie de culto sólo debe tributarse á los no viadores; mas no por eso los que vivimos, navegando en el proceloso mar del mundo, estamos privados de recibir y de dar respectivamente la veneración y atención y respeto ó culto humano, según merezca la persona ó personas de que se trata. Un honor merece el rey, distinto del que merece el ministro, y muy diverso del que se debe tributar al magistrado. En ese caso, ¿cuáles respetos no merecerá el ministro de Dios? Si el honor y la veneración han de correr parejas con la dignidad y la excelencia de la persona, el sacerdote

(1) Joan. XV, 15.
(2) Lib. 10 comment. in Joan.

católico está sobre todas las excelencias terrenas, sobre todas las dignidades angélicas; luego el honor y el respeto que hemos de rendir profundamente al sacerdote católico ha de ser mayor que el que damos á las criaturas y tributamos á los santos y ángeles. Al ver á un sacerdote, debemos pensar que es ministro del Excelso, que tiene potestad divina y que puede absolvernos, devolviéndonos una vida temporal tranquila y una felicidad incomparable en la eterna; y este pensamiento interno debe ir acompañado de la acción exterior, haciéndoles respetuosa venia, descubriéndonos á su paso, besándoles la mano y colocándoles en lugar preferente. El no hacer reverencia á un sacerdote es en cierto modo, no ya incredulidad, sino ateísmo; huir de su compañía es monstruosidad espantosa; burlarse de su persona sagrada es ignorancia estúpida; y faltarle con palabras ó con hechos es crimen horrendo.

22. Empero, debemos respetar asimismo al sacerdote, porque Dios lo ordena terminantemente. Á la manera que el que comete desacato al ministro del rey, falta al mismo rey, así quien no venera al sacerdote deshonra á Dios. Dad reverencia, dice el Señor, y honrad á los sacerdotes. Es de notar que este precepto va junto al del temor de Dios, porque añade: «Con toda tu alma teme á Dios y reverencia á los sacerdotes,» por manera que tenemos obligación de honrar á los ministros de Dios, no de cualquier manera, sino con todas las fuerzas de nuestro espíritu. Aun, á los mismos sacerdotes israelitas que, en general, predicaban lo que no ponían en práctica, quería el Señor se mostrasen al pueblo con gran majestad para que éste aprendiese á venerarlos profundamente. «Haced lo que os digan, decía Jesucristo, pero no imitéis su conducta, porque ciegos están y guías de ciegos son.

23. Los siervos de Dios y muchos príncipes temporales honraron escrupulosamente á los sacerdotes. Cuando S. Wenceslao, duque de Bohemia, veía á un sacerdote le tributaba cuantos honores podía. N. P. S. Francisco aseguraba que aun cuando él hubiera poseído la profunda cien-

cia de Salomón, jamás hubiera predicado contra la voluntad de un sencillo sacerdote; y Sta. Brígida besaba las huellas que dejaban los ministros del Señor. Convidado á comer el obispo S. Martín por el emperador Máximo, llevó consigo á su capellán. El que servía á la mesa intentó ministrar vino al emperador antes que al obispo, pero Máximo ordenó fuese servido primero S. Martín, quien alargó luego su vaso al capellán antes que al monarca. El gran Constantino consideraba á los sacerdotes, no como hombres, sino como ángeles; convidábales muchas veces á su regia mesa, y cuando tenía á alguno en su presencia, se persuadía que Dios le hacía inmenso beneficio; expidió un decreto ordenando á los gobernadores y jueces que, bajo pena de la vida, ninguno, en caso de agravio ó deshonor, se atreviese tocarlos. El emperador Leon Augusto, despojándose de su púrpura, diadema y fausto real, y postrado humildemente en el suelo, besó con ternura los pies de S. Daniel Stilita, en ocasión que éste había acabado de ser ordenado de presbítero. Alarico, rey de los Godos, no obstante profesar el arrianismo, respetaba sumamente á los sacerdotes católicos.

24. Castiga severísimamente el Señor á los que faltan al respeto debido á sus sacerdotes. Jesucristo, en verdad, tiene especial providencia de sus ortodoxos ministros, puesto que el que ofende á un sacerdote católico hiere al Salvador en la niñeta de sus ojos; por esta razón, no es de extrañar que fulmine anatemas terribles contra los que injurian á sus Delegados. En el año 913 los húngaros se apoderaron de casi toda la Alemania y, en su furor diabólico, saquearon los templos y degollaron sobre los mismos altares á los indefensos sacerdotes. Pero del fuego que ardía en estos templos y que los reducía á pavesas saltaban ciertas furiosas centellas, á modo de rayos, que, por huir de ella los sacrílegos, ó se dejaban caer en el río para ahogarse necesariamente, ó se entraban en las filas cristianas por las cuales eran pasados á cuchillo.

Y qué funestos castigos no están experimentando las naciones católicas prevaricadoras, que deshonran por costum-

bre á los ministros del Señor? ¡Ah! Desde que en las Cámaras oficiales se ha gritado, si no con expresas palabras al menos con hechos reales: ¡Abajo Jesucristo! y los sacerdotes han sufrido el amargo destierro y el inhumano confinamiento; las burlas, los menosprecios, los encarcelamientos y hasta la muerte de los sacerdotes del Señor se han seguido á todas horas y en casi todos los lugares. Ese conato diabólico, tan público, porque desaparezcan de las naciones latinas los clérigos y los religiosos; ese robo tan escandaloso de los bienes de éstos, paliado con la exigua pensión asignada y con la privación de las temporalidades algunas veces; ese triste empeño por lanzar de las Cámaras, de la enseñanza y de la cosa pública á los sacerdotes para encerrarlos en los estrechos límites de la sacristía y del claustro; ese constante trabajo por desacreditarles, valiéndose para el efecto de todos los medios, aún los más inicuos; ese maldito esfuerzo de achacarles las desgracias de la Nación, de las que exclusivamente Ella misma es la causante, ¿no habían de atraer las iras de un Dios, no de piedra y de metal, sino de verdad, que puede y sabe tratar á los pueblos como éstos tratan á Él y á sus ministros? ¿Qué es la España de nuestros días? Abrumada de hambre y de impuestos y, lo que es más sensible todavía, de honda división en sí misma, fraccionada infinitesimalmente, espera con ojos enjutos, y esto es lo más triste, verse de un día para otro hecha presa de potencias ambiciosas, que la uncirán al carro de sus conquistas modernas; y éste será, á no dudarlo, el último castigo que el Eterno la enviará por haber maltratado á la Religión y á sus ministros. Esperemos en silencio la terrible cólera del Señor, que se ha de cernir sobre las cabezas culpables. ¡Que venga, y pase pronto!

XXVII

La dignidad de los templos católicos, por ser moradas de Jesucristo Sacramentado, es altísima; y el respeto que debemos profesar á los mismos es sin comparación profundo.

¡Quam terribilis est locus iste! vere non est hic aliud nisi domus Dei et porta cœli.

¡Oh, cuán terrible es este lugar! Verdaderamente que no hay otra cosa aquí sino la casa de Dios y la puerta del cielo.

GENES. XXVIII, 17.

1. Bendecido el virtuoso Jacob por el hijo de Abraham, partió para la Siria, y caminando hacia la populosa Harán, se detuvo en un lugar, que luego fué llamado Betel, entregándose al sueño que le perseguía. Allí contempló aquella hermosa escala que, partiendo de la tierra, tenía fijados sus límites en el cielo; allí vió que por sus cómodos peldaños subían y bajaban celestiales espíritus; allí pudo entrever al Eterno que, apoyado sobre la última de las misteriosas gradas, le decía: «Yo soy el Señor Dios de Abraham y de tu padre Isaac; Yo daré esta tierra á ti y á tu posteridad; Yo bendeciré y serán benditas en ti todas las familias del mundo.» Jacob, empero, al despertar del dulce sueño, habiendo visto por vez primera los sucesos de ultratumba, se dijo á sí mismo, entre despavorido y temblando: ¡Oh cuán terrible es este lugar! verdaderamente el Señor está aquí y por eso no será otra cosa este paraje sino casa de Dios y puerta del cielo.

2. Estas entrecortadas frases expresaba el hijo de Isaac por haber visto una vez en Betel al Eterno; estas graves palabras decía, impulsado del terror, del respeto y de la veneración que le había causado la presencia de Dios en aquel lugar. A la verdad; razón tenía el Patriarca de Israel para sentir y manifestar temblando sus ideas. Comprendía que Dios se le había aparecido para dispensarle algún beneficio señalado, y esto era un motivo más que suficiente para respetar el sagrado lugar de la aparición; comprendía que este lugar era santo porque santificado estaba con la presencia del Altísimo; comprendía en consecuencia que este paraje venerable debería ser mirado con ojos de piedad y tratado con respeto sumo, no fuera que su divino Morador, en vista del menosprecio ó desacato á lugar tan santo, fulminase terribles castigos temporales y eternos á los profanadores.

Mas, si expresiones tales profería Jacob por habérsele manifestado el Señor y haber desaparecido en el momento, ¿cuáles no pronunciaría si Dios se le hubiera declarado, como á nosotros, los cristianos, de un modo perpetuo sobre los altares eucarísticos? ¿Cómo no afirmaría que los templos católicos son verdaderas Casas de Dios, y que son terribles, por hospedarse en ellas sin intermisión el Rey de los cielos? ¿Cómo no aguardaría castigos sin ejemplo para sus profanadores? Nuestros sagrados templos son algo más que simples recintos, algo más que domicilios particulares, algo más que locales oficiales, algo más que palacios reales, algo más que santuarios del espíritu, algo más que oratorios bendecidos; nuestros sagrados templos son algo más: son depósitos de oraciones, arsenales de concesiones divinas, testigos de continuados prodigios, aras purísimas donde el Hijo de Dios es inmolado, alcázares del Rey eterno. Y si todo esto son nuestras iglesias, ¿no merecerán nuestras profundas veneraciones? ¿no merecerán los respetos de todo el mundo? Los disidentes, que han cebado sus furias contra los templos católicos, ¿no han demostrado con su conducta que siguieron la carrera de la demencia, enlazada con la degradación moral más espantosa?

Fundado sobre estas sólidas bases, voy á ocuparme *de la altísima dignidad de los templos católicos y de la veneración profunda que se merecen.*

§. I.

3. Arraigada en el espíritu del hombre la imperiosa necesidad de desahogarse ante el Ser que le formara, y de buscar en Él su apoyo y defensa, evidente es que, por fuerza, debía llenar estos naturales deberes, no en medio del infernal bullicio del mundo, donde todo disipa, sino en lugares separados del comercio humano, donde encontrase el recogimiento, base de la elevación del alma á Dios. Ved ahí epilogado el origen natural de los templos, lugares dedicados á los ejercicios prácticos de la Religión; por cuyo motivo se denominan iglesias, por las personas que en ellos se congregan, y templos, por los sacrificios que en ellos se ofrecen.

4. Persuadidos estamos, gracias á la Fe divina, que el Excelso se halla en todas partes, llenándolo todo con su inmensidad; pero si es propio de la inmensidad de Dios, dice el Agustino, hallarse necesariamente en todas partes, ha sido también propio de su grandeza consagrarse lugares donde habitase con alguna particularidad. Según esta fiel doctrina, el Excelso ordenó al primer caudillo de Israel que tuviera cuidado de no sacrificar indiferentemente en todos los lugares, sino en los que expresamente el Señor hubiese elegido (1). En un principio eligió el verde campo y el empinado monte donde Abel y los Patriarcas, escogiendo las piedras mejores y más finas las sobreponían unas á las otras á modo de rústico altar en el que, degollando tiernas reses, ofrecíanlas en puro holocausto al Señor. Más tarde escogió la suntuosa Arca de la Alianza, que mandó guardar en el áureo tabernáculo ó pabellón divino; después eligió el templo llamado de Salomón en cuyo lugar más santo ordenó colocar el Arca del Testamento, desde el cual se dejaría oir

(1) Deut. XVI, 2.

el Oráculo sagrado en beneficio del pueblo hebreo, y al que afluiría de todas partes este inmenso pueblo á rendir los homenajes debidos al Dios de los ejércitos. Últimamente, cuando pensó darnos á conocer su Ley perfecta, cuando quiso hacernos gustar sus dulces carismas, extendió su divina Residencia al modo de su misteriosa inmensidad por todos los ángulos y lugares del Orbe. Y si en el campo y en el monte hacía bajar del cielo sus bendiciones á causa de la adoración á Él prestada; y si á la vista de la preciosa Arca, que los querubines velaban con sus alas, el mar encrespado detenía sus montes de agua para dejar libre paso á Israel, y bajaba voraz fuego del cielo que consumía á los prevaricadores; y si en el riquísimo templo de Salomón los prodigios se contaban por millares en favor de un pueblo muchas veces idólatra, en nuestros templos donde por amor á los hombres habita por los siglos Jesucristo Sacramentado, el Hijo de Dios, ¿qué prodigios no se obrarán? qué beneficios no se conseguirán? Si todos aquellos venerandos lugares eran de Dios tan apreciados, ¿no lo serán nuestros sagrados templos?

5. El templo católico es la Casa de Dios. No digamos una palabra de que en nuestras iglesias habita la plenitud de la Divinidad corporalmente, pues éste será asunto de tratarlo después; afirmemos, sí, que en dichas iglesias la Divinidad tiene fija su residencia de un modo particular, porque son precisamente los lugares que Ella ha elegido para recibir las adoraciones de los hombres, y donde tiene puestos los ojos y presta mejor la atención que en otras partes. El desterrado de Patmos había consignado que nuestros templos son el tabernáculo de Dios con los hombres (1); y el sagrado libro del Eclesiastés había expresado que son verdaderas Casas de Dios (2); por esto aconseja que observemos nuestros pasos cuando entremos en esta divina Casa. Ninguna autoridad, empero, como la de Jesucristo, presta mayor luz al asunto cuando, al ocuparse de los ho-

(1) Apoc. XXI, 3.
(2) Cap. IV, 17.

nores que merece el lugar destinado para el verdadero culto, ha dicho: Mi casa es casa de oración (1). Advertid que no dice, el templo, sino mi casa; luego los templos católicos son casas de Dios.

Al indicar Jacob que Betel era casa del Altísimo fué porque la majestad del Señor se había hecho presente en aquel lugar; de ahí que éste fuera santo y terrible. Lugar verdaderamente terrible y digno de toda reverencia es el templo cristiano, añade S. Bernardo, al que nadie puede llegarse sin un temor respetuoso, supuesto que es habitado por varones fieles, frecuentado por los ángeles y honrado con la presencia del mismo Señor (2). Si las Sagradas Letras, algunas veces hablan en general de lugares santos es porque estos lugares son casas de Dios, pues en verdad únicamente debe ser santo por antonomasia aquel lugar que está habitado por el Santo de los santos, por Jesucristo, Hijo de Dios. En este concepto, dice S. Agustín, que los malos cristianos hacen de la Casa de Dios, cuanto está de su parte, una cueva de ladrones.

Persuadidos, por consiguiente, estamos que las iglesias de los católicos son verdaderas Casas del Omnipotente, pensamiento que arrastra consigo otro no menos consolador y que nos hace ponderar cuánta será la excelencia de estas divinas moradas. El templo, casa de Dios; ¡qué santo, qué terrible, qué excelente! Es un cielo limitado, tan digno de aprecio como el cielo de los bienaventurados; porque si la dignidad de éste dimana de la presencia de la Divinidad, esta misma presencia se halla de un modo extraordinario en nuestros lugares de adoración.

6. Los templos católicos son Casas de Dios, con más propiedad que las sinagogas, por residir en ellos Jesucristo Sacramentado. En las sinagogas se manifestaba únicamente la gloria del Señor (3); era la majestad del Señor la que lle-

---

(1) Math. XXI, 13.
(2) Serm. de Dedic.
(3) Agg. II, 8.

naba el templo (1), y por esta razón eran sagrados; pero en los templos católicos está corporalmente Aquél que dijo de sí propio:—Yo soy la vida. Sin mí nada podéis ejecutar. Soy una cosa con el Padre.—Aquél que curaba paralíticos, y daba oido á los sordos, y habla á los mudos, y vista á los ciegos y vida á los muertos, es el mismo que reside en nuestros sagrarios día y noche; y antes faltarán las cosas existentes que dejarán de cumplirse estas palabras suyas: «Mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.» Y, al considerar al Hijo de Dios humanado, realmente presente en nuestros altares; al contemplar que sus divinos ojos observan nuestras indigencias; al ponderar que en el tabernáculo existe un finísimo amigo que nos acompaña en las tribulaciones y que endulza nuestras amarguras; al meditar, finalmente, que ese mismo Señor Sacramentado se inmola millares de veces al día por nuestra salvación, el corazón late, las entrañas se enternecen, á los ojos se asoman dulces lágrimas capaces de hacer llevaderos con la mayor resignación los contratiempos de la vida, y el espíritu se eleva á su Criador para unirse á Él mediante ese divino Sacramento, anillo de oro que eslabona al cielo con la tierra, á Dios con el hombre. Entonces el cristiano sabe ponderar el mérito de nuestros templos; entonces recuerda que en todo el mundo no hay nación tan favorecida del cielo como las católicas naciones. Sí; cada templo cristiano es una fortaleza, un consuelo, un tesoro, una bendición. ¡Ah! si los degradados muslimes, si los infelices indios, si los pobres infieles se persuadieran que en sus mezquitas, en sus pagodas, en sus lugares de oración respectivamente se halla la Divinidad, no ya inmensamente, sino corporalmente en Jesucristo, ¿qué gozo, qué satisfacción no tendrían y qué temor saludable no profesarían hacia ellos? Mas recojamos para luego estas conclusiones, á saber: que estamos firmemente persuadidos que en nuestros templos está realmente presente el Hombre-Dios; y que en los

(1) II Paralip, VII, 1.

mismos lugares obtenemos mayores beneficios que en otras partes.

3. Para hacer resaltar esta conclusión última no tengo más que indicar que si en todas partes quiere Dios le pidamos mercedes, más particularmente desea se las pidamos en el templo, porque el templo es casa de oración y en él ha prometido oirnos el Señor. «El Excelso, dice S. Agustín, puede ser rogado, bendecido y adorado en todas partes; todo lugar es digno de Él, porque todos los lugares son obras queridas suyas.» Moisés ora en el templo, y Josué en la llanura; Ezequías pide la salud desde su mismo lecho, y Job la solicita desde el muladar en que tendido estaba; Manasés suplica desde un obscuro calabozo, y los tres santos jóvenes de Babilonia efectúan esto mismo desde el horno encendido. En todo lugar podemos impetrar los auxilios divinos; pero como Samuel y Ana hemos de ser asiduos en el templo para escuchar la voz del Señor que nos habla al corazón. Dije que el templo es casa de oración. El mismo Salvador la designa con este nombre para manifestarnos que debemos congregarnos en el templo para orar á su imitación, y por esto especialmente afirmó Él que si dos de nosotros nos juntásemos para orar conseguiríamos nuestras súplicas. Ahora bien; el templo es el lugar más á propósito para congregarnos, para solicitar juntos las gracias celestiales, para unirnos en espíritu con el celebrante, y éste y todos los fieles con Jesucristo Víctima, con Jesucristo Medianero, á fin de que nos alcance del Padre los auxilios oportunos.

Tertuliano afirma que en los templos católicos está Dios como empeñado á oirnos más eficazmente; y por la Escritura consta que Dios prometió á Salomón que si su pueblo, haciendo penitencia de sus pecados, le pidiere en el templo gracias tanto espirituales como temporales, sería propicio á su oración, porque Él había elegido el templo por casa suya. Si privilegio semejante otorgó al pueblo israelita, ¿no lo concederá al pueblo cristiano? ¡Ah! Jesucristo cumple en la Nueva Ley los símbolos de la Ley Antigua que á aquélla se referían, y símbolo hermoso fué prometer que nos oiría en los

templos con mejor agrado que en otras partes. Mi casa, dice el Salvador, es casa de oración; en ella, todo el que pide recibe, el que busca halla y al que llama le abren; ¡oh qué testimonio tan consolador! Particularmente en las calamidades públicas, aquellos mismos individuos que en tiempo de paz apenas se acordaban del templo santo, aquéllos que con su depravada conducta parecían no persuadirse de la providencia de Dios en los templos católicos, esos mismos acuden á la Casa de Dios, y, postrados ante el altar eucarístico, y asociándose á la oración de los demás fieles, piden é instan al Altísimo, hacen penitencia de sus pecados, medio más á propósito para mover el brazo divino, y logran al fin sus buenos deseos.

8. Pero, no está dicho todo: en el templo se dispensa además la Gracia de los Sacramentos. Si la excelencia de los templos católicos y la veneración que les debemos se hubiera de medir por la dispensación que en ellos se hace de los sacramentos, no tendríamos bastantes lenguas para encomiar su elevada dignidad y para rendir gracias al Ser Supremo por las mercedes que en los templos se nos conceden. Los santos Sacramentos, límpidas fuentes de Sangre divina que manan del augusto Costado de Jesucristo, ríos inagotables de celestiales carismas y de provechos temporales, se nos ministran en los templos cristianos. Por ellos corre el agua que salta hasta la vida eterna, que quien la beba jamás tendrá sed (1). Fijaos en un individuo que abre los ojos por vez primera á la luz natural y le encontraréis infiel y enemigo de Dios; pero muy pronto entra en el templo y es lavado de sus negras manchas; esa criatura ha sido vestida con el níveo ropaje de los hijos de Dios. Si fallece, ¡qué dicha! pasa á regiones celestiales donde los ángeles le llevan sobre sus etéreas alas al trono del Altísimo para gozarle eternamente; si sobrevive, es armado en el templo, de allí á poco, contra las terribles sugestiones diabólicas, es confirmado en la Fe católica. Quizá entrado ya en razón, pero careciendo

(1) Joan. IV, 13.

de suficiente virtud para rechazar briosamente las asechanzas de sus espirituales enemigos, cae infelizmente en el lazo preparado y pierde la inmaculada inocencia, ¿creéis que esa desgraciada criatura no puede más levantarse? Que vaya al templo santo, que se postre á los pies del ministro de Jesucristo, y ese individuo que está marcado con el estigma del pecado, si logra confesarlo debidamente, es reintegrado en los derechos de hijo del Altísimo. Pero Dios quiere acercarle más á su Corazón; le convida en el templo á un Banquete eucarístico, y el cristiano participa efectivamente en la Casa de Dios del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo que le nutren, le fortalecen y le endiosan. Y si llegara á encontrarse en grave peligro de morir, entonces, cuando las tentaciones son más vehementes, cuando la fortaleza se debilita, cuando se teme por la salvación propia, es cuando el sacerdote toma del templo el Óleo santo y unge al cristiano para que experimente efectos contrarios á las calamidades anteriores. ¿Se necesitan ciertamente Ministros sagrados? ¿Es indispensable la propagación humana? Pues ambos fines se consiguen respectivamente en el templo de Dios, mediante los Sacramentos del Orden y del Matrimonio. Todo el bien del hombre se halla en el Templo cristiano. ¡Cuán digno, pues, no será el templo católico!

§. II.

Una dignidad altísima, empero, exige lógicamente una veneración inmensa; los templos católicos, no sólo son excelentes, sino santos; preciso es, por consiguiente, que les guardemos el honor conveniente.

9. Lo pide su misma dignidad. Hemos estudiado que el templo es Casa del Señor; que en él reside, no ya la gloria de Dios, sino su mismo Hijo divino Sacramentado. ¡Con qué respeto no deberemos, pues, saludar los templos! con qué devoción no entraremos en su interior! con qué silencio, compostura y recogimiento no estaremos en los mismos? Los templos católicos..., palacios del Rey de los reyes...! ¡Qué bellos son, qué venerables! ¡qué ideas tan ele-

vadas, qué sentimientos tan nobles no despiertan...! Los paganos, antes de entrar en sus templos, se consideraban á sí propios y componíanse interior y exteriormente, al estilo de las exigencias de su falsa moral. Al efecto, un sacerdote gentil colocábase con gravedad en el umbral de la puerta de sus *adoratorios* y decía á los que iban entrando: «Pensad bien lo que vais á ejecutar.» Los hijos del desierto, antes de ingresar en sus lujosas mezquitas, se lavan las extremidades del cuerpo para demostrar que deben entrar en aquéllas con gran limpieza de espíritu, y dentro de las mismas permanecen con extraordinario recogimiento. Y si estas públicas demostraciones de veneración y obsequio tributan los infieles á sus lugares de oración, ¿cuáles no han de ser las del pueblo católico á quien le consta por la Fe, que en sus casas dedicadas al Culto habita el verdadero Santo de los santos, Jesucristo Señor Nuestro?

10. Ha sido en todo tiempo expresa voluntad del Altísimo que los lugares á los que por algún motivo ó circunstancia particular estuvo presente la Divinidad, hecha sensible por medio de bellos resplandores, ó por medio de un espíritu angélico, etc., se les tuviera constantemente veneración sin límites. Está apacentando Moisés el rebaño de su suegro Jetró, y se le aparece el Señor en medio de luciente zarza, que arde y no se consume; pretende el futuro caudillo de Israel acercarse para ver el portento, mas una voz misteriosa, que sale de la inextinguible hoguera, le dice:—Detente, no pases adelante; descálzate, porque el lugar que pisas es santo.—Moisés, que oye despavorido la intimación del Altísimo, pegó su rostro con la tierra y no osó levantar por muchas horas sus ojos (1). Fija el Señor su bella majestad en el Arca de incorruptible cedro, figura preciosa de la Eucaristía, y exige que ese Arca de la Alianza con el pueblo judío sea en gran manera respetada y venerada. Por donde pasa, siembra el Excelso multiplicados prodigios; y así como bendice á Israel en las tiendas y en el Sina (2), y á Abi-

(1) Exod., III.
(2) Núm., IX,

nadab (1) y Obededom (2) en sus casas por haberla profundamente venerado, también sabe castigar terriblemente á los azocios (3), enviándoles mil plagas por haberla colocado junto al ídolo Dagón el cual es hecho añicos en su presencia, como asimismo sabe herir de muerte á cincuenta mil betsamitas (4), porque la han mirado con poco respeto, y á Oza (5) que ha puesto sobre ella temerariamente sus manos. Es erigido el tabernáculo y el templo, y para su conservación, organización y culto dicta severas órdenes que es indispensable cumplir estrictamente, bajo pena de caer en desgracia de un Dios, que lo pesa todo con la balanza delicada de su justicia eterna. Él favorece en el templo, pero exige á cambio de sus hijos respeto, veneración y santidad grandes. Los que profanaren el templo, dando especialmente culto á otro ser ú objeto que al verdadero Dios, serán arrancados de este mundo, y la misma casa de oración será entregada á gentes perversas para que sirva de fábula y ejemplo al mundo (6). Pero bien; todo este respeto profundo que el Señor quiere se tenga á los lugares en alguna manera habitados por Él, ¿podrá parangonarse con el que debemos tributar á los lugares dedicados al culto católico, donde el Hijo de Dios ha fijado su residencia de una manera real y estable?

11. N. S. Jesucristo nos aconseja é intima, que guardemos á los templos católicos veneración profunda. El carácter dulce y compasivo del Salvador truécase totalmente en áspero y terrible cuando se trata del honor debido al templo sagrado. Mirad con qué benignidad recibe á los pecadores, cuánta afabilidad muestra á los publicanos, qué compasión á las turbas. Una ofensa inferida á sí propio no le indigna tanto como la inferida á la Casa de su Padre. Entra en su misma patria y sus paisanos se niegan á reci-

(1) I Reg., VII, 1.
(2) II Reg., VI, 12.
(3) I Reg., V.
(4) Id. VI,, 19.
(5) II Reg., VI. 7.
(6) II Paralip., VII.

birle como tal. Jesucristo sobrelleva la gravísima injuria con gran mansedumbre, y aun reprende ásperamente á dos de sus discípulos que, llevados de falso ardor, pretenden que baje fuego del cielo para que consuma á los ingratos paisanos. Pero advierte un desacato cometido en el lugar de la oración, y, poseído de santo celo, corrige y castiga duramente á los profanadores. Admira sobremanera, en efecto, que la primera y última acción pública que llevó á cabo el Salvador, fuese la de sostener inflexiblemente en el templo los divinos derechos. Entra cierto día en la casa de su Padre y contempla con amarga pena que es profanada con viles negociaciones; en ella se vendían ovejas, bueyes y palomas. Llevado Jesús de energía santa, compone con varias cuerdas duro látigo, y arrojándose con ímpetu sobre los negociantes, háceles salir del templo, al propio tiempo que, derribando las mesas del sacrílego tráfico y desparramando por el suelo las monedas, decía: «Echad todo esto de aquí; no hagáis de mi casa lugar de contratación (1). Era lunes de la Semana Mayor y penetra el Salvador en el templo; observa que el lugar de la oración es objeto de vergonzoso tráfico, y, practicando las mismas diligencias que la vez anterior, arroja del templo á los profanadores, diciéndoles: «Escrito está: Mi casa es casa de oración y vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones (2).» Los sacerdotes israelitas, afirma S. Jerónimo, vendían en el templo lo que el pueblo les entregaba gratis para sacrificarlo al Señor, cometiendo con este acto dos crímenes, á cual mayor, porque ponían en sacrílega venta las cosas dadas para el sacrificio divino, y profanaban además escandalosamente la Casa del Altísimo. Vuelvo á repetir que admira sobre toda ponderación el celo que desplegó el Salvador en ambas ocasiones, de tal manera, que sus discípulos, acostumbrados á observar en su celestial Maestro la virtud de la mansedumbre, se llenaron de saludable espanto al ver que vapulaba terriblemente á los cambistas y trastornaba con valor las mesas,

(1) Joan. II, 16.
(2) Luc. XIX, 46.

acordándose entonces de lo que el vate coronado escribió, refiriéndose á Jesús: «El celo de tu casa, oh Padre mío, me carcome las entrañas, y los descomedimientos de los que la pierden el respeto cargan sobre mí y me atormentan en extremo (1).»

12. La doctrina de la Iglesia ha sido siempre una misma, y, según ella, los cristianos de nuestros tiempos debieran seguir las huellas de sus predecesores. En aquella feliz época de los primeros siglos, ¿podrían permitirse los fieles las monstruosas libertades que muchos de los modernos se toman? Al entrar en las iglesias se postraban reverentemente en el suelo y no se levantaban de él hasta haber adorado al Salvador. S. Jerónimo llevaba la veneración hasta tal punto, que si por descuido se había irritado no podía permitirse el entrar por entonces en los templos. La madre de S. Gregorio Nacianceno no osaba escupir en el pavimento del templo; y soberanos hubo que andaban de rodillas por el piso bendito de la Casa de Dios. Casi todo el tiempo que los antiguos fieles permanecían en los lugares de oración estaban de rodillas ó de pie, pocas veces sentados, nunca dando la espalda al Santísimo. ¿Pero se portan así la mayor parte de los católicos contemporáneos? ¡Ay! ¡rubor causa el decirlo! Se asiste al templo con poca atención ó sin ella, casi siempre sentados, pocas veces de rodillas, imitando alguna vez á los hipócritas judíos cuando, doblando una sola rodilla ante el Divino Salvador, le decían con escarnio: *Ave Rex Judæorum*. Se entra en el templo y se sale de él, formando un garabato más bien que la señal de la santa Cruz; se curiosea, se habla, se rie, se divierte. ¡Ah! Y para qué se va al templo? Alguna vez para dormir, para tratar un negocio, para satisfacer mentalmente pasiones vergonzosas, para afectar vanidad y orgullo; pocas veces para honrar al Señor. ¡Cuánto escándalo, Dios mío, cuánto escándalo! Considerad las abominaciones horribles que Israel come-

(1) LXVIII, 10.

te en el templo (1); ha manchado el tabernáculo de vuestro nombre (2).

13. ¿Hay cosa más indigna, exclama S. Ambrosio, que embarazar con el rumor en nuestras iglesias los oráculos divinos, que se turbe la administración de los Sacramentos con voces confusas, cuando los gentiles manifiestan con el silencio la reverencia á sus ídolos (3)? ¿Qué es esto, dice el Crisóstomo, silencio en las plazas y gritos en las iglesias? ¡qué atrevimiento, qué buen modo de aplacar á Dios (4)! Si en nuestros templos penetrara un gentil y observara el modo de conducirse los católicos, formularía, con razón, el siguiente argumento: Ó el Dios de los cristianos no está presente en los templos, ó los fieles entran en ellos para burlarse de su Dios. ¿No es, en efecto, solemne vergüenza que los paganos honren mejor á sus falsas divinidades que los cristianos á su Dios verdadero?

14. Al templo nos hemos de llegar con espíritu de penitencia y de fervor y con deseo de honrar al Eterno. Hemos de entrar con espíritu de penitencia, esto es: con propósito de arrepentirnos y enmendarnos de nuestras culpas, porque de lo contrario saldremos con las manchas que no tuvimos al entrar. Nos hemos de llegar con espíritu de fervor, anhelando obtener gracias del cielo, á fin de ser en lo sucesivo más perfectos. Hemos de penetrar con deseo de honrar á Dios, porque éste es el objeto primario para que se asiste al templo; de lo contrario, es preferible no haber visto jamás sus paredes.

15. Tantos pecados, tantos crímenes, tanta profanación no pueden en manera alguna quedar impunes. En la antigua Ley llovieron sobre el pueblo de Dios ejemplares castigos, efecto de las vergonzosas indecencias que los hijos de Helí perpetraron en el lugar santo: el Propiciatorio enmudeció; los profanadores murieron; á esto se siguió el horrible destrozo de treinta mil soldados y la derrota de todo el ejér-

(1) Ezeq., VIII, 9.
(2) Ps. LXXIII, 7.
(3) Lib. III de Virg.
(4) Hom. 24 in Act.

cito israelítico; el Arca santa cayó en manos de los filisteos; murió el Pontífice ahogado de dolor, y el altar de Jacob quedó sin sacerdote y sin sacrificio. El rey Baltasar, que tuvo la osadía de profanar los vasos sagrados en un convite mundano, fué privado de la vida; y Heliodoro, que los había sacrílegamente robado, fué vapulado tan fuertemente por los ángeles, que resultó medio exánime, siendo arrojado con ignominia del templo.

Pero, ¿creéis que estas formidables penas se ciñeron únicamente á los hebreos y á los gentiles? Creéis que porque el Dios de los ejércitos se haya mostrado á los cristianos como Dios de amor no sabe corregir ásperamente los ultrajes inferidos á su santa Casa? ¡Cuántas enfermedades no se han adquirido en el momento mismo de profanar el templo de Dios! ¡Cuántas muertes repentinas no han conseguido los sacrílegos irrespetuosos al Lugar de la oración!

16. Hablar en la iglesia sin causa es una falta escandalosa que injuria á Dios é impide la devoción á los asistentes. Felipe II advirtió que dos Grandes de España estaban hablando en el templo durante la Misa; concluída ésta, volvióse á ellos y con su natural severidad les dice:—Vosotros dos no parezcáis más en mi presencia.—Fué esto lo suficiente para que uno de los magnates al cabo de pocos días muriese de pesadumbre, y que el otro no pudiese dar razón más de sí mismo. ¿Qué será, pues, cuando el Omnipotente nos pida cuenta estrechísima de nuestro comportamiento en el Templo y vea que lo hemos profanado? Infelices de nosotros si repitiese las palabras de aquel gran monarca español.

17. Acostumbrémonos á tratar la Casa de Dios convenientemente. Si el rubor saltaría á nuestras mejillas al persuadirnos que hemos jugado mal papel, presentándonos de malos modos, no digo en un palacio real, sino en cualquier domicilio decente, ¿no nos sonrojaremos de portarnos de esa misma manera en el templo del Señor? Guardemos á la Casa de Dios los honores que la corresponden; mas nuestro celo debe ir todavía más allá; procúrese ofrecer alguna pequeña limosna para el ornato del templo, porque da pena ver que

los lugares de diversión y hasta los aposentos más humildes se adornen con los atavíos modernos, y que la Casa del Señor, donde se realizan los tremendos misterios, donde se nos perdonan los extravíos, donde todos los fieles nos congregamos para elevar juntos nuestro espíritu al Excelso, esté desarreglada y sin ornato alguno. Si no descuidamos los honores á la Casa de Dios, tampoco N. Señor descuidará los honores que Él desea hacer á nosotros en el día de las recompensas eternas.

EJEMPLO

Era en tiempo de los cantonales. Un grupo de hombres infames penetra osadamente en uno de los templos de Jerez de la Frontera, se encarama en los retablos, toma las sagradas imágenes y, en medio de risotadas sacrílegas é inmundas blasfemias, las arroja de sus tronos para conducirlas á un patio vecino donde, puestas en informe pira, les pega fuego. El incendio era horroroso. Algunos, bien sea porque pesaba mucho, ó por un rastro ligero de fe, habían respetado la efigie de un Santo Cristo milagroso que allí se veneraba. Pero un desalmado corre hacia el altar de esta imagen, atropella sus objetos litúrgicos, y penetra en el camarín del Señor.—Anda, dice á la estatua sagrada, bastante tiempo has estado á la sombra; ahora es menester que vayas á pasar calor;— y blasfemando, é intentando juntamente arrojar de su trono á la Veneranda imagen, la da un terible empujón; pero ¡justicia de Dios! el santo Cristo queda en su lugar, y el infeliz temerario baja rodando hasta el suelo, bañado en su propia sangre. Tenía roto el cráneo. Había muerto.

Sus impíos amigos huyen despavoridos unos, mientras que los demás, tocados de lo más íntimo del alma, se arrodillan temblando y sudosos ante la efigie del Crucificado, pidiendo á voces el perdón de sus grandes culpas. Habían escarmentado en cabeza de su desdichado compañero.

SECCIÓN III

III

PROPIEDADES Y EFECTOS DE LA SANTA EUCARISTÍA CONSIDERADA COMO VIÁTICO

XXVIII

La Divina Eucaristía es nuestro Viático en la peregrinación al Paraíso

Qui manducat hunc panem, vivet in æternum.
El que come de este Pan vivirá eternamente.
JOAN. VI, 59.

1. Cuando un individuo ha de pasar necesariamente á tierras extrañas donde, como es natural, se le presentarán mil peligros que vencer, y que sin duda alguna se le exigirá el testimonio de su persona, y origen, y profesión, le precisa un legítimo salvoconducto á fin de que en el viaje no sufra percance alguno. Pero bien: el hombre ha de pasar indispensablemente á las regiones de la eternidad, tierra extraña para él, si la considera muy diferente de la en que al presente habita; en sus puertas hallará los terribles peligros de una condenación eterna; una vez dentro, se le pedirá forzosamente el testimonio de su persona y de sus costumbres, y para superar innumerables dificultades le precisa poseer un documento perfectamente legalizado, un salvoconducto que le exente de los inminentes riesgos y le libre de los fatales inconvenientes.

2. El Santísimo Sacramento del Altar es, empero, el testimonio que buscamos, el hermoso documento legalizado, y el salvoconducto que nos hace falta para ultratumba. Recibido por Viático, es una recomendación poderosísima, una fianza respetable por la cual se nos recibirá con agrado en la eternidad bienaventurada. ¿Qué mejor testimonio que Jesucristo? qué mejor rúbrica que la posesión de su Cuerpo y Sangre? qué mejor fianza que su soberana promesa? Él asegura que el que comiere de su divino Pan vivirá eternamente; es decir, que esta beatífica Comida le será medio suficiente para ingresar en la Gloria. ¡Qué amor el de Jesús, pues, habiéndonos redimido y lavado con su preciosa Sangre, no quiere dejar el último trance de nuestra vida á solas nuestras fuerzas, sino que Él mismo desea ser nuestra fortaleza y ayudarnos é impelernos para que entremos en el cielo!

Ved por qué es necesario de precepto, no sólo eclesiástico, sino divino, el que todos los fieles adultos no pasen de esta vida á la eterna, sin recibir antes el Pan de los ángeles. Ved por qué la Esposa de Jesucristo constriña tanto á sus ministros á que busquen los enfermos de gravedad para exhortarles á comulgar el Santo Viático. Ved por qué las leyes tradicionales de nuestra Patria, hoy tristemente en desuso, ordenan, bajo graves penas, que los médicos avisen á sus enfermos de gran cuidado para que reciban cuanto antes el Santísimo Sacramento, y si no quieren recibirlo, dejen de visitarles.

Puesto que tan conveniente y necesaria nos es la Divina Eucaristía en el último trance de la vida, estudiemos, 1.º que *Ella es verdaderamente nuestro Viático en la peregrinación al cielo.* 2.º que *produce excelentísimos efectos en los que la reciben.* 3.º que, *en consecuencia, es un bien inefable recibirla antes de morir.*

§. I.

La Iglesia N. Madre, cuando entrega el Sacramento Santísimo á un enfermo de cuidado le dice:—Recibe el Viático

del Cuerpo y de la Sangre de N. S. Jesucristo que te guarde en esta vida y te conduzca á la eterna.—Este divino Viático fué prefigurado en el pan y el agua que tomó el profeta Elías para corroborar sus fuerzas en la peregrinación larguísima de cuarenta días y otras tantas noches que debía realizar hasta el monte Horeb. Fué simbolizado en el arcángel S. Rafael, fiel conductor del joven Tobías á Gabelo; fué representado en aquellas graves ordenanzas que el Señor intimó á los hebreos, á saber: que al despedir á algún criado no le mandaran vacío, sino que le diesen el *viático* del rebaño, de la era y del lagar para el camino. Y todos estos magníficos emblemas ilustran y acreditan que el Santo Viático, en la peregrinación á la eternidad, es nuestra gran fortaleza, nuestro poderoso defensor, y conductor seguro nuestro. Viático de la eterna vida, le llama el Apóstol Santiago en la bella liturgia que su nombre lleva; y Comida de los que caminan, le apellida con su acostumbrada unción el Angélico. Ciertamente, el Sacramento del Altar es nuestro excelente Viático, porque en la enfermedad grave, en la triste hora de la muerte ha de ser:

3. Nuestra fortaleza. Todos los días entablamos encarnizada lucha con nuestros enemigos; pero este cruel combate arrecia en la última hora de nuestra vida. En ese momento supremo, cuando el espíritu humano comienza á despojarse del saco de corrupción en que va envuelto; cuando empieza á descubrir otro mundo, cuyos horizontes, nublados para él, apenas puede pronosticar; cuando es reciamente combatido de una legión de infernales espíritus que hacerle presa pretenden; cuando los parientes y amigos, casi de todo se acuerdan menos de ayudar á su deudo en el negocio supremo de su alma; cuando, pretendiendo el alma arrancarse del pecho, y casi paralizados los sentidos y los miembros, el doliente apenas se sirve de las cosas de esta vida para escalar el cielo, entonces, en medio de tantos peligros y de tan fuerte combate, nuestro único apoyo, nuestra exclusiva fortaleza es el Viático Santísimo. S. Pablo nos aconseja que en este último trance nos armemos del escudo de

la fe; y S. Vicente, Ferrer afirma que este escudo es el sagrado Viático en el que depositar debemos toda nuestra confianza. Ciertamente que Jesucristo Sacramentado, fortaleza del alma, es el dique poderoso que puede oponerse á esas crecidas olas de visibles é invisibles enemigos. Él solamente puede otorgar fuerzas al alma para que pueda arrostrar dificultades tan insuperables.

El que va á emprender un largo viaje necesita proveerse de alimento. Ved por qué el Señor, en esa dificultosa peregrinación hacia la eternidad, desea Él mismo ser nuestro sustento, para que por ningún motivo desfallezcamos en el camino. Á la manera que el ángel llevó el pan y el vaso con agua al profeta Elías, precisamente cuando éste, casi desfallecido, estaba combatido de suma tristeza, así Jesucristo viene en nuestro auxilio con su Cuerpo y Sangre, cabalmente cuando, invadido nuestro ser de las malas sugestiones, y hallándose en gran manera abatido, se asoma á los umbrales del mortal desfallecimiento. ¡Cuán amoroso es Dios en los momentos últimos de nuestra existencia! ¡Qué amable es la Religión que nos proporciona tan grandes consuelos!

4. Pero el Viático Santísimo va todavía más allá. Es asimismo defensor nuestro. Donde está Jesús no puede habitar el diablo; el templo de Dios no es, no puede ser al propio tiempo casa de Belial; he ahí la razón por qué el infernal espíritu huye como por encanto de aquellos buenos cristianos que en la última hora de su vida recibieron el Sacramento Santísimo. ¿No recordáis que el Altísimo envió expresamente al arcángel S. Rafael para que defendiera al joven Tobías de los peligros que se le presentaran? ¿No recordáis que, estando ambos en la playa, salió del mar enorme pez que intentaba devorar á aquél, pero que el ángel del Señor le dió ánimo para que con sus manos cogiera al desmedido cetáceo y le quitara la vida? Pues esto mismo practica el Santo Viático en los que le reciben. Es un medio excelentísimo deparado por la Providencia divina para defendernos de las terribles acechanzas de nuestros enemigos. El Arca de la Alianza defendía á los israelitas

de las afiladas espadas de sus enemigos, y puesta sobre los hombros de los sacerdotes, pudieron aquéllos pasar sin peligro el Jordán; así los cristianos, constituídos en la última hora, son defendidos con el santo Viático de las diabólicas sugestiones, y pueden salvar el espacio que media entre la vida temporal y la eterna.

5. Nuestra ignorancia acerca del camino de la salvación es tanta que sólo N. S. Jesucristo puede remediarla. Él solo puede mostrarnos el camino que á la eternidad conduce. Yo soy el camino, dice; Yo soy la luz; y este dogma es tan brillante que el Salvador, para patentizarlo, ha querido ser Él mismo nuestro más seguro guía en la peregrinación á la gloria. Nos invita asimismo á que le tomemos á Él de la mano para conducirnos seguros al puerto de salvación. Cuando un enfermo ve á Jesucristo que entra en su casa para consolarle y llevarle de la mano á las celestiales mansiones, ¿puede haber algo más satisfactorio para él? ¡Ah! entonces su corazón se dilata, su confianza se anima, su esperanza se fortalece; y, en recibiendo el Pan de los ángeles, créese seguro para llegar á la mansión de los justos. El Salvador, en verdad, le tomará de la mano, como S. Rafael tomó la del joven Tobías, y lo dejará en el cielo. He ahí por qué dice el Crisóstomo que el Sagrado Viático es una nube que nos transpone en la gloria (1).

6. El cristiano, cuyas elevadas aspiraciones deben consistir en la perfecta imitación de Jesucristo, mediante el sublime ejemplo que le dejaron sus predecesores, al querer hacer un estudio de los dogmas de nuestra hermosa Religión, no puede contentarse con leer las bellas páginas de la teología, sino que debe indagar los orígenes de las prácticas santas, para encontrar en su fondo la razón de su creencia. ¿Creéis, por ventura, que el tema que he sentado es una proposición gratuita, ó todo lo más un arranque de fervor religioso? Nada menos que eso. Subamos á los orígenes cristianos; internémonos en sus respetables necrópolis

(1) Hom. 24 in Math.

sagradas; allí, sobre las tumbas de los primitivos fieles ó sobre el enlucido de los *arcosolium,* encontraremos la razón de nuestra fe, que consolará nuestra alma. Nuestros padres en religión solían pintar, esculpir ó depositar en toda su materialidad algunos vasos en las tumbas de sus queridos seres. Estos vasos, cuando van entrelazados con ramaje ó están colocados en un bosque florido, representan el paraíso de las eternas delicias; los hay que sostienen en su borde algunas palomas en ademán de volar ó de beber del líquido que encierra el vaso, las cuales palomas figuran á las almas justas que, ya salvadas, aspiran los deleites de la bienaventuranza. Pues bien; un mármol, al que Mamachi (1) da el título de *Vincentia*, reproduce la figura de esta mujer, tranquilamente sentada en el suelo, estrechando en el brazo izquierdo sobre su pecho un vaso en forma de preferículo, mientras que su mano derecha levanta una copa en señal de regocijo. ¿Quién dirá que tanto esta copa que alegra, como aquel vaso son un símbolo de la santa Eucaristía, que regocija el corazón de la que fué en este mundo, y los tiene asidos de sus manos porque fueron causa de su conducción hasta la eternidad? Las lámparas funerarias, encontradas sobre las tumbas de los primitivos fieles, en cuya parte media reproducen un vaso y en su boca un pez, ¿no vienen, acaso, á decirnos elocuentemente que el pez simbólico es el Salvador eucarístico contenido en el sagrado vaso, que, como prenda última, la más querida del difunto, quiso fuese depositada sobre su tumba, para que demostrase á los transeuntes que él había sido el Viático saludable en su peregrinación al cielo?

§. II.

2. Empero, pasemos á otra clase de consideraciones. Estudiemos los admirables efectos del santo Viático.

Con la posesión de Jesucristo, ¿quién podrá temer? Decía el Apóstol que todas las cosas podía sobrellevar con Jesucristo que le confortaba con su gracia (2). Pues, quien

(1) Orig., III, pag. 60.
(2) Philip. IV, 13.

recibe debidamente el Viático Santísimo, recibe más que la gracia de Dios, porque recibe al mismo Autor de la gracia, quien la otorga con medida llena, apretada y colmada. El cristiano, que abriga una fe sólida en Jesucristo, experimenta ciertamente en este apurado trance un gozo, propio tan sólo de las almas queridas de Dios. Los sacerdotes, que se dedican á la visita de enfermos, pueden decir muy alto que los dolientes que recibieron con buenas disposiciones su divina Majestad, quedaron, luego de comulgarle, tranquilos, sosegados, llenos de gozo y de interior satisfacción que, rebosando en el cuerpo, parecía como que se habían mejorado de la enfermedad que padeciendo venían.

8. Y si el santo Viático tranquiliza el espíritu, también le anima y le enfervoriza para entrar en la patria de los bienaventurados. Quien persuadido esté de que su patria no es este mundo, y haya comulgado el Santo Viático, ¿no deseará ver con ansia al Juez de las Eternidades? ¿No apetecerá unirse perpetuamente con quien en esta vida se unió temporalmente? Tan contento se hallaba S. Luis, obispo de Tolosa, porque, cercano á su último fin, le traían el Santísimo Viático que, no pudiendo levantarse del lecho, saltó, no obstante, para salir al encuentro de Jesús. El beato Sebastián de Aparicio, lego franciscano, no podía en su última enfermedad recibir el Santísimo Sacramento, á causa de los contínuos vómitos que sufría; mas rogó á los religiosos no le negasen la presencia de Dios. En su consecuencia le llevaron el Santo Viático; entonces se enrojeció su rostro de tal suerte que los circunstantes comprendieron muy á las claras cuál era el gozo interior que le dominaba. Una vez anunciada á Sto. Toribio de Mogogrefo la hora de su muerte, se previno el siervo de Dios con el Santo Viático que, recibido, exclamó lleno de indecible gozo:—Señor, me he alegrado en gran manera por aquellas palabras que me ha dirigido el sacerdote: Recibe el Viático para que te conduzca á la vida eterna.

9. Este inefable gozo lo experimentaron los primitivos confesores de la fe, que precisamente por conseguirlo, co-

mo asimismo por lograr la tranquilidad y la fortaleza necesarias en trances tan apurados, no había cristiano alguno que antes de subir á ser coronado de gloria no recibiese con fervor el Viático Santísimo. En efecto; ningún fiel, decía S. Cipriano, se considera dispuesto para recibir el martirio si no comulga antes la Divina Eucaristía. Por esta razón, los fieles encarcelados procuraban con tanto anhelo proveerse del celestial Sustento, valiéndose de mil medios que únicamente una devoción inmensa á Jesucristo Sacramentado podía sugerir. Cuando se notificaba la última pena á un cristiano por el enorme *delito* de profesar el Catolicismo, sus hermanos en la fe, al propio tiempo que disponían la gran cena, en la cual, los confesores y todos los demás compañeros participaban alegremente de una modesta comida, le llevaban el Pan de los fuertes, celebrando el santo Sacrificio en su presencia, si era posible, y comulgándole á continuación. Con esta vianda suavísima, era tanto el gozo interior y la inmensa fortaleza que adquirían que no temieron presentarse ante los jueces más inicuos y sufrir los tormentos más crueles. En tiempos posteriores, el Pontífice S. Pío V permitió á la reina de Escocia, María Estuardo, para que en sus prisiones, antes de perder la vida por la Religión Católica, pudiera comulgarse con su propia mano.

Semejantes hechos indican los saludables efectos que causa el Santo Viático. Tranquiliza el espíritu, matando en cierto modo la concupiscencia; le fortalece contra sus enemigos visibles é invisibles; le enfervoriza para amar con mayor intensidad á Dios y para subir cuanto antes al cielo; y el Viático mismo, causando un dulce sueño en el alma, como dice S. Gregorio Niceno, le proporciona un descanso eterno, conduciéndole Él mismo como en carroza de fuego al cielo. ¡Oh! Y con cuánto fervor debiéramos pedir á Jesucristo Señor N. nos concediese la gracia de no morir sin recibir el adorable Sacramento!

§. III.

10. El desterrado de Patmos refiere (1) que oyó una

(1) Apoc., XIV, 13.

dulce voz en el cielo, que decía: «Bienaventurados los muertos que en el Señor mueren.» ¿Pero cuáles son esos muertos que mueren en el Señor sino los que están en posesión de Dios, los que le han comulgado por Viático? La palabra *in* en la Escritura divina significa compañía con Dios, comunión con el Espíritu Santo; y precisamente, esto mismo se verifica en aquéllos que participan del Santísimo Sacramento. S. Juan Crisóstomo (1) refiere haber oído á un santo varón que los que, cercanos á la muerte, reciben el adorable Viático, son asistidos por los ángeles, quienes hacen cuerpo de guardia, como soldados, guardando sus cuerpos y llevando sus benditas almas al cielo; por esta razón afirma el citado Padre (2) que si partiéramos de esta vida, armados con el Sacramento del Altar, podremos llegar muy confiados al tribunal de Dios, como si fuéremos vestidos de ricas telas y brocados de oro; por lo cual advierte un autor erudito (3) que estos vestidos son los nupciales con que nos presentamos en el paraíso para sentarnos en la mesa del Eterno; que el Viático que nos los proporciona es la litera que nos conduce á la eternidad bienaventurada, porque así como el que va en coche se apea al término del viaje, así, comulgando con buenas disposiciones en la hora de la muerte, nos entramos dentro de Dios y tomamos carruaje para el cielo, y el hermoso coche y el valiente auriga que es Jesucristo, en frase del profeta, nos pone dentro de la gloria.

II. Si es un bien excelentísimo recibir el santo Viático, ¿con qué disposiciones debemos comulgarle á fin de sentir los saludables efectos que proporciona? Seria es una enfermedad grave; pero muy seria sobre todo si no existen esperanzas de curación. La muerte, ha dicho un eminente filósofo, es la cosa más terrible entre todas las terribles, mas al cabo ha de venir necesariamente; he ahí por qué es indispensable que ya que como buenos cristianos hemos de con-

(1) Lib. de sacerd.
(2) Hom. 24 in epist. ad Corint.
(3) Trat. 6, §. II.

fesar y comulgar cuando nos encontremos en circunstancias semejantes, lo practiquemos del mejor modo posible, pues quizá sea la última vez que comulguemos al Rey de la Gloria. En todo tiempo el cristiano debe participar de la sagrada Mesa con una conciencia inmaculada y un fervor santo; pero en el artículo de la muerte deben aunarse nuestros esfuerzos para practicar una Comunión fervorosa, santa, preciosa á los ojos de Jesucristo, que sea capaz de conducirnos al Edén celeste. Un escrupuloso examen de todos nuestros pensamientos y palabras y acciones, ejecutados desde que la razón asomó á nuestro cerebro; un arrepentimiento universal y sincero de todos nuestros extravíos, y una confesión íntegra, sencilla y devota serán los preparativos que deberemos buscar para hospedar con santo gozo al Rey de las eternidades. A continuación debe seguirse un deseo vehemente y espiritual por unirnos con Jesucristo, deseo que, á imitación de Zaqueo, que recibió al Salvador en su propia casa, así el enfermo hospeda á su Dios en su corazón, para que, como á aquel publicano convertido, pueda decirse: «Hoy se ha obrado la salud en esta morada.» Suspiraron los israelitas por el maná porque no querían morir hambrientos; y de mejor gana deberemos suspirar nosotros por el Viático Santísimo para no perecer entre los negros horrores de una muerte funesta. Entonces deberemos persuadirnos que será, sin duda, la última Comunión de nuestra vida; que será la última vez que nos unamos con Jesús; que será el postrer beso que demos á sus labios; y como nos conviene estar en aquella hora crítica mejor unidos con Jesús, he ahí por qué deberemos practicar mayores diligencias para lograrle y no separarnos jamás de su amistad eterna.

Y cuando se haya comulgado el santo Viático, ¿qué acciones de gracias más cumplidas no deberemos tributarle? En este caso repetir debemos con la Esposa de los Cánticos: «Le tengo y no le dejaré hasta que le introduzca en el palacio de mi Padre celestial.» Los sentimientos de los parientes que llorarán nuestro tránsito; las voces de los amigos y conocidos que se lamentarán por nuestra partida; y

las relaciones con el mundo prevaricador que seduce á todas horas, no deberán en aquellos momentos percibirse en nuestra alma, porque sólo Dios debe obrar en ella para que, en saliendo de este ingrato suelo, vuele al Ser que la creara tan pura, tan santa, tan inmaculada como de las divinas manos saliera.

12. Los siervos de Dios, empero, diéronnos sublime ejemplo respecto al modo con que deberemos recibir el santo Viático. Unos se disponían fervorosamente con la confesión. El V. Fr. Domingo Anadón, de la Orden de Predicadores, antes de comulgar en el último trance hizo una confesión general de sus pecados tan escrupulosa que su confesor le aseguró que, no habiendo cometido culpa mortal durante su vida, le parecía que confesaba muchas niñerías, en las cuales varones virtuosísimos no reparaban; pero el siervo de Dios respondió que, habiendo de practicar la última Comunión, necesitaba prepararse de aquella manera (1). La beata Juliana de Busto Arsicio, agustina (2), lo primero que solicitó en su última enfermedad fué el Viático Santísimo. De S. Nicolás de Tolentino se refiere (3) que, hallándose en el artículo de la muerte, pidió con profunda humildad el adorable Viático para ir armado y prevenido, decía, con tan regalado mantenimiento, y para no quedar desmayado en camino tan largo. Estaba el angélico Doctor en las puertas de la eternidad, cuando, habiéndole llevado el Sacramento Santísimo, esforzando su voz casi apagada, pronunció estas solemnes palabras: «Creo firmemente que Jesucristo, Dios y Hombre, está en este augusto Sacramento. Os adoro, Dios mío y Salvador mío, y os recibo á Vos que sois el precio de mi redención y el Viático de mi peregrinación. ¡Oh Vos, por cuyo amor he estudiado, trabajado, predicado y enseñado: espero no haber dicho nada contrario á vuestra divina palabra, ó si me ha sucedido esto por ignorancia, me retrac-

(1) Histor. General de Sto. Domingo., lib. 4, cap. 19.
(2) Brev. Rom. Agustin.
(3) Surio, 10 Septiembre.

to públicamente y someto todos mis escritos al fallo de la Santa Iglesia Romana.»

13. Siervos del Señor hubo que, en cuanto tuvieron noticia de que venía Jesús á visitarles, mandaban les sacasen del lecho y les postrasen en el suelo para adorar al Salvador. De este modo se portó el Doctor Máximo, quien además ordenó le desnudasen de sus hábitos interiores y le vistiesen un áspero saco, diciendo, en ocasión que vió venir al Divino Viático: «¡Oh plato excelentísimo del alma, dignísimo de ser venerado, honrado y adorado, á quien debemos glorificar y abrazar y con todas alabanzas ensalzar!» Así se portó también el católico rey S. Fernando, quien, reparando los cortesanos dejarle desnudo en el suelo, repitió aquellas palabras de Job: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo iré al seno de la tierra;» inmediatamente ordenó que sacasen de su habitación todas las vestiduras é insignias reales, porque, según decía, donde está el Rey del cielo no deben brillar los monarcas de la tierra.

En último término, hubo venerables que, debido á su profunda humildad, no permitieron que en su dolencia postrera entrase el Señor en las habitaciones interiores para ser Viaticados, antes bien, ellos mismos optaron por ir á la iglesia con el propio objeto. Así lo verificaron Juan Hunniades, rey de los húngaros, y David I rey de Escocia, quienes, en brazos de los sacerdotes, fueron conducidos al templo en el que, puestos de rodillas y confesando su indignidad, comulgaron por vez última el Cuerpo de N. S. Jesucristo.

Ved aquí los bienes incalculables que proporciona el augusto Viático, bienes que jamás fueron negados á los devotos del Sacramento Santísimo, porque tampoco mueren generalmente sin este adorable Sacramento los que fueron sus finos amantes. Para que éstos no pasen á la otra vida sin el santo Viático se ha valido el Señor unas veces de medios ordinarios, aunque especialmente providenciales, y de medios extraordinarios otras veces. S. Dionisio Areopagita, momentos antes de consumar su precioso martirio, pudo celebrar la santa Misa; pero al llegar á la fracción de la Hos-

tia, el mismo Jesucristo, acompañado de innumerables cortesanos angélicos, bajó del cielo, y, tomando la santa Hostia, dijo á su siervo:—Toma, come, amigo mío, esta Prenda que mi Padre y Yo te pagaremos presto.—S. Ambrosio recibió el Viático de manos de un sacerdote, quien fué avisado por un ángel para que se lo ministrase. S. Juan Crisóstomo iba á morir sin que nadie le llevase el Santísimo Sacramento; pero puesto en fervorosa oración, se le aparecieron S. Pedro y S. Juan los cuales se lo ministraron.

14. No me resta otra cosa que exhortaros á que tengáis sumo placer por acompañar al Señor cuando por Viático sale del templo á ser comulgado de los enfermos. ¡Qué Jesús, Rey de la gloria, salga de su Casa para socorrer á los dolientes y que nosotros, súbditos suyos, oyéndole pasar quizá por delante de nuestros domicilios no nos tomemos la molestia de acompañarle! Y permitimos friamente que vaya solo! Y desprovisto de luces! Expuesto á las inclemencias del tiempo y á los sarcasmos de los impíos..! En las ordenanzas de Castilla se mandaba que todos los paisanos, incluso el rey ó el príncipe, si encontrasen en la vía pública á su divina Majestad, estuvieran obligados á acompañarle hasta el templo donde debiera estar reservado; y si los súbditos eran moros ó judíos, se descubriesen, se arrodillasen y adorasen al Santísimo Sacramento, ó en caso de que no quisieran sujetarse á estas prescripciones se entrasen en sus casas, de suerte que no diesen mínimo escándalo. Y por más que hoy no rijan ordenanzas semejantes, empero el fervor cristiano debe esmerarse por acompañar siempre que pueda á Jesucristo Sacramentado, quien ha premiado más de cien veces esta hermosa devoción con repetidas bendiciones del cielo, á más de las numerosas indulgencias que lucra quien practica este acto de piedad. Y, ¿no querremos nosotros hacernos acreedores á finezas tantas?

EJEMPLO

Cierto caballero estaba en relaciones ilícitas con una sobrina suya. Llegó á contraer una enfermedad gravísima, y, puesto en el artículo de la muerte,

llamó á un sacerdote para que le oyera en confesión y le administrase la Santa Eucaristía. El triste enfermo, por más que deseaba recibir los venerables Sacramentos, no quería despedir de su casa á la concubina, por lo cual, entristecido el sacerdote, se despidió de su penitente sin haberle dado la absolución. De paso á su casa tuvo aquél una entrevista con San Bernardo á quién consultó el caso, y éste le dijo:—Andad acá, no se pierda ese alma.—Llegados ambos al domicilio del caballero moribundo, comenzó S. Bernardo á hacer una fervorosa plática á éste, que no dió resultado alguno. Pero al fin le habló de esta manera:—Por lo menos, señor, ¿no os pesa de que no podáis dejar á esa mujer?—Mucho me pesa de ello, respondió el caballero. Entonces el santo añadió:—Basta—y rogó al presbítero diese la absolución y el Santo Viático al penitente; mas, ¡caso prodigioso! apenas el interesado acabó de recibir la Divina Eucaristía cuando trocó decididamente su obstinada voluntad, doliéndose con llanto de su infame pecado y mandando arrojar á su sobrina. En semejante estado de contrición pasó á mejor vida el caballero, legándonos con su ejemplo el recuerdo de la poderosa virtud que posee el Viático Santísimo. *Cesario, lib. 2, cap. 17.*

XXIX

La Divina Eucaristía, causa de nuestra Resurrección.

Et ego resuscitabo eum in novissimo die.
Y yo le resucitaré en el último día.
JOAN., VI, 55.

1. Esta misteriosa frase pronunció el divino Salvador en ocasión que predicaba á los cafarnaitas la salvadora doctrina de la Santa Eucaristía:—Yo resucitaré en el último día á los que comieren de mi Cuerpo y bebieren de mi sangre.—¿Pero, por ventura, los que no recibieron jamás la Carne y la Sangre de Jesucristo dejarán de resucitar al fin de los tiempos? ¿Acaso éstos, ó los que participaron del Sacramento con pérfidas disposiciones quedarán para siempre confundidos entre el polvo de la tumba? ¿No expresa el símbolo apostólico, que la resurrección de todos los muertos será un hecho? Pues, ¿cómo es que Jesús, parece indicar que sólo los que comieren de su Cuerpo y bebieren de su Sangre resucitarán? Enseña el Apóstol (1) que todos los hombres en verdad resucitaremos, pero que no todos seremos mudados; esto es: que no todos cambiarán la triste muerte por una resurrección gloriosa. Los justos han de resucitar llenos de gloria á imitación de Jesucristo que surgió

(1) I Cor. XV, 51.

de la tumba bello y esplendente; pero los malos no cambiarán su estado de muerte temporal sino por otro estado mucho más triste, que bien puede llamarse muerte eterna, ya que en frase del citado Apóstol, «la corrupción no poseerá la incorruptibilidad.» Los escogidos, empero, á quienes, según S. Pablo, se les otorgarán las dotes de gloria cuando resuciten, son precisamente aquéllos que con las disposiciones debidas comieron del Cuerpo y bebieron de la Sangre del Salvador; son aquéllos á quienes prometió el Señor resucitarían en el último día si participaban de su Divino Ser. He ahí, por lo tanto, bosquejado que la Divina Eucaristía ha de ser nuestra Resurrección, y que á causa de la misma resucitarán los justos al fin de los tiempos. Mas, para fijar ideas, distribuiré la presente materia en dos partes, á saber: I. *La Santa Eucaristía es causa de la resurrección gloriosa de los justos.* II. *Esta resurrección ha sido providencialmente incoada en algunos difuntos siervos de Dios.*

§. I.

2. Si hubiere de manifestar las locuciones de los Santos Padres que sobre este bello asunto admiramos en sus inmortales obras, sería cuestión de consagrar un discurso á ellas solas; pero, no siendo esto propio del caso, me limitaré á transcribir las más importantes. S. Marcial llama á la Eucaristía: Remedio único para volver el alma al cuerpo (1). Santiago la apellida: Renovación del cuerpo y del alma (2). S. Basilio la titula: Cuerpo santo que da vida (3); y Ruperto dice, que es una Comida con cuya virtud resucitarán los cuerpos muertos (4). En semejantes frases encontramos materia vastísima para hablar de una excelencia importante del Santísimo Sacramento, pues Él, en opinión de estos Santos Padres, es causa, motivo y principio de la resurrección gloriosa de aquéllos de quienes dijo el ángel á S. Juan: Bien-

(1) Epist.
(2) Ibi.
(3) In liturg.
(4) Lib. 6 in Joan.

aventurados los muertos que en el Señor mueren (1). Pero he dicho que la Divina Eucaristía será causa de nuestra resurrección, en opinión de los padres citados; mas, ahora añado que no sólo es opinión, sino dogma de fe teológica, verdad propuesta por N. S. Jesucristo y corroborada en el Concilio Niceno, al expresar que la santa Eucaristía es símbolo de la Resurrección: *Simbolum resurrectionis.*

3. Los Padres y Doctores á una voz, ¿no debieron afirmar que la santa Eucaristía es semilla de la Resurrección (2) y energía de la Carne de Jesucristo (3), si el mismo Salvador afirmó que el que comiere su Cuerpo y bebiere su Sangre será resucitado por Él en el último día? Luego el Redentor declara tácitamente que, efecto de comulgar dignamente, serán resucitados los escogidos: luego la Comunión sacramental será la causa de la resurrección gloriosa de los justos. Alguna virtud, en efecto, debía causar la Divina Eucaristía en los cuerpos que fueron en algún tiempo dignos templos suyos; virtud que, en cierto modo, es infinita, como infinita es la virtud de Cristo comunicada á nosotros mediante este Santísimo Sacramento; y al participar, no sólo el alma, sino también el cuerpo, de esta poderosa cualidad, debieran llevarla en sí mismos más allá de la terrestre vida, á fin de hacer uso de ella en el día señalado para la resurrección; y asimismo el cuerpo deberá conservarla en medio de su horrible putrefacción para que, envuelta misteriosamente entre sus imperceptibles cenizas, pueda un día el alma, cual mágico imán, atraer al cuerpo depositado en la huesa y resucitarle á gloriosa vida, mediante la semilla vivífica que depositó en ambos el Sacramento Santísimo.

4. Jesucristo aseguró que su pan es el Pan del cielo, y que el que comiere de Él no morirá, sino que vivirá eternamente. En efecto; la muerte del justo no es realmente muerte, sino un sueño dulcísimo, ya que en él subsiste la preciosa virtud del Cuerpo de Jesucristo, que, si temporal-

(1) Apoc., XIV, 13.
(2) Severo Episc., apud Turriano 19.
(3) Id., tract. 2.

mente le adormece, le conserva, no obstante, la potencia para volver á despertar en el día de las cuentas; suceso que deberá realizarse por medio de la intervención divina, y cuya forma de realización se escapa á nuestros cortos alcances. Bien pueden los incrédulos presentar todos los sofismas del cálculo humano para hacer imposible la resurrección de la carne, puesto que todos han sido refutados por los apologistas católicos; el dogma de que hablamos está en perfecta armonía con la cuerda razón, y al Omnipotente tan fácil le es restituir á cada cuerpo sus propios elementos orgánicos, ó recomponerlos con elementos extraños, que crear de la nada el cuerpo del primer hombre, ó darle vida nueva después de haber entrado en las vías de la descomposición orgánica. Comentando Menochio las citadas palabras del Salvador, se expresa de esta manera: «Quien participare del Cuerpo del Señor, morirá ciertamente con el cuerpo; no obstante, por su virtud, este cuerpo, en el fin del mundo, resucitará á una vida eterna y bienaventurada. No es que se imprima alguna particular cualidad á nuestros cuerpos, por cuya virtud han de ser resucitados, ó que los cuerpos de aquéllos que comulgaron reciban algún don que los distinga de los demás, sino que la resurrección es debida por singular modo á nuestros cuerpos por razón de la especial unión que adquirieron con la participación del Cuerpo de Jesucristo (1).»

5. El mencionado autor no atribuye al Deífico Sacramento toda la excelencia que le conceden otros doctores más célebres, como tampoco se la conceden el eximio Suárez y el maestro Nuño, al afirmar que la Divina Eucaristía no causa en los cuerpos ni vivos ni difuntos algunas cualidades gloriosas de los bienaventurados; porque en sentir del primero, estas cualidades son fingidas y, como tales, ociosas y de ningún provecho, ni en esta vida para la hermosura del cuerpo, pues no se perciben, ni en la muerte, porque á pesar de ellas, se corrompe el cuerpo; y en opi-

(1) Comm. in Joan., cap. VI.

nión del segundo, porque si estas dotes fueran verdaderas debieran resplandecer.

6. Sin embargo, la parte más sana de los teólogos afirma que, así como el Santísimo Sacramento, dignamente recibido, hace que el alma se una con Cristo, así es causa también de que el cuerpo reciba ciertas cualidades, ordenadas á los futuros dotes de gloria con los cuales nos asemejaremos á Jesucristo. Y, ¿cómo no, si aun durante la vida mortal algunos siervos de Dios experimentaron una irradiación de esos dotes gloriosos que, á manera de soles, brillan en los cuerpos de los bienaventurados? Santo Tomás, sobre las palabras del Apóstol: *Omnes quidem resurgemus sed non omnes immutabimur*, dice: Sólo los elegidos resucitarán más hermosos que el sol, en virtud de la participación sacramental ó espiritual del Cuerpo de Jesucristo (1); mas los réprobos resucitarán enfermos y deformes. Cornelio Alápide añade que el Santísimo Sacramento deja en el cuerpo del que dignamente le recibe una virtualidad, ó cierto semen vivífico, que en el tiempo tiene su efecto de vida, al modo que el grano de trigo, caído de su espiga y sepultado en la tierra, llega tiempo que germina y forma un tallo con el calor del sol, efecto de aquel semen de vida que dentro de sí encerraba; de donde deduce este doctor que la Sagrada Carne de Cristo en la Eucaristía es causa instrumental moral, y aun también física, de la resurrección de los cuerpos (2). Sobre estas palabras añade un célebre cronista (3) que, «así como existen algunas semillas que suelen adelantarse en reverdecer y brotar antes que otras de su misma especie, porque han caído en mejor tierra, y el sol las atiende también de un modo particular, así es este semen ó virtualidad de vida que deja el Santísimo Sacramento en los cuerpos de los justos para que al tiempo de la resurrección universal reflorezcan

(1) Soli electi propter Corporis Christi participationem sacramentalem vel spiritualem surgent sole pulchriores; reprobi vero surgent infirmi et deformes. Opusc. 55, cap. 23.

(2) Caro ergo Christi in Eucharistia est instrumentum morale Resurrectionis vix et ejusdem causam phisicam.

(3) P. González, franciscano.

y resuciten gloriosos. En algunos santos les anticipa sus efectos con ciertas señales de vida como prendas de la resurrección futura, siendo lo cual argumento inequívoco de la disposición con que se llegaban á recibir tan alto Sacramento y el influjo que obra el Pan eucarístico en sus cuerpos mirándolos como divino Sol que les hace germinar.»

7. El hijo de Amós aduce un hermosísimo texto que viene á confirmar la doctrina que sustento. Es así: «Veréis que vuestro corazón y vuestros huesos germinarán como la hierba, y entonces se conocerá la mano del Señor en sus siervos (1).» Profecía sublime de la virtud extrema del Sacramento Santísimo, pues en el día de la resurrección de los muertos, los cuerpos de los justos brotarán como las plantas, es decir, resucitarán á una vida gloriosa, conociéndose entonces aquella virtud que depositó el Sacramento Santísimo en estos cuerpos cuando fueron sagrarios suyos; profecía que debe tomarse en sentido literal, dicen los santos Ireneo, Jerónimo y Agustín, refiriéndose á la presente doctrina; profecía que, en sentir del gran Alápide (2), se verificará propiamente en la resurrección universal, porque entonces, los huesos de los santos, antes tábidos y secos y sin jugo alguno vital, revivirán florecientes, no de otra manera que la hierba mustia y seca, á rigores del invierno, revive y reverdece á los benignos fomentos de la primavera.

§. II.

8. Esta resurrección de que me ocupo ha sido incoada en algunos difuntos siervos de Dios.

Quedaría esta proposición demostrada suficientemente, al menos en parte, si me detuviera en explicar que el Altísimo se ha dignado hacer visibles, en cuerpos vivos de siervos suyos, dotes tan relevantes que más bien pertenecen á los bienaventurados. Vióse la impasibilidad en el protomártir S. Lorenzo, de quien dice el Agustino que, sufriendo los tormentos no los experimentaba más que si estuviera

(1) Cap. 66. v. 14.
(2) Com. in eodem.

entre rosas y flores; vióse la agilidad en N. P. S. Francisco de Asís, y S. Pedro de Alcántara y el beato Nicolás Factor que en el aire suspendidos quedaban; vióse, finalmente, la claridad en el obispo S. Martín, de quien afirma Severo Sulpicio que tenía á veces el rostro más claro que la luz y todo él estaba más puro que el cristal, más blanco que la leche y con una cierta gala y gloria de carne glorificada y resucitada. Si, pues, todas estas gloriosas dotes se atribuyen como á su causa á la divina Eucaristía, y Dios N. Señor quiso hacerlas patentes, aún en vida mortal de sus fieles servidores, tiempo en que todavía estaban sujetos á la ley del pecado; ¿no las hará visibles una vez que se hayan eximido de esta ley fatal, una vez que hayan pasado á la vida de ultratumba?

9. Sí, por cierto; el Santísimo Sacramento del Altar es resurrección y vida de los cadáveres que yacen dormidos entre el polvo del sepulcro. La orden Seráfica cuenta entre sus hijos á S. Pascual Bailón que, siempre que el sacerdote celebraba la venerable Misa delante de su cadáver, en el acto de alzar, abría los ojos y fijábalos en la santa Hostia; al beato Mateo de Agrigento que, pocos días después de difunto, estando de cuerpo presente en la iglesia, y en ocasión de ser alzada la Hostia consagrada, se incorporó sobre el ataúd y adoró la Eucaristía; á S. Diego de Alcalá que, al celebrarse el Sacrificio en su capilla, seguía la actitud de la santa Hostia y la adoraba, como si realmente estuviera animado. Y ¿qué es esto, pregunto, cuál es la causa de semejantes prodigios? ¡Ah! Estos benditos cuerpos se mueven, se levantan, resucitan temporalmente, si así es permitido decirlo, cuando la Hostia inmaculada es alzada sobre los altares. Es que Jesucristo Sacramentado posee la virtud atractiva; porque, así como en el Gólgota y desde la Cruz en que fijado estaba, Jesucristo, al ser alzado sobre ella, arrebató á sí todas las cosas y todos los hombres, de la misma manera, al ser alzado sobre la Cruz mística del Gólgota eucarístico, atrae también los hombres y las cosas hacia sí. No es extraño, pues, que los cuerpos de los san-

tos citados se conmovieran é incorporaran sobre sus cenizas para adorar al Dios del Sagrario, ya que el Dios del Sagrario les comunicaba con anticipación parte de la virtud que han de tener los cuerpos el día último. Aquel sublime espectáculo era un verdadero ensayo de la resurrección de la carne.

Se observa muchas veces, aun en nuestros días, dice el sabio Bocio (1), que las reliquias de los cuerpos de los bienaventurados, depositadas en sus sepulcros, prorrumpen en unos prodigiosos efectos á modo de operaciones vitales á fin de garantir la resurrección futura. ¿Qué son los saltos que da el corazón del Agustino cuando en su presencia es cantado el Trisagio, sino principios de la resurrección gloriosa? Qué indica la sangre congelada de S. Esteban, que en determinados tiempos del año hierve por sí sola? qué la de S. Bernardino de Sena que corrió fresca por el espacio de tres días? qué manifiestan las fragantes rosas que brotaron del cuerpo de la mártir Sta. Dorotea, sino incoación de la resurrección de los muertos? ¡Ah! Ciertamente, todos estos prodigios se atribuyen con propiedad al Sacramento del Altar por aquella semilla de resurrección que depositó en los cuerpos de los justos cuando le recibieron.

10. Ahora bien: si tales muestras de gloriosas dotes se han visto en algunos siervos de Dios, ya difuntos, precisamente porque participaron en vida de la Carne y de la Sangre de Jesucristo; si estas divinas muestras presentó la Eucaristía en dichos cuerpos, ¿no las presentará también el día de la resurrección de la carne? Aquéllas eran incoación y ensayo de la resurrección final; éstas serán terminación y la misma obra de la resurrección en efecto. ¡Cuán magnífica es, pues, la influencia del Sacramento Santísimo! Cuán encantadoras sus bellezas! Cuán felices sus consecuencias! Si Jesucristo nos ha de resucitar á su imitación, con tal que le recibamos sacramentado, ¿por qué no nos persuadimos hondamente de esta suprema verdad y procuramos unirnos es-

(1) De signis Ecclesiæ, tom. II, lib. I, cap. 10.

trechamente con Cristo S. N., mediante la Comunión, á fin de que tengamos en nuestro pobre ser ese principio de resurrección gloriosa? Por qué no comulgamos á menudo con objeto de resucitar en el día postrero juntamente con los hijos de Dios? No nos descuidemos; esmerémonos por comulgar con fruto y no se nos olvide que el Señor ha prometido que el que coma su Cuerpo y beba su Sangre será resucitado por Él al fin de los tiempos.

EJEMPLOS

Puesto que, según he explicado en el precedente discurso, las manifestaciones vitales y gloriosas en algunos difuntos siervos de Dios se atribuyen como causa principal á la santa Eucaristía: de N. P. S. Francisco de Asís se refiere que al morir se transformó todo su cuerpo; los defectos y hasta las arrugas de la vejez desaparecieron, y la juventud se mostró en su semblante, pues sus ojos brillaban de un modo natural.

Los ojos de S. Luis, obispo de Tolosa, que nunca miraron la impureza, quedaron incorruptos y brillantes en el sepulcro.

La mano de S. Esteban, rey de Hungría, que distribuyó copiosas limosnas á los pobres, se conservó siempre fresca entera y olorosa.

La lengua de S. Antonio de Padua, que con tantas alabanzas bendijo al Eterno, se mantuvo como viva y hermosa entre las mismas cenizas.

La cabeza de Sta. Catalina de Sena, que rodeada fué de una corona de punzantes espinas, después de su muerte se vió resplandecer con tantos rayos cuantas heridas había padecido. *Verdades Eternas.*

XXX

En Jesucristo Sacramentado se halla todo cuanto puede apetecer el cristiano.

Deus meus et omnia.
Dios mío y todas mis cosas.
JACULATORIA DE N. P. S. FRANCISCO.

1. Después que el diligente labrador ha dado término á las diversas labores necesarias para que nazcan y se desarrollen las semillas, y, sentándose fatigado en la estrecha linde de sus campos para examinar sus rudas faenas, contempla de un solo golpe de vista la producción que espera, justa recompensa á sus trabajos, así nosotros, después que con prudente afán hemos dado cima á los variados asuntos de las perfecciones eucarísticas, debemos pararnos un poco, siquiera sea junto á las cristalinas aguas que parten de la fuente de la vida, Cristo Jesús Sacramentado, para examinar las precedentes labores y contemplarlas todas de una vez en un discurso que resuma todo cuanto es la Divina Eucaristía para el cristiano.

2. Sí: hemos visto desempeñar á Jesucristo Sacramentado el consolador oficio de *Padre,* según el cual nos engendra sacramentalmente su segunda gracia, nos cría á sus divinos pechos y nos educa en su filial temor. Le hemos visto ejercer las altas dignidades de *Rey y Señor,* á las que

se han confiado los sagrados destinos del mundo. Le hemos visto llegarse á nosotros y practicar á satisfacción nuestra el oficio de *Hermano*. Le hemos admirado á nuestro lado para hablarnos francamente, comunicarnos todos sus secretos y hacernos felices. Le hemos conocido, al declararse, no sólo *Maestro*, sí que también *Amigo* nuestro, al adiestrarnos en el secular combate de la vida, y al comunicarnos sus bellas luces. Le hemos tratado como dulce *Esposo* que recrea el alma, uniéndola á sí para hacerla dichosa. Le hemos considerado como fidelísimo *Pastor* que cuida y apacienta con su propia substancia á sus ovejuelas, como radiante *Espejo* de santas perfecciones, como infalible *Médico* que cura las dolencias del espíritu, y como valiente *Abogado* que defiende con seguro éxito nuestra causa ante su Padre. Nos hemos sorprendido al verle constituído en saludable *Medicina* que sana radicalmente, en eterna *Luz* que brilla en el firmamento de la Iglesia, en profunda *Fe* que induce á creer sólidamente en su Doctrina, en firme *Esperanza* de la salvación eterna, en férvido *Amor* que abrasa y caldea el alma en la caridad santa, en reparador *Alimento* que sostiene las humanas fuerzas, en *Vida* de nuestra vida y en pura *Fuente de todas las gracias*.

Le hemos contemplado de nuevo, y todavía hemos podido admirar en Él nuevas perfecciones y nuevos ministerios, desempeñados á nuestro favor. Por cuanto es Hostia inmaculada, se nos presenta como incruento *Sacrificio* de los altares, que rinde tributo á su Padre, que pide y alcanza por nosotros, que paga y satisface por nuestras culpas; se nos presenta como excelente *Viático* en la peregrinación de nuestra alma al Paraíso, para librarla de las garras luciferianas; como inmejorable *Consolador* en el trance apurado de la muerte, en que la tristeza y la sombra se apoderan del hombre; como poderosa *Casa de Refugio* á donde nos entramos huyendo de las acechanzas de nuestros enemigos; como el mejor *Regalo* espiritual; como la indispensable *Providencia* de nuestras necesidades; como superior *Fortaleza* que nos da ganadas las batallas; habiendo de ser,

finalmente, nuestra forzosa *Resurrección* y nuestra *Gloria eterna* en la otra vida.

¡Qué bueno es Jesús en el Sacramento! No sabe descansar hasta hacernos felices en la tierra y bienaventurados en el cielo. Allí donde ve una necesidad humana, allí se le ve de pie dispuesto á remediarla. No hay asunto en nuestra existencia que no solucione satisfactoriamente; pero aun en medio de todo esto no hemos ponderado todas las divinas perfecciones de Jesucristo Sacramentado. Le hemos examinado, digo mal, le hemos contemplado parte por parte; mas nos hace falta verlo y admirarlo todo de un solo golpe de vista, al través del prisma transparente de la Fe cristiana, y concluir repitiendo que Jesús, en el adorable Sacramento de los altares, es de nosotros y para nosotros, no sólo los encumbrados títulos que de Él hemos estudiado, sino *nuestro todo,* para que ahora como siempre se cumplan aquellas hermosas palabras jaculatorias que siempre estaban en boca del gran Patriarca de los Menores y que he puesto por texto: *¡Deus meus et omnia..!* ¡Oh Señor Jesucristo: tú eres mi Dios y todas mis cosas.

He ahí por qué en el presente discurso, como epílogo á los precedentes, siente por tema el siguiente: *En Jesucristo Sacramentado se halla todo cuanto pueda apetecer el cristiano.*

§. I.

Siempre ha constituído un noble deseo, aunque degenerado en pública monomanía, la aspiración constante del hombre en procurarse una sabia receta que le asegure la buena salud y vida larga; y esto que es imposible á los fervorosos devotos de Hipócrates, no lo es para los puros amantes de Jesucristo Sacramentado, quien, sólo por sí mismo, forma la eficaz receta del espíritu humano para que disfrute de una salud cabal en el tiempo y de una larga vida en la eternidad. En efecto: el hombre cristiano, siempre que guste, puede encontrar en el Sacramento del amor satisfechas sus nobles aspiraciones, porque Jesucristo Sacramentado es todo el bien deseable.

3. Ese divino epitalamio del Espíritu Santo, en el que se cantan bucólicamente los fervorosos deseos, los tiernos suspiros, los anhelados desposorios y los castos goces del divino Esposo con el alma humana, entre los justos elogios que referidos á Aquél pone en boca de ésta, dice lo siguiente: «Mi amado es todo Él descable (1).» Con esta lacónica frase ha consignado la mística esposa de los Cantares que Jesucristo, su Esposo divino, observado desde cualquier punto de vista, es por todos conceptos y sobre todos los seres apetecible; y lo es, en primer lugar, por ser el Hombre-Dios. No es mi ánimo repetir en este lugar conceptos vertidos en discursos anteriores; pero bueno es recordar que Jesucristo Sacramentado, en cuanto goza de esta doble soberana cualidad, ha asumido en sí propio todas las variadas bellezas y perfecciones sumas de los órdenes divino y humano. En Él se armoniza dulcemente este doble orden. Su rigurosa justicia es equilibrada por la compasión sin límites; su admirable omnipotencia es no menos admirablemente velada por la pequeñez microscópica con que se ostenta en el Sagrario; su inmensa grandeza se asocia á la humilde modestia; su eternidad infinita está circuída, por decirlo así, de los cortos límites de la Hostia inmaculada; sus temibles iras, demostradas en el Sina y en Pentápolis, están compensadas por el cariñoso trato que manifiesta en los altares; su poderoso y activo amor parece como eclipsado por la aparente impotencia del Sacramento; su hermosura sin igual compite con el ropaje ordinario que adoptara para su vida eucarística. Es que Jesucristo quiso mostrarse todo deseable al hombre; y para que éste no se aturdiese á la vista deslumbradora de sus infinitas perfecciones que posee como Dios, escogió el adecuado medio de asemejarse al hombre en sus condiciones ordinarias, aunque perfectas.

¡Qué bello, qué deseable es Jesucristo Sacramentado! Los sublimes encantos de la naturaleza, como los estupendos prodigios de la gracia, y el sentimiento común por lo gran-

(1) Cant.

de, lo perfecto y lo divino, unánimes repiten que el Hombre-Dios es simpático y deseable ¿Qué hay en este Hombre-Dios que no constituya el bien? Qué hay fuera de este Hombre-Dios que no se convierta en mal? Luego en el Hombre-Dios debe hallarse todo el bien, el bien perfecto, el bien sumo. Luego, participando en alguna manera del Hombre-Dios se participa indefectiblemente del sumo bien, de la felicidad suprema; y á este concepto responde el Misterio de los altares, por el que se nos comunica el bien perfecto, la ideal belleza, la bienaventuranza suma.

4. En Jesucristo Sacramentado se hallan ciertamente las delicias: Él las contiene todas (1). Como el cáliz de la flor contiene la suavidad de la miel; y el grano de incienso, el perfume que extasía; y la carne frutal, el exquisito gusto, así también en el Hombre-Dios Sacramentado se hallan depositadas las suavidades de todo sabor. Sus delicias semejan á las del milagroso maná, que sabía á todo cuanto pudiera desear el hombre más exigente; y á la manera que el árbol de la vida, plantado en medio del terrenal paraíso, producía doce frutos diferentes con variedad primorosa de sabores, así el adorable Sacramento del altar, verdadero Árbol de la vida, de quien aquél era hermoso emblema, colocado en medio del paraíso de la Iglesia, produce doce frutos de virtudes que responden á todas las necesidades humanas, con variedad exquisita de gustos, apropiados al paladar de cada individual organismo. El sabio como el ignorante, el rico como el pobre, el sano como el enfermo, la vejez como la mocedad, el temperamento nervioso como el linfático, encuentran en Jesús el goce duradero, el bien en sumo grado.

5. ¿Podremos siquiera atrevernos á parangonar las dulzuras de la tierra con las dulzuras de Jesucristo, bien las consideremos en cuanto á su intensidad, á su duración ó á su perfección relativa? Mientras que los deleites mundanos tienen un límite bien corto, fijado por la sed que despiertan

(1) Sap. XVI, 20.

de nuevos placeres, las emociones producidas por la rica suavidad de Cristo Sacramentado son tan fuertes é intensas que enajenan el espíritu en celestiales éxtasis. Mientras que los placeres sensuales duran un momento, las dulzuras de Jesucristo arraigan en el alma bien dispuesta, quien las percibe gustosa á toda hora. Mientras que los deleites profanos rebajan al hombre hasta el extremo de equipararle á los irracionales, las delicias del Hombre-Dios le ennoblecen, le dignifican y le perfeccionan. Y así como el hombre sensato jamás puede satisfacerse con los sensuales deleites, se satisface siempre con los de Jesucristo. Aquéllos, una vez probados, le producen asco, le llevan al sentimiento y al dolor: éstos, una vez santamente gustados, le causan dulces alegrías, ensayos perfectísimos de los goces eternos.

6. Es que Jesucristo Sracramentado es la felicidad suprema. Ésta es como fuente inagotable que, partiendo de Él, se derrama por el mundo cristiano, percibiendo su agradable frescura y perfecta sanidad los que á ella se llegan con un corazón contrito. Mas hoy se piensa y se desea y se busca poco ó nada al Hombre-Dios Sacramentado, precisamente porque no se le conoce, porque no se le estudia. En esto sucede como en los pueblos atrasados, que no gozan de los útiles inventos modernos, porque los ignoran completamente. Dolor inmenso es no conocer á Jesucristo, y todavía constituye mayor dolor no gozarle. En lugar de separarnos y alejarnos de Jesús hasta perderlo de vista, ¿por qué no vamos en su busca y nos acercamos y nos unimos á Él? El retraimiento de los hombres, en esta parte, es la característica del estado triste y decaído de la sociedad actual. Si Jesucristo es la felicidad suprema, ¿por qué no le apetecemos? ¡Ah! Cuando se conoce bien al Hombre-Dios, cuando se enlaza el cristiano con Él, por motivos de caridad santa, el misterioso nexo que media entre ambos se va estrechando lenta pero indefectiblemente. El ejemplo se destaca en los que fueron grandes pecadores y después llegaron á ser también grandes santos. Veo á María Magdalena, escándalo de su ciudad, amar tan intensamente á Jesucristo,

una vez le ha conocido, que llega á ser canonizada por el Divino Maestro. Veo á Saulo, terrible perseguidor de la Iglesia, concebir hacia el Redentor un amor tan fuerte, después que le ha visto en el camino, que le lleva hasta superar todos los trabajos, los tormentos y la muerte. Veo al Agustino subir las gradas del amor perfecto, luego que ha llorado amargamente sus pecados, que ha podido revelarnos secretos divinos. Veo á Margarita de Cortona y á María Egipciaca, elevarse sobre sí mismas hasta llegar á Dios, una vez detestaron sus culpas, que asombraron al mundo con su ejemplar vida. Y como estos bienaventurados, fueron otros muchos los que después que conocieron á Jesucristo le amaron dulcemente hasta el morir.

Es que en el Sacramento eucarístico se halla cuanto puede apetecer el cristiano; lo cual se demuestra también porque en el mismo Sacramento se sobrellevan todos los trabajos, y por su medio podemos conseguirlo todo.

§. II.

2. En uno de esos felices arranques, propios de almas enamoradas del Salvador, pudo llegar á decir el santo Apóstol: «Todo lo puedo con Aquél que me conforta (1);» y él mismo, con aquella perfecta ingenuidad acompañada de la sencillez asombrosa que le caracterizaba, da cuenta de las grandes y repetidas adversidades sufridas por él en obsequio del honor de Jesús, y del intenso deseo por su propia y ajena salvación. Todo se puede sobrellevar, en efecto, apoyados del brazo de Jesucristo. Si Jesucristo está con nosotros, ¿quién podrá contra nosotros (2)? añade S. Pablo. He ahí por qué con toda razón solía decir la mística Doctora del Carmelo, que «quien á Dios tiene nada le falta, pues solo Dios basta (3).»

Y semejante afirmación, ¿es una afirmación nacida del fervor indiscreto que la razón no aprueba? Nada de extra-

(1) Ad Philip. IV, 13.
(2) Ad Rom. VIII, 31.
(3) Poesías de la santa.

ño tiene que el Dios Omnipotente comunique parte de su poder al hombre para que éste, en caso necesario, adquiera, aún en su cuerpo, algunas de las propiedades del espíritu, con objeto de hacerse resistible á los atrevimientos humanos, á la fiereza de los irracionales, y á las violentas inclemencias del tiempo. En este caso, ¿qué es lo que no podrá tolerar el hombre cristiano? Qué obstáculos no vencerá, qué fuerzas no sujetará, qué trabajos no superará?

8. «Todo lo puedo con Aquél que me conforta,» y esta frase repitieron cien veces prácticamente en medio de sus terribles adversidades, S. Ignacio, patriarca de Constantinopla, sufriendo en largo destierro las iras de Focio y de Miguel el Beodo; S. Luis, rey de Francia, pobre y prisionero en el Oriente; el sabio Fr. Rogerio Bacón, encarcelado y tratado de loco y de mago por sus mismos prelados; el beato Jacopone, sufriendo alegremente las duras prisiones en que le había aherrojado una de las facciones de Italia; y S. Pedro de Alcántara, despreciado y maltratado por sus propios hermanos.

«Todo lo puedo con Aquél que me conforta,» añadieron, en medio de sus amargas penas, el príncipe S. Hermenegildo desde su prisión en Tarragona; el papa S. Gregorio VII, afligido por los sacrílegos desmanes de Enrique IV de Alemania; el gran Savonarola ante la hoguera preparada por sus enemigos; la patriota Juana de Arco en presencia del infame suplicio deparado por la horrible ingratitud de sus mismos paisanos; y S. Luis Bertrán en las aflicciones contínuas que le ofrecía su temperamento.

«Todo lo puedo con Aquél que me conforta,» exclamaron en sus largas enfermedades Sta. Clara de Asís, postrada catorce años continuos en el lecho de dolor; N. P. S. Francisco, abatido por su estado enfermizo hasta llegar á quedar casi ciego en sus últimos años; y Sta. Teresa de Jesús, oprimida con recios y largos dolores.

«Todo lo puedo con Aquél que me conforta,» profirieron con perfecta alegría, sumidos en el penoso destierro, Osio, obispo de Córdoba, desde Sirmio; el papa Liberio desde

Berea; S. Atanasio desde los múltiples lugares á donde fué confinado; el canciller Tomás Moro desde el calabozo; la reina María Stuard desde el suplicio; el rey Luis XVI en la obscura torre del Temple; Pío VI en Valence; Pío VII en Grenoble y Pío IX en Gaeta.

«Todo lo puedo con Aquél que me conforta,» dijeron á coro Esteban, recibiendo las pedradas; Andrés, abrazado á la cruz en que fué crucificado; Ignacio, esperando á las fieras; Fructuoso, al entrar en la hoguera; Lorenzo, al ser tendido en las parrillas; Sebastián, recibiendo las saetas; Vicente, en el horno de cal viva; Engracia y Eulalia, siendo golpeadas; Justo y Pastor, al ser degollados; S. Pedro Bautista y sus hermanos, al ser en la cruz atravesados.

Sí; todo lo pudieron con Jesucristo Sacramentado á quien santamente comulgaron antes de experimentar los tormentos y la muerte; y ese Pan celestial era el Pan de los elegidos (1), el Pan de los fuertes, ya que nadie se consideraba digno del martirio sin tomarle antes (2); y por eso lo arrostraron todo hasta poder desafiar las furias humanas é irracionales que les condujeron á la eternidad dichosa de los justos.

¿Qué es lo que no podremos tolerar, apoyados con Jesucristo Sacramentado? El cristiano más tímido, que confía en Jesucristo, puede ser tan paciente como Job, tan sufrido como José, tan valiente como David, y tan denodado como Eleazar.

¿Quién como Dios?, gritó S. Miguel en presencia de los infernales espíritus que disputaban al Omnipotente su gloria; y como el arcángel podemos nosotros repetir asimismo á la vista de todos nuestros enemigos, seguros que como él, nuestros adversarios serán vencidos, humillados y proscriptos por el Señor; y nosotros pasearemos triunfantes en espíritu durante esta vida, y en cuerpo y alma en la eternidad, apoyados tan sólo de Aquel Jesús que nos conforta.

9. Es notorio á los ojos de la Fe Católica que por esta

(1) Zachar. IX, 17.
(2) S. Cipriano.

palabra *todo* se sobrentienden: 1.º la gloria de Dios, y 2.º las necesidades del alma y también las del cuerpo que ayudan ó convienen á aquélla en orden á su santificación y salvación eternas. El Hombre-Dios nos dejó trazado el plan y método perfectos que debemos adoptar para la oración práctica, en las palabras: «Padre nuestro que estás en los cielos, etc. (1);» y á su fiel contenido se refería cuando en ocasión solemne dijo á sus discípulos: «Todo cuanto pidiereis á mi Padre en mi nombre os será otorgado (2).» La oración elevada con recto espíritu al Excelso tiene un valor inmenso, y ciertamente es despachada: «Pedid y recibiréis (3).» Pero cuando esta misma oración es pronunciada por labios puros, en nombre del Unigénito del Padre, adquiere un carácter divino, el sello que le ha impreso Jesucristo; y entonces, no hay duda de que el Padre la oye, y el Hijo de Dios fuerza, por decirlo así, á su Padre á que la despache satisfactoriamente.

10. Este dogma consolador de la Religión Católica, según el cual, todo cristiano posee en Jesucristo un abogado de sus causas y un medianero entre el cielo y la tierra, todavía adquiere nuevos quilates, todavía es mucho más hermoso si se considera su práctica, no individual, sino en común. Ciertamente que la plegaria, murmurada en común, recibe unas energías tan grandes que impulsan extraordinariamente al Omnipotente á que la oiga y despache. He ahí por qué la asistencia divina que, en particular no prometiera el Hombre-Dios más que al Príncipe de los apóstoles para la seguridad é infalibilidad de la Iglesia, la promete indefectiblemente para su consuelo á los que oran en común, declarándoles en estos hermosos términos: «Donde estuviereis dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de vosotros (4).» Y qué, ¿no es una bella garantía de rectitud y de acierto el saber que Jesucristo se halla milagrosamente en medio de nosotros cuando nos juntamos

(1) Math. VI, 9.
(2) Joan. XIV, 13.
(3) Math. VII, 7.
(4) Math. XVIII, 20.

á orar ó á deliberar en su nombre? ¡Economía admirable de nuestra Religión augusta, que en las puras asambleas cristianas nos fía el cumplimiento de tan importante promesa!

11. Todas estas altas consideraciones, empero, se refieren á Jesucristo, contemplado desde el punto de vista glorioso que posee á la diestra del Padre; mas cuando pretendemos referirlas al estado sacramental que posee en la adorable Eucaristía, ¡ah! entonces es cuando la oración privada, y más aun la oración pública, y todavía más cuando la plegaria es elevada en nombre de Jesucristo Sacramentado, recibe toda la energía y valor que el Hombre-Dios quiere y sabe dar á nuestras humildes peticiones. Desde el Sacramento está en medio de nosotros y no precisa ya que nos reunamos dos ó tres en su nompre para conseguir su dulce presencia, sino que el más pobrecito é ignorante puede, estando solo ante la Eucaristía, sentirla de cerca. Es que Jesucristo desde el Sacramento se muestra mucho más espléndido que desde el cielo, y desea que á aquella fuente nos acerquemos para percibir sus divinas influencias.

El valor de la oración pública hecha á Jesucristo nos lo patentizan las sagradas Letras y las páginas eclesiásticas. ¿Qué significa el haber sido S. Pedro milagrosamente libertado de las cadenas á influencia de la ferviente oración, hecha con este motivo por toda la Iglesia (1)? ¿Qué indica la acertada elección de S. Matías á impulsos de los ruegos de los apóstoles (2)? ¿Qué denota el triunfo completo sobre el paganismo y sobre sus propias vidas, alcanzado por S. Mauricio y compañeros mártires después que hubieron orado en común? ¿Qué publican las rogativas solemnes en tiempos de calamidades y las no menos acciones de gracias tributadas luego que aquéllas cesaron? ¿No acreditan por ventura el valor inmenso de la oración colectiva?

12. En ocasiones dadas, en casos necesarios, la oración privada surte el mismo efecto que la oración pública. Preguntadlo si no al gran Constantino, quien promete su con-

(1) Act. apost. XII., 5.
(2) Act. I, 26.

versión y la de su extenso imperio á Jesucristo si logra la victoria contra Majencio; y aquella cesárea majestad os responderá mostrándoos el Lábaro cristiano y el bautismo que recibiera. Preguntadlo á Sta. Mónica que, bañada en ardorosas lágrimas, ruega por la justificación de su Agustino; y esta ejemplar matrona os señalará á su hijo hecho ya cristiano, presbítero, obispo y santo. Preguntadlo á S. Gregorio, quien suplica al Excelso traslade de lugar un dilatado monte que estorbaba para la edificación de un templo; y el Taumaturgo del Oriente os indicará el templo erigido ya en el lugar solicitado. Preguntadlo á Clodoveo quien, en lo más recio de la batalla, se encomienda de veras al Dios de su esposa Clotilde, prometiéndole al mismo tiempo la conversión suya y de su reino si triunfa de sus enemigos; y aquel esforzado rey de los francos os mostrará con la mano la propagación del Evangelio en sus dominios. Preguntadlo á Fernando III, el santo quien solicita el apoyo del cielo en sus famosas excursiones contra la Medialuna; y el santo rey de Castilla os contará á Jaén, Córdoba y Sevilla como puntos principales de sus conquistas alcanzadas. Preguntadlo á santos, como Antonio de Padua, Vicente Ferrer y Francisco de Paula quienes desde el rincón de sus celdas y puestos de pie en las plazas públicas, interceden por el remedio de todas las miserias humanas; y aquellos célebres taumaturgos, el uno de Italia, el otro de Valencia, y el último de Calabria apenas podrán contaros los enfermos sanados, los muertos resucitados, las calamidades extinguidas, los odios desaparecidos, los malvados domeñados, el vicio y el error huídos, los pueblos tranquilizados, y todo el universo obediente al imperio de sus voces. Preguntadlo, finalmente, á tantos otros humildes fieles que doblaron reverentes sus rodillas é imploraron con fe pura y humildad profunda alguna gracia del cielo á su favor; y ellos sabrán presentaros al hijo sano, á la hermana libre de la infame compañía, al negocio lícito conseguido, y tantas otras súplicas despachadas.

13. Mas, decidme, ¿en qué consistirá que teniendo hoy los católicos tantos negocios de trascendencia suma, cómo es

que viéndonos burlados, perseguidos, maltratados y hasta confinados, no se remedia tamaño mal, contando con tantos católicos que se dicen prácticos y que ruegan, cual es su deber, por su causa que es la causa del Catolicismo? Es que hoy la oración no surte el mismo efecto de siempre? Asegura Jesucristo que si tuviéramos fe como un solo grano de mostaza seríamos capaces de trasladar un monte de una á otra parte (1). Luego si las palabras de Jesucristo son infalibles y eternas podéis responder que el defecto no está en la oración, considerada en sí misma, sino en nosotros; en que, si es verdad que se pide, se pide sin fe, ó con poca fe, ó con fe insuficiente para lograr los apetecidos y saludables fines; en que se pide sin limpieza de conciencia, sin caridad, llenos de egoísmo: vicios terribles que ó impiden la fe formada ó la destruyen por su base; en que se pide sin reverencia, sin respeto á Dios; y claro está que cuando así se ora, sea en privado ó en público, por más que haya una exigua parte de cristianos que oren cual conviene y á quienes el Hombre-Dios Sacramentado esté dispuesto á despachar favorablemente sus peticiones, empero la inmensa mayoría, la casi totalidad, no de los católicos que blasfeman ó no se acuerdan del Altísimo, sino de los que asisten al templo á orar, sumidos en aquellos vicios, empujan hacia la Divinidad misma el brazo poderoso que se extiende sobre la Sociedad Cristiana para derramar sus favores, impidiendo de esta manera los ruegos de los santos.

Después de esta corta digresión, y para la debida confirmación de las consideraciones anteriores, es indispensable que estudiemos en último término que fuera de Jesucristo Sacramentado está sólo el caos.

§. III.

14. Ha dicho la eterna Verdad que sin la ayuda divina, el hombre ninguna cosa puede llevar á cabo (2); y lo que pronunció el oráculo infalible, y declaró el Tridentino como

(1) Math. XVII, 19.
(2) Joan. XV, 5.

dogma de fe, lo ven patentemente á diario los que saben leer historia y tener experiencia de los sucesos mundanos. El hombre, debemos confesarlo, mal que pese al orgullo humano, nada puede sin Dios, absolutamente nada puede en ningún orden de la vida; ni en el orden de la gracia, pues sin el auxilio divino no puede dar un paso en su propia santificación; ni en el orden espiritual, pues es Dios quien le comunica parte de su misma existencia; ni tampoco en el orden físico, pues sin el espíritu que mueve la máquina humana queda la materia reducida á la inercia. Luego el hombre nada puede sin Dios, y los que, llevados de luciferina soberbia, los que cegados con su relumbrante oro, con su frágil cetro, ó con su hinchada ciencia, quisieron disputar al Excelso esta capital é indispensable prerrogativa cayeron en los errores más lamentables, en la desgracia más funesta y en el caos más espantoso.

Con efecto; nada pudieron sin Dios los enemigos más irreconciliables del Catolicismo. Todas sus locas pretensiones contra la Esposa del Cordero se desvanecieron sin ruído, como el humo; todos sus furiosos embates se estrellaron contra Ella, como se estrellan las embravecidas olas del mar contra las duras rocas de la costa; si acaso quedó algo fué como la blanca y revuelta espuma que dejan las olas al chocar contra las piedras, así los adversarios de Cristo, impotentes contra la Institución divina, pudieron legarnos tan sólo la espuma de su rabia frenética.

15. ¿Qué pudieron contra Jesucristo los príncipes, ayudados de sus ejércitos, de su poder y de su oro? Desde el inhumano Nerón á quien antes visitó la muerte que se sació de sangre cristiana, hasta el cruel Diocleciano que simuló figurarse haber acabado con el nombre del Catolicismo; desde el apóstata Juliano que, en su loco frenesí por ganar la batalla á Cristo, cayó en el campo de acción bañado en sangre, gritando: *Venciste, Galileo,* hasta el soberbio Federico que, en los tiempos medioevales, molestó cuanto pudo á la Iglesia; desde el heresiarca Enrique VIII de Inglaterra, que imaginó poder sustituir por sí mismo al Papado, hasta la

sanguinaria Isabel, que pensó exterminar á todos los católicos de sus dominios; desde el impío Napoleón, que se atrevió dirigir sus cañones al Vaticano y aprisionar al Papa, hasta los apóstatas contemporáneos que, estando sobre el timón de los Estados, se figuran que con no proteger á la Iglesia y perseguirla quedará ésta sumida en el vacío: nada pudieron contra Jesucristo. Todos ellos pasaron como pasan ligeramente las tormentas de verano, asustando un poco á los vecinos, pero nada más; y nosotros que les vemos dormir en los sepulcros sin quedar de ellos más que el polvo, y quizá nada; y nosotros que admiramos todavía en pie á la Iglesia, tan hermosa y radiante como cuando surgió de las manos de su Fundador divino, solemos repetir sin equivocarnos:—El hombre sin Dios no puede nada; el hombre que se revuelve contra Dios es aplastado.

16. ¿Qué pudieron contra Jesucristo los herejes, escudados con la ignorancia y el prurito de novedad de las masas, validos de su orgullosa ciencia, y apoyados del brazo de los príncipes? Desde el necio Simón Mago, que pretendió burlarse del Jefe de los apóstoles, hasta el cismático Arrio, que imaginó ser el dictador de las orientales muchedumbres; desde el hipócrita Focio, que soñó en la posesión de una tiara pontificia, hasta el sacrílego Lutero, que se figuró poder ahogar los gritos de su mala conciencia con la fundación de infame Reforma; desde el perverso Calvino que, cual otro voluptuoso Mahoma, se propuso introducir con el hierro y el fuego sus bestiales doctrinas, hasta el solapado Jansenio, que aparentaba gran celo por la devoción católica para mejor separar á las almas de ella; desde el revolucionario Mirabeau, que formaba en público la apoteosis de la voluntad nacional, hasta el mixtificador J. Lamenais que, como un mal menor, sustentaba las cuatro libertades libertarias y defendía la tesis de la separación de la Iglesia y el Estado; desde el conspirador Proudhón, que enseñaba ser la propiedad un robo, hasta el furioso Bakounine que predicó el inhumano sistema del anarquismo: nada pudieron contra Jesucristo. Sus ideas insensatas, las más se des-

vanecieron, y las restantes acabarán de disolverse. Ellos bajaron á la negra tumba seguidos de la execración universal, que ni aún pensó en hacerles solemnes funerales; y nosotros, que contemplamos todavía en pie al Cristo, perseguido de muerte, y le vemos asomarse á la sociedad, más bello si cabe que antes, como cuando el sol se asoma en el horizonte después que pasaron las nubes que le empañaban, solemos repetir para nuesto gobierno:—El hombre sin Dios no puede nada; el hombre que se revuelve contra Dios es aplastado.

17. ¿Qué pudieron contra Jesucristo los pseudo-filósofos armados de una pluma que animaban frenéticos delirios? Barkokobas echó á volar la especie de que él era el Mesías enviado para libertar á Israel; mas aquel farsante, después que fué causa de la muerte de seiscientos mil israelitas, pereció ahogado por una serpiente. Miguel Servet negó en público el Misterio de la Sta. Trinidad; mas el desdichado galeno fué quemado vivo por sus mismos correligionarios. Jordano Bruno atrevióse á negar toda religión positiva; mas este práctico ateo expiró en infame cadalso. Voltaire se pasó setenta años desafiando y queriendo aplastar al Redentor; mas el padre de la impiedad, abandonado en sus últimos momentos de Dios y de los hombres, murió entre la rabia de sus imprecaciones y el espanto de sus ahullidos. Robespierre demolió las iglesias, asesinó sacerdotes y religiosas y paisanos; mas este revolucionario acabó por ser guillotinado entre los vítores del pueblo francés, que se alegraba de su muerte. Es que, asimismo, los pseudo-filósofos nada pudieron contra Jesucristo; y nosotros, que nos reímos todavía de sus locas amenazas, al ver que de su obra nada ó poco queda, mientras que subsiste erguida la Obra del Salvador, solemos decirnos mutuamente:—El hombre sin Dios no puede nada; el hombre que se revuelve contra Dios es aplastado.

18. ¿Qué es lo que puede el cristiano que no cuenta con Dios? Ahí tenéis al cristiano criminal, al cristiano indiferente, al cristiano dormido. Aquél vive muy lejos de su profesión de católico, entregado á los placeres y á sus ilícitos

negocios; ése, lo mismo reza que blasfema, lo mismo alarga una limosna que comete viles usuras; éste cree y desea la prosperidad de la Religión y la extirpación de los vicios y errores; pero, acostumbrado á no hacer nada en cuanto á la Causa Católica, obra como si esta Causa no existiera, relegando un asunto, que es de la incumbencia general, á sólo los Ministros de la Iglesia. Ninguno de los cristianos mencionados puede adelantar un paso en la virtud cristiana ni cumplir con lo más elemental de sus deberes. Quieren vivir sin Dios, ó alejados de Él; y nada pueden en orden á su salvación, pues de Dios se olvidan ó para nada cuentan con Él. Se perderán, como no cambien de conducta. ¡Ah! la impotencia es la funesta desesperación del soberbio, que pretende obrar independientemente del Altísimo. Es que fuera de Jesucristo sólo está el vacío, sólo está el caos.

19. Al resumir, puedo hacer constar que Jesucristo Sacramentado, el Dios-Hombre que nos ilustra y nos concede vitales energías desde la santa Hostia, es el todo del cristiano; 1.° por ser el Hombre-Dios, por hallarse en Él todas las delicias y la felicidad suprema. 2.° porque en Jesucristo Sacramentado se sobrellevan admirablemente las adversidades, las penas, las enfermedades, las persecuciones, los tormentos y la misma muerte. 3.° porque por medio de Jesucristo Sacramentado podemos conseguir cuanto pidamos al Padre y convenga á nuestra salvación, y 4.° porque fuera de Jesucristo Sacramentado no hay más que la ignominia y el caos, pues nada pudieron contra el Hijo de Dios sus implacables enemigos.

Y, antes de dar feliz término á este asunto no estará de más que llame al corazón del católico para decirle que, puesto que ha leído los conceptos precedentes, procure buscar en la Divina Eucaristía todo su bien; y no se olvide nunca de llamarla en sus angustias, de requerirla en sus enfermedades, de recibirla en la mansión de su espíritu, seguro de que, si así lo practica, conocerá por experiencia propia que *en Jesucristo Sacramentado se halla todo cuanto puede apetecer el cristiano.*

EJEMPLO

Junto á Marsella hubo un conde muy devoto del Sacramento Santísimo. En obsequio suyo oía cada día cuantas Misas podía y comulgaba todas las semanas. Llegó el trance de la muerte y, dispuestas que tuvo todas sus cosas temporales, luego de haber confesado bien, sentía en el alma que por causa de los vómitos no podía recibir á aquel Señor que durante toda su vida había sido y era su Dios, su consuelo, su alegría, su padre y maestro y esposo de su alma. En Jesucristo Sacramentado tenía cifradas todas sus esperanzas, por cuya razón crecían sus angustias á medida que se acercaba la muerte y no le era posible comulgar.—Por lo menos, dijo al sacerdote, hacedme el favor de traerme el Santísimo Sacramento, para que yo le vea y le adore.—Concedido el obsequio, instó al ministro de Dios hiciese con la Santa Hostia una cruz sobre su pecho, que para el efecto tenía descubierto ¡Oh grandeza de la piedad de este Señor Sacramentado, cómo consuela á los que esperan en Él y á nadie desprecia de los que en Él confían! Al momento la Hostia consagrada sálese de las manos del sacerdote, éntrase en el pecho del doliente, milagrosamente abierto, y colócase sobre el corazón. El alma del conde se halla anegada en un mar de inefables consuelos. Poco después, y á la vista de los circunstantes, la Divina Hostia regresa ella misma á las manos del eclesiástico, mientras que el paciente, bañado en santa alegría, expira plácidamente en el Señor. *Card. Belarmino; Declaración de la Doct. Cristiana.*

TRATADO VI

LA CÁTEDRA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Virtudes que practica Jesucristo en la Eucaristía y que nos propone imitar.

Post hæc, fili mi, ¿ultra quid faciam?

Después de todas estas cosas, hijo mío, ¿qué más me resta por hacer?

GENES. XXVII, 37.

ADVERTENCIA

Con objeto de proporcionar abundante doctrina eucarística á los lectores de esta Obra, y de conformidad con el Plan de la misma, presento á continuación unos amorosos coloquios entre Jesús y el alma devota del Sacramento. Su materia serán las virtudes que el Salvador exhibe en la Divina Eucaristía, y en ellas encontrará el espíritu cristiano un modelo sin igual de perfección y verá al propio tiempo sus propias imperfecciones.

Ya que á Jesucristo, según el texto arriba declarado, luego de habernos otorgado el Sacramento Santísimo, ninguna cosa le ha quedado por darnos, pues con Él nos ha hecho partícipes de todos sus bienes; asimismo, el alma amante de la Santa Eucaristía, después que á la vista de las bellas virtudes que el Redentor manifiesta en la Hostia inmaculada, se decida á copiarlas en el terreno de la vida práctica, podrá

dirigirse á Jesucristo y decirle de la misma manera:—Después de todas estas cosas, ¿qué más me resta por hacer?

Prometo no ser largo para no ser pesado, ya que es preferible lo breve, tomado con placer, á lo difuso, llevado con tedio ó trabajo. ¡Ánimo, lector querido!

I

Jesucristo en la Santa Eucaristía nos enseña la virtud de la Obediencia.

Voz de Jesús.—Si supieras, alma querida, el amor inmenso que en este bello Sacramento te profeso, seguramente me corresponderías con todas las fuerzas de tu corazón. Mírame en la santa Hostia sujeto á las criaturas, de tal modo que éstas pueden hacer de mí cuanto es de su agrado. No sólo he obedecido desde una eternidad al que me engendró, sino que he condescendido también con los deseos de los hombres. No bastó, no, á mi amor haber dado mis manos y mi cuello á los deicidas para que, por breves momentos, los amarrasen con duras sogas á la fría columna del Pretorio; mi amor hacia ti me ha atado eternamente con fuertes cordeles á la prisión del sagrario; tú me tienes encarcelado, y por más que no te dignes venir con frecuencia á visitarme para hacerme llevadera la soledad en que vivo, he ahí que no quiero trabajar por mi libertad á fin de que tú me encuentres siempre aquí cuando de mí esperes conseguir algún favor. Veinte siglos ha que me he entregado á ti sin reserva, como fino esposo que se entrega á la voluntad de su fiel esposa, de tal manera que el Criador parece criatura y ésta, señora del mismo Dios. Yo no pude en mi infinita sabiduría y en mi suma omnipotencia inventar otra Prenda más oportuna y más grata, para aleccionarte en la obediencia debida á Dios y á tus superiores, que la que admiras en la Eucaristía. ¿Qué más pude hacer por ti que no haya hecho?

Basta una insinuación canónica del sacerdote para que Yo, sin abandonar los dulces regalos del cielo, baje á compartir con mis hermanos sus penas y tristezas; un deseo tuyo es suficiente para que me hospede en tu alma. Me llama el enfermo y voy á su casa; me solicita el encarcelado y corro á su prisión; me implora el infortunado y vuelo á su guardilla. Pide mi apoyo el desvalido y se lo concedo; busca su consuelo el triste y se lo doy; alarga su débil mano el miserable y le tiendo amoroso mis brazos. El justo me recibe sacramentado y le otorgo contento mi gracia; el pecador y el criminal me buscan para hendir en mi Corazón el puñal de la culpa y Yo voy á ellos, con disgusto, sí, pero en fuerza de la promesa sacramental. ¿Puedo quizá ser más obediente en la Eucaristía?

¡Oh! ¿Te has aprovechado alguna vez de tantas lecciones prácticas? ¿Has aprendido ya á estar sometida religiosamente á tus mayores? Esa virtud especial que vuelve pronta la voluntad del hombre para ejecutar los mandatos del superior legítimo (1); esa virtud que infunde en el alma todas las virtudes, é, infundidas, las conserva (2); esa virtud, la obediencia, por la cual serán bienaventurados en la eternidad los que la consiguieren (3), y aún en el tiempo éstos mismos serán auxiliados de mi mano (4) y confortados con mi brazo, ¿la practicas, tú, alma mía? ¿La amas como yo la amé con la obra, con la voluntad, y aún con el entendimiento, hasta la muerte de cruz?

¡Ah! Por desgracia, el espíritu de insubordinación y de independencia se ha apoderado hoy de casi todos los hombres; se desprecia la autoridad legítima porque no se me quiere á mí; llenos de infernal soberbia se creen bastante sabios, bastante fuertes, bastante prudentes para proclamarse independientes de todo yugo divino y humano; y no es para dicho las funestas consecuencias que de estos principios se

(1) Sto. Tomás, 2.ª 2æ, q. 104, a. 3, ad 3.
(2) S. Gregor., lib. 35 Moral.
(3) Luc. II.
(4) Ps. LXXXVIII, 22.

originan en todos los órdenes sociales, pues tú misma observarás con horror la multitud innumerable de males existentes, efecto sin duda de aquellas causas. Tú misma, ¿no aspiras á vivir en ese ambiente de libertad moderna?, allá, en el fondo de tu espíritu, ¿no te quejas amargamente de lo pesado de las leyes, del genio más ó menos fuerte de tus superiores, y de las múltiples trabas que te impiden gozar de mayor libertad de la que actualmente posees? ¿No murmuras, no criticas la conducta tradicional de tus antepasados en este respecto, y hasta preconizas, al tratar de libertad, ciertas ideas modernas por cierto disolventes? Créeme; esa libertad, mejor que su nombre debiera clasificarse libertinaje, esclavitud durísima con que Lucifer aprisiona á los que busca para sí. No te dejes, no, ilusionar por esas mal llamadas conquistas de la libertad contemporánea, ni seguir á los que predican ilustración, progreso y civilización modernos, hijos de esa libertad reprobada; antes bien, vive atada á la observancia de mis santos preceptos, que te enseñan á obrar el bien dentro de la verdadera libertad; y, escuchando humilde las lecciones que desde la Hostia inmaculada te predico, haz por llevarlas al terreno de la práctica, con lo cual conseguirás el premio que te espera.

Alma.—¿Quién no os amará, dulcísimo Jesús, viéndoos en el Altar tan obediente á los ruegos de los hombres? Quién no imitará vuestra conducta, oirá vuestros consejos y guardará vuestros preceptos, sabiendo que Vos, no sólo sois obediente á vuestro Padre, sí que también á vuestros hijos? ¿Quién ha oído prodigio semejante? Bien conozco, Señor, que me cuesta obedecer á mis superiores, que me gusta alguna independencia, y que tengo propensión á dominar á mis semejantes; pero también comprendo que debo corregirme de estas inperfecciones, á la vista de Vos, prisionero por mi amor en el sagrario, y más que en el sagrario, en las estrecheces de pequeña Hostia, donde os inmoláis á vos mismo en las aras sublimes de vuestra obediencia al Padre. En adelante, Dios mío, admiraré de mejor grado el ejemplo que me dáis en la Santa Eucaristía; escucharé vuestros man-

datos, y trazaré mi norma de conducta según la vuestra, ya que vuestra vida fué una perfecta vida de obediencia y de sacrificio hasta la muerte. Quiero seguir las huellas de mis antepasados, vuestros siervos, sin declinar de la tradición que gloriosamente nos dejaron, para trabajar en el orden social y económico; y Vos, que jamás desoís al que os invoca, he ahí que golpeo las puertas del sagrario para que me escuchéis amoroso, y me concedáis placentero las mercedes que solicito por vuestro amor. Amen.

II

Jesucristo en la Santa Eucaristía es ejemplar de Humildad.

Jesús.—Aprende de mí, alma mía, porque soy manso y humilde de corazón y hallarás el descanso deseado. Esta segunda virtud, necesaria para tu salvación, fué ignorada del mundo pagano, y á no ser por mi visita á la tierra hubiera sido desconocida. Es preciso abatirse para ser ensalzado; es indispensable no ensoberbecerse para ser justificado. Y Yo, que he trabajado siempre por justificarte y aún por ensalzarte, viendo que tus caminos eran el orgullo y la ambición, determiné darte ejemplo de humildad profunda, bajando del trono de mi gloria, al seno de mi Madre y desde el seno de mi Madre, al Calvario del Altar, donde me oculto silencioso tras los velos eucarísticos de pan y vino, materias las más ordinarias y modestas. En el Sacramento, siendo infinitamente inmenso, me estrecho hasta semejarme á la nada; siendo infinitamente rico, me contento con la decencia de un copón y la pobreza del sagrario; siendo infinitamente glorioso, encojo mis resplandores tras las nubes de especies consagradas; siendo infinitamente poderoso, suspendo la fuerza de mi poder què aparece como nulo. He querido en la Sta. Eucaristía semejarme á la nada para que tú pienses de ti bajamente y no te engrías á la vista de tus dones, pues, no siendo tuyos, tienes motivos suficientes para dirigirlos á su autor. He dispuesto la humildad del Sacramento para que

aprendieses de su virtud y pudieses ser ensalzada como me ensalzó mi Padre en vista de mi abatimiento. Si no te hicieres semejante á los niños en tu humildad y sencillez, no podrás entrar en el reino de los cielos (1); pues yo, en verdad, atiendo á la oración del humilde y no desprecio sus plegarias (2), asi como resisto á los soberbios y doy mi gracia á los humildes (3).

Toda la regla de la sabiduría cristiana consiste en la verdadera y voluntaria humildad (4); y es humildad verdadera el tenerse en pobre concepto á sí mismo, alabar sin envidia ni odio las buenas cualidades del prójimo (5), y en ocuparse en oficios bajos (6). Ten presente que la humildad es madre de la verdadera sabiduría (7), muralla inexpugnable para resistir los ataques del enemigo (8); y que el que adquiere virtudes sin la humildad, es como el que lleva el polvo á merced del viento (9).

No obstante, el orgullo y la ambición de los honores carcomen hoy el corazón humano. Se desea ser grande según el mundo; la desnudez, la pobreza y la sencillez del alma son despreciadas y vilmente ultrajadas; el afán desmedido por ser y aparecer grandes invade el corazón como creciente ola que, subiendo hasta los ojos, los niebla para que no vean los precipicios de que la grandeza mundana está cercada. ¿Qué son y significan el lujo, la educación moderna, la monomanía por exhibirse, por influir, por estar en todas partes, la satisfacción en medio del banquete opíparo, del bullicio aristocrático, de la casa amueblada con todas las exigencias de una sociedad sibarita, y el sentimiento, la tristeza que se tiene cuando rodea la modestia del vestido, de la casa y del paseo? Es que se prefiere el orgullo y la

(1) Math. XVIII, 3.
(2) Ps. CI, 18.
(3) I Petr. V, 6.
(4) S. Agust., Serm. 8 de Epifan.
(5) S. Greg., sup. Ezeq.
(6) S. Ciprian., in Hexamet.
(7) S. Chrisost., hom. 48 in Math.
(8) S. Ephren., Pærem. 46.
(9) S. Greg., hom 7 in Joan.

soberbia á la humildad y á la moderación. ¿Eres tú así, alma querida? Piensas según el mundo y te dejas llevar de sus máximas? Quizá más de una vez habrás desoído las voces que te doy desde el sagrario; quizá habrás olvidado mis lecciones, ó no las habrás puesto nunca en práctica. Vuelve, vuelve atrás, si has declinado á la izquierda, y ven á mi Cátedra eucarística para escuchar las lecciones que á todas horas doy á mis discípulos.

Alma.—Con sobrada razón desaprobáis, Dios mío, las corrientes actuales del mundo; pero ciertamente habéis aplicado vuestro dedo en mi llaga, pues yo por desgracia ¡no me ruborizo en decirlo! me he dejado llevar del frenesí social, despreciando la humildad y amando el fausto y la grandeza. Pequé, Señor, os diré con el real profeta; he obrado el mal en vuestra presencia (1), he andado tras la vanidad y la mentira, he sido pesada de corazón (2)... Pero, ¿hasta cuándo, Señor, hasta cuándo? Que Vos, Ser infinito, os hayáis empequeñecido en la Hostia eucarística; y que yo, ser exiguo, pretenda levantarme sobre mí misma y sobre los demás. Que Vos, Ser magnífico, eclipséis vuestros resplandores en el Sacramento; y que yo, ser ruín y despreciable, quiera mostrar dotes que no tengo y ostentar una gloria que no es mía. Que Vos, Ser hermosísimo, echéis en el sagrario opaco velo á vuestra Belleza perfectísima; y que yo, miserable é imperfecta, busque ajenos atavíos para hermosear mi fealdad y abrillantar lo que nada vale... ¡Ah! esto no es digno, esto no es noble, esto no puede seguir así. Yo, pues, me confundo, me confundiré con el polvo, me hundiré en el olvido y en el desprecio para acordarme de Vos solo y de vuestras cosas, para amar á Vos solo y á mis hermanos por Vos; y puesto que al corazón contrito y humillado jamás despreciáis, hedme aquí, Señor, en vuestra presencia, resuelta á escuchar vuestras lecciones, y dispuesta á ponerlas en práctica, para lo cual necesito y os pido reiteradamente vuestra gracia. Amén.

(1) Ps. L, 6.
(2) Ps. IV, 3.

III

Jesucristo en la Santa Eucaristía nos muestra la virtud de la Pobreza.

Jesús.—Aunque por hermosa peana tenga al universo con sus variados primores; aunque por regio dosel me adorne la infinidad; aunque posea en mi mano todas las riquezas existentes y posibles, es indudable, alma mía, que el Todopoderoso, humanado, quiso ser pobre y aparecer como tal. Para vestir el ropaje del hombre escogí pobre doncella y modesta habitación; para nacer preferí mísero establo y la compañía de brutos animales; para abrigarme no rehusé pañales ordinarios y estrecho pesebre; para vivir adopté la casita de humilde operario, comida parca y vestido áspero; para ejercer mi divina profesión me asocié á pobres pescadores, anduve á pie descalzo, pedí limosna y carecí de habitación; para morir me entregué en manos de la desnudez, no teniendo siquiera donde reclinar mi cabeza, comodidad que no negué á las aves del espacio. Todos estos prácticos ejemplos de pobreza pasaron, es verdad; mas Yo quise que esta virtud, tan ódiosa á la naturaleza corrompida, estuviese latente de algún modo en la tierra, como lo podrás admirar en la Santa Eucaristía, en la cual me he desnudado del ropaje de gloria á cambio de los modestos accidentes eucarísticos con los que he cubierto mi Persona divina, pudiendo haberlos reemplazado por otros medios vistosos, grandes y soberbios. Verás que me dejo colocar en sagrarios no lujosos, sobre lienzos ordinarios y en iglesias pobres. Para mi servicio no exijo riquezas, ni suntuosidad, ni magnificencia; si los hombres me rinden culto de esta manera lo acepto gustoso, pero contentándome con un corazón limpio y unas formas desprovistas de grandeza y ruído. Me entrego con preferencia á los humildes, á los enfermos, á los necesitados, á los trabajados, á los desgraciados, según el mundo; pero no rechazo á los grandes de corazón, á los ricos y potentados, á los sanos y alabados de los hombres.

Sin embargo; mis ejemplos, por lo general, no son secundados; los hombres se avergüenzan, no ya de ser pobres, sino de parecerlo, olvidando la bienaventuranza eterna que prometí á los que fueran pobres de espíritu (1), y no pensando que el que no renuncia á todo lo que tiene (al menos con el afecto) no puede ser mi discípulo (2). El mundo está ciertamente equivocado en extremo en lo que respecta á la pobreza como prenda moral. Ella es como la madre de todas las virtudes (3), y medio facilísimo para adquirirlas (4). Es siempre rica, nunca teme padecer miseria en este mundo, teniendo el privilegio de poseerlo todo, poseyendo al Señor de todo lo criado (5). Con ella se compra el cielo (6), como lo compraron sus profesores, siguiendo mi ejemplo, el ejemplo que les di desde Nazaret y el Gólgota, y ahora desde el Sacramento.

¿Tienes tú, sin duda, idea de la pobreza cristiana? ¿Prefieres la comodidad y el regalo, el fausto y la grandeza á la mortificación y sobriedad, á la decencia y parsimonia? ¿Te sonrojas de parecer pobre, desvalida y despreciada? Yo también fuí despreciado por ser pobre y desvalido en la tierra, pero gozo de la gloria de mi Padre en recompensa de mi resignación, de mi alegría y de mi amor á la santa pobreza, y tú, asimismo, llegarás á ser copartícipe de mis glorias si vivieras pobre y resignada, amando esta virtud por mi amor. Si esto no has conseguido todavía, no titubees por acercarte al Tabernáculo, que Yo te daré los auxilios eficaces para que lo alcances.

Alma.—¡Oh Dios mío! Gracias sin fin te doy por el grato ofrecimiento que me haces de tus dones para que yo sea cual debiera ser. He visto á los prevaricadores y me he consumido de dolor (7), porque despreciaron tu ley santa; pero que ellos se porten así, no tiene nada de extraño, atendida

(1) Math. V, 3.
(2) Luc. XIV, 33.
(3) S. Ambros., lib. V. in Luc.
(4) S. Greg. Nacianc., Ep. ad Helen.
(5) S. Leo., Serm. 4 in Quadrag.
(6) S. August. in Ps. 76.
(7) Ps. CXVIII.

su profesión de perversos; mas yo que profeso tu ley y creo amarte como hija, ¡oh cómo me confundo á mí misma! Con verdad que me he dejado llevar del espíritu de grandeza mundanal; que he apetecido el regalo y las vanidades seculares; he deseado todavía más de lo que lícitamente puedo usar, administrar ó poseer. Repruebo, Señor, las ideas socialistas modernas; rechazo todo pensamiento de lucro é interés; nada de común pienso tener con los que se afanan por los bienes de la tierra; y puesto que comprendo cuáles sean las riquezas que produce la pobreza cristiana, amaré en adelante esta virtud; me estrecharé con ella para poder serviros á Vos, que sois mi vida, y poder recibiros en la Eucaristía, á fin de que este bello Sacramento me comunique la fuerza y el valor necesarios para soportar las incomodidades materiales de esta virtud, prenda de las riquezas celestiales y camino seguro que conduce al paraíso. Así sea.

IV

Jesucristo en la Santa Eucaristía nos predica la virtud de la Pureza.

Jesús.—De todas las grandes virtudes, la más bella es la castidad. Yo me recreo en las almas que la poseen y que se identifican gustosamente con ella. Después que prediqué su observancia con la palabra y el ejemplo, como viera que el hombre no puede ser continente á no ser que reciba de mí esta gracia (1), para que se estimulara á pedirla, dispuse fuese incrustada cual rica perla en el hermoso florón del Sacramento. Ahí late con la vida que le otorga mi Ser y se manifiesta brillantemente al mundo, pues sus vivos resplandores pasan á través de los velos eucarísticos. Es el Cordero inmaculado (2) que no pudo contaminarse con el pecado (3), á quien los sagrados Cantares apellidan Cándido, que se apacienta entre azucenas (4). Su hermosura es supe-

(1) Sap. VIII, 21.
(2) Apoc.
(3) Isai. LIII, 9.
(4) Cant. II, 16.

rior á todas las bellezas creadas (1), y en Él se resume lo Bello y lo Hermoso. La Hostia consagrada revela su nitidez y su pureza. Es redonda, porque la continencia perfecta no sabe tener liviandad que la afee; es blanca, porque la castidad debe parecerse á las níveas claridades de la luna; es limpia, porque la pureza debe semejarse á las corrientes cristalinas de las aguas. Nadie que esté manchado puede participar de la Santa Eucaristía. Su servicio debe ser en absoluto limpio, puro, esmerado, como el servicio del hombre que desea conservarse casto ha de ser honesto, pulcro y santo.

Sí, alma querida; la perfecta pureza une con Dios (2), y á Él verán los castos, porque son bienaventurados los limpios de corazón (3). La castidad hace de los hombres ángeles; el que la guarda es un ángel (4); ella honra los cuerpos, adorna las costumbres, es el freno del pudor, el origen de la pureza, la paz de las familias y la primera condición de la concordia (5). Siendo esto así, revelando á la pureza el Sacramento de los altares ¿no amarás esta virtud? ¿Huirás de los reflejos eucarísticos para que no impriman en ti el calor de la santidad? ¿Pero qué digo? Te veo ciertamente mezclada en muchos peligros que en un momento dado pueden derrocar el fuerte castillo de la santidad. Tú no temes frecuentar aquellas amistades profanas, alimentar aquella pasión violenta, asistir á espectáculos libres, leer novelas inmorales, fomentar ciertas vanidades y pasar el tiempo ociosamente; pero allá en el fondo de tu corazón el gusano de la conciencia morderá de vez en cuando sus delicados pliegues y tú no dejarás de sentir el dolor agudo de sus mordeduras. No sigas ese camino que, por ser resbaladizo, al precipicio conduce; déjate, déjate de ciertas chanzas y diversiones que no dejan de ser liviandades graves y pueden perderte para siempre. Entabla en lo sucesivo una fiel correspondencia

(1) Ps. XLIV, 3.
(2) Sap. VI, 20.
(3) Math. V, 8.
(4) S. Ambros., lib. I de Virg.
(5) S. Ciprian. De bono discip.

conmigo, para que esta grata correspondencia engendre una amistad purísima con el Dios de las virtudes, y para el efecto no te separes de mi Sacramento eucarístico; ven á visitarle diariamente, caldea tu alma en la fragua de los amores del Hombre-Dios sacramentado; y Yo te aseguro que á medida que llenes tu corazón del fuego divino se irá vaciando todo calor profano; tu espíritu adquirirá las propiedades del mío, y la pureza inundará tu corazón, para hacerte dichosa en esta vida y más dichosa todavía en la eternidad.

Alma.—¡Oh Jesús mío! No puedo hablar en vista, por una parte, de tus amargas quejas y por otra, de tus divinos consejos. Ciertamente me reconozco culpable. Confieso que con dificultad se puede vivir cristianamente entre las seducciones de un mundo prevaricador. En él todo me atrae hacia sus malos caminos; sus amigos me inducen á la sensualidad; me veo en inminente peligro de sucumbir á la tentación; temo condenarme. ¿Qué haré, Jesús mío? ¡Ah! ya lo sé; me apartaré del bullicio del mundo, al menos con el afecto, y consagraré los ratos libres que mis ocupaciones permitan á estudiar en la escuela de vuestro Sacramento santo. Sentada en las gradas del santuario, oiré constante vuestros consejos; me inspiraré en la pureza de la Hostia divina; y, siguiendo el camino por Ella trazado, procuraré no declinar á ningún lado á fin de conservarme pura entre las miserias del tiempo. Haré más. Atraeré en derredor de la Hostia inmaculada los que fueron mis amigos en el mal; allí gemiremos á la vista de nuestros pasados extravíos; derramaremos en su presencia nuestro corazón para que lo enfervorice en el servicio divino, y en adelante repararemos el mal que cometimos con una conducta más digna y ejemplar.

V

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es mártir del silencio.

Jesús.—Los desiertos con sus arenales inmensos, los campos con sus extensas llanuras, los montes desprovistos de

vegetación y el mar con su mudo y continuo oleaje, pregoneros son de la virtud del silencio. Pero estas bellas obras mías que conducen á pensar en el cielo, no deben aleccionarte tanto como la sepulcral quietud que guardo en el Sagrario. ¿Has observado el Sacramento eucarístico? ¿Crees con la fe, que en Él resido con toda la vida y con toda la majestad que tengo en el cielo? Sin embargo, ¿no te asombra mi absoluta mudez ante los extravíos de los pecadores, y mi quietud ante las profanaciones y desacatos de mis enemigos ó falsos discípulos, y mi reposo ante los atentados de los sectarios contra mi Iglesia? He ahí que existo en el Sacramento como si no existiese, oigo como si no oyese y obro como si no obrase. Mis ojos y mi corazón están puestos en ti y en todos mis discípulos y enemigos, observando las buenas y malas obras, para darles en su tiempo el merecido premio ó castigo respectivamente; pero mientras tanto, á imitación de mi vida celestial, guardo en la sacramental misterioso silencio hasta que llegue el día. Podría hablar en el Sacramento ante los infinitos errores de la humana inteligencia; mas ya hablé por los profetas y en mi predicación, á cuya doctrina remito ahora á los hombres, para darte á entender que, después que hayas, á imitación mía, trabajado por diseminar la palabra divina; después que hayas emitido tu sano parecer, no te aíres, ni disputes, ni te disgustes si tus contrarios hicieren menos caso de tu palabra. Podría hablar en el Sacramento ante las contrariedades que se me ofrecen en el servicio que me deben mis hijos; mas guardo silencio para aleccionarte que, á imitación mía, debes tú asimismo guardarlo en presencia de las contrariedades que se te ofrezcan en las asperezas de la vida presente. Podría hablar en el Sacramento ante los improperios é infamias que profieren mis redimidos contra mí, y hasta podría castigarles indudablemente como lo efectué en otro tiempo; mas enmudezco totalmente, según lo hice en mi Pasión, para declararte que tú debes enmudecer asimismo á la vista de las injurias, maldiciones y sarcasmos que tus adversarios dijeren contra ti. Podría hablar en el Sacramento ante las

continuas y terribles persecuciones de que soy objeto, ora en mi Persona, ora en mi Iglesia, y podría también vengarme de tantos y tan reiterados atropellos como los hijos de Lucifer cometen contra mí; mas no abro mi boca, para manifestarte que tú debes también cerrarla cuando te persiguieren por mi causa, que es la causa de la verdad y de la justicia, sufriendo en santo silencio la malquerencia de tus parientes ó enemigos, para poder gozar en esta vida de la paz y de la felicidad prometida á los que por mí fueren perseguidos. Sí; podría hablar en el Sacramento, mas no lo hago en manera alguna, para que entiendas que tu vida ha de ser una vida de religioso silencio, pues el que guarda su lengua guarda su alma (1) y es apto para que yo le hable al corazón (2), á fin de que alcance la perfección cristiana. En el silencio hallarás además la paz y la justicia (3), la fuerza y la fortaleza (4); y si pensaras acaso ser religioso sin refrenar la lengua, ten entendido que te engañas y que tu religión es vana (5).

Alma.—Vuestra conducta eucarística, Dios y Señor mío, condena sin duda el uso indebido de mi lengua, órgano que me diste para alabarte, y comunicarme justa y honestamente con mis hermanos, y que yo, ciertamente, he convertido en instrumento de continuas quejas, de repetidas maledicencias, de múltiples insultos hacia Vos y hacia mis semejantes. Por vuestras sacramentales doctrinas comprendo que debo sufrir humillado y recibir en silencio los agravios, las injurias y hasta las murmuraciones y persecuciones que contra mí se levantaren; comprendo que no debo querer saber y platicar sino la ciencia que conviniere, y que cuanto más cerrado tenga mi espíritu á las conversaciones seculares, más abierto estará á Vos para recibir vuestros carismas. Todo esto lo comprendo, Dios mío; mas, perdonadme, porque hasta aquí no lo haya practicado. Soy miserable, lo confieso;

(1) Prov. XIII, 3.
(2) Oseas. II, 14.
(3) Isai. XXXII, 17.
(4) Id. XXX, 15.
(5) Jac. I, 26.

pero no me arredran las faltas pasadas, para emprender los caminos que á Vos solo conducen. Para lo cual solicito vuestra gracia; una gracia eficaz que destruya y aniquile en mí los obstáculos que impidan conseguir ese bien suspirado. Que cierre, Señor, mi boca á los insultos y á las adversidades; que la abra á Vos solo y á lo que respecta á vuestra gloria, seguro que de esta manera cumpliré como buen cristiano y esperaré confiado vuestra recompensa. Amén.

VI

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es dechado de Paciencia.

Jesús.—No basta, alma mía, sobrellevar en silencio los males de pena que puedan afligirte; esto es santo, muy santo, como viste anteriormente; pero es santísimo, es en gran manera perfecto sobrellevar dichos males con perfecta conformidad con la voluntad divina. Es la paciencia una virtud con la cual se sufren con igualdad de ánimo los males de esta vida sin turbarse ni entristecerse inmoderadamente en el interior, ni dejar percibir señal alguna menos ordenada al exterior (1). Es una virtud excelsa (2), que tiene obra perfecta (3); es la raiz y cústodia de todas las virtudes (4), y con ella se hace el hombre dueño y señor de su espíritu (5); es el remedio del alma, así como la impaciencia es veneno para el corazón (6); donde está la paciencia reside el Espíritu del Señor, llenándolo todo de inefables consuelos (7). Es, además, necesaria para que, cumpliendo la voluntad divina, sea el hombre galardonado con el premio prometido (8).

Una virtud tan hermosa, tan útil, é indispensable para conseguir el cielo, debe por consiguiente ser probada en mis

(1) Sto. Tomás 2.ª 2.æ, q. 136, a. 4, ad 2um.
(2) S. Isidor., lib. Sent.
(3) Jac. I, 3 4.
(4) S. Gregor., hom. 35.
(5) Luc. XXI, 19.
(6) S. Basil. ad filium spirit.
(7) Tertul., cap. 15 de patien.
(8) Heb. X, 16.

hijos; he ahí por qué todo aquél que desee ser mi discípulo debe tomar y llevar la cruz y seguirme (1). Es cierto que para la débil naturaleza humana es pesado, y punto menos que imposible, llevar con resignación perfecta la cruz que Yo le deparo, si no cuenta conmigo; y he ahí por qué llamo y convido á todos los que andan trabajados y cargados con la cruz para que vengan á mí, que Yo, seguramente, les aliviaré; pero ¿cómo? ¡Ah! señalándoles el Sacramento Santísimo, cátedra de paciencia santa en la que Yo mismo te alecciono á sufrir resignada, y con el que te infundiré valor y energía para arrostrar con frente serena las amarguras de esta vida. No quiero, no, llevarte de la mano á Judea, teatro de mis sufrimientos, para que aprendas á conformarte en tus trabajos con la voluntad divina; pero sí quiero traerte al Sagrario á fin de que contemples á todo un Dios-Hombre apurar incruentamente hasta las heces el cáliz del dolor. Ven, y verás. Tú dices que favoreces á tu prójimo con mercedes extraordinarias, y que éste, sin embargo, te vuelve las espaldas, y hasta se mofa de ti. Pues atiende á que Yo en la Eucaristía entrego cuanto soy y valgo á los hombres, dándoles más si más pudiera; y éstos, no obstante, se olvidan de mí, me ultrajan y hasta me persiguen. Tú alegas que unos hombres malvados, contra toda verdad y derecho, te humillan y perjudican tus intereses y ofenden tu honor sin miramiento á la clase á que perteneces. Pues no te olvides que un inmenso mayor número de individuos, contra toda lógica, gozan en blasfemar de mi nombre, intentando derribar iglesias, demoler altares é impedir procesiones. Tú añadirás que te esclavizan la condición de los hombres y de los tiempos, el trabajo personal, las cargas de tu estado, y que apenas tienes un rato para solaz tuyo. Pues ten presente que Yo estoy esclavizado por amor de ti en el tabernáculo hace veinte siglos, teniendo que sobrellevar el carácter recio y las descortesías de los hombres. Tú me declaras que padeces mucho, y quizá largos años en tu salud; y olvidas que Yo sufro in-

(1) Luc. XIV, 27.

deciblemente y muero millares de veces diariamente por tu verdadera salud en el adorable Sacrificio de la Misa. Tú, finalmente, arguyes que eres tentada horriblemente, que padeces sequedades de espíritu con frecuencia...; y no has llegado á pensar una vez siquiera que el demonio trabaja sin descanso por que abandones mi estancia eucarística para tu perdición; ¿no has llegado á figurarte que en medio de mi amor hacia ti apuro las amarguras que tú me proporcionas con tu olvido? Pero ¡ah! ¡qué diferencia en el modo de padecer de ambos! Yo sufro con entera paciencia, conformado con la voluntad de mi Padre, que ordenó me quedase Sacramentado para sufrir por ti; mientras que tú sufres impaciente, á más no poder, exhalando mil quejas que de nada sirven y sin querer tomarte la molestia de resignarte humildemente á sobrellevar la cruz que Yo para tu bien te he preparado. Yo trabajo por que duren las penalidades mías; tú te esfuerzas por que cesen las tuyas. ¡Ah, carísima! De una vez para siempre fíjate en esta Hostia consagrada, prenda del amor que te profeso, y la verás siempre serena, impávida, en un mismo ser, expuesta á todos los tormentos, y dispuesta á todos los suplicios para que tú aprendas también á amar la santa Paciencia y á ejercitarte de veras en ella para poder con la misma comprar el cielo.

Alma.—¡Oh Señor! No puedo hablar en vista de mi confusión horrible. Creía yo que podía pasar esta miserable vida sin experimentar amarguras; al menos creía que podía evitarlas á todo trance ó sufrir las menos posibles; pero os oigo á Vos, Verdad eterna, que decís: Si quieres ser mi discípulo, niégate á ti mismo, toma tu cruz y sígueme (1); de modo que debo cargar á imitación vuestra con la cruz de los trabajos que Vos me enviáreis y llevarla, si no gustosa, al menos resignada, con idea de mortificar mi ser y de contraer méritos ante Vos. Sé que si ahora amo mi vida la perderé en el reino eterno; y que si al presente la desprecio por amor de Vos la recobraré después llena de vigor y de es-

(1) Luc. XIV, 27.

plendores (1). No ignoro que si deseo vivir piadosamente con Vos he de sufrir persecuciones (2). Y si todo esto es infalible, ¿en qué pienso? en qué me ocupo? cuál es mi fin al quejarme de los males de pena que pueda experimentar y al rechazar los que pudiera admitir libremente? ¡Ah Dios mío! ceguera grande es la mía. Al propio tiempo que aparto mis ojos de la luz eucarística para volverlos al mundo corrompido, son cercados por las tinieblas del error, y en estas tinieblas he andado hasta ahora, sin poder admirar esa claridad divina que parte del Sagrario, desde donde Vos irradiáis vuestras luces á los hombres. En adelante, Jesús mío, seguiré vuestras máximas, que son las máximas del bien; sufriré paciente las incomodidades del tiempo, para gozar alegre los inefables consuelos de la eternidad. Amén.

VII

Jesucristo en el Santísimo Sacramento nos instruye en la virtud de la Caridad.

Jesús.—El amor divino, alma cristiana, da á conocer á los hijos de Dios y los separa de los hijos del diablo; sólo con esta señal se les puede distinguir. Aquéllos que tienen en su corazón la caridad sobrenatural han nacido de Dios; pero los que no aman al Señor no tienen tan excelso origen (3). Virtud santísima en la que estriba la plenitud de la ley (4), nada hay tan excelente, ni agradable á mis ojos como ella, como tampoco hay nada más apetecible para el diablo que la extinción de la caridad (5). Quien permanece en la caridad, en mí permanece y Yo en él; y siendo esta la aspiración más sublime á la que pueda llegar el hombre, hice cuanto pude para que éste la obtuviese en su más perfecto grado. Á este fin instituí la santa Eucaristía, la cual debía ser, al propio tiempo que medio y vínculo, señal y

(1) Math. X, 39.
(2) II. Timoth. III, 12.
(3) S. August., tract. V.
(4) Rom. XIII, 10.
(5) S. Greg., in Past.

modelo de unión entre Dios y el hombre y entre los hombres mutuamente. La caridad es paciente. ¿Quién más paciente que mi Corazón sacramentado que sufre día y noche tus ingratitudes y los desprecios de los malvados? La caridad está llena de bondad. ¿Quién más bondadoso que tu Redentor, que perdona tus extravíos y te convida amoroso á que participes de su Hostia sacrosanta? La caridad no es envidiosa. ¿Quién más comunicativo de sus dones que el que ha dado en provecho de todos sus mismas carnes en comida y su propia sangre en bebida? Y si la caridad no busca sus propios intereses, Yo me he sacrificado del todo en bien de todos, y diariamente me inmolo millares de veces por la humanidad; y si la caridad no se envanece, ahí estoy Yo en la S. Eucaristía, mostrando humildad extrema; y si la caridad de nadie piensa mal, ¿podré mostrar todavía mayor mansedumbre que manifestarme como Cordero inocente sacrificado por los hombres? Todo lo padece la caridad, y Yo, para darte lección de esta virtud, padezco por tu amor en el Sacramento; todo lo espera la caridad, ¡ah! continuamente estoy esperando en el tabernáculo á mis redimidos, para que vengan á buscar lecciones de amor á Dios, y á los hombres por amor del Criador.

He ahí cuál es la bella virtud que exhibo en el Misterio del Altar. Mas tú, alma mía, ¿has copiado cual conviene en tu vida y costumbres la caridad que te muestro desde el Sacramento? ¿Amas á Dios por ser quien es, con todas las fuerzas de tu corazón? ¿Amas al prójimo porque es tu hermano y en atención á mí? ¿Te sacrificas por él como te sacrificarías por ti en caso necesario? Temo mucho por tu salvación, porque, si bien examinas tu conducta, hallarás que tus obras no se caldean en la fragua del amor divino; el interés humano anda casi siempre mezclado en tus operaciones; me buscas á mí por la recompensa que he prometido darte ó por el temor del castigo eterno; tienes afecto hacia aquel prójimo que te corresponde, que tú necesitas, que te es simpático; mas eres indiferente con aquél de quien nada esperas, y hasta profesas odio secreto al que pueda moles-

tarte en lo más mínimo. Tú ¿sacrificarte por el bien de tu hermano? ¡Ah! Desgraciadamente participas del vicio capital del egoísmo que hoy seca los corazones y mata las almas; todo el amor que has robado á tu prójimo te lo profesas á ti misma; y ésta es doble desgracia que ciega los ojos de tu entendimiento para que no veas las miserias ajenas, y ata las manos de tu voluntad para que no socorras la desgracia en la medida de tus fuerzas. Éste, empero, no es proceder de un discípulo mío, sino de un gentil; y es preciso que para recibir los carismas de mi amor, corrijas tus costumbres y profeses una vida que respire amor santo en todas direcciones. Si así no lo haces; si en adelante no miras á tu hermano como á ti misma; si no sobrepones á tu honor, á tu salud, á tus comodidades, á tus intereses la defensa de tu prójimo, sobre todo la defensa de su espíritu, si no creas en ti misma un alma generosa que se sacrifique hasta no poder más ¡Ah! entonces se verá que no has estudiado en mi escuela eucarística, ó si has estudiado no has aprendido lo suficiente para acreditarte de discípulo mío, y en ese caso, si la enmienda no mejora tu alma, tu reprobación es segura.

Alma.—Señor, ¡pequé! Ciertamente no pudisteis leer mejor en mi corazón sus tendencias pecaminosas. Por una parte me avergüenzo sobremanera de ser tan ruín, tan egoísta, tan dura de corazón. Con verdad que no he amado, que no amo cual debiera á Vos y á mis hermanos por Vos. Por otra parte me alienta la dulce esperanza de que Vos, rico en misericordia, podéis y queréis perdonar mis extravíos, y he ahí que yo me rindo á vuestra bondad y os pido indulgencia de los mismos. ¿Me la negaréis, Señor? Oigo que me decís que no, con tal que en adelante reforme mis costumbres según el modelo de vuestro amante Corazón sacramentado. Por lo cual ahora mismo empiezo, buen Jesús, á ser caritativa; mas la caridad es una llama viva y en mí no arde ¿quién encenderá este fuego sagrado de mi alma? Pero qué es lo que digo? ¿He olvidado que Vos, sacramentado, sois fuego abrasador (1)? y que anheláis venir á los

(1) Deut. IV. 24.

hombres precisamente por calentar sus corazones á fin de que, copiando vuestras virtudes, quemen y consuman la escoria vil de sus pecados? Si así es, como la fe me lo persuade, á Vos me entrego, Sacramento de amor, y en vuestra cátedra eucarística aprenderé esas lecciones de vida eterna que Vos enseñáis á aquéllos que las oyen de buena voluntad, con el propósito de aplicarlas á sus obras ordinarias. Amén.

VIII

Jesucristo persevera siempre en el Santísimo Sacramento.

Jesús—¡Cuán agradable me es, alma mía, la compañía de mis hijos! Todo mi contento se cifra en estar siempre á su lado (1) para velar por ellos (2) y concederles toda suerte de gracias; y si esto no podía cumplirlo después de subir al cielo, si no inventaba un nuevo modo de existencia, he ahí que por eso instituí la sagrada Eucaristía, por medio de la cual estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos (3). Yo no podía menos de realizarlo así, porque, siendo los cristianos como las niñetas de mis ojos (4), habiendo hecho y sufrido tanto por vosotros ¿consentiría por un instante separarme y abandonaros á vuestra infeliz suerte? ¡Ah! Cuando dos amigos se aman verdaderamente, el que ama más, el que posee un corazón más ardiente procura no faltar del lado del amigo, al menos busca todas las ocasiones que le facilitan la presencia del amigo para estar en su compañía. Y vosotros que sois mis amigos (5) ¿dejaríais de sentir las influencias del amor de vuestro mejor amigo Jesús? ¿Podría Yo gozar de la gloria de mi Padre sin acompañaros en los amargos trances de vuestra vida? De ninguna manera. Jamás he faltado á mi Iglesia desde que instituí el más bello de los Misterios. Mis ojos y mi corazón han estado y

(1) Prov. VIII, 31.
(2) Habac. II, 1.
(3) Math. XXVIII, 20.
(4) Zach. II, 8.
(5) Joan. XV, 14.

estarán puestos en ella mientras el mundo durare (1). Y ni las furias de sus perseguidores, ni la sucesión de los tiempos serán suficientes para poder extinguir de la Iglesia el faro luminoso del Sacramento eucarístico. Tú puedes encontrar siempre en Él el alivio de tus penas, el socorro de tus necesidades, el refugio en las persecuciones, el descanso de tus fatigas, la fortaleza en tus languideces, la salud en tu enfermedad y todo tu bien hallarás en Él siempre que lo busques.

Mas, dime: ¿eres tan perseverante en la fe y en la caridad como Yo lo soy en el amor que te profeso? Ciertamente eres de condición voluble. Las promesas que solemnemente formulaste en el Bautismo, ¿dónde están? Hace años que pensabas variar de conducta moral, y ¿dónde encontrar la realización de tus buenos deseos? Puede decirse que ayer me amabas, practicando el bien, cumpliendo mi ley; mas hoy por el contrario te has desviado del sendero recto, para deslizarte por los caminos del error y del vicio. Te has separado de mi compañía y te has forjado dioses ajenos; no permaneces en mi amor; y debes saber que el amigo que no es constante es digno de desprecio. Conviene, pues, que no abandones en ningún tiempo la práctica de mis mandatos, porque sólo aquél que perseverare hasta al fin se salvará (2). Muchos me siguen hasta que les distribuyo el Pan sagrado ó mis gracias; pero muy pocos son los que quieren beber conmigo el cáliz de mi Pasión (3). No es gran cosa, no, comenzar bien, lo cual es de muchos; lo perfecto consiste en acabar bien (4), obra de pocos; y esta obra es la que deseo emprendas con ánimo esforzado, porque de lo contrario podrá ser que reserve para otro tu corona. Si te acercaras á menudo á esta Cátedra eucarística seguramente leerías en la santa Hostia la virtud de la perseverancia que debe coronar tus acciones; mas tú misma comprendes que vives lejos de la Fuente de las gracias, y en ese estado nada podrás

(1) III Reg. IX, 3.
(2) Math. X, 22.
(3) Imitac. de Cristo. lib. 2 c. 11.
(4) S. Agust., Serm. 80 ad fratres.

aprender de las lecciones del Sacramento. Vuelve, querida, vuelve á tu Padre; ven y cuéntame uno á uno tus extravíos y tus penas; yo enjugaré tu llanto perdonando tus pecados y te colocaré cerca de mi tabernáculo; mas al efecto es indispensable que prometas no separarte más de mí para hacer segura tu victoria.

Alma.—Así lo haré, Dios mío, porque sé que lejos de Vos no hay más que sombras, fuera de Vos tristezas, y sin Vos se abre el abismo y la nada. Con toda verdad, confesaba el Agustino que el corazón del hombre está inquieto hasta que descansa en Vos, y ciertamente esto me ha sucedido siempre que de Vos me he separado. Nunca más quiero alejarme de Vos; haré más: no sólo estaré cerca, sino unida con Vos mediante vuestra santa gracia, y muy en especial mediante vuestro inmaculado Cuerpo eucarístico. Quiero más todavía: pretendo que me comuniquéis una merced particular para atraer corazones á Vos, porque, Dios mío, deseo el bien para todos y quiero que todos los hombres os amen con ese amor puro, desinteresado, ardiente y celestial que Vos nos profesáis, á fin de que, viviendo todos unidos con Vos mediante el Pan de los fuertes, constituyamos poderosa falange eucarística que desbarate los planes de Lucifer, practique las virtudes, trabaje por el cielo y lo consiga al fin para siempre jamás. Amén.

TRATADO VII

BASES DE MEDITACIÓN EUCARÍSTICA

Breves y devotas meditaciones doctrinales, morales, históricas y ascéticas sobre la Santa Eucaristía.

Mementote mirabilium ejus.
Tened presentes sus maravillas.
Ps. CIV, 5.

PREÁMBULO

De conformidad con el título del presente Tratado, publico unos puntos de meditación sobre el Sacramento del Altar para dar cima á la parte IV, y término á la *Enciclopedia de la Eucaristía*. Serán breves, por cuanto constituyen sólidas bases de meditación, mejor que meditaciones propiamente dichas, las cuales bases podrá el devoto del Sacramento ampliar en su mente cuando se ponga á meditar. Para su mayor claridad y sencillez distribuyo cada meditación en dos puntos. Que hay en general necesidad de meditar, lo afirman las sagradas Escrituras cuando aseguran que el mundo está completamente desolado porque no se encuentra nadie que medite de corazón (1); y en consecuen-

(1) Jerem., XII, 11.

cia, que hay necesidad de ponderar las finezas de Cristo Jesús Sacramentado, se comprende por el mandato del Señor, cuando advierte que recordemos y tengamos siempre presente el beneficio de la Eucaristía (1) para que por su medio no olvidemos ninguno de sus beneficios. Anímese, por lo tanto, el lector á las meditaciones siguientes, y procure detenerse siquiera un ratito en su ponderación, y yo le prometo que tocará muy en breve sus efectos saludables.

MEDITACIÓN I

Por qué razón el Salvador quiso instituir la Divina Eucaristía.

Imagínate al dulcísimo Jesús predicando en medio de la plaza á los cafarnaítas, á quienes anuncia que les ha de dar un Pan bajado del cielo para sustento de sus almas.

Punto I.—Considera que nuestro amante Jesús derramó su preciosa sangre en infame patíbulo para obtener varios y supremos fines: 1.° para librarnos de la muerte eterna; 2.° para otorgarnos libertad perfecta, arrancándonos de las manos de Luzbel; 3.° para concedernos la vida y costumbres de hijos de Dios; 4.° para abrirnos las puertas del cielo y coronarnos un día de gloria, si nuestras obras lo mereciesen. Como dulce é imperecedero recuerdo que despertase continuamente la memoria de tanto beneficio, el Salvador quiso instituir el Sacramento por antonomasia, en el cual quedóse Él mismo por modo singular é inefable. «Nos amó eternamente,» según Él mismo lo había declarado; y este amor inmenso, á la manera que el sol imprime su propio calor en los seres que le están presentes, quiso imprimirlo en sus hijos, de tal manera que, transformados en otros tantos soles de espiritual fulgor, lo irradiasen por todas partes, y los hombres conociesen á la vez el amor eterno que el Verbo divino había profesado á sus escogidos; este amor intenso lo

(1) Luc., XXII, 19.

cifró perfectamente en el sagrado círculo de la Divina Hostia para que por su medio pudiésemos participar de este santo amor y llegásemos á ser unos é idénticos con Jesucristo.

Nuestro divino Maestro abrigaba, asimismo, en su bendito Corazón dos amores diferentes, que tendían á un mismo fin. El uno se dirigía hacia su Eterno Padre, y el otro hacia su Esposa la Iglesia; en ambas partes deseaba hallarse presente: en el cielo y en la tierra, para que en ambas se disfrutase de su amable compañía; pero esto no podía efectuarse porque, si iba al Padre quedábamos huérfanos, y si permanecía con nosotros, el Padre le necesitaba; quería partir y quedarse, y en medio de esta interior y trabajosa lucha, inventa admirablemente un prodigioso medio por el cual se quedaba con nosotros é iba al propio tiempo á su Padre; estaba en medio de la corte celeste y en medio de la terrestre; era el gozo y la dicha de los bienaventurados y la vida y consuelo de los viadores. ¡Ah! El Santísimo Sacramento fué el adecuado medio de que se valió Jesús para que el cielo y la tierra quedasen satisfechos.

Punto II.—Reanima tu fe, y recuerda que, siendo el divino Salvador el Monarca más poderoso de lo existente, pues con verdad se llama Rey de reyes, pensó dejar antes de partir de este mundo su regio testamento á favor de sus redimidos, y semejante decisión la tenía concebida ya desde la eternidad, según el salmista lo había insinuado: «Mandó desde la eternidad su testamento.» Esta inaudita legación debía ser dignísima de quien la mandaba, con la cual nos hiciera riquísimos y nos colmara de felicidad eterna y de gozo inmenso. Mas, ¿qué bienes nos dejó en testamento? ¿acaso un reino de este mundo? ¿acaso inagotables minas de oro deleznable? ¿por ventura perfecta salud, ó satisfacción de los apetitos sensuales? no, porque todo esto es muy poco para las riquezas de que Él disponía. Dejóse á sí mismo en testamento, habiéndose aprisionado en la Eucaristía, en la cual poseemos tesoros infinitos, á nuestra voluntad disponibles.

Nuestros pecados quitan la vida del alma y este Sacra-

mento nos da la vida; andamos entre tinieblas y este Manjar nos abre los ojos, como los abrió á los discípulos que iban á Emaús; estamos enfermos y esta Comida eucarística nos sana; vivimos tristes y el Sacramento del Altar nos concede celestial alegría. Ved por cuántas razones ha querido Jesús instituir este Misterio. Aprecia infinitamente á este Sacramento, pues es toda tu vida y tu regalo; medita mucho en sus inmensas ventajas, porque están escondidas á los que no las buscan, y se descubren á los que indagan por encontrarlas, siendo éste el firme propósito de la presente meditación, á saber: No dejar ninguna semana por meditar alguna belleza del Santísimo Sacramento.

¡Oh Señor Sacramentado! infundidme deseos de tener siempre en mi memoria la augusta Eucaristía, y dadme luz para que pueda meditar dignamente su grandeza. ¡Virgen Santísima! rogad por mí á vuestro Hijo para que esta petición alcance. Amén.

MEDITACIÓN II

De qué manera instituyó el Salvador la Divina Eucaristía.

Represéntate á Jesucristo, S. N., sentado á la mesa, y en derredor suyo á todos los apóstoles, incluso el traidor Judas, á quienes declara que va á instituir el más sagrado de los Misterios.

Punto I.—Examina que nuestro buen Jesús, después que hubo ordenado á sus discípulos que pusieran en la mesa el pan y el vino de la consagración, tomó á éstos en sus venerables manos, como dando á entender que su divina Persona sería apresada por los judíos para hacerla padecer infinidad de tormentos y la misma muerte, ya que por este motivo dijo al consagrar el pan: Éste es mi cuerpo que será entregado. Después, elevó los ojos al cielo para clavarlos en su Eterno Padre, y darle infinitas gracias porque le-

había dejado conocer al mundo. Pondera, pues, en primer lugar que Jesús no obstante que podía darse á sí propio las gracias, las da á su mismo Padre, para manifestarnos que, al emprender cualquier obra, debemos tributar acciones de gracias á Dios, de quien recibimos todos los bienes, y la virtud para comenzar, proseguir y perfeccionar toda clase de obras; y en segundo lugar dió gracias para enseñarnos que las debemos dar muy cumplidas por el pingüe beneficio de este Sacramento pues no otra cosa significa la palabra Eucaristía. Además, Jesús practicó una sencilla bendición sobre el pan, antes de consagrarlo, como que lo preparaba para que fuese materia digna de la conversión eucarística, enseñándonos con esto que nuestros corazones, para ser convertidos á la gracia, necesitan indispensablemente la bendición del Todopoderoso; por manera que, si necesitamos de semejante bendición para que en nosotros habite el Espíritu Santo por la gracia, nos es mayormente necesaria para que more en nuestra alma el Cuerpo de Cristo Sacramentado.

Punto II.—Una vez que el Salvador hubo dispuesto de esta suerte el pan y el vino, con una voluntad absoluta y con un amor sin límites, pronunció las palabras de la consagración, y en aquel mismo instante la substancia de aquel pan quedó convertida en la substancia de su Cuerpo y la substancia del vino quedó también convertida en la substancia de su Sangre. He ahí por qué la omnipotencia del Salvador, con un solo querer, y usando de solas cuatro palabras, cambia el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, dejando de ser una substancia, para ponerse en su lugar otra muy diferente que no estaba, sin que por eso Cristo, S. N., haya sido transformado, cambiado, ó haya perdido algo de su divino Ser.

Mas Jesús, para convertir el pan en su cuerpo le partió primero, y, distribuyéndolo á todos los apóstoles, pronunció estas palabras: «Tomad y comed, porque Éste es mi cuerpo que será entregado por vosotros;» y luego, distribuyendo igualmente el santo caliz, les dijo: «Bebed de él todos, por-

que ésta es mi sangre del Nuevo Testamento que será derramada por muchos para perdón de sus pecados.» ¡Oh, cuánto amor se descubre en esta acción! ¡Qué fuerza de voluntad! qué gozo en distribuir á sus discípulos su Cuerpo y Sangre! Figúrate que el Salvador intentaba unirlos todos á su Corazón para que participasen de la misma Vida que á Él animaba; quería fortalecerles para que no se escandalizasen á la vista de su Pasión trabajosa; deseaba consolarles y manifestarles su vehemente cariño: ¿con cuánto amor, pues, no les daría su Cuerpo, y les diría: Tomad y comed, amigos? ¿Con cuánta satisfacción no les daría su Sangre y exclamaría: Bebed y embriagaos los muy amados? Pero medita, en último término, que el Hombre-Dios se dirige con particular afecto al traidor apóstol y le concede el Manjar celeste, diciéndole interiormente:—Mira, ingratísimo: Yo te doy mi carne y mi sangre para tu salud; y tú, desgraciado, las vas á pisotear, vendiéndolas para labrar tu propia condenación.—Cobra horror al pecado de Judas y haz propósito de comulgar con la mejor disposición de corazón, diciendo á su Majestad la oración siguiente: ¡Jesús de mi alma! dadme robusta fe para que yo pueda siempre creer en este excelso Misterio á fin de apreciarlo según el dictamen de vuestra santa voluntad y Él se merece.

¡Oh Madre de mi alma! por mediación vuestra espero obtener esta gracia en la cual pongo la base de todas mis creencias. Amén.

MEDITACIÓN III

Circunstancias de la institución eucarística.

Figúrate que te hallas en el Cenáculo, ricamente aderezado con hermosas colgaduras y profusión de luces, y que asistes con el Salvador y los apóstoles á la institución del Sacramento Santísimo.

Punto I.—Medita que Jesucristo, S. Nuestro, escogió el lugar del Cenáculo para instituir la santa Eucaristía con ob-

jeto de enseñarnos dos cosas principalísimas: 1.ª que este bellísimo Sacramento es tan excelso y magnífico, que merecía se instituyese, no en cualquier lugar, como lo ejecutó con los demás sacramentos de la ley evangélica, sino en casa de un riquísimo propietario, su secreto discípulo, y en el aposento mejor de la casa, preparado de antemano con magnificencia; y 2.ª que en consecuencia, los que nos preciamos de verdaderos católicos, conviénenos tratar á este S. Sacramento con todo el decoro posible, debiendo no ser pobres y mezquinos con el Dios-Hombre Sacramentado, ya que el Hombre-Dios se nos otorga plenamente, concediéndonos todas sus mejores gracias. Lo que Jesús exigió de su discípulo secreto, con mayor razón lo exige de nosotros que somos profesores públicos de su ley santa; por cuya razón, á ser posible, nada escasear debiéramos respecto á la decencia, ornato y esplendor del Misterio eucarístico, procurando estimularnos y aventajarnos en el celo por la gloria del Señor.

El Salvador instituyó de noche este bello Sacramento, no porque huyera de la luz, ni de la publicidad, sino para enseñarnos que la Divina Eucaristía es luz brillantísima, cuyos radiantes fulgores iluminan las tinieblas de la noche del alma; y así como Jesús es luz del mundo, y todo aquél que no es iluminado de su doctrina y de sus obras anda en tinieblas, así la Divina Eucaristía, en la cual reside corporalmente el Hijo de Dios, es luz de los hombres, á quienes presenta expeditas y alumbradas las vías de la actual peregrinación á ultratumba; y todo aquél que no cree en Ella, que no la aprecia, ó no la recibe con fe, anda tropezando en las tentaciones, cayendo en los desórdenes y sumiéndose en los vicios. Fué, además, instituída de noche, porque, siendo la noche encubridora fatal de conciliábulos secretos contra la Fe, y de enormes crímenes contra las costumbres sanas, brillase cual luciente faro en la noche moral de la sociedad, cuyos atentados contra la Iglesia fuesen descubiertos por su medio.

Punto II.—Jesús llevó á cabo la institución de la S. Eu-

caristía en ocasión de sus mayores angustias y de su más honda aflicción. No ignoraba que cuatro horas después los malvados hebreos, transformados en terribles hienas, habíanse de apoderar de su sagrada Persona y le habían de hacer sufrir tormentos indescriptibles y una muerte ignominiosa; conocía perfectamente las circunstancias todas de su pasión dolorosa; estaba sabedor de la traición del alevoso Judas, de la negación del tímido Pedro, y de la fuga de los cobardes apóstoles; y no se le ocultaba el desprecio de su sangre, llevado á cabo por los mismos á quienes prodigaba tantos amores; y no obstante, con un Corazón magnánimo, y salvando el gran monte de obstáculos, otorga su Cuerpo y su Sangre á los suyos; les amonesta, les anima, se goza con ellos y canta un himno de acción de gracias. Este Sacramento fué ciertamente el resultado de una grande alegría mezclada con una pena desconsoladora que inundaba el alma del Salvador en esos críticos momentos, que por este motivo debe ser más amado.

El mundo fué enriquecido con las dádivas del V. Sacramento cuando menos lo merecía. Jesucristo, Señor Nuestro, pensaba regalar sus carnes para alimento de los hombres, y los hombres maquinando la perdición de su Dios. Jesucristo instituyendo el Misterio del Altar, y los hombres buscando falsos testigos que depusiesen contra su Rey. ¡Qué amor el de Jesús! y ¡qué ingratitud la de los hombres! Jesús reta á sus enemigos, diciéndoles: Á ver si vosotros con vuestro desafecto hacia mí me aventajáis en el afecto que os profeso. Vosotros queréis despedazar este mi Cuerpo, pero Yo os lo regalo antes para que le comáis. ¡Qué amor, qué prodigio!

Haz propósito de meditar esta fineza cada vez que veas al Santísimo Sacramento, y mientras tanto, di á su divina Majestad esta fervorosa plegaria: ¡Jesús de mi corazón! Os adoro rendidamente y os doy gracias por tanto amor. Haz que os corresponda como debo. Y Vos, ¡oh Madre de Dios! alcanzadme las gracias que necesito para lograr este buen deseo. Amén.

MEDITACIÓN IV

El Omnipotente, determinando instituir el Misterio eucarístico.

Imagínate á las tres divinas Personas conferenciando sobre la idea, el tiempo y el modo de otorgar á los hombres el Sacramento de los altares.

Punto I.—Piensa que, estando dispuesta desde la eternidad la venida de Cristo, N. Señor, al mundo, y por consiguiente la institución de la Santísima Eucaristía, quiso el Altísimo anticipar su realización por medio de símbolos adecuados, con los cuales se entreviese la belleza del V. Sacramento. Á este fin, *el árbol de la vida*, plantado en medio de los vergeles del paraíso, que producía doce frutos, cada mes el suyo; *el maná*, substancia blanquísima, que sabía á todos los gustos apetecibles, y el *Cordero pascual,* sacrificado en el altar por los pecados del pueblo, y comido juntamente con lechugas amargas, significaron perfectamente á la Divina Eucaristía en sus pingües efectos. El *pan* del que comió el profeta Elías y con el cual quedó sustentado para poder caminar durante cuarenta días hasta llegar al monte de Dios; *la harina de la pobre viuda*, que aumentó en su misma casa, y la *multiplicación de los panes,* obrada por el Salvador, con otros emblemas menos interesantes (1), denotaron la eficacia de la Comunión sacramental y la real presencia de Jesucristo en las Hostias consagradas.

Pondera con atención esta magnífica gracia del Eterno, quien, para manifestar la suma excelencia del Sacramento, quiso figurarlo en todos los siglos; y desde Abel, que fué el primer símbolo de la Eucaristía, hasta el milagro referido de la multiplicación de los panes, no faltó época en que el Om-

(1) Véanse explicados en el tomo I de esta Obra. Trat. I.

nipotente no declarase por medio de símbolos alguna ó muchas de las glorias eucarísticas. ¡Cuán admirable es el Señor que se dignó hacer que el mundo creyente vislumbrase de algún modo el Sacramento Santísimo! Otros muchos Sacramentos confiesa y posee la Religión Católica que no les precedieron figuras, sin duda porque no fué preciso ni son tan altísimos como el de la Santa Eucaristía. Ésta, como centro de la Religión, fué conveniente y necesario que los emblemas eucarísticos la precedieran, cual extraordinarias señales de su existencia futura.

Punto II.—No se satisfizo el Altísimo con los símbolos referidos, sino que ordenó, además, que los patriarcas y profetas, nobles adelantados, fuesen, en la sucesión de los siglos, pregonando las bellezas del convite eucarístico, vaticinando su institución, su esencia y sus efectos, considerados en los aspectos individuales y sociales. Moisés predijo este Divino Misterio al describir el Sacrificio de Melquisedec, los panes de la proposición, el fuego perpetuo que ardía en el altar, y sobre todo, el Arca de la Alianza, preciosa figura del adorable Sacramento. Salomón lo vaticinó al revelarnos la Casa que para sí edificó la Divina Sabiduría. Isaías lo anunció al manifestarnos que vendría tiempo en que de las fuentes del Salvador se extraería el agua de la vida eterna; en que por las cumbres de los montes correrían muchos ríos de purísimas aguas; y en que el Salvador llegaría á estar en medio del pueblo cristiano. Jeremías dijo de este excelso Misterio que embriagaría de grosura el alma de los sacerdotes. Abdías y Sofonías, que estaría en medio de la Iglesia; y Malaquías, que en todo lugar se ofrecería la inmaculada Hostia del Sacrificio eucarístico. Pero David, ilustrado por el Eterno de un modo especialísimo, habla de la Eucaristía, no ya á modo de profeta, sino á manera de apóstol, elogiándola de este modo: «Y el cáliz que me embriaga, ¡cuán excelente es! gustad y ved cuán suave es el Señor.»

Forma concepto elevadísimo del Sacramento Santísimo, porque dicta la razón que si el Señor dispuso de tantos

preparativos para instituirlo es porque en grandeza supera á las demás cosas criadas, y adquiere en tu corazón sólido afecto y aprecio verdadero á tan alto Sacramento, haciendo firme propósito de no desestimar jamás este gran medio de salvación.

¡Oh Jesús de mi vida! arrojad sobre mi alma una flecha de vuestro amor para que sepa como conviene apreciar la santa Eucaristía. ¡Oh María, auxilio de los cristianos! Conducid Vos misma esta divina flecha y pueda yo sentir sus decisivas influencias. Amén.

MEDITACIÓN V

El Omnipotente, determinando instituir el excelso Misterio del Altar.

(Continuación.)

Represéntate al Verbo de Dios humanado consultando con las otras dos divinas Personas sobre la manera de crear un bello compendio de las maravillas divinas.

Punto I.—Observa que el Ser que, estando en el seno del Padre, tocaba los montes y humeaban; y que, hecho hombre, lo mismo andaba sobre las aguas, que se transfiguraba en el Tabor, deseaba formar un compendio de su poder, y cifrarlo en un Sacramento que admirase más que todos los demás prodigios suyos. Pondera, pues, cómo hace el último esfuerzo de su omnipotencia y deposita sus tesoros infinitos en la Sagrada Eucaristía. Nada se reservó para sí, ni para el cielo; todo lo dió á nosotros. Su ilimitada sabiduría quiso encerrarse también en el estrecho círculo del Sacramento. ¡Qué hermosura la de la creación con todos sus variados encantos y armonías arrobadoras! Y el admirable mecanismo del compuesto humano, y la maravillosa posición y curso de los astros, y la portentosa fecundidad del suelo, la sucesión de los días y las noches y las estaciones; ¿no pregonan la sabiduría del Eterno? ¡Ah! Si tan admirable es el universo, infinitamente más es el adorable Sacramento del

Altar, para el cual necesitó el Altísimo poner en juego toda su ciencia infinita ¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría divina, exclama el Apóstol, cuán incomprensibles son tus juicios! He ahí por qué este Misterio fué obra de la sabiduría, según predijo el salmista: La sabiduría edificó para sí una casa, mezcló el vino y dispuso una mesa.

Punto II.—Jesús, para instituir el Misterio del Altar, no sólo quiso poner en admirable juego su omnipotencia y sabiduría, sino que, en consideración á la Trinidad beatísima, pensó emplear otro divino atributo que forma el carácter de su Corazón. Fué su bondad inmensa. El amor que nos profesara forzó á la omnipotencia y sabiduría para que instituyese el Santo Sacramento; y observa que obra rara de bondad fué el formar al hombre del cieno de la tierra; obra rara de misericordia conversar con los patriarcas y profetas y marchar delante de ellos en sus excursiones por el desierto; obra portentosa de amor encarnarse y morir en una cruz; pero la obra de la Eucaristía aventajó á todas las demás, porque es un estupendo prodigio de amor divino; es más todavía: es el amor de Dios concentrado en una pequeña Hostia; porque si el amor es de suyo humilde, y Jesucristo se humilló hasta la muerte de cruz, mucho más se anonadó transformándose en comida del hombre; y si en la cruz se sacrificó una vez solamente, en el Altar se inmola tantas cuantas gustan sus ministros.

¡Oh, cómo se destaca con vivos coloridos en el Santísimo Sacramento el exceso de amor de Dios! Jesús en este Misterio nos amó hasta el fin, esto es, hasta donde pudo su bondad; y estas palabras no las inserta la Escritura Sagrada más que para hablar del amor de Cristo, S. N., en la institución eucarística. La bondad del Salvador inundó este V. Sacramento á la manera que en la Cruz, su sangre bendita regó el santo Cuerpo; y como en el Calvario no reservó ni una sola gota de sangre para sí, antes bien la vertió en beneficio de los hombres, así en la Eucaristía no se ha reservado grado ninguno de amor, sino que lo ha irradiado todo para provecho del género humano. ¡Oh bondad de Jesús!

cuán grande, cuán magnífica te muestras en la S. Eucaristía. La bondad y la compasión del Salvador, dijo el profeta, hicieron dejar una Memoria de sus maravillas en la Hostia de los altares. Reanima tu fe y procura recordar todos los días que Jesús arrojó en el Sacramento el resto de todas sus riquezas, y éste será el fruto que obtendrás de la meditación presente.

¡Oh Señor Sacramentado! Por cuanto sois admirable en vuestras obras, convertid mi alma hacia Vos para que sea grata á vuestros divinos ojos. Pero Vos, ¡oh Santa Madre de Dios! sed el medio de mi conversión hacia Jesucristo. Amén.

MEDITACIÓN VI

Presencia real de N. S. Jesucristo en la S. Eucaristía.

Figúrate á N. Salvador sentado á la mesa con sus discípulos, que pronuncia sobre el pan y el vino las palabras consagratorias á las cuales comunica toda la virtud de su omnipotencia infinita.

Punto I.—Examina cuánto será el poder de Cristo, Nuestro Señor, que, para convertir el pan en su propio Cuerpo y el vino en su misma Sangre, no necesitó de inmensos trabajos á la manera que el hombre, quien, para ejecutar alguna cosa de trascendencia le es forzoso sudar y emplear tiempo y dinero; antes bien, mediante su voluntad omnipotente y con pronunciar cuatro fecundas palabras efectuó una conversión tan admirable. Pondera que para Dios lo mismo da cuatro palabras que ninguna, porque es su omnipotencia la que imprime virtud á los vocablos, y si pronunció éstos fué para dar real significación al acto que ejecutaba. Debes considerar que el Altísimo, al querer extraer el mundo del caos, con pronunciar: Hágase la luz, hágase el firmamento, aquélla y éste aparecieron instantáneamente en medio del inmenso espacio; y quien pudo obrar estas maravillas, ¿no

podrá llevar á cabo el milagro de la Eucaristía instituída con breves palabras? Atiende que más fácil es producir obras de cosas realmente existentes, como son todas las que produce el hombre, que sacarlas de la nada, obra reservada á solo Dios: así pues, menos debiera costar al Señor convertir el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre que producirlos de la nada, y como efectuó lo primero ¿no pudo realizar lo segundo? ¡Oh poder inmenso! ¡oh voluntad fecundísima de Jesús! Cuánto no es el respeto y veneración que deberé cobrar á las venerables palabras consagratorias? y si los enemigos de mi Religión jamás se atreven á pronunciar el nombre de Dios sin mostrar veneración profunda; ¿no mostraré yo respeto sumo á las santas palabras por medio de las cuales el Hombre-Dios baja del cielo y se pone en la Hostia consagrada?

Punto II.—Jesucristo, S.N., realizó este prodigio por tres poderosas razones, á saber: porque pudo y quiso y convenía á nuestra salvación. Pudo el divino Salvador convertir el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre, y las razones teológicas y filosóficas quedaron apuntadas en el Tratado I. Ahora debes fijar tu atención en que aquél que curaba á los leprosos y resucitaba á los muertos y desaparecía repentinamente de entre las muchedumbres, ese mismo convertía el pan en su Cuerpo y el vino en su Sangre; y aun cuando este prodigio de la S. Eucaristía sea más admirable que todos los demás, no obstante el mismo poder se necesita para un objeto que para otro; de estos principios deducirás que, así como hubo hombres que por delegación del Omnipotente pudieron obrar milagros semejantes á los de S. M. D., también los puede haber, y los hay de hecho, que por idéntica delegación pueden repetir el bello prodigio de la conversión eucarística.

El Hombre-Dios quiso instituir este Sacramento, precisamente porque nos amó desde la eternidad; y si le preguntásemos por qué razón quiso instituir la S. Eucaristía nos respondería con la Esposa de los Cánticos: Porque llagasteis mi corazón y me enamoré de vosotros con exceso.

Finalmente, puedes considerar las razones por qué convino que el Redentor nos regalase su precioso Cuerpo y Sangre. Has de saber que la vida cristiana, mucho mejor que la vida material, necesita de alimento sano y bebida generosa; tampoco se te ha de olvidar que el Salvador quiso que estuviésemos unidos á Él, no sólo por su gracia, sino hasta corporalmente; y era al propio tiempo su deseo que tuviésemos una prenda segura del eterno galardón que nos espera. Por todo lo cual es conveniente que te estimules á amar con fervor á Jesucristo Sacramentado, prometiéndole que le visitarás al menos una vez al día si tus ocupaciones lo permiten, siendo este el fruto de esta meditación.

¡Oh Dios de los Altares! Perdonad mi vida disipada, y dadme gracia para que pueda recogerme en lo sucesivo y medite los amores que me tenéis en la Hostia santa. ¡Oh María, Esposa del santo Espíritu! Alcánzame fervor para que pueda llevar á cabo esta religiosa empresa. Amén.

MEDITACION VII

Presencia real de Cristo N. S. en la Eucaristía.

(Continuación)

Imagínate que el Sagrario es un cielo animado, cortejado por innumerables espíritus celestes que, postrados, adoran á Jesús y le cantan himnos de alabanza.

Punto I.—Observa que, después de la consagración efectuada por el sacerdote en la Misa, el pan y el vino dejan de ser tales substancias, convirtiéndose respectivamente en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo, conversión que la santa Iglesia denomina transubstanciación. ¡Oh qué cambio tan prodigioso que, al llevarse á cabo, se abre el cielo, baja Jesucristo sin dejar al Padre, le acompañan los ángeles, le adoran los hombres, se alegra la Iglesia y se nos derraman

torrentes de gracias! Piensa atentamente en la rareza divina de esta total conversión mucho más admirable que la conversión de la mujer de Lot en estatua de sal, mucho más absoluta que la mutación de la vara de Moisés en serpiente, é infinitamente más ventajosa que la conversión del agua en vino obrada por Cristo, N. S., en Caná de Galilea. ¿Ves á la mujer de Lot convertida en estatua de sal? Pues atiende que siendo aquélla de carne y sangre, no obstante pasó á ser de la substancia de la sal, y aun cuando los que la miraban parecíales ver á la mujer, empero no era más que figura de mujer: la substancia había cambiado y sólo quedaban los accidentes. He ahí lo que sucede en la transubstanciación que, por más que nos parezca ver pan en la Hostia y vino en el Cáliz consagrados, no hay semejantes substancias: éstas han pasado á ser Cuerpo y Sangre de Jesucristo respectivamente; los accidentes de pan y de vino son los que se perciben, las substancias desaparecen. Así debes tú, alma mía, en virtud de la gracia de Jesucristo, cambiar tu corazón de carne por el Corazón divino, de suerte que, aun cuando en él se rastreen las imperfecciones ó accidentes humanos, no tenga en manera alguna la substancia del pecado grave. ¡Oh mi Jesús! Dadme poder para que yo ejecute en mí esta maravillosa conversión.

Punto II.—Si la Divina Eucaristía es un portentoso milagro y el mayor de los milagros, según dijo el angélico, también es el compendio de todas las maravillas. Por manera que en la conversión eucarística se enumeran hasta veintiocho milagros que explicó notablemente S. Buenaventura, los cuales pueden reducirse á cinco capitales: 1.° Conversión del pan en el Cuerpo y del vino en la Sangre del Señor. 2.° Presencia real y habitual del Cuerpo del Salvador en la santa Hostia. 3.° Presencia simultánea del Cuerpo de Cristo en muchas Hostias. 4.° Accidentes sin sujeto. 5.° Comunión del Cuerpo real del Redentor; y debes ponderar que, al menos los cuatro primeros capitales prodigios y sus anejos, los obra el Omnipotente en el mismo momento que son pronunciadas las palabras de la consagración.

Todas estas raras maravillas está obrando el Señor diariamente por amor al hombre, y no obstante este vil gusano ha arrojado descaradamente su inmunda baba sobre el dogma católico eucarístico, sin más fundamento que su misma ignorancia y su orgullo satánico. Un día fué una pasión la que osadamente se levantó contra Jesucristo, y otro día fueron varias de ellas y algunas veces todas; pero el dogma de la santa Eucaristía, después de cada herejía resultaba más hermoso y firme, á la manera que el horizonte, pasada borrascosa tormenta, queda más limpio y seguro, resultando siempre estar de pie y cada vez más sólida la promesa del Señor: Las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia. Aprende á ser humilde y á consolidarte cada vez más en el Santísimo Misterio de los altares, fundamento de los demás Misterios, y prométele al Señor que te portarás en todas partes de conformidad con la creencia que tienes en su dogma eucarístico.

¡Oh bello Sacramento! Ya que sois Misterio de la fe, dádmela muy sólida para que jamás me confunda la herejía. Pero, Vos, oh María, Madre de amor, abogad por mi causa y podré ser salvo. Amén.

MEDITACIÓN VIII

Presencia real y habitual de Cristo S. N. en la Santa Eucaristía.

Represéntate al Salvador, aprisionado en una Hostia por amor á los hombres.

Punto I.—Examina que en la milagrosa transubstanciación, toda la substancia del pan pasa á ser substancia del Cuerpo de Jesucristo y toda la del vino se convierte en su Sangre, quedando únicamente los accidentes. En segundo lugar, siendo vivo el Cuerpo de Cristo, N. S., porque, según

afirma el Apóstol, Cristo una vez resucitado ya no vuelve á morir más, por acompañamiento, ó como llaman los teólogos, por concomitancia, pónese en la Hostia juntamente con el Cuerpo la Sangre del Señor y en el cáliz juntamente con la Sangre el Cuerpo. Además, como Cristo, N. S., es Hombre-Dios de ahí que la Divinidad de Jesucristo esté también realmente presente en la Hostia y Cáliz; porque á la manera que, difunto el Salvador, y estando su bendito Cuerpo en el sepulcro, y su alma santísima en el limbo, la Divinidad no se apartó de ambos, así también está presente en la Hostia y en el cáliz. Finalmente, como en Dios hay tres personas distintas y divinas, y donde está la una allí están las demás, resulta que también el Padre y el Espíritu Santo se hallan en el Sacramento Santísimo.

¡Oh, y cuántas maravillas! Que todo un Dios trino en Personas y uno en Esencia esté realmente presente en nuestras iglesias, presidiendo nuestro culto, honrando nuestro pueblo, oyendo nuestras plegarias, recibiendo nuestras adoraciones, deleitándose con nosotros, llenándonos de sus mercedes y disponiéndonos para una eternidad bienaventurada! ¡Oh Señor! Demasiado habéis honrado á vuestros amigos, constituyéndoos por nuestro Dios, y ordenando que nosotros fuésemos vuestro amado pueblo. ¡Ah! No existe lengua criada (1) que pueda declarar la grandeza del amor que Jesucristo profesa á su Iglesia, honrándola con su presencia real y con su influencia omnipotente y con sus carismas divinos. ¿Podremos siquiera nosotros rastrear dignamente algunas de las infinitas bellezas que se contienen en Jesucristo Sacramentado?

Punto II.—Nuestro amante Jesús ha determinado subsistir en la augusta Eucaristía, no sólo mientras se celebra el Sacrificio, ó durante la Comunión sacramental, sino hasta que se alteren ó corrompan las especies eucarísticas. Su acción divina es perpetua, porque perpetuamente nos ama, y en su ausencia no permitió que su Esposa la Iglesia quedase

(1) S. Pedro de Alcántara.

sola, para lo cual se encarceló mansamente en el Sagrario. También nos quiso dar á entender con esta nueva gracia, que nuestro amor hacia S. D. M. no debía ser de solos momentos, sino duradero y perpetuo.

Ten en cuenta, asimismo, la inmensa fineza que el Salvador nos hizo, disponiendo quedarse en una Hostia pequeñísima. ¡Oh maravillas de lo alto! La augusta Persona del Hombre-Dios, con ser del tamaño natural y perfecto, no se ha horrorizado de encogerse milagrosamente para hallarse realmente presente en exigua Hostia. Su venerable Cabeza, sus prodigiosas Manos, su amante Corazón y sus Pies benditos allí se hallan del propio modo que se adoran en el cielo. Desde el Sacramento escucha nuestras súplicas y las despacha favorablemente; por manera que aun cuando se halla en la santa Hostia, no como si estuviera en un lugar, ocupando espacio, al modo que los cuerpos, sino al modo de los espíritus, aunque con mayor perfección, sin embargo está presente según lo está á la diestra del Padre. Y por más que no comprendas el modo de estar Jesucristo en la Eucaristía, empero, ¿no te has fijado en que toda la figura de un hombre con sus miembros, color, vestido y demás detalles se hallan perfectamente reproducidos en un pequeño espejo, en la pupila del ojo? Pues atiende que de un modo semejante se halla Cristo, N. S., en la santa Hostia. Saca de todas estas reflexiones afectos para robustecer tu fe, y has propósito de que al asaltarte alguna duda sobre este inefable Misterio te valdrás para disiparla de los ejemplos precedentes vivificados con la gracia de Jesucristo. Gózate de que Nuestro Señor haya otorgado al mundo el soberano Misterio del Altar para prueba, aumento y recompensa de su fe, y di á su Majestad la oración siguiente:

¡Jesús Sacramentado! Ilustra mi alma con los resplandores de tu Hostia inmaculada, para que nunca tenga la menor duda, ni asalto del enemigo contra el Misterio del amor. Y vos ¡Emperatriz de la gloria! obtenedme esta luz, para que yo pueda caminar sin tropiezo por este valle de quebrantos. Amén.

MEDITACIÓN IX

Presencia simultánea del Cuerpo del Señor en muchas Hostias consagradas.

Figúrate al Divino Salvador que sienta sus reales en diversos lugares á la vez con el fin de atender á las necesidades y trabajos de todos sus hijos.

Punto I.—Considera que el amante Jesús, sin faltar en ningún caso del cielo, se halla realmente presente en la Hostia consagrada; y aquí debes observar otro de los grandes milagros que se obran en el Sacramento Santísimo. Habrás visto que un niño acabado de nacer es pequeñísimo, que no excederá de un palmo, y que en llegando á adulto mide siete palmos poco más ó menos. Pues bien, te pregunto: ¿El alma que estaba en el primer palmo dejó á éste por llegarse á los demás? Responderás que no, porque el alma es indivisible; y yo añadiré, que de la propia manera Jesucristo no deja el cielo por llegarse á la santa Hostia. ¡Qué prodigios tan grandes! y qué razonable es el Misterio del Altar, pues nos persuadimos de su modo de ser por la analogía que guarda con otros arcanos de la naturaleza !Bendito sea el Padre de las misericordias, que nos ha deparado un medio tan excelente para comunicarnos con su divino Hijo. Aprende á acompañarte con Jesús Sacramentado y á servirle con obras de caridad, sin dejar tus ocupaciones domésticas y sociales, y de esta manera imitarás en algún modo el amor que Él te profesa.

Fíjate en otro prodigio tan grande ó quizá mayor que el referido. N. Señor, en atención á que sus amados hijos están diseminados por todo el mundo, y deseando entregarse igualmente á todos, ha dispuesto hallarse presente á un propio tiempo, no sólo en el cielo y en una sola Hostia, sino en todas las que en el mundo quedan consagradas. Mas atiende que este singularísimo prodigio encuentra también un sí-

mil en la naturaleza. El hombre que ve reproducida su imagen en un espejo, si éste llega á romperse, contemplará á la propia imagen, con la misma dimensión y color, etc. que antes, en tantas cuantas partes sean las divididas: así N. Señor Jesucristo, no sólo se encuentra en una Hostía consagrada, sino en todos sus fragmentos eucarísticos.

Aprende del Salvador á ser todo para todos, para que en todos reine el espíritu de Jesucristo, que con tanto amor se nos da por entero en la Eucaristía.

Punto II.—Los accidentes de pan y vino permanecen en la adorable Eucaristía sin sujeto. El color, el olor, el sabor, la cantidad y la figura de las cosas, que se llaman accidentes, han de estar necesariamente unidos á su substancia; pero como en el Sacramento del Altar desaparecieron las substancias de pan y vino para convertirse en el Cuerpo y en la Sangre del Redentor, resulta que sus accidentes están sin sujeto. Cada vez que se consagra obra el Señor un nuevo milagro, sosteniendo como en el aire los accidentes mencionados. Has de ponderar también que los accidentes no están adheridos al Cuerpo y á la Sangre del Señor, por manera que en este Sacramento bellísimo, no sólo creemos lo que no vemos, antes bien creemos precisamente contra lo que vemos, porque nuestros ojos y nuestras manos perciben pan y vino, mas no hay tales pan y vino, sino el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo velados con los accidentes.

El último de los capitales prodigios que se verifican en la Eucaristía consiste en la Comunión del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Los cafarnaítas, al oir que el Salvador daría á comer su mismo Cuerpo y á beber su propia Sangre, se escandalizaron farisaicamente, creyendo que se trataba de un modo de comida y bebida material; pero el cristiano que ha oido en su corazón las palabras divinas, sabe que el milagro sorprendente de la Comunión eucarística está en que debe comer y beber real y verdaderamente el Cuerpo y la Sangre de Jesús por modo altamente espiritual. ¡Oh, qué prodigios está realizando continuamente el Eterno por el hombre! supera el modo á toda capacidad an-

gélica. Aprende, por lo tanto, á hacer el debido caso de las palabras del Señor y á creer los misterios divinos, para lo cual tomarás por medio poderoso al Santísimo Sacramento, que por ser Misterio de la Fe la otorga firme y robusta.

¡Oh Dueño de mi alma! Haz que repase con fruto vuestros santos dogmas para que los aprecie como conviene. Mas, Vos, ¡oh Maestra de los cristianos! enseñádmelos de tal manera que sus lecciones aprendidas agraden á vuestro Hijo divino. Amén.

MEDITACIÓN X

Sobre la materia eucarística de pan y vino.

Imagínate á Jesucristo, N. S., que, tomando en sus manos su amante Corazón, te dice desde el Altar: Toma, amigo, y come, amadísimo.

Punto I.—Considera que el Divino Salvador quedóse en nuestra compañía bajo las apariencias de pan y vino, por muchas razones, dignas todas del más detenido examen. La primera razón fué para establecer un convite perfecto para uso del hombre, de suerte que éste pudiera regalarse en la vida espiritual, y cuyo regalo ó banquete fuese el más opíparo y delicioso entre los espirituales y más ventajoso infinitamente que los materiales. La segunda razón fué para significarnos su preciosa muerte en la cual separóse toda su rica Sangre de su hermoso Cuerpo: así quiere que se consagre la especie de pan distintamente de la de vino. La tercera razón fué para persuadirnos de la absoluta necesidad que de su Majestad tenemos, porque, así como el pan y el vino son artículos de primera necesidad para el hombre, así quiso por medio del pan y del vino que su Cuerpo y Sangre fuesen necesarios para nuestra vida espiritual. La cuarta razón fué para declararnos que Jesús es médico y medicina de los hombres; y como la medicina se toma generalmente por modo de comida y bebida, de ahí que se queda-

se en el Sacramento bajo las apariencias de pan y vino. La quinta razón fué para manifestarnos el amor que nos profesa, pues el amor tiende á la unión con el ser amado, y el pan y el vino se unen al cuerpo del que come y bebe: así la Carne y la Sangre de Jesucristo se unen á nuestro espíritu y nuestro espíritu se adhiere fuertemente al Salvador. ¡Qué bellezas tan sublimes! ¡Qué rarezas del amor divino! Nuestro amoroso Salvador, para ser comido de los hombres, quiso cambiar de vestido, y á la manera que David cuando huyendo del rey Saúl y refugiado en el palacio de Achis fingióse demente para no ser conocido de los cortesanos, así el Dios-Hombre, al querer morar entre nosotros, se fingió en cierto modo demente, usando de otro vestido; esto es, de las apariencias de pan y vino. Gózome, dulce Jesús, de tus sabias invenciones, pues son para mi provecho y remedio.

Punto II.—Pero el adorable Jesús determinó quedarse en comida y bebida para que recordásemos el Misterio de su Encarnación, principio de nuestra salud; porque así como bajó al seno de la Inmaculada Señora, de la propia manera quiere bajar al corazón de los cristianos para hacerlos felices. Piensa también que hay un gran misterio en habérsenos dado Jesús en el Sacramento con apariencias de pan y vino. En primer lugar; si Cristo, N. S., en el momento de comulgar, apareciera á nosotros tan glorioso como está en el cielo, ¿quién sería el osado á recibirle? Por eso oculta su gloria y su omnipotencia tras los cendales de pan y vino, á fin de que nos lleguemos con amor. En segundo lugar, observa que el Redentor no se nos dió sacramentado bajo cualquier forma de comida y bebida, sino bajo las apariencias de pan y vino, porque si se nos hubiera entregado bajo la forma de carne y de sangre, ¿quién no se horrorizaría de recibirlo? En tercer lugar, reflexiona que el pan y el vino son artículos familiares al hombre; todos los toman; en todas partes se hallan; y como Cristo, N. S., intentó hacerse familiar á los hombres y quedarse en todo lugar para que de todos fuese recibido, he ahí por qué instituyó la santa Eucaristía bajo dichos accidentes. En cuarto y último lugar de-

bes ponderar que Jesucristo instituyó este Sacramento bajo las referidas apariencias para darnos ejemplo y estímulo de humildad, pues Él, á fin de conversar con nosotros, vistióse de nuestra flaca naturaleza, y ahora, para morar en nuestra compañía, se viste del humildísimo traje de pan y vino. ¡Oh! qué ingeniosos son los ardides del Hombre-Dios para atraer á sus hijos. Demos gracias á N. S. por tantas mercedes como nos ha dispensado en la institución de la S. Eucaristía, y en lo sucesivo procuremos portarnos con humildad á imitación de nuestro celestial Padre, ya que la humildad es el fundamento de toda perfección cristiana.

¡Oh Jesús de mi alma! Os pido con encarecimiento la virtud que hace á los hombres grandes en vuestra presencia. ¡Dulcísima Virgen! Vos que, por ser humilde, fuisteis elevada á ser Madre de Dios, alcanzadme la gracia de considerar mi pequeñez y mi bajeza para conseguir el premio dispensado á los humildes.

MEDITACIÓN XI

Efectos de la Sagrada Eucaristía como Sacramento.

Contempla á Jesús que se une á tu alma y la estrecha con apretado abrazo, la da ósculo de paz y la confiere el título de esposa.

Punto I.—Pondera que el adorable Sacramento del Altar es mina inagotable de riquezas celestiales y fuente purísima de gracias divinas; por esta razón sus efectos son muchísimos y variados. El primero y principal es causar la unión con Cristo, Señor N. «El que come mi carne y bebe mi sangre, ha dicho el Salvador, está en mí y Yo en él.» ¡Qué maravilla tan singular, unirnos á Jesucristo, nuestro Padre y nuestro Dios! Esta unión es tan perfecta, que al modo que el alimento es asimilado á la carne y á la sangre del que lo toma, de suerte que ya no es tal alimento sino carne y sangre del individuo, de este mismo modo, cuando recibimos corporal-

mente á Cristo Sacramentado lo adherimos á nuestra carne, á nuestra sangre y á nuestro espíritu, de tal modo que no son dos individuos los que gozan interiormente, sino uno solo: es el hombre endiosado: es Jesucristo que ha juntado el hombre á su Corazón divino. Cuando esto ha ocurrido puédese muy bien exclamar con el Apóstol: Vivo yo, mas no yo, sino Cristo vive en mí.

Por la Comunión nos transformamos en Jesucristo, según le fué revelado al Agustino. «Sabe, le dijo el Señor, que cuando me comulgas no me mudo Yo en ti, sino que tú te transformas en mí.» ¡Oh qué palabras tan dulces, capaces de encender al cristiano en amor inmenso para con su Dios! San Cirilo dijo que la Comunión nos hace consanguíneos de Cristo; S. Gregorio Niseno afirmó que la percepción de este Sacramento Santísimo nos deifica, y el Concilio Florentino definió que uno de los efectos principales de la S. Eucaristía consiste en incorporar al hombre con Dios. ¡Qué dicha la de aquellas almas que se unen á su Criador! No es para descripta, sino para meditada en silencio, á fin de poder luego recibir con fervor sumo al Salvador y repetir con la Esposa: «Hijas de Jerusalén, no despertéis á la amada hasta que ella quiera.»

Punto II.—El segundo efecto que la Eucaristía produce en el alma, consiste en sustentarla. «Mi carne, ha dicho el Salvador, es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida.» Así como el cuerpo necesita para vivir de alimentos relativos á su esencia material, así el alma exige viandas sólidas que correspondan á su espiritual substancia. Por esta razón enseña el Florentino, que la S. Eucaristía es manjar del alma. ¡Qué bondad la de un Dios, que para nada necesita del hombre, querer transformarse en comida suya, querer que la vida íntima de ambos sea común! ¿Y qué mejor alimento podíamos encontrar que la Carne y la Sangre divinas? Digan lo que quieran los que no entienden de amor de Jesucristo; digan que se enloqueció el Salvador al darnos á comer su Cuerpo y á beber su Sangre; lo cierto es que por este sublime enloquecimiento nos sustentamos de Dios y se

nos asegura la recompensa eterna. Y ¿no querrás tú hacerte acreedora á este envidiable sustento? ¡Ah! No pocos envidian la suerte de los que comen á la mesa del rey, pero ciertamente tú estás convidado todos los días á la Mesa del Rey de la gloria. ¿Rehusarás la invitación de Jesús? Sentarse á la mesa del Rey del cielo y tomar en manjar su propia Carne y en bebida su misma sangre es lo más sublime y de efectos los más saludables para el hombre. Por eso mismo, debes estimularte á desear ese Pan divino eucarístico, y recibirle para unirte á Jesucristo con esa apretada unión que deifica á la naturaleza humana y la conserva en el bien para hacerla más tarde feliz en la gloria.

¡Sacramento Santísimo! vínculo de amor! Úneme contigo para que sea otro Jesucristo en las costumbres. ¡Madre del amor divino! Rogad por mí, á fin de que obtenga la pura caridad que abrasó vuestro Corazón y que os hizo grande ante Dios y ante los hombres.

MEDITACIÓN XII

Efectos de la S. Eucaristía considerada como Sacramento.

(Continuación.)

Figúrate á Jesucristo en el Sagrario que te muestra su divino Corazón para que te sustentes de él, y luego te enseña la sagrada llaga de su Costado para que apliques á ella tus labios.

Punto I.—Examina que nuestro amante Jesús se hizo comida del alma en el Sacramento del amor, para que ésta llevara vida de gracia temporalmente y vida eterna al terminar el presente destierro. Vida de gracia consiste en estar libres de culpa grave, en ser amigos de Dios; y la Sagrada Eucaristía, al modo que el alimento sano fortalece, conserva y en cierto modo presta vida al cuerpo, fortalece también el alma contra sus enemigos y la conserva en el bien obrar y le presta vida, preservándola del mortal pecado.

«El que come mi carne y bebe mi sangre, ha dicho el Salvador, tiene en sí la vida eterna.» Pondera, asimismo, que nos es indispensable sustentarnos del Cuerpo de Jesucristo para conservarnos en la vida de la gracia; de lo contrario nos exponemos necesariamente á bajar al sepulcro de la culpa grave. «Si no comiereis la Carne del Hijo del Hombre y bebiereis su Sangre no tendréis vida en vosotros. Vuestros padres comieron el maná y murieron; pero Éste es el pan que baja del cielo para que no muera quien de él se sustente.» ¡Oh divino empeño! ¿cómo la mayor parte de los cristianos no se obligan á él, sabiendo que en él está cifrada la vida del espíritu? Mas tú, alma, que esto meditas ¿no anhelas poseer esa vida divina? Mira á Jesús que pretende ser tu amigo y tu esposo; ¿le cerrarás tu corazón? Quiere llevarte al cielo para que disfrutes de eternos gozos; mas antes desea que te hagas acreedora á tal merced, recibiéndole dignamente; ¿desairarás á Jesús?... Piénsalo bien.

Punto II.—El Manjar eucarístico es semilla de la vida eterna y causará la resurrección de aquéllos que murieron en la paz del Señor. «Yo soy el pan de la vida, dice el Señor; quien me comiere vivirá eternamente, y Yo lo resucitaré en el último día.» Pondera, pues, con atención el beneficio tan grande que Dios concederá á los que comulgaren con las disposiciones debidas. Todos resucitaremos, afirma el Apóstol, mas no todos seremos transformados en seres gloriosos: éstos serán ciertamente los que no quisieron participar del Cuerpo de Jesucristo Sacramentado ó los que le recibieron con malas entrañas. Los que participaron con recta disposición de la Carne y de la Sangre del Salvador, por una virtud especial que el Sacramento Santísimo depositó en sus almas, resucitarán á la inmortalidad bienaventurada, serán transformados en seres eternamente gloriosos. La Divina Eucaristía es, en sentir de S. Marcial, el único medio de la resurrección de la carne. Los santos, efecto de esta verdad inconcusa, han denominado á la Sagrada Eucaristía: Prenda de la gloria futura. Y ¿cómo no, si por su medio esperamos un día escalar los cielos y sentarnos entre los ángeles? ¡Ah!

Jesucristo Sacramentado nos llevará como de la mano al trono de Dios para recibir la palma de la eterna victoria. Bendito sea mil veces el Padre de las misericordias que nos ha deparado tan excelentísimo medio para salvarnos. Saca de esta meditación deseos de aspirar al Paraíso, mediante la recepción frecuente de la Divina Eucaristía.

¡Hostia sagrada! imán del corazón! otórgame esa tu preciosa Vida para que la mía se identifique con la tuya y pueda disfrutar por este medio licencia segura para entrar en el cielo. ¡Vida y dulzura de los cristianos, Madre de Dios! hacedme copartícipe de vuestras gracias y podré con ellas amar á vuestro bendito Hijo Sacramentado. Amén.

MEDITACION XIII

Efectos de la Santísima Eucaristía considerada como Sacramento.

(Continuación.)

Represéntate al Salvador que, al entrar en tu pecho, te dice amoroso, como á la mujer pecadora:—Perdonados te son tus pecados; no vuelvas á pecar más.

Punto I.—Medita que este melifluo Sacramento, no sólo causa esa unión tan estrecha, que en las meditaciones pasadas hemos considerado, sino que, subiendo de grado en grado su encendidísima caridad, perdona al que comulga, los pecados veniales y le preserva de los mortales. Extirpa nuestras faltas leves, mejor aún que los demás Sacramentos, porque á la manera de celoso médico, cicatriza con su propia mano las llagas del alma y la otorga al propio tiempo cierto número de gracias que aumentan ó disminuyen según el grado de disposición con que se le recibe. ¡Oh qué bienes tan inmensos no se obtienen de Jesucristo Sacramentado y cuántos males no evita su recepción! Te doy gracias, Señor, por estas mercedes y te pido me hagas acreedor á las mismas.

Mas este bello Sacramento puede, en sentir de muchos santos doctores, perdonar *per accidens* el pecado grave de

aquel comulgante que le cometió, pero que en el acto de la Comunión no tuvo conciencia de él, ni le tenía tampoco afecto. Por cierto que éste no se presentó á la Comunión suficientemente contrito; pero que consiguió con el Sacramento la gracia de la contrición que perfecciona la caridad, y la remisión del pecado. ¡Ah! qué campo tan ancho y hermoso se abre á la confianza del cristiano que pondera con atención beneficios tales. Acércate al Sacramento Santísimo; recíbelo con entrañas de caridad; besa la mano de Jesús y haz todo esto con un corazón humillado y contrito, esperando recibir los bienes consiguientes.

Punto II.—También es un efecto excelentísimo de la Santa Eucaristía disminuir la fuerza de la concupiscencia por la cual somos arrastrados continuamente al pecado. Lo que es el buen refresco para un estómago lleno de ardores es la sagrada Hostia para un alma empujada hacia el mal. Es un fortísimo dique que contiene la fuerza de los malos apetitos, ayudándonos de esta manera para conseguir la salvación eterna. ¡Cuánto no debiéramos agradecer á Jesús esta fineza! Su infinito amor le ha llevado al extremo de combatir con nosotros, ya que tan combatidos estamos por nuestros enemigos.

Observa, finalmente, que la Sagrada Eucaristía es causa de otros muchos inefables y sorprendentes efectos en el alma y en el cuerpo. Ilustra el entendimiento, vigoriza la memoria, arrastra la voluntad hacia el bien, acrecienta la fe, esfuerza la esperanza, aumenta la caridad, perfecciona las virtudes morales, concede los frutos del Espíritu Santo, establece la paz en el corazón, y otorga un gozo tan grande y extraordinario que alguna vez es imposible resistir. Jesucristo Sacramentado es la farmacia de la inmortalidad; y á la manera que en otro tiempo salía virtud de Él y sanaba á todos los que á Él se llegaban, así también la bella Eucaristía despide ciertos divinos efluvios que sanan las dolencias del alma y las del cuerpo, si conviene. Anímate á ser fino amante del Sacramento eucarístico; propón recibirlo, al menos todos los meses, y verás cuán bueno es Dios para los que le aman.

¡Oh Jesús de mi corazón! Conozco mi impotencia para el bien obrar, mas todo lo puedo con Vos que confortáis mi espíritu. Y Vos, ¡Serenísima Reina del cielo! preparad mi corazón y disponedle para comulgar con una pureza semejante á la vuestra. Amén.

MEDITACIÓN XIV

Disposiciones para comulgar dignamente.

Imagina que el Salvador con rostro amoroso y la mano extendida te dirige desde el Sagrario estas cariñosas palabras: «Dame, hijo mío, tu corazón y Yo te daré el mío.»

Punto I.—Considera que, teniendo el cristiano necesidad de recibir la Santa Eucaristía, le precisa también disponerse convenientemente para percibir sus excelentes frutos. Piensa que la santidad de Jesucristo, N. S., exige gran limpieza de conciencia en el comulgante. Un Dios todo pureza, ¿entrará en un alma hedionda? Un Dios todo amor, ¿habitará en un corazón donde se agita el odio, la disensión y la guerra? Un Dios todo dadivoso, ¿dispensará sus favores á quien los rechace? He ahí por qué es indispensable en el cristiano que ha de comulgar el estado de gracia santificante; de lo contrario, tragaría, en frase del Apóstol, su propia condenación. Pero, ¿te atreverías quizá con unos vestidos limpios y adornados arrojarte en inmundo lodazal ó en fétida cloaca? Pues, atiende que el que recibe al Sacramento en mal estado arroja al Señor en los mismos lugares.

Debemos estar exentos, no sólo de la culpa mortal, mas hemos de procurar evitar las faltas leves, que resfrían la caridad é impiden sobremanera el fruto del Sacramento. Para el efecto, bueno es armar el alma y el cuerpo de mortificaciones, venciendo las pasiones, aun las más ligeras, y ejercitarse en la oración. La caridad que mostró Zaqueo al entrar Jesús en su casa; la fe que tuvo el Centurión; la piedad de S. Pedro, al ser lavado por el Señor; y el fervor de

la Magdalena cuando lavó los pies del divino Maestro, son prácticas en que deberemos ejercitarnos antes de comulgar. Jesús viene á nosotros con las manos llenas de gracias, ¿las rehusaremos? viene á buscarnos, ¿le volveremos la espalda? ¡Oh mi Jesús! gracias te doy por estos señalados favores que me dispensas en la Comunión; quiero en adelante serte agradecido y llegarme á tu Mesa como el ciervo busca la fuente de frescas aguas para beber de tus dulzuras hasta saciarme.

Punto II.—La recepción de la Divina Eucaristía exige una total limpieza del individuo. No basta ser puros en el alma, aunque es lo principal, antes bien es menester procurar la pureza del cuerpo. He ahí por qué la S. Iglesia, regida por el Espíritu Divino, prescribe á los comulgantes el ayuno natural, que consiste en abstenerse de toda comida y bebida y medicina desde las doce de la noche anterior á la Comunión hasta después de haber comulgado. Por cuanto que Jesucristo, N. S., es ante todas las cosas, debemos preferirle á todos los hombres y á todos los seres y objetos del mundo; y al recibirlo sacramentado antes de haber ingerido nada en el estómago, denotamos que preferimos su Persona sagrada á todo lo demás. Pondera, asimismo, que el decoro de este hermoso Sacramento exige gran honestidad y limpieza en el cuerpo y en el vestido del comulgante. ¿Por ventura se atrevería una persona sensata sentarse á la mesa del rey llevando el cuerpo y los vestidos sucios y desarreglados? ¡Oh mi Jesús! que siendo tan puro exigís pureza inmaculada, que siendo tan bello pedís honestidad perfecta: os doy las más rendidas gracias por el estímulo que me dáis para que yo me porte con dignidad ante Vos y ante los hombres, y ayudadme para que no deje de practicar lo que mandáis, para que obtenga la recompensa que prometéis. Acércate á comulgar con aquella preparación que guardarías si tuvieras que comparecer ante la Personalidad visible de Jesucristo triunfante. Procura llevar el traje nupcial, no sea cosa que el Señor, en vista de tu descomedimiento, te arroje del Banquete sagrado para sufrir las torturas del co-

razón en esta vida y padecer tormentos inmensos en la eterna. El fruto de esta meditación será: Confesarte bien antes de comulgar.

¡Oh Señor! Otórgame la merced necesaria para disponerme convenientemente á la Comunión. ¡Oh María, Espejo sin mancilla! Ayudadme á conseguir una contrición perfecta á fin de poder participar como debo de la Carne inmaculada de vuestro Hijo. Amén.

MEDITACIÓN XV

Ventajas inmensas que resultan de comulgar á menudo.

Figúrate que ves al Salvador sentado sobre el trono del Sagrario, y que, dirigiéndose á los cristianos, pronuncia estas palabras: Todos los sedientos, venid á las aguas.

Punto I.—Pondera que la vida del espíritu necesita, á más de alimentos sanos, que sean continuos; porque de nada aprovecharía al cuerpo tomar de una vez muchos manjares, si luego hubiese de estar un mes ó un año sin volverlos á tomar. Del propio modo, el alma que recibe de tarde en tarde su manjar, principalmente el de la santa Eucaristía, va perdiendo las fuerzas adquiridas, hasta que se le extinguen por completo, al sumirse en el abismo del crimen. La vida divina que Jesucristo Sacramentado presta al espíritu, viene á desaparecer con el tiempo, no porque sea de sí defectuosa, sino porque, estando el espíritu combatido terriblemente por los enemigos, no es fácil salga victorioso en la lucha emprendida como no sea con las fuerzas que le proporciona el Sacramento. De ahí que nos es necesaria la percepción continuada del Manjar eucarístico, tanto más cuanto que es voluntad expresa de Cristo, N. Señor, al decirnos por su evangelista: Venid á mí todos cuantos andáis oprimidos y trabajados que Yo os aliviaré. Pondera bien esta palabra: *ego reficiam*, Yo restauraré tus fuerzas perdidas ó debilitadas con la fuerza de vida que te doy en mi

Sacramento. Aquí descubrimos una chispa más del fuego que devora á Jesús por nuestra salvación. Se constituye por medicamento corroborante, y, como pregonero que da voces desde la vía pública del Tabernáculo, nos llama á que nos fortalezcamos con el tónico específico de la Eucaristía. ¡Qué bondadoso es Jesús! cuán amable, cuán amante de sus hijos! No creas, no, que la práctica de la Comunión frecuente es una exigencia de la devoción: es un deseo formal del Concilio Tridentino, y antes de Él los apóstoles y los primeros fieles, y después de Él todos los buenos católicos comulgaban todos ó casi todos los días. ¡Ah! es que para ser cristiano es preciso vivir de Cristo, y nadie posee esta vida, si no se incorpora muchas veces, al menos con el deseo, al Cuerpo de Jesucristo Sacramentado.

Punto II.—Es muy difícil y hasta moralmente imposible evitar los vicios y pecados sin la recepción frecuente de la S. Eucaristía. La razón está en que el alma, combatida de las pasiones y sus similares, no posee fuerza suficiente para desentenderse de ellas sin la gracia del Sacramento eucarístico. He ahí por qué es conveniente al católico, que no quiere perder de vista su salvación, llegarse todo lo posible á esa fuente de amor, cuyas frescas y ricas aguas se deslizan mansamente por el Tabernáculo. Así como del trato familiar con un amigo adquirimos ciertas palabras en el lenguaje, ciertas formas en el trato, ciertas ideas en el pensar y hasta ciertas costumbres en el obrar, que no eran nuestras sino del amigo, así quien trata familiarmente con Jesucristo por medio de la Comunión, llega á identificarse con Él, y su pensar, querer y proceder tienen muchos puntos de contacto con el proceder, querer y pensar del Salvador.

Los pretextos que se aducen para dejar de comulgar con frecuencia tienen escaso ó ningún fundamento en la presencia del Omnipotente. Quien tiene amor á su salvación eterna encuentra tiempo y lugar para comer de ese Pan celestial que nutre á los bienaventurados. He ahí por qué te debes mover á encendidos deseos de participar de la Vianda eucarística sin temor á los negocios y al qué dirán de los

hombres. ¿Quieres tener deseos de agradar á Dios? Comulga con frecuencia. ¿Quieres obedecer puntualmente sus preceptos? Comulga con frecuencia. ¿Esperas ser feliz en este mundo con la felicidad del justo? Comulga con frecuencia. ¿Anhelas por salvarte? Comulga con frecuencia. Sí: practica esta santa obra siempre que buenamente puedas, con las disposiciones convenientes, y verás lo que es Dios para los suyos, y el dominio que poseerás sobre ti y sobre el mundo. Obtén de esta meditación propósito firme de comulgar en todas las festividades de la Virgen para que ella te estimule á la Comunión frecuente.

¡Oh Señor de las virtudes! Comunícalas á mi alma cuando reciba la Hostia Inmaculada, arsenal donde están depositadas. Pero Vos ¡Reina de la gracia! sois la que me ayudaréis á conseguirlas. Amén.

MEDITACIÓN XVI

Sobre las visitas á Jesús Sacramentado.

Contempla al Redentor, quien desde la Hostia Sagrada te llama para que le hagas compañía en la soledad del Santuario.

Punto I.—Medita que Jesucristo, N. Señor, te espera con solicitud en el templo para abrirte su divino Corazón, expansionarse contigo y colmarte de reiteradas mercedes. Todo esto lo causa el amor que te profesa, que raya en lo infinito. Por esta razón pondera lo primero, que Él te espera para abrirte y enseñarte su Corazón. El amable Salvador sufre continuamente las ingratitudes y desprecios de los hombres; apenas hay quien se acuerde de su estancia entre nosotros; busca un corazón que le acompañe á sufrir y que oiga sus clamores; pretende contarle todas sus quejas que son amargas y sus penas que son atroces. ¿No serás tú uno de los verdaderos amigos de Jesús? Pondera lo segundo, que en ese lugar sacratísimo del Tabernáculo, oficina don-

de se elaboran tantas gracias, se ha aprisionado el Salvador para recordarnos el amor infinito que nos profesa; quiere que le abras tu corazón como Él te ha abierto el suyo, y que le refieras una á una todas tus cuitas y necesidades y esperanzas. ¿No querrás tú acercarte á Jesús para que Jesús te diga una palabra de cariño? Pondera lo tercero, que el Salvador te espera en el Sacramento con las manos llenas de gracias para derramarlas sobre tu alma; son muchísimos los que las menosprecian; son también muchos los que, indiferentes, se olvidan de llegarse al templo. ¿Querrás ser tú uno de tantos? No, alma cristiana. ¿Ves la soledad, la pasión, la tristeza de Jesús? conoces los ultrajes y los agravios que se le infieren? Pues es deber tuyo el acercarte al Sagrario para gemir y sufrir con el Salvador, para desagraviar sus injurias y recibir el bien que espera concederte. Si eso no practicas nada haces por tu Dios.

Punto II.—Las ventajas que se obtienen de visitar al Redentor sacramentado son inmensas. El profeta nos exhorta á que nos acerquemos á Jesús para ser iluminados. Los que buscamos luz en las dudas y serenidad en las turbaciones, ¿por qué no nos llegamos á los pies del Salvador, solicitando envíe un rayo de luz que disipe la duda y calme la tormenta?—Todos los sedientos venid á las aguas, dice el Hombre-Dios, y los que no tengáis dinero tomad, comed de este Pan y bebed de este Vino que os he preparado—como si dijera: los que aspiráis á la virtud, los que anheláis por la perfección venid á estas puras aguas del Sagrario que, mucho más eficaces que las de Síloe, os devolverán la salud del alma.—Sois unos desgraciados, añade, los que me habéis abandonado á mí que soy fuente de agua viva, de ese agua que salta hasta la vida eterna, y en mi lugar habéis preferido cisternas rotas que no contenían agua, y allí habéis perecido de miseria.—¡Ay! cuantas veces no has ido tú á buscar el consuelo y la satisfacción en deidades mentidas, y en ellas has cifrado tu felicidad como si pudieran dártela, abandonando á Jesús que en el Sacramento te esperaba para consolarte verdaderamente y concederte ese

gozo y satisfacción que buscabas..? Anímate á presentarte en el templo santo, siempre que tus ocupaciones lo permitan, y, buscando un rincón desde donde puedas fijar tus miradas en el Tabernáculo, haz propósito de quedarte allí un buen rato para tratar con Jesucristo Sacramentado el arduo negocio de tu salvación.

¡Oh Jesús, mi amor! tocad mi corazón para que despierte y se levante de su espiritual postración con objeto de que guste ir á vuestra santa Casa para visitaros. ¡María, Madre mía! animadme para que no desista de mi buen propósito. Amén.

MEDITACIÓN XVII

Amor de Jesús en la institución de la S. Misa.

Haz cuenta que ves al adorable Salvador que viene hacia ti con pesada cruz al hombro y que te dice amorosamente: Voy á ser sacrificado de nuevo por ti en el Altar.

Punto I.—Nuestro Señor, con haber sufrido tantas penas y tormentos en una cruz, y con haber satisfecho plenamente á Dios Padre la deuda del género humano, quiso por amor á los hombres sacrificarse más veces en otro altar, idéntico al de la Cruz en sus efectos, pero diverso en el modo. Pondera bien esta singular fineza, este nuevo modo de afecto hacia ti y notarás que, habiendo sido suficientísimo el sacrificio del Calvario, todavía N. Señor, en concepto del amor que te profesa, ha querido merecer más por medio del Sacrificio del Altar, ha querido que tú vieras la memoria eterna que tiene de ti y las obras que por ti lleva á cabo, pues quien se deja inmolar millares de veces al día en diversos puntos por tu bien temporal y eterno da á entender que no tendría inconveniente de ser inmolado otras tantas en el patíbulo horroroso del Gólgota, si preciso fuere. No olvides que Jesús, á fin de lograr estos apetecidos fines, piensa en instituir el Sacrificio eucarístico, no sólo temporal, sino perpetuamente, para que su acción é influencia durase mientras

el mundo existiese. Y puedes considerar á Jesús que repasa en su memoria las generaciones de todos los tiempos y que se acuerda también de ti, por ignorado que seas del mundo, ó por obscuro que sea tu linaje, á fin de aplicarte los méritos que de este Sacrificio se obtienen. ¡Qué amor tan tierno y excesivo! Gracias te doy, oh Señor, por este nuevo beneficio, y en agradecimiento de él te suplico me concedas la merced de que me sacrifique, á imitación tuya, por mis hermanos, no importándome ningún bien temporal por la salvación eterna de los mismos.

Punto II.—El Altísimo había ordenado en la Ley antigua que se le ofrecieran sacrificios cruentos de reses, los cuales podían muy bien perdonar los pecados si en los oferentes había contrición de sus culpas y fe profunda en el Mesías que había de venir. Mas, el pueblo escogido, ingrato á su Hacedor, le ofrecía reses inútiles, por lo cual quejóse amargamente su Majestad divina y decidió no acordarse más de los sacrificios de su pueblo, queriendo que fuesen reemplazados por el sacrificio de la Nueva Ley que, á más de tributar al Excelso una gloria infinita, á más de rendirle un culto cual se merece, resulta para los cristianos un tesoro inagotable de bienes. Pondera con detenimiento todas las ventajas del Sacrificio eucarístico sobre el sacrificio hebreo, y reflexiona sobre el amor de tu amante Jesús que, ardiendo en vivas llamas por tu santificación, ha fijado su augusta residencia en tu nación, en tu pueblo y quizá muy cerca de tu casa para que vayas á verle y adorarle, y sobre todo para hacerte mejor ciudadano, haciéndote buen cristiano. Da gracias á su divina Majestad por este inmenso beneficio, y como fruto práctico de esta meditación, considerarás una vez cada semana, por el espacio de media hora, las ventajas del Sacrificio del Altar.

¡Oh mi amor sacrificado! Haced que yo también me sacrifique á mí mismo y sacrifique mis gustos y afectos terrenos. ¡Virgen de los Dolores! Vos que os sacrificasteis con vuestro Hijo en la Cruz, estimuladme y ayudadme para que guarde mi propósito. Amén.

MEDITACIÓN XVIII

Esencia del Sacrificio del Altar.

Represéntate al Salvador que, en forma de manso Cordero, está sacrificado en el Altar, y de su Costado sagrado corre una fuente de sangre.

Punto I.—El S. Sacrificio de la Misa es una perfecta inmolación que Jesucristo hace de sí mismo á su Eterno Padre; es una viva memoria del Sacrificio del Calvario, y una perfecta renovación del martirio del Hombre-Dios en el Gólgota. Jesucristo en el Altar se ostenta abatido ante su Genitor, como estrangulado y muerto por salvar á los hombres. Por esta razón puedes considerar el acto heroico en infinito grado que ejecuta el Salvador en la Misa, pues, no pidiéndole su Padre más sacrificio que el de la Cruz, empero Él anhela repetir ese precioso holocausto infinidad de veces por amor al hombre. Atiende á la humildad del Redentor, á su abatimiento y á su especie de aniquilamiento personal, y así podrás contemplarle Cordero inocente muerto sobre una patena, y que su santísima cabeza está profundamente inclinada hasta el suelo, y que, eclipsados sus ojos, extenuado su Cuerpo, y habiendo expirado, te dice con mudo lenguaje:—Vedme aquí dispuesto á sufrir de nuevo los atropellos de la calle de Amargura y los suplicios del Calvario.—Este adorable Sacrificio es una memoria del Sacrificio del Calvario, pero una memoria tan viva, adecuada y perfecta que es imposible inventar otra semejante. No es la Creación, ni la Encarnación la obra en la que más se precia el Altísimo: es la Redención, la Pasión y Muerte de su Hijo bendito que experimentó por nuestra salud. La razón está en que le costó á Él su propia sangre. Para que el hombre tuviera, pues, un recuerdo perenne de este beneficio instituyó el venerable Sacrificio de la Misa que, cada vez que es celebrado, nos hace memoria de los trabajos su-

fridos por el Señor en la santa Cruz. Gracias os doy, Redentor mío, por una merced tan grande, y haced que jamás la olvide para que tampoco desconozca la gratitud que por ella os debo.

Punto II.—La santa Misa es una exacta renovación del Sacrificio del Calvario. En el altar eucarístico se reitera la Pasión del Señor y se repite su muerte, diferenciándose del de la Cruz únicamente en el modo: pues en éste derramó Jesucristo la sangre físicamente, mas en aquél la derrama moralmente. Ambos sacrificios surten idénticos efectos: porque si el del Calvario causó la redención de los hombres, el del Altar aplica esta gracia sin igual. He ahí por qué son muchos los beneficios que se nos conceden por medio de la santa Misa. En primer lugar podemos tributar á la Divinidad toda la gloria que se merece con creces; porque el que se ofrece es el Hijo de Dios, de virtud y mérito infinitos, y nosotros ofrecemos la Misa con el Hijo de Dios. ¿Por ventura no agradará al Padre el Sacrificio de su Hijo? Si aceptó el de la Cruz con más razón aceptará el del Altar, pues todos sus méritos están ya contraídos. Pero; ¿te has ofrecido tú con la humildad que mostró Jesucristo á su Padre? Piensa que para que el Señor acepte tu sacrificio es indispensable que se asemeje en algo al del Redentor. ¡Ah! cuánto vale el Sacrificio del Altar! Los fieles unidos á Jesús son otros nuevos hijos del Altísimo que hacen fuerza al Omnipotente para que oiga sus peticiones y las despache favorablemente. Examínate y recuerda si has procurado unirte en la oración al Hombre-Dios para dar culto debido á la augusta Trinidad, pues es deber tuyo y deber primario, que cumplirás si celebras ú oyes Misa con la atención, reverencia y puridad convenientes. Saca de esta meditación deseos de sufrir con Jesús y de sacrificarte por tus hermanos.

¡Oh dulce Redentor! Desde ahora me uno á vuestra intención, suplicándoos humildemente me admitáis en el número de vuestros amigos. Y Vos ¡Reina de los serafines! haced propicio á vuestro santo Hijo para que esta oración no deseche. Amén.

MEDITACIÓN XIX

Efectos del S. Sacrificio de la Misa.

Contempla al Cordero divino sacrificado en el Altar que te invita á que apliques tus labios al torrente de sangre preciosísima que mana de su costado, diciéndote: Bebe, amigo, y embriágate con ella.

Punto I.—Observa que el V. Sacrificio de la Misa es eucarístico ó de acción de gracias, pues con Él damos al Eterno dignas gracias por los beneficios recibidos de su mano. Si repasas en tu memoria las mercedes generales y particulares que has recibido de la Bondad divina, verás que son infinitas. Dios ha sido contigo, quizá de un modo especial, próvido y magnífico. Tu deber está ahora en retribuirle dignamente sus ricos favores; pero ¿cómo lo ejecutarás convenientemente? He ahí que Jesucristo, N. S., te depara el Sacrificio del Altar para que por su medio rindas gracias debidas y del mejor modo posible al Soberano Dueño de todos los seres. El Salvador, puesto de hinojos en la Hostia del Sacrificio, con la humildad más profunda, da por nosotros á su Padre gracias mil, y nosotros, unidos en espíritu á Jesús, podemos retribuírselas como conviene. No hay que decir que el Eterno queda complacido á la vista de los obsequios que le enviamos juntamente y por medio de su Hijo Santísimo.

La ingratitud es el vicio más deplorable entre los hombres; merced á él ha causado el Altísimo terribles estragos en los pueblos. La Escritura consigna (1) que, á causa de que los hebreos olvidaron las maravillas que el Señor obró en Egipto y en el mar Rojo y no le dieron por ellas las gra-

(1) Ps. CV.

cias debidas, abandonóles Dios á la esterilidad y á la miseria, y dejóles caer en manos de naciones bárbaras para que los esclavizasen duramente; ese mismo pueblo, por haber sido ingrato, ha quedado sin sacrificio, sin altar, y sin nación. También podrá enviarte á ti esos mismos ó parecidos castigos si te olvidas de serle agradecido por medio del Sacrificio del Altar, medio óptimo de retribuirlos. Gracias te doy, Señor mío, porque me has deparado ocasión tan favorable como la S. Misa para serte debidamente agradecido. Que no me olvide de ti para que me tengas siempre presente en todas mis necesidades.

Punto II.—Este V. Sacrificio es, además, propiciatorio; esto es: que Dios, en vista de su virtud asombrosa, obra la remisión de los pecados de los hombres. S. Cipriano le llamó: «Holocausto que purga las iniquidades.» Pero, debes advertir que perdona las culpas de diferente modo que lo efectúa el Sacramento de la Penitencia. Este Sacramento perdona los pecados *inmediatamente,* á saber: en el momento mismo que los penitentes, verdaderamente contritos y confesados, reciben la absolución; mas el Sacrificio de la Misa los remite mediante ciertos auxilios especiales que otorga á los que celebran, mandan celebrar ú oyen Misa, con los cuales, dichos penitentes se mueven al arrepentimiento de sus culpas y á la confesión de las mismas. No olvides, asimismo, que la S. Misa perdona inmediatamente las penas temporales debidas por los pecados ya confesados y perdonados. Pondera, cuán inmenso es este beneficio eucarístico, pues el Salvador quiere en la Misa perdonar tus pecados, si tú no te haces sordo á sus inspiraciones y llamamientos; y no sólo los tuyos, sino los de todos los hombres; porque así como el fruto del Sacrificio del Calvario fué universal, así también se extiende á todos los racionales el fruto del Sacrificio del Altar. He ahí cuánto te importa celebrar, mandar celebrar ó asistir al tremendo acto de la S. Misa para que el Señor, en vista de tus faltas, se mueva á compasión de ti y te las perdone ó te ponga en vía de ser perdonado. ¡Ah! qué bondadoso es Jesús, considerado des-

de este punto de vista! Su misericordia no tiene límites; su amor excede á toda ponderación.

¡Oh Jesús, sacrificado por mi bien! Juntamente con las gracias que os doy por esta merced tan valiosa, os suplico que, siempre que asista al Sacrificio del Altar, perdonéis mis pecados.—Ayudadme, oh María, Madre de los pecadores, ayudadme á sentir aborrecimiento de mis culpas. Amén.

MEDITACIÓN XX

Efectos del Santo Sacrificio de la Misa.

(Continuación.)

Figúrate que junto á Jesús, sacrificado en el Altar, hay un ángel que ostenta en su mano un cáliz lleno de sangre divina la cual vierte copiosamente sobre el Purgatorio.

Punto I.—Considera que el Sacrificio eucarístico, no sólo es propiciatorio por los vivos, si que también lo es por los que han muerto en amistad con el Señor. Tanto nosotros como los que gozan de Dios en el cielo y los que expían sus faltas leves en el purgatorio, somos hermanos y nos comunicamos unos á otros los privilegios comunes de hijos de Dios y de herederos de su Reino. Por esta razón las benditas almas del purgatorio participan de las buenas obras que practicamos los que aun peregrinamos por el mundo, siendo la principal Obra con la que podemos favorecerlas el S. Sacrificio de la Misa. Por consiguiente, la caridad exige quieras para los demás lo que quisieras para ti; y así como tú quisieras te aliviasen tus penas si te encontrases en el caso de aquellas almas, de la misma manera debes ahora aliviar á ellas mediante esta Obra laudabilísima, precioso bálsamo que mitiga sus dolores y hasta cura sus llagas, disminuyendo ó haciendo cesar para siempre los horri-

bles tormentos que padecen. Persuádete que con ninguna otra Obra darás más gusto á Dios ni más provecho á esas almas que con la S. Misa, ya que durante la Misa Jesucristo enjuga sus ardientes y continuas lágrimas, extirpa sus graves dolores y las concede la hermosa herencia del cielo. ¿No quisieras tú, cristiano, si fueras al Purgatorio, que Jesús desempeñase contigo semejantes oficios? Pues oye la S. Misa por las almas que pueblan aquel lugar, y no dudes que si allí á parar fueres, los que te sobrevivan oirán Misa por ti, y con sus méritos te sacarán del Purgatorio.

Punto II.—Aunque el adorable Sacrificio del Altar posee virtud infinita, y su aplicación es infalible respecto de las almas del Purgatorio, empero la remisión de toda ó parte de la pena que deben sufrir en aquel lugar queda al arbitrio de la Voluntad divina. Es verdad que con un solo Sacrificio podíamos librar de sus penas á todas las almas del Purgatorio; pero el Señor no aplica siempre toda la virtud infinita del santo Sacrificio, sino toda ó parte según el beneplácito de su voluntad. He ahí por qué te debes aplicar á oir ó á celebrar muchas Misas por los difuntos, en la inteligencia de que cuantos más sacrificios aplicares por el difunto de tu devoción, tanto más cercano estará del puerto de salvamento ó con más facilidad se librará de toda la pena. Pondera, siquiera por un momento, los acerbos dolores y sufrimientos indescriptibles que experimentarán en el Purgatorio las almas benditas. ¿Quizá no te moverán á compasión? No arrancarás una lágrima á tus ojos y un suspiro á tu alma á la vista de sus penas y en beneficio de su libertad? Da gracias al Salvador por haber instituído un Sacrificio tan eficaz para librarnos de las cárceles de ultratumba. Propón, como fruto de esta meditación, mandar celebrar una Misa todos los años por las almas de tus fallecidos parientes, y oir una todas las semanas á su intención.

¡Oh Salvador de mi alma! Dadme voluntad de rogar por los fieles difuntos; y ¡Vos, Madre de mi vida! interceded por mí, á fin de que obtenga y me aplique los frutos de esta santa consideración. Amén.

MEDITACIÓN XXI

Efectos del S. Sacrificio de la Misa.

(Continuación.)

Contempla la triste escena del Calvario, y á Jesús, N. Señor, que vuelve su rostro hacia ti, al cual le pides favores como se los pidió el Buen Ladrón.

Punto I.—Es provechosísimo para nuestra alma el Venerable Sacrificio porque consigue á ésta las gracias necesarias para su salvación. Por esto reflexiona en primer lugar que Jesucristo en la S. Misa ejercita el oficio de Medianero entre su Padre y nosotros. Cuando el Redentor vivía en carne mortal, dice el Apóstol, era oído del Padre siempre que pedía algún favor para el hombre; pero ahora que está colmado de méritos, ¿no le otorgará cuanto solicite? Si á los reos, momentos antes de ser ajusticiados, se les concede por compasión lo que ellos piden ¿no se concederá esto mismo á Jesús cuando en la S. Misa hállase como reo dispuesto para ser ajusticiado incruentamente? En segundo lugar, siendo universal el adorable Sacrificio del Altar, son también universales sus efectos y, por consiguiente, universales sus favores respecto á todos los hombres; y puesto que el Apóstol nos avisa para que celebremos la V. Misa por todos los hombres, de ahí que debes rogar en ella por los justos para que se justifiquen más, por los tibios para que se enfervoricen, por los pecadores para que se les conceda la gracia santificante, por los herejes para que entren en el gremio de la Iglesia, por los infieles para que se conviertan á la fe, por los obispos, sacerdotes y religiosos para que den buen ejemplo, por los reyes y superiores para que gobiernen con acierto y por los súbditos para que obedezcan fielmente á sus mayores. En tercer lugar, sin la oración no podemos ser salvos, porque no recibiremos las gracias eficaces para el efecto; la oración es la llave del cielo

que abre sus puertas para que de él lluevan los favores divinos; y si en la Misa practicamos la oración fervorosa, entonces oramos con Jesús, quien nos alcanza las mercedes solicitadas, sobre todo las que perfeccionan el alma para conducirla á la eternidad bienaventurada. Gracias os doy, mi Jesús, por el trabajo que os tomáis por mí, rogando al Padre en la Misa. Que no me separe de Vos para que por Vos se me conceda la gracia en esta vida y la recompensa en la otra.

Punto II.—El V. Sacrificio de la Misa sirve, no sólo para alcanzarnos gracias espirituales, si que también materiales. Es este Sacrificio fuente de todos los bienes, entrando en éstos primero, los que directamente conduzcan á obtener la salvación eterna; y segundo, los que indirectamente ayudan á conseguirla. El Apóstol quiere que ofrezcamos sacrificios para conseguir una vida quieta y tranquila; y los antiguos Padres están conformes en que podemos ofrecer la Misa para lograr bienes temporales que no nos separen del camino de la felicidad verdadera. Reflexiona en primer lugar, cuán misericordioso es nuestro amante Salvador, quien, enseñándonos á despreciar las cosas de este mundo para mejor apreciar las del otro, y teniendo condescendencia con nuestra fragilidad, quiere que le pidamos salud, bienestar, buenas cosechas, fama, buen éxito en las empresas, conservación de la familia y que ahuyente al propio tiempo la esterilidad, el hambre, la peste, etc. etc. En segundo lugar, el medio más á propósito entre los divinos para conseguir los precedentes fines, consiste en la S. Misa, en la cual el mismo Jesucristo ruega con y por nosotros, y nos devuelve despachadas satisfactoriamente nuestras peticiones. Y aunque es verdad que debes pedir estas cosas en orden á tu salvación, empero, encontrándote en grave apuro, debes acudir con entera confianza al trono de Jesucristo, y en la S. Misa exponerle tus necesidades, para que Él las remedie, que el Señor sabe y quiere otorgarte por añadidura todos estos bienes después que le hayas solicitado y procurado su Reino. Pon todos tus buenos deseos en las manos de Jesús, y,

arrepintiéndote de las veces que así no lo has ejecutado, haz firme propósito de no pedir al Señor bien alguno temporal que no ayude al del espíritu.

¡Oh Jesús, inmolado por mi amor! Te doy las gracias por el beneficio pingüe de la S. Misa, y te pido que por su medio alcance lo que más convenga á mi alma y cuerpo. ¡Reina de los serafines! abogad por mí para que no descuide el gran negocio de mi salvación. Amén.

MEDITACIÓN XXII

Riquezas de la Santa Misa.

Imagina que sobre el Altar donde se celebra la S. Misa está abierta el arca de los tesoros celestiales, y que los ángeles, presentes á ella, te convidan á que tomes de ellos á discreción.

Punto I.—El adorable Jesús ha cifrado en el bello Sacrificio de la Misa todos los tesoros de su Omnipotencia y quiere dispensarlos generosamente. En primer lugar, distribuye semejantes riquezas por medio de la celebración del V. Sacrificio. Considera, pues, que el sacerdote que celebra una sola Misa practica la Obra más venerable que existe en la Iglesia, porque á la manera que la entrega que Jesús hizo de sí mismo á los judíos en el acto de la Crucifixión fué la obra más santa y excelente que el Señor ejecutó en la tierra, así la S. Misa, reproducción viva de esa Acción tremenda, es también la Obra más venerable y excelente del mundo. Lo segundo, este divino Sacrificio es la Obra en que más se honra Dios y en que más agradamos á Jesucristo y á la Corte celeste. La santa Misa es, en efecto, ese sacrificio de alabanza que honró al Padre, y le ha dado más gloria que los actos meritorios de los apóstoles y mártires y confesores y vírgenes y penitentes. Lo tercero, es la Obra en que hallamos mayores provechos, porque en Ella está el camino por donde se nos muestra la salud de Dios. ¡Oh cuán preciosa es la celebración de una sola Misa! El

sacerdote que celebra, transformado en un Dios-Hombre que aboga por la humanidad cerca de la Divinidad! ¡El sacerdote, rodeado de espíritus angélicos y ostentando en sus venerables manos el Hijo de Dios sacramentado! El sacerdote por esta Acción es más agradable al Señor que todos los justos reunidos, es más digno que las potestades más altas de la tierra y superior á todas las del cielo, excepción hecha del Omnipotente. Gózome, Dios mío, por el poder que habéis dado á vuestros ministros sagrados, que cede en beneficio mío. He de procurar en adelante mandar celebrar alguna Misa para que á Vos resulte la gloria que la fe me enseña, y á mí los bienes que la experiencia me acredita.

Punto II.—En ayudar la S. Misa hay grandes riquezas y se nos consiguen bienes sin tasa. Pondera, pues, lo primero que el que asiste al sacerdote practica el oficio de ángel; porque así como los angélicos espíritus sirven inmediatamente á Cristo, N. S., así los que ayudan Misa sirven al sacerdote que representa á Jesucristo; y para que comprendas la dignidad altísima á que son elevados los que asisten al ministro de Dios, sabe que el mismo Salvador y los ángeles y los santos han ayudado prodigiosamente al sacerdote celebrante. Pondera lo segundo que, efecto de servir al sacerdote en la Misa, se consiguen bienes espirituales inmensos; primero, los mismos bienes que adquieren los que asisten al Sacrificio, y segundo, gracias singulares en razón á que se hallan más inmediatos á la Hostia inmaculada, viniendo á ser como concelebrantes del sacerdote. Si tu sexo no te permite dedicarte á este angelical ministerio, al menos procura unirte en espíritu á los que ministran al presbítero, deseando obtener los bienes espirituales que ellos consiguen y asistiendo con gran devoción al Sacrificio. Gracias os doy ¡oh mi Jesús! por estos nuevos medios de santificación que me proporcionáis y os pido que los ponga en práctica, siempre que las obligaciones de mi estado lo permitieren, para obtener los favores que por ellos concedéis.

Mas, ¡Vos, Señora del mundo, Madre mía! seréis la que me habéis de ayudar á obtenerlos.

MEDITACIÓN XXIII

Riquezas del S. Sacrificio de la Misa.

(Continuación.)

Figúrate que mientras se celebra la Misa hay en el Altar una fuente abundantísima, siendo Jesucristo quien distribuye sus aguas saludables á cuantos se acercan á beberlas.

Punto I.—En la santa Misa existen riquezas sin cuento. Quien oye una Misa asiste al Sacrificio del Calvario, y si en éste hubo grandes conversiones y se darramaron á torrentes favores inmensos, también por asistir al Sacrificio del Altar se perdonan los pecados veniales y se dispone al pecador que está en pecado grave para que salga de su mal estado. En segundo lugar, se alcanzan muchos méritos, porque hasta los pasos del que va á oirla se enumeran en el Libro de la vida; crecen los bienes temporales; nos libramos de peligros inminentes y de horribles tentaciones; auméntasenos el amor de Dios y conseguimos el remedio de muchas necesidades más, particularmente las que se refieren á nuestra salvación. El Señor no nos ha concedido el tiempo para que lo empleemos todo en los negocios temporales, porque antes que lograr éstos debemos asegurar el negocio principal, que es la posesión de la Gracia divina; por manera que si tú, olvidándote del modo con que debes emplear el tiempo, lo ocupas todo en bagatelas ó negocios mundanos, que no conducen al fin último, trastornas el orden de la Providencia, y pospones lo necesario á lo útil, si es que verdaderamente son así muchos negocios temporales. El Salvador trató de necio á cierto individuo que, ocupando el tiempo

de su vida en allegar bienes temporales, una noche en que se le pidió el alma, no pudo responder con ningún bien espiritual, por lo cual perdióse para siempre. Aprovéchate, por lo tanto, de esta lección y procura allegar bienes en el cielo donde la polilla roer no puede, y uno de estos bienes, que costaría muy poco de ganar, consiste en oir diariamente la santa Misa, por medio de la cual te librarías de muchos peligros y alcanzarías gracias especiales que asegurarían tu salvación.

Punto II.—El adorable Sacrificio del Altar consigue además favores, no sólo á los que celebran, á los que ayudan y asisten á Él, sí que también á toda la Iglesia. Reflexiona, pues, que es de gran consuelo persuadirse que participamos de todos los sacrificios que en el mundo se celebran, y que mientras nos ocupamos en otros quehaceres domésticos y sociales adquirimos méritos por dicha participación, como asimismo cedemos á los demás parte de los méritos que alcanzamos con asistir personalmente al Sacrificio. ¡Ah! que bella es la Religión Católica! Ten en cuenta, además, el respeto que se merecen las personas y cosas sagradas que sirven al Sacrificio de la Misa, qué veneración los templos, moradas de Cristo Sacramentado, de cuánto miramiento los altares, los vasos sagrados y demás utensilios del Sacrificio, y de cuánta honra los sacerdotes, ministros de Dios, medianeros nuestros que nos abren las puertas del cielo. Aprende á estimar debidamente estas personas y cosas humano-divinas y á no hacer caso ninguno del comportamiento del mundo respecto del particular, porque siendo el mundo enemigo de Dios, también lo es de las personas y cosas eclesiásticas; antes bien, con resolución santa practica con devoción los ejercicios religiosos, sobre todo la Santa Misa, la cual oirás con frecuencia y puntualidad. Propón enmendarte de tus faltas y de armarte de santas resoluciones.

¡Oh Jesús Sacramentado! Que tenga resolución firme de no hacer caso del mundo en cosa alguna. ¡Virgen, Señora mía! Ayudadme á obtener esta merced con vuestro poderoso valimiento.

MEDITACIÓN XXIV

Bienes que reporta el Santísimo Sacramento como Viático.

Haz cuenta que estás postrado en el lecho, sabiendo que peligra tu vida, y que Jesucristo, S. N., baja del cielo á consolarte y darte fuerzas para llevar con paciencia la enfermedad y resistir las tentaciones.

Punto I.—Pondera que nuestro amorosísimo Jesús, llevado de su caridad infinita, quiere Él mismo llevarnos al cielo, proveyéndonos al efecto de un medio tan excelentísimo como es darse á sí propio en alimento y fortaleza, para que no desfallezcamos en el corto pero terrible viaje del tiempo á la eternidad. Por esto reflexiona lo primero el amor inmenso de Jesús que, si bien nos muestra afecto grande mientras vivimos en este mundo, no quiere abandonarnos en la última hora de nuestra vida, en ese momento tan peligroso á nuestra salvación, antes bien, desea venir á vernos y constituirse en guía nuestro para conducirnos al paraíso; ¡qué rasgo de caridad tan inmensa! Parece que Jesús no pueda pasar sin nosotros; su pensamiento está siempre fijo en nuestra felicidad. Reflexiona lo segundo, que el Salvador, en el Santísimo Sacramento, es nuestra fortaleza, la cual nos proporciona para que el alma no sucumba en la terrible batalla que debe librar al enemigo. Él mismo es fortísimo escudo; pelea por nosotros y nos da la victoria ganada. Pondera lo tercero, que el Santísimo Viático tranquiliza el espíritu. No hay bien tan grande en esta vida como tener la conciencia verdaderamente tranquila, y el alma que posee la gracia de Dios se halla en tal estado; entonces nada falta al alma, porque posee á Dios, y Dios es la suma felicidad del hombre. Pero el Santísimo Viático concede al espíritu esta paz y tranquilidad; es entonces un antiespasmódico espiri-

tual que deja al alma en posesión de la gracia suavísima de Jesús; el viaticado parece reposar en el dulce sueño de la Esposa de los Cánticos, del cual no quisiera que nadie le despertara por hallarse como gozando las dulzuras del paraíso. ¡Oh cristiano! ¿Y no envidias la suerte de las almas que tales efectos experimentan? Y no te dispondrás de tal modo que merezcas conseguirlos?

Punto II.—El divinísimo Viático, á más de tranquilizar el espíritu, le enfervoriza. El Patriarca de los pobres, S. Francisco de Asís, momentos antes de expirar, y luego de haber comulgado, exclamaba lleno de emoción santa: Saca, oh Señor, á mi alma de esta prisión para que confiese tu nombre pues, me esperan ya los justos en el cielo; y el mismo fervor experimentaban otros cristianos que, habiendo llevado una vida ejemplar, recibieron en la hora postrera el S. Viático. No parece sino que este Sacramento impele al enfermo para que se desate de sus carnes y vuele á las mansiones celestiales. ¡Cuán dulce será poseer fervor tan inefable! Además el Santísimo Viático reanima las fuerzas corporales. Agotadas éstas sobremanera á causa de la enfermedad y de la interior lucha que sostiene el alma, no es decible el estado de postración del cuerpo; empero, la Santa Eucaristía, á la manera que el alma de Jesús, al entrar en el divino Cuerpo difunto, le dió energías poderosas para levantarse y salir del sepulcro, así cuando el S. Viático entra en el alma del enfermo, es como espíritu que da vitales energías á todo el compuesto humano. Pondera lo tercero, que este Santísimo Viático es prenda de la gloria, según advirtió el Angélico; porque viene á ser como la escritura legalizada por Dios para que con su posesión pueda el enfermo entrar en el cielo. De ahí que algunos santos le apellíden: *causa de la gloria*, en razón á que según dijo el Salvador: Quien comiere de este Pan poseerá la vida eterna. Levanta tu espíritu, alma cristiana, y recréate en estas bellezas eucarísticas para hacerte acreedora á ellas. Pide todos los días á Jesús Sacramentado se digne favorecerte con la merced de conducirte al cielo, y dispón tu corazón para re-

cibir al Señor en aquella hora última de tu vida. Gracias te doy, Jesús mío, por la merced que me tienes preparada á fin de que pueda yo por su medio volar en su día á las mansiones celestiales; otórgame esa fortaleza que das á tus devotos para que no perezca en el camino del cielo. Y Vos, ¡Madre mía, María! haced lo posible para que el Señor me conceda esta gracia, que con vuestra intercesión espero firmemente obtenerla.

MEDITACIÓN XXV

Cómo deberemos recibir y acompañar el Santísimo Viático.

Figúrate ver á Jesucristo que, al pasar por tu casa seguido de la corte angélica, te invita amorosamente á que le acompañes al domicilio del enfermo que va á visitar, y tú con suma reverencia condesciendes á sus deseos.

Punto I.—Examina que es un bien sin medida recibir el Santísimo Viático, pero lo es si se recibe con las disposiciones debidas; por esta razón nos es conveniente ponderar en esta meditación la manera de recibirle á fin de practicarlo de ese mismo modo cuando llegue el momento. Piensa, pues, lo primero, que para recibir el Santísimo Viático debe el interesado haber hecho ya el testamento y dado de mano á todas las cosas temporales, y, al menos condicionalmente, hasta las mismas personas, con objeto de que tanto éstas como aquéllas no impidan el buen fruto que pudiera obtenerse de la recepción del S. Viático. Pondera lo segundo, que debemos prepararnos como si fuéramos á comulgar en plena salud, es decir: en estado de gracia y demás disposiciones que dejé explicadas en su lugar correspondiente, teniendo presente que en estos momentos debe tenerse mayor escrúpulo que nunca, pues de ellos depende nuestra salvación, al menos el padecer más ó menos en el purgatorio. ¡Ay cristiano! si estuvieses condenado á muerte y, estando en

capilla, te asegurara el monarca que, haciendo una buena confesión de tu crimen, y reparándolo en cuanto posible fuese, te concedería el indulto ¿no te apresurarías á confesarte lo mejor posible? Considérate, pues, en capilla cuando te encontrares en enfermedad grave, y que de practicar una santa confesión general y recibir devotamente el Santísimo Viático depende tu felicidad perdurable. Y qué, no te moverás á practicar esto de esa manera cuando el caso llegare? no lo desearás desde ahora para entonces? no se lo pedirás á Jesús? Reflexiona también que después que hubieres recibido el S. Viático no debes preocuparte ya más del mundo y de sus negocios, de tu familia y sus intereses, si acaso para inculcarles la virtud y encomendarles al Señor, aunque lo mejor sería que te dejaran con la compañía del Salvador, que entonces ha de ser, juntamente con su Madre y los ángeles y santos, tu único apoyo y defensa y fortaleza. ¡Oh Jesús! Que no pase día sin pensar en el terrible trance de mi muerte para no perderos de vista y recibiros Sacramentado.

Punto II.—Acompañar al Santísimo Viático constituye uno de los actos más dignos del cristiano, que le ennoblece sobre manera. Pondera, pues, lo primero, que es señal de hijos bien criados y de súbditos bien educados acompañar al propio padre y al respectivo monarca cuando va de visita á alguna parte y no se está distante de ella; y Jesucristo es nuestro Padre y nuestro Rey; de consiguiente, al acompañarle cuando sale en procesión ó de visita á casa de algún enfermo, no se hace más que cumplir como buen hijo y fiel vasallo; á más de que el Salvador se congratula muchísimo de estos acompañamientos, según lo reveló á varios de sus siervos. Pondera lo tercero que, la Iglesia desea que sus hijos acompañen al Santísimo Sacramento desde el templo al domicilio del enfermo y viceversa, y los que en la calle se hallaren al paso de S. M. D. se unan al cortejo de los fieles que le asisten, estimulándonos, al efecto, con la concesión de muchísimos perdones y otras indulgencias. Piensa, finalmente, que constituiría un acto de imperdona-

ble grosería y de irreligión escandalosa ver al Dios-Hombre por la vía pública y quedar insensibles sin descubrirse y arrodillarse en el suelo ó sin adorarle profundamente, rezando alguna jaculatoria. ¡Oh cristiano! si tu genitor pasara por tu lado no le dirías una palabra de cariño? Pues esto mismo debes hacer con tu padre Jesús, el cual te ama infinitamente más que tu padre natural. Procura en adelante acompañar al S. Sacramento, si cómodamente puedes, que el Señor te recompensará esta buena acción con una suma de gracias de que sin duda carecerás. Gracias te doy, Señor mío, por la esperanza que me das con el Santísimo Viático, porque espero salvar mi alma recibiéndolo ahora y sobre todo en el momento postrero. Que no me haga indigno de su digna recepción. Sí, ¡Madre mía, Virgen santa! De Vos y por vuestra mediación espero conseguir esta gracia. Amén.

MEDITACIÓN XXVI

La Divina Eucaristía nos transforma en hijos de Dios.

Imagínate á N. adorable Redentor en el Sacramento, practicando contigo el oficio de Padre amoroso, que te regala en sus brazos y te proporciona el necesario alimento de tu alma.

Punto I.—Considérate á ti mismo y discurre en primer lugar sobre tu propio cuerpo y notarás que, siendo formado del cieno de la tierra, es muy vil, digno del asco y del oprobio; pero advierte asimismo que, encerrado en ese cuerpo, tienes un espíritu nobilísimo, formado inmediatamente por Dios, producto de su omnipotencia y de su amor, que informa la parte material del ser humano; de donde resulta que por este solo motivo de la *creación*, el hombre es hijo del Eterno. Mas, recuerda que este ser privilegiado, desobedeciendo á su Hacedor en el paraíso, mató la vida de la gra-

cia en su espíritu; su Hacedor, empero, quiso expiar el pecado del hombre, lo expió en efecto, y de ahí que por este segundo motivo de la *Redención*, el ser humano es hijo del Hombre-Dios. Sin embargo, esta vida, que tanta virtud y fortaleza proporciona al hombre, es debilitada por sus continuos pecados, causados por las rebeldías de su carne y de su razón y por las tentaciones enemigas; y el Hombre-Dios, que tanto le ama, le ha deparado excelentísimo medio que, como tónico reconstituyente espiritual, repare los desgastes del alma y la vuelva fuerte contra sus adversarios. Por este motivo poderoso, es también Jesucristo Padre del cristiano pues le infunde nueva vida, una vida exuberante y llena de felicidad. ¡Qué bueno es Jesús! qué Padre tan amoroso! Reconócete por su hijo y dale incesantes gracias por un beneficio tan pingüe y de resultados tan ventajosos para ti.

Punto II.—N. amante Salvador, para llevar á perfecto término el oficio de Padre, mantiene á sus hijos de sus propios bienes, les da de lo suyo con abundancia extrema, aventajando en esta parte á los padres naturales, los cuales, aunque mantienen á sus hijos de bienes propios, pero estos bienes son extraños á su ser, mientras que Jesucristo nos alimenta con su propio Cuerpo, con su propia Sangre, con su mismo Espíritu, con su Divinidad. Él nos amamanta á sus divinos pechos, como hacen las madres buenas, y, en frase de Isaías, nos entrega la substancia de su propio ser. Y como quien come á Jesucristo en el Sacramento vive por Él, de ahí que nuestra vida es vida divina, y, al participar de esta hermosísima prerrogativa, podemos contarnos, con orgullo santo, entre los hijos de Jesucristo. Además, Nuestro Padre Sacramentado nos defiende de todos los peligros, pues con razón es llamada la santa Eucaristía: escudo fortísimo contra las tentaciones; mesa preparada contra los que nos atribulan; y salvamento del alma; engolfando tu espíritu en la dulce contemplación de estas bellezas de Jesucristo, considerando el amor intenso que te profesa, la predilección que te muestra en todas ocasiones y la ingratitud con que tú le pagas, olvidando sus amores, despreciándole con tus faltas y ensañán-

dote contra Él cuando le ofendes mortalmente. Pídele en este caso y siempre perdón de tus desaciertos, y resuélvete á invocarle con fe y confianza, con el nombre de Padre, cada vez que entres en el templo, y éste será el fruto de la meditación presente.

¡Oh buen Jesús! enseñadme á ser perfecto hijo vuestro, corrigiéndome cuando preciso fuere á fin de que no os ofenda en lo sucesivo. ¡Oh María! si Jesús es mi Padre, Vos sois mi santa Madre, y así os pido me alcancéis que sea yo agradecido á los favores divinos. Amén.

MEDITACIÓN XXVII

Por la Eucaristía somos amigos particulares del Hombre-Dios.

Imagínate á Jesucristo hecho tu familiar, que conversa amorosamente contigo, haciéndote copartícipe de todos sus consuelos.

Punto I.—Medita que el Hijo de Dios en prueba de que profesa al hombre un amor eterno le ha concedido bienes de todas clases que revelaban por partes su entrañable cariño hacia él; empero hasta que conversó familiarmente con la criatura racional no la tuvo por cara amiga, pues, á la verdad, para que el hombre se acercase á Dios era preciso que Dios acortase y allanase los caminos que á Él conducían. Esto lo efectuó por medio de la Encarnación; mas no pudo unirse al hombre, no pudo tener una entrevista íntima con él sino por medio del augusto Sacramento de los altares, signo de unidad y lazo de la más estrecha caridad. Mediante este bello Misterio, el hombre se une á Dios, y Dios está ligado estrechamente al hombre. El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y Yo en él, ha dicho Jesucristo: medio poderosísimo con el cual se nos ha elevado á la suprema categoría de amigos del Hombre-Dios; y nuestro corazón que, en frase del Agustino, está siempre inquieto y no puede reposar hasta que descanse en el Eter-

no, ha podido tranquilizarse felizmente con la posesión de Cristo Sacramentado. ¡Dichosa idea que ha podido arrancar tantos amadores del mundo para transformarlos en amadores de Jesús! Gracias os doy, Señor mío, por esta señal de amor que me dáis; quiero corresponderos á ella, recibiendo dignamente vuestro Cuerpo y Sangre con objeto de llenar el fin que tuvisteis al instituirla.

Punto II.—Pondera cuáles sean las riquezas y privilegios sumos inherentes á la amistad de Jesucristo Sacramentado con el hombre. Lo primero, dejamos de ser siervos de Cristo, N. S., para ser otros cristos en el amor. Ya no os llamaré más siervos sino amigos, ha dicho el Señor. Lo segundo, se nos ha constituído por secretarios y confidentes de Jesús, porque desde que Jesús nos ha hablado conocemos los misterios de su Divinidad y el camino de la eterna vida. Lo tercero, somos oídos, regalados, acompañados y defendidos siempre que gustamos, no encontrando amargura en su conversación, ni aspereza en su trato, ni disgusto en su compañía, pudiendo soportarlo todo con Aquél que nos conforta. ¿Qué amistad podrá ser comparable con la que nos profesa Jesucristo Sacramentado? Las amistades mundanas son inconstantes, falaces, interesadas; pero Cristo Sacramentado nos ama perpetua, constante y desinteresadamente. ¡Cuán bueno, cuán amable es Jesucristo! Lo que no declaró á su Santa Madre ni á los ángeles, lo manifestó á nosotros, diciéndonos: *Vosotros sois mis amigos,* porque conocéis ya prácticamente mis secretos con la recepción de mi Cuerpo y Sangre. ¡Ah! qué hermosa es la santa Eucaristía que tantos bienes nos proporciona. Sé agradecido á Jesús, particularmente por esta fineza singular de ser tu fino amigo, y, procurando no abandonar nunca su amistad y fomentarla con buenas obras y santos propósitos, di á su M. D. la oración siguiente: Gózome, Dios mío, de las invenciones de vuestro amor, y quisiera ser amigo vuestro en privado y en público, extendiendo vuestro Reino para daros finas pruebas de mi amistad. Pero Vos, ¡oh Madre mía, María!, rogaréis por mí á fin de que se me otorgue esta gracia. Amén.

MEDITACIÓN XXVIII

Con la posesión de la Santa Eucaristía podemos no temer ningún mal.

Figúrate que te hallas acosado por todas partes de los enemigos del alma, y que Jesucristo desde el Sacramento del Altar te abre los brazos para defenderte y darte ósculo de paz.

Punto I.—La soberbia del hombre queda humillada cuando es perseguida por el demonio, seducida por el mundo y combatida de la carne; pero estos fuertes estímulos pueden ser atenuados y hasta en circunstancias determinadas extinguidos con el favor de lo alto. Al efecto, la criatura racional necesita poseerse de una buena dosis de humildad, contrición y oración; mas Cristo, N. S., para facilitarnos la adquisición de estas virtudes, se nos muestra en el Santísimo Sacramento como refugio, fortaleza y consolador nuestro. Pondera, pues, lo primero, que Jesucristo en la Santa Eucaristía se manifiesta como segura casa de refugio. El profeta David lo había vaticinado, diciendo:—Señor: tú eres mi refugio en la tribulación que me rodea.—He ahí por qué el Salvador en este Sacramento ruega á su Padre por sus discípulos particularmente, y por los que en la tribulación le invocan. Lo segundo, es también fortaleza del cristiano, y con respecto á esto mismo profirió el salmista estas palabras: Preparaste, Señor, delante de mí una Mesa contra aquéllos que me atribulan. Esta Mesa divina, á saber: la Santa Eucaristía, preparada por Jesucristo á fin de que sus discípulos participen de ella, constituye la fuerza, la energía y la vida de éstos, quienes pueden exclàmar en su caso: Todo lo puedo con Aquél que me conforta. Lo tercero, es asimismo nuestro consolador, queriendo que vayan á Él cuan-

tos estén cargados y oprimidos con el peso de los dolores y de la tribulación, para aliviarles y consolarles. Gracias os doy ¡oh mi Jesús! por el triple bien que me proporcionáis para que yo, en medio de mis penas, acuda á Vos y sea socorrido, fortalecido y consolado.

Punto II.—El cristiano, con la posesión de la Eucaristía no puede ni debe temer ningún mal. No puede temerlo, porque el Cuerpo de Cristo Sacramentado facilita poderosas fuerzas contra el mundo, el demonio y la carne: las facilita contra el mundo, infundiendo al alma que comulga desasimiento de las vanidades terrenas y amor á las celestiales, defendiendo las haciendas temporales y librando de peligros inminentes, porque, ciertamente, todos los bienes nos vienen con la Eucaristía. Las facilita contra el demonio, librando de las tentaciones y sugestiones diabólicas. Las facilita, por último, contra la carne, sujetándola y disminuyendo su fuerza, pues la Eucaristía, según el profeta Zacarías, engendra vírgenes. Tampoco debe temer espiritualmente el que se arma con el escudo del Sacramento Santísimo, porque si lo temiera, haría grave injuria al Hijo de Dios eucarístico de quien no esperaría la fortaleza y el consuelo eficaz para luchar y librar la batalla al enemigo. ¡Ah! qué riquezas encontramos en Jesús Sacramentado! qué bienes tan pingües para nuestro espíritu y nuestro cuerpo! Si alguna merced, por vía de gratitud, pretendes hacer al Sacramento Santísimo es poner toda tu confianza en Él, visitándole y solicitando su poderoso auxilio en tus tentaciones, socorro en tus peligros, consuelo en tus aflicciones, perdón y ánimo en tus caídas. Si así lo practicas, Jesucristo lo será todo para ti, renovará tu corazón y te proporcionará uno semejante al suyo para que vivas de su vida y puedas salvarte.

¡Dulce amor mío Sacramentado! Atraedme Vos al Tabernáculo con los fuertes cordeles de vuestra caridad infinita y no permitáis me separe de allí.—Vos ¡Madre de mi alma! llevadme de la mano, y aseguradme en ese lugar eucarístico durante mi destierro para asegurarme después de él en el cielo. Amén.

MEDITACIÓN XXIX

La Santa Eucaristía es la universal farmacopea del cristiano.

Cree que en la Hostia consagrada hay una botica espiritual; y que, teniendo tu alma alguna dolencia seria, acudes á Jesucristo, allí presente, para que te despache el oportuno medicamento que ha de curarla.

Punto I.—Jesucristo, N. S., para dar al hombre una gran prueba del amor que le profesa, ha depositado toda su omnipotencia y de un modo particular su misericordia en el Sacramento del Altar, de suerte que en Él puedes hallar, no sólo cuanto necesites para tu espiritual mantenimiento, si que también el remedio de las dolencias del mismo orden. Pondera, pues, en primer lugar, que Jesús Sacramentado es sabio médico de los cristianos, según lo certificó el evangelista amado:—Dios Padre envió á su Hijo al mundo para que éste fuera salvo por Él.—Profecía que cumplió á la letra el Salvador cuando en su peregrinación mortal perdonaba á los pecadores, libraba á los endemoniados, ocultaba á los perseguidos, defendía á los calumniados, limpiaba á los leprosos, resucitaba á los muertos y curaba á los cojos, mancos, sordos y paralíticos. Mas ahora que se ha escondido tras los velos de la Hostia inmaculada, se ha propuesto continuar todos estos consoladores ministerios, curando como antes gratuitamente los males del alma, como también algunas veces los del cuerpo. He ahí por qué todos aquéllos que, con fe sólida y confianza ilimitada, se acercan al Sacramento Santísimo, experimentan el alivio y curación de sus enfermedades. Pero reflexiona que el amor de Jesús en el Sacramento es tan heroico que para ejercer la profesión de médico Él mismo viene á buscar al enfermo y se entra en su

alma para curarla. ¡Ah cuán bondadoso es Jesús! Si tuviéramos más fe en este Médico divino, si le buscásemos, si solicitásemos nuestra curación, cuán otros seríamos en las costumbres, en las palabras y en las ideas. Gracias, Dios mío, porque os habéis constituído por mi doctor, y basta que yo me deje pulsar de vuestra mano, y tomar la medicina que me indiquéis, para ser curado.

Punto II.—Jesucristo en el Sacramento, no sólo es médico que receta, sino medicamento que preserva y cura la enfermedad del espíritu. Si la concupiscencia engendra el pecado, la Eucaristía disminuye su fuerza; y si no la extingue para nuestro mayor mérito, apaga sin embargo sus devoradores incendios, que tantos estragos causan; he ahí por qué enseña el Agustino que la Eucaristía, al propio tiempo que disminuye la concupiscencia, aumenta la caridad. Pondera que este rico específico cura las llagas del espíritu; y si eres dado á comulgar con alguna frecuencia y no sientes tantos arrebatos de ira, tantos humos de soberbia, tantos ardores de lujuria, tantas inclinaciones á la pereza, atribúyelo al Santísimo Sacramento, que suavemente ha dulcificado tus malas propensiones y las ha arreglado para que tu porte sea conforme con el modelo divino. El cristiano que anhela por su salvación y que desea ser perfecto, que no se desvíe de Jesús Sacramentado; que le reciba todas las veces posibles con entrañas de pura caridad y logrará ver satisfechas sus aspiraciones. ¿No lo crees así? Acércate á la fuente del amor; bebe de ese raudal de misericordias divinas, y notarás en tu alma un cambio enteramente radical, que te hará feliz relativamente en esta vida para conseguir después los goces de la eternidad. Propón, como fruto de la meditación presente, que en tus penas y aflicciones acudirás al Sagrario y solicitarás de tu amante Jesús el consuelo y el gozo para tu alma.

¡Oh Divino Señor! Que sea yo un santo para que logre un día verme con los santos. ¡Esperanza mía, María Santísima! Puesto que por vuestra mediación todo lo alcanzo, granjeadme la salvación eterna. Amén.

MEDITACIÓN XXX

Amor que debemos profesar á la Santísima Eucaristía.

Imagina que el adorable Salvador te declara desde el Tabernáculo que pretende ser tu fino Esposo, y que apreciaría sumamente no le negases su amorosa y justa petición.

Punto I.—En todos los aspectos que pretendas estudiar al adorable Sacramento del Altar encontrarás siempre que es un Misterio de amor, y que por tantos títulos como he puesto á tu consideración en la presente Obra, no hallarás otra cosa sino que su base y origen fué el amor, y que sus medios fueron el amor, y que su fin es el amor; es, en una palabra, amor; y sólo amor exige de nuestra parte. Pondera, pues, en primer lugar, que debemos tener un concepto tan grande y elevado de este bellísimo Misterio que ocupe toda nuestra imaginación, llene toda nuestra inteligencia y embriague toda nuestra voluntad, figurándonos que Él es la Obra más sublime que Dios ha dispuesto, pensando de Él que es un Compendio de todas las maravillas de la Omnipotencia, y sintiendo de Él como el Sacramento más venerando y más amable del corazón humano. Y puesto que ninguna lengua es capaz de hablar dignamente de Él, y puesto que es tan amable que ningún corazón por endulzado que esté en su amor lo apreciará jamás lo suficiente, por eso exige de nosotros, no un amor mezquino, no un amor cualquiera, sino un amor extremo, de suerte que le amemos con toda nuestra alma y todas nuestras fuerzas. Penetra siquiera una vez con voluntad decidida en el Corazón Sacramentado; rastrea la suavidad de sus dulzuras, y yo te aseguro que con dificultad volverás á los placeres con que el mundo brinda á los incautos. Entonces podrías con toda verdad

repetir con el Apóstol: Todas las cosas de este mundo las tengo por estiércol por ganar á Cristo; pues, en efecto, las delicias del Salvador son mas íntimas, satisfactorias y universales que las del siglo.

Punto II.—Frutos del verdadero amor son, después de practicar cuanto es del gusto del amado, proporcionarle amantes y buscar los medios más á propósito para que de todos sea conocido y amado. Por esto pondera lo primero, que el fino amante del Sacramento entra en el templo santo con aquella reverencia y temor como que está bien persuadido de que allí mora el Dios-Hombre, el Hijo de Dios humanado, y observa silencio, compostura y gravedad. Pondera lo segundo, que el que ama á Jesús Sacramentado le repite las visitas, conversa buenos ratos con Él, lee las obras que de Él se ocupan, propaga su devoción, fomenta su culto y le busca ornamentos, luces y servicio esmerado. Reflexiona lo tercero, que no cesan aquí las obras de los amantes del Sacramento, sino que, saliendo el amor del estrecho recinto del pecho, y siendo de sí propagador y unitivo, procura que los demás amen á Jesús Sacramentado, de la misma manera y aun más que á sí propio, buscando á los individuos en sus domicilios, conduciéndolos hacia Jesús para ser atraídos por Él con lazos de caridad perfecta. Pondera, finalmente, que es propiedad del amor alegrarse cuando se ama al amado y entristecerse cuando se le desprecia; por esta razón el que ama verdaderamente á Cristo Sacramentado se alegra de su culto espléndido y se deleita cuando le ve honrado y ensalzado, como también se disgusta ante la pobreza de los templos y la profanación del Sacramento. ¡Ah! en qué clase de personas de las mencionadas te hallas tú? Sirves por ventura á Jesús Sacramentado? le amas? trabajas por que los demás hagan lo propio? ó eres del número de los indiferentes ante las amenazas ó los desprecios de los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia? Examínate con detención, y, arrepintiéndote de las faltas pasadas, promete como fruto de la meditación presente practicar bien las genuflexiones y adoraciones al Santísimo Sacramento.

¡Oh Misterio de amor! Que piense y sienta altamente de ti y que me conduzca según estos buenos sentimientos. ¡Virgen inmaculada! Comunicadme parte de esa ciencia con la que Vos tantos progresos hicisteis en el camino de la santidad. Amén.

FIN DEL TRATADO VII

APÉNDICES

Á LA HISTORIA DE LA EUCARISTÍA (1)

I

Sarcófago de Écija.

Écija, la ciudad levítica andaluza por antonomasia que, junto á las pintorescas vegas del caudaloso Genil, supo levantar docenas de hermosos templos al Dios del sagrario, defendidos por soberbias torres que les dan aspecto de fortalezas temibles, mezclado el perfume religioso con la esencia de la flor en sus bellos campos cultivada, no podía por menos de ofrecer á la consideración del hombre reflexivo especialidades varias en el orden eucarístico, ya que el clero y el pueblo al unísono, en mejores días, supieron mezclar sus voces, reforzadas por los acordes del órgano y de las bandas populares, para elevarlas en himnos de agradecimiento al Dios de los altares.

En 1885, al abrirse los cimientos para la construcción de una capilla de Ntra. Sra. del Valle, junto al templo de Santa Cruz, á la profundidad de unos cuatro metros, encontróse un tosco pavimento de gran espesor, formado con ladrillos, y sobre éste el sarcófago en cuestión, que mide 2'17 de largo por 0'60 de ancho y 0'74 de altura, ms. Respecto de este monumento, diversos anticuarios y arqueólogos han emitido su acreditada opinión, y nosotros, no porque nos guste enmendar á nadie, sino por haber visto en él una memoria palpablemente eucarística es por que nos corresponde hacer tocante al mismo un estudio minucioso.

Valiéndome de las *Proezas astigitanas* que su autor, mi cariñoso amigo y compañero, tuvo la galantería de ofrecerme, así como de acom-

(1) Datos recogidos después de públicados los tomos III, IV y V de nuestra *Enciclopedia.*

pañarme en mi breve excursión á Écija, al objeto único de visitar sus monumentos arqueológicos más notables, la descripción del importante sarcófago es, como describe el autor citado (1): «Hállase dividido este lado (el anterior) en tres grupos á lo largo. El primero figura un cedro á cuyo tronco hay atado un carnero; á continuación y de espaldas al cedro se encuentra un venerable anciano, empuñando en la diestra una espada, teniendo oculta la siniestra tras de un ara, y sobre su cabeza la inscripción griega que significa «Abraham;» delante del anciano un ara griega con haz de leña encendido; al lado opuesto del ara y de cara al anciano un joven con la cabeza inclinada en señal de resignación, las manos atadas á la espalda y otro letrero en dicha lengua que se traduce «Isaac;» los dos personajes están de perfil, visten tunica suelta y corta hasta encima de la rodilla y llevan la cabeza descubierta y los pies descalzos. Evidentemente representa este grupo el sacrificio de Isaac, á manos de Abraham. El cuerpo central ostenta la figura de un hombre de edad viril, llevando sobre sus hombros á un carnero de largos y retorcidos cuernos, cuyas piernas están sujetas con ambas manos por delante sobre el pecho, lo cual no le impide empuñar en la izquierda un báculo; crúzale el pecho del hombro derecho al costado izquierdo una cuerda como de zurrón, y á sus pies pacen dos ovejas, una en cada lado, y ambas de cara á la figura: mira ésta de frente, con túnica corta y atada á la cintura por vestido; á los pies sandalias abotinadas; descubierta la cabeza, y á uno y otro lado de ésta, la palabra griega que significa «Pastor,» porque, en efecto, representa al «*Buen Pastor*.» Por último: destácase en el tercer grupo un personaje también de frente y de edad viril con los brazos abiertos en forma de cruz, la cabeza descubierta y sandalias abotinadas á los pies. Sobre la túnica corta y ceñida, lleva manto recogido por delante al rededor del cuello y suelto por detrás. Á los lados de la cabeza se lee la inscripción griega «Daniel.» De la parte media de la figura se arranca á derecha é izquierda una *tenia* ó cinta que se continúa, en línea recta, por un lado, hasta el borde del sepulcro y por el otro hasta la base, formando á cierta distancia ángulo recto y quedando este cuerpo dividido horizontalmente en dos partes iguales, superior é inferior. Esta cinta cierra, conteniendo dos leones, uno en cada lado de la figura y de espaldas á ella, en actitud reposada, sentados sobre sus patas traseras, levantados sobre las delanteras y con las caras vueltas á la figura. No cabe duda que este relieve representa á Daniel en el lago de los leones.»

Por la completa descripción que precede hay que convenir en que el sarcófago en cuestión es de estilo bizantino, declarándolo, no sólo sus inscripciones griegas, sino también los rasgos de las imperturbables fisonomías y demás líneas, algunas imperfectas, de los miembros y vestidos

(1) Última edición, pag. 157 y 158.

de los personajes, como asimismo la época en que debió ser tallado, que puede remontarse muy bien al tiempo de Constantino ó muy poco después, esto es: del siglo IV al V. Mi aserción se confirma, porque:

Dicho sarcófago perteneció sin duda á la necrópolis de la primitiva iglesia episcopal astigitana, la que al tiempo de la irrupción mahomética fué convertida en mezquita, trasladándose el culto católico á otro santuario que ocupaba lo que es hoy parroquia de Sta. Bárbara. En este concepto la necrópolis fué profanada como también el sarcófago, ya que en el interior de éste encontráronse fragmentos de huesos y tierra, cubiertos por tres fragmentos de losa, hundiéndose y macizándose el edificio de la parte superior de la catacumba, bien al tiempo de la devastación muslímica, bien cuando fué derribada la mezquita. Mas no es improbable aconteciese esto en el primer caso, porque á unos pocos metros antes de llegar al lugar donde fué encontrada la tumba que estudiamos, levántase un grandioso arco mudéjar, ornado de preciosa filigrana que acredita haber sido pórtico de alguna capilla ó dependencia árabe adosada á la mezquita. La necrópolis cristiana en cuestión debió ser de bastante capacidad, no sólo por lo que fué en lo antiguo la *Astigis* católica, sino por el hecho del sarcófago que, pudiendo ser de algún gran personaje, ó por lo menos de familia bien acomodada, ocupaba lugar preferente de la catacumba. He ahi por qué soy de opinión que dicha necrópolis puede extenderse á bastantes metros de radio, y que el mencionado sarcófago no debió estar solo, debiendo conservarse todavía algunos otros sarcófagos similares, ó por lo menos algunas tumbas cristianas, cuya exploración convenía llevase á cabo la parroquia de Sta. Cruz ayudada del Ayuntamiento de Écija, para ennoblecer la gloriosa historia de este leal pueblo, robustecer el arte cristiano, y sobre todo para añadir una prueba más en obsequio de la Religión Católica, objeto que me propongo al extenderme en esta clase de consideraciones.

En el supuesto indicado, dicho sarcófago no puede bajar á una época posterior al siglo VII. En efecto:

Examinando á fondo la antigüedad de los bajo relieves, venimos en conocimiento que el grupo de la derecha, que representa el sacrificio de Abraham, está de muy perfecta conformidad con algunas representaciones del mismo sacrificio en las catacumbas romanas (1), que sin duda pertenecen al tiempo de calma ó paz de los siglos II y III: las mismas figuras, los mismos caracteres, las mismas líneas. El grupo del centro, que representa al Buen Pastor, está tomado ciertamente del *Buen Pastor* de las catacumbas romanas, que se diferencia muy poco, á veces es el mismo Pastor de los romanos y griegos, de los cuales, por cierto, tomaron sus dibujos los artistas cristianos primitivos: la misma posición del hermoso joven y del cordero ó carnero, la misma clase de vestiduras

(1) Boldeti. Osserv. tab., pag. 298, n.º 10.

y las mismas ovejas á su alrededor. El tercer grupo recuerda á Daniel en el lago de los leones, que por más que se halla vestido con túnica y *pallium,* (circunstancia muy digna de notar por cuanto hay pocos ejemplares de lo mismo,) podemos afirmar que su representación exacta aparece en dos frescos del cementerio de Priscila (1), y en un antiquísimo sarcófago de Rávena (2). Los tres grupos pertenecen á una misma fórmula hierática, y no hay duda que, debido á ella, pudieron pertenecer muy bien al siglo III, en los años de relativa paz; que, por más que haya arqueólogos (3) que afirmen que los sarcófagos ornados con asuntos bíblicos é incontestablemente cristianos son de una época posterior á Constantino; pero también es cierto que afirman que, como excepción, los hubo en épocas anteriores, precisamente en los años de relativa paz. ¿Acaso el sarcófago de Écija no pudo ser de estos tiempos? Tan sólo tiene contra su favor la imperfección de algunos miembros y líneas; esto, á la verdad, puede atribuirse á la falta de pericia en el artista, pero que en último término, debido á esta postrer circunstancia, puede perfectamente fijarse del siglo IV al V.

Si del estudio artístico pasamos al estudio fundamental de nuestro objeto, al estudio eminentemente cristiano, para ver al través de esas creaciones bíblico-artísticas los dogmas y la moral católicos, aspiración de todo hombre de estudio, sinceramente religioso, debo observar que los bajo relieves del sarcófago son puramente icónicos. Ha dicho el ilustrado P. Moga, al hacer un estudio sobre el mismo objeto (4), que «dichos importantes bajo relieves venían á ser simples figuras decorativas que forman y constituyen el más precioso ejemplar de la continuación en la Iglesia hispano-goda de los elementos iconográficos del arte cristiano primitivo, opinando dicho Padre que se disminuye y hasta se rebaja su verdadero mérito al pretender hallar en las figuras una significación alegórica para colegir de quién pudieron ser los restos que encerraron.» El Dr. Sales Ferré (5), dándoles un valor simbólico, pretende ver en ellos el difunto sepultado en dicha tumba, armonizando dichos símbolos con las virtudes que pudieron animar al difunto, y deduciendo que pudo ser muy bien éste un honorable prelado de la Iglesia con las excelentes cualidades que revelan Isaac, el Buen Pastor y Daniel.

Pero, ciertamente, no puedo convenir con dichos respetables señores por cuanto, penetrando en el fondo del asunto, veo algo diverso de esas observaciones que no pasan de probables. En primer lugar, teniendo presentes los puntos anteriores no es verisímil que los bajo relieves fuesen simples figuras decorativas que constituyen el más precioso ejem-

(1) Botari, t. CLXVII—CLXX.
(2) Ciampini. Vet. mon., II, pag. 7, tab. III.
(3) Martigny, Dict. de antig., art. Sarcófago.
(4) Carta á *El Comercio de Andalucía.*
(5) Memorias en la *Revista de España.*

plar de la continuación en la Iglesia hispano-goda de los elementos iconográficos del arte cristiano primitivo, pues hemos visto que deben ser anteriores á la Iglesia hispano-goda; y que no tanto pudieron indicar las virtudes del varón cuyos restos encerraran, cuanto un objeto más elevado y de más alta trascendencia. Repito que los bajo relieves son en realidad absolutamente icónicos. En la edad primera de la Iglesia, circunstancia que duró varios siglos, debido al *secreto de los misterios,* que ya hemos explicado en otro lugar, el dogma como la moral y la liturgia en cuanto tenían relación con el público, no eran expresados según son, antes bien, el símil, la figura, el símbolo, en una palabra, venía á envolver, por decirlo así, la realidad del Cristianismo que se intentaba dar á conocer, y de este modo eran presentados á los fieles. Los infieles, á la verdad, no podían entender una palabra de aquellos enrevesados geroglíficos, que hasta causábanles hastío y coraje, tratando de simplezas unos emblemas cuya traducción literal era el dogma ó el misterio en ellos encubierto. La primitiva Iglesia, á fuerza de tantos simbolismos, había llegado á formar una perfecta escritura y un completo arte simbólico, lo cual nada tenía de extraño científicamente, por cuanto la manera de expresarse por medio de figuras era connatural á los griegos y á los judíos de quienes los primeros cristianos adoptaron ese arte puramente convencional. El mismo Jesucristo habló á sus discípulos casi siempre por medio de parábolas. He ahí por qué los artistas cristianos, de acuerdo con los santos P.P. primitivos, hicieran uso del lenguaje bíblico, que en tantas hermosísimas figuras abunda, para expresar todo un curso de Religión Cristiana. Por consiguiente; al pintar, grabar ó esculpir en los sarcófagos, y anillos y piedras murales un asunto bíblico ó convencional, pero adaptable á la tesis que se proponían, querían manifestar, no aquel asunto bíblico ni esta figura convencional, sino el objeto por ellos declarado. Por lo cual asegura el sabio Mr. D' Rossi (1) que «está demostrado por casi innumerables ejemplos que el espíritu esencial de la simbolografía cristiana consiste en presentar ciertos símbolos y ciertas alegorías como asuntos históricos, sacados de los Libros santos y que no podría suponerse con alguna verisimilitud que los artistas hayan querido sencillamente recordar el sentido directo de esos hechos al trazar su imagen.» En este concepto, el sarcófago ecijano no puede constituir una simple figura decorativa, como tampoco puede revelar simplemente las virtudes con que brilló el varón cuyos restos conserva la tumba. Por cierto: cuando los primitivos fieles intentaban dar á conocer al personaje difunto, ó bien encerraban con él algunos utensilios que más usara en vida, ó también pintaban ó esculpían sobre las paredes de la tumba los principales instrumentos de la profesión ó cargo que había desempeñado, los cuales, aunque no muy evidentes á los ojos profanos, lo eran sin embargo á los

(1) Véase Martingny, art. Eucharistia.

fieles. He ahí por qué los asuntos convencionales, tomados del reino animal, como los asuntos bíblicos, al ser representados sobre los sarcófagos, no se dirigían á hablar del difunto en ellos depositado, sino de otros asuntos religiosos más importantes y generales. Venían á constituir una fórmula hierática para todos los países, no extrañando por tanto que lo mismo en Roma que en África, España y Francia, estén representados los mismos asuntos para revelar, no hay que dudarlo, los propios Misterios de la Religión.

En este concepto debemos estudiar lo que significan los bajo relieves del sarcófago de *Astigis,* que por su representación eminentemente eucarística ocupa tan preferente lugar en esta Obra.

Los tres grupos, independientes entre sí, simbolizan á Jesucristo; éste es un hecho que procuraré demostrar, como también que se refieren á Jesucristo en el Sacramento. Vayamos por partes. El sacrificio de Abraham era en lo antiguo viva y exacta representación del Sacrificio de la Cruz. Abraham, figura del Padre Eterno, que sacrifica ante un ara á su hijo Isaac, el cual, obediente, no sólo lleva la leña del sacrificio, sino que, humilde y desnudo, como el Salvador, se dispone para ser inmolado. Todos los Santos P.P. han visto en este asunto bíblico una imagen perfecta del sacrificio cruento de Cristo, hecho que es reforzado por cuanto los primitivos artistas no daban á conocer jamás en general la pasión y muerte del Salvador, como no fuera por medio de este símbolo; todo lo más, aunque raras veces, se contentaban con representar á Jesús entregado por Judas ó puesto ante Pilato. Pero, ¿no es el sacrificio de la Misa exacta reprodución del sacrificio del Calvario? ¿Es improbable que con una sola representación quisieran los primitivos fieles recordar ambos sacrificios, y aun particularmente éste, que es aplicación de los méritos del de la Cruz? Nótese que Isaac, permitiéndolo Dios, no fué inmolado por más que el mérito estaba conseguido; en su lugar lo fué el carnero, cuyos cuernos enredados tenía en un zarzal no lejano. Ahora bien: tanto en la antigüedad como al presente, ¿no es el carnero figura de la santa Eucaristía, según he demostrado en otro lugar, que se inmola diariamente en sustitución del sacrificio de la Cruz?

Al hablar del Buen Pastor, ¡qué ideas tan gratas, y qué campo de operaciones tan inmenso no se agolpa á los ojos! Lo hemos estudiado en diversos lugares de esta ENCICLOPEDIA, y creo haber evidenciado que el Buen Pastor, según es representado en el bajo relieve del sarcófago, es símbolo adecuado de Jesucristo Sacramentado que toma á sus ovejas, los cristianos, y las apacienta con sus carnes purísimas. El personaje que representa al Buen Pastor lo he publicado solo, sin las ovejas y sin los demás grupos, en el tomo III, pag. 276, porque en aquél lugar bastaba dicha representación. Léase el epitafio que S. Abercio mandó colocar sobre su tumba, (tomo III, pág. 44) y veráse que dicho santo era discípulo del inmaculado Pastor que apacienta las ovejas, y también á él con el

Ychthys, el espiritual alimento de la Eucaristía. Éste es uno de los asuntos más antiguos del arte cristiano, quizá de principios del siglo II, para representar al Salvador en todos sus Misterios, pero muy en especial en su bello Misterio del Altar. Tertuliano lo indica como sirviendo para la decoración de los vasos sagrados (1). He ahí por qué las imágenes del Buen Pastor fuesen tan familiares á los primeros fieles, ya que lo pintaban, no sólo en los muros de las catacumbas, sino que lo cincelaban también sobre las losas de los sarcófagos y sobre toda clase de anillos y vasos dorados. Las liturgias antiguas estaban nutridas de ideas y sentimientos análogos. En un sacramentario romano, anterior al siglo VIII, se lee una oración *post sepulturam*, en la que se indica que el justo, después de muerto, satisfechas sus deudas y reconciliado con el Padre, es llevado en hombros del Buen Pastor para gozar de las delicias del Rey eterno en compañía de los santos. Es Jesucristo quien por modo de Viático se da al alma para llevársela á la gloria.

En el tercer grupo destácase el profeta Daniel en el lago de los leones, en cuya postura representa inmediatamente los sufrimientos, la paciencia y la oración del Salvador en la cruz; pero Jesucristo hállase también en estado de preciosa víctima en la Misa. ¿Será, por lo tanto, inverisímil que, al pretender figurar al Salvador atormentado en la Cruz, no quisiesen representarle atormentado por los hombres en el Altar? Además, Daniel es frecuentemente representado en las catacumbas, recibiendo de manos del profeta Habacuc unos panes para ser confortado con ellos, los cuales simbolizan la Sagrada Eucaristía, cuya representación, aunque no tenga lugar en este grupo, habla muy alto en favor de que los fieles no dejaban de considerar en la persona de Daniel á Jesucristo, expiando nuestras faltas en el Sacrificio incruento de la Misa.

Finalmente, no debemos omitir la circunstancia de la posición del sarcófago ecijano, que viene á realzar en todo su colorido mi aserción de que los bajo relieves en él cincelados son eminentemente eucarísticos. En efecto: dicho sarcófago no tiene más que una cara esculpida, las restantes y su parte inferior están para empotradas en la pared, al nivel del suelo; por lo cual conjeturo que este importante monumento construyóse para un *arcosolium* que, á imitación de los sarcófagos en los *arcosolium* romanos, sirvió, como lo eran éstos con frecuencia, para celebrar sobre su parte superior el adorable Sacrificio de la Misa, circunstancia que, á más de consolidar nuestra opinión respecto á la antigüedad de su fecha, viene á demostrarnos con luz meridiana el hecho notable de que sus iconografías son eucarísticas.

---

(1) De pudicit., VII y X.

II

Variedades eucarísticas astigitanas.

Los sagrarios astigitanos ofrecen una particularidad muy notable, á mi modo de ver. El tabernáculo no tiene su asiento, como de ordinario, en el plano de altar, sino que, perforado el retablo, donde es uso colocarlo, da paso á un precioso camarín, con sus puertas correspondientes, dentro del cual se halla el altar del Sacramento, engalanado por demás. Así están los sagrarios de Santiago, Sto. Domingo y Sta. María, la cual presenta además la particularidad de estar su sagrario en una capilla, verdadera iglesita, con todos sus minuciosos accesorios, ostentándose el tabernáculo por delante de un bonito facsímile de la gruta de Lourdes y ofreciendo el cancel, que da entrada al sagrario, tallado en ocho hermosos bajo relieves, representaciones bíblicas, á saber: la Mesa con los panes de la proposición; David, ostentando la cabeza de Goliat; Moisés, rompiendo las tablas de la ley; el Campamento hebreo; el Cordero con el libro de los siete sellos; el sacrificio de Abraham; los sacrificios de la antigua ley; y Oza, herido por haber tocado indignamente el Arca.

Asimismo, algunos de los camarines son de gusto muy raro. Perforados por diversas partes los retablos que dan acceso al camarín, semejando á capillas ornadas con gusto exquisito, dentro de las cuales se exhiben imágenes de los santos, al pasar los rayos de luz multicolora á través de las referidas perforaciones, después de bañar con potentes claridades el trono de la imagen, en el camarín venerada, el golpe de vista ofrecido por un espectáculo semejante es sorprendente, hermosísimo. Un vergel primoroso, y una cueva de estalactitas y estalagmitas asoman á la imaginación al contemplar un camarín semejante. Tal es el de la Virgen del Rosario del templo de Sto. Domingo, que, para que semejara más á las comparaciones indicadas, fué vestido del churrigueresco estilo.

III

Novísimo decreto.

S.S. Pío X, Q. D. G., á todos los fieles que, acompañando al Santísimo Sacramento en las procesiones, rezaren un Padrenuestro, Avemaría y Gloria, añadiendo después por diez veces: *Alabemos en todo momento al Santísimo Sacramento*, y se responda: *Ahora y siempre sea alabado nuestro Dios Sacramentado*, repitiéndose hasta que acabe la procesión los Padrenuestros y las referidas plegarias, concede 300 días de indulgencia, aplicables á las almas del Purgatorio. No obstante cualquiera otra cosa en contrario. En la Audiencia de S.S., habida el 30 de Julio de 1906.—*Casimiro Card. Gennari.*

IV

Alianza sacerdotal eucarística.

Á última hora hemos tenido noticia del Breve de S.S. Pío X, Q. D. G., fecha 10 de Agosto de 1906, por el cual se crea la Archicofradía arriba titulada, y que tenemos el gusto de reproducir íntegramente en este lugar:

PÍO PAPA X

PARA PERPETUA MEMORIA

Siguiendo las huellas de Nuestros Venerables Predecesores, hemos procurado enriquecer con singulares dones y privilegios, las piadosas Confraternidades instituídas para ejercer obras de piedad y caridad, á fin de que, favorecidas con éstos, logren más abundantes frutos en el campo del Señor. No se nos oculta que justamente merece contarse entre éstas la piadosa Asociación de Sacerdotes, que con el título de «Alianza Sacerdotal Eucarística,» existe canónicamente instituída en la Iglesia de San Claudio, de esta nuestra Ciudad; y por lo tanto, accediendo á los deseos del amado Hijo Edmundo Tenaillón, Procurador general del Instituto de Sacerdotes del Santísimo Sacramento, hemos creído oportuno enriquecer con singulares gracias é indulgencias esta Asociación tan fructífera, que, en estos tan difíciles tiempos, se propone promover entre los fieles el uso de la Comunión frecuente y cotidiana, al tenor del Decreto del 20 de Diciembre de 1905, *Sacra Tridentina Synodus*. Por tanto, y confiados en la misericordia del Dios Omnipotente, y en la Autoridad de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, concedemos á todos y cada uno de los Sacerdotes que ahora y en lo sucesivo se agreguen á la dicha liga Eucarística, el indulto personal de altar privilegiado, tres veces en semana, *servatis servandis,* siempre que no gocen de esta gracia por otro título; que, desde la hora anterior al alba, hasta una hora antes de la puesta del sol, puedan administrar la Sagrada Comunión, y que puedan celebrar desde una hora antes de la aurora, hasta la hora posterior al mediodía. Que, previas las obras acostumbradas, en las Fiestas principales de Nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de los Santos Apóstoles, puedan lucrar todos los años indulgencia Plenaria, aplicable á los difuntos; y que, dentro de los triduos eucarísticos que se celebren con arreglo á las tablas de la Liga, después de la Comunión general, puedan bendecir al pueblo cristiano asistente con el Crucifijo, haciendo la señal de la Cruz, y guardadas las fórmulas y ritos prescriptos al efecto, con indulgencia Plenaria. Concedemos, además, CCC días de indulgencias á todas las obras de piedad que se practiquen, según los fines de

esta Liga Eucarística, por los Sacerdotes pertenecientes á ella, y por último, facultamos á los Confesores, debidamente aprobados, que se hallen inscriptos en esta Alianza Eucarística Sacerdotal, para que concedan, una vez en semana, indulgencia Plenaria á los penitentes que, diaria, ó casi diariamente, reciban la Comunión. Erigimos, además, en virtud de Nuestra Autoridad Apostólica, y de un modo perpetuo, la predicha Asociación intitulada «Alianza Eucarística Sacerdotal,» canónicamente establecida en la Iglesia de S. Claudio, en Archiconfraternidad primaria, con los privilegios acostumbrados. Autorizamos, *ad perpetuum,* á los moderadores y oficiales presentes y futuros de esta Archicofradía, para que puedan agregar á ella las sociedades del mismo nombre, erigidas ó que se erigiesen en todo el orbe de la tierra, guardadas las ordenaciones Apostólicas y las del Papa Clemente VIII, Nuestro Predecesor, de feliz recordación, y comunicarles válida y lícitamente todas las indulgencias y gracias concedidas por virtud de Nuestra Autoridad Apostólica. Decretamos, finalmente, que estas nuestras Letras siempre sean firmes, válidas y eficaces: que tengan y alcancen plenos é íntegros efectos, y que por todos aquéllos á quienes corresponda y perteneciere en cualquier tiempo, se les presten el mismo respeto y por los jueces ordinarios ó delegados, los que declararán nulo y de ningún valor cuanto en contrario de éstas, á sabiendas ó ignorantemente, fuese intentado por alguien con cualquier motivo. No obstante las Constituciones y Ordenaciones Apostólicas en contrario.—Dado en Roma, junto á San Pedro, bajo el Anillo del Pescador, á X de Agosto de MCMVI, de nuestro Pontificado el año IV.—Pro Dmus. Card. Machi.—L. ✠ S.—Nicolaus Marini.

V

Impreso el tomo V de la *Enciclopedia,* hemos tenido el gusto de recibir noticias de algunas fundaciones eucarísticas, que por vía de Apéndice precisa insertar. Tales son:

1.° La bella Obra de la *Adoración diurna de señoras,* llevada á cabo por los R.R. P.P. Agustinos en su Oratorio del Espíritu Santo, de Madrid, que cuenta con muchos centenares de asociadas, y que ha merecido el aplauso de todos los que la conocen.

2.° *Les convenances contemporaines de l' Eucharistie,* por el abad Planeix; obrita interesante en la cual quedan pulverizados todos los argumentos jansenísticos contrarios á la frecuencia de la S. Comunión; y en la que se excita poderosamente á recibir á menudo á Jesucristo Sacramentado.

3.° El *Boletín eucarístico de Málaga.* Revista mensual ilustrada, de 24 pag., publicada por la P. y R. Archicofradía de Luz y Vela ante el

Santísimo Sacramento, Órgano único en España de la Liga sacerdotal eucarística de Roma. Publicación que, al propio tiempo de responder á sus altos fines, es suficientemente económica.

Mirada retrospectiva y conclusión á la Enciclopedia de la Eucaristía.

El lector que, con ánimo esforzado y atención sosegada, ha seguido el curso de esta *Enciclopedia*, habrá visto profetizada su gran fe en los emblemas y autoridades de las sibilas y de los maestros de Israel, anunciada en los sagrados evangelios, comprobada con la razón filosófica armonizada con la teología, predicada por los apóstoles, los pontífices, los santos padres y los confesores, rubricada con la sangre de millones de mártires, defendida con la pluma de los teólogos, de los doctores y de los ascetas, exaltada por la pureza de las vírgenes, corroborada con milagros sin cuento, apoyada por las ciencias y las industrias, embellecida por toda clase de artes, creída por los cismáticos orientales, y pregonada por los mismos heresiarcas.

Habrá visto que todo un divino epitalamio, el precioso Libro de los Cantares sagrados, se ha dedicado á publicar sus grandezas, considerando á Jesucristo Sacramentado como al esposo enamorado de las almas puras.

Habrá gozado, al verla practicada por el transcurso de XX siglos, oculta unas veces en los domicilios particulares y en las catacumbas, resignada otras en las cárceles, en las grutas y en los campos, pública también en los templos, en las basílicas y en los campamentos, llena de plétora después de la paz constantiana, y poseída de febril entusiasmo en los grandes concilios y en las interminables procesiones religiosas. Prisciliano no consigue contra el dogma eucarístico más que su propia ejecución, marchando á la tumba, envuelto con los negros crespones de sus inmoralidades y desatinos. En la Edad Media la ve erguirse, cual diestro general en jefe, en medio de batallas tremendas y hundimientos

de arraigadas dinastías y de colosales imperios; y esa fe crece en Francia con Clodoveo y Carlomagno, y en España con Pelayo y S. Fernando, y en Inglaterra con S. Agustín, y en todo el mundo conocido con los santos padres, los monjes y los religiosos; y esa fe, por más que olas de cieno intenten ahogarla, aumenta progresivamente con los cruzados y las órdenes militares: para aplastar á Erígena hay un Floro; para pulverizar á Berengario está Lanfranco; para condenar á Wiclef celébrase el Concilio de Constanza. Y esa fe llega á desbordarse con la institución prodigiosa de la fiesta del Corpus, y las frecuentes exposiciones y procesiones eucarísticas, y la fundación de sacramentales, coronándose en la Edad Moderna con los laureles del Concilio de Trento contra los sacramentarios, y de la reforma litúrgica, y de la fabricación de nuevos bellos templos consagrados al Dios del Sagrario, y de la fundación de las Cuarentas Horas, y de otras Obras eucarísticas sociales, queriendo llegar al ápice con los Congresos eucarísticos y demás asambleas sacramentales. Habrá gozado todavía más al verla consolidada en las funerarias lápidas, en los borrosos mosáicos, en las pinturas murales, en las toscas esculturas, en las vetustas catedrales, en los medioevales bajo relieves, en los pergaminos polvorientos, y en el arte moderno perfeccionado. ¡Cuánto no dicen todos estos valiosos monumentos en obsequio de la fe santa profesada!

Habrá leído, como en pequeño mapa, los deberes y los derechos y la disciplina vigente, respecto del uso de esta misma fe eucarística; y el corazón se habrá inclinado profundamente sobre sí mismo para adorar en espíritu y verdad al Dios de los castos amores.

Habrá saboreado sus múltiples bellezas, sus infinitas excelencias, sus amorosos oficios, sus propiedades saludables; viéndola silenciosa en el fondo del Sagrario, abatida sobre las aras litúrgicas, ansiosa al través de las calles en su visita á los enfermos, y radiante de gloria cuando es paseada en triunfo por la carrera eucarística, sembrada de olorosas flores, entoldada con arcos de verdor, perfumada con gra-

tos aromas y animada con las notas dulcísonas de las bandas populares; concluyendo que Ella, ciertamente, es la que, dando vida y consuelo al espíritu, resuelve al mismo tiempo todos los conflictos del individuo y la sociedad.

La habrá visto, finalmente, cuando Jesucristo desde el altar le ha hablado al corazón, quejándose de su tibio proceder, y mostrándole sus hermosas virtudes; y, al meditar en el silencio del santuario, las prerrogativas del Hombre-Dios, habrá resuelto ser más amante del que le ama tanto desde el tabernáculo.

¡Á Dios, gracias!

Es el eco de mi voz, el suspiro de mi alma, el supremo esfuerzo de mi ser, al contemplar por mí mismo el término de la *Enciclopedia de la Eucaristía*. No creí haberla visto enteramente publicada, mas el Señor me ha otorgado ese favor.

Ahora cumplo un deber que prometí en el proemio, al dedicar la Obra á la Inmaculada Señora. Dije allá, que tanto el principio como el fin de la *Enciclopedia* se dirigía á la Virgen Santísima. En efecto; la Madre de Dios y nuestra, me ha sostenido y animado en la ruda tarea de la publicación, y á Ella como á su divino Hijo digo desde el fondo de mi espíritu: ¡Gracias infinitas! La Señora Inmaculada ha difundido y difundirá más la Obra de su Hijo, para que su lectura prenda en las almas, á fin de que éstas puedan acercarse más á Jesucristo.

Reconocido á mi cristiana y generosa familia, que no ha perdonado gasto ninguno para que la Publicación tocara á su cima, le envío desde estas columnas mis expresivas miles de gracias.

Asimismo, quedo reconocido á los Sres. subscriptores de la *Enciclopedia*, de quienes solicito oraciones cerca del Altísimo.

Finalmente, doy gracias á las Publicaciones católicas que se han ocupado de mi humilde Obra, por más que algunas, que como las demás recibieron un ejemplar de la misma,

con el encargo de hacer el juicio crítico por tomos, por causas que ignoro, no lo han verificado todavía. Los severos censores de la *Enciclopedia* conviéneles tener presente que no he creído yo haber redactado una Obra sin lunares, pero que también alguna que otra indicación hecha por ellos no merecía la pena de ser apuntada.

Confieso haber intentado levantar en mi *Enciclopedia* un digno monumento á Jesucristo Sacramentado. Quizá fuese esto un deseo vano ó una osadía intolerable. Sea de ello lo que fuere, creo haber hecho grandes esfuerzos; mas persuádome también que los resultados han quedado muy por bajo de mis deseos. Dígase lo que se quiera, nadie mejor que un autor, aunque no quiera confesarlo, conoce las perfecciones y los defectos de su propia Obra. Yo puedo decir francamente de la mía que tiene varios de estos últimos. El lector sabrá disimularlos y encomendarme á Dios, como así lo espero.

BENDICIÓN

DEL RMO. P. DELEGADO GRAL. DE LA ORDEN AL AUTOR

SECRETERIA GENERALE
DEI
FRATI MINORI
Protocollo 59-60

Romæ Julii 20—1905.

V. P. AMATO BURGUERA.
O. F. M.

Estepa.

Vde. Pater.

Absente Rmo. P. Mtro. Gli. meum et ipsius nomine gratias tibi plurimas habere, et ex animo gratulari, de opere a te conscripto, eique oblato. Dignetur Dominus lumen et vires tibi adjicere ad tanti momenti laborem complendum.

Tuus in Domino addmus.

FR. JOSEPH KAUFMANN.
Deleg. Gls.

SECRETARÍA GENERAL
DE LOS
FRAILES MENORES

Roma 20 de Julio de 1905.

V. P. AMADO BURGUERA.
O. F. M.

Venerando Padre: Ausente el Rmo. P. Ministro General, en su nombre y en el mío le doy gracias muchísimas, y me congratulo de corazón de la Obra por S. R. escrita y á dicho Padre ofrecida. Dígnese el Señor añadir á S. R. luz y fuerzas para terminar un trabajo de tanta importancia.

Suyo afmo. en el Señor.

FR. JOSÉ KAUFMANN.
Deleg. Gral.

BENDICIÓN DE S.S. PÍO X

P. AMATO DE BURGUERA.
O. F. M.
Estepa.

Rmo. Padre.

Accompagnati dall' ossequente ed affettuoso indirizzo della P. V. ho rassegnato nelle mani venerate del Santo Padre i Volumi della Encielopedia Eucaristica della quale ella gli faceva devoto omaggio. Sua Santita vivamente se ne compiacque. Di cuore la ringrazia ed in pari tempo si rallegra nel vedere come ella attenda ad illustrare con tanto amore e con tanta copia di erudizione tutto cio che fino ad oggi fu scritto intorno a questo Mistero di Amore. Mentre pertanto la incoraggia a compiere l' opera sotto cosi buoni auspici iniziata, quale pegno della sua benevolenza. Se imparte l' Apostolica Benedizione. A i ringraziamenti dell' augusto Pontifice unisco io pure i miei per i volumi anche a me favoriti con gentile pensiero.

Mi valgo frattanto della ocasione per dichiararmi con sensi di ben sincera stima.

de V. P.

Affmo. nel Signore.

R. CARD. MERRY DEL VAL.

Roma 6 Giugno 1906.

AL P. AMADO DE C. BURGUERA
de la Orden de Frailes Menores
Estepa

Rdo. Padre.

Acompañados de la obsequiosa y afectuosa dirección de V. P., he entregado en las manos venerables del Santo Padre los volúmenes de la Enciclopedia de la Eucaristía, de la cual V. P. le hacía devota ofrenda. Su Santidad se complace vivamente y le da las gracias de corazón, al mismo tiempo que se alegra de ver como V. P. atiende á ilustrar con tanto afecto y con tanta copia de erudición todo lo que hasta el día de hoy se ha escrito acerca de este Misterio de Amor. Mientras tanto le da ánimo para completar la obra bajo tan buenos auspicios comenzada, y como prenda de su benevolencia le da la Bendición Apostólica. Á estas acciones de gracias del Augusto Pontífice uno yo también las mías por los volúmenes que con noble pensamiento se ha dignado favorecerme.

Mientras tanto me valgo de la ocasión para declararme con sentimientos de muy sincera estima,

de V. P.

Afmo. en el Señor.

R. CARDENAL MERRY DEL VAL.

Roma 6 de Junio de 1906.

PROTESTA

Obediente en todo á los decretos del Pontífice Urbano VIII, de feliz memoria, protesto que todos los milagros, revelaciones, y gracias y demás hechos que se refieren en esta Obra, como los títulos de santo ó beato que se atribuyen á los siervos de Dios, no canonizados ó beatificados, no pretendo concederles más autoridad que la puramente humana, á excepción de aquellas cosas que han sido confirmadas por la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, cuyos dogmas, enseñanzas y consejos he creído, profesado, venerado y defendido siempre con ardor, y esto mismo, con la gracia divina, quiero practicar hasta el fin de mi vida; declarando que me reconozco perfecto obediente hijo suyo; por lo cual someto á su infalible juicio, no sólo cuanto he escrito en esta Obra, sino todos mis escritos, publicaciones, sermones y mi humilde persona, pudiendo asegurar que, aunque lejos de mí todo asomo de herejía, no obstante como hombre, sujeto á error, habré podido alguna vez equivocarme.

El Autor.

ÍNDICE DEL TOMO SÉPTIMO

PARTE IV

Oratorio-ascético-mística de la Eucaristía

(CONTINUACIÓN)

TRATADO V

BELLEZAS DE LA EUCARISTÍA

(CONTINUACIÓN)

SECCIÓN III

PROPIEDADES Y EFECTOS DE LA SANTA EUCARISTÍA CONSIDERADA COMO SACRAMENTO

ASUNTOS PREDICABLES Y DE AMENA LECTURA EN FORMA DE DISCURSOS

Páginas.

Preliminar.—Instrucción.—Predicación.—Misiones eucarísticas. 5

I

Inmenso amor de Jesucristo en la institución de la Santa Eucaristía.

1. Emblema de la caridad y leyes del amor.—2. Amor de Jesucristo en la Eucaristía.—3. ¿Podremos sondearle?—Algunas de sus figuras. 11

§. I.—*De qué manera nos ha amado Jesucristo en la institución de la Eucaristía.*—4. ¿Por qué este Sacramento es apellidado de amor?—5. Amor eterno del Hijo de Dios.—6. Nos amó hasta el fin.—7. Jesucristo, fuego consumidor.—8. Propiedades del amor.—Es invencible.—9. Desinteresado.—10. Heroico.—11. Abrasador. 13

§. II.—*Cuánto nos ha amado Jesús en la institución de la Eucaristía.*—12. Medida del amor de Dios.—13. El amor de Cristo Sacramentado es infinito.—Su altura.—14. Inexactas

Páginas.

comparaciones.— 15. Longitud del amor de Cristo Sacramentado.—16. Latitud.—17. Profundidad.—18. Exhortación.—Ejemplo. 21

II

Inmenso amor de N. S. Jesucristo en la Institución de la Santísima Eucaristía.

(Continuación)

1. Extremos del amor de Cristo N. S. Sacramentado. . . 27

§. I.—*Fines particulares que se propuso el Señor al amarnos infinitamente en la Eucaristía.*—2. Nos amó para hacernos partícipes de su gloria.—3. Para que le pagásemos con amor.—4. Deseos de Jesús.—5. Nos amó para que nos consumamos en su amor.—6. ¿Cómo es que no abrasa á todos el fuego de la Eucaristía? 28

§. II.—*Gratitud que exige Jesús Sacramentado.*—7. Grados de amor de Dios.—8. ¿Cuál de éstos exige Cristo, S. Nuestro? —9. Precepto del Decálogo.—10. Autoridades de los doctores católicos.—11. Reflexión.—Ejemplos. 32

III

Inmenso amor de N. S. Jesucristo después de la institución de la Eucaristía.

1. Sólo el sol el ser me da.—2. El sol de la Eucaristía, principio de vida en todos los órdenes de cosas. 38

§. I.—*Influencia de la Eucaristía en el orden religioso.*—3. Todas las bellezas del dogma católico se compendian en la Eucaristia.—4. La Eucaristia, término del amor que tuvo Dios al realizar su Encarnación.—5. Es también la Eucaristía vida del culto católico.—6. Y su hermosura.—7. También es vida de la misma Iglesia Católica.—8. Las sectas heterodoxas no poseen vida.—9. Efecto del influjo de la Eucaristía disminuye el vigor y hasta la existencia de las sectas heterodoxas. . . . 40

§. II.—*Influencia de la Eucaristía en el orden intelectual.*—10. Cristo Sacramentado, disipando las nieblas del espíritu. —11. La Eucaristía, pan del entendimiento.—12. Vigoriza la memoria.—13. Fecundiza la fantasía. 47

§. III.—*Influencia de la Eucaristía en el orden moral.*—14. El Sacramento del altar, vida del alma.—15. Ojeada sobre su influencia en la esfera de las costumbres. 49

§. IV.—*Influencia de la Eucaristía en el orden social.*—16. El egoismo, rémora y destrucción de toda vida social.—17. La Eucaristía, fomenta y encarna el espíritu de caridad entre

Páginas.

los hombres.—18. Nutre y fortalece la abnegación y sacrificio en los mismos.—19. Conclusión.—Ejemplo. 51

IV

La S. Eucaristía es el Alimento por antonomasia de la Iglesia Católica.

1. Orgullo de algunos monarcas gentiles.—2. Jesucristo, dando pan y vino.—3. En manjar del espíritu. 56

§. I.—*Cristo Sacramentado es verdadera comida del alma.* —4. Por qué razón el Redentor denomina á la Eucaristía: Pan del cielo?—5. Los materiales efectos del pan y vino indican los espirituales que causan en las almas, después de consagrados. —6. El mismo Cuerpo y la misma Sangre del Salvador son la comida de los cristianos.—7. Con la Eucaristía nos dió el Señor cuanto podía darnos.—8. El pueblo católico come de las viandas angélicas. 58

§. II.—*Excelencias de este celestial alimento.*—9. Los cristianos estamos convidados todos los días á la mesa del Rey de la gloria.—10. Con el manjar eucarístico nos vienen todos los bienes.—11. La Eucaristía es comida de grandes.—12. Encomios que le tributan las Escrituras sagradas.—13. Testimonios de los siervos de Dios.—Ejemplo. 62

V

La Sagrada Eucaristía sustenta en el cristiano la vida de la gracia divina, y, por excepción milagrosa, la vida corporal.

1. El santo Sacramento del altar, simbolizado por un caudaloso río.—2. Sus aguas producen distintos efectos según los jardines espirituales que riegan.—3. El pan del profeta Elías. . 68

§. I.—*La S. Eucaristía sustenta la vida de la gracia en el alma.*—4. La sustenta, derramándole mercedes.—5. Lo que el manjar corporal obra en el cuerpo, lo produce la Eucaristía en el alma.—6. Cómo sustentaba el Sacramento á los siervos de Dios?—7. Todas las virtudes de éstos eran debidas al Santísimo Sacramento.—8. Sustenta la vida de la gracia, impidiéndole los obstáculos que puedan destruirla.—9. Conceptos del Angélico.—10. Cómo impide dichos obstáculos? 70

§. II.—*La S. Eucaristía puede sustentar la vida corporal.* —11. Testimonios de los santos padres.—12. De otros doctores.—13. Ejemplos prácticos.—14. Pregunta necia.—15. Deprecación.—Ejemplo. 76

Páginas.

VI

La Sagrada Eucaristía es Regalo dulcísimo del cristiano práctico.

1. Vanidad de vanidades.—2. Excelencia de las dulzuras eucarísticas. 82

§. I.—*Propiedades de la divina bebida eucarística.*—3. Un hecho de la antigua ley, emblema de la dulzura de la Eucaristía.—4. Esta divina bebida es verdadera y divina.—5. Es nutritiva, fortalece y embriaga. 83

§. II.—*Indecibles delicias que causa esta divina sangre en los que la reciben.*—6. Admirable contraste.—7. La Eucaristía enajena los sentidos.—8. Alegra el corazón del hombre.—9. Es preciso gustarla para conocer su suavidad.—10. La arqueología y el arte cristiano.—11. Frases de los siervos de Dios.—12. Reflexión y prácticas de los santos.—Ejemplo. . . 86

VII

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es nuestro Abogado.

1. El hombre no se basta á sí propio.—2. El cristiano encuentra el apoyo y la defensa en Jesucristo. 94

§. I.—*Jesús en el Sacramento intercede por nosotros á su Padre.*—3. El Hijo de Dios depositó sus bienes en el Sacramento del Altar.—4. De qué modo intercede por nosotros á su Padre?—5. Pidiéndole remedie nuestras mayores necesidades.—6. Ofreciéndole nuestras oraciones y las de la Iglesia. . . 96

§. II.—*Defiende nuestra causa ante su Padre.*—7. Rechazando á Satanás.—8. Cristo Jesús medianero entre su Padre y los cristianos.—9. Su mediación desde el Sacramento nos es necesaria. 99

§. III.—*Es tan eficaz la defensa hecha por Jesús Sacramentado que nos salva.*—10. Nuestra salvación es debida á la Eucaristía.—11. Un sarcófago del Vaticano.—12. El sacramento del Altar nos infunde el espíritu de penitencia.—Reflexión.—Ejemplo. 101

VIII

Jesucristo en el Santísimo Sacramento es nuestra Vida.

1. Esencia de la vida humana.—2. Esencia de la vida del alma humana. 106

§. I.—*La percepción sacramental de la Eucaristía en la*

Páginas.

vida temporal de los cristianos.—3. Los profetas y el Espíritu Santo lo consignaron.—4. Jesucristo ratificó esta misma proposición.—5. Testimonios de los santos Padres y doctores católicos.—6. Prácticas de los siervos de Dios. 108

§. II.—*La percepción sacramental de la Eucaristía causa la vida eterna en los cristianos.*—7. Ella es causa de la vida eterna.—8. Ella es también la misma vida eterna.—9. Reflexión.—Ejemplo. 112

IX

Sobre la obligación de comulgar.

1. Formidable contraste. 116

§. I.—*Necesidad de recibir el Santísimo Sacramento.*—2. Dos clases de necesidad.—3. La percepción de la Santísima Eucaristía es necesaria de precepto divino.—4. En qué tiempos obliga este divino precepto? 117

§. II.—*Obligación que tenemos los cristianos de comulgar.*—5. Del precepto pascual.—6. Concilio Tridentino.—7. Reflexión.—8. Diferencia de los cristianos de ahora á los primitivos.—9. La estatua de Nabuco. 120

§. III.—*Comunión de los niños.*—10. La práctica antigua.—11. Padres dignos de corrección.—12. ¿En qué edad deben los niños comulgar por vez primera?—13. La Eucaristía es llamada Pan de los niños.—14. Preparación de los niños que han de comulgar por vez primera.—Ejemplo. 124

X

Sobre la frecuencia de la Comunión.

1. El prodigio de los panes y los peces.—2. Este milagro verificado en los cristianos que comulgan con frecuencia. . . 130

§. I.—*Excelencias y ventajas de la comunión frecuente.*—Excelencias.—3. Comportamiento de la Iglesia docente con los fieles.—4. Frases de los Santos Padres y ascetas.—Ventajas.—5. Los doctores católicos.—6. Debemos frecuentar la Comunión para hacernos santos.—7. Palabras de S. Francisco de Sales. 132

§. II.—*El cristiano que pasa mucho tiempo sin comulgar, moralmente no puede evitar los pecados y los vicios, como tampoco puede practicar debidamente las virtudes cristianas.*—8. No puede evitarlos por la propensión de nuestra naturaleza al mal.—9. La Eucaristía detiene su curso.—10. Los enemigos personales influyen para que el cristiano que no comulga con frecuencia no pueda evitar los vicios.

Páginas.

—11. Lo mismo que el cuerpo, necesita el alma comer á menudo.—12. Por alguna razón ordenó Cristo, N. S., le pidiésemos el pan sobresubstancial todos los días.—Ejemplo. 138

XI

La Comunión diaria es el medio más conveniente y oportuno para que el cristiano de todos los tiempos obtenga su último fin.

1. Cuestión delicada. 144

§. I.—*Es el medio más conveniente.*—2. Espíritu de la Iglesia. —3. Opinión de los santos Padres y doctores.—4. La Comunión diaria es señal de predestinación á la gloria. 145

§. II.—*Es el medio más oportuno.*—5. Estado de este asunto antes de S.S. Pío X.—6. Decreto de la S. Congregación del Concilio.—7. Gracia especialísima concedida por S.S. Pío X.—8. Reflexión.—Ejemplo. 148

XII

Sobre los pretextos para dejar de comulgar con frecuencia.

1. Parábola de la cena.—2. Se adapta perfectamente á la Santísima Eucaristía y los comulgantes. 153

§. I.—*Pretextos que toman por base los bienes materiales.* —3. He comprado una granja y necesito ir á verla.—4. Son mis ocupaciones muchísimas. 155

§. II.—*Pretextos que toman por base los bienes espirituales.*—5. No me creo digno de ello.—6. Tengo grandes faltas é imperfecciones.—7. Experimento muchas tentaciones.—8. Encuentro poca devoción al comulgar.—9. No tengo tiempo de prepararme para la Comunión como debiera.—10. Creo no estar en gracia de Dios.—11. Mi confesor no me permite comulgar más á menudo.—12. No obtengo el fruto correspondiente. 157

§. III.—*Pretextos necios.*—13. ¿Qué dirán de mi los que me vieren comulgar á menudo?—14. Eso de comulgar con frecuencia es bueno para religiosos y beatas, no para mí, que soy muy malo.—15. Conclusión.—Ejemplo. 162

XIII

Sobre las disposiciones para comulgar con fruto.

1. La verdadera ciencia.—2. La que exige el Apóstol como necesaria para comulgar.—3. Parábola del banquete que dió cierto monarca. 165

Páginas.

§. I.—*Disposiciones concernientes al alma.*—«Remotas.»—4. No debe tener límites, respecto al fervor y pureza de corazón, la preparación del que desea comulgar.—5. Se debe estar bautizado.—6. No tener excomunión.—7. Estar exento de riñas, odios y restituciones.—«Próximas.»—8. Cualidades que, según S. Buenaventura y Sto. Tomás, debe gozar todo el que se presenta á la sagrada Mesa.—9. El que ha de comulgar ha de estar en gracia de Dios.—10 Las catacumbas.—11. Armarse de mortificaciones.—12. Saber lo que recibe.—13. Evitar, en lo posible, las faltas veniales.—«Actuales.»—14. Practicar actos de fe, esperanza, caridad y deseo. . ; 167

§. II.—*Disposiciones concernientes al cuerpo.*—15. Ayuno natural.—16. Limpieza corporal.—17. Conducta que deberían observar los casados.—18 Modestia en los sentidos.—Ejemplo. 175

XIV

La Comunión sacrílega es un crimen horrible que atenta contra Dios, contra el individuo que lo perpetra y contra sus prójimos.

1. La libertad en la Iglesia Católica. 180

§. I.—*Es un crimen contra Dios.*—2. La Sagrada Mesa es sólo para los amigos de Dios.—3. El alma contaminada con la culpa mortal.—4. Comete atroz injuria contra Dios.—5. Renueva los ultrajes inferidos á Jesucristo en su pasión. 182

§. II.—*Es un crimen contra el individuo que lo perpetra.*—6. Añade un enorme pecado de sacrilegio.—7. Se aleja del Salvador.—8. Se atrae castigos temporales.—9. Firma su propia condenación. . . . . ; 186

§. III.—*Es un crimen contra los prójimos.*—10. El gran escándalo.—11. Deber de todo cristiano.—Ejemplo. 190

XV

La profanación de las Hostias consagradas es un crimen que pide venganza al cielo.

1. Los gobiernos actuales. 193

§. I.—*Es un crimen.*—2. Las hostias negras de la francmasonería y su culto.—3. La búsqueda de las sagradas Hostias y su profanación. 194

§. II.—*Que pide venganza al cielo.*—4. La profanación de las Hostias consagradas participa de la malicia del regicidio.—5. Castigos del cielo. 198

§. III.—*Nuestro deber.*—6. Sobre los que se presentan á comul-

Páginas.

gar.—7. Sobre los sagrarios y vasos sagrados y templos.—8. Reflexión.—Ejemplo. 200

XVI

Sobre la Comunión espiritual.

1. Para atraer al Omnipotente basta un solo acto de la voluntad 204

§. I.—*En qué consiste la Comunión espiritual.*—2. Definición que da el Tridentino.—3. La que dan algunos doctores católicos.—4. El mismo Señor reveló á varias siervas suyas la manera de practicar esta clase de Comunión.—5. Historia de la Comunión espiritual. 205

§. II.—*Ventajas que proporciona la Comunión espiritual.*—6. La Comunión espiritual puede ser practicada sin molestia.—7. Sirve de preparación para la sacramental.—8. Puede ser repetida cuantas veces se quiera.—9. En ella no hay peligro de vanagloria.—10. Se consigue, en ocasiones, tanta gracia como en la sacramental.—Ejemplo. 208

XVII

Sobre las visitas al adorable Sacramento.

1. Nada de cuanto ofrece el mundo puede llenar el corazón del hombre.—2. Lo llenan, empero, las visitas á Jesús Sacramentado. 214

§. I.—*Jesús Sacramentado muestra vehementes deseos de que le visitemos.*—3. Palabras del Salvador.—4. La Santa Iglesia instituyó la fiesta del Corpus para recordarnos la amorosa presencia del Salvador en el Tabernáculo. Testimonios de los ascetas.—5. ¿Los cristianos, secundan los deseos de Jesucristo? 215

§. II.—*Provecho inmenso que se consigue de visitar al Sacramento.*—6. Gracias que se obtienen.—7. Delante del Sacramento se aprende á ser santo.—8. ¿Qué se hace tanto tiempo ante el Dios del Tabernáculo?—9. Pidiendo se alcanza. . 218

§. III.—*Felicidad incomparable de los que conversan frecuentemente con Jesús Sacramentado.*—10. Encuentran el descanso para sus almas.—11. Casos prácticos en algunos siervos de Dios.—12. Reflexión.—Ejemplo. 222

XVIII

La Sagrada Eucaristía es nuestra Fortaleza.

1. La mesa del salmista.—2. Emblema de la Eucaristía. . . 226

§. I.—*Cristo Sacramentado es fortaleza contra el mundo.*

Páginas.

—3. Autoridades de los profetas.—4. Es fortaleza contra el mundo, porque guarda y defiende los bienes temporales de sus respectivos propietarios.—5. Casos prodigiosos. 227

§. II.—*Cristo Sacramentado es fortaleza contra el demonio.*—6. Porque libra á sus devotos de las tentaciones ó sugestiones diabólicas.—7. Porque desbarata los encantos del infernal enemigo.—8. Porque le auyenta de los posesos.—Ejemplos que lo confirman. 230

§. III.—*Cristo Sacramentado es fortaleza contra la carne.*—9. Porque engendra vírgenes.—10. Porque debilita y adormece la concupiscencia.—Casos milagrosos.—Ejemplo. . . . 233

XIX

Unión del hombre con Dios mediante la santa Eucaristía.

1. Es imposible hablar apropiadamente de la unión entre Cristo Sacramentado y el alma que le recibe.—2. Todo cuanto obtenemos por medio de este Sacramento es debido á esa unión. 235

§. I.—*Unión del hombre con Dios por medio de la Eucaristía.*—3. Unión substancial divina.—4. Unión hipostática; unión humana; unión de amor.—5. Esta unión es verdadera y perfectísima.—6. Los Concilios y los santos Padres.—7. ¿Á qué comparan los santos Padres una unión semejante? 236

§. II.—*Riquezas* y *dulzuras percibidas por esta unión.*—8. Palabras de S. Buenaventura y de otros santos.—9. Todos los bienes del cielo alcanzamos con participar de la Comunión.—Ejemplo. 241

SECCIÓN III

PROPIEDADES Y EFECTOS DE LA SANTA EUCARISTÍA CONSIDERADA COMO SACRIFICIO

XX

La santa Misa es un Sacrificio latréutico y eucarístico.

1. El Hombre-Dios, apeteciendo sacrificarse perpetuamente por la racional criatura.—2. Se sacrifica en efecto.—3. No ha perdonado medio para que su Sacrificio incruento resultase perfecto. 243

§. I.—*El Sacrificio de los altares es latréutico.*—4. El Altí-

Páginas.

simo detestaba los sacrificios de los judíos.—5. ¿En qué consiste el Sacrificio de la Misa?—6. El mosaico de S. Vital en Rávena.—7. ¿Quién se ofrece en la Misa?—8. ¿Qué es lo que se ofrece?—9. ¿Á quién se ofrece?—10. ¿Cómo se ofrece?—11. Este Sacrificio posee algunas ventajas sobre el de la Cruz. 245

§. II.—*El Sacrificio del Altar es eucarístico.*—12. Debemos dar gracias á Dios por ser nuestro Señor.—13. Asimismo, por ser bienhechor nuestro.—14. Mediante la santa Misa podemos cumplir perfectamente con estos deberes.—15. Resumen.—Ejemplo. 251

XXI

La santa Misa es un sacrificio propiciatorio.

1. No podían los sacrificios hebráicos agradar á Dios de ningún modo. 255

§. I.—*El Sacrificio de la Misa es propiciatorio por los vivos.*—2. Por qué clase de vivos puede aplicarse este Sacrificio?—3. La Santa Misa causa la remisión de pecados.—4. Los santos Padres.—5. La razón teológica.—6. Este adorable Sacrificio; ¿qué pecados perdona y cómo los perdona?—7. Perdona también los veniales.—8. Perdona igualmente las penas temporales debidas por esos pecados. 257

§. II.—*Es asimismo propiciatorio por los difuntos.*—9. Unión de las Iglesias militante y purgante.—10. La santa Misa remite las penas debidas por las almas del purgatorio.—11. La práctica de rogar por los difuntos en la Misa es tan antigua como la Iglesia.—12. Las antiguas liturgias.—13. Casos prodigiosos.—14. Aprovechan á los difuntos los oficios funerales y aniversarios.—15. Milagro estupendo.—16. Reflexiones.—Ejemplo. 261

XXII

La santa Misa es un Sacrificio impetratorio.

1. Lo que practicaban los judíos para tener propicio al Altísimo. 270

§. I.—*El Sacrificio de la Misa impetra gracias espirituales.*—2. Así lo confirman los lugares teológicos.—3. Palabras del Apóstol.—4. Cuando asistimos al Sacrificio del Altar debemos pedir por todos los hombres. 271

§. II.—*El Sacrificio de la Misa impetra gracias temporales.*—5. El Tridentino y S. Agustín.—6. Podemos hacer celebrar el Sacrificio por bienes temporales honestos y que no nos aparten de la salvación.—7. La Santa Misa sirve de gran

Páginas.

ayuda para lo temporal.—8. Es medio eficaz contra las enfermedades.—9. Libra igualmente de peligros inminentes y seguros.—10. Resumen de la doctrina expuesta.—11. Reflexión.—Ejemplo. 274

XXIII

Riquezas del sto. sacrificio de la Misa.

1. La santa Misa, memorial exacto y vivo de la Pasión del Señor.—2. Por aquélla se nos aplican infaliblemente los méritos de ésta. 281

§. I.—*Riquezas existentes en la celebración de la Misa.*—3. La Misa es la obra más venerable que existe en la Iglesia.—4. Autoridades de los santos Padres y ascetas.—5. Y en la que más se honra Dios.—6. No le dieron tanto honor los actos heroicos de los más grandes santos.—7. Es la obra en que podemos agradar más á Jesucristo, á la Virgen Santísima y á los bienaventurados.—8. Y en la que hallamos mayores provechos.—9. Cuanto se alcanza en la Misa se debe en parte al celebrante.—10. Es más apreciable de lo que se puede encarecer el acto de celebrar una sola Misa. 283

§. II.—*Riquezas que provienen de ayudar y oir la Misa.* 11. Ayudar Misa es oficio de ángeles; y á los que tal ejecutan se les conceden doblados los tesoros que á los que la oyen simplemente.—12. Cristo, S. N., ha ayudado la santa Misa.—13.--También ha sido desempeñado este oficio por los ángeles.--14. Y por los santos.—15. La práctica de oir Misa es muy agradable á Dios.—16. Por ella el Señor se mueve á conmiseración de los mortales.—Provechos espirituales que se obtienen de oir Misa.—17. Libra de innumerables peligros. 289

§. III.—*De las riquezas de la Misa participa toda la Iglesia.*—18. Porque parte de su fruto corresponde á toda la Iglesia; y porque además es memorial de la Pasión de Cristo.—19. S. Lorenzo Justiniano.—20. Castigos á los profanadores de la S. Misa.—Ejemplo. 296

XXIV

Reverencia con que hemos de tratar el santo Sacrificio de la Misa.

1. La Misa, nombrada en las sagradas letras por Obra de Dios.—2. Maldiciones de Jeremías sobre los que no tratan debidamente esta Obra. 299

§. I.—*¿Cómo deben tratar el Sacrificio los que celebran?*

Páginas

—3. Protesta.—4. La Misa exige que todo cuanto á ella sirva sea óptimo.—5. Ante todas cosas, el sacerdote debe tener dispuesta el alma.—6. Y haber vacado á la oración mental.—7. Debe tener dispuesto el cuerpo.- 8. Y practicar escrupulosamente las rúbricas.— 9. En esto se ha de tener mucho cuidado.—10. De algunos siervos de Dios podemos tomar ejemplo. —11. En pudiendo, jamás se debería dejar de celebrar la Santa Misa. 300

§. II.—*Cómo deben tratar el Sacrificio los que ayudan al celebrante.*—12. El que sirve al altar conviene esté limpio en el alma.—13. Disfrutar limpieza y honestidad en el cuerpo. —14. Saber las rúbricas. 306

§. III.—*Cómo deben tratar el Sacrificio los que á Él asisten como oyentes.*—15. Los que oyen Misa, asisten como testigos.—16. Y como ministros.—17. La conducta de los siervos de Dios nos estimula á que oigamos Misa con devoción. —18. Un templo modelo para el servicio divino.—Ejemplo. . 308

XXV

Significación de las ceremonias de la Misa.

1. Las cosas toman su valor de lo que son, no de lo que parecen.—2. Las rúbricas del Sacrificio se han de apreciar por lo que significan. 315

§. I.—*Significación de las ceremonias contenidas en la Misa desde el principio de ella hasta el Canon.* 317

§. II.—*Representación de las ceremonias del Canon.* . . 320

§. III.—*Significación de las restantes ceremonias de la S. Misa.* 323

XXVI

La excelencia de los sacerdotes católicos por ser sacrificantes es inmensa; y grande al propio tiempo la veneración que les debemos profesar.

1. La naturaleza exige el sacerdocio.—2. Todo sacrificio exige sacerdote.—3. El Eterno ha ordenado el sacerdocio. . 326

§. I.—*Dignidad de los sacerdotes católicos por ser sacrificantes.*—4. Estriba en la potestad que tienen sobre el Cuerpo de Cristo Sacramentado.—5. Esta dignidad excede infinitamente á la de los sacerdotes paganos.—6. Honores que éstos tributaban á sus sacerdotes.—7. Nota importante.—8. Excede á la del sacerdote israelita.—9. Preeminencias de que és-

Páginas.

te gozaba.—10. Fueron confirmadas con milagros.—11. Reflexión.—12. Excede á la de todos los hombres, incluso los reyes y emperadores.—13. La Escritura no les considera como hombres.—14. Increpación.—15. Supera á la de los santos.—16. Á la de los ángeles.--17. Á la de María Santísima.—18. Sólo es comparable con la dignidad del Altísimo.—19. El sacerdote, denominado: hijo de Dios.—20. Jesucristo, obediente á la voz de un sacerdote. 328

§. II.—*Respeto que debemos profesar á los sacerdotes católicos.*—21. Lo exige su misma dignidad.—22. Dios nos lo manda terminantemente.—23. Los siervos de Dios y los príncipes temporales les honraron escrupulosamente.—24. Castigos severísimos de los que faltaron á su respeto. 341

XXVII

La dignidad de los templos católicos, por ser moradas de Cristo Sacramentado, es altísima; y el respeto que debemos profesar á los mismos es sin comparación profundo.

1. Visión de Jacob.—2. Razón del terror de este patriarca. . 345

§. I.—*Dignidad de los templos católicos.*—3. Necesidad de los templos.—4. Mandato divino.—5. Los templos católicos son casas de Dios.—6. Lo son con más propiedad que las sinagogas por residir en ellos Cristo Sacramentado.—7. En ellos obtenemos mayores beneficios que en otras partes.—8. Se nos dispensan los sacramentos. 347

§. II.—*Respeto sumo que debemos profesar á los templos católicos.*—9. Lo pide su misma dignidad.—10. Es voluntad divina.—11. Intimada por el Salvador.—12. Doctrina de la Iglesia.—13. Los santos Padres.—14. De qué manera nos hemos de llegar al templo.—15. Dios castiga severísimamente al que profana los templos.—16. Un rasgo de Felipe II.—17. Reflexión.—Ejemplo. 353

SECCIÓN III

PROPIEDADES Y EFECTOS DE LA SANTA EUCARISTÍA CONSIDERADA COMO VIÁTICO

XXVIII

La divina Eucaristía es nuestro Viático en la peregrinación al paraíso.

1. Necesidad que tenemos de ser asegurados.—2. El Sacramento del Altar cubre esta necesidad. 361

§. I.—*La Eucaristía es nuestro Viático en la peregrina-*

Páginas.

ción al cielo.—3. Porque Jesús en el Sacramento es nuestra fortaleza.—4. Nuestro defensor.—5. Nuestro conductor al paraíso.—6. Las tumbas de los primitivos cristianos. 362

§. II.—*Efectos producidos por el S. Viático.*—7. Tranquiliza.—8. Y enfervoriza el alma.—9. Los mártires y demás siervos de Dios. 366

§. III.—*Es un bien excelente recibir el S. Viático.*—10. Varios testimonios lo declaran.—11. Mas, ¿de qué manera debemos recibirlo?—12. Los siervos de Dios nos dieron ejemplo respecto á esto.—13. Los devotos del Santísimo Sacramento raras veces ó nunca han muerto sin Viático.—14. Reflexión.—Ejemplo. 368

XXIX

La Santísima Eucaristía será nuestra Resurrección.

1. Dogma de la resurrección de la carne. 375

§. I.—*La Eucaristía es causa de la resurrección gloriosa de los justos.*—2. Testimonios de los santos Padres.—3. ¿Qué don otorga la Eucaristía á los viaticados?—4. Palabras de Menochio.—5. Opinión de algunos teólogos menos favorable á la Eucaristía.—6. Opinión de la parte más sana de los doctores.—7. Pasaje de Isaías. 376

§. II.—*Esta final resurrección ha sido incoada en algunos siervos de Dios, difuntos.*—8. Casos prácticos.—9. Tres santos de la orden Seráfica.—10. Reflexión. 380

XXX

En Jesucristo Sacramentado se halla todo cuanto pueda apetecer el cristiano.

1. Símil del trabajo de este discurso con las operaciones del labrador.—2. Recopilación brevísima de los anteriores discursos. 384

§. I.—*Jesucristo Sacramentado es todo el bien deseable.*—3. Por ser el Hombre-Dios.—4. Por reunir en sí mismo todas las delicias.—5. Parangón entre los deleites mundanos y los que nos ofrece el Salvador.—6. Por ser Él la felicidad suprema. 386

§. II.—*En Jesucristo Sacramentado se sobrellevan todos los trabajos, y por su medio podemos conseguirlo todo.*—7. El Apóstol.—8. Se sobrellevan las adversidades y las penas.—Las enfermedades y el destierro.—Los tormentos y la misma muerte.—9. El Evangelio.—10. Valor de la oración practicada en común.—11. Valor de esta misma oración ante el Santísimo Sacramento.—12. Valor de la oración privada.—

Páginas.

13. La carencia de la fe necesaria es el motivo de que Jesucristo Sacramentado no despache hoy favorablemente las peticiones de los católicos en favor de su Causa. 390

§. III.—*Fuera de Jesucristo Sacramentado no hay más que el caos.*—14. El hombre nada puede sin Dios.—15. Nada pudieron contra Jesucristo los príncipes anticristianos.—16. Ni los herejes.—17. Ni los seudo-filósofos.—18. Ni los mismos católicos que no cuentan con Dios.—19. Resumen y conclusión. —Ejemplo. 396

TRATADO VI

LA CÁTEDRA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Virtudes que practica Jesús en la Santa Eucaristía y que nos propone imitar.

Advertencia. 403

I.—Jesucristo en la S. Eucaristía nos enseña la virtud de la Obediencia. 404

II.—Jesucristo en la S. Eucaristía es ejemplar de Humildad. . . 407

III.—Jesucristo en la S. Eucaristía nos muestra la Pobreza. . . . 410

IV.—Jesucristo en la S. Eucaristía nos predica la Pureza. . . . 412

V.—Jesucristo en la S. Eucaristía es mártir del Silencio. 414

VI.—Jesucristo en el Santísimo Sacramento es dechado de Paciencia. 417

VII.—Jesucristo en el Santísimo Sacramento nos instruye en la Caridad. 420

VIII.—Jesucristo persevera siempre en el Santísimo Sacramento. . 423

TRATADO VII

BASES DE MEDITACIÓN EUCARÍSTICA

Breves y devotas meditaciones doctrinales, históricas y místicas sobre la Santa Eucaristía.

Preámbulo. 427

1.ª Por qué razón el Salvador quiso instituir la S. Eucaristía. 428

2.ª De qué manera instituyó el Salvador la S. Eucaristía. . . 430

3.ª Circunstancias de esta institución. 432

4.ª El Omnipotente, determinando instituir este Misterio. . . 435

5.ª El Omnipotente, determinando instituir este Misterio. (Continuación). 437

6.ª Presencia real de Cristo, S. N., en la Santísima Eucaristía. . 439

7.ª Presencia real de Cristo, S. N., en la Santisima Eucaristía. (Continuación). 441

8.ª Presencia real y habitual de Cristo, S. N., en la Santa Eucaristía. 443

Páginas.

9.ª Presencia simultánea del Cuerpo del Señor en muchas Hostias consagradas. 446
10 Sobre la materia eucarística de pan y vino. 448
11 Efectos de la Sagrada Eucaristía como Sacramento. . . . 450
12 Efectos de la Sagrada Eucaristía como Sacramento. (Continuación). 452
13 Efectos de la Sagrada Eucaristía como Sacramento. (Continuación). 454
14 Disposiciones para comulgar dignamente. 456
15 Ventajas inmensas que resultan de comulgar á menudo. . . 458
16 Sobre las visitas á Jesús Sacramentado. 460
17 Amor de Jesús en la institución de la Santa Misa. . . . 462
18 Esencia del Sacrificio del Altar. 464
19 Efectos del Santo Sacrificio de la Misa. 466
20 Efectos del Santo Sacrificio de la Misa. (Continuación). . . 468
21 Efectos del Santo Sacrificio de la Misa. (Continuación). . . 470
22 Riquezas de la Santa Misa. 472
23 Riquezas de la Santa Misa. (Continuación). 474
24 Bienes que reporta el Santísimo Sacramento como Viático. . 476
25 Cómo deberemos recibir y acompañar el Santísimo Viático. . 478
26 La Divina Eucaristía nos transforma en hijos de Dios. . . 480
27 Por la Santa Eucaristía somos amigos particulares del Hombre-Dios. 482
28 Con la posesión de la Santa Eucaristía podemos no temer ningún mal. 484
29 La Sta. Eucaristía es la universal farmacopea del cristiano. . 486
30 Amor que debemos profesar á la Santa Eucaristía. . . . 488

APÉNDICES Á LA HISTORIA DE LA EUCARISTÍA

I.—Sarcófago de Écija. 491
II.—Variedades eucarísticas astigitanas. 498
III.—Novísimo decreto. 498
IV.—Alianza sacerdotal eucarística. 499
V.—Fundaciones eucarísticas. 500
Mirada retrospectiva y conclusión á la Enciclopedia de la Eucaristía. 501
Bendición del Rdmo. P. Delegado Gral. de la Orden al Autor. . . 505
La misma en castellano. 505
Bendición de S.S. Pío X al Autor. 506
La misma en castellano. 507
Protesta del Autor. 508

ÍNDICE GENERAL ALFABÉTICO

DE LOS ASUNTOS NOTABLES CONTENIDOS

EN LA

ENCICLOPEDIA DE LA EUCARISTÍA

El número romano significa el tomo; el arábigo la página; la F el fotograbado.
Las palabras Sacrificio, Sacramento y Eucaristia irán abreviadas en esta forma: Sacrif. Sac. y Euc.

A

Ablución y acción de gracias, III, 219.—IV, 128.

Abogado. Jesucristo en el Sac. es nuestro.., VII, 94.—Porque intercede por nosotros al Padre, 96.—Porque nos defiende ante su Padre, 99.—Porque al fin nos salva, 101.

Abusos de la Euc., III, 397.—IV, 152, y 271.

Accidentes eucarísticos. Qué son, y si están sin sujeto, I, 294.—De qué modo subsisten? 296.—Pueden padecer mutación? 298.—Pueden corromperse ó engendrarse alguna cosa de los mismos? 299.

Acción social cristiana, VI, 222

Acerra, III, 64.

Acimitas, II, 416.

Acólitos, III, 100.—Llevaban la Euc. á los impedidos, 223.

Actos prohibidos en los templos, IV, 411.

Acto. El acto de creer es más conforme con la naturaleza humana que el de comprender, VI, 17.

Acuarios, II, 409.

Adoración de la Euc., IV, 198.—Herejes que se opusieron, 200.—Adoración debida á Jesucristo Sac., VI, 32.—Debe adorarse todo el Sac., 39.—Adoración que todos los siglos cristianos dieron á la Euc., 41.—Todo reclama que se adore á Cristo Sac., 44.—¿Cómo debe adorársele? 46.—La familia y la sociedad tienen el deber de adorarle, 47.

Adoración de la Hostia y el Cáliz en la Misa, III, 176.

Adoración Nocturna, V, 102.—En España, 126, 173.—Es la Obra más simpática, y una de las necesidades de nuestros tiempos, VI, 196.

Adoración perpetua, V, 96, 116.

Reparatriz, V, 96, 116.

Adornos para el Corpus, IV, 218.

Aerianos, II, 411.

Agenda, nombre de la Euc., I, 18.

Agricultura en sus relaciones con la Euc., II, 279.

Agustín (S.) su autoridad respecto de la Euc., I, 408.—III, 371.

Agustín Aveldense, V, 255.
Agapes: Modo, lugar, tiempo y género de alimentos, III, 226.—Clases de agapes, 228.—Cesación de los mismos, 232.—Agapes en las Catacumbas, 264.
Agustín de Herrera, V, 259.
Aguilar (P. Francisco,) V, 275.
Aguinaldo bautismal, F. III, 52.
Agnus Dei, IV, 112.
Alápide (Cornelio) su autoridad sobre la Euc., II, 21.
Alabado, V, 260.
Alba, III, 115.
Albanenses, II, 421.
Alberto el grande (S.) su autoridad sobre la Euc., II, 12.
Albercio, (S.) II, 111.
Albigenses, II, 423.
Alcántara, (S. Pedro de) II, 79.—V, 256.
Alejandro de Alés, IV, 347.
Alfonso de Ledesma, V, 269.
Alfonso de Ligorio, (S.) II, 26.—V, 273.
Algero de Lieja, IV, 347.
Alleluia, IV, 78.
Almeida, (Teodoro) II, 108.
Alonso de Rivera, V, 265.
Alonso de Bonilla, V, 270.
Alonso de Castro, V, 255.
Alumbrado y vela continua al Sac., V, 95.
Altar, III, 45.—Su forma, 46.—Su adorno, 48.
Altar portátil, III, 49,—329.
Altar de las Catacumbas, F, III, 47.
Altar de S. Ambrosio de Milán, F, IV, 78.
Ambón del Evangelio, F, III, 148.
Ambrosio, (S.) I, 403.—III, 369.
Amen, IV, 75.
Amito, III, 114.
Amigo. Jesucristo en el Sac. es nuestro.., VI, 292.—Leyes del corazón humano, VI, 292.—Cristo llama amigos á sus discípulos, 295.—Cómo es la amistad de Cristo Sac., 298.
Amor (El) antes y después de la caída del primer hombre, VI, 318.—Ordenado de nuevo con mayor perfección por Jesucristo Sac. VI, 318.
Amor de Cristo en la Euc., VII, 11.—De qué manera nos ha amado en la institución de la Euc., 13.—Cuánto nos ha amado? 21.—Fines particulares que el Señor se propuso al amarnos, 28.—Gratitud que el Salvador exige por su amor, 32.
Amula, III, 59.
Amula de los primeros siglos, F, III, 60.
Analogías dogmático-eucarísticas, II, 110.
Andas eucarísticas, IV, 243.
Andrés de Ocaña, V, 264.
Ángela de Fulgino, (Sta.) IV, 355.
Ángel del Pas, V, 264.
Anselmo, (S.) I, 424.—IV, 347.
Antonio de Padua, (S.) II, 13.
Antonio de Serpa, (Fr.) V, 264.
Antonio Abateranense, (Fr.) V, 265.
Antonino de Florencia, (S.) II, 22.
Antypum, nombre de la Euc., I, 24.
Apariciones de Jesucristo en la Hostia consagrada, I, 290.
Apariciones de la Virgen, II, 216.
Apéndices á la Historia de la Euc., VII.
Apóstoles (Los) y la Euc., I, 361.

Páginas.

Apostolado de la Oración, V, 102, 181.
Árabe, (Estilo) IV, 15.
Arbolí, Iltmo. Sr., V, 276.
Arcediano de Lieja, (El) IV, 164.
Areopagita, (S. Dionisio) I, 389.—III, 367.
Arcónticos, II, 407.
Archicofradía de Minerva, V, 70.—De la Oración ó de la Muerte, 75.
Arias de Armenta, (Álvaro) V, 264.
Arimón, (P. Juan) V, 281.
Arquitectura en sus relaciones con la Euc., II, 265.—Como estilo, IV, 9.—De los templos, IV, 392.
Arnaldistas, II, 422.
Artes (Las) y la Euc., II, 245.—Artes mecánicas, 276.—Deben su desarrollo y perfección al Sac. del Altar y prueban su realidad, 277.—El arte y la Religión Católica, IV, 389.
Artistas (Los) y la Euc., II, 215.
Artotiritas, II, 409.
Arracadas de las Gallegas, F, III, 385.
Arroyo, (Soledad) V, 281.
Asambleas particulares en las Catacumbas, III, 264.—1.ª Eucarística nacional, V, 149.—2.ª Nacional, 155.—3.ª Nacional, 161.—4.ª Nacional, 149.
Asociación de señoras para velar al Santísimo en las Cuarenta Horas, V, 107.—Id. de solteros y doncellas para desagraviar á Jesús Sac., 108.—Id. de Viáticos, 112.—Id. de la primera Comunión y de la Doctrina Cristiana, 112.
Atanasio, (S.) I, 397.
Atributos en especie del Hombre-Dios Sac., VI, 141.
Auñón, V, 269.
Autores consultados para la formación de esta Obra, I, XIII y sig.
Autos sacramentales, IV, 220.—V, 54.
Ayuno natural, III, 133.—185.—Variedad sobre este punto, 187.

B

Báculos episcopales, etc. del Museo del Louvre, F, IV, 288.
Baile de los pecados mortales en Valencia, IV, 209.
Balmes; su autoridad sobre la Euc., II, 26.
Baños litúrgicos, III, 133.—134.—Baños litúrgicos, F, III, 135.
Basílicas cristianas de antes y después de la paz de la Iglesia, III, 317.—Sus adornos 321.—Su estilo. 321.
Basílica de los primeros siglos, (Exterior de una) F, III, 320.—Basílica de íd. (Planta de una), F, 322,—Basílica de S. Pablo de Roma (Interior), F, 324.—Basílica de Padua, F, IV, 19.—Basílica del Pilar, F, 397.
Basilidianos, II, 404.
Basilio, (*S.*) I, 401.—III, 369.
Beda, (*V.*) I, 423.
Begardos y Beguinos; no eran del Orden de N. P. S. Francisco, IV, 200.
Beguinot, (*Mons.*) V, 282.
Belarmino, II, 19.
Benedicto XIV, II, 33.—V, 274.
Benedictinas del Santísimo Sac. V, 93.
Bendición para el diácono que

ha de cantar el Evangelio, III, 146. --Del obispo sobre el pueblo, 175. —Última bendición que daba el obispo al pueblo, 222.
Bernardo (*S.*), I, 427.
Bernardino de Sena (*S.*), II, 58.—IV, 356.
Berengario, IV, 344.
Bermúdez de Pedraza, (*Don Francisco*) V, 265.
Biel de Spira (*Bto. Gabriel*), II, 61.
Bienes y riquezas de los templos, IV, 404.
Biblioteca eucarística de Paray, V, 213.
Bizantino (*Estilo*), IV, 13,
Blosio, II, 103.
Bona (*Cardenal*), V, 267.
Bonilla y Calderón, (*Andrés de*) V, 264.
Borromeo (*S. Carlos*), II, 61.—V, 261.—F, V, 271.
Borrominesco (*Estilo*), IV, 395.
Boullerie (*Mons.*), V, 277.
Bourdalue, II, 109.
Brahamanismo respecto de la Euc., II, 384.
Brígida de Suecia (*Sta.*), IV, 355.
Broche de una capa coral, F, IV, 256.
Bruno (*S.*), II, 79.
Buenaventura (*S.*), II, 14.—IV, 167, 353.
Buenaventura (*P. María*), V, 277.
Budhismo respecto de la Euc., II, 388.
Buj (*D. Juan*), V, 281.

C

Caballero comulgando (*Un*), F, IV, 151.
Cadomense (*Fr. Alejandro*) V, 264.
Cajas y cofres encarísticos, II.
Calatayud (*Bartolomé*), V, 275.
Calderón de la Barca, V, 268.
Calmet (*Agustín*), II, 20.
Cáliz, III, 55.—Cáliz ministerial de los primeros siglos, F, 57.—Cáliz que usó N. S. Jesucristo, 55.—Cáliz de Regla, IV, 373.
Calderillo de marfíl, F, IV, 290.
Calvinistas, II, 442.
Calzas y sandalias de los obispos, III, 120
Camareras de Jesús Sac., V, 128, 175.
Campanarios y campanas, IV, 11.—27.—V, 429.—Forma de los primeros campanarios, F, III, 327.
Cano (*Melchor*), II, 24.
Canon de la Misa; su origen, III, 166.—Cánones apostólico-eucarísticos, III, 396.—Se decía en voz alta, IV, 102.
Candelabros de Padua, F, IV, 255.--III, 49.
Cantar de los Cantares: Exposición eucarística de este divino Libro, según la forma presentada por el sagrado Texto, II, 449
Canto y música en sus relaciones con la Euc., II, 254.—Canto de los salmos durante la Comunión, III, 217.--Canto y música eclesiásticos, IV, 24, 407.—V, 10.—Facsímile de canto gregoriano, IV, 26.

Cantores: orden menor, III, 106, 144.
Capa pluvial, III, 118.
Capsa para custodiar la Euc., F, III, 71.
Cárceles paganas y los confesores de Cristo, III, 277.
Caridad como virtud de los primeros cristianos, III, 25.—Jesús nos la muestra desde el Sac., VII, 420.
Caro Christi, caro Mariæ, II, 208.
Carta de S. Clemente Papa, III, 394.
Casa de Austria (La), V, 95.
Casanova (P.), V, 277.
Castración y otros martirios con objeto de honrar á Lucifer, II, 344.
Casulla, III, 118.
Catacumbas, II, 210.—Su descripción; nombres y objeto, III, 245.
Catalina de Bolonia (Sta.), IV, 357.
Catecúmenos, penitentes y energúmenos; su dimisión del templo durante la Misa, III, 148.—IV, 86.
Cátedra de las catacumbas romanas, F, IV, 87.
Catedrales: de Córdoba (Interior), F, IV, 15.—De Braga (Fachada), F, V, 323.
Catolicismo resolviendo la cuestión económica, II, 292.
Católicos, sus clases respecto á la Unión, VI, 108.
Cena del Señor, nombre de la Euc., I, 17.—Cena legal, III, 340.
Cena de madera esculpida (La), F, IV, 401.—La Cena, por Marco Antonio, F, V, 148.
Cenáculo (Interior del), F, III, 39.—Exterior del, 43.
Celo por la gloria de Dios, III, 16.
Cementerio de S. Calixto (Fresco del), F, III, 272.
Censuras y licencias de la Obra, I, IX.
Centro eucarístico de España, V, 125, 129.—De Valencia, 194.
Cerintianos, II, 404.
Certámenes eucarísticos, V, 190.
Cesáreo de Arlés (S.), I, 418.
Ciborio, III, 64, 325.
Ciencia: su concepto verdadero, II, 225.—Toda ciencia participa de Dios, 226.—La Euc. fundamento del orden científico, 227.—Ciencias naturales en sus relaciones con la Euc., 233.—Id. exactas íd., 236.—Todas las ciencias han adelantado poderosamente con el influjo de la Euc., 240.
Cíngulo, III, 115.
Cipriano (S.), I, 394.—III, 368.
Cirilo obispo de Jerusalén (S.), I, 398.—III, 370.
Cirilo de Alejandría (S.), I, 410.
Churrigueresco (Estilo), IV, 398.
Clara de Asís (Sta.), F, IV, 350.
Claudio Pascasio, I, 424.
Clemente romano (S.), I, 389.—III, 367.
Clemente Alejandrino, I, 392.
Clemente VIII y Urbano VIII, II, 32.
Clemente IV defiende la real presencia de Cristo en la Euc., IV, 170.
Clemente V concede á los rascios la celebración con pan fermentado, IV, 267.
Clérigos con los atributos de las órdenes menores y subdiaconado, F, III, 107.
Código jurídico de canto y música sagrados, V, 369.
Cofradías sacramentales, II, 222.
Cofrecito de plata, F, IV, 280.

Colecta, I, 17.

Colectas, IV, 73.

Colegio é Iglesia de Corpus Christi de Valencia, V, 80.—Los jueves en este templo, y baile de los infantílillos, 80.—Orden, esmero y hermosura del templo, VII.

Coliridianos, II, 413.

Comercio en sus relaciones con la Euc., II, 285.

Comité permanente de las Obras eucarísticas, V, 112.—Congregación del Corazón de Jesús y de la Caridad, V, 119.

Communio, I, 19.

Competentes. Véase Catecúmenos.

Comunión del Clero y del pueblo en la Misa, III, 200.—Orden y postura con que comulgaban, 201.--Quién administraba la.. 203.—Se daba en ambas Especies y también en una sola, 204.—IV, 120.—Los varones recibían el Santo Pan en la mano desnuda, III, 207.—De los niños, 124.—Eclesiástica, laica y peregrina, 207.—General en el Jueves santo, 348.—IV, 251.—*Communio,* IV, 115.—Se recitaba el Confiteor Deo antes de la Comunión, 124.—Frecuencia de la.. 117.—Se comulgaba varias veces en un mismo día, 125.—Quiénes eran excluídos de la.. 126.—Entre las Iglesias militante, purgante y triunfante, V, 305.—Sirve de consuelo imponderable á las almas del Purgatorio, 312.—Necesidad de la.. VII, 117.—Obligación de la.. 120.—De los niños, 124.—*Comunión frecuente.* Ventajas de la.. 132.—El cristiano que pasa mucho tiempo sin comulgar, moralmente no puede evitar los pecados y los vicios, 138.—*Comunión diaria.* Es el medio más conveniente, 145.—Y más oportuno, 148.—*Pretextos para no comulgar,* 153.—Pretextos que toman por base los bienes materiales, 155.—Y los espirituales, 157.-Pretextos mixtos, 162.— *Disposiciones para comulgar;* del alma, 167.-Del cuerpo, 175.—*Comunión sacrílega* es un crimen horrible que atenta contra Dios, 132.—Contra el individuo que lo perpetra, 186.—Y contra los prójimos, 190.—*Comunión espiritual,* 204.—Sus ventajas, 205.—De impedidos, IV, 296.

Concilios: su autoridad, II, 35.—Su profesión de fe respecto de la Euc., 37.—Condenación de los sacramentarios por los concilios, 39.—Sus decretos sobre la materia de la Euc., 41.—I de Zaragoza, Burdeos, Toledo, Aquis Cœlenis, otro en Toledo, I y II de Braga y IV de Toledo para condenar los priscilianistas, III, 354.—De Viena, IV, 171.—De Trento, sobre la festividad del Corpus, 175.

Conclusión á la Historia de la Euc., V, 301.

Concomitarios, I, 220.

Concurrencia de los fieles al Sacrif., III, 137.

Confesión sacramental, III, 129, 194.

Confesores de Cristo.—Su autoridad, II, 57.—Su amor al Sacramento prueba la veracidad de este Misterio, 67.

Confraternidades sacramentales, V, 69, 86.—Del Sac. de Alcoy, 77.—Del Sac. y de la Divina Pastora, 102.—Del Sac. y Ánimas

íd.—Culto continuo al Smo. Sac., 106, 123, 176.—Corte de Jesús Sac., 107.-De sacerdotes adoradores, 108.

Confucionismo respecto de la Euc., II, 387.

Congresos eucarísticos, V, 133. —Internacionales: Lille, 137.—Aviñón, íd.—Lieja, 138.—Friburgo, íd. —Tolosa, 139.—París, 140.—Amberes, íd.—Jerusalén, íd.—Reims, 141. —Paray-Le-Monial, 200.—Bruselas, 203.—Lourdes, íd.—Angers, 204.—Namur íd.—Angulema, íd.—Roma, 205.—Nacionales: Valencia, 141.—Lugo, 144.

Consagración del pan y del vino en la Misa, III, 170.—IV, 105.

Consagración de la virginidad á Vesta, II, 345.

Consolador. Jesucristo es nuestro.. VI, 356.

Consubstanciadores, I, 218.

Contreras (Juan G.), íd.

Contreras (V.), V, 259.

Controversistas (Los), II, 214.

Conversiones debidas al Sac., V, 216.

Copón del siglo XII, F, IV, 279, 281.

Corazón humano. Objeto y fin de la ciencia del.. VI, 306.—El corazón humano busca el descanso que sólo se halla en Dios, 355.—No halla felicidad fuera de Dios, 366.

Cordero conduciendo la Cruz sobre el lomo, F, III, 275.

Corona votiva de Recesvinto, F, IV, 21.

Coronas votivas, IV, 21.

Corporales, III, 58.

Corpus Christi. Preludios de la festividad de, IV, 160.—Procesión General.—Su origen, 185.—Su octava, 192.—Indulgencias á los que asisten á esta procesión, 195.—Su fiesta es más solemne que todas las demás, VI, 232.—La naturaleza y el arte en esta festividad, 241.

Corrigio (Julio), V, 275.

Cosmas de Jerusalén, I, 423.

Craset (P.), II, 106.

Credo en la Misa, III, 160.—IV, 88.

Cripta de S. Calixto (Interior de la), F, III, 249.

Crisólogo (S. Pedro), I, 414.

Crisóstomo (S. Juan), I, 406.—III, 370.

Cristóbal de Fonseca, V, 260.

Cronología, III, 7.

Cruz pectoral, III, 121.—Cruces eucarísticas, IV, 242.—Procesionales, F, IV, 194.—De la catedral de Cádiz, F, 222.—De Osuna, F, 224.—Sueca, V, 43.

Cuarenta Horas, V, 77, 180.

Cuchara litúrgica, III, 209.

Cuchillo eucarístico, III, 87.

Culto de las flores á la Virgen y la Comunión, II, 216.

Culto á Jesucristo Sac.; lo merece supremo de latría, VI, 28 y 32.—El hombre debe dar culto á Dios, 28.—Y la sociedad, 29.—El culto divino es de siempre, 30.—Su esencia, 31.—Promover y difundir el culto á la Sagrada Euc. es la necesidad absoluta de nuestros tiempos y la señal inequívoca de predestinación, 206.

Curé (Amadeo), V, 281.

Custodias eucarísticas, V, 241 —Custodia relicario de plata, F, IV, 189.—Id. catedral de Barcelona, 193. —Id. catedral de Reims, 338.—Id. de Aix-la-Chapelle, 238.—Id. de Antealtares, 241.—Id. catedral de Sevilla, 244.—Id. de Fuenteovejuna,

V, 30.—Id. catedral de Vich, 32.—Id. catedral de Cuba, 35.—Id. de la Magdalena de Sevilla, 45.—Id. de Belén (Lisboa), 62.—Id. de la iglesia del Caballero de Gracia (Madrid), 109.

D

Dalmática, III, 119.
Damasceno (S. Juan), I, 421.
Danzas generales con motivo del Corpus, III, 204.—Danzas de Sueca, IV 217.
Decretos particulares sobre el culto de la Euc., V, 286.
Dedicatorias de la Obra, I, v y vi.
Degradación de la mujer, II, 342.
Denominaciones de la Euc., I, 16.
Deprecaciones en la Misa, III, 145.
Derechos del cristiano debidos al místico desposorio con Jesucristo Sac., VI, 228.
Deseos fervorosos del sacerdote para celebrar, III, 129.
Desmaissieres (V. Sor Micaela), II, 107.—V, 279.
Devotos del Sac. y de la Inmaculada (Los), II, 214.
Diaconisas, III, 103.
Diáconos, III, 91.—Llevaban la Euc. á los impedidos, 223.—Diácono llevando la S. Hostia en la Misa de los Presantificados, F, IV, 143.
Diego de Alcalá (S.), IV, 357.
Diego del Castillo (D.) V, 264.
Diego José de Cádiz (Bto)., V, 276.
Dimisión de los fieles en la Misa, III, 222.
Dionisio Alejandrino, I, 393.
Dionisio Barsalibí, cismático, II, 370.
Diplomática en sus relaciones con la Euc., II, 275.
Dípticos, trípticos y políptico, III, 168, 171.
Disciplina del secreto, IV, 282.
Disposiciones del sacerdote para celebrar, III, 128.—IV, 58.—Disposiciones civiles dadas en la Edad Media con motivo de la reverencia debida al Sac., IV, 300.—Y en la Moderna, V, 237.
Doctores de la Iglesia y la Euc., II, 5.
Doctrina de los primeros cristianos, III, 13.
Doctrina eucarística de los doce apóstoles, III, 400.
Domicilios en los que se reservaba la Euc., III, 34.
Domine Jesuchriste, IV, 114.
Domingo de Guzmán (Sto.), IV, 349.
Dominical, III, 208.
Dominicum, nombre de la Euc., I, 17.
Donatistas, II, 411.
Dufai, V, 275.
Dupasquier, II, 18.
Durando, II, 10.—V, 259.

E

Ebionitas, II, 404.

Economía social: su definición exacta, II, 252.—Su objeto no son las riquezas, 290.—Ni sus medios la franca libertad para poseerlas, íd. —Lamentable estado de la sociedad por no haberse aplicado estos principios, 291.—La legislación económica se sintetiza en la Euc., 296. —De la Euc. parten rayos de luz para el conocimiento de este gran problema, 299.

Edad Media, IV, 5.

Efrén (S.), I, 399.—III, 369.

Egipcianos, II, 411.

Echmini, cismático; su autoridad respecto de la Euc. II, 367.

Ejemplos. Los siete criminales de Harlinge, VI, 258.—Batalla de los turcos contra los romanos, 271.—El hereje albigense, 280.—Fr. Diego de Cádiz, 290.—S. Pascual Bailón, 304.—S. Francisco de Borja, 317.— El V. Antonio Margil, 330.—Varios amantes de la Euc., 344.—La señora protestante, 353.—Fr. Ilustrado, 365.—Fr. Juan de Candía, 376.—Casimiro Barello, 383.—El Bto. Antonio Estronconio, 394.—Sta. Gertrudis, 403.—El mancebo tentado de impureza, 412.—La piscina de Lourdes, 422.—El V. Tomás de Perogordo, 437.—Los demonios en un refectorio de frailes, 447.—S. Alfonso de Ligorio y su mayordomo, 460.— Sta Catalina de Sena, VII, 26.—Varios devotos del Sac., 36 y 37.—Conversión del vizconde de Turena, 53. —Comunión prodigiosa de Sta. Catalina de Sena, 66.—Sta. Rosa de Lima, 81.—Último suspiro de una angelical doncellita, 93.—Visión del Bto. Francisco de Pavía, 105.—El Sac. sostenido por dos manos angélicas, 114.—La Comunión de un reo después de ahorcado, 128.—Admiración de un protestante, 142.—Los dos estudiantes, 152.— Jesucristo comulgando á una devota, 164.—Escrúpulos de una sierva de Dios, 178. —Visión de un prelado, 192.—El piadoso arquitecto, 212.—El V. Fr. Benito de Santorcaz, 224.—El coronel francés, 234.— La V. María Jesús de Ágreda, 242.—Tomás Moro, 254. —Dos santos misioneros, 268.—El labriego sacrílego ahorcado, 280.— S. Pedro Damiano, 298.—Un impío castigado por el demonio, 314.— Castigo en Jerez de la Frontera, 360. —Un amancebado, en la hora de su muerte, 373.—Dotes gloriosos en los siervos de Dios ya difuntos, 383.— Muerte de un conde devoto del Sacramento, 401.

Elevación solemne de las sagradas Especies, IV, 106.

Elevación pequeña de íd., III, 194.

Elías, cismático, II, 368.

Elocuencia en sus relaciones con la Euc., II, 252.

Emblemas de la Euc., I, 29.— Árbol del paraíso, 30.—Abel, Arca de Noé, Melquisedec, 31.—Abraham é Isaac, Cordero Pascual, 32.—Maná, 33.—Zarza, Tabernáculo, Sacerdocio de Aarón, 34.—Fuego santo, Oblación de Manué, León muerto por Sansón, 36.—Pan subcinericio, Miel de Jonatás, Harina de la viuda,

37.—Cantar de los Cantares, Parábola del grano de mostaza, 38.—Bodas de Caná, 39.—El pez de Tiberíades, 40.

Emblemas é inscripciones primitivas del Purgatorio relacionadas con la Euc., V, 313.

Emmaus, F, III, 385.

Encarnación (La). Todo radica en este Misterio, II, 208.

Enfermos: eran viaticados con frecuencia en el templo, III, 302.—En la cámara de éstos se celebraba el santo Sacf., 303.—Su prohibición, 307.

Enrique VIII, V, 255.

Enriquianos, II, 422.

Epifanio (S.), I, 405, III, 370.

Epístola, IV, 77.

Epitafio de S. Albercio, III, 44.

Erigenistas, II, 421.

Error, su remedio en Cristo Sac., VI, 91.

Errores sobre la Euc., IV, 267.

Escoto (V. Dunsio), II, 15.—IV, 354.—II, 213.

Escoto Erígena (Juan), IV, 342.

Escritores ascéticos, II, 99.

Esclavas del Smo. Sac. y de la Caridad, V, 116.

Esclavitud del Smo. (Venerable), V, 76.

Esclavos del Smo. Sac., V, 90.

Escritores eucarísticos valencianos, V, 257, 265.

Escritores eucarísticos franciscanos, V, 266.

Escrituras Sagradas (Lección de las), III, 144.

Escobar y Mendoza (Antonio de), V, 264.

Escudo de armas de Estepa, V, 297.

Escudo de armas de Estepa, F, V, 301.

Escultura, IV, 398.

Esencia de un cucrpo organizado, I, 251.

Esperanza, III, 25.

Esperanza. La Divina Euc. es nuestra.. por ser prenda de la bienaventuranza eterna, VI, 439. — Es el mejor medio para ser conducidos á esta bienaventuranza, 442.—Es en esta vida esperanza práctica de los hijos de Dios, 443.

Espíritu humano. Su indigencia, VI, 306.—Su contrabalanceo con la materia, 376.

Espinosa (P.), II, 108.

Espinosa (P. Manuel), V, 275.

Esponja litúrgica, III, 60.

Esposo. Jesucristo en el Sac. es Esposo de las almas, VI, 320.—Esposas del Sac., 327.

Estaciones; cuándo tenian lugar? III, 287.

Estado de la sociedad al advenimiento de los cristianos, III, 11.

Esteban obispo Eduense, II, 10.—IV, 344.

Esteban (S.) llevando la torre eucarística, F, V, 301.

Estella (P.), II, 101.

Estola, III, 116.

Eucaristía: Su promesa, I, 150.—Su institución y circunstancias, 171.—Consagración del pan, 180.—Consagración del vino, 183.—Imposición de la potestad de Orden á los apóstoles, 188.-Presencia real: pruebas contra los sacramentarios, 193.—Lutero, 204.—Carlostadio, 207.—Zuinglio, 208.—Calvino, 209.—Ecolampadio, 210.—Bucero, 211.—Denominación de este Sac., 24.—No

consiste solamente en el uso, sino en el Sac. permanente, 301.—Es sustento del espíritu, 310.—Une á èste más fuertemente con Cristo, 311.—Libra de los veniales y preserva de los mortales. 313.—Es prenda de la gloria, y suavidad y deleite del alma, 315.—Perdona *per accidens* el pecado mortal, 316.—Disminuye la concupiscencia, 317.—Es semilla de resurrección eterna, 318.—Y de castidad, 319.—Fué instituída sobremanera convenientemente, 320.—Es muy probable que hubiese sido instituída aunque Adán no pecase, 321.—Podía haber sido instituída antes de la Encarnación, 322.—Convenía fuese instituída en la ley de gracia. 323.—No es absolutamente incomprensible, 342.—Su incomprensibilidad demuestra su veracidad, 347.—Puede remediar el conflicto social económico, 303.—Es causa directa del progreso universal, 304.—Ella y la civilización, 310.— Íd. y los mendicantes, 313.—Íd. y el clero secular, 318.—Su acción social en nuestros días, 320.—Ha hecho desaparecer las inmolaciones humanas á los demonios, 347.— Y las irracionales ofrecidas á Dios, 349.—Á medida que el Sacrificio de la Eucaristía es olvidado y despreciado, aumentan los sacrificios de humanas víctimas, 352.—Conduce al cielo; causa la gloria; es prenda de la vida eterna, y la bienaventuranza objetiva, V, 323.—Materia de la.. 331.—Forma, 333.—Ministro, 333.—Tiempo y hora en que puede ser administrada, 335.—Sujeto de la.. 336.—Disposiciones para recibirla, 336.—Obligación de recibirla, 339.— Su renovación y purificación del copón, 339.—Bendición con la.. 374.—Adoración debida á la.. 375.—Vísperas, Completas, Maitines y Laudes con Manifiesto de S. D. M., 375.—Su administración fuera de la Misa, 376.—Renovación solemne de la Hostia Mayor, 377.—Renovación de votos religiosos ante la.. 379.—Exposición y reserva de la.. 344.—Su distribución en la Misa y fuera de ella, 357.—Su fe es una fe eminentemente racional, VI, 7.—Espolea nuestra fe, 24.—Es cifra del amor de Jesucristo, 52.—Es una Obra eterna, 53 y 59.—Es principio de vida en todos los órdenes de cosas, VII, 38.—Su influencia en el orden religioso, 40.—Y en el intelectual, 47.—Y en el moral, 49.—Y en el social, 51.—Es alimento por antonomasia de la Iglesia Católica, 57.—Verdadera comida del alma, 58.—Excelencias de este Alimento, 62.—Sustenta en el cristiano la vida de la gracia divina, y por excepción milagrosa la vida corporal, 68.—Es regalo dulcísimo del cristiano práctico, 82.—Propiedades de la bebida eucarística, 83.—Sus efectos, 86.

Eugenio IV, II, 30.—IV, 174.

Eulogia, I, 24.—III, 334.

Eusebio obispo de Cesárea, I, 396.

Eusebio Emiseno (S.), I, 409.

Euthimio, I, 426.

Euthimio Zigabenus, II, 368.

Exposición de la Euc. Su origen, IV, 226.—Exposición perpetua en Lugo, 230.—Id. en León de España, 234.—En Toledo y Braga, 235.—En Italia, 237.—En Francia, íd.—En Cádiz, 338. — Exposición

privada, solemne y solemnísima y para los enfermos, V, 58.—184.—Exposiciones de arte eucarístico, V, 188.

Extensión de los cuerpos, I, 258.

Extensión de la Religión Católica, III, 32.

Exorcistas, III, 101.

Eva (La reclusa), IV, 166.

Evangelio (Canto del), III, 146. IV, 83.—De S. Juan, IV, 131.

Evangelistas y la Euc., I, 350 y sig.

F

Faber (P. Federico), V, 265.—II, 106.

Factor (Bto. Nicolás), II, 22.—V, 263.

Falconi (P.), II, 104.

Faldón de la gran custodia de Sevilla, F, V, 152.

Fe como virtud de los primeros cristianos, III, 24.—La fe de la Iglesia Católica se cifra en la Eucaristía, VI, 424.—Nuestra fe se compendia en el Smo. Sac., 426.—Para creer y recibir este Misterio nos es necesario mayor grado de fe que para los demás sacramentos, 428.—Por especial modo recibimos la fe del Sac., y en tanto recibiremos mayores gracias en cuanto nos acerquemos con mayor fe, 432.

Fe de erratas de toda la Obra, VII, al final.

Fe y amor de los españoles de la Edad Media para con la Euc., IV, 316.

Fermentadores, II, 416.

Fermento: Los obispos se lo enviaban recíprocamente, III, 331.—El Papa lo mandaba á las Iglesias particulares, 332.

Fernando de Castilla (S.), IV, 351.

Ferrer (S. Vicente), II, 62.

Festín de Tiberiades, F, III, 270.

Fiesta de las espigas, V, 106.—De las Flores en Orotava, 113.—De Cristo Sac., III, 327.

Filosofía en sus relaciones con la Euc., II, 229.

Firmiliano, I, 395.

Flabellum, III, 61.

Flamígero (Estilo), IV, 18.

Flanells (Fr. José), V, 265.

Flentes. Véase *Catecúmenos.*

Floricultura, II, 274.

Floro, I, 424.—III, 343.

Focio no rompió con la Iglesia Católica porque pensase menos mal de la Euc., II, 364.

Fortaleza de los primeros cristianos, III, 20.—La Euc. es nuestra. contra el mundo, el demonio y la carne. VII, 226.

Fossores, III, 109.

Fracción de la Hostia, III, 176.—200.

Fractio panis, I, 18.

Frailes (Los) llevando con la Euc. la civilización á todas partes, II, 321.

Francisco de Sales (S.), II, 22.—V, 263.

Francisco de Asís (N. P. S.),

II, 74.—IV, 349.—Su carta á todos los clérigos del mundo, 386.
Francisco de Osuna (Fr.), V, 256.
Francisco de Santiago (Fr.), V, 258.
Francisco de Aldana, V, 265.
Francmasonería con respecto al dogma del Altar, II, 399 y 444.—V, 289.—VII.
Frecuencia de la Comunión, III, 178.—V, 15.
Frescos de las Catacumbas en los que se hallan representados los Divinos Misterios, III, 265.
Frontal de cobre esmaltado, F, IV, 368.
Frutos de los primeros fieles, III, 31, 18,
Fuentes históricas, III, 8, 5.
Fulberto Carnotense, I, 424.
Fulgencio (*S.*), I, 416.—IV, 338.
Funciones religiosas, IV, 22.—En la Edad Moderna, IV, 405.—Religioso-populares con motivo del Corpus, V, 40.
Fundadores de las Órdenes religiosas.—Su autoridad, II, 71.—Su amor á la Euc. prueba la veracidad de este Misterio, 82.

G

Gaudencio (*S.*), I, 412.
Gaume, II, 25.
Georgel, V, 982.
Gerbet (*Mons.*), V, 277.
Gigantones y tarasca, IV, 319.—V, 41.
Gliptica en sus relaciones con la Euc., II, 263.
Gloria in excelsis, IV, 71.
Gnósticos, II, 405.
Gradual, IV, 78.
Granada (*V. P.*), II, 62.
Gratia, I, 22.
Gregorio Nacianceno (*S.*), I, 401.
Gregorio de Niza (*S.*), I, 402.
Gregorio Magno (S.), I, 419.—IV, 338.
Gregorio VII (*S.*), I. 425.
Gremios en la procesión del Corpus, IV, 221.
Griegos (Práctica de los), IV, 280.—Decretos sobre los griegos católicos, V, 19.—223, 227.
Guantes y anillo, III, 121.
Guardia de Honor al Sagrado Cor. de Jesús, V, 107.
Guinot (Ricardo), V, 278.
Guitmundo ob. aversano, IV, 346.
Gustate et videte, III, 200.

H

Hemo (*P.*), II, 13.
Herejías: sus orígenes, II, 402.
Hermandad de S. Felipe Neri y de la Caridad, V, 93.
Hermandad de la Expiación, V, 118.
Hermano. Jesucristo en el Sac. es nuestro, VI, 281.—El Eterno lo quiso, 282.—Cómo lo es?, 284.
Hermenegildo (*S.*), IV, 340.
Hermosura: su acepción, VI, 159.—La de Jesucristo Sac. en su

divinidad, 162.—En su alma, 170.—Y en su cuerpo, 176.

Herreros de Oñate (Los), IV, 215.

Hesiquio, I, 418.

Hidalgo (*Fr. Alfonso*), V, 264.

Hieron (*El*), V, 214.

Himno querúbico, III, 155.

Hipólito (*S.*), I, 395.

Hipótesis conformes con la fe para explicar el modo de hallarse Cristo en la Euc., I, 277.

Hispano-americano (Estilo), IV, 398.

Historia en general.—Su división, utilidad y necesidad, III, 7 y sig.

Hombre, su fin, VI, 127.—Su degradación, 128.

Honorio III, IV, 281.

Honorio de Autún, IV, 347.

Hostiarios del siglo XIV, F, IV, 106.—De Rosal de la Frontera, F, V, 297 y 300.

Hostias consagradas. Su profanación es un crimen.—Que pide venganza al cielo.—Nuestro deber, VII, 200.

Hostias y cáliz esculpidos en las Catacumbas, F, III, 84.

Huésped. Jesucristo Sac. es nuestro, VI, 345.—El cristiano debe prepararse bien para hospedar á Jesús, 346.—Mercedes que el Señor dispensa al que le hospeda, 349.

Hugo de S. Caro, II, 12.

Hugo de S. Víctor, II, 11.

Humildad de los primeros cristianos, III, 28.

Humildad. Jesucristo nos la muestra desde el Sac., VII, 407.

Husitas, II, 429.

I

Iconografía en sus relaciones con la Euc., II, 259.

Iconografía de Écija, F, III, 276.—VII.

Idólatras con respecto á la Euc., II, 380.

Iglesias de las Catacumbas, III, 248. — Portátiles, 329. — Fundadas por los apóstoles, 373.—Su consagración, IV, 30.—Su bendición, 33.—Sus inmunidades, 36.—De las Catacumbas, F, III, 251.—De S. Vidal en Rávena, F, IV, 11.—De N.ª Sra. de Poitiers, 12.—De Paudaterippoo, 285.

Ignacio mr. (*S.*), I, 390.—III, 367.—V, 275.

Ignacio de Loyola (*S.*), II, 80.

Ildefonso (*S.*), II, 420.

Imágenes primitivas de Cristo Sac., VI, 178.

Impanadores, I, 217.

Impenetrabilidad de los cuerpos, I, 253.—Es innoble que Dios se aprisione en la Hostia, 260.

Incensario, III, 62.

Incensario de oro de la catedral de Sevilla, F, V, 170.

Incienso é incensación del Altar, III, 63, 142, 146, 155, 159.—IV, 66, 82 y 95.

Índices, al final de cada tomo.—Índice general, VII, 525.

Indulgencias á los que acompañen el Stó. Viático, IV, 295.—V, 234.

Indumentaria, II, 267.

Industria, II, 282.
Inmolación de párvulos á los demonios, II, 338.
Inocencio III, V, 348.
Inocencio IV permite á los rusos el pan fermentado, IV, 266.
Inscripciones eucarísticas en sus relaciones con el cielo, V, 322. Id. en los vasos y tabernáculos sagrados, IV, 283.
Institución de la Euc.—La distribuyó también á Judas, III, 342.
Instituto de Presbíteros del Smo. Sac., V, 117.—Id. de María Reparadora, 119.
Instrumentos músicos del año 1100, F, IV, 28.—Id. del siglo XVI, F, V, 14.
Introito, IV, 66.
Ireneo (S.), I, 391.
Isidoro (S.), I, 417.
Ite Missa est, IV, 129.

J

Jaén (V. Manuel), V, 275.
Jansenistas, II, 446.
Jeremías, II, 272.
Jerónimo (S.), I, 405.
Jesucristo en la Euc. puede practicar acciones espirituales, I, 283.—No puede ser alterado por ninguna causa exterior, 284.—Ni movido por sí mismo ó por alguna criatura, 286.—Ni ser visto naturalmente por ninguna inteligencia viadora ó por el ojo corporal, 287.—Resuelve el problema actual económico, II, 294.—Es luz, camino, verdad y vida de la Iglesia, 308.—Se ha abierto paso por entre los judíos, VI, 55.—Y los gentiles, íd.—Y los herejes, 57.—Y los seudo-filósofos, íd.—Y los revolucionarios, 58.=Se abrirá paso por entre todos los hombres hasta el fin de los siglos, 59.=Ha atraído todas las cosas, 66.=Atrajo los judíos, 69.=Y los gentiles, 71.=Y los bárbaros, 73.=Y los salvajes, 75.=Y los herejes, 77.—Y los pecadores, 78.=Y los misioneros, 79.—Y los ángeles, 80.—Y las ciencias, 81.=Y las artes, 84.=Y los irracionales y la materia, 86.=Es remedio de todos los errores, 90.=Ejemplar perfecto de los predestinados, 125.=En Él podemos y debemos restaurar nuestras ideas, sentimientos y costumbres, 131.=Es centro de toda grandeza, 138.=Tiene derecho á que seamos todos suyos, 227.—En Él se halla todo cuanto pueda apetecer el cristiano, VII, 384.=Es todo el bien deseable, 386.=En Él se sobrellevan todos los trabajos, y por su medio podemos conseguirlo todo, 390.—Fuera de Él no hay más que el caos, 396.
Jesucristo con los discípulos de Emaús, F, V, 182.
José X. de Sneca, V, 279.
Jourdain (C. Z.), V, 280.
Joyería en sus relaciones con la Euc., II, 271.
Juan de Ribera (Bto.), F, V, 85.
Juan de Ávila (Bto.), II, 60.—V, 256.
Juan de la Cruz (S.), II, 81.
Juan Abuzacharía, II, 370.

Juan XXII, IV, 172.—353.
Juan Evangelista (*S.*), III, 366.
Juan de Capistrano (*S.*), IV, 356
Juan José de Sta. Teresa, V, 275.
Judaísmo, II, 397.
Jueves Santo. Ciudad, casa, aposento y hora en que fué instituída la Euc., III, 376.=Conmemoración que la Iglesia hizo de este día, 343.=Misa en este día, 345.=IV, 247.
Julián (*S.*), I, 421.
Juliana de Monte Cornillón (Bta.) IV, 162.—F, 163.
Justicia de los primeros cristianos, III, 19.
Justiniano (S. Lorenzo), II, 21. =IV, 356.
Justino (*S.*), I, 390.

K

Kiries recitados por el pueblo, tomo III, página 143 y IV, 70.

L

La Comunión de las Vírgenes en las Catacumbas, F, V, 198.
La Disputa del Sac., F, V, 328.
Lampadario de bronce, F, III, 53.
Lámpara del Santuario (La), V, 124.
Lámpara votiva (La) y su dedicación, V, 164.
Lámpara del Smo., V, 225.
Lámpara de Cartago, F, III, 254.
Lámparas cristianas, III, 51, 253.
Lanfranco, II, 7.=IV, 345.
Landriot (*Mons.*), V, 277.
Lanuza, II, 23.
Lanza (Santa), III, 87.
La primera Misa en América, F, V, 191.
La-Puente (P. Luis de), II, 63. =V, 257.
Las postrimerías de S. Fernando, F, V, 221.
Lavatorio de las manos y la cara, III, 134, 156, 193.
Lavatorio de los pies, III, 341.
Laus tibi Christe, IV, 85.
Leandro (*S.*), IV, 339.
Le-Brun (Pedro), V, 274.
Lectores, III, 102.
Legos. Llevaban la Euc. á los impedidos, III, 223.
León (*S.*), I, 413.
León XIII, II, 34.=V, 280.
Leonardo de Porto Mauricio (S.), II, 60.=V, 274.
Levinio Torrentino, V, 259.
Ley de los esclavos, II, 339.
Libera nos, IV, 111.
Libertad en la Iglesia Católica, VII, 180.
Libro de las Partidas á favor de la fiesta del Jueves Santo, V, 273.
Lienzos: su colocación en el altar, 155.
Lignum Crucis, de Estepa, F, IV, 325.
Ligorio (*S.*), V, 273.
Litera para llevar el Sto. Viático, F, V, 322.

Literatura religiosa, II, 212.
Liturgia, I, 25.
Liturgias, II, 211.=Orientales heterodoxas, conformes con la liturgia católica, 367.=De Jerusalén, 259.=De S. Basilio y S. Crisóstomo, 360.=De los Armenios, 361.=IV, 51. =Nestoriana, 362.=Del Malabar, íd. =Maronita, 363.--Sirio-jacobita, íd. =IV, 48.—De S. Gregorio, egipciaca, íd.=Etiópica, 364.=IV, 50.=De S. Justino, IV, 47.=Constantinopolitana, íd. = Presantificados, 48.= Coptas, 48.=Ambrosiana, 51.=Mozárabe, 52.=Galicana, 55.=Romana, 56.—Por qué hay tanta diversidad de Liturgias?, III, 140.=IV, 46.= Decreto del Tridentino sobre reforma de la Liturgia, V, 7.=Decreto de S. Pío V, sobre el Misal Romano, 8. —Ante Piana y Post Piana, 9.
Loca del Sacramento (La), IV, 357.
Lope de Vega, V, 267.
Luis de León (Fr.), V, 257.
Luis rey de Francia (S.), IV, 351.
Luis de Granada (V.), V, 257.
Luis Gonzaga (S.), VI, 262.
Lulio (Bto. Raimundo), II, 17.
Luteranos, II, 433.
Luz del individuo es Jesucristo Sac., VI, 386.
Lyra (Nicolás de), IV, 354.

M

Mabillón (P. Juan), V, 267.
Maestro. Jesucristo Sac. es nuestro.., VI, 307.—De qué manera enseña el Salvador Sac. á los hombres, 310.—Los estudios y los maestros del día, 315.
Malestar general; su remedio en Cristo Sac., VI, 51.
Mamerano (Nicolás), IV, 343.
Manípulo, III, 116.
Marcial (S.), I, 389.
Martene, II, 24.—V, 267.
Martínez de la Parra (Juan), V, 265.
Martino V, IV, 174.
Martirarios, III, 108.
Mártires; su autoridad, II, 44.= No se atrevían recibir el martirio sin participar de la Euc., 47.—Muchos dieron su vida por defender la Euc., 50.=IV, 217.
Materia del Sac., III, 73.=Por quienes se disponía, y cuidado con que se preparaba, 77.—Con qué rito, 79.
Máximo (S.), I, 421.
Mazdeísmo, II, 382.
Medicina del alma, lo es la Euc., VI, 404.
Médico del alma, lo es Jesucristo Sac., VI, 395.
Médico del cuerpo, lo es Jesucristo Sac.—Curaciones en Lourdes, VI, 414.
Médicos; su deber sobre anunciar al enfermo que comulgue, IV, 310.
Meditaciones devotas, doctrinales, históricas y místicas sobre la Euc. considerada como Sac., Sacrif. y Viático, VII, 427.
Menandritas, II, 404.
Mensa Domini, I, 22.
Metalepsis I, 25.

Milagros: su autoridad, II, 120. —Asombrosos milagros obrados á propósito para corroborar el dogma de la Euc., 124.—Milagrosas apariciones de Hostias consagradas, después de estar por tiempo ignoradas, 135.—Las Hostias enteras y frescas, que aun subsisten, y la sangre que ha manado de ellas son testimonios de la Euc., 138.—Los desacatos inferidos á la Euc. y conversión de sus profanadores, 145. —Castigos sobre los profanadores de la Euc., 149.—Jesucristo ha sido visto en la Euc. espiritualmente, 161.—Y corporalmente, 162.—La asistencia de los ángeles al Sacramento prueba la verdad de este Misterio, 175.—Han dado testimonio de la Euc. los sentidos corporales, 176.—Y el firmamento con sus astros, 177.—Y la tierra y el lodo, 180.—Y el mar y sus habitantes, 182.—Y el fuego, 184.—Y los instrumentos músicos, 186.—Y los animales irracionales, 188.—Y las inmóviles efigies, 193.—Y el viento, 193.—Y los muertos, 194.—Y los espíritus malos, 197.—Y la salud conseguida por el Smo. Sac., 199.—Milagro reciente, V, 195.—Milagro de la mula, F, IV, 263.

Mímica en sus relaciones con la Euc., II, 273.

Ministros inmediatos de la Euc., III, 88.—Eclesiásticos en la milicia, III, 329.—En la Edad Moderna, IV, 404.

Misa: es verdadero y propio sacrif., I, 331.—Su esencia, 337.—Su valor, 338.—De los catecúmenos, III, 141.—En los primeros siglos no había introito, 142.—De los fieles, 154.—Seca, 307.—Solemne en la Edad Media, IV, 62. 135.—Privada, 138.—Solitaria, 139.—De tiempo y feria, 140.—De santos, íd.—Votiva, íd.—De difuntos, 141.—Bifaciadas, trifaciadas, etc., 142.—De la Inmaculada, IV, 370.—De adoración nacional, 288.—Negra, 294.—De S. Gregorio, F, III, 177.—Mementos en la Misa, 162, 172, 174.—Requisitos para su celebración, V, 346.—Obligación de celebrar, 353.—Por quiénes se puede ofrecer la Misa, 357.—Estipendio, 357.—Decretos de la S. C. sobre la celebración de Misas, 361. —Reducción de Misas, 364.—Misa primitiva (Estudios críticos sobre la), III, 387.—Defectos en la Misa, V, 365.—Obligación de oir Misa, íd. —Quiénes están dispensados de oir Misa?, 366.—Cómo se debe oir Misa?, 367.—Audición de la Misa en oratorios privados, 367.—Derechos de los ministros eclesiásticos sobre procesiones religiosas y uso de campanas, 368.—Rúbricas de la Misa privada, 392.—El ministro en la Misa privada, 404.—Rúbrica de la Misa cantada, 407.—Comunión en la Misa solemne, 409.—Rúbricas de la Misa solemne con exposición de S. D. M., 411.—Con asistencia de prelado, 411.—Cantada sin ministros, 413.—Rezada de réquiem, 413.—Cantada de réquiem 414.—En que días se prohibe Misa rezada de réquiem, 415.—En cuáles se prohibe Misa solemne de difuntos, 415.—Misa solemne de titular ó de otra festividad, 417.—Misas votivas, íd.—De S. Gregorio, 421.—Del nuevo sacerdote, íd.—Del sacerdote que casi ha perdido la vista, 422.—Uso del so-

lideo y del bonete en la Misa y fuera de ella, 423.

Misterios. Las obras creadas confiesan los divinos misterios; ¿sólo el hombre los ha de negar?, VI, 7.—Su esencia, 9.—En todas partes hay misterios, 10.—Los misterios divinos son posibles, 13.—Y revelados, 15.—Y visibles en parte, íd.—Y ciertos, 21.—Y necesarios, íd.—Misterio sublime, 124.

Mithra (Las prácticas de), II, 388.

Mitra y báculo, III, 122.

Mirada retrospectiva y ampliación á la Edad Media, IV, 362.

Modelo. Jesucristo Sac. es nuestro... VI, 377.

Molins (P. Vicente), V, 279.

Monarcas y la Euc. (Los), II, 213.

Monjes sacerdotes, III, 316.

Montanistas, II, 407.

Monumento, III, 348.—IV, 252.

Mortificación de los primeros cristianos, III, 22.

Mudéjar (Estilo), IV, 16.

Mueblaje en sus relaciones con la Euc., II, 270.

Muertos aparecidos pidiendo Misas, V, 318.

Multiplicación simbólica de la Euc., F, III, 267.

Mundo moderno de espaldas á la Iglesia Católica, II, 319.—El mundo, difunto por el egoísmo y resucitado por el amor de Cristo Sac., VI, 51.

Museos arqueológicos eucarísticos, V, 193.

Muslimes, II, 390.

Mysterium fidei, I, 22.

N

Natal Alejandro, II, 19.

Nepote Silvano (Juan), I, 409.

Nestorianos, II, 413.

Nicetas Pectoratus (cismático), II, 366.

Nieremberg (P.), II, 105.

Nicolás de Lyra, II, 16.

Nicolás (cismático), II, 369.

Novato (Juan Bta.), V, 265.

Noches (Las) de los mundanos y de los cristianos prácticos, VI, 183.—Y de la creación, 186.—Y de los patriarcas y profetas, 188.—Y de los primeros cristianos, 191.—Y de los siervos de Dios, 193.—Y de los Adoradores nocturnos, 194.

Nuestra Sra. la Bella, F, IV, 277.

O

Obediencia. Jesucristo nos la enseña desde la Euc., VII, 404.

Obeliscos eucarísticos, IV, 242.

Obispo, III, 89.—No celebraba solemnemente sin los presbíteros, ni éstos sin los diáconos, 137.—Obispo de Zamora al frente de las fundaciones de Trelles, V, 130.

Oblatio, I, 20.—De los fieles: qué es lo que se ofrecía, por quiénes, dónde y con qué orden, III, 156.

Obra expiatoria de la Misa, y Archicofradía de íd., V, 110, 179.—De iglesias y sagrarios pobres, 111.—De los tabernáculos, íd.—De lámparas al Smo., íd.—De propaganda

eucarística, íd.—De la comunión reparadora, 178.--Internacional de la primera Comunión y de la Perseverancia, 211.

Obras caritativo-sociales (Las) de todos los tiempos reconocen por base á la Euc., II, 300.

Octaviano Preconio (Fr.), V, 256.

Odón de Camera, II, 8.

Ofitas, II, 408.

Ojival (Estilo), IV, 16.

Oración de los primeros cristianos, III, 14.—Oraciones recitadas durante la imposición de los sagrados ornamentos, III, 136.—En la Misa, 163.—Oración Dominical, 175, 221, IV, 110.—Perpetua, V, 108.

Orate fratres, IV, 98.

Oratorio privado y público, IV, 36.—V, 343.—De la Sta. Cueva de Cádiz, V, 94.—Sobre el sepulcro de Santiago, F, III, 319.—Oratorio portátil, F, V, 23.

Organización eucarística de España, V, 130.

Órgano, IV, 25, 99.—De principios de la Edad Media, F, IV, 27.

Orientales cismáticos de nuestros días con respecto al dogma del Altar, II, 373.

Orígenes, I, 393.

Órdenes militares, II, 220.

Órdenes sagrados y Concilios celebrados en las Catacumbas, III, 265.

Órdenes menores. Su antigüedad, II, 97.

Ornamentos sagrados, 111.—Su origen, 113.—Su color, 124.—Su conservación, 126.—Su forma, medida y limpieza de los mismos, V, 425.

Ornato exterior para comulgar, III, 194.

Orozco (P. Alonso), V, 260.

Optato Milevitano (S.), I, 404.

Orquéstrica en sus relaciones con la Euc., II, 274.

Ósculo de paz, III, 176, 210.—IV, 113.

Ostensorio de Fuente Ovejuna, F, V, 28.

Ostiarios, III, 103.

Oyentes. Véase *Catecúmenos.*

P

Pablo Apóstol (S.), III, 367.--S. Pablo en España, 377.

Paciencia. Jesucristo Sac. nos la predica, VII, 417.

Padre. Necesidad de este ministerio en Jesucristo, VI, 247.—Es nuestro Padre porque nos engendra su gracia, 248.—Y nos mantiene de sus bienes, 251.—Y nos educa y socorre, 253.

Paisanos (Los) y la Euc., II, 219.

Palafox (V.), II, 60.

Palio arzobispal, III, 123.—Eucarístico, IV, 246.

Pan eucarístico: Su forma, III, 82.—Dimensiones, 84.—Espesor, 85.—Inscripciones, íd.

Panes consagratorios (Forma de los), IV, 121.

Pange lingua y Alabado, II, 221.

Paralelo entre el estado de los paganos y su reformación mediante el Cristianismo, II, 328.

Parroquia de S. Adrián de Besós, F, IV, 13.
Pascasio Radberto, IV, 343.
Pascual Bailón (S.), V, 146, 261. —F, V, 261.
Pastor. Jesucristo en el Sac. es el único... de los individuos y sociedades, VI, 334.—El Buen Pastor en la Iglesia, 341.—Los pastores disidentes, 332.
Patena, III, 56.—Que usó N. S. Jesucristo, F, 58.
Paulino de Nola (S.), I, 406.
Pax Domini, IV, 112.—Pax, I, 22.
Pedro Damiano (S.), I, 426.—IV, 345.
Pedro Apóstol (S.), I, 366.
Pedro Lombardo, IV, 347.
Pedro del Vaticano (Interior de S.), F, IV, 395.
Péndola (P.) II, 103.
Penitentes. Véase *Catecúmenos.*
Penitencias á los negligentes en la Misa, IV, 144.
Pepucianos, II, 408.
Pereda Barona, V, 278.
Peregrinaciones generales eucarísticas á Jerusalén, Roma y Compostela, IV, 327.—Particulares, 159. —V, 185.
Peristera, III, 68.
Peristerium, III, 65.
Persecuciones contra los cristianos, III, 380.
Perseverancia. Jesucristo nos la predica desde el Sac., VII, 423.
Petrobrusianos, II, 417.
Pez nadando, F, III, 270.
Pío V (S.), II, 32.
Pío VI, II, 34.
Pila de agua bendita, F, III, 136.
Pintura en sus relaciones con la Euc., IV, 400.
Plateresco (Estilo), IV, 394.
Pobreza y abundancia de los primeros fieles, III, 15.—Jesucristo nos la muestra desde el Sac., VII, 410.
Poesía en sus relaciones con la Eucaristía, II, 248.
Polissón, V, 265.
Portocarrero (D. Francisco), V, 265.
Portugal (Ilmo. Sr.), V, 277.
Posición del Cuerpo y Sangre de Cristo en la Eucaristía, I, 249.—Jesucristo se halla todo en toda la Hostia y todo en cada una de sus partes, 261.—Por fuerza de las palabras consagratorias y por acompañamiento, I, 263.—Jesucristo se halla todo en toda la Hostia antes de la división de ésta, sin que sus miembros se confundan, íd.—En varias Hostias consagradas á la vez, 274.
Posición de los ministros y de los fieles en el templo, III, 137.
Postcommunio, IV, 129.
Preces y salmos preparatorios para comulgar, III, 130.
Predicación eucarística, VII, 5.
Prefacio en la Misa, III, 164.—IV, 99.
Presbítero, III, 90.
Prieto (Fr. Melchor de Burgos), V, 264.
Primeros cristianos (Los), II, 215.
Prisciliano, III, 351.—Sus doctrinas, 352.—Sus prácticas, 353.—Su condenación, 354.
Procesiones del Sac., IV, 176.—¿Para que se lleva el Sac. en procesión?, 196.—V, 25.—Del Smo. Corpus Christi: Requisitos para cele-

brarla, V, 379.—Las andas del Smo. en España, 385.—De los regulares en esta procesión, 390.—Del Corpus en Madrid, V, 42.—En Valencia: *les roques*, 44.—En Francia, 54. —En Estepa, 56.—Procesión ideal del Corpus, F, V, 120.—De rogativas, III, 349.

Prodigios durante los primeros siglos, III, 17, 31.

Profanación de las Hostias consagradas. Parodia masónica de la Misa, V, 289.

Prólogo de la Obra: La Euc. y los asuntos que á Ella respectan, I, XXII.—Razón de esta Obra, XXIII. —Su utilidad y necesidad, XXVI.—Idea detallada de esta Obra, XXXII. —Su plan, XXXIV.—Advertencia y ruego, íd.

Próspero de Aquitania, I, 426.

Prosternados. Véase *Catecúmenos*.

Prótesis, IV, 69.

Protestantismo con respecto á la Euc., II, 398.

Providencia. Jesucristo Sac. es nuestra.., VI, 448.

Prudencia en los primeros cristianos, III, 17.

Pueblos que sacrificaban á los hombres por honrar á los demonios, 332.—Y por aplacarles, 335.—Y por tenerles propicios, 336.

Puertecita del Sagrario de San Francisco (Estepa), F, V, 224.

Puertecita del Sagrario de Santa Clara (Estepa), F, V, 261.

Púlpito de Sta. Gúdula (Bruselas), F, V, 212.

Pulsación de la campana al tiempo de alzar, IV, 106.

Pureza. Jesucristo nos la predica desde el Sac., VII, 412.

Purificaciones para comulgar, III, 191.

Purgatorio (El) y la Euc., V, 308.

R

Rabinos, I, 140.

Racionalistas, II, 447.

Ramón (Fr. Alonso), V, 264.

Ráulica (P. Ventura), V, 277.

Real Congregación de la Guardia y Oración al Smo. Sac., V, 100.

Reconquista española; se debe como parte principal á la Euc., IV, 341.

Reinfenstuel, II, 25.

Referencia de las Órdenes eclesiásticas á la Euc., III, 104.

Refugio. Cristo Sac. es nuestro.., VI, 368.

Religiones apócrifas: se basan en lo revelado, II, 376.—Contienen los principales Misterios del Catolicismo, principalmente el del Altar, 380.—Son sus pregoneros, 400.

Religiosas de S. Norberto, V, 93.

Religiosos del Sac., IV, 196.

Reliquias eucarísticas; ¿qué se hacía de ellas en la antigüedad?, III, 218.

Remigio (S.), I, 419.

Remigio Antisiodorense, IV, 343.

Renacimiento (Estilo del), IV, 393.

Renacimiento eucarístico en el siglo XIX, V, 99.

Renaudot (Eusebio), V, 274.

Renovación de las Especies eucarísticas, V, 225.

Representación simbólica de la Euc. en sus relaciones con el cielo, V, 321.

Resurrección. La Euc. es nuestra.., VII, 375.—Esta resurrección ha sido incoada en algunos siervos de Dios difuntos, VII, 380.

Retablo de D. Diego Gelmírez, F, V, 334.

Retablo de Gand (Fragmento del), F, 361.

Retablo de S. Francisco de Lebrija, F, 389.

Rey. Jesucristo en el Sac. es nuestro.., VI, 259.—Fué constituido desde la eternidad por Rey de todos los pueblos, 261.—Es rey en el Sacramento y su reinado es de reparación, 269.

Reyes y sus hazañas debidas á este Sac., II, 87.—El respeto de los monarcas á Jesús Sac. declara la creencia universal en este dogma, 89.—Las victorias alcanzadas por los reyes que se encomendaron á este Sac. demuestran la existencia de este Misterio, 92.

Ribera (Bto. Juan de), II, 63.

Ricardo de S. Víctor, II, 11.

Ricardo de Mediavilla, II, 13.

Rodríguez (V. P. Alonso), II, 65.

Roroco (Estilo), IV, 398.

Ruperto, I, 426.

S

Sacramentos en general, y de la Euc. en particular, I, 3.

Sacrificio en general. Es necesario, I, 325.—Debe ser único en número, 327.—Sólo puede hallarse en el Catolicismo, 328.

Sacrificio del Altar. Es menos costoso materialmente que los sacrificios antiguos, II, 354.—Por el hecho de ser estable este Sacrif. se prueba su gran utilidad, íd.—Su celebración en los campos, naves y establos, III, 235.—Pormenores sobre la persecución vandálica, 239.—Su celebración en las Catacumbas, 253, 258.—Y en las cárceles paganas, 281.—Y en los días de Estación, 288.—Celebrado por los apóstoles, 372.—Es el sufragio más excelente por las almas del purgatorio, V, 309.—Es latréutico, VII, 242. Y eucarístico, 251.—Propiciatorio por los vivos, 254.—Y por los difuntos, 261.—Impetratorio de gracias espirituales, 270.—Y temporales, 274.—Riquezas obtenidas por la celebración del mismo, 281.—Y por su ministración y audición, 289.—De estas riquezas participa toda la Iglesia, 296.—Modo con que deben tratar este Sacrificio los que celebran, 299.—Y los que ministran, 306.—Y los que asisten á Él como oyentes, 308.=Significación de sus ceremonias, 314.

Sabios religiosos y seculares de nuestra época, II, 321.

Sacerdotes. Conservaban la Euc.

en sus casas, III, 225.—Su excelencia por ser sacrificantes es inmensa, VH, 326.—Y grande la veneración que les debemos profesar, 341.

Sacramentales en la Edad Media (Las), IV, 259.—S. Martín, 260.—S. Andrés, 361.—Sta. María, id.—S. Ginés, 262.—Confalón, 264.

Sacramentarios, II, 444.

Sacristía de El Escorial, F, IV, 92.

Sagrarios en que se guardaba la Euc., IV, 274.—V, 222.

Salutación angélica en la Misa, III, 173.

Salvador (El) por Juanes, F, IV, 403.

Sammone, ob. de Gaza, II, 9.

Samosatenos, II, 409.

Sancta, I, 20.

Sancta Sanctis, III, 197.

Sanctissimæ, V, 260.

Sanguis. Tres modos de ministrarlo, III, 210.

Santa Sofía de Constantinopla, F, III, 323.

Santa Clara de Asís, F, IV, 194.

Santa Liga eucarística, V, 114.

Santiago en España, III, 375.

Santísimo Sacramento y Sac. de fieles, I, 21.

Santos Padres, I, 387.

Santos (Los) en sus relaciones con la Euc., II, 213.

Saquillos eucarísticos, III, 71.

Sarcófago de Écija, VII, 419.

Secretas, IV, 98.

Secuencia, IV, 79.—La del Corpus en metro castellano, IV, 80.

Seises de Sevilla (Los); IV, 209.—F, 216.

Señal para convocar á los fieles, III, 325.

Señor. Jesucristo en el Sac. es nuestro.., VI, 272.—Este nombre es exclusivo de Dios y de Jesucristo en el Sac., 273.—Modo con que N. S. ejerce este oficio en la Euc., 275.

Sermón, III, 147.

Severo, ob. cismático, II, 365.

Sibilas, I, 146.

Siglo XIX eucarístico, V, 276.

Siglo XX eucarístico, V, 183.

Sillón de los ministros eclesiásticos, F, V, 253.

Silencio. N. Señor nos le muestra en la Euc., VII, 414.

Símbolo: su recitación antes de la Comunión, IV, 125.

Socialismo y comunismo contemporáneos, VI, 225.

Sociedades contemporáneas, VI, 88, 129.

Sociedad internacional de fastos eucarísticos, V, 113.

Sofronio (S.), I, 421.

Solá (P. Juan), V, 272.

Solans, V, 282.

Solitarios (Los), II, 218.—La Euc. era conducida á sus grutas, III, 312.—Frecuencia con que comulgaban, 313.—Comulgaban á veces por medios maravillosos, 316.

Suárez (P. Francisco), II, 22.—V, 255.

Subdiáconos, III, 94.

Substancia de pan; no se aniquila al ser transubstanciada, I, 146.

Sumos Pontífices, II, 27.

Supervía (Ilmo. Sr.), V, 277.

Suscipe Sancta Trinitas, IV, 97.

Stadingos, II, 422.

Stubner, V, 255.

T

Tabernáculo de Cristo fué el seno de María, II, 209.—Para la exposición eucarística, IV, 240.
Tacianos, II, 405.
Teodoreto, I, 413.
Teofilacto, I, 424.
Teófilo (S.) patriarca de Alejandría, II, 16.
Teología en sus relaciones con la Euc., II, 228.
Temor como virtud en los primeros cristianos, IV, 16.
Templanza, id.—IV, 17.
Templos, IV, 7.—Su riqueza, 18.—Dedicados á la Euc., 91.—En qué clase y en qué lugar del templo puede conservarse la Euc., V, 340.—Condiciones de los templos en que ha de guardarse la Euc., 342.—Su dignidad por ser moradas de Cristo Sac. es altísima; profundo respeto que les debemos profesar, VII, 345.
Testamento Viejo habla diversamente de la Euc., I, 41 y sig.
Teresa de Jesús (Sta.), II, 81.—V, 257.
Tertuliano, I, 392.
Thiers (Juan Bta.), V, 266.
Títulos eclesiásticos, IV, 44.
Titelmán, V, 259.
Tomás de Aquino (Sto.), II, 13.—IV, 167, 352.
Tomás de Villanueva (Sto.), II, 17.
Tonsurados, IV, 110.
Toribio (Sto.). Su memorial á S. León, 358.
Torquemada, II, 22.
Torre de la colegiata de la Coruña, F, IV, 13.
Torres eucarísticas, IV, 240.
Trabajo como virtud en los primeros cristianos, III, 17.
Trajes eclesiásticos, III, 95.
Transubstanciación, I, 216.—Único medio racional conforme con la fe, 221.—Posibilidad de la Transubstanciación, 226.—Razones de Tillotson, 223.—Bergier, 224.—Balmes, 233.—Rousseau, 235.—Dunsio Escoto, 236 y 240.—Sto. Tomás, 238.—Leibnitz, 239.—S. Buenaventura, 243.—Prodigios en la transubstanciación, 229.—Es acción aductiva, no productiva, 243.
Trelles (D. Luis de), V, 124, 128, 129.
Tumba de David sobre el Monte Sión, F, III, 41.
Túmica, precintorio y oral, III, 121.
Turnos de S. Tarsicio, V, 104

U

Ubiquistas, I, 218.
Unión de los católicos: Su base y sostén en Jesucristo Sac., VI, 106.
Unión de Cristo Sac. con el alma, VI, 293.
Última Comunión de la Virgen, F, V, 236.
Urbano IV, II, 29.—Instituye la fiesta del Corpus, IV, 166.—Y la enriquece con indulgencias, 167.—Su carta sobre aquella institución, IV, 382.—Su carta á la reclusa Eva, id.
Utensilios eucarísticos de Estepa, F, V, 66, 96, 98.—Del Colegio del Patriarca Ribera, F, 83.

V

Valderrama, V, 261.
Valdivielso, V, 268.
Vasos sagrados: Su consagración y uso, III, 53.—IV, 278.—V, 223.
Vates sacramentales, IV, 337.
Veni Sanctificator, IV, 94.
Vestiduras sagradas de los clérigos inferiores, III, 124.
Viajes (La Euc. en los), 309.
Viático, I, 23.—Era llevado por los diáconos, acólitos y seglares, IV, 298.—Y aún por las mujeres, 299.—Y por los presbíteros, 300.—Se concedía á veces bajo ambas especies, íd.—IV, 289.—Ritos en su administración, 301.—IV, 287.—Prácticas de las Órdenes religiosas, 289.—Era ministrado después de la Extremaunción, 291.—Ley de Alfonso el Sabio, 293.—Quiénes eran excluídos de recibir el Viático, 294.—V, 185.—Modo de conducirlo en la Edad Moderna, V, 228.—Rito en su administración, 232, 379.—La Euc. es nuestro Viático, VII, 360.—En nuestra peregrinación al cielo, 362.—Sus efectos, 366.—Es un bien excelente recibir el Sto. Viático, 368.
Vicente de Paúl, V, 263.
Vida. Cristo Sac. es nuestra..., VII, 106.—Temporal, 108.—Y eterna de los cristianos, 112.
Viernes santo; Comunión en este día, III, 349.—IV, 254.
Vigilia, III, 132, 196.
Villanueva de Arosa y Caleiro, IV, 223.
Vinarios, II, 410.
Vínculo de la Eucaristía y la Inmaculada, II, 206.
Viñeta del Libro de los testamentos, F, IV, 93.
Vírgenes eucarísticas, IV, 247.
Vírgenes y la Eucaristía, II, 111.
Viril de Sueca, F, IV, 396.
Vives (Luis), II, 18.

W

Waldenses, II, 423.
Wiclefitas, II.

Z

Zonaro cismático, II, 370.
Zósimo (San) distribuyendo la Comunión, Fotograbado, III, 210.

FE DE ERRATAS DE TODA LA OBRA

Tomo	Página	Linea	Dice	Debe decir
II	17	29	no hecha	no es hecha
»	20	13	sustrayesen	sustrajesen
»			que á la conversión	que la conversión
»	73	17	palabra	palabras
»	142	4	convidaba la mula	convidaba á la mula
»	193	28	Valencia	Alicante
»	328	17	impúdica	púdica
»	329	6	por	á
»	339	5	brevaje	brebaje
»	341	4	guardaba	guardaban
»	348	8	Beelcebú	Belcebú
»	414	12	Eucaristía	Escritura
III	35	10	aquellos	aquellas
»	42	12	quien	que
»	97	26	los	las
»	112	17	afecto	efecto
»	245	9	El pez eucarístico y los *pisciculi*	Se encuentra al final del cap. sig., pag. 273.
»	343	24	explendido	espléndido
»	414	2	simbólico-eucarística	simbólica
IV	17	5	al	el
»	50	16	con S. Ciriaco	S. Ciriaco
»	178	20	celebrarlos	celebrarlas
»	250	8	espístola	epístola
»	325	3	lo donó á las RR. Madres Clarisas	lo donó á la Parroquia de Sta. María de esta Ciudad, conservándolo las MM. Clarisas de la misma.
»	335	10	menos infundado	más infundado
»	346	15	caza	Gaza
V	89	15	mueran	mueren
»	155	23	por significación	por su significación
»	204	27	invicen	*invicem*
»	278	35	Sacrament	*Sacrement*
»	421	21	celebren	celebre
»	421	28	penas eternas	penas temporales
VI	120	28	aventadas	aventados
»	235	28	irrisados	frisados
VII	6	32	la imprescindible	lo imprescindible

Tomo	Página	Línea	Dice	Debe decir
VII	30	3	efectos	afectos
»	31	32	comunicásemos	consumásemos
»	86	26	que, aumenteis	que aumentéis
»	104	35	el día mismo en que	el día mismo del aniversario en que
»	195	30	particar	particular
»	266	22	obscura	obscuras

FINALIZÓ
LA IMPRESIÓN DE ESTA OBRA
EL DÍA 26 DE FEBRERO
DEL AÑO DEL SEÑOR 1907
LAUS DEO

Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01030 6662